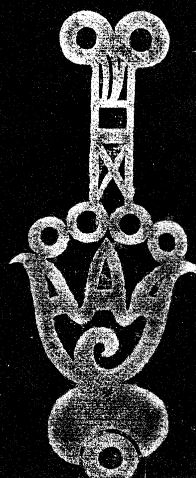
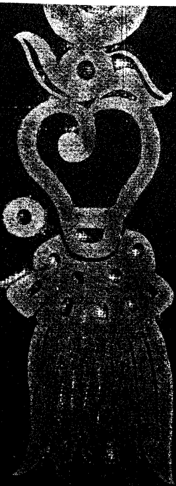
EL MEXICO DESCONOCIDO

LUMHOLTZ

·II·

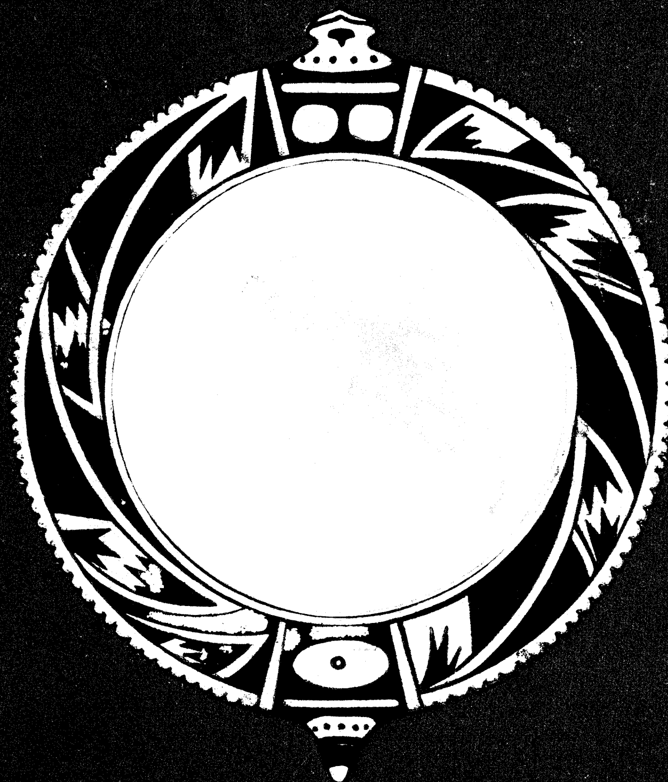


1220
.L957
v.2



SCRIBNERS

EL MÉXICO DESCONOCIDO



CARL LUMHOLTZ

EL MÉXICO DESCONOCIDO

Porfirio Diaz



El México Desconocido

CINCO AÑOS DE EXPLORACIÓN ENTRE LAS TRIBUS DE LA SIERRA MADRE OCCIDENTAL; EN LA TIERRA CALIENTE DE TEPIC Y JALISCO, Y ENTRE LOS TARASCOS DE MICHOACÁN

OBRA ESCRITA EN INGLÉS POR

CARL LUMHOLTZ, M.A.

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD DE CIENCIAS DE NORUEGA; SOCIO EXTRANJERO DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA DE PARÍS; AUTOR DE "ENTRE CANÍBALES," ETC.

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

BALBINO DÁVALOS

MIEMBRO HONORARIO DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA, CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA, SOCIO ACTIVO DEL LICEO ALTAMIRANO, ETC.

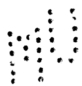
EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO II



NUEVA YORK
CHARLES SCRIBNER'S SONS
1904

Copyright, 1902, 1904, by
CHARLES SCRIBNER'S SONS



ÍNDICE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

LISTA DE LOS GRABADOS

PÁGINA

PÁGINA

GRABADOS EN COLOR

EL MÉXICO DESCONOCIDO

CAPÍTULO I

RECEPCIÓN EN SAN ANDRÉS—TRAJE DE LOS HUICHOLES—UNA FIESTA PARA LLAMAR LA LLUVIA—CUARTOS Y GOTERAS—HERMOSAS VOCES—LA LLUVIA ES EL DON MÁS PRECIOSO DE LOS DIOSES—SI EL REÑIDOR SABE HUÍR, TIEMPO LE QUEDA DE VOLVER Á REÑIR—SOLO ENTRE ELLOS—NO HAY MEDIOS DE EMPLEAR DINERO PARA VIVIR BIEN—ÁNGELES DISFRAZADOS DE INDIAS—EL RESTO DEL PUEBLO SE MANTIENE ALEJADO—LA ESTACIÓN DE LLUVIAS.

ALGUNAS casas pòdían descubrirse regadas aquí y allá á la orilla de un llano de unas tres millas de longitud y una de ancho, tamaño casi inusitado para aquella parte de la Sierra Madre y bordado con espesos bosques de pinos. La Iglesia y la Comunidad constituían, como de costumbre, la parte principal del pueblo; pero advertimos al pasar una construcción de peculiar aspecto, grande, redonda y con amplio techo de paja. Era el templo pagano del lugar.

Buen número de indios habían venido al pueblo para asistir á una fiesta pluvial. Al vernos llegar, sorprendiéronse tanto varios de ellos al inusitado aspecto de nuestra expedición, que arrojando los sombreros lejos de sí, echaron á correr hacia el bosque; pero la gran mayoría nos recibió con estólido silencio, aceptando evidentemente mi terrible presencia como algo que no estaba en su poder impedir. En virtud de los rumores que me habían precedido, difícilmente me podía esperar mejor recibimiento, pues, por

ejemplo, un estúpido y supersticioso vendedor mexicano les había contado que yo engordaba á los indios para matarlos y comérmelos, y que empleaba la sangre para teñir manta. Diré, en honor de los indios, que dieron á tan absurda invención menos crédito que su mismo informante.



Indio huichol.

Como llovía, acerqué mis bultos á la pared de la Comunidad, vetusto y desmantelado caserón de adobe con entrada ancha y abierta. Don Zeferino me envió una puerta, la única que allí había, para que me sirviera de cama, y á efecto de utilizarla púsela sobre dos cajones. Los indios, en espera de la puesta del sol y el principio de la fiesta, recorrían curiosamente por dondequiera lo que yo consideraba mi campamento, del modo que es fácil suponer, y yo me sentía tan sorprendido de su aspecto personal como ellos del mío.

Usan las mujeres cortas camisas y túnicas de manta, á veces primorosamente bordadas. El vestido de los hombres es más esmerado, pero les quedan descubiertas las piernas. Consiste principalmente de una camisa de grosero lienzo de lana, adornada frecuentemente con bordados. Llevan sobre los hombros una especie de pañolón, abundantemente bordado con hilo rojo y azul, el cual tiene en la orilla inferior una ancha franja de franela roja. La tribu, hoy en día, no fabrica frazadas, bastando á la corta demanda que de ellas se hace, los comerciantes mexicanos. Se sujetan la camisa alrededor de la cintura por medio de un largo

ceñidor de lana ó algodón, tejido artísticamente. Tanto los hombres como las mujeres son muy aficionados á tales cinturones, y los que gozan de gran proporción, usan dos ó más superpuestos. Igual usanza existe en otras tribus.

Son muy de notar en el traje de los hombres unas talegas de lana ó algodón que presentan tanta variedad de dibujos como los ceñidores. Cuélganles del hombro generalmente dos ó tres de dichas bolsas, y nunca les falta otra delante, por abajo del ceñidor. En ella llevan los huicholes su tabaco, pedernal y eslabón para sacar fuego, etc., todo lo cual da á la bolsa el peso suficiente para mantener la camisa



Indias huicholas.

en su lugar. Las demás bolsas son en gran parte ornamentales, y varias pequeñas, que miden sólo, en pulgadas, un tamaño de tres por seis, pero de escasa labor, penden en

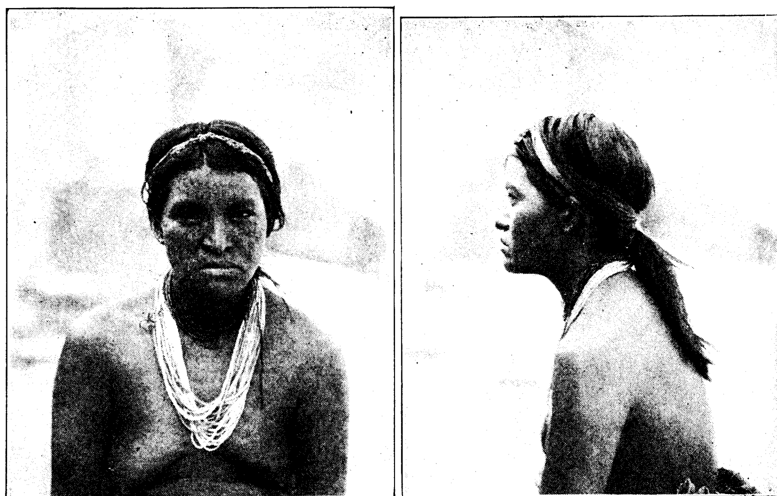
hileras, aseguradas una á otra á los lados en las esquinas superiores, y se usan por delante, debajo del ceñidor. En las festividades, como la que nos ocupa, podía un hombre adornarse hasta con doce bolsas colgadas de los hombros, á uno y otro lado del cuerpo.



Indios huicholes.

Por lo general, solamente los hombres usan sombreros de paja de fabricación nacional, pero hombres y mujeres acostumbran ceñirse la cabeza con cintas angostas, de manufactura doméstica. Tienen tres modos de arreglarse el cabello. El uno, en una simple cola, con una cinta de color trenzada en la punta, bajo de la cual se colocan dos longitudinalmente, cada cual doblada en lazo y con las ex-

tremidades pendientes bajo la trenza. Este es el peinado más cuidadoso y el más usado por los hombres. Otro modo consiste en reunirse el pelo detrás del cuello, con una cinta cuyas extremidades se envuelven en la cabeza, sobre la frente, atándose como lazo corredizo. El tercer procedimiento de arreglarse el cabello, y el más sencillo, adoptado principalmente por las mujeres, es dejárselo suelto. Son usuales en ambos sexos las sandalias de baqueta común.



Frente. Perfil.

India huichola, peinada á la manera usual.

Las mujeres llevan, á menudo, en las orejas, grandes zarcillos hechos de chaquira de variados colores, ensartadas en hilos, y tanto los hombres como las mujeres se ponen collares pesados de cuentas, especialmente blancas y azules; los brazaletes y ajorcas para los tobillos se hacen cosiendo ó entretejiendo hilos de las mismas cuentas, en forma de anchas tiras. En reunión semejante, en que todos van vestidos de la mejor manera, los bellos y vistosos dibujos y la rica combinación de colores, en que dominan el rojo, el blanco y el azul, producen verdadero efecto teatral, no

desemejante del de los romanos en la escena. En San Andrés, la mayor parte de la gente trae el cabello largo y flotante, y sus fáciles y veloces movimientos contribuyen á que la multitud presente un aspecto más pintoresco.

No fue obstáculo mi llegada para que se efectuase la fiesta, pues nunca difieren los indios ninguna ceremonia. El principal detalle de las fiestas pluviales es, en la actualidad, la muerte de un buey, que iba á efectuarse la mañana siguiente.

Es cosa peculiar que mientras otras fiestas de los huicholes no han recibido ninguna influencia de los blancos, las que celebran para solicitar la lluvia se han enriquecido y modificado mucho bajo esa influencia. La matanza de uno ó dos bueyes se considera hoy un sacrificio enteramente tan eficaz como el matar ciervos, ardillas, pavos ó cualquiera otro animal, que antes acostumbrase la tribu. Se ha adoptado también el uso de velas, importado de igual manera por los católicos, y antes de cada una de dichas fiestas va invariablemente á Mezquitic un hombre á fin de obtener este nuevo requisito así como cierta cantidad de pan y chocolate que arrojan á lo alto por la noche, como alimento ofrecido á algunas de las madres de la lluvia que sólo á esa hora están fuera. Otros dioses reciben de día sus sacrificios.

Además de estos requisitos de nueva introducción, ha sido adoptada una nueva danza. Viendo los antiguos misioneros la indomable inclinación de los indios á fiestas y espectáculos públicos, procedieron hábilmente enseñándoles, con objeto de atraerlos á las festividades cristianas, danzas y otras ceremonias fastuosas que no tenían, sin embargo, ninguna significación para el entendimiento de los aborígenes. Tal es el orígen de lo que se llama *danza de los matachines*, cuyo propósito pronto llegó á tomar otro carácter. Para conseguir que llueva, necesitan los indios de la cooperación de los santos, y á efecto de obtenerla

ejecutan la danza en el interior de las antiguas iglesias. Se encargan de este culto particular, personas especialmente designadas para él, ataviadas del modo más brillante, con cintas atadas á la cintura, bolsas y plumas.

La danza de los matachines comienza poco antes de ponerse el sol, y yo me dirigí á la derruída iglesia para presenciarla. Todos bailaban ágilmente alrededor, y sus graciosos movimientos y rítmicas pisadas estaban en perfecto acuerdo con la música del tosco violín. No pude menos de admirar aquella habilidad, pero pasado un rato fui á ver una ejecución más interesante que comenzó después de la puesta del sol, en el pórtico de la cárcel, sólo á quince varas de mi campamento. Allí los indios habían encendido una fogata, á cuyo derredor se agrupaban. La disposición del escenario provenía seguramente de los blancos, pero la acción era aborigen. El sacerdote cantante, que era el jefe, estaba sentado en un sillón peculiar usado por la tribu (*equipal*). Nada había en su vestido que lo distinguiera del resto del pueblo, á no ser el plumero que tenía delante.



Astrólogo cantante con sus plumas.

Consiste dicho objeto en un par de plumas de águila ó de halcón, amarradas á un palo que les sirve de mango. Es incomprensible para los indios el vuelo de los pájaros, especialmente el de aquellas aves que se remontan muy alto, de las que creen que lo ven y oyen todo y que poseen místico

poder, el cual juzgan que reside en las plumas de las alas y de la cola. Á esto se debe que las plumas de águila y halcón sean codiciadas por todas las tribus americanas, á fin de obtener sabiduría, valor y protección contra los males que advierten. Las llamadas plumas de adivino, habilitan á éste para ver y oír cuanto ocurre por sobre y bajo de la tierra, y con ayuda de ellas realiza sus sortilegios mágicos, tales como la curación de los enfermos, la transformación y metamorfosis de los muertos, la aparición del sol, etc. Cuando quiere poner en actividad las fuerzas sobrenaturales de sus plumas, empuña la vara con la mano derecha, imprimiéndole generalmente ligero y trémulo movimiento. Se supone que el poder de las colgantes plumas emana de los golpecitos que se dan. No se encuentra sacerdote alguno que no lleve en la mano una ó más de dichas plumas, y en las festividades se las atan á la cabeza los principales ejecutantes.

Conforme cantaba él cada estancia, repetíanla los hombres colocados en frente, siendo el director del coro otro sacerdote sentado en un sillón semejante al de su superior y frente á éste. Maravillábame tal fecundidad de los huicholes en lo que pudiéramos llamar cantos populares legendarios, pero que para ellos constituyen la verdad evangélica y la historia. Por regla general, dura el canto sólo dos noches; pero un buen *shaman*, si dispone de vigor, puede cantar noche tras noche nuevos versos durante quince días cuando menos. Refieren en sus cantos cómo en el principio de los tiempos crearon los dioses al mundo del caos y de las tinieblas, cómo instituyeron las costumbres de los huicholes y enseñaron al pueblo cuanto debía hacer para agradarlos: á construír templos, cazar venados, ir en busca de la planta jículi, cosechar el grano, hacer arcos y flechas y ejecutar ceremonias rituales. No existen escritos ningunos que conserven estas tradiciones que viven nada más en labios del pueblo, como herencia na-

cional, y pasan de una á otra generación, conforme sucedía primitivamente con las sagas y cantos populares de los antiguos hombres del Norte.

Supónese que los dioses se mantienen todos alrededor del horizonte, mirando y oyendo cuanto pasa, y el sacerdote, durante sus plegarias, se vuelve á los cuatro rumbos ó vientos del mundo, á fin de que, si un dios no responde, otro lo haga. Raras veces dirige una larga súplica en otra dirección. Los dioses viven irritados contra los hombres y les envidian todo, particularmente la lluvia que es de vital importancia para la existencia misma de la tribu. Pero cuando las deidades oyen cantar sus hazañas por un augur, se sienten complacidas y se apiadan, dejando entonces en libertad á las nubes que han estado deteniendo, y la lluvia comienza. Así, pues, los *shamans*, é indirectamente el pueblo mismo, están en posibilidad de hacer llover.

Ya caía á torrentes la lluvia antes de que las ceremonias hubieran comenzado, pero de ningún modo abatió el fervor del canto, pues el objeto era ahora impedir que el agua cesase. Mis deseos eran igualmente vivos, sólo que en sentido contrario, pues el desvencijado cobertizo que se me había asignado, no obstante ser de lo mejor que había, en modo alguno podía considerarse á prueba del agua. Es conveniente en todo caso, por más que sea molesto, no contrariar los deseos de quienes nos hospedan, y ciertamente en aquella ocasión la inclemencia del tiempo acreció mucho las incomodidades del momento. Me reconcilié, sin embargo, con mi suerte gracias al canto del sacerdote, que era en verdad hermoso. De hecho no he oído nunca en una tribu primitiva canto mejor que el de los huicholes. El tenaz caer de la lluvia, acompañado de frecuentes relámpagos, formaba fantástico y sobrenatural acompañamiento al simpático son que me llegaba entre la profunda oscuridad de la noche, como voz emanada del país de las hadas. Sonaba de diferente modo de cuanto semejante

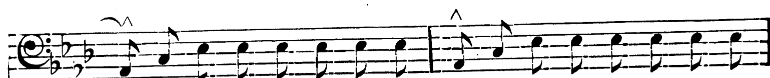
había oído entre los indios mexicanos y en otras partes, y estaba para mí tan lleno de novedad como de encanto. En la presente página, transcribo una estancia de dicho canto.

Los huicholes necesitan realmente gran cantidad de lluvia para poder aprovechar sus sistemas agrícolas primitivos. Cortan la maleza de las empinadas faldas de los cerros, a queman, y siembran el grano en agujeros abiertos con

Canción de la Lluvia



O'-to Tá-hui me-ma-nó-ti Hua-huat-sá-li me-ma-nó-ti
El dios venado del norte nació! El dios venado del sur nació!



Sa-cai-mó-ca me-ma-nó-ti Co-yo-(yo-)ni me-ma-nó-ti
El dios del sol poniente nació! El dios del norte nació!



To la-hú li-na me-ma-nó-ti Sa-cai-mó-ca me-ma-nó-ti a—a
Los dioses comenzaron á cazar venados! El dios del sol poniente nació!

Traducción literal

O'to Táhui nació. Huahuatsáli nació.
Sacaimóca nació. Coyóni nació.
Para cazar venados nació. Sacaimóca nació.

púas. La lluvia, por supuesto, no penetra mucho en aquel terreno sin arar, pero resbala por el fuerte declive, y gracias únicamente á la continua humedad durante semanas de lluvia, es como las plantas se salvan de secarse al intenso calor del sol. Durante la estación seca y parte de la húmeda, es decir, desde el principio de abril hasta fines de agosto, celebran los huicholes constantes fiestas para que llueva.

Siempre que deja de llover dos ó tres días, la gente principal se reune en el templo para consultar al adivino cual será la causa del enojo de los dioses, y se resuelve hacer otra fiesta y matar más bueyes para satisfacerlos. Los habitantes de los ranchos de toda aquella región siguen el ejemplo, y siempre hay alguien dispuesto á dar un buey, pues está admitido que quien lo da, además de los beneficios de la lluvia y de la buena suerte que recibe el distrito entero, obtiene á la vez especiales bendiciones para sus campos y familia. Él también provee del maíz y frijol necesarios para la fiesta, y se distribuyen gratuitamente al pueblo carne y caldo, tortillas, tamales y frijoles. El donador conserva generalmente gran parte del animal para sí mismo, y aun vende algo después. Con frecuencia se reunen dos ó tres familias para dar una fiesta.

Frecuentemente, durante la noche, iban procesiones de donde estaba cantado el *shaman* hasta la iglesia y alrededor del buey, al cual tenían amarrado cerca. Dos chicos, niño y niña, eran los que guiaban; el primero representa al Sol tal como era antes de que apareciese como es hoy; la otra representa á la hija de la Luna. Van vestidos de toda ceremonia, con plumas sacerdotales atadas á la cabeza con bonitas cintas. Cada niño lleva una vela encendida y una jícara ó tecomate votivo con chocolate y pan. Los seguían los augures y después la música, constituída por uno ó dos hombres que tocan en violín una marcha de composición huichola. La gente que sigue camina de dos en dos.

Al amanecer comienzan los preparativos para el sacrificio, y la procesión va directamente hacia el buey, acercándosele por el lado derecho. Uno de los niños lleva en la jícara el cuchillo con que se ha de matar al animal. Éste, con las piernas atadas, es derribado de manera que al hallarse tendido en el suelo vuelva las piernas al oriente. En seguida, se le adornan los cuernos con flores, suenan

los violines y la gente ora abundantemente alrededor del caído animal, á la vez que los dos astrólogos levantan con la diestra sus plumas también hacia el oriente.

Al punto como los rayos del sol brillan en el horizonte, los sacerdotes hacen descender lentamente sus plumas hacia el buey, fijando curiosamente los ojos en ellas durante todo el tiempo, como si contemplaran algo que real-



Sacerdotes alzando sus plumas hacia el sol.

mente fuese bajando. Pasan las plumas por sobre la víctima y el cuchillo con que van á matarla ; rápidamente le hunde un hombre el acero en la garganta, y las mujeres recogen en vasijas la sangre para llenar tripas que ponen á cocer para comérselas. La primera sangre que chorrea del moribundo animal se unta en varios objetos rituales, á menudo hermosos, hechos para el caso, los cuales constituyen símbolos de súplica y adoración que acostumbran

colgar en las grutas de los respectivos dioses que han sido invocados.

Las mujeres ponen en seguida á cocer la carne y hacen la comida, la cual, después de otra noche de canto, se distribuye entre los individuos presentes, sacrificando, por supuesto, á los dioses las primeras porciones. Durante el día no se canta, pero se toca mucho el violín y se baila sin ceremonia, entregándose cualquiera, hombre ó mujer, á la danza siempre que le viene á las mientes.

La fiesta que presencié acabó en la iglesia y el cementerio anexo, donde se reunieron todos á comer y beber. Las mujeres habían llevado tamales, tortillas, pencas de mezcal, zapotes, etc., y también, cosa no menos importante, jarros de aguardiente del lugar (*toch*). Un individuo llevaba en un cuero de borrego gran cantidad de dicho licor para venderlo. Era divertido ver que ninguna familia comía de sus propias provisiones, sino que todos se repartían de las que llevaban, exactamente como acostumbran los pueblos civilizados en sus *picnics*. Los hombres iban en turno ofreciendo *toch* en jarros pequeños á todos sus amigos de ambos sexos. Las mujeres dividían de igual modo sus comestibles. Todo era harmonía y júbilo. Gradualmente comenzaron á hacerse sentir los efectos del licor, en las mujeres menos que en los hombres, en razón á que no bebían tanto. El *toch* es bastante suave, pero la gente había debilitado sus fuerzas con las dos desveladas, y los huicholes, por otra parte, se embriagan con más facilidad que los blancos.

Los hombres se complacen en inocentes burlas; se empujan unos á otros, luchan y ejecutan muchos juegos grotescos, tales como sentarse en la cara de un adversario, cuando lo han derribado. Á veces algunos se encolerizaban realmente y se ponían á reñir. Como los combatientes de la época homérica, comenzaban por denostarse mutualmente con duras palabras. Á los que no están iniciados

en semejantes usos, les parecen las provocaciones enteramente inmotivadas, pero en el fondo de todo ello existe siempre algún desacuerdo doméstico ó el recuerdo de algún hurto cometido. Aquellas gentes casi nunca pelean por otra cosa. Pero á desemejanza de sus precursores de la antigüedad, cuando los huicholes se disponen á entrar en riña, comienzan por arrojar las armas que llevan consigo.

En breve se miran luchando muchos combatiantes sobre el lodo, tirándose de los cabellos y apuñeteándose las caras, contribuyendo las mujeres á la confusión con sus esfuerzos por separar á los luchadores. La prisión está siempre á la mano, y los "soldados," que ejercen funciones de policía, y que se hallan tan borrachos como los demás, suelen tratar de llevarse á algún perturbador. Cuando muchos pretendidos mantenedores de la paz, se apoderan del prisionero que pueden, á manera de hormigas que arrastran un gusano, á menudo tienen que soltar al cautivo, rodando unos sobre otros. Á veces, cuando la mujer del arrastrado es de resolución, induce á algunos de los amigos de su marido para que lo liberten, resultando que al cerrarse el día hay muy escasos prisioneros en la cárcel de adobe.

El indio cora y dos de mis mexicanos se volvieron á sus casas un día después de mi llegada, pero el cocinero y el jefe de carga permanecieron algunos más hasta que pude establecerme en mejor habitación, pues la Casa Real se me estaba haciendo excesivamente molesta. Vivíame casi empapado y tenía que abrir zanjas frente á mi "hotel" para evitar que se inundara. Don Zeferino me había mostrado otro lugar seco, pero bastante repulsivo en el viejo cuarto donde él vivía. Había que entrar por la única ventana del ponderado cuarto, y como la luz quedaba obstruída por el ancho corredor, la habitación era tan lóbrega como un calabozo; pero considerando que allí podía guardar con mayor seguridad lo que llevaba, y que con

ello me sería mas fácil descargarme del resto de mis acompañantes, me resolví á aceptarlo. Me había determinado captarme la voluntad de los huicholes, y mi primer paso en esa dirección era cortar todas mis relaciones con los mexicanos.

Don Zeferino no era casado, pero su hermana le hacía casa. Uno y otra tenían un hijo grande. Como la familia era pobre y no me podían dar asistencia, yo mismo tenía que cocinarme y buscarme comida de los indios. Me es insoportable ocuparme de cocina tanto como manejar la aguja, y en los casos de urgencia me he contentado generalmente con los dos platos que más fácilmente se preparan: arroz cocido y agua caliente endulzada con miel. Me quedaba todavía un poco de miel de California, como último resto de civilización, y algún arroz que obtuve en México. Pude entonces, sin embargo—esto es durante la estación de aguas,—procurarme alguna leche así como gallinas y huevos, pero prueba cuan ligero era mi manejo de casa esta partida de los gastos de un día, que figura en mis notas:

Arroz (calculado), *pro ata*	3 cts.
Leche	6 "
Total para toda la expedición en un día	9 cts.

El cálculo está hecho en moneda mexicana, de manera que el total no pasaba de cinco centavos americanos.

Aunque esto era satisfactorio desde el punto de vista económico, acepté gustoso una oportunidad que por sí misma se presentó de entrar en conocimiento con una de las pocas familias de indios que vivían permanentemente en el pueblo. El padre, Carrillo, tenía casi seis pies de estatura, era delgado y usaba larga cabellera. Sus facciones fuertemente marcadas daban á su cara una apariencia tal cual si fuese de piedra. Su mujer era bajita de cuerpo muy inteligente. Con la anciana pareja habitaba una

nieta huérfana cuyo nombre era "Enagua de flores" (Rutúli Jbí). El nombre se refiere á la falda de la principal diosa del agua, que trae la lluvia del oriente y produce las flores primaverales, consideradas poéticamente como el vestido de la deidad. Otra muchacha huérfana, cuyo nombre era "Nube del norte," iba frecuentemente á la casa.

Carrillo sabía muy escaso español y las mujeres todavía menos, con lo que la conversación era al principio muy difícil; pero poco á poco me familiaricé con el modo de expresarse que tenía cada uno. Era motivo de diversión y gusto para las muchachas el que yo las llamase con sus poéticos nombres nativos, que usan siempre los huicholes entre sí, aunque la costumbre de tomar además nombres españoles haya llegado á ser casi general. Débese esto por una parte á la influencia de la iglesia, y por otra á la idea que tienen los indios de que con ello se les facilitará el trato con los mexicanos.

Dos veces al día llevaba mis ollas á casa de ellos, á distancia de doscientas varas, y allí las muchachas me ayudaban á preparar mi comida. Pronto aprendieron á hacerla por sí solas. Se necesitaron, sin embargo, dos ó tres semanas para que me tuviesen suficiente confianza, y accedieran á llevarme la comida á la ventana de mi habitación. Después me acompañaban muchas noches á mi casa, llevando la comida y alumbrando el camino con antorchas de ocote. Siempre recuerdo con gusto las horas de la mañana y de la noche que pasé junto á su hospitalario fuego, viendo á las muchachas hacer las tortillas y cocer mi comida. Aunque tales ocasiones no pueden llamarse con exactitud "fiestas de razón" bien podrían recibir el nombre de "expansiones del alma:" y no sé como me las hubiera pasado en aquellas penosísimas y monótonas semanas de lluvia á no ser por esa familia que tanta consideración me mostraba.

HUEJUQUILLA EL ALTO

SIERRA DEL NAYARIT

SIERRA DE LOS HUICHOLES

CORA NAYARIT

HUICHOLES

PLATEAU OF ELEVATION 6000-8000 FEET

Laguna de Santa Teresa

Santa Teresa

Dolores

Cienega

Mesa del Nayarit

Jesus Maria

San Francisco

Santa Rosa

San Lucas

Guasamota

San Antonio

San Pedro

San Juan Peyotan

San Juan Capistran

Rio Chapalagana

Soledad

Tezompa

MEXQUITIC.

Mesa del Venado

Arroyo del Fierro

Pedernales.

La Estancia

Nostic

Kiatate

San José

Latas.

Coamiata

San Andres.

Santa Barbara.

Guayabas

Pochotita

San Isidro

Agua Caliente

Chonacate

Santa Catarina

Aguas azules

Bastita

Popotita

Bastita

San Sebastian

Santa Gertrudes

Azqueltan

Ocota

Techalotita

Rio Jesus Maria

Rio San Pedro

Rancho Hediondo

Ratontita

BOLAÑOS

San Juan Bautista

San Juan Corapa

Ixcatan

Santa Fe

El Sopilote

San Diego

Guaynamota

Rio Chapalagana

Guadalupe Ocotan

Tuxpan

Huajimi

Rio Grande de Santiago

6° 5° 22°

NOTA

- *Pueblos*
- *Aldeas indias*
- *Ranchos*
- *Templos*
- *Minas*
- *Ruinas*
- *Itinerario que siguió el autor*

La región comprendida entre los límites de ambas tribus, es objeto de contienda.

0 1 2 3 4 5 10 20

Mapa del territorio de los indios huicholes y coras, y territorios adyacentes. (Notas del autor.)

El resto de la gente, de las autoridades abajo, me trataron durante dos meses con la más completa indiferencia, y era visible que hubieran preferido no haberme visto nunca. El gobernador era un indio cabal, encerrado en sus costumbres y creencias religiosas y extremadamente reservado. Á pesar de tener el riñón bien cubierto, no era dadivoso en lo más mínimo, aunque equitativo en sus tratos. Era enteramente sencillo, lo cual no pasaba con el alcalde que sabía algo de las tretas de los mexicanos astutos y era uno de los ricos de la tribu, esto es, poseía como doscientas cabezas de ganado y cosechaba considerable cantidad de maíz y frijol. No había desde luego mucho que esperar de tales hombres. Lo unico que hicieron por mí fue encargar á un muchacho que cuidara mis mulas, que yo había dejado sueltas, ya que no quedaba otro recurso que permanecer allí, ni cosa mejor que aprovechar la oportunidad para estudiar á aquella gente.

Á todo el que pasaba cerca de mi ventana, lo animaba á detenerse con insignificantes regalos de abalorios, comida, etc., y comencé á hacerme de algunos amigos, aunque los indios más á la vista no son nunca de la clase mejor. Creía yo, con todo, que ninguna amistad era de desdeñar porque podría servirme para adquirir otras relaciones.

Entre los primeros que me visitaron se contaron las hijas casadas de Carrillo, esposa una de ellas de un huichol que hablaba castellano. No obstante tener escasa confianza en cualquier huichol que hablara el español, hice cuanto estuvo de mi parte para agasajarlos, dándoles mucho que comer y divirtiéndolos con juegos de manos. Uno ó dos días después se presentó el marido diciéndome que las mujeres deseaban saber qué clase de gente había en la tierra de donde yo llegaba y si también existían indios. Celebrando la oportunidad de una aproximación más íntima, lo apremié á que llevase á las mujeres nuevamente á mi campamento, á fin de decirles lo que querían saber.

Les enseñé las ilustraciones de mis artículos relativos á los indios tarahumares publicados en el *Scribner's Magazine*, dándoles explicaciones como á niños. Demostraron gran interés acerca de las grutas, casas y utensilios de co-

CANCIÓN HUICHOLA DE LA LLUVIA

Con esta canción se implora á *Vœlica* (águila real) *huimali* (joven, doncella), que, en opinión de los huicholes, sostiene al mundo con sus garras. Su manto son las estrellas y todo lo vigila desde el cielo.



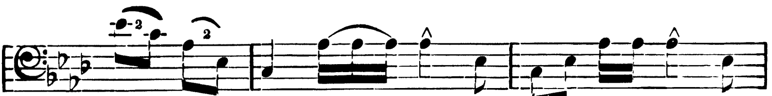
Væ - li-ca hu-i-má-li Væ - li-ca hu-i-má-li
Águila real! Joven águila madre! Águila real! Joven águila madre!



(Va - væ-) me-má-na caui (Va - væ-) me má-na - caui (Va-
Está flotando, flotando arriba! Está flotando, flotando arriba! Está



væ-) me-má-na caui (Va-) ta-hæ-ma-me (me-) má - na - caui (Va-)
flotando, flotando arriba! Sobre nosotros flotando, flotando! So-



ta - hæ-má-me (me-) má - na caui (Va-væ-) me-má-na caui (Va-
bre nosotros flotando arriba! Está flotando, flotando, Está



væ-) me má - na caui (Va - væ-) me - má-na caui
flotando, flotando! Está flotando, flotando arriba!

cina de sus distantes primos, y convinieron en que tenían estos mucho parecido con ellos. Mostraron todavía mayor interés por la gente de Bar Harbor, la concurrida playa americana, por los trajes de las señoras, por los mejores remadores y remadoras de las canoas, etc. No advertí

sin embargo que les causara particular impresión el tipo varonil ni el femenino de la belleza americana. Las simples ilustraciones de las páginas de anuncios, especialmente las que tenían figuras de animales, les despertaban mayor curiosidad.

Aun cuando lo hubiera querido, no me habría sido posible proseguir mi marcha á causa de las lluvias que continuaban muy abundantes. Por lo general, durante la estación de aguas, el esplendor de las tardes compensaba de la pesada monotonía de todo el demás tiempo lluvioso en cada período de veinticuatro horas; pero en San Andrés, á causa de la altura, una espesa niebla cubría diariamente el campo hasta eso de las dos de la tarde. Hasta entonces esclarecía, pero dos horas después la lluvia comenzaba de nuevo

Canción de la Lluvia



hasta la noche. Á veces me despertaba el terrible estrépito de los rayos, que parecían venir del noreste. El aspecto de la tempestad era magnífico á distancia, á causa de los incesantes relámpagos que tornaban la noche en día. Truenos portentosos, multiplicados por los ecos, resonaban como continuos disparos de artillería rodando sobre las montañas. En menos de un cuarto de hora, nos llegaba la tormenta como si todos sus demonios anduviesen sueltos, amenazando levantar el techo de la casa. La cegadora luz de los relámpagos y el ruido ensordecedor del trueno parecían anunciar que había sonado nuestra última hora; pero la amenazadora tempestad continuaba moviéndose, y en pocos minutos había pasado el peligro.

Se abrían á veces hermosos días, y aun por una semana ó más cesaba la lluvia y se limpiaba el cielo. Yo utilizaba esas ocasiones para emprender correrías á los ranchos del norte y sur. Para mi regalo, encontré que los huicholes de

fuera de San Andrés eran más tratables, al grado que aun pensé en establecer mi campamento entre ellos. Pero después de todo, el curato era el mejor lugar que podía yo encontrar para permanecer algún tiempo; primero, porque lo que llevaba estaría enteramente seguro, y segundo, porque San Andrés es el centro del campo occidental del río. Se hacen allí muchas fiestas y hay mucho tránsito de indios; pero no era ciertamente lugar muy ameno para mí, sobre todo en aquella estación del año.

Canción Huichola de la Lluvia

Transcrita del Grafófono.

La sección A es una introducción; la sección B se repite de tres á cinco veces, permitiendo ligeras interpolaciones, en relación evidentemente con los cambios que se hacen en las palabras de la canción, y que no alteran el carácter de la música.



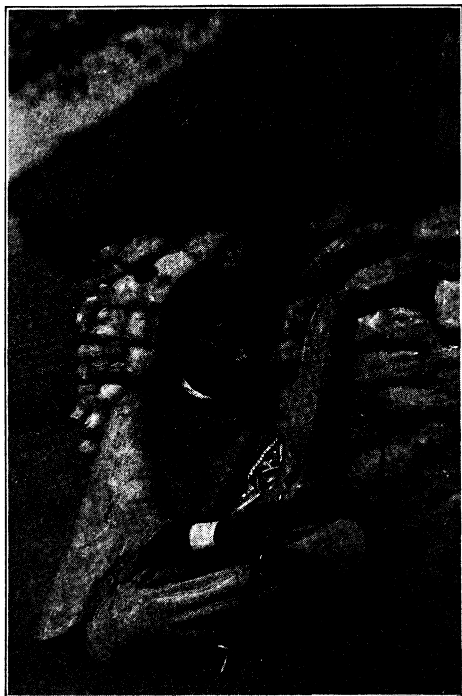
Á fines de julio los dioses habían respondido tan liberalmente á las súplicas del pueblo, que ya no había necesidad de más fiestas. Los indios, por tanto, se quedaban en sus ranchos y mi existencia llegaba á ser tan monótona que casi comencé á odiar aquel sitio. Pero aunque á los blancos les causa mayor ó menor depresión el mal tiempo, mientras más densa es la niebla y más se empapa la tierra, más alegres y felices se sienten los huicholes.

Tan reblandecido había quedado al fin el suelo, por lluvia tan continuada, que no me era posible emprender ni cortas excursiones, pues las mulas se hubieran atascado hasta la barriga. Realmente me sentía "extranjero en tierra extraña;" pero quien sabe esperar todo lo alcanza.

CAPÍTULO II

NOMBRE É HISTORIA DE LOS HUICHOLES—SU ESTADO MENTAL—CASAS, TEMPLOS Y ADORATORIOS—COMO SE CELEBRA LA GRAN FIESTA DE LOS TAMALES DE MAÍZ CRUDO *—PERNOCTO EN UN ADORATORIO—EQUIPALES CURIOSOS — DISTRIBUCIÓN DE COMIDA—LAS TORTAS DE MAÍZ—ANTIGÜEDAD DE ESTAS PRÁCTICAS—LA CAZA DEL VENADO—EL AYUNO—SE RECIBE AL VENADO COMO Á UN DIOS—CARRERAS RITUALES.

EL nombre de huicholes que aplican los mexicanos á estos indios es una corruptela de *vishálica* ó *virárica*, que es como ellos se llaman, palabra cuyo sentido es "doctores," "curanderos," denominación muy justificada por ser *shamans* casi la cuarta parte de sus hombres. Muchos de ellos no confinan su profesión á su propia tribu, sino que la practican haciendo excursiones entre los coras y tepehuanes, y

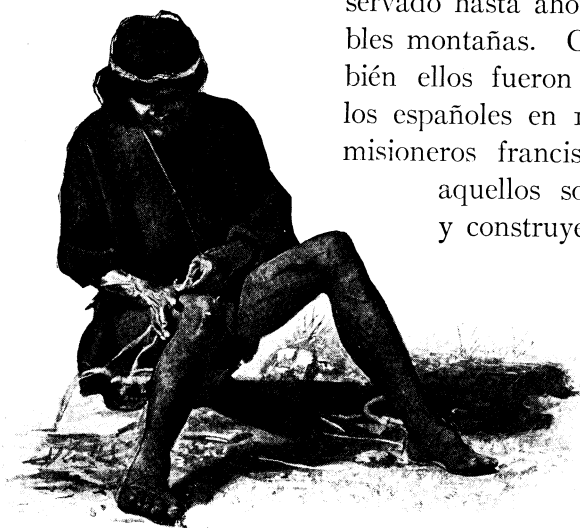


Hilandera.

* El mismo Sr. Lumholtz me ha dado esta denominación castellana, que conserva en sus notas, para lo que él llama *unhulled corn-cakes.*—*Nota del traductor.*

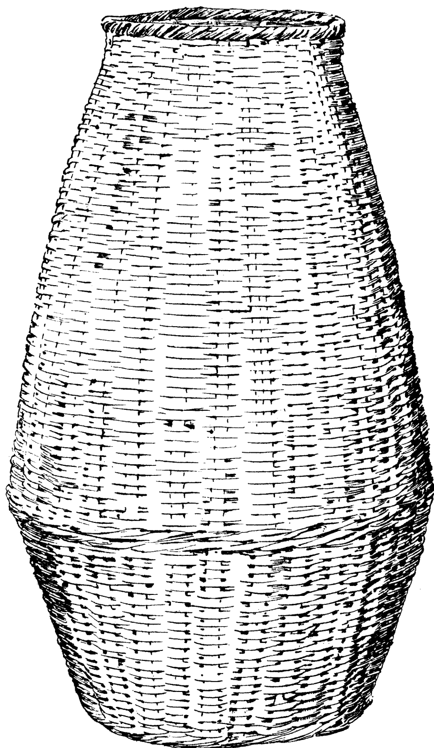
llegando á veces hasta Milpillas Chico, del Estado de Durango.

Aunque tienen ciertas relaciones de raza con los aztecas, los huicholes pertenecen á las tribus que han continuado en la barbarie, mientras la rama principal de la familia se desarrolló hasta llegar al culminate estado de cultura del Imperio Azteca; pero al revés de los súbditos de Moctecuhzoma, cuyo reino alcanzó trágico fin hace cerca de cuatrocientos años, los humildes huicholes se han conservado hasta ahora en sus inaccesibles montañas. Cierto es que también ellos fueron conquistados por los españoles en 1722, y que varios misioneros franciscanos siguieron á aquellos soldados victoriosos y construyeron cinco iglesias. Quedó entonces la tribu convertida nominalmente al cristianismo, y su vida y costumbres sufrieron algunas modificaciones, aunque no tanto como hubiera sido de esperar, por la introducción de ganado de todas clases y ciertos útiles de hierro. Con todo, las iglesias se han convertido en ruinas y ningún sacerdote católico vive entre los huicholes, no sabiendo otra cosa, los más civilizados, más que hacer la señal de la cruz y pronunciar los nombres de María Santísima, Dios y el Diablo, que les son familiares. Muchos, sin embargo, son suficientemente astutos para revestirse de cierto aire de cristiandad ante personas de



Torciendo un cordón.

quienes esperan obtener por tal medio algunos favores, y todos son observantes de las principales fiestas católicas, debido á que les dan ocasión para comer y beber mucho. Veneran á los santos como á otros tantos dioses y guardan firmemente arraigadas en su entendimiento las creencias, costumbres y ceremonias antiguas, cuidando solamente su región de las incursiones de los blancos. No fue sino superficial la influencia de los vencedores, pues en realidad los naturales se encuentran hoy en el mismo estado de barbarie en que se hallaban el día que pisó Cortés el suelo de América.

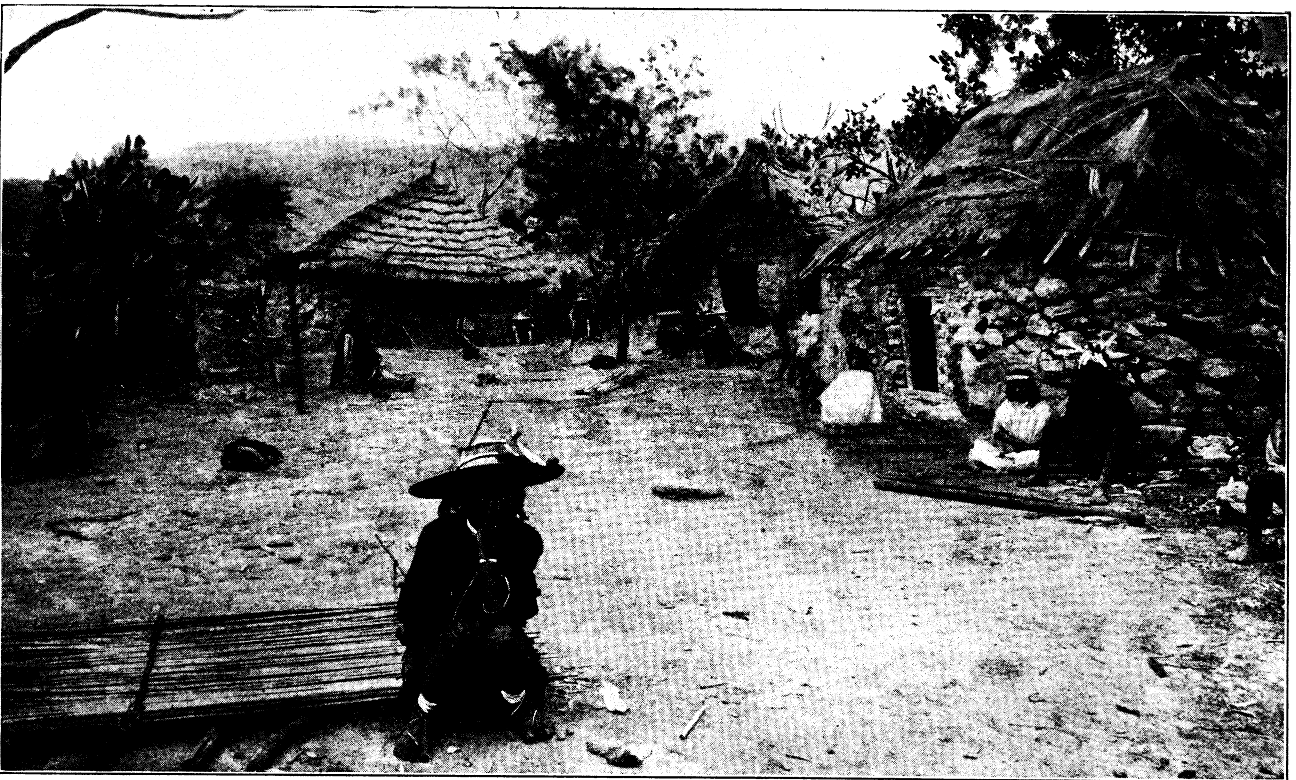


Canasta huichola para guardar lana, ropa, etc. Altura, 67 cm.

La extensión inaccesible y montañosa ocupada todavía por la tribu, tendrá cuarenta millas de longitud por veinticinco de anchura. Hay cuatro pueblos que, con excepción de San Andrés, se levantan sobre la región oriental del río Chapalagana, el cual corre de norte á sur. Los huicholes, según rezan sus tradiciones, llegaron del sur. En su peregrinación hacia el norte, se perdieron debajo de la tierra, pero reaparecieron en el campo del jículi, ó sea la Mesa Central de México, al este del lugar que hoy habitan. Cuando el sol se levanta, habla al pueblo en cinco lenguas, la propia de los indios y otras cuatro que entienden.

La piel de los huicholes es de color semejante á la de los tarahumares y de otras tribus próximas. Disfrutan de muy buena salud y rara vez mueren sin haber alcanzado la vejez. Las mujeres son frecuentemente de buen aspecto y los niños generalmente bonitos. El maíz y el frijol constituyen su principal alimento durante todo el año. En las cortas alturas se pueden ver pequeños sembrados de plátanos y caña de azúcar, la que en su mayor parte consumen masticándola. Comen también una ó dos especies de hongos, que se producen en las aguas. En cuanto á la caza de venados y la matanza de ganado, son cosas siempre relacionadas con las ceremonias rituales, por lo cual la carne se come solamente en las fiestas, las que, por lo demás, son muy abundantes en el año. También se cultivan, en pequeña escala, el algodón y el añil.

Por lo que respecta á su estado mental, son muy despejados y de mejor memoria que los mexicanos, pero su moralidad depende en parte de su marrullería, siendo en punto á inventar un embuste, los indios más sagaces que conozco. Como tienen que ver por sí mismos, no hallan escrúpulo en confundir lo tuyo con lo mío; pero son bondadosos y hospitalarios. Aunque no acostumbran invitar al viajero á pernoctar en sus casas, siempre le proporcionan alimento, partiendo con él una tortilla, si más no poseen. Todos tienen de sí grande estimación y ni por un momento consentiría un huichol en convenir que haya raza superior á la suya. Hasta cuando se encuentran entre los blancos, lejos de sus hogares, demuestran en su conducta que nunca han conocido la sumisión. No se crea, por esto, que disponen de valor personal, pues que prefieren asesinar á un extraño antes que encontrarse frente á frente con él. Sin embargo, el asesinato es raro. Si bien los hombres son un tanto lascivos, las mujeres se manifiestan recatadas. Observándoles en su conjunto, no puede menos que sorprender su grande aptitud para la música, la prontitud de sus res-



Rancho huichol cerca de Pochotita, con adoratorio en el fondo.

UNIV. OF MICH.

puestas al impulso de influencias emotivas, la riqueza y profundidad de sus pensamientos religiosos y el modo pintoresco é ingenuo con que los saben expresar.

La mayor parte de las habitaciones son circulares, construídas de piedra y con techos de paja. La entrada es rectangular y tan baja, que es fuerza inclinarse para pasar. Nunca hay más de un cuarto, el cual sirve de recibidor, dormitorio y cocina, pero las comidas para las fiestas se preparan en el patio, que en la mayor parte de las casas es grande. Cuando el tiempo lo permite, se duerme también fuera de la casa.

Los templos (*toquipa*), en número de unos veinte en toda la región, siguen la misma construcción que las casas, siendo únicamente más grandes, con entradas que dan al oriente, las cuales no conocen más puertas que algún barrote que en ocasiones se atraviesa para impedir que el ganado éntre á profanar los santuarios. Hay en el centro un lugar reservado para el fuego, que sólo en las fiestas se enciende; y por lo que respecta á los ídolos, se les guarda en las cuevas sagradas de las montañas.

Junto á los templos existe siempre cierto número de adoratorios, cuyo interior ofrece aspecto curioso, en razón á los numerosos objetos simbólicos depositados en honor de los dioses. Son generalmente dichas casas de forma rectángular, hechas de piedra y lodo y techadas de paja, con agujero sobre la puerta de la fachada y otro correspondiente en la pared posterior, para la ventilación. Á veces se advierte alguna decoración exterior en dichas paredes. Cada rancho posee un santuario de este género, dedicado á la deidad que lo patrocina, y rara vez son del mismo tamaño y de igual importancia que los templos.

Mi primera salida de San Andrés fue á San José, diez millas al norte. El nombre primitivo de San Andrés es Taté Iquia, "Casa de nuestra madre" (*Taté*), en alusión á una

serpiente mítica que después de nacer y vivir allí, se alejó para la costa. El nombre primitivo de San José es Haiocalita "en donde hay fuentes," aplicándose el mismo término á cierto número de ranchos pertenecientes á la primitiva jurisdicción de San Andrés; pero dos solamente había en las inmediaciones del templo de la localidad, que constituían mi punto objetivo. Estaba para celebrarse la mayor fiesta del año, cuyo principal objeto consiste en comer tortas de elote, fiesta que se hace para los seres subterrestres á quienes poseen los sacerdotes la facultad de ver, cuando están cantando en el templo, apiñados alrededor del fuego y levantando sus vasijas vacías para que se las llenen. Si los indios nada les dieran, el viento haría brotar fuego de los volcanes para detener á las nubes.

Los principales dioses del mundo subterrestre en opinión del pueblo, son el Dios del Fuego y la Madre de los Dioses, quienes no obstante vivir sobre la tierra ejercen funciones más importantes debajo de ella, porque el fuego volcánico es más antiguo que el fuego del cielo, y toda la vegetación que produce la diosa brota de las tinieblas.

Cuando llegué á San Andrés, estaba temporalmente con Don Zeferino un mexicano que había sido allí durante algunos años maestro de escuela. Á pesar de no estar seguro de si las relaciones de aquel hombre con los indios eran de buena clase, lo llevé conmigo á solicitud de Don Zeferino y en atención á que conocía á una de las personas principales de San Andrés y sabía algo de lengua huichola.

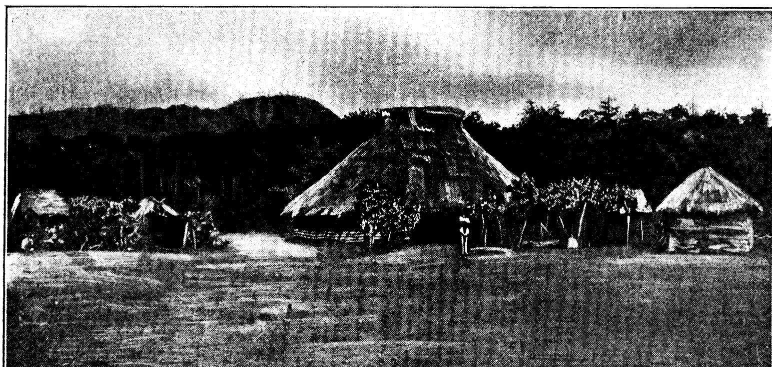
El camino pasa por entre pinares y terreno ligeramente accidentado, más ó menos al nivel de San Andrés y San José. Llevamos únicamente una mula para que condujera mi cámara fotográfica y nuestros abrigos, y fuimos bien recibidos por el indio propietario del rancho, quien nos alojó en su propia casa.

Consistía ésta en un simple techo de paja sostenido por cuatro vigas, tan bajo que apenas se podía entrar.

Había, clavados en el mismo techo, flechas y cuernos de venado, propios para las ceremonias, así como otros ornamentos simbólicos, trampas para coger ciervos y coronas de flores amarillas, restos todos de la última festividad de las calabazas verdes. La casa tenía exactamente cinco pies ocho pulgadas de largo, por cuatro pies y diez pulgadas de ancho, con capacidad apenas suficiente para permitir que dos personas se sentasen á un mismo tiempo; pero la novedad de dormir en una capilla privada, nos hizo, ó al menos debió hacernos olvidar la falta de comodidades. Por otra parte, comenzó á descargarse un aguacero. Solté á pastar las tres mulas ensoguilladas entre sí, y nos dispusimos á pasar la noche lo mejor que nos fuera dado, utilizando para cama las sillas y sudaderos.

Al oscurecer me dirigí al templo, distante como ciento cincuenta varas y dedicado al Sol (*Ta-yau*, "Nuestro Padre"). Hállase situado, como la mayoría de los templos huicholes, en un punto que domina los alrededores, y es el más grande, del lado occidental del río, pues mide veintiocho pies de diámetro y veintidós de altura. Contra lo regular, sus paredes son de adobe. Cerca de San José hay un famoso santuario del Sol, pues toda la región situada sobre dicha margen occidental se consideraba bajo el dominio del "Padre Sol," denominándose la tribu que lo habita "Pueblo del Sol."

El interior del templo me pareció caluroso y seco, y me produjo cierta sensación de comodidad, no obstante el humo y la numerosa gente que lo llenaban. El crepitante fuego alumbraba con viveza los rostros de los más próximos á él, iluminando alegremente el templo, con excepción de las capas de hollín adheridas al alto y truncado techo. La gente principal hallábase sentada en torno al fuego, formando un amplio semicírculo, y en medio de ellos el sacerdote, con la cara vuelta al oriente. Cansados evidentemente de la noche anterior, que todos habían



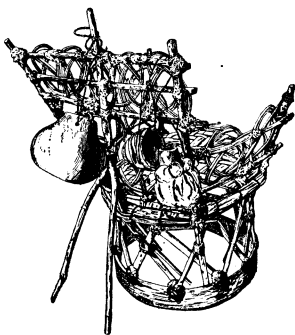
El Templo de San José.

pasado cantando, muchos se dormían en sus asientos, pero la expresión de los que estaban despiertos era de felicidad y meditación, como si disfrutaran de los placeres de un *dolce far niente,* bajo la benigna influencia del mayor de sus dioses, el Fuego, y en espera de que el *shaman* continuara cantando.

No se movió ninguno cuando entré, ni mi presencia los distrajo en lo más mínimo, pues todos se encontraban profundamente absortos en la contemplación de lo que estaba para suceder. Ofreciéronme, en muestra de cumplido, una de sus sillas, las cuales, bien que á primera vista den idea de la influencia de la civilización, son seguramente de invención aborigen y desempeñan importante papel religioso. Consisten de un taburete con respaldo y brazos, el cual, conforme al mito, representa la flor del *sotol*, la planta secular de prominente carácter en la tradición de los huicholes, de la que extraen el aguardiente nativo. Para darle apariencias de flor, rodean el asiento de un reborde formado con hojas de sotol hechas tiras, y hacen lo demás del taburete, así como el respaldo y los brazos, generalmente de bambú, todo lo cual aseguran con cordeles y una especie de cola vegetal, que pegan en bodoques, ligando las junturas como los cartílagos de los

huesos. Dichos asientos están dedicados en las festividades para el sacerdote y las personas de distinción, y una vez terminada la ceremonia, cada quien carga con su *equipal* para su casa.

También los dioses tienen sus sillas, y se supone que las ocupan; pero son pequeñas y parecen juguetes de niño, teniendo por principal objeto el expresar una idea de reverencia. En la fiesta á que me refiero, había otras varias curiosidades de las que contribuyen para atraer á los dioses á presencia del pueblo, como pequeños objetos simbólicos, colgados al respaldo de los equipalitos, ó puestos sobre al asiento. Al ver aquello me vino instintivamente á la memoria el cómodo sillón del abuelo, á quien sus netezuelos desean pedir algunos regalillos y recurren, por no saber leer ni escribir, á colgar alrededor del asiento diversos objetos que hablen de sus antojos al anciano, cuando vaya á sentarse. En esta página puede ver el lector un grabado que representa una de las sillas dedicadas al Dios del Fuego. Cuelgan de ella dos diminutas balsas ó guajes de tabaco, la una en solicitud de buena suerte para que se produzcan bien los calabazos de que fabrican sus *bules* para guardar tabaco, y la otra para obtener prosperidad en la caza del ciervo.



Un equipal sagrado.

Al poco rato se distribuyó á todos los presentes caldo y carne de venado, y cuando todos estuvieron servidos, llevó el sacerdote su asiento junto á la tambora colocada al oeste del fuego. Sentóse á cada uno de sus lados un *shaman* secundario, y á los costados del terceto, se agruparon los servidores del templo. Frente al sacerdote principal había clavadas en el suelo varias flechas de ceremonia, y al pie

de ellas el haz de plumas que caracteriza á dicho sacerdote.

Acompañaba su canto golpeando la tambora que consistía en un trozo de encina ahuecado y cubierto en su parte superior con un pedazo de piel de venado, sosteniéndose el instrumento por medio de tres patas que sobresalen toscamente recortadas en la madera. Se para sobre un disco de lava volcánica, asegurado en el suelo para que contribuya á aumentar la resonancia del sonido. Las estatuas de los dioses se hacen descansar sobre discos semejantes, que representan sus escudos, y como el instrumento, á semejanza de todas las cosas, es, en concepto de los huicholes, un sér vivo, tiene que sostenerse lo mismo que los hombres y los dioses. Bate la tambora el oficiante con las palmas de las manos, produciendo en el intervalo de los golpes que da con la derecha, toques más rápidos con la izquierda; y aunque las pulsaciones correspondientes son apenas sincrónicas, causan á distancia el efecto de redobles iguales. El *tempo* es el mismo que el producido con las dos varillas en el arco musical de los indios coras, siendo bastante parecido el sonido de ambos instrumentos, sobre todo á lo lejos, bien que el arco es mucho más sonoro.



Sacerdote cantado y tocando el tambor.

Varias veces hay que restirar la piel de la tambora durante la noche, lo cual se efectúa introduciendo una raja



Trajes de gala de los huicholes que ofrecen la comida, y de los matachines.

UNIV. OF MICH.

de ocote ardiendo dentro de la caja, á fin de que el cuero se contraiga con el calor. Á causa de esto, el interior del leño está siempre chamuscado y cubierto de humo, lo que haría creer á un observador poco atento, que se ahueca la madera quemándola.

Hombres y mujeres tomaban parte en el baile, el cual era casi idéntico al que los tepehuanes y coras llaman *mitote*. Se diferencia de éste únicamente en que los saltos son menores y que la fila retrocede más á menudo, distinguiéndose en tales ocasiones el individuo que dirige la danza por los vivos y numerosos movimientos que hacia atrás hace con los pies.

El día siguiente, tanto en la mañana como al medio día, y por último, antes de ponerse el sol, media docena de hombres, cubiertos con sus mejores ropas, en las que resaltaba como rasgo característico gran cantidad de vistosas cintas y plumas, distribuyeron de comer. Llevaban algunos, cortos calzoncillos de algodón, de cuyos ribetes inferiores se cuelgan cascabeles que compran en las tiendas mexicanas. Uno había con unas bonitas calzoneras de piel de chivo, adornadas con cintas de franela roja y pequeña botonadura blanca, también con cascabeles en las costuras, y todos sin excepción estaban provistos de plumas, alas y colas de gavilán aseguradas á los sombreros de paja.

Hay dos encargados de la distribución de la comida, los cuales, llevándola en pequeños cacharros, ó más bien en jícaras, penetran al templo y dan con solemnidad una vuelta; mientras otros, cargados de igual modo, quedan afuera esperando á que los primeros hayan salido. Entonces corren todos juntos hacia uno de los personajes á quienes van á ofrecer lo mejor que tienen, esto es, tamales, nopal, frijoles y mezcal asado. Al punto que lo alcanzan, se apoderan de él, lanzando terribles alaridos y alargándole las vasijas que él acepta sonriendo y en silencio, y va pasándolas prestamente á su mujer, quien vacía el contenido en

ollas preparadas al efecto. Prosigue luego la gritería y todos se retiran, por su orden, á llenar nuevamente las ollas y repetir el ofrecimiento á otra persona. El ruido que producen se parece al de una jauría de perros que persiguiera á un ciervo, y es de sospechar que alguna relación tenga esta antigua costumbre con la cacería de venados, ya que debe preceder á esta fiesta la muerte de cierto número de ellos.

El objeto á que tendían tales ceremonias, que era la distribución de tamales, tuvo lugar poco antes de ocultarse el sol, el segundo día de la fiesta. Necesitándose gran cantidad de aquéllos, el pueblo se dedica afanosamente á hacerlos desde varios días antes, remojando el grano molido para formar panes ovalados que ponen á cocer en hornos de piedra y barro, hechos á manera de colmenas y de cuatro pies de altos. El interior de los hornos está bien bruñido y tienen cerca del suelo dos aberturas, como de un pie cuadrado, por donde introducen la leña, sirviéndoles para sacar el pan otro agujero practicado arriba.

Luego que se calienta bien el horno, para lo cual basta una hora, lo limpian, meten la masa, envuelta en una ó dos hojas de encina, y tapan las tres bocas con sendas losas. En Santa Catarina, acostumbran cocer dichos panes en comal, utensilio de barro en que se hacen las tortillas. Se quitan después cuidadosamente las hojas, para comerlos al terminar la fiesta.

Estos bollos son muy sabrosos; son duros y tienen cierto sabor dulce que falta enteramente en las tortillas. Para expediciones al campo son siempre de preferirse al pan, pues se conservan, sin perder su gusto, una ó dos semanas. Con frecuencia traté de conseguir que los indios me hicieran algunos para sobrellevar mi constante dieta. pero resueltamente se niegan á prepararlos si no es para esta fiesta del año. No obstante, entre los mexicanos se usan unas tortas parecidas.

Entre tanto, habían regado paja cuidadosamente á la entrada del templo á fin de formar un espacio circular donde depositaban los tamales conforme iban llevándolos en sacos, los cuales quedaban á cargo de varias mujeres sentadas alrededor, cada una junto del que le pertenecía.

Una vez que se han recibido los sacos en número de diez, aparecen en escena cuatro de los personajes principales, quienes después de hacer dentro del templo los movimientos circulares exigidos por el rito, toman asiento, los unos frente á los otros, en los cuatro puntos cardinales del lugar preparado. Conforme van vaciando las mujeres sus sacos sobre el zacate, los sacerdotes, extendiendo el brazo derecho, sacuden sus plumas sobre el alimento para invitar á los dioses. Dos de los sacerdotes que quedan frente á frente tienen en la mano, al par que las plumas, una vara de palo de brasil, en símbolo de autoridad. Los otros dan algunas vueltas alrededor, y cuando se detienen bajan los otros dos sus varas hasta tocar los panes, exclamando: "*yam-te, yam-te-yam*" (¡Para todos, para todos!), con lo cual ofrecen de comer á los dioses, y prosiguen en sus vueltas repitiendo palabras de ofrecimiento. Finalmente, queman ramas secas de anís á manera de incienso, y vuelven al templo.

Distribuyéronse entonces los panes entre los presentes y poco después vi que dos de los principales se pusieron sus aljabas llenas de flechas, cogieron sus arcos y se llenaron las bolsas de bollos. Tomó además cada cual un jarrito de aguardiente, y se dispusieron á recibir á los enviados del templo de San Andrés y de otro próximo, que se sabía acababan de llegar y que estaban esperando á quienes debían acompañarlos. Los dos delegados dieron varias vueltas alrededor del templo, y en seguida partieron á toda prisa al encuentro de sus huéspedes. Nunca me había llamado tanto la atención como en esta vez, la corrección y formalidad que ponen los indios en sus ceremo-

nias. Hicieron con toda precisión los movimientos como si se guiasen por un reloj, y aunque las ceremonias variaban constantemente, no se advertían equivocaciones. Todos los que toman parte, que son muchos, saben exactamente lo que tienen que hacer, porque lo han estado repitiendo toda su vida.

Después de largas súplicas que recita en voz alta el sacerdote, comienza la danza de la segunda noche, á poco de oscurecer. Apenas difería de la que había tenido lugar la noche precedente, pero la procesión, formada sólo por los servidores del templo, se movía en una sola fila, y el rasgo característico consistía en aullidos, gritos y aun silbidos de cuantos bailaban. Cada uno llevaba, á manera de cetro, una yerba cuya semilla sirve de alimento favorito al pavo salvaje, con lo que me despertaban aquellos individuos el recuerdo de las viejas pinturas de santos con palmas en la mano.

Mientras todos bailaban, sólo el sacerdote y sus dos ayudantes se mantenían junto á la tambora. Era aquél un hombre de gran reputación, que gozaba, por supuesto, de fama de hechicero, lo que le hacía temer. Cantaba con tremendo entusiasmo, produciendo efecto mágico en la concurrencia, así con su voz como con el ruido del instrumento. Aficionado, como muchos otros de su clase, á las bebidas fuertes, se refrescaba frecuentemente con tragos copiosos, y pronto estuvo beodo. Poco á poco iba hundiéndose más en su asiento, y hubo momento en que sólo se le veían las manos golpeando con inacabable vigor y movimientos de autómata. Su voz de bajo profundo sonaba con igual fuerza, y su tono ligeramente ronco se avenía admirablemente con el tufo de antigüedad que pesaba en la atmósfera. Sus ayudantes cuidaban de que la piel del instrumento se mantuviese tensa, y en ocasiones le ayudaban á dar los redobles.

No había llevado yo ningunas provisiones, en primer

lugar porque no las tenía, y después en la confianza de que en tales fiestas no faltan tortillas ni frijoles. Las autoridades me habían proporcionado una cocinera para que preparara unas y otros para mi compañero y para mí; pero la fiesta tenía mayor importancia para dicha mujer que



Cinta. Dibujo principal : Vástago cargado de calabazos Aparecen en el dibujo las hojas y los bules con sus brotes.

nuestras necesidades, y á pesar de las órdenes que llevaba, no hizo el menor caso de nosotros. Aun comprar algo á los naturales era cosa dificilísima, pues siempre consideran gran favor el vender de comer. Los indios no se cuidaban mucho al parecer de mi acompañante, y como yo era completamente extraño para ellos, bien poco podía esperar. La parte que nos tocaba en la distribución general era en extremo exigua, y como es imposible impedir el sentirse

Canción para la Fiesta de los Tamales

Los dioses salieron á cazar venados, pero todos se les escapaban hasta que fue uno de ellos provisto de plumas azules.



molesto con una comida insípida, como son los tamales rellenos de frijoles, alimento insuficiente por lo demás, por primera vez me vino la idea de que estaba perdiendo el tiempo en aquel desierto y de que nunca llegaría á comprender el sentido de lo que veía. ¿Obtendría al fin que los indios me revelasen sus pensamientos y me diesen alguna luz sobre los comienzos de la cultura humana?

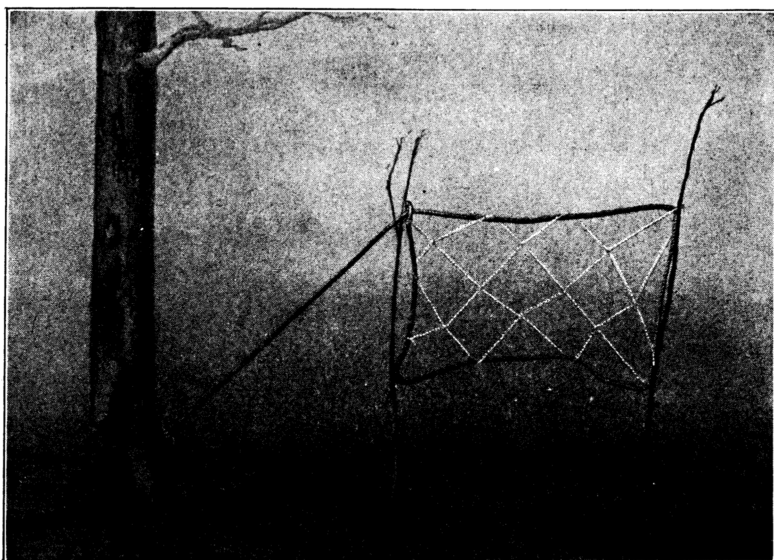
Constituye parte importante de la fiesta la caza del

venado, pues que asegura la felicidad del año que se acerca. Los huicholes, que emplean las flechas para matar las aves y la mayor parte de los animales, para los venados hacen uso de lazos que colocan hasta en número de veinte en los sitios donde dichos animales necesitan pasar, poniéndose en seguida á perseguirlos, á veces ayudados de perros. Atan la trampa al tronco de un árbol, colocando el aro con la red que sostiene, en la disposición de un marco perpendicular entre dos matorrales, con dos palos clavados á uno y otro lado de la pista. La barra superior del cepo tiene como media yarda de larga.

Poco después de oscurecer, comienzan los cazadores á hacer sus preparativos para el siguiente día. Reúnense alrededor del fuego y suplican en alta voz, siendo casi imposible distinguir las palabras en la confusión general de las voces, pero frecuentemente pude oír el vocablo *tebali* "abuelo," que es como llaman al dios del Fuego, que es el más grande de todos los curanderos. Solamente los puros de corazón pueden tomar parte en la cacería, pues ningún venado caería en una trampa colocada por un enamorado, sino que la descubriría, daría un resoplido y se volvería corriendo por donde vino. Buena fortuna en amor significa mala suerte en la caza, pero aun los que se han abstenido tienen que invocar la ayuda del fuego para extirpar de sí cualquiera impureza. Así pues, se esfuerzan en acercarse lo más posible á la divina llama, presentándole todos los lados de su cuerpo, alargando las manos abiertas para calentárselas, hecho lo cual se las escupen y se frotan rápidamente las coyunturas, las piernas y los hombros, como hacen los *shamans* cuando curan, á fin de que sus músculos y sus miembros cobren tanta fuerza como pureza hay en su corazón para la tarea que tienen que emprender.

Todo el mundo estaba listo antes de amanecer. Consistía el último rito en quemar espinas de cierto árbol y esparcir sus cenizas sobre los objetos simbólicos que de-

bían emplearse para la cacería, siendo los más curiosos de ellos las flechas ceremoniales, emblemas de la caza y captura de los ciervos. Las llevaban aseguradas con anillos de yerba retorcida, colgando á la espalda horizontalmente, suspendidas de una cuerda. Los que reciben la honra de cargarlas, llevan asímismo, sostenidas bajo unas bandas que se ligan á la cabeza, plumas de *shaman*, también cubiertas de ceniza. Así es como tres cazadores,



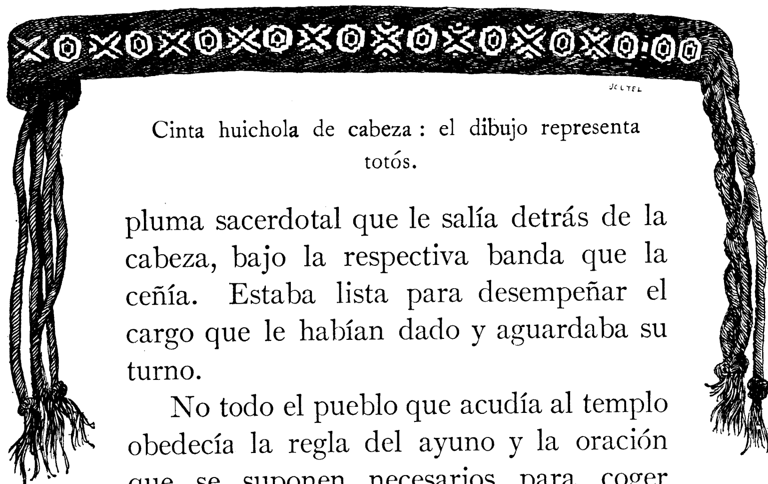
Lazo para coger venados.

y en casos excepcionales cinco, dirigen la persecución, corriendo de frente y en fila. Ellos son quienes aseguran el éxito de la batida é impiden los accidentes, pues el que va en medio representa nada menos que al mismo Fuego que todo lo ve.

En aquella ocasión los cazadores partieron con paso vigoroso en número no menor de cuarenta y cinco hombres, uno tras otro, armados de carcajes y flechas, y vestidos de la mejor manera, con la ropa recién lavada. Innumera-

bles cintas, bolsas y plumas les flotaban por toda la cara y el retintín de los cascabeles de sus vestidos producía una música demasiado incitante á que los venados no podrían resistir de seguro.

Unos cuantos quedaron atrás únicamente, entre servidores del templo y jóvenes enamorados, á quienes se consideró indignos de tomar parte en la gira. Los principales se sentaron en sus sillones, bajo una enramada dispuesta á la entrada del templo, y tras ellos, en cuclillas sobre una vaqueta, descubrí á nuestra desertora cocinera con una



Cinta huichola de cabeza : el dibujo representa totós.

pluma sacerdotal que le salía detrás de la cabeza, bajo la respectiva banda que la ceñía. Estaba lista para desempeñar el cargo que le habían dado y aguardaba su turno.

No todo el pueblo que acudía al templo obedecía la regla del ayuno y la oración que se suponen necesarios para coger la presa: lo importante es que los hombres y mujeres de más distinción no infrinjan el ayuno. Siguen á los cazadores durante todo el día con el pensamiento, rogando al Fuego, al Sol y á todos los dioses que les den buena suerte y, por ende, la felicidad para todos. El ciervo es el emblema del sustento y la fertilidad, por lo cual riegan con su sangre el maíz que ha de sembrarse, para fertilizarlo, siendo este el sacrificio más acepto á los dioses, pues que sin él no se obtendrían la lluvia, ni las buenas cosechas, la salud, ni la vida.

De cuando en cuando pónense en pie los que ayunan,

y rezan en voz alta con tan grande fervor, que ellos y todos los demás comienzan á llorar conmovidos. Con frecuencia también, dan vueltas en el interior del templo, deteniéndose frente á los equipalitos y platicándoles como si los dioses estuvieran sentados en ellos. Mucho del resultado depende de estas suplicaciones á las sillas. Cierta vez se cogieron dos venados, y tal fortuna se atribuyó principalmente á la dedicación con que aquellas gentes se habían estado levantando á cada momento para acercarse á los equipales á invocar á los dioses.

Yo me ocupaba en ver cuanto ocurría á mi rededor, observando al pueblo y las cosas, pero sin juzgar conveniente tomar fotografías, temiendo que fuese á imputárseme la menor desventura que llegara á ocurrir en la cacería; pero comprendiendo que no debía perder la oportunidad de alcanzar influencia sobre ellos repitiendo algunos juegos de manos con que había sorprendido á varios el día anterior y de que mucho se había hablado, híceles mi propuesta, la que fue muy bien recibida, asegurándoseme que ningún daño podía causar ni á ellos ni á los cazadores. Cuando adelantándome con toda calma comencé á mostrarles mi "poder," estaban dos viejos llorando como niños diciéndole al Sol cuán abundantes serían las cosechas, con sólo que les permitiese capturar los venados; mas al punto que advirtieron lo que yo estaba haciendo, encamináronse poco á poco á sus equipales, para verme. Uno de mis escamoteos consistía en hacer desaparecer y aparecer de nuevo, á voluntad, una bola roja; y quiso mi buena suerte que la imagen del Sol que los indios conservan en aquel santuario, fuera muy semejante á dicha bola en color y tamaño, de manera que comenzaron á figurarse que el "Padre Sol" estaba quizás á mi disposición, con lo que comencé visiblemente á ganarme su aprecio.

No bien hube terminado mi acto de prestidigitación, cuando noté vivo y repentino movimiento en el pueblo.

Sus caras, generalmente sin expresión, se les encendían, y hablaban rápidamente unos con otros. Lo que habían estado aguardando entre el temor y la esperanza aparecía en el linde del bosque: se aproximaba un mensajero. Era uno de los cinco jóvenes que llevaban las flechas. La excitación popular era extraordinaria, se había ganado el día, las oraciones de los que ayunaban habían sido escuchadas, ¡los dioses habían concedido una presa! Cuando el mensajero se hubo acercado más, viose que traía en la mano un lazo, pero guardaba lo principal en la talega.

La mujer de la pluma, cuando el muchacho llegó, púsose en pie, tomó una gran bocanada de agua contenida en un guaje y procedente de varias fuentes sagradas, y roció varias veces al mensajero, en tanto que el pueblo entero recitaba en pie sus oraciones. Cuando el jóven hubo recibido, con evidente placer, aquel riego, puso su bolsa en manos del sacerdote, quien, llevándola al templo, la abrió junto á un nicho situado frente á la entrada, donde se presentan ofrendas al dios principal. La bolsa contenía un pedazo de intestino del ciervo, atado de ambos extremos y lleno de sangre. El *shaman* mojó en ésta un dedo y la untó, primero en el templo, luego en los diminutos equipales de los dioses, y por último en las sillas de las personas de importancia.

Desde luego se ofreció de comer al muchacho, con lo cual quedó roto el ayuno para todos los presentes. Hora y media más tarde llegaron los demás, encabezados por un hombre que cargaba la presa, la que siempre se lleva entera al templo, con excepción de los intestinos, que se le extraen para quemarlos en el sitio mismo donde ha sido capturada. La hilera de indios, pintorescamente vestidos y caminando triunfalmente por entre la alta yerba que crecía tras del templo, causaba un efecto verdaderamente hermoso.

Fuera del templo se había regado, á la derecha de la

entrada, paja sobre la que se depositó cuidadosamente el venado, que fue recibido de igual manera que los panes de maíz, porque en concepto de los indios son cosas idénticas. Según la mitología de los huicholes, el maíz fue primeramente venado, idea que se debe á que en los tiempos primitivos los ciervos proveían principalmente á la subsistencia de la tribu.

Se tendió al animal con las piernas hacia el oriente, y frente á él se colocaron toda suerte de comestibles y ollas de tesgüino. Cada quien, á su vez, fue acercándose al venado para pegarle palmadas con la mano derecha, desde el hocico hasta la cola, dándole las gracias de que se hubiera dejado capturar.

"Descansa," le decían, dándole el nombre de "Hermano Mayor." Si hubiese sido hembra, la hubieran llamado "Hermana Mayor." El sacerdote puede decir por largo tiempo al animal muerto: "Ya te han dejado libre, Abuelo Fuego, Abuelo Cola de Venado, Padre Sol y todos los demás Dioses; ya llegaste á nuestra casa; muchas gracias porque has venido; tú no estás enamorado; ¿ como has podido venir á nosotros que estamos todos enamorados? Descansa, Hermano Mayor; tú nos has traído plumas y te estamos profundamente agradecidos."

Las astas del animal son consideradas como las plumas sacerdotales, y los venados mismos son de tan capital importancia en la vida religiosa de la tribu que, si por algún motivo se llegasen á extinguir, la religión de los huicholes tendría que modificarse. La filosofía de toda su vida puede resumirse en esta sentencia pronunciada por uno de los sacerdotes: "Orar á nuestro Abuelo el Fuego y poner lazos para coger venados, es llevar una vida perfecta."

Pronto quedó desollado el animal y se guardó la piel, probablemente para que sirviera á los bailarines en alguna fiesta del jículi ó para hacer con ella aljabas, ó simplemente

para curtirla. Los huicholes no duermen nunca sobre dichas pieles, por creer que les causarían dolores de espalda.

Abrieron un hoyo en el suelo, en donde pusieron á tatemar el venado, entre piedras calientes, resguardando la carne con hojas y cubriendo el agujero con tierra, procedimiento usado siempre para tal cosa. En cuanto á la sangre, se hierve en una olla.

Entre tanto, los cazadores hicieron pinole con cinco granos de maíz y lo sacrificaron al fuego del templo que apagaron en seguida, cubriéndolo de ceniza, y luego cada quien contribuyó con cinco granos, los que fueron molidos, echados en agua, y convertidos en pan que se coció sobre las calientes cenizas. Este pan constituye una recompensa, y es lo primero que comen los cazadores.

Dijéronme que al sureste de aquel lugar se hace un tamal figurando una cabeza de venado, para que el sacerdote lo coma después. El tamal se coloca al extremo de un palo que se clava en el patio y del que se atan algunas cuerdas, las cuales cogen varios hombres vestidos de mujeres poniéndose á bailar alrededor. La danza consiste en vueltas que se dan en un sentido y otro, y tiene por objeto la adoración del Sol.

Poco después de oscurecer fueron quemadas las flechas ceremoniales, los cetros de paja y todas las hojas con que se habían envuelto los panecillos. En seguida se prosiguió el baile, en la misma forma que la noche anterior y como habían estado ya bailando dos noches, poco había que esperar de la tercera. Pronto cesó la danza y se dedicaron á comer y beber, á cuyo efecto todas las familias habían llevado grandes cantidades de diversos alimentos y aguardiente que se vendía ó repartía gratuitamente. En medio del regocijo general se notó que los perros, que habían olido el venado, lo habían devorado después de sacarlo del hoyo, pero la cosa no pareció causar mal efecto

á nadie, pues todos los deseos habían sido satisfechos con la donación obtenida de los dioses.

En breve muchos estuvieron ebrios, y poco á poco fueron desplomándose dentro del templo. Como llovía, ahí se quedaron hasta el día siguiente en que el sacerdote, cuando empezaba á amanecer, les roció la cabeza con agua lustral, valiéndose para ello de una rama de orquideas rojas, á efecto de darles salud y vida. Regóse también agua fuera del templo, sobre el suelo, hacia arriba y en todas direcciones, para librarse de todo mal.

La fiesta llegaba á su punto culminate con una carrera para obtener larga vida, que tuvo lugar la mañana siguiente entre los jóvenes, y que constituye otra de las formas de suplicar que el pueblo tiene, á que alude la palabra *jarari* con que se designa toda la fiesta en la parte situada al noreste.

Ya se había preparado en el bosque una meta. Dos plumas sagradas, una para los jóvenes y otra para las muchachas, se habían asegurado á unos árboles con ciertas ceremonias mágicas. Mientras llegaban los corredores á la meta, bailaba un hombre delante de las plumas.

La mayor parte de los asistentes de más edad estaban ya tan llenos de licor y de sueño, que difícilmente podían encaminarse desde el templo para presenciar la carrera, pero por extraño que parezca, no perdieron detalle de la ceremonia. El astrólogo principal parecía medio muerto, pero hizo de modo de poner su silla frente á la tambora que fue sacada del santuario y púsose á tocarla mecánicamente, haciéndose oír todavía mientras los otros se tambaleaban en todos sentidos.

Se hacían notar en la multitud dos sacerdotes que llevaban sendas banderitas curiosamente hechas con diminutas esteras de carrizo, atadas al extremo de una larga varilla, esteras que diferían ligeramente en su construcción,

por ser la una para los muchachos y para las muchachas la otra.

Todos ardían en deseos de que diese principio la carrera, y á la primera señal dada al efecto partieron los hombres á toda velocidad, seguidos por las mujeres. Por fortuna para los abanderados, no tenían que correr al frente de sus filas, sino detrás, comisión mucho más cómoda después de días y noches de ayunos y festejos. La intemperancia de los viejos no producía el menor efecto en la conducta de las jóvenes parejas, que no veían en ello nada indecoroso, tratándose de personas de respeto que habían cumplido plenamente sus deberes para con los dioses, y se mostraban por su parte perfectamente sobrias, de manera que sólo entre los individuos de edad se halla extendido el privilegio de imitar á los dioses y embriagarse.

Los viejos compensaban la inseguridad de sus piernas tremolando con frenesí sus banderas y gritando desaforadamente para impulsar á los que corrían, según la costumbre, en fila uno tras otro. Si alguno llega á caer, debe estarse tirado en el mismo sitio hasta que todos vuelven, para poder seguirlos, pues de lo contrario no ganará la recompensa de una larga vida.

Frente al templo se tendió una frazada en donde se depositaron numerosos panecillos en forma de animales, tales como venados, pavos, conejos, etc., los que se fabrican de la semilla de una planta llamada *hua-hue*. La yerba (*amarantus-leucocarpus*, denominada en español *chía* ó *chol*), crece silvestre, aunque también la cultivan algún tanto los huicholes. Por ser amarilla pertenece al dios del Fuego, y es probable que la tribu haya usado su grano antes de conocer el maíz, pero ahora se emplea principalmente en las ceremonias, excepto cuando el maíz escasea, y á nadie se le permite comerlo sino hasta que la carrera termina.

Como quince minutos después de la partida, volvieron corriendo dos hombres. Simularon agujerear con un popote uno de los tamales que estaban en el suelo, y en seguida volviéronse al bosque. Transcurrido un nuevo lapso de quince minutos, llegó á toda velocidad una joven trayendo en la mano una pluma negra y blanca, y al punto recibió de boca de la mujer emplumada, una rociada sobre el cuello y el pecho. La victoriosa doncella, clavando con la extremidad de la pluma uno de los panecillos, se lo alargó al sacerdote. Fueron rociadas lo mismo que la primera las demás muchachas que iban presentándose corriendo con ligereza, y cada una de ellas á su vez, clavando con popotes los animalillos de pan, iban ofreciéndolos á las personas principales. Conforme fueron llegando los mancebos recibían de aquel modo su baño y daban panecillos á sus mayores, quienes los comían asegurando con ello la salud y la vida para todos los jovenes.

Así terminaba la carrera por la vida, curiosa y antiquísima ceremonia. Nadie obtiene su subsistencia de los dioses, sin esfuerzo propio, sin ceremonias y fiestas, sin sacrificio y trabajo personal. Tales son los sacrificios que los dioses demandan del pueblo inferior para otorgarles maíz, frijoles y calabazas.

En la parte sureste, esta carrera está relacionada con la fiesta del jículi, con que anualmente inaugura el pueblo el uso del maíz tostado. Allí los animalillos de pan se conservan por cinco días en el templo, bajo las cenizas del fuego, y pasado ese tiempo, cada persona principal engulle su pieza. Muchas veces, al remover las cenizas, se encuentran las tortas completamente quemadas, y siempre que esto sucede, atribúyese á la gula de la multitud. Constituye una variación de esta observancia, el que los corredores agujeren bolas de pinole. Entonces se señala la meta para ambos sexos con plumas sagradas, y no comienzan á picar las bolas sino hasta que todos han llegado.

Las clavan además con colas de venado enfundadas en palos como dedos de guante. Estos instrumentos son ofrecidos á cada uno de los campeones por el hombre que baila frente á la meta. Cuando el mozo que ha ganado la carrera entrega las plumas al sacerdote, recibe de éste, en recompensa, una pluma y un pequeño ceñidor, mientras que la muchacha, que da sus plumas á la mujer del *shaman*, obtiene en cambio una olla y un brazalete de cuentas de vidrio.

La gente empezó, al fin, á retirarse, pero todavía se quedaron muchos hasta el siguiente día, divirtiéndose con la danza y la música del violín. En la tarde, con motivo de arreglar ciertas cuentas dentro del templo, pude observar una muestra del carácter huichol. Negábase un hombre á pagar sus deudas y la discusión se hizo repentinamente violenta. Varias personas saltaron de sus sillas y pusiéronse á hablar en apretada fila, con las caras muy juntas, gesticulando de manera salvaje y prorrumpiendo en torrentes de palabras con tono chillón, tal como suelen hacer los campesinos franceses. Parecía que á cada momento lloverían los golpes, pero en pocos segundos se calmó la tempestad y se restableció la calma. Los huicholes son fáciles de emocionarse y muy sensibles para reír, llorar ó encolerizarse. No es raro entre ellos el suicidio, en uno y otro sexo, promovido por celos ó disgustos domésticos, y son más exitables que ninguna otra tribu de las que conozco. Con todo, escenas como la que describo, ocurren únicamente bajo la influencia del alcohol.

Encontrando, al fin, oportunidad de emplear mi cámara fotográfica, la coloqué en el trípode. No bien lo advirtieron, cuando dos indios, llevando cada uno una vela encendida, se acercaron á arrodillarse á ambos lados del aparato, como si fuesen á adorar á algún santo.

Después de mucho deliberar, acabaron por concederme los cinco equipalitos usados en la fiesta. Mi compañero y

yo fuimos los últimos que partimos de las ciento setenta personas que se habían reunido, según nos dijeron, y me alejé bastante satisfecho del resultado de mi viaje, llegando á mi alojamiento de San Andrés, precisamente en el momento oportuno para escapar de un aguacero.

CAPÍTULO III

OTRA EXCURSIÓN—CÓMODO CAMPAMENTO EN UN TEMPLO—NOTICIAS DEL MUNDO—VISITA AL SANTUARIO DE UNA MONTAÑA—"EL HABITANTE DEL SANTUARIO" — EL DIOS DEL AGUA — MI CÁMARA EN INMINENTE PELIGRO—FIESTA PARA APLACAR AL DIABLO—FABRICACIÓN DE SOMBREROS DE PAJA.

ANIMADO por los buenos resultados obtenidos en San José, proyecté desde luego una excursión al templo de las Guayabas (en huichol *temoliquita*, "donde los árboles y las flores están en botón"), situado á corta distancia al sur de San Andrés y á menor altura. En esta expedición dependí principalmente de la buena voluntad de un curandero huichol llamado Máximo que, por haber vivido mucho tiempo entre los mexicanos, hablaba el español, era menos desconfiado de los extranjeros y más sociable que la generalidad de los indios.

El sol había secado el resbaladizo y retorcido sendero que descendía rápidamente hacia Guayabas, á donde llegamos sin contratiempos, encaminando nuestros animales directamente al interior del templo para desensillarlos y desatar la carga. El sacerdote en funciones, amigo de Máximo, salió á recibirnos, manifestándose dispuesto á satisfacer nuestros deseos. Nos llevó asímismo gran cantidad de leña y algo que comer. Como de costumbre, comenzó la lluvia al obscurecer, pero habiendo hecho encender fuego y sentádome en un equipal que el *shaman* Josecito me proporcionó, consideré que disponía de un campamento cómodo, seco, caliente y bien ventilado, que más de un viajero envidiaría.

Josecito gozaba en San Andrés la reputación de hechicero, por lo que nunca se atrevía á salir de su rancho, muy próximo al templo. En su propio distrito, sin embargo, se le consideraba como hombre poderoso en punto á hacer llover. Fuera de dicho rancho y de otro más, había varias casitas vecinas al templo, que servían de habitación á los oficiantes durante las fiestas. Las tales, que eran circulares y rectangulares, hallábanse entonces abandonadas y con piedras en las aberturas que servían de puertas. Una noche que tuve que dormir en la más pequeña, vi que apenas era suficientemente larga para poder extenderme por completo. Es constante en toda la región ocupada por los huicholes, encontrar ranchos cerca del templo, pero por regla general no acostumbran vivir junto á los lugares consagrados al culto, en donde únicamente se reunen en tiempo de fiestas. Entonces los oficiantes y sus familias se alojan en los santuarios próximos. En Guayabas, el único de éstos que había era demasiado pequeño para servir de dormitorio, y como los demás santuarios se hallaban á bastante distancia, se habían construído cuartos especiales.

Durante mi corta permanencia en aquel sitio, iba gente todos los días por orden del curandero. Las mujeres me llevaban tortillas y la bebida agradable y ligeramente espesa que llaman atole, atenciones que yo correspondía regalándoles cuentas de vidrio, extraordinariamente apreciadas por los huicholes.

Ocurrió un día un incidente divertido, motivado por la repentina llegada de un indio con noticias del resto del mundo. El Jefe Político del Territorio de Tepic había tenido la bondad de enviarme mis cartas á pesar de la gran distancia, y el oficial de Jesús María, ordenó á su vez que me las llevasen. Esta circunstancia me fue de grande utilidad, primeramente porque me favoreció á los ojos de los indios el ver las consideraciones que me mostraban las

más altas autoridades, y después porque entre la correspondencia iba una invitación para que tomase parte en el Noveno Congreso de Americanistas, que iba á reunirse en México en noviembre de aquel año (1895). Aunque no podía aceptar, me fue muy grato recibir tal recuerdo de un centro civilizado, en aquellas bárbaras soledades.

Por la noche fueron algunos servidores del templo á preguntarme si algo necesitaba. Iba entre ellos un jóven sacerdote quien al entrar al templo se adelantó al fuego, arrojó en él un pedazo de leña, y permaneciendo en pie comenzó á orar de esta manera:—"He llegado aquí sin tener ningún accidente en el camino. Aquí estoy á tus órdenes; ayúdame de nuevo cuando vuelva á mi casa para que nada me suceda." Concluídas sus devociones, puso algunas brasas en una vasija de barro, echó copal en ellas y dio una vuelta alrededor, á fin de que el incienso se extendiese por todas las paredes.

Las personas principales del lugar me acompañaron á visitar un adoratorio situado en lo alto de la montaña, que está al noroeste del templo. Al cabo de una hora de subir, nos encontramos en la cima, en un bosque de corpulentas encinas, y á poco llegamos á una construcción rectangular casi insignificante, hecha de piedra y lodo y techada de paja. Se levantaba en un pequeño claro, á sólo veinte pies del precipicio que cae al arroyo de Guayabas. Al acercarnos noté numerosas puntas de flechas que salían del techo. La entrada, como de costumbre, sin puerta, veía al norte.

Así como los indios hubieron efectuado su paseo circular en torno del santuario, penetré al interior con dos de ellos. Hallamos regados en el suelo muchos objetos característicos del rito, tales como flechas, escudos, cuernos de venado, etc., todos de desecho, porque cesan de tener valor después de un transcurso de cinco años. El altar, colocado en el fondo del pequeño edificio y hecho de piedras unidas sólidamente con tierra, estaba completamente

lleno de flechas clavadas perpendicularmente en equipalitos, con otros muchos objetos simbólicos, como "ojos, camas, etc.," y cubría el techo una verdadera masa de flechas ceremoniales con plumas y otros adornos.

Comencé á levantar varias de las cosas tiradas, pero los indios, con muy buen sentido, me dijeron que escogiera de las nuevas, pues conforme á sus ideas dichas cosas disminuyen en mérito con el tiempo, y daban por sentado que lo que era de poco valor para ellos, tampoco podía tenerlo para mí. Aproveché la indicación reuniendo en pocos minutos una valiosa colección etnológica. Llamé al cabo la atención de mis compañeros hacia una canasta que descubrí en el altar, entre multitud de saetas. Era del género de las que los indios emplean para llevar los útiles de que se valen para fabricar sus flechas. La cesta, baja y angosta, como de doce pulgadas de larga había sido puesta sobre una de las sillas pequeñas, y tenía enfrente un guaje con tesgüino, de todo lo cual inferí que algo importante se guardaba en ella, por lo que no vacilé en levantarla. Al tratar de hacerlo, derramé el líquido, que evidentemente constituía una ofrenda, pero los indios no se inquietaron por ello.

"Tal vez no le permitan á Ud. abrir esto," dijo Máximo, "porque adentro está el habitante de la casa." ¡El habitante! . . . imposible que pudiera yo dejar de conocerlo. Manifesté del modo más expresivo que pude mi deseo, asegurando que no pretendía llevármelo, sino únicamente verlo, y como consintieran los indios, dos de ellos abrieron la cesta y desenvolvieron con toda reverencia un lío de trapos que allí tenían guardado.

Lo primero que apareció fue la parte inferior de una flecha desprovista de plumas, pero hermosamente decorada con dibujos simbólicos. Se considera esta porción del arma como su sitio vital, como su corazón, y representa por lo mismo á toda ella. En seguida aparecieron varias pequeñas rodelas, tejidos y un cascabel de víbora. La ser-

piente pertence al dios, y es un guerrero que lleva siempre consigo su sonora "campana." Desenvolviendo un poco más se descubrió una pesada piedrecilla verdosa, veteada de algunas rayas amarillas, la que se me permitió tomar en mis manos. El mineral, como de una pulgada de largo, se hallaba en su estado natural: era el tal un dios muy poderoso según me explicaron los indios. "Vino del mar azul," me decían, "y es el Hermano Mayor." Su color y origen lo hacen considerar como gran dios del agua, y para los huicholes no solamente está vivo, sino que es un guerrero á quien se debe la mayor veneración. Devolvíles desconsolado á su dios, que fue envuelto de nuevo, colocado en la canasta y sentado en el equipal como en un trono.


Pito de carrizo con incisiones que representan cascabeles de víbora. Longitud, 24.5 cm.

Desde que llegué había estado oyendo un ruido lejano semejante al de una catarata, y no bien hube acabado de examinar satisfactoriamente el santuario, me encaminé al filo de la montaña, donde quedé sorprendido por un hermoso paisaje. Encontréme á la orilla de una sima, boca de la barranca de Guayabas; á la derecha se desprendía perpendicularmente sobre una estrecha garganta, una bella cascada cuyas aguas precipitábanse hacia el oeste, yendo á unirse por el cañón al río principal del valle, exactamente á siete millas de allí, pero á trescientos pies por lo menos abajo de donde me encontraba. Crecida como estaba la corriente, pude fácilmente distinguir su curso hasta cierta distancia, fijándome en los árboles. Durante la mayor parte del año, probablemente ha de tener poca ó ninguna agua, á no ser en los lugares donde alcance alguna profundidad. Sobre la cima formada por el lado opuesto del

cañón divisé otro santuario, pero no se advertían habitaciones. Causaba sorpresa lo desierto que parecía todo.

Al regresar al templo me detuve á visitar una *cutsala* ó fuente sagrada, próxima al camino, que se considera especialmente benéfica para los niños. Su agua forma un pequeño depósito sosegado y cristalino, que nunca se seca. Á su alrededor se ven clavadas numerosas flechas en representación de suplicas y en muestra de adoración á la deidad de la fuente.

Los huicholes adoran al agua; grandes y pequeños se lavan la cara, la cabeza y las manos todas las mañanas para obtener las bendiciones que le atribuyen, especialmente en los manantiales. Estos son lugares sagrados, cuyos dioses son seres maternales ó serpientes que suben al cielo con las nubes y descienden en forma de fecundante lluvia. Todos los que se lavan en ella ó la beben, reciben la salud y la fuerza que emana directamente de la fuente de toda la vida, de la Madre Tierra. Es, pues, el agua el más generalmente reverenciado de los cuatro elementos, y no hay fiesta en que el pueblo no se rocíe de agua la cabeza. Como hay manantiales especialmente dedicados para cada cosa, es constante el acarreo que se hace en guajes, de un lugar á otro, aunque en el último haya agua de sobra. La gente de la tribu acostumbra bañar á los recién nacidos en varias fuentes, y si no es posible llevar al chicuelo, es preciso reunir el agua, no habiendo ninguna más apreciada, para uso interno y externo, que la que procede de los lejanos lugares donde crece el jículi.

Obtenidas de los indios cuantas explicaciones pudieron darnos respecto á las muestras etnológicas recogidas, cargué mis colecciones y volvíme á San Andrés. Era uno de aquellos desoladores días en que, por más que se haga, todo resulta mal: mi mula tropezó sobre una resbaladiza piedra al atravesar el río, y por rara casualidad me libré de un chapuzón, logrando sofrenarla y continuar el as-

censo con ayuda de Máximo, que iba tirando de ella; el aire era sofocante en exceso; debido al constante llover de varios días, muchas piedras y rocas se habían aflojado y caído estorbándonos el paso, y el tremendo estrépito con que se derrumbaban había llegado frecuentes veces hasta mis oídos, la noche anterior. Como á medio camino de la empinada altura, entramos en un pedazo de terreno donde una avalancha había barrido por completo las rocas, doblando ó haciendo astillas los árboles pequeños y los arbustos, como si fuesen cañas, y dejando señales de su paso destructor en una faja de más de veinte varas. Para colmo de molestias sentíame lleno de inquietud por la mula de carga, considerando que los indios jamás cuidan bien á los animales en el camino, y habiéndoseme ocurrido mirar atrás, lo primero que vi fue á mi gran mulo blanco "El Chino," la misma que había tenido tantas desgracias, chocando con el aparejo contra una roca que sobresalía mucho sobre el camino, y cayendo de rodillas. Por algunos momentos me pareció que iba á rodar precipitando consigo al abismo la parte más valiosa é irreparable de mis avíos, estos es, el aparato fotográfico. Quedéme sin respiro, pero el animoso animal volvió á pararse salvando un elemento importantísimo para el éxito de la expedición.

Los fructuosos y buenos resultados de mi segundo viaje me compensaron, al regresar á San Andrés, de las maneras de aquella gente que continuaba mostrándose tan hostil y desatenta como siempre. Los huicholes son muy unidos, y aunque Maximino me había sido de tanta ayuda en Guayabas, careció de influencia en San Andrés, donde la población persistía tenazmente prevenida contra mí, acrecida su mala voluntad por los absurdos rumores que les habían llegado.

Estando allí, fueron llevados al cementerio tres niños en un día. Había motivos para admirarse de que no murieran más pequeños y viejos, dadas las condiciones de la

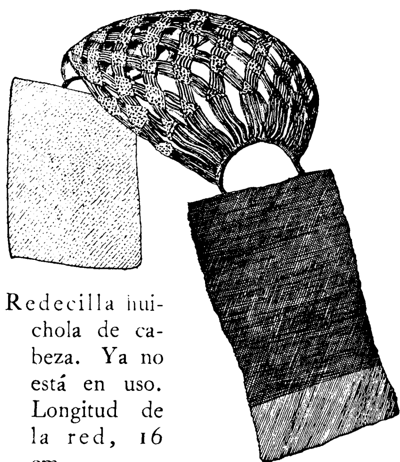
estación húmeda. Los niños sucumbieron quizás al efecto de la *influenza*, que aun allí era epidémica, especialmente en la infancia, pues en los adultos tomaba más bien la forma de un fuerte catarro. Los indios que nunca ven en las causas naturales las huellas de la enfermedad y de la muerte, atribuían la persistencia del mal á la acción del diablo. Además, en una reciente fiesta celebrada para atraer la lluvia, las velas que se habían encendido en la iglesia, fueron apagadas por el viento de la noche. Supúsose que esto se debía al desagrado del demonio porque no se le había festejado, y que de su cólera provenía la enfermedad, y quedó resuelto por los naturales más caracterizados que debía erigirse un adoratorio al espíritu del mal y celebrar en su honor una fiesta para aplacarlo.

Durante las aguas, cuando no se podía trabajar poco ni mucho fuera de techo, los huicholes se entregaban afanosamente á la fabricación de sombreros, para lo cual entretejen delgadas tiras de hojas de palma con que forman bandas que, cosidas de una manera adecuada, acaban por tomar el aspecto de un sombrero. Conforme van tejiendo las trenzas, las enrollan á modo de culebras que aseguradas de los ceñidores llevan los tejedores por donde quiera que van, como una alemana su costura. Sus dedos parecen incansables. Aun en las sesiones de su tribunal primitivo, no cesan los jueces de estar trenzando su palma mientras se procede á los debates y se dicta la sentencia. Aunque la idea de esta fabricación les haya llegado de sus "vecinos," modifican el estilo de acuerdo con su propio gusto, haciendo las faldas extraordinariamente anchas y fuera de toda proporción, con la copa tan pequeña y tan baja que parecería imposible que tales sombreros se sostuviesen sobre la cabeza á no ser por el barboquejo.

Las faldas de los sombreros, bien que no están sujetas á los cambios de la moda, son á veces muy primorosas, variadas y originales. Crucecillas de franela roja y borlas de

lana suelen adornar la superficie superior de la falda y de la copa que va siempre rodeada de una bonita toquilla tejida á domicilio, y á veces se adorna la falda con pedacitos de hollejo de ciruelas coloradas ó con blancos capullos de madroño.

Durante mi estancia entre los huicholes, obtuve una redecilla de cabeza llamada *huipi* (red), cuyo origen se remonta á los tiempos precolombinos. Es ovalada, hecha de fibra, adornada modernamente en ambos extremos con dos pedazos rectangulares de franela roja, y se pone longitudinalmente en la cabeza, deteniéndola con una fajilla.



Redecilla huichola de cabeza. Ya no está en uso. Longitud de la red, 16 cm.

La monotonía de las aguas fue interrumpida un día por la captura de dos "vecinos" que habían ensanchado sus ranchos á costa del territorio huichol. Las autoridades nativas les ordenaron que devolviesen la tierra usurpada, y como los cautivos se negaron á hacerlo, al punto se les puso presos, dejándolos varios días sin recibir, oficialmente, ningún alimento, pues en opinión de los indios, no constituye la cautividad un castigo, si no va acompañado del hambre. Los indios pueden resistir á grandes privaciones, habiendo habido casos en que á tal grado se les hayan reducido las fuerzas, que al ponerlos en libertad, sólo pueden caminar á gatas. Los dos mexicanos de cuya aprehensión hablo, se salvaron de morir de inanición por la bondad de Don Zeferino, que les mandaba algo de comer; pero las exigencias del estómago vencieron al fin su resistencia y acabaron por prometer que se retirarían del

rancho dejando en garantía una mula valuada en diez y ocho pesos. No deja de ser satisfactorio el que los indios logren alguna vez, por excepción, imponerse á sus "vecinos."

Por entonces me llegó un correo llevándome una carta personal del Obispo de Tepic en que me expresaba sus sentimientos por las molestias que tuve en el Valle de Jesús María y me avisaba que había dado los pasos conducentes á poner las cosas en su lugar, ordenando de un modo especial á los sacerdotes que me prestasen ayuda. Causóme satisfacción esto, bien que ya había yo vencido los obstáculos que tan seriamente habían amenazado retardar la expedición. Posteriormente, el padre de Guaynamota, cumpliendo con las órdenes del Obispo, me envió más de un mensajero á preguntarme cuando podría ir á verme. Por mi parte me limité á darle las gracias por su buena voluntad, evitando al pobre hombre los inconvenientes de los ríos crecidos y de las ásperas cuestas.

Después de mucho buscar encontré quien quisiera acompañar á Maximino á Tepic á recoger mi correo y algunas películas fotográficas que llevaban tiempo de estar allí. Quedé con esto sin compañero para mi proyectada excursión al sur de la región ocupada por los huicholes, cuando á lo mejor le vino á la cabeza á Carrillo, mi antiguo posadero, el ir conmigo. Parecía bastante aventurado aceptar su ofrecimiento en atención á su escaso conocimiento del español; pero como no había esperanza de mejor compañía, preferí el riesgo de exponerme á pasar grandes trabajos, con alguna probabilidad de buen éxito, á permanecer por más tiempo en la inactividad.

CAPÍTULO IV

VIAJE Á BASTITA—MI COMPAÑERO CARRILLO—UNA NOCHE LLUVIOSA—AL ABRIGO DE UN SOMBRERO DE PAJA—LA PORCIÓN CENTRAL DE LA REGIÓN DE LOS HUICHOLES—BUEN RECIBIMIENTO—QUERER ES PODER—QUESO HUICHOL—LOS DE SAN ANDRÉS MUDAN DE ACTITUD.

PARTIMOS temprano una de las cálidas y brillantes mañanas de la estación de aguas, cuando la yerba y los árboles chispean bajo la esplendorosa luz del Sol, como si estuviesen salpicados de diamantes, y en que se siente uno feliz á pesar de las tortillas, y de los frijoles, y de lo antipático de la gente con quien se tropieza. Carrillo tiraba de la mula de carga, y mis dos perros hacían cuanto podían para mostrar el gozo que experimentaban al verse nuevamente en camino.

Son escasos los ranchos inmediatos al sur de San Andrés, y el único punto habitado por donde pasamos, pertenecía al gobernador. Aunque Bastita, el distrito á donde íbamos, no puede estar, como dicen, á más de quince millas de distancia, fue más del doble el trayecto que recorrí á causa del rodeo que hicimos para evitar la hondonada de Guayabas. El viejo caballo que yo llevaba en compañía de las mulas, se encabritaba mostrando vivos deseos de volver atrás. El vestido salvajemente pintoresco de Carrillo y sus largos cabellos no parecían ser muy del gusto del animal, pero después de media hora de hábiles manejos, logramos sujetarlo y proseguir nuestro camino.

No era Carrillo un compañero del todo malo, pero no hablaba arriba de una docena de palabras en español, y

aun esas las empleaba sin el menor tino. Había aprendido á decir: "*Quien sabe*," común y enfática expresión que sustituye á la negativa, y disponía asímismo de otras cuantas frases, tales como: "*No, está bueno, más arriba*," etc. Cuando yo le preguntaba qué camino había que tomar, siempre me respondía con la última frase. Á mis escasas preguntas contestaba "*quien sabe*" ó "*sí, puede*," sin saber á punto fijo lo que quería decir; y como sus respuestas acabasen por exasperarme, tomé la resolución de no dirigirle la palabra.



Carrillo.

Á las tres horas de caminar, atravesamos el río que forma la caída de agua que hay arriba de Guayabas. No vi más indicios de vida humana, por todo aquello, que una sementera abandonada y un rancho desierto. Íbamos, pues, andando tranquilamente por entre pinares, subiendo y bajando sin cesar por barranquillas que se desprendían de una vertiente, la cual se ensanchaba tanto al oriente como al poniente. Al extremo oriente era adonde nos encaminábamos, y después de ascender un arroyo, al parecer interminable, llegamos por último á la cima al oscurecer. El viaje había sido de lo más fatigoso para los pobres animales que comenzaban á rendirse; los truenos lejanos nos anunciaban que la lluvia no se haría esperar y aun comenzaban á caer algunas gotas; habíamos recorrido veintitrés millas, jornada bastante larga; de suerte que resolví acampar en cualquier parte, ya que esa noche no era posible llegar á ningún rancho.

Al pié de un tierno manzanillo había un tronco de árbol á que prendimos fuego, sabiendo que ardería toda la noche. Carrillo encontró agua, y luego que hubo llenado mis vasijas, sentámonos á regalarnos con una suntuosa cena de tamales. Acomodando en las ramas un lienzo de lona y un par de sudaderos de palma, dispuse un cobertizo para mi cabeza y la cámara fotográfica. Poco á poco fue creciendo el estruendo de los rayos que constantemente resonaban á distancia, y acercábase con rapidez del suroeste un terrible tropel de negras nubes. Las encinas y los pinos gemían ruidosamente al avance de la tempestad, y en pocos minutos, antes de que hubiésemos terminado de comer, la lluvia caía sobre nosotros. Cubríme como pude con mis ropas de cama, mientras Carrillo volvía estoicamente la cabeza al vendaval, á semejanza de las mulas, sin otro refugio que un diminuto pino que apenas le llegaba al cuello, y su sombrero de palma, y sentado con la cara al fuego.

La mañana siguiente, después de exprimir lo mejor que pude mis frazadas, seguimos adelante á fin de llegar á Bastita á tiempo para asistir á una fiesta que nos habían dicho que terminaba ese día. Como seis millas más lejos, recorridas sobre un áspero descenso de la montaña, llegamos al rancho de un indio rico, pero no encontramos más que á su familia, que estaba al cuidado del ganado. Dijéronme que aquel nabab tenía por lo menos otros dos ranchos más y poseía dos con trescientas reses.

Nos informaron que la fiesta había concluído el día anterior, por lo que Carrillo resolvió muy sabiamente que fuésemos al rancho del sacerdote principal y me avine casi ciegamente á seguirlo porque era imposible entenderse con él para disponer un proyecto de viaje. Acababa el sacerdote de volver de la fiesta cuando llegamos á su rancho; era un hombre enjuto, de buen carácter, á juzgar por su aspecto, y llevaba una camisa muy bordada. Los

mexicanos que, no sin razón, veían algo de mongol en su figura, le habían aplicado el nombre de "Chino" que era con el que por lo general se le conocía. Á juzgar por su nombre y por la facilidad con que hablaba el castellano, debe de haber tenido considerable trato con los "vecinos," y sin duda, como es habitual en los huicholes en ciertas estaciones, acostumbraba ir á trabajar en los algodonales de la costa. El rancho del "Chino" dominaba un espléndido paisaje, pudiendo divisarse á lo lejos otros ranchos sobre las fértiles laderas, y me llenó de admiración ver la limpieza y pulcritud que había en las casas que formaban el rancho así como en el patio que las dividía.

Nos recibió muy cortésmente y daba gusto hablar con él, no obstante que parecía sumamente fatigado por haber estado cantando durante dos noches en la fiesta. Prometió, sin embargo, reunir al pueblo en el templo al otro día, convenido lo cual proseguimos nuestra marcha para estar oportunamente en el lugar de la cita. Pasamos por dos ranchos cuyos ocupantes parecieron muy sorprendidos de ver un blanco transitando por allí. Casi todas las casas eran redondas y de piedra y lodo, siendo algunas bastante grandes para ser tomadas por templos.

El templo estaba situado sobre el declive septentrional de la cresta que habíamos seguido, como á dos millas fuera del punto donde el camino cruzaba la vertiente. Desde la cumbre de la cresta se ensanchaba una hermosa vista hacia el noreste, comprendiendo el río y el valle principal, ó sea toda la parte central del país huichol.

Á la derecha y á bastante altura entre los valles formados por la montaña, bien que oculta á la vista, estaba Santa Catarina, población principal, centro religioso de la tribu. Precisamente enfrente de ella, en la ribera izquierda, levantábase la alta meseta de San Andrés, que se destacaba sobre el cielo á manera de una palmeta.

La región está muy bien regada por el Chapalagana y

sus tributarios. El valle parte al principio inclinado y angosto y se va ensanchando gradualmente llegando á elevarse por uno y otro lado á una altura de seis á ocho mil pies. El país consiste, por lo tanto, de dos crestas paralelas que limitan el valle y cuyas alturas están cubiertas de pinares donde se guarecen numerosos venados sonorenses (*Dorcelaphus couesi*).

En la altura más baja el clima es muy cálido, y como las orillas del río son pendientes, casi nadie vive allí de un modo continuo, aunque los indios bajan con frecuencia al río para coger pescados y cangrejos. Las altiplanicies, cubiertas de pinos, sirven sólo á la tribu para sus cacerías; de suerte que la mayor parte de los ranchos están situados á una altura media.

Á no ser por el norte, donde el paisaje es abierto, el templo de Bastita no se alcanza á ver sino hasta que se ha llegado muy cerca, porque se halla espesamente rodeado de árboles. Encontré todo el espacio que sirve de frente al edificio, regado con los desechos del buey matado para la fiesta, los cuales despedían un olor nada agradable para mi olfato, después de haber venido aspirando las deliciosas emanciones de los pinos. El templo era viejo y el techo sobresalía de la pared, dejando al rededor un buen espacio resguardado de la lluvia, á fin de que el agua no pudiera entrar por ningún lado. No era en modo alguno tan cómodo como los otros templos que había visitado y además, por motivos religiosos, había sido edificado en terreno tan húmedo, que el agua formaba charcos por dondequiera. Díjele á Carrillo que yo no dormiría allí, pero él me replicó: "*Nó, está bueno,*" y se tendió sobre el estrecho banco de piedra construído, como de costumbre, contra parte de la pared interior, tratando de hacerme creer que no había nadie en los ranchos próximos porque toda la gente andaba por el campo. En suma, no había medios de hacerle caminar una pulgada



Parte central de la región huichola, vista del sur.

UNIV. OF MICH.

más, y su resistencia á solicitar la hospitalidad de sus compatriotas provenía seguramente de la costumbre que tienen los huicholes de no visitarse sino para negocios, por creer que cualquiera cosa que llegue á echarse de menos en una casa, se habrá de achacar á pillería del visitante.

Habiéndome puesto á buscar un árbol bajo el cual pudiera pasar la noche, vi á lo lejos tres hombres que se encaminaban con dirección al templo. Como resultó, cuando llegaron hasta donde yo estaba, que uno de ellos hablaba algo de español, logré que me informaran que no lejos de allí existía un rancho oculto en el bosque. Inmediatamente exclamé: "*¡Vamos!*" Y Carrillo, viendo que no había otra cosa que hacer, consintió en ir con nosotros. Después de recorrer otra milla conducido por los recién llegados, llegamos á una casita donde una vieja y su nieta nos permitieron hospitalariamente pernoctar.

Desde luego me supuse que las mujeres tenían que irse á dormir á cualquiera otra parte, pues la casa, que era una de las más pequeñas que había visto, consistía únicamente de un techo de paja que bajaba hasta diez y ocho ó veinte pulgadas del suelo. De paredes laterales no hay para qué hablar, pues no había más que una posterior de piedra y lodo, y en cuanto al frente, hubiera estado completamente cerrado á no ser por un gran crucero, fijo en el centro de la casa, que casi interceptaba la entrada y apenas dejaba espacio para estar en ella. En un rincón estaba la cama formada por un tejido de carrizos, extendido sobre cuatro horquetas, como un bajo altar. Aquella disposición era enteramente insólita, pues lo general es que extiendan en el suelo dichos *tapextes* para dormir.

En el lado opuesto del cuarto, había el indispensable metate, los obligados jarros y utensilios de cocina, y un montón de leña encendida. Cuando estuvimos todos adentro y la muchacha se puso á moler el maíz, era imposible

moverse sin pisar á los demás ó caer sobre ellos. Ni siquiera podíamos comer á la vez nuestras tortillas, pero la mayor dificultad consistía en salir de la casa, pues era preciso arrastrarse por el estrecho espacio que quedaba entre el colgante techo y el crucero, ó abrirse paso agujerando el techo. Con todo, las mujeres eran bondadosas y



Huicholes de Bastita.

de buen carácter y procuramos componérnoslas como pudimos. Satisfecho de disponer de un lugar seco para reposar, me tendí á un lado del crucero, bajo la orilla del techo, y á pesar de la lluvia, de la tempestad y de los relámpagos, quedé profundamente dormido.

En la mañana me dirigí al templo acompañado de Ca-

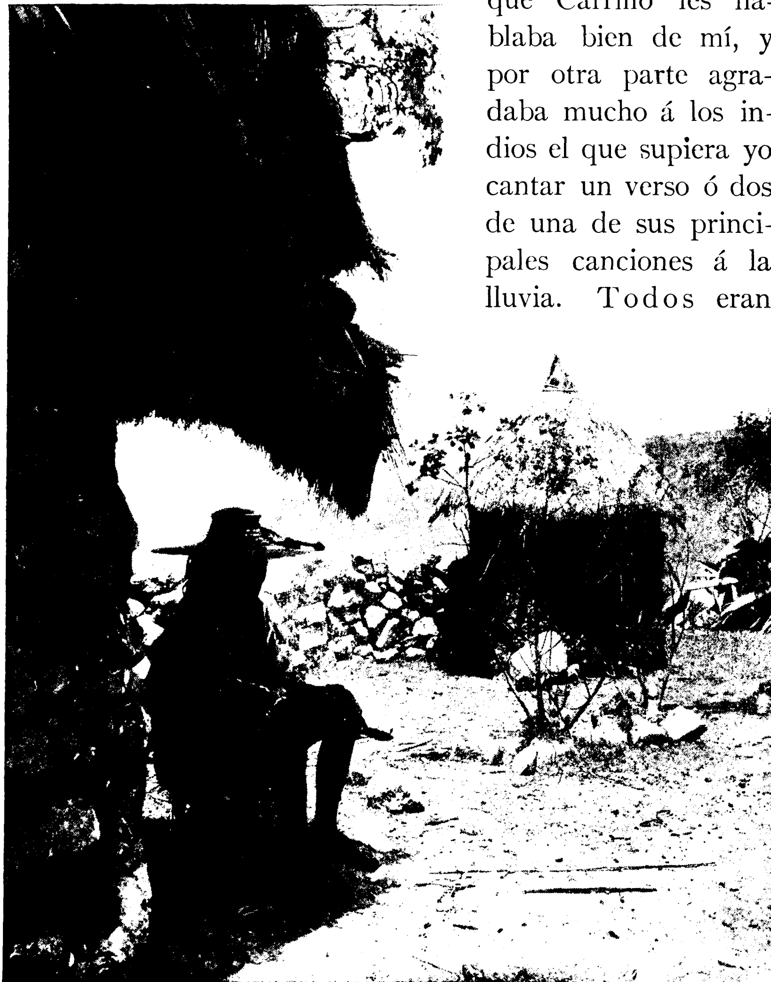
rrillo y dos indios que me llevaban la cámara, y encontré con gran sorpresa mía, ya congregados, como veinte hombres. No sólo se sometieron desde luego á que los fotografiara, sino que enviaron, á solicitud mía, dos hombres que fuesen á un adoratorio distante del templo, por varios objetos simbólicos que les compré á precio razonable.

Empleado otro día útil en los ranchos de los alrededores, volví á cruzar la cresta en dirección más al oriente. Como á dos millas de camino, descubrí desde la cumbre un hermoso paisaje del valle que descendía formando graciosa curva sobre la ladera meridional de la montaña. El río, que se encuentra más abajo, puede verse desde allí, así como muchos ranchos y el gran templo de Bastita, situado el sur; pero proseguí mi viaje siguiendo la misma altura sin descender. El camino conducía por la ladera bastante inclinada de una altura denominada Mesa Colorada, que fácilmente se alcanza á ver desde San Andrés y Santa Catarina. Conforme caminábamos Carrillo iba gritándole á la gente de los ranchos por donde pasábamos, que fuesen á la mañana siguiente al templo de Popotita, donde intentábamos descansar, situado como á doce millas al sureste del templo del norte de Bastita.

Junto el extremo de la cresta bien podía decir que estábamos á siete mil pies sobre el nivel del mar. Rápidos despeñaderos descendían de la montañosa y estrecha planicie, cubiertos de verde y abundante vegetación, con dirección al río y á los profundos valles de uno y otro lado. Tres millas más adelante llegamos al templo de Popotita, "lugar donde hay popote," cuyo nombre nativo, *Epithapa*, significa igualmente *popote*. Desde allí se domina un amplio paisaje del río principal, y á derecha é izquierda del templo hay muchos ranchos esparcidos en las laderas.

Habría reunidas unas cincuenta personas, algunas de las cuales dormían en el templo donde yo también había de alojarme. Visité todos los ranchos que tan cerca se

hallan unos de otros, que casi forman un solo pueblo, y sus propietarios me enseñaban complacientemente sus casas y me vendieron cuanto quise comprarles. Pienso que Carrillo les hablaba bien de mí, y por otra parte agradaba mucho á los indios el que supiera yo cantar un verso ó dos de una de sus principales canciones á la lluvia. Todos eran



Huichol sentado en la sombra. Troje en el fondo.

agradables en su trato y parecía que les halagaba la novedad de ver en su compañía á un blanco.

Híceme con algunas cosas interesantes de un adoratorio

cercano al templo, y habiendo logrado cuanto humanamente era de esperarse, regresé á San Andrés, cruzando directamente la Mesa Colorada, donde tuve la sorpresa de encontrar á una familia que vivía en una cueva natural. Además de éstos, encontré también otro caso de habitantes de las cavernas entre los huicholes.

Detuvímonos tratando de pasar la noche en el rancho del gobernador, pero como este señor estaba en el pueblo, los encargados de la casa no consintieron en recibirnos, y por lo mismo nos recogimos bajo el saledizo de un granero. El maíz, una vez desgranado, se guarda en unas trojes de piedra y lodo, dentro de las cuales se echa de arriba abajo, valiéndose para sacar el grano de una abertura que se deja junto al suelo y que se cierra con una losa bien asegurada contra el agujero. Dichos graneros son muy pequeños, debido á que los huicholes no cosechan arriba de cuatro ó cinco fanegas al año, contentándose hasta con dos, y sólo los más ricos llegan á levantar veinte fanegas.

La siguiente mañana vi á las mujeres preparando la leche para hacer queso, cosa inacostumbrada por aquellas partes. Durante las aguas, único tiempo del año en que las vacas dan leche, fabrican queso en algunos de los ranchos para venderlo á los "vecinos," que son muy aficionados á él. En cuanto á la mantequilla, no se conoce. Saboreamos con mucho gusto la cuajada que liberalmente nos ofrecieron unas mujeres, sacándola de una grande olla, donde la ponen á coagular. Por ser escasos por allí los cerdos, dejan el suero para las bandadas de hambrientos perros, que infestan por lo común las rancherías. Mucho les gustan á los huicholes estos animales, y les enoja en extremo que les maten alguno, pero no se ocupan en darles gran cosa de comer. Sin embargo, los perros que tienen la suerte de pertenecer á una ordeña, disfrutan en las aguas de regular pitanza.

Cuanto había dejado en San Andrés lo encontré intacto,

pero mis bestias me daban motivo de cuidado, pues se habían vuelto muy serranas en aquellos lugares faltos de civilización y habían contraído las malas costumbres de las mulas de los indios. Uno de mis caballos estuvo perdido siete semanas, pero al fin logré dar con él, gracias á la ayuda de los naturales.

Me sentí agradablemente sorprendido al encontrarme con que los indígenas de San Andrés habían cambiado de un modo notable en su actitud hacia mí, pues lejos de seguir viéndome como á un sér dañino, aun me manifestaban cierta estimación. Se habían convencido probablemente de que yo no trataba de sacar de ellos ninguna ventaja como otros muchos blancos habrían hecho, y sin duda habían recibido buenos informes relativos á mí, de parte de sus paisanos y de los indios coras. En no poco debieron de contribuír á lo mismo los correos enviados en mi busca por las autoridades civiles y eclesiásticas de Tepic. Esta circunstancia, más que otra cosa, me dio á sus ojos las proporciones de un hombre de importancia. Sin embargo, lo que especialmente me conquistó su afecto era mi habilidad en cantar algunas de sus canciones, lo cual consideraban altamente meritorio de parte mía. Asímismo, la sola mención de los nombres de sus dioses me libró hasta cierto punto de los malos designios que contra mí pudieran haber fraguado, pues ¿como habían de matar á un hombre que conocía todo lo relativo á los dioses? Éstos mismos se irritarían y suspenderían las lluvias si se me causaba el menor mal. Tuve ocasión de utilizar este conocimiento entre otras tribus que, bien que no comprendiesen las palabras, no dejaban de reconocer que la melodía era de canciones de su propia raza y no de la blanca, pues que hacía resonar las fibras de su corazón. Todo lo dicho había coadyuvado, pues, á modificar sus sentimientos, y empezaban á figurarse que podría serles yo de alguna utilidad.

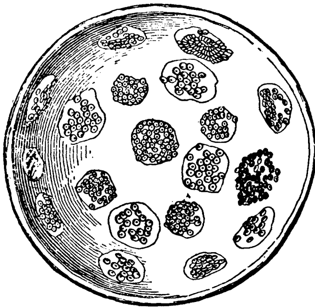
Continuamente había estado intentando, durante las semanas anteriores, algunas entrevistas con los sacerdotes para averiguar algo de sus creencias religiosas y de su historia antigua, y ellos, que hallaban siempre pretextos de demora, estaban ahora dispuestos á comunicarme cuanto quería yo saber, á enseñarme cuanto pretendía examinar y á dejarme tomar sus fotografías. Aun llegaron á confiarme sus desazones, una de las cuales, motivada por el espíritu de tribu, consistía en una cuestión de límites con Santa Catarina, constituyendo otra importante fuente de desavenencias el que los blancos se metieran en sus tierras, y como yo atendiese con todo cuidado á cuanto me decían, enviaron mensajeros á convocar á la gente para que tuviese una junta conmigo.



CAPÍTULO V

TECOMATES VOTIVOS—MUERTE DE MI PERRO APACHE—LOS HUICHOLES EN CONFERENCIA CONMIGO—CARACTERES DE LOS HUICHOLES—SU FUERZA FÍSICA — SUEÑO — MOVIMIENTOS—ENFERMEDADES—COMO APRENDEN Á ANDAR LOS NIÑOS—AMOR FILIAL—FUERZA DE VOLUNTAD—HOMBRES Y MUJERES—COSTUMBRES ANTIGUAS Y MODERNAS EN MATERIA DE MATRIMONIO.

ENTRE las cosas que he traído de mis excursiones, se cuentan algunas escudillas votivas hechas de los guajes que ordinariamente emplean los huicholes para beber, los cuales cortan en secciones que pintan por dentro de rojo ó verde. Las que dedican á los dioses están adornadas con cuentas de varios colores pegadas con cera, por lo común sólo en el interior del utensilio, ya separadas ó en fila, formando líneas adujadas, rollos, figuras humanas y otros dibujos representativos de los pensamientos y deseos del donante. Antiguamente se hacían incrustaciones de cuentas de concha, sin duda con el mismo objeto, y pueden verse, en los decorados, granos de maíz, flores artificiales, semillas de algodón y hasta plumas. En la ilustración de la presente página, el adorno representa una súplica para que la cosecha sea abundante. Las manchas que aparecen en el interior, son aplicaciones de cera á que se han adherido cuentas blancas y azules como emble-



Interior de una jícara votiva consagrada á la Diosa de las Nubes Orientales. Diámetro, 9 cm.

mas de granos de maíz. La idea que impulsa á los huicholes á hacer tales ofrendas es que los dioses, cuando llegan á usar sus escudillas, se beben las plegarias del pueblo, por lo que consideran dichos utensilios como los mejores conductos para que sus súplicas lleguen á su destino, y cada familia posee su jícara votiva que llevan consigo al campo cuando van á cazar venados, á plantar grano, etc.

Vivía en San Andrés un hombre notablemente hábil en la fabricación de estos objetos, quien quizás por influencia de los mexicanos, entre quienes había vivido largo tiempo, había perfeccionado su gusto y ejecutaba con sumo tezón sus obras, de modo que lo que producía era mucho más laborioso y esmerado de lo que se acostumbra en la tribu. Aunque continuaba siendo huichol de corazón, la hermosa mano de obra de los tres tecomates que me hizo, descubría en cierto modo la influencia de la raza blanca. Cubría de cera toda la superficie de la jícara y, en seguida, fijando cuenta por cuenta con la punta de una espina de maguey, iba formando sus figuras, sin seguir ningún dibujo previamente delineado, hasta cubrir completamente la jícara, por lo que empleaba, para cada una, la mayor parte de varios días.

Mientras me estaba ornamentando la última de las escudillas que le había encargado, me sobrevino un penoso suceso que tuvo lugar poco después de mi regreso de Bastita. Mi fiel perro Apache se había enfermado, durante esa excursión, de una violenta tos que casi lo sofocaba toda vez que trataba de comer. Cada día se ponía peor y me hacía mucha falta en mis viajes diarios al arroyo, cuando me iba á bañar, pues siempre mantenía á raya con sus ladridos á los molestos perros de los indios. Sin él, no tenía yo tampoco quien me advirtiera la aproximación de indios desconocidos que á veces se acercaban sin hacer ruido entre los arbustos, mientras me bañaba. Apache

me había acompañado desde San Francisco, donde me lo regaló un amigo, y todavía muy pequeño había viajado en un carro de exprés para unirse á mi expedición en Bisbee, hace seis años. Por el linaje de su madre, descendía de una de las mejores familias caninas de los Estados Unidos y había sido durante mis viajes por México mi constante y eficaz compañero. Cuando se ponía en movimiento la



Apache y las mulas, en mi primera expedición.

carga, corría sin descanso arriba y abajo, como para ver si alguien faltaba, y siempre que entrábamos en algún pueblo abría paso á la expedición emprendiendo campaña con todos los canes pendencieros que infestaban las calles, rodando á veces á mordiscos, con media docena de ellos, dentro de las tiendas abiertas. Era su mayor mérito no morder nunca á la gente, pues bastaba su aspecto y su voz de bajo profundo, verdaderamente imponente, para impedir

que nadie se atreviese á acercarse á mi tienda cuando él estaba.

Preocupado por mi pobre perro fui á visitar un día al tecomatero que estaba sentado haciendo su trabajo en el exterior de su casa. Habiendo llegado un curandero, mutuo amigo nuestro, díjele que mi perro estaba enfermo y le pregunté si podría curarlo. "¿Y en caso de que se muera?" me preguntó diplomáticamente. Le aseguré que si tal ocurría, no lo haría responsable, pero que si efectuaba la curación de mi animal lo recompensaría bien. El tecomatero fué también de opinión de que el médico debía hacer la prueba, agregando: "Yo pintaré al perro en un tecomate para ofrecérselo al Padre Sol, y veremos si vive ó no." Animado por tan inesperada ayuda para la curación del perro, consintió el indio en emprenderla, y lo conduje bajo el cobertizo donde estaba acostado mi pobre Apache, ya casi sin vista, aunque todavía pudo reconocerme y levantarse cuando llegamos.

Quitámosle los vendajes de mostaza y manteca, y el curandero señaló sucesivamente con sus plumas, que oprimía con la mano derecha, hacia los cuatro rumbos del mundo, implorando de los dioses que curasen al perro. Declaró en seguida que algo tenía que ver la enfermedad con el corazón del animal, y poniéndole cuidadosamente las manos sobre el lado derecho, se puso á chuparle vigorosamente en un punto cercano á la mano derecha, hecho lo cual se levantó y se sacó de la boca un grano de maíz que me entregó prontamente, dándome á entender que aquella era la forma visible de la enfermedad y era forzoso que la hiciera quemar.

Efectuó, luego, con sus plumas algunos pases sobre el lomo del animal, y echándose en la boca con la mano un poco de agua de la que tenía el perro para beber, lo roció completamente. "Si vive otros cinco días, ya no se muere," me dijo, "sinó se morirá dentro de cuatro días." Volvió

más tarde y con lágrimas que se le rodaban de los ojos, imploró á los dioses que hicieran efectiva la curación.

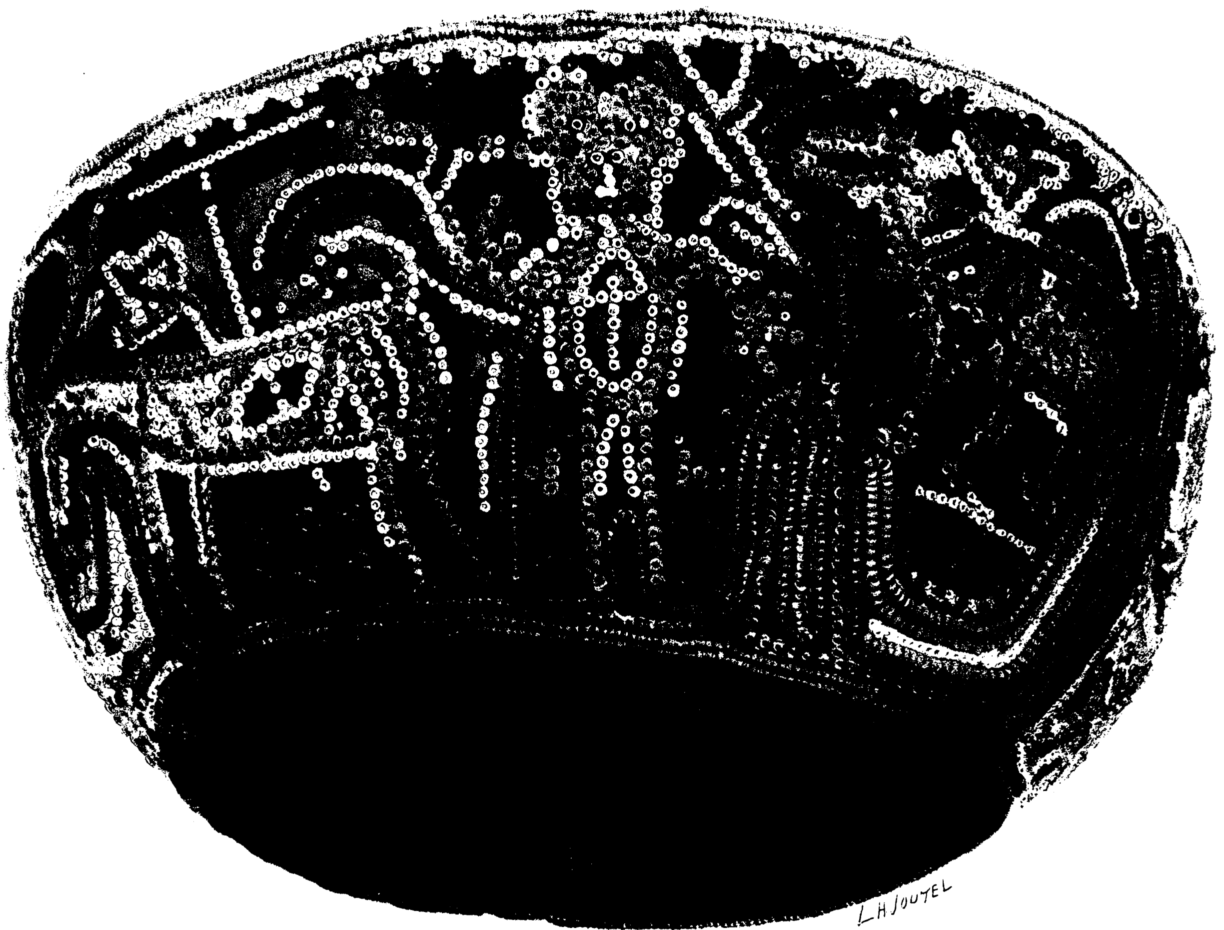
Pero el noble animal sucumbió á su destino al cuarto día, como el augur lo había pronosticado. Desde luego encomendé á Carrillo, á otro indio y á mi amiguita "Enagua de flores" que abrieran una fosa en un bonito sitio y allí lo depositamos con la cabeza al sur, región á donde siempre estaba ansioso de dirigirse, enterrándolo como á héroe indígena, con su collar y su cadena, sus bandejas y su petate. Los indios pretendían quedarse con estos objetos, pero yo me opuse diciéndoles que el perro podía haber muerto de alguna enfermedad contagiosa; con todo no es imposible que los hayan desenterrado.

Acaso pecó de pesimista el francés que dijo: "Lo mejor que hay en la humanidad es el perro;" pero cuantos amen á esos fieles y desinteresados seres comprenderán la pérdida que tuve con la muerte de mi Apache, que había sido mi mejor amigo en aquellos desiertos. ¡Gracias, leal compañero mío, por los centenares de millas que me seguiste en aquellos años, á través de las llanuras de Sonora y Chihuahua, sobre la nieve de la sierra y en medio del calor de las barrancas, cruzando los ríos y trepando á las rocas! ¡Á dondequiera me acompañabas, siempre contento, imponiendo respeto, amado igualmente por los mexicanos y los indios!

El tecomate en que fue pintado el perro era magnífico, y tan satisfecho quedé con él, que le pedí á su fabricante que lo duplicase, á lo que asintió desde luego; pero con la inhabilidad propia de los indios para hacer dos cosas iguales, me entregó una vasija muy diferente. En la plancha VIII. se puede ver al perro. Tiene arriba la bandeja en que bebía, para la que no hubo espacio en el frente. De un lado se ve el sol, á quien estaba dedicado el objeto; frente al perro hay un dios de la caza con su arco y plumas en la mano derecha. En la sección siguiente aparece una flecha atravesando al venado y partiendo de un arco, representado arriba.

PLANCHA VIII.

PLATE VIII.



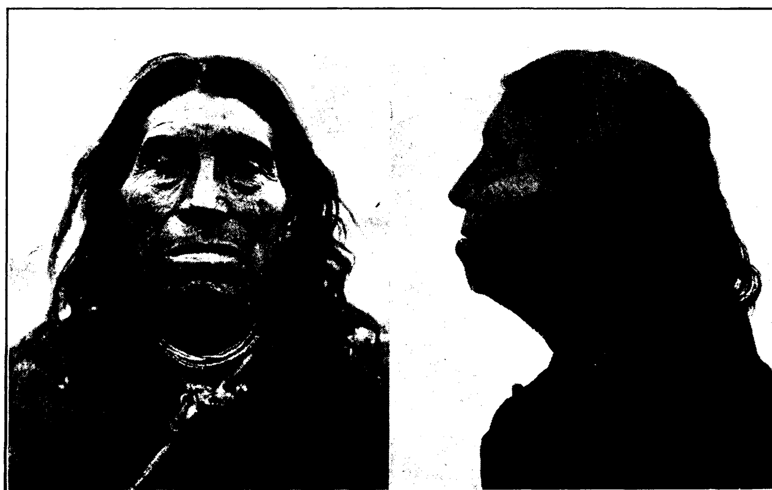
Llegó el día designado para la reunión que conmigo iban á celebrar los indios, y tuve el gusto de ver que habían llegado de diferentes lugares, allende el río, como cuarenta hombres y algunas mujeres y niños, varios de los cuales fueron invitados á permanecer dos ó tres días.

El sacerdote más viejo que se presentó, consintió en comunicarse conmigo durante dos días. Los huicholes respetan á los ancianos, creyendo que mientras más viejo es un hombre más sabe. El individuo de quien hablo se llamaba Æacá (viento). Los que van al oriente en busca de los sagrados jículis, reciben nuevo nombre en cada viaje. El de *Viento* parecía convenirle especialmente, debido á que el salvaje cabello de aquel hombre parecía como que estaba siempre agitado por el aire. Era delgado y lleno de arrugas, con ojos soñadores de vidente y vivía como en un mundo sobrenatural, que él creía real. Díjonos en voz baja, como si nos confiase un gran secreto, que una vez en el país del jículi había visto, con sus propios ojos, granos de maíz producidos en la misma planta. Lo cierto es que el jículi, que tan necesario se considera para la seguridad de las cosechas, es considerado en sí mismo como maíz, así como el venado es maíz, ó en otras palabras, manutención, alimento.

Los indios reunidos enviaron dos hombres al adoratorio del Sol, situado cerca de San José, en busca de algunos interesantes objetos ceremoniales, y me llamó la atención ver que sólo dos de los indios presentes llevaban armas, es decir, arcos y aljabas llenas de flechas. Los huicholes no son guerreros, punto en que difieren de los coras, que parecen nacidos para luchar, y cuando llegan á armarse, como sucede en sus cacerías ó durante sus viajes, llevan el arco en la mano derecha y algunas flechas sujetas bajo su ceñidor, siendo raro el uso del carcax. Las flechas son muy ligeras y tienen la punta de brasil.

La puntería de los huicholes es bastante buena y dis-

paran con considerable fuerza. Vi una vez á un joven tirando á una distancia de 106 pies, quien acertó á clavar dos flechas en el tronco de un zapote, que penetraron, la primera, una pulgada y cuarto, y la segunda, una pulgada cinco octavos, atravesando la corteza que, mucho más suave, por supuesto, que la madera, tenía un espesor de más ó menos siete octavos de pulgada. Me aseguraron los indios que una flecha disparada de igual distancia, penetraría sobre cinco pulgadas en el cuerpo de un venado. Vi también



Frente. Perfil.

Indio huichol.

á un muchacho de catorce años disparar con un arco de $33\frac{1}{2}$ pulgadas, una flecha que hizo llegar á cuatrocientos pies.

Tuve oportunidad de tomar los siguientes datos respecto á la estatura de los que estuvieron presentes:

De 43 hombres medidos, el 40 por ciento tenían menos de 4 pies $4\frac{1}{6}$ pulgadas (1.63 metros); 30 por ciento sobre 5 pies $6\frac{1}{7}$ pulgadas (1.68 metros), y 30 por ciento entre ambas cifras, dando por término medio una altura de 5 pies 5 pulgadas (1.65 metros).

Los huicholes conservan notable pureza de raza. Conocí á un mexicano, casado con una huichola de quien tenía hijos; pero fuera de esa familia, no he visto en todos mis viajes por el país, sino sólo dos niños mestizos. Uno de ellos era un niño de tres años de edad, de quien cuidaba su media hermana, india pura, sólo tres años mayor. El chico parecía grosero y de mal carácter, lo que probablemente había heredado del mexicano su padre, pues los niños huicholes son de muy buen natural; le quitaba á su



Frente. Perfil.

India huichola.

hermanita todo su tiempo haciéndola jugar con él, bailarle y cantarle las canciones religiosas que le había aprendido al sacerdote; era gordo y robusto, y anunciaba ya que, no bien creciera lo bastante, habría de echar de su casa á todos sus hermanos.

Los dos colmillos de los huicholes están colocados oblicuamente uno contra otro y vueltos hacia adentro, rompiendo de un modo simétrico y no desagradable la hilera de los dientes.

Estos naturales toman sus principales comidas en la mañana y en la noche, y comen más maíz tostado que tortillas, y semillas de calabaza tostadas. Usan también el pinole, aunque pocas veces, y toman la carne fresca ó á veces algo descompuesta; pero nunca se alimentan de ratas, ratones, puercos, perros, gavilanes, cuervos, culebras ni lagartijas. Cuecen ó asan la carne siempre sin sal, y el pueblo pone á hervir frijoles, igualmente sin sal, y los toma con el agua en que los ha cocido. En esta tribu, como en otras, la sal se emplea como una golosina, sin chile, y nunca se les permite á los oficiantes del templo el tomarla ellos mismos, sino que otros deben servírsela.

Es posible llegar á dominar las condiciones del clima, mas no el instintivo, pero inexplicable sentimiento de atracción ó de repulsión que nos producen las personas, y yo, por mi parte, soy más impresionable al efecto de las asociaciones humanas que á la belleza de los alrededores. Cuando viajo, nada me importan los inconvenientes ni molestias, con tal de que mis huéspedes sean bondadosos y sinceros. Lo que más afecta nuestras relaciones personales es ese otro poderoso sentido que llamamos magnetismo personal, inherente á cada individuo y de grados variables para el bien ó para el mal. La moral nada tiene que ver con esta ley inconsciente que gobierna el cambio mutuo de sentimientos. Más de una vez he sentido la influencia del fuerte magnetismo animal de los indios, y nunca me retiré de sus reuniones sin experimentar una sensación nerviosa de descanso y quietud, cuyo efecto en mí era quizás comparable al que ejercen los caballos y el ganado en las personas acostumbradas á dichos animales. Los carniceros, según las estadísticas, son los hombres más sanos de todas las agrupaciones humanas, y es casi proverbial la salud de que gozan los caballerangos. Es, pues, muy razonable la costumbre que hay en algunos países europeos de que los que cuidan ganado duerman en los

establos, y pueden señalarse algunos casos de personas de escasa vitalidad y aun atacadas de consunción, que se han beneficiado pasando algún tiempo en las ordeñas.

Los huicholes, especialmente si son mujeres y personas jóvenes, despiden un olor característico, aunque no fuerte,



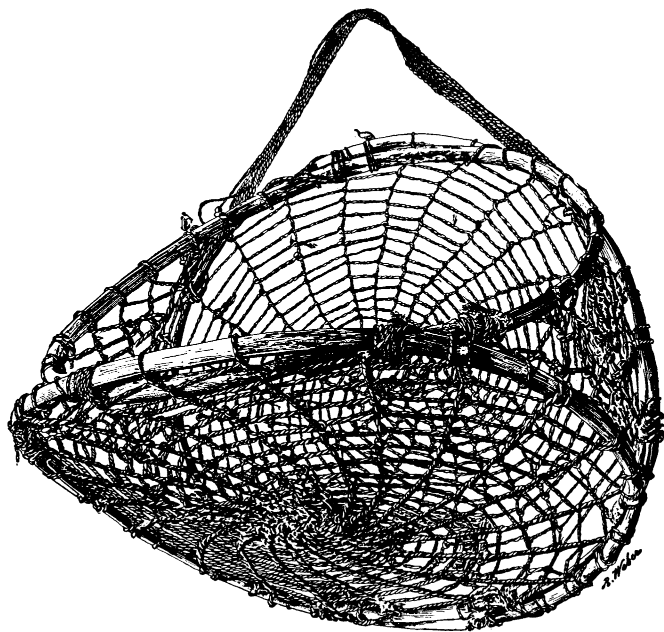
Frente. Perfil. Dorso.

Indio huichol.

parecido al que se desprende de un perro mojado, y que recuerda á la vez el olor del humo. No pude advertir diferencia entre este olor y el de los australianos.

Las mujeres que van por agua pueden cargar hasta cuatro bules, que pesan en conjunto no menos de cien

libras. Tres de los guajes les cuelgan de la cabeza, sobre la espalda, y el otro lo llevan suspendido al cuello, sobre del pecho. Un hombre puede fácilmente echarse á cuestas una fanega de maíz, que pesa ciento veinte libras, y llevarla en tres días de Mezquitic á Santa Catarina, recorriendo una distancia de cincuenta millas y efectuando un ascenso á la sierra, lo cual no pueden hacer los mexicanos. Los huicholes llevan pesos semejantes desde los profundos



Utensilio de carga. Anchura, 50 cm.

valles hasta sus habitaciones, y el modo favorito de hacerlo es colgándoselos por medio de una red ó de una frazada que se suspenden al cuerpo con una faja de cuero llamada *mecapal*, que atan á dos extremos del bulto y se la pasan por encima del pecho y de los brazos; pero cuando la carga es pequeña, se la echan á la cabeza. Las mujeres llevan á veces jarros, bules llenos de agua, etc., en redes hechas con cordeles y aros, que se cuelgan por la espalda y de la

cabeza. Bien que tanto los hombres como las mujeres tienen muslos muy gruesos, sus brazos son delgados, y no pueden levantar pesos tan bien como los mexicanos.

Vi una mujer bizca, y un hombre que tocaba el violín con la mano izquierda.

Los huicholes no pueden sobreponerse como nosotros á la falta de sueño, y les es imposible dedicarse á ningún trabajo intelectual después de una noche de insomnio. Conocí uno que me proporcionaba muy discretos informes; pero una mañana, por haber pasado la noche en el templo cantando y bebiendo el débil aguardiente nativo, lo encontré enteramente cambiado; no pude conseguir que me dijese nada, y no obstante que no estaba ebrio, acabó por dormirse. Un joven amigo mío, llamado Pablo, estuvo cuidando á las mulas dos noches consecutivas, durante un viaje á la tierra del jículi, y á la tercera noche quedóse dormido en pie, á pesar de que llovía con fuerza; pero habiéndose caído, despertó del golpe.

El pueblo generalmente duerme de espalda, pero también de cualquier otro lado, y si algo se ponen debajo de la cabeza es por lo general un leño y sus ceñidores doblados. Se paran sobre ambas piernas, bien extendida la una, y la otra ligeramente doblada. Orinan á la manera de los blancos, con excepción de los coras que se sientan para hacerlo, y cuando necesitan responder á las exigencias de la naturaleza van á cierta distancia de sus habitaciones, como otros indios mexicanos que he conocido.

Al andar, imprimen buen movimiento á su cuerpo, aun los viejos. De cincuenta personas que observé (entre las cuales había dos mujeres), doce volvían hacia adentro los dedos de los pies. Asientan primero el talón y avanzan con paso rápido y cierta energía cuando el piso es parejo, llevando la cabeza en buena posición, ligeramente echada atrás; las rodillas un tanto dobladas, y los brazos colgantes y balanceando con las palmas vueltas á los muslos. Sus

actitudes son cómodas. Empujan los objetos pesados para moverlos.

Tienen tres modos de nadar: primero, como los mexicanos, á brazo partido, echando sucesivamente adelante y atrás cada brazo; segundo, bajando simultáneamente ambos brazos y empujando hacia abajo y atrás las manos, sin juntarlas; tercero, como perro, principalmente cuando llevan carga, siendo habitual que comiencen por arrojarse al agua de cabeza. Son muy ágiles en trepar á los árboles, para lo cual hacen en el tronco con su machete unos cortes que les sirven de escalones, por donde ascienden provistos de arco y flechas cuando cazan ardillas.


Huichol trepando á un árbol.

No pueden mover las orejas ni la piel de la cabeza, y les cuesta trabajo conservar un ojo abierto y cerrado el otro, bien que al cabo consiguen hacerlo. Tienen bastante facilidad para coger objetos con los pies; por ejemplo, cuando están sentados tejiendo sus escudos, retienen la trama con los dedos gordos de los pies. Son muy sensibles al frío del invierno, que á veces los obliga á permanecer en sus casas, acostados la mayor parte del tiempo. Es comunísima la inflamación de los ojos con supuración, y con frecuencia padecen de hinchazones en diversas partes del cuerpo. La malaria, aunque á veces mate á algunos, es enfermedad rara, lo mismo que la neumonía. Son pocos los casos graves de viruela, y en cuanto á la demencia, es desconocida.

Dijéronme que cuando el marido no es curandero ni tiene conocimientos al efecto, llaman á uno que lo sea

para componer el estómago de una mujer en cinta, á fin de que "el niño nazca bien." La operación es sencillísima para el curandero que todo lo ve cual si fuese "trasparente como una botella," según la expresión misma de uno de ellos al hablarme de dicha costumbre. Son pocos los padres, á menos que no sean curanderos, que presencien el nacimiento de sus hijos. La mujer se faja estrechamente la cintura y no se mueve sino hasta que empieza el trabajo del parto, en que se ase de un palo. Siempre hay otra mujer presente para recibir al niño y cortar con una piedra el cordón umbilical. La madre se baña inmediatamente, sin quitarse la ropa, que deja secar en su cuerpo; no observa ninguna dieta, sino que come toda clase de fruta de la estación y prosigue desempeñando sus faenas como de costumbre. No se desteta al niño hasta que viene otro; por lo demás, la madre le da de cuanto ella come, siendo frecuente en los infantes la mortalidad á consecuencia de la diarrea ocasionada por las frutas verdes, y de hecho hay más defunciones de niños que de adultos.

Los niños no apoyan las rodillas en el suelo, como los blancos, para gatear, y es curioso verlos moviéndose, á manera de monos, con gran rapidez, pero sin alejarse mucho, pues les gusta estar cerca de sus madres. Tomé algunas instantáneas de varios de ellos, haciendo que la madre, para inducir al chico á que gateara, saliese de su habitación y lo llamase. También en Nuevo México, en la estación de Galup, vi un niño zuñi, caminando de la misma manera.

Hay de ocho á diez niños en cada familia. Hasta la edad de cinco ó seis años, tanto los niños como las niñas andan desnudos, los primeros jugando con arcos y flechas, y las segundas con bolas de estambre. Entre los adultos no hay juegos en la tribu huichola.

Los niños no tienen mucho amor á sus padres, á pesar de que las madres son muy dedicadas á sus hijos y nunca

los maltratan. Á veces castigan á los más grandes, cuando, por ejemplo, rompen por descuido alguna vasija. Aunque sus madres los mimen, no se vuelven groseros, y puede decirse que de los cinco á los diez años son en realidad bellos, graciosos, atractivos y jamás rudos ni osados.

Las madres siempre se oponen á despertar á sus chicos. Una vez que envié por uno para tomar su fotografía, no obstante que la madre sabía que le pagaría bien, contestó que no podía llevármelo porque estaba durmiendo, y otra ocasión, estando yo fotografiando á un pequeñuelo, durmióse éste, y la madre se lo llevó al punto, sin consentir que continuásemos.

Escuché varios comentarios de los huicholes que revelaban sus muy buenas aptitudes para el razonamiento. Díjome una vez uno: "Si los cristianos rezan á los santos hechos por los carpinteros, ¿porqué los huicholes no han de rezarle al sol, que ha sido hecho de mucho mejor modo?" Otra vez me decían: "¿Porqué ha de necesitar uno á los padres para casarse?" "El asunto no tiene que ver sino con los dos interesados que se pueden reunir en la casa de sus padres y arreglar el casamiento."

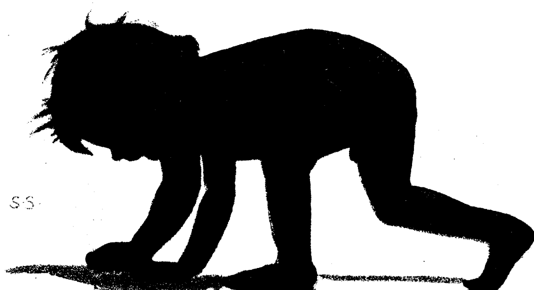
Aunque perezosos, disponen de cierta fuerza de voluntad, pues nada los hace, por ejemplo, retroceder cuando han tomado una determinación. Ningún dinero los induciría á descuidar cualquiera de sus muchos deberes para con los dioses, tales como los preparativos de la fiesta, la fabricación de las flechas, la colocación de las trampas, el desmonte de los campos, etc., y cualquiera que por urgente necesidad hiciera proposiciones á un indio empleado en tales labores, recibiría esta respuesta: "No puedo; estoy ocupado."

Que los celos se hallan en alto grado desarrollados entre ellos, lo demuestra el vivo resentimiento que les causan las indiscreciones matrimoniales. Hay, por supuesto, parejas que viven pacíficamente durante toda su vida;



UNIV. OF MICH.







UNIV. OF MICH.

pero, por regla general, los corazones se conquistan y se pierden fácilmente. Un marido colérico es capaz de apalear á su mujer, y á ésta le puede ofender tanto un engaño de su esposo, que llegue á abandonarlo. Por lo común, las mujeres son más fieles que los hombres. La dependencia entre los sexos es considerable en más de un sentido: mientras el uno provee para el alimento, el otro lo prepara, pues el hambre y el amor rigen allí la vida, como en todas partes. Cuando ocurre alguna separación, si la mujer continúa obcecada por semanas y meses, sin acceder á regresar á su casa á moler maíz, el marido abandonado tiene que buscarse otra compañera.

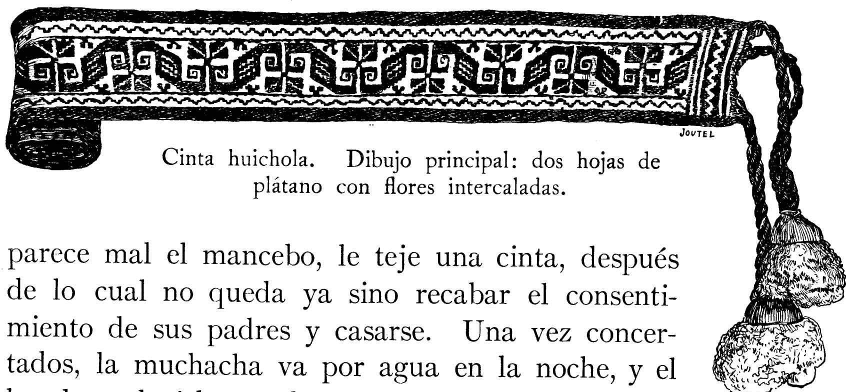


Pareja de jóvenes huicholes.

Antes de decidirse una muchacha libre por el individuo con quien ha de compartir su vida, pone á prueba á varios pretendientes. Bajo tan liberales condiciones, puede ser mucho más apreciado el bello sexo, y logran las mujeres, por lo general, decidir de su suerte. Desempeñan en la familia un papel importante; si alguien, por ejemplo, llega á la casa á comprar alguna cosa y la mujer se opone, no se hace la venta. Por otra parte, siendo tan solicitadas las mujeres, se preservan mucho menos que en las otras tribus que he visitado.

Los jóvenes no recatan en público su afecto, sino que se besan y acarician mutuamente; pero las mujeres no gustan ni que las toquen los blancos. Los preliminares del

cortejo y el galanteo son muy breves, y no se conocen las canciones amorosas. Si un mozo siente inclinación por una muchacha á quien llega á conocer, ya sea en casa de ella ó en alguna fiesta, le lleva á regalar una ardilla, un pescado ó alguna otra cosa por el estilo, y si á ella no le



Cinta huichola. Dibujo principal: dos hojas de plátano con flores intercaladas.

parece mal el mancebo, le teje una cinta, después de lo cual no queda ya sino recabar el consentimiento de sus padres y casarse. Una vez concertados, la muchacha va por agua en la noche, y el hombre sale á buscar leña. El segundo día ayunan ambos y ayudan á seguir al venado. Los padres de la prometida dan al novio vestidos, una hacha, un machete y un cuero de venado para acarrear leña.

Entre los jóvenes, el hombre es quien busca á la mujer; pero entre las personas de edad madura, ésta es la que solícita á aquél. Antiguamente se tenía á los jóvenes estrictamente separados; pero ahora, según me dijo un anciano, nadie tiene cuidado de sus hijas. Á menudo sucede que ni los jóvenes ni sus pretendidas pidan á sus padres su consentimiento, sino que se convienen en cualquier fiesta en que se toca el violín, y aunque se enojan mucho los padres cuando lo saben, todo queda fácilmente arreglado por el primitivo tribunal de aquel pueblo.

Según las antiguas costumbres matrimoniales, todavía en boga en algunas partes, sólo las personas de edad pueden propiamente arreglar los casamientos, y nunca debe una joven bien educada decir "sí" desde luego. Corresponde al padre del muchacho pedir á la joven, y una

vez que ha preguntado á su hijo si aquélla le gusta, se dirige, después de oscurecer, á casa de la pretensa y expone su misión en un discurso que repite por cinco noches. El que no sabe hacerlo, alquila un *shaman* para que hable por él, pagándole un peso por cada noche. Comienza éste su oración con el principio del mundo, y narra muchos sucesos mitológicos, según su propia expresión "para llegar al nacimiento" de la Diosa de las Nubes Occidentales, la Afrodita de los huicholes, en bien de la muchacha, y hasta al del Sol, en bien del mancebo; pues las cosas no podrían salir buenas y á satisfacción de los dioses si la relación no partiera desde el principio de todo. La prole de la pareja, por ejemplo, podría resultar deforme. Á esto se debe, pues, la necesidad de explicar el nacimiento de todos los dioses.

La narración se hace especialmente triste cuando llega, en el quinto día, al nacimiento de la madre de la muchacha y al propio nacimiento del *shaman*, quien llora y se disculpa de tocar tan penoso asunto. Aborda al cabo su propósito diciendo: "Perdonadme si mis palabras os han ofendido, pero ahora deseo saber la pura verdad: ¿hay aquí una mujer conveniente para un joven esposo?" Piden entonces los padres su consentimiento á la joven, á quien nada se ha dicho hasta entonces; si rehusa ella, tiene su padre que contestar á su vez con un discurso de cinco noches, que comienza también desde el caos, porque, como él dice, no quiere morir en el nacimiento de la Madre de las Nubes Occidentales; pero si la joven acepta, se libra de tal esfuerzo, lo cual hace naturalmente que urjan á la muchacha para que no rechace la propuesta matrimonial.

En caso de una feliz solución, el muchacho, acompañado de su madre, va el quinto día á unirse á su padre en casa de la novia elegida. Todos los tíos y tías acuden á dar buenos consejos á la joven y á decirle que no tenga

miedo. La madre de la novia da á la pareja el petate en que han de dormir, y el padre los cubre con un zarape. Los padres de la muchacha le quitan la camisa y el vestido, que no se los dan sino hasta la mañana siguiente. Sucede con frecuencia que el novio tenga que hacer uso de todas sus fuerzas para vencer la natural modestia de la muchacha, que, en ocasiones, muestra una terrible resistencia y aun llega á propinarle fuertes golpes. Es preciso llevarla por fuerza á la cama ó que la madre se quede con los novios toda la noche, y hay siempre el riesgo de que á la mañana siguiente, cuando le devuelven los vestidos, se eche á correr, por lo que los padres la vigilan noche y día. Cada mañana que llevan éstos á la pareja su comida, los hacen sentar juntos y tratan de inducir á la joven á que coma, diciéndole: "No puedes siempre estar sola. Dale al muchacho," etc. Algunos de los convidados se van, pero muchos se detienen á ver el resultado, porque si ella continúa resistiéndose, el matrimonio no tiene efecto. Cuando la novia consiente por fin en recibir alimento del novio, es señal de que positivamente lo acepta.

En seguida se envía al *shaman* para que haga "medicina" á la comida de bodas, que consiste en tortillas y frijoles, y se reduce la ceremonia matrimonial á que la pareja se los coma. Ejecuta el sacerdote sus encantamientos por la mañana temprano, suplicando al Padre Sol que le ayude á unir debidamente á los dos novios; divide una tortilla en dos partes, á cada una de las cuales dirige algunas palabras, comenzando con el ruido del fuego, esto es con el discurso del Abuelo Fuego. Da en seguida un pedazo á cada uno de los jóvenes, quienes tienen que cambiárselo mutuamente. Si la doncella arroja al suelo su media tortilla, tiene su padre que recogerla y obligarla á que la coma. Suelen los padres llevar un garrote para dar más peso á sus argumentos, y si la muchacha se obstina, ponen en ejecución sus amenazas. Tan luego como se

come su parte, todo se considera arreglado, aunque no tome más alimento en todo el día. Díceles entonces el *shaman* que se guarden fidelidad, presentándoles como ejemplo la lealtad matrimonial del guacamayo, el ave del Dios del Fuego, y la del cuervo, ave de la Diosa del Amor, é implora también á dichos pájaros, que hasta la fecha van siempre por parejas, pues antiguamente fueron seres humanos que se casaron como es debido, por lo cual se les pide que bendigan al matrimonio, á fin de que los conyuges no se separen nunca.

En la actualidad intervienen más en los casamientos los jueces nativos que los *shamans*, y debido á los "adelantos modernos," para favorecer las uniones, va desapareciendo más y más el rigor de los antiguos tiempos. Nunca fueron probablemente muy fuertes entre los huicholes los lazos matrimoniales; pero cuando se guardaba obediencia á las ideas religiosas, estaban más seguros que ahora en que únicamente el miedo á los castigos corporales como azotes ó palos, que se aplican en la prisión, reprime al pueblo de dar á su fantasía un vuelo demasiado libre. Cuando casan á una pareja, nunca invocan los jueces la ayuda de los dioses, limitándose á decir á los contrayentes que en lo sucesivo deben vivir juntos, so pena de ser castigado el que se separe del otro; pero el miedo al castigo no ha producido nunca reformas morales en ninguna parte.

Diré aquí que entre los indios que conozco no existe ninguna fiesta relacionada con la ceremonia del casamiento, ó por lo menos nada que se pueda comparar á las celebraciones diurnas y nocturnas que acompañan á una fiesta dedicada á los dioses. Entre los "vecinos" sucede todo lo contrario, pues sus bodas son el mejor festejo de su vida. Un joven mexicano á quien tuve empleado largo tiempo, me dijo que un hombre tiene que trabajar tres años para ganar lo bastante con que pagar los gastos de su

matrimonio, en los que generalmente su padre tiene también su parte. Puede decirse que éste contribuye para lo más importante, que son las donas de la novia, debiendo darlas la familia del novio. Los gastos en la boda de dicho individuo fueron los siguientes:

Vestidos de la novia, incluso un viaje de quince días á la ciudad para comprarlos	$120
Honorarios del cura	15
Honorarios del Juez de lo Civil	5
Una ternera, otros alimentos, aguardiente, etc., para ochenta personas	90
Total	$230

Los hombres pagan con gusto el *trousseau* y la boda, de acuerdo con la costumbre, pues dicen que conviene tener mujer, ¡porque cuida la casa!

CAPÍTULO VI

EL PRIMER CENSO DE LOS HUICHOLES—NOMBRES—BUEN TIEMPO Y EXCURSIÓN POR LA PARTE ORIENTAL—ESCASEZ DE ARRIEROS Y PROVISIONES—SALIDA DE SAN ANDRÉS—LINDOS OJOS LLOROSOS—ANTIGÜEDADES—SACRIFICIO Á LOS ALACRANES—CRUZANDO EL RÍO—NOTAS GEOGRÁFICAS—LA AYUDA DE LOS HUICHOLES RECLAMA CUIDADO—IRREGULARIDADES EN LA COCINA—MI AMIGO PABLO.

APENAS se habían dispersado los indios, cuando apareció un mexicano á caballo, cosa inusitada en aquellas montañas. Iba de parte del Jefe Político de Mezquitic para hacer el censo de la parte occidental del distrito huichol, en cumplimiento de una orden del Gobierno Mexicano, que lo exigía aquel año (1895) para toda la República. Los huicholes pertenecen políticamente á Jalisco, cuyo Gobernador, después del Gobierno Federal, es su autoridad principal, y á quien obedece el Director Político de Mezquitic, con quien principalmente tiene que ver la tribu.

Habían impresionado mucho al empadronador las terribles tempestades de la sierra, y no concebía como las hubiera yo sufrido. Nunca las había visto semejantes como en aquel viaje, ni había encontrado tal número de árboles partidos por el rayo. Le acompañaba un hermano suyo que vivía en muy buena harmonía con los huicholes por el buen trato que les daba, y como su esposa era huichola, mirábanlo como de la tribu. Contribuía también á su popularidad la circunstancia de que se dedicaba á producir mezcal y empleaba únicamente indios en su fábrica. Conocía á la mayor parte de los indios de importancia y le

servía de mucho á su hermano para conseguir que se reuniera el pueblo á fin de explicarles el objeto de su visita. Muchos indios recibieron con ese motivo nombres españoles, pues era impracticable empadronarlos con los que tenían, y al recorrer la lista advertí que como la mitad habían adoptado el nombre de Cruz, palabra que tiene especial sentido para ellos por el conjunto de ideas que les sugiere acerca del mundo.

El cambio de nombres causaba confusión á algunos de los naturales, que no siempre se acordaban de como se llamarían en español sus mujeres, sus hijos ó ellos mismos. Habiéndosele preguntado á uno el nombre de su hijo, contestó "Está entero," dando á entender que no le habían quitado su nombre nativo. Derivan sus nombres propios de incidentes mitológicos ó de los nombres ó atributos de los dioses, y también de fenómenos naturales. Cada hombre es hijo de un dios especial y cada mujer de una diosa, lo que á menudo indican las palabras con que se les designa. Frecuentemente se denomina á las mujeres con los nombres que tiene la planta del maíz en los diversos estados de su crecimiento. El abuelo, ó en caso de insuficiencia de éste, el sacerdote, piensa el nombre del niño y se lo aplica cuando ha cumplido cinco años, teniendo lugar la ceremonia como á las once de la noche, hora en que bañan al niño con agua de la fuente próxima al lugar de su nacimiento, mezclada con agua de varias otras fuentes. Pasados cinco días, llevan al niño á Santa Catarina para bañarlo. Me aseguraron que hay indios que carecen de nombre, porque sus padres eran demasiado pobres para pagarle al *shaman* los veinticinco centavos que cobra.

Después de emplear diez días en contar á los indígenas, fuéronse los mexicanos, pero subsistió la conmoción que habían provocado, causándome grande interés. Informaron los oficiales que se había hecho un registro de todos los habitantes de la parte occidental del río, con excepción

de doscientos, á quienes ni ruegos ni amenazas pudieron traer á San Andrés. Este censo que se tomó á la vez en Santa Catarina, para la parte oriental del río, da á la tribu un total de cerca de cuatro mil indios, de los que pertenecen como mil quinientos, á la occidental.

Entre tanto, los dos mensajeros que había enviado á Tepic volvieron, después de una ausencia de cerca de tres semanas, trayéndome placas fotográficas, algunas latas de carnes conservadas y setenta y cinco pesos en plata, que me llegaron muy á tiempo, pues me había quedado casi sin dinero. Habiéndoles preguntado porqué se habían tardado tanto, contáronme una espeluznante historia de unas centellas que les habían caído dos veces, hinchándoles tanto los pies que apenas podían caminar; y que además estuvieron expuestos á ser detenidos y registrados, porque, con motivo de haber recibido aviso el Gobierno de una revolución que se preparaba en la sierra, había ordenado que se ejerciera estricta vigilancia, y que sólo pudieron evitar que los oficiales abriesen mis películas, enseñándoles una carta que me dirigía el Jefe Político del Territorio. Aparte de todo esto y de la falta de apreciación del tiempo, que á los indios les es característica, Maximino había perdido dos días, antes de ponerse en marcha, por estar cantándole á un niño enfermo, hijo de su compañero, con el fin de curarlo, y de regreso había empleado otros dos días para descansar en su casa de las fatigas y exitación del viaje.

Había cesado de llover por espacio de diez ó doce días, como ocurre siempre en agosto, pero luego prosiguieron las lluvias imposibilitando el viaje. Hallábame listo para explorar la parte oriental luego que dejara de llover dos ó tres semanas, y fuese posible vadear el río, pues de otro modo no había probabilidades de lograrlo hasta octubre ó noviembre. Dije á los indios en broma que estaba dispuesto á pagarle á un *shaman* para que cantase á efecto

de detener las aguas, que habían sido bastantes, porque necesitaba irme; pero me contestaron que habiendo tantos cantando dondequiera para que la lluvia continuase sería imposible que la voz del mío no se ahogara.

Todavía no había visitado á Santa Catarina, la Meca de los huicholes, donde están los principales lugares sagrados y el primer templo de la tribu. Se alcanza á ver la población desde el último límite de la Mesa de San Andrés, situada á otro lado del río, y aunque de allí se podría llegar muy bien á pie en medio día, el camino es demasiado peligroso para llevar animales y carga. Vime obligado, pues, á hacer un largo rodeo, caminando primero como cincuenta millas al norte, cruzando el río Chapalagana en un punto llamado Las Puentitas, y volviendo en seguida al sureste hasta Mezquitic, fuera ya del distrito huichol. Á este lugar pensaba ir después. Una vez allí, supe que, con ayuda de las autoridades mexicanas, podría conseguir hombres que me llevaran á Santa Catarina, aunque el hermano del empadronador me había dicho que el alcalde de dicha localidad no estaba muy dispuesto á que yo fuera, pues había declarado que un hombre tan malo como yo, puesto que era protestante, no podría entrar en su pueblo, sin que la gente lo matara. Sin embargo, la buena disposición que me había ganado entre los habitantes del lado de San Andrés, me infundió confianza de conseguir lo mismo de los otros.

La dificultad de adquirir gente que me acompañara me molestaba tanto como la lluvia. Á veces tenía conseguidos dos ó tres hombres, y buscaba los demás cuando los primeros, cansados de esperar, se me iban al obtener algunos nuevos, y muchos rehusaban mis propuestas por aproximarse la fiesta de las calabazas, después de la cual tenían que emprender su largo viaje á la tierra del jículi. Muchos no tenían deseos de alejarse del lugar por su aversión á salir de su rutina diaria. El yerno de Carrillo, por

cuya influencia esperaba hallar quienes me acompañaran, había prometido venir de su rancho, pero iban trascurriendo los días sin que eso sucediera, y cada vez que le preguntaba á Carrillo por él, me contestaba: "Vendrá *mañana y otro mañana*" esto es, pasado mañana. El día de mi partida parecía más lejano que nunca, pues los indios, además de su fiesta, comenzaron á ocuparse en escardar sus campos, operación que emprenden tres veces antes de que madure el grano.



Huichola moliendo maíz.

Entre tanto, con ayuda de las autoridades, llegué á conseguir que fuesen tres mujeres á mi campamento á hacerme tortillas y dejarlas secar para que me sirvieran de provisiones cuando me fuera. Los mexicanos llevan siempre cuando viajan un cocinero, pero á los huicholes no les gusta moler en el metate ni cocer frijoles, por lo cual me era necesario proveerme de todos los alimentos que fuera posible. Las tortillas, sin embargo, se hacen con mucha lentitud, y como las mujeres mismas tenían que

alimentarse con ellas, como complemento de su sueldo, el producto que iba quedando era desalentador. Después de varios días había apenas lo bastante para proveer á la expedición por sólo veinticuatro horas. Únicamente por la circunstancia de haber logrado contratar á dos para el camino, fue como parecieron disminuír mis dificultades.

Este feliz resultado se debió principalmente á la llegada de un hermoso joven indio llamado Pablo, quien se me presentó el mejor día diciéndome en buen español que quería irse conmigo. Al principio lo creí demasiado mexicanizado para mi propósito, pero pronto comprendí que aquél era el hombre que necesitaba. No tardamos en hacernos amigos, y continuamos siéndolo por varios meses. Una de las cocineras se enamoró de él, y cuando éste había resuelto acompañarme, tomó ella al punto igual determinación. Poco después consintieron en seguirnos otro mancebo y su mujer.

También la agradable indita "Enagua de flores" manifestó deseos de continuar á mi servicio como cocinera durante mi viaje, pero su familia se opuso. De salvaje que era al principio, habíase poco á poco domesticado. Le había enseñado yo algo de español, sorprendiéndome á menudo su vivo entendimiento y carácter alegre y festivo. Me había contado que su tía estaba muy disgustada con ella. Un día dejó de presentárseme; pregunté el motivo, y me dijeron que dicha pariente se la había llevado para casarla con un holgazán, primo de la joven é hijo de la primera. Era, por supuesto, muy ventajoso para aquella mujer tener en su familia á una muchacha tan trabajadora, y la pobre huérfana, que carecía de toda protección, tuvo que someterse á su suerte.

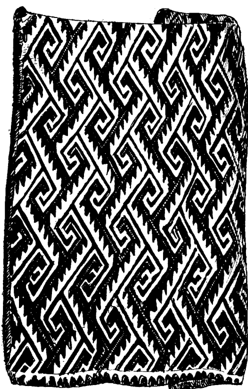
Gracias á los esfuerzos de Pablo y Maximino, pude reunir al cabo los hombres que necesitaba. Contraté también como principales arrieros á los dos muchachos mexicanos de la familia de Don Zeferino, pues pocos de

los huicholes saben atender convenientemente á las mulas, de las que aun me quedaban ocho. Por último, después de emplear casi lo más del día en cargar las bestias y alistarlo todo, pude salir de San Andrés el 27 de agosto, en medio de buena cantidad de gente que se había reunido en la tarde para presenciar la salida del hombre blanco. Ya montado en mi mula comencé á despedirme de las mujeres presentes, cuando la esposa de Carrillo se adelantó á darme la mano, según había aprendido de los mexicanos, volviendo la cara y llorando, con gran sorpresa mía. Mayor sorpresa me causó ver también á las demás mujeres visiblemente afectadas y llorando en silencio las más de ellas. Este lisonjero tributo pudo haberme trastornado la cabeza, á no habérseme ocurrido que el duelo tal vez se debía, en mucho, á que conmigo se iban todas las cosas que tan á menudo las habían halagado, esto es, las cuentas y la franela roja, las uvas y cascabeles con que tanto les gustaba adornar sus vestidos.

Al pasar frente á la casa de mi amigo Carrillo, se nos reunió éste envuelto en su frazada y con su bolsa sujeta á la cintura, según acostumbran los huicholes cuando van de camino. Tuve también la compañía de otros diez indios y dos mexicanos que me sirvieron para llevar mis colecciones etnológicas. Como por allí no se conocen los cajones, distribuí los objetos en paquetes de tamaño conveniente para cada uno de ellos, envolviéndolos hasta donde me fue posible con pedazos de manta, y como lo que llevaba era de todos tamaños, formas y colores, la procesión no dejaba de ser fantástica y pintoresca. No hay mejor medio de transporte por aquellos escabrosos lugares, que la espalda de los indios, que son los cargadores más cuidadosos que hay bajo el sol. El único mal en tales casos provenía de la lluvia, de suerte que todas las veces que aparecían por las tardes nubes amenazadoras, buscábamos más que de prisa sitio donde levantar mi tienda,

bajo la cual podían quedar á salvo los bultos durante la noche. En cuanto á mí, dormía siempre al lado de mis tesoros.

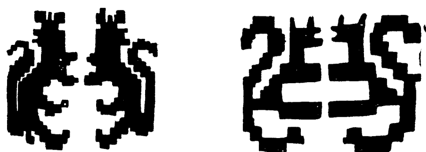
El alcalde y Don Zeferino, de acuerdo con la costumbre tradicional del país, me acompañaron en sus mulas hasta nuestra primera parada, que hicimos al anochecer, después de caminar seis millas. Los indios se colocaron desde luego sobre la superficie inclinada de una gran roca, y unos sentados y recostados otros, pasaron la noche la mayor parte de ellos sin ningún abrigo, á pesar del frío y de lo duro de la cama. Cenamos de las provisiones que habíamos llevado, y como todos estábamos muy cansados, el sueño nos rindió pronto.


Dechado de talega huichola.

Como era de esperarse con gente tan inexperta, no todo marchó bien durante los primeros días. Las mulas después de casi tres meses de descanso, nos causaban muchas molestias, y aunque habíamos tomado expresamente para atenderlas á los dos mexicanos, necesitaban éstos, con su cachaza habitual, la ayuda de los otros. Así por ejemplo, cada vez que Maximino daba una mano para arreglar una carga, tenía que dejar en el suelo sus dos bultos, el uno con las preciosas jícaras votivas, y el otro con los escudos ceremoniales Había que llevar las jícaras con el mayor cuidado para que no se rozaran unas con otras ó para que el sol no derritiera la cera, y se perdieran las hermosas pinturas. Asustábanse las mulas con un gran cilindro negro, parte de un alambique cora, que llevaba un indio á la espalda, y tampoco las tenían muy tranquilas los muchos jarros, carcajes, flechas y bastones esculpidos que llevábamos. Con todo, no obstante mis temores, no nos ocurrió ningún

accidente, á pesar de lo malo y pesado del camino que avanza por la alta cumbre en dirección al norte. Á veces el sendero desaparecía por completo.

Ocurrió un gran alboroto con motivo de haber divisado una ardilla gris (*sciurus nayaritensis*). Todos soltaron



Dibujos de ardillas en los tejidos.

sus bultos, y lanzando vivos alaridos, corrieron con sus perros á dar caza al animal que, aunque saltaba rápidamente por las ramas de un pino, fue alcanzado al fin y recibió la muerte. Tal excitación se debió sin duda, en



Talega con dibujos de ardillas. Anchura, 13 cm.

parte, á la circunstancia de que no sólo son consideradas las ardillas por los huicholes como alimento muy delicado, sino que también son de mucha importancia en su vida religiosa. La ardilla es realmente uno de sus grandes

héroes dioses y desempeñó importante papel en la época en .que nació el sol, pues los huicholes, lo mismo que los aztecas, creen que las ardillas hicieron al sol. Dicen los huicholes que en los principios del tiempo, no había en el mundo más luz que la de la luna, lo que traía muchos inconvenientes á los hombres. Reuniéronse entonces los principales de ellos para ver la manera de dotar al mundo de mejor luz, y le rogaron á la luna que les enviase á su



Talega con franja de ardillas. Tiene otras dos franjas de palomas con venados en el centro. Anchura, 27.5.cm.

único hijo, muchacho cojo y tuerto. Comenzó ella por oponerse, pero consintió al fin. Diéronle al muchacho un vestido de ceremonia, con sandalias, plumas y bolsas para tabaco; lo armaron de arco y flechas, y le pintaron la cara, arrojándolo luego á un horno donde quedó consumido. Pero el muchacho resucitó, corrió por debajo de la tierra, y cinco días depués apareció el sol.

Cuando éste irradió su luz y calor sobre la tierra, todos los animales nocturnos (los jaguares y leones monteses,

los lobos, los coyotes, las zorras y las serpientes) se irritaron muchísimo y dispararon flechas contra el astro del día. Su calor era grande y sus deslumbrantes rayos cegaban á los animales nocturnos, obligándolos á retirarse con los ojos cerrados á las cavernas, á los charcos y á los árboles; pero si no hubiera sido por la ardilla y el pitorreal no hubiera podido el sol completar su primer viaje por el cielo. Éstos fueron los dos únicos animales que lo defendieron; hubieran preferido morir antes que dejar que se diera muerte al sol, y le pusieron tesgüino en el ocaso para que pudiera pasar. Los jaguares y los lobos los mataron, pero los huicholes ofrecen sacrificios hasta el presente á aquellos héroes y dan á la ardilla el nombre de padre.

Por sus hábitos diurnos consideran á estos animales como los compañeros del sol. El pitorreal tiene el color solar en su magnífica cresta escarlata, y que la ardilla sabe más que los otros animales lo demuestra la manera como esconde las nueces y las vuelve á encontrar.

Al acampar por segunda vez, me sorprendió bastante ver que los indios, capitaneados por Carrillo, se habían robado buena cantidad de calabazas de un campo solitario por donde pasamos. Bien sabía yo que los huicholes no tienen ideas claramente definidas respecto á los derechos de propiedad, pero el incidente me llamó la atención porque les está prohibido comer ese vegetal antes de que se celebre su fiesta. Acaso las restricciones obligan únicamente á los propietarios de las siembras, por lo que mi gente no tuvo recelo de que aconteciera ninguna desgracia á ellos ni á sus propias cosechas. Pablo, sin embargo, fue una honrosa excepción, y me dijo que cuando pasaba junto á alguna de dichas calabazas la dejaba donde la veía, por grande que fuese; pero como era *shaman* conocía mejor el peligro.

Llegamos al otro día á la Mesa del Venado, insignifi-

cante llano de quinientos pies de largo por trescientos de ancho, donde vivía el hermano del individuo que había tomado el censo en San Andrés, quien me mostró algunas ruinas antiguas que había cerca.

Contenían éstas unas pequeñas protuberancias de tierra, ruinoso asiento de un pueblecillo que pudo no haber pertenecido á la tribu huichola, cosa significativa, puesto que la región ocupada por ésta, hasta hace poco, se extendía por lo menos cincuenta millas más al norte. Descendimos luego como trescientos pies para bajar á una barranca donde vi dos cuevas juntas, enteramente bajas y con las paredes interiores cubiertas por completo con figuras esculpidas que representaban en su mayor parte culebras, soles y *genitalia* de mujer, que indudablemente se debían á los huicholes.

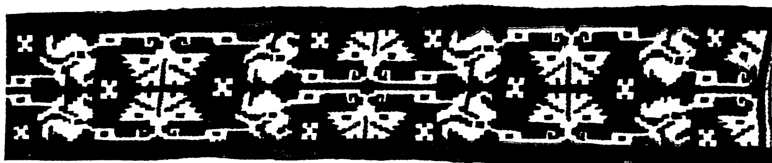
Hubiera querido buscar cráneos en algunas cavernas un poco más lejanas y próximas al río, de una de las cuales sabía por el *shaman* que estaba llena de esqueletos, entre los que había una figura de piedra; pero hubiera sido difícil llegar á ellas desde donde estábamos, y se habrían requerido por lo menos dos días. Como el tiempo no era nada bueno y se acumulaban nuevamente las nubes, comprendí que debía desechar tal proyecto, por temor de que el río volviera á crecer y me detuviera un mes más.

Habían cumplido bien con su encargo los hombres que envié para limpiar el camino de maleza en los pasos mas dificultosos, de suerte que pudimos bajar sin tropiezo hasta regiones más cálidas y llegar á un terreno parejo en el arroyo de Tepexte. No era aquél un lugar particularmente atractivo para que descansáramos, pues había poca ó ninguna yerba para las bestias en la densa espesura tropical que lo rodeaba; el agua estaba como á una hora de distancia en el arroyo del fondo, y lo peor de todo era que el piso en que teníamos que dormir se veía cubierto de guijarros donde anidaban numerosos alacranes. Al

punto como se dispuso el campamento, Pablo que á pesar de su aspecto juvenil era un *shaman* bien experimentado, tomó las precauciones necesarias contra los dañinos insectos. Echó agua en una jícara y puso en ella un poco de maíz molido, con lo que hizo una ofrenda al dios en la fogata que habíamos encendido, arrojando un poco de la mixtura con su dedo índice hacia los cuatro costados del fuego y en el centro; anduvo enseguida alrededor de nuestro campamento para hacer análogo sacrificio, por tres veces, á los escorpiones, asegurando con esto que el Dios del Fuego nos diera salud y dicha, y el Hermano Mayor Escorpión, su consentimiento de no picarnos. Los temibles bichos quedaron satisfechos, al parecer, con el tributo recibido, pues á pesar de su abundancia no punzaron á nadie.

Llovió copiosamente aquella noche, y el siguiente día tuvimos un camino muy pesado. Alcanzamos á ver el río, que corría á distancia oscuro y lodoso. Parecióme muy ancho, pero se me sosegó el corazón cuando los indios me declararon á una voz que estaba "seco," lo cual quería decir que era vadeable. Nos dimos prisa á seguir el sinuoso camino que desciende de la colina, llegamos al río y lo cruzamos sin detenernos. Aunque el agua estaba alta, pasamos sin ningún accidente, y me sentí más tranquilo cuando vi del otro lado á todos los hombres, mulas y colecciones, pues no había ya ninguna otra corriente que pasar. Una hora después, el agua, que había estado aumentando toda la mañana debido á las lluvias caídas en lo alto de su curso, comenzó á hincharse con gran rapidez, haciendo peligroso el vado. En la noche hubiera sido imposible cruzarlo y nadie sabe el tiempo que me habría detenido si llego á la orilla una ó dos horas más tarde.

Una de las bestias de carga, al ascender el banco del río, perdió pie y quedó casi muerta. Cuando Pablo subió



Fragmento de una cinta huichola. Dibujo duplicado de flores.

al pobre animal, me dijo: "¿Cómo quiere Ud. que le vaya bien á una mula que carga á un muerto? Es claro que pronto morirá." Con esto comprendí que los huicholes participan también de la superstición de los muertos, tan común en todo México, y que mis indios no sólo sabían que había sacado una calavera de Guayabas, sino hasta cual de los animales la llevaba. Los indios, en efecto, saben cuanto ocurre en su país, aunque los viajeros no lo sospechen, y tienen conocimiento, en un grado que sorprende, de cuanto sucede fuera de su región, que de algún modo les interesa, casi como si recibieran periódicos y telegramas.

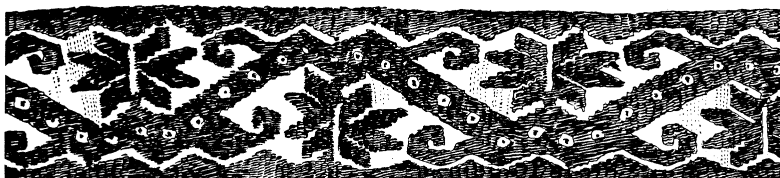
Desmontamos la maleza de un antiguo pueblo situado como á cien pies sobre el río, y dispusimos nuestro campamento. Los huicholes no pudieron darnos ninguna idea en cuanto al origen de aquellas rudas y bajas paredes de piedra, hoy apenas reconocibles. Dormí dentro de un pequeño recinto circular de piedras puestas de canto, en cuyo diámetro ajustaba exactamente mi cama. Aquellas ruinas pertenecen sin duda al mismo período que las demás antiguas habitaciones mencionadas.

La siguiente mañana proseguimos activamente nuestro camino por tierras cubiertas de espesa hierba, hasta lo alto de la ladera que forma el lado oriental del valle. Podía verse muy bien al norte la hacienda de San Juan Capistrán, pero aunque había un vado en el río por aquella parte, me dijeron que en esa época del año rara vez se puede pasar con mulas de carga. Había una especie de balsa de transporte ó batanga, construída para la hacienda, pero que no

nos prestaba suficientes garantías, porque según nos dijeron, se volcaba con frecuencia debido á su mala construcción y á la inexperiencia de quienes la manejaban.

Conforme íbamos avanzando se ampliaba más y más la vista hacia el norte. La cadena occidental disminuía de altura extraordinariamente y al E. y N.E. del río se ensanchaban los bajíos que poco á poco iban elevándose de nuevo hacia Huejuquilla el Alto. Al oriente se tendía el ancho y fértil valle en donde se hallan los pueblos de Soledad y Tezompa, que pertenecieron antiguamente á los huicholes, quienes recuerdan todavía que tienen templos en ambos lugares; pero esa parte del país ha pasado recientemente á poder de los "vecinos."

Al acercarme á las colonias mexicanas, me inquietaba constantemente el temor de que alguna persona extraña tuviera la curiosidad de comunicarse con mis sencillos arrieros y sacarles algunas de mis mejores cosas, aun sin tener idea de su valor. La comitiva de indios de ambos sexos, extrañamente vestidos y cargados de objetos de vistosos colores ofrecía un espectáculo raro que sin duda llamaría la atención. Procuraba yo que fuesen todos juntos, pero tentados por las maduras frutas del nopal, se empeñaban en adelantarse ó quedarse atrás con sus curiosas cargas, asegurándome que conocían los engaños de los mexicanos y sabrían librarse de ellos. Como una legua al este de la Soledad, llegó á mi campamento un rico del pueblo, examinó mis objetos con gran curiosidad y mostraba empeño en conocer el motivo de mi visita. "¿Será para reconocer las tierras?" le preguntó suspicazmente á uno de sus compañeros. Poseía más que los otros, y tal vez sentía algún escrúpulo de conciencia por haber privado á los huicholes de sus propiedades. Al saber que vendía arroz de Tepic, envié á Pablo á comprarle un poco, y saboreé una vez más este alimento que por largo tiempo no había podido obtener.



Fragmento de cinta huichola. Dechado de totós.

La cordillera oriental de la región huichola consiste, al norte, donde íbamos viajando, de colinas que corren alineadas de norte á sur, alcanzando algunas hasta siete mil pies, y haciéndose más bajas hacia el norte. Al sur de los dos pueblos la mesa asciende poco á poco y es menos fértil. El Valle de Mezquitic, al este de la cordillera, es mucho más ancho y de mayor elevación que el de la región de los huicholes. Al este de Mezquitic y hacia Zacatecas, las cadenas de montañas tienden todavía á correr de norte á sur, pero están ya fuera de la Sierra Madre; y donde se encuentran los grandes, anchos y fértiles valles de Jerez y Villanueva, la región emerge gradualmente hacia la Mesa Central de México.

Al disponernos para la marcha la próxima mañana, echamos de menos una de las mulas y perdimos todo un día en buscarla. Era en extremo difícil conseguir que los indios se empeñasen en hallarla, pues aunque los envié en diferentes direcciones, volvían la mayor parte de ellos, al cabo de media hora, diciéndome que no la habían visto en ninguna parte, y cuando algunos duraban más, probablemente empleaban el tiempo acostándose á dormir en cualquier lugar fresco. Se necesita una paciencia casi sobrehumana para contar con la ayuda de los huicholes, que son reacios á salir de su lentitud y no tienen idea de lo que razonablemente se debe esperar de ellos. Es una exasperación la imposibilidad en que se ve uno para hacerlos moverse en los casos urgentes, dificultad mucho mayor cuando el desconocimiento de su lengua viene á agravar

la situación. Algunos ni siquiera responden cuando se les dirige la palabra. Si les daba alguna orden, solían contestarme: "Estoy comiendo," ó "Julián irá, yo estoy ocupado," etc., y si quería yo que la cocinera le diera prisa á la comida, estaba seguro de encontrarla espulgando á su hombre.

¿Qué podía yo hacer? Se enojaban con facilidad, y si me encolerizaba, al punto se me iban sin detenerse siquiera á cobrar su salario. Es bastante duro vivir entre los indios, muriéndose de hambre para estudiarlos, aunque los datos que se obtienen compensan ciertamente de todas las privaciones; pero depender de ellos durante un viaje, es cosa terrible. Tenía, pues, que conformarme con todo; darles mis órdenes de la manera más clara, tal como si hablase á niños; repetirles mis palabras tres ó cuatro veces, y consolarme después filosóficamente con la idea de que hasta un caracol ascendió una vez á la cumbre de una montaña. Sin embargo, se había una ventaja en aquellas paradas forzosas, y era que las mujeres tenían tiempo para hacer tortillas. Se requiere más trabajo de lo que es de suponer en la preparación de ese alimento nacional de México; las dos cocineras tenían, durante el viaje, que trabajar hasta muy tarde por la noche y desde muy temprano por la mañana, para hacer una provisión escasamente suficiente para toda la comitiva. El metate iba cargado sobre una de las mulas, y las mujeres tenían que llevar los demás utensilios de cocina, jarros, bules, etc., los cuales, aunque no pesaban mucho, las fatigaban en los días calurosos, y constantemente necesitaba mostrarme condescendiente.

Acostumbran decir los mexicanos que se puede hacer trabajar á los huicholes mientras algo se les da; pero que abandonan á uno al punto como deja de obsequiarlos. Hay además que usar de discreción, pues los indios, mientras más se les da, más quieren, lo cual es un peligro para el

viajero liberal. Ni siquiera se consideran obligados por los regalos que reciben ó las atenciones que se les guarden, sino que á pesar de tales favores pedirán, por cuanto quiera comprárseles, cantidades tan altas como antes de que se les favorezca. Con todo, si se les hace entender que se les ha dado mucho y ellos por su parte pueden corresponder con algo, comprenden la bondad de la oferta y la satisfacen. Una de las cocineras sólo consentía en trabajar á petición de su marido. Era joven dócil y de muy buen carácter, pero que dependía enteramente de los caprichos de su amo y señor, de cuyos celos estaba temerosa. Él era poco menos que un tuno; su primera mujer se le había huído, y la actual, una ocasión que recibió de él una buena tunda, lo amenazó con seguir el ejemplo de la precedente; pero por fortuna la pareja se había reconciliado antes de mi salida de San Andrés y consintieron en acompañarme. La devoción de la joven por su marido no parecía disminuir no obstante algunos disgustos que tenían. Continuaba mostrándose muy reservada y cuidadosa en su conducta, atreviéndose á penas á mirar á ninguno por temor de que le hablasen y provocar con ello la cólera de su hombre. Éste apreciaba tal sumisión, y por el momento la felicidad parecía brillar para ambos. Como verdaderos amantes indios, mostraban su afecto del



Pablo.

modo común á todos los pueblos primitivos. Ella había perdido todo su pelo por una reciente enfermedad, y aunque el que le había salido estaba todavía corto, se daba él sus mañas para halárselo.

De hecho, el amor desempeñaba importante papel para hacerme adelantar en mi viaje, pues poco hubiera conseguido sin la inclinación que le tenía á Pablo mi otra cocinera, que ansiosa por conservar el cariño de éste, hubiera molido, á pesar de su pereza, por todo un día á la menor indicación suya. Pablo le había enseñado también á contestarme al punto que yo le hablaba, no como las demás mujeres que me mostraban su modestia volviéndome silenciosamente la espalda.

Afortunadamente nunca he carecido, durante mis viajes entre los indígenas, de algún amigo que alivie las molestias que acompañan inevitablemente á tales excursiones. Dicho amigo, en esta vez, era Pablo, que manifestaba valiosísimas cualidades y verdadera amistad por mí. Mientras los otros perdían el tiempo en inútiles proyectos para encontrar la mula perdida, él se me presentó de repente ofreciéndome buscarla. "Le aseguro á Ud., me dijo, que no volveré sin haberla visto." Me contó que una vez, yendo al país del jículi, había perdido en el mismo lugar una mula que encontró siguiendo una tortuosa vereda del bosque. Proveyóse, pues, de alimento para el caso de que tuviese que dormir fuera, esperando, sin embargo, que volvería al amanecer, á tiempo para nuestra salida; pero regresó en la noche: había encontrado la mula pastando con algunas yeguas salvajes. Como hubiera sido inútil tratar de agarrarla, no habiendo corral hacia donde cortar las yeguas, resolví dejar á la mula y enviar después por ella desde Mezquitic.

Pablo, aunque bajo de cuerpo, era un individuo fuertemente constituído y que despertaba desde luego la simpatía con la expresión gentil y bondadosa de su rostro. Juzgo

que tendría como treinta y dos años, pero parecía mucho más joven. Había venido del noroeste del país, y su pueblo, cuyo distrito tenía antiguamente un nombre propio, celebraba su culto en el de San José. Era de maneras afables y gozaba de mucho partido con las mujeres, aunque aun no se había decidido á tomar una. Siendo libre é independiente de atenciones de familia, no tuvo reparo en resolverse á compañarme, y mientras más duraba conmigo, más servicial lo veía. No había en él, cosa rara, los dos principales defectos del carácter huichol, inclinación al robo y á la pereza. Como todos sus paisanos, era lento para moverse, pero siempre que lo llamaba estaba seguro de que vendría, más ó menos pronto, aunque no siempre antes de que se me agotara la paciencia. Era de lamentar en él que, como el José de Mr. Pickwick, podía dormirse á cualquiera hora, después del almuerzo, á medio día y en la tarde, y como siempre se le encontraba durmiendo, parecía ser ésa su principal ocupación. No podía encomendarle que cuidase de nada, pues inevitablemente se quedaba dormido á poco rato. Enviéle una vez por agua, y como no le advertí la necesidad de que volviera pronto, se detuvo para bañarse y regresó á las dos horas en vez de venir á los quince minutos. Pero siempre desarmaba mi cólera con su buen natural. Á veces no dejaba de reprenderlo duramente, en grado tal que cualquiera de los otros me hubiera dejado; pero Pablo no lo hacía, pues me tenía tanta paciencia como yo á él, y como nunca me engañaba, acabé por dispensarle sus debilidades.

Aunque vestía á la manera de los indios huicholes, hablaba español bastante bien, por haber estado trabajando en los algodonales y siembras de maíz de tierra caliente, de suerte que al menos me entendía cuando le hablaba y podía comunicar mis órdenes á los demás. También logré de este joven *shaman* muchos valiosos informes con respecto á su tribu. Sabía todo lo concerniente á las

prácticas religiosas, hábitos y costumbres de sus compatriotas, quienes unánimemente declaraban que había de ser con el tiempo un gran sacerdote. Como aprendí á mirar las cosas desde el punto de vista que él mismo lo hacía, siempre me hablaba con la sinceridad y convicción que manifiesta un buen *shaman* á quien una vez ha ganado su confianza.

CAPÍTULO VII

NUESTRA COMITIVA LLAMA LA ATENCIÓN DE LOS MEXICANOS—LLEGADA Á MEZQUITIC—RUINAS ANTIGUAS—FUENTE TERMAL SULFUROSA—LOS TEPECANOS—UN ENAMORADO—BUSCADORES DE JÍCULI—SU PEREGRINACIÓN—CONFESIONES — EL SAGRADO YACUE—RESISTENCIA DE LOS PEREGRINOS.

DESDE la cumbre de la montaña divisamos á Mezquitic sobre la margen oriental del río, cuya corriente es casi insignificante en aquel punto. El pueblecillo, con sus presuntuosos campanarios, casi parece una ciudad á distancia, aunque sus habitantes, en mayoría pobres, no exceden de mil quinientos. Su nombre, de origen azteca, significa "entre los *mezquites* " (mizquitl); y la palabra huichola con que se le designa tiene el mismo significado.

En una pequeña ranchería de sus alrededores, encontramos á dos mujeres extraordinariamente sorprendidas de nuestra comitiva, quienes nos siguieron gritando: "¡Díganos que es esto, señor, y qué hay en las cajas que llevan las mulas!" Yo había pasado ya cuando ellas llegaron, y como no veía motivo alguno para no satisfacer su natural y casi excusable curiosidad, dejé que mis dos mexicanos les contestaran, y seguimos adelante. Pero aquellos tunos evidentemente les dijeron cosa muy diversa de la verdad, pues las pobres mujeres, que con alborozo veían cualquiera cosa que interrumpiera la monotonía de su vida, quedaron muy poco satisfechas con la respuesta. Es regla inviolable entre los arrieros mexicanos no decir lo que llevan, á quienes se lo preguntan, ó bien contestar con evasivas, negándose aun á informar á donde van ni de donde vienen, hábito

que se debe al estado de inseguridad que ha prevalecido durante siglos en todo el país y que sólo ha cesado recientemente.

Pasamos frente á muchas siembras de maíz muy bien dado, y el 9 de setiembre, quitando la tranca inferior de una puerta de campo para que pudieran pasar mis mulas con sus voluminosas cargas, entramos á Mezquitic. Instaléme en el mesón y después de lavar, como acostumbrábamos, y curar el lomo de los animales, tomé una buena comida en la cocina. Era una felicidad descansar sin depender ya de mis inconstantes huicholes, y aunque mi alimentación fuese allí de lo más frugal por no haber verduras frescas, el cambio era muy agradable en comparación á los rudas molestias del año anterior. El clima es malsano y el calor que en verano se siente, antes de presentarse las aguas, dentro de aquellas encaladas paredes de adobe, es semejante al de un horno; pero por lo demás, la gente es en extremo bondadosa y atenta. Asegúrase que allí no se conocen los ladrones.

La dificultad más urgente para mí era encontrar quien me cambiase un cheque; pero habiéndolo conseguido del *Director Político*, pagué mi gente, quedándome sólo con Pablo, Carrillo, su yerno y una cocinera, que podían serme útiles para emprender algunas excavaciones en las cercanías ó desempeñar los trabajos necesarios.

Arreglé en mi cuarto mis colecciones, las cuales formaban casi un museo que llenaba de sorpresa á los mexicanos, porque no suponían que tuvieran los huicholes tantas y tan bonitas cosas. Ni el Obispo de Zacatecas, me decían, había podido conseguir un sólo escudo ceremonial, de los que yo llevaba tantos, en una visita pastoral que había hecho á los huicholes hacía diez y seis años.

Llegaron una vez á Mezquitic, procedentes de Santa Catarina, unos indios que iban á comprar velas, pan y chocolate para una fiesta pluvial. Fueron á visitarme, y

al mirar los tecomates votivos, pusiéronse á llorar conmovidos y á dirigir en alta voz súplicas á los dioses á quienes estaban dedicadas dichas vasijas. Sin duda ninguna, hubieran querido llevárselas, pero como era imposible, se conformaron con sacar de ellas el mayor bien posible, y cada uno de los indios fue dejando en la jícara al retirarse un centavo de ofrenda para la Diosa de las Nubes Orientales. No les había llovido lo bastante!

Existen antiguas ruinas en el valle de Mezquitic, así como en los alrededores, especialmente al este y sureste, consistentes en huellas de casas y aldeas, montículos, etc. En Monte Escobedo compré posteriormente algunas grandes puntas de lanza y de flecha, labradas en obsidiana, las cuales se habían encontrado con algunos esqueletos, á profundidad de diez varas, en el interior de una cueva. Al norte, cerca de Valparaíso, supe que se habían hallado en la margen del río grandes jarros de boca relativamente pequeña, llenos de huesos humanos. Hay asímismo una espaciosa cueva junto á Colotlán, de donde se han sacado muchas pequeñas piezas de alfarería, entre las cuales se cuentan algunos jarritos especialmente interesantes. Allí encontré á un mexicano que llevaba atados á su ceñidor un par de huaraches antiguos, en la creencia de que mientras los guardase consigo no le faltaría que comer.

Contando con la falta de cajones, comencé con anticipación á empacar mis colecciones para transportarlas á los Estados Unidos, y una vez terminado este trabajo, salí del pueblo acompañado de mis cuatro indios para hacer una exploración abajo del río. El primer pueblo á que llegué fue Nóstic, nombre corrompido del azteca *Nóchtic* "donde hay *nochtli*" (la tuna ó fruto del nopal). El nombre tepecano del mismo lugar, Návtam, tiene el mismo sentido. La mayor parte de los indios que residen allí son aztecas que han olvidado, desde hace largo tiempo, su lengua nativa, y son indolentes y perezosos.

Pronto atrajeron á mucha gente los rumores que corrían acerca de mi persona y proyectos de excavaciones, suponiendo todos, por supuesto, que mi propósito era buscar oro y plata, por lo que me hacían muchas propuestas á ese respecto. Había quienes me asegurasen que frecuentemente se veían por la noche, en las faldas de las montañas y en algunos lugares del antiguo pueblo, luces que delataban la existencia de minerales y tesoros enterrados, según creencia común entre los mexicanos. Una viuda me mandó decir que había probabilidades de encontrar dinero en el patio de su casa, donde se oían á veces lamentos y ruidos de cadenas que suponía procediesen del alma de su marido que venía al mundo para ver su dinero, pues había sido un rico que había enterrado su capital, y muerto sin decir á nadie donde lo dejaba. Todos creían que el dinero debía encontrarse en aquel patio, y deseaban tener un convenio conmigo para buscarlo y dividirnos lo que encontrásemos.

El fondo del Valle de Mezquitic tiene de siete á ocho millas de ancho y es muy fértil. Se estrecha como á quince millas al sur del pueblo, y las montañas acaban por formar un angosto cañón debido al cual el camino cruza el río innumerables veces. Más abajo y sobre el mismo río, se encuentra la conocida mina de Bolaños. Levanté mi campamento escasamente á un cuarto de milla de una copiosa fuente sulfurosa, llamada Agua Caliente, que se halla sobre el banco oriental del arroyo, al pie de un peñón casi perpendicular como de mil pies de altura. Dicho manantial ha gozado de gran fama, durante los últimos cincuenta años, en cuanto á sus virtudes curativas. Se han formado presas y construído algunas casuchas para los enfermos que van á bañarse de enero á abril. De cuando en cuando ruedan de lo alto de la roca algunas piedras que se desprenden y hacen un tanto inseguro el establecimiento balneario, por lo menos durante las aguas. Dícese que se han curado allí en nueve días algunos casos de sífilis y

otras enfermedades cutáneas, y con que sean exactas la mitad de las curaciones que se refieren, debe tener aquella agua grandes efectos medicinales. Los baños se toman dos veces al día. El agua, que es muy clara, deja un sedimento amarillo, y es tan caliente que apenas se puede sumergir en ella la mano. El sudor que produce, sobre todo bebiendo uno ó dos vasos, es aterrador, como yo mismo pude comprobarlo. Me han asegurado que algunos enfermos se desmayan en el baño antes de acostumbrarse á su temperatura, y lo creo sin la menor dificultad.

Mientras estuve por ahí, hice excavaciones en varias cuevas sepulcrales de las cercanías, y encontré varios objetos que parecen pertenecer á los indios tepecanos. Era mi intención avanzar más abajo del río para ver á estos indios en un pueblo llamado Alquestán, nombre que debería pronunciarse Asqueltan y que significa "donde hay *asqueles* ó *asquiles*" (hormigas pequeñas). El nombre primitivo del lugar es Totonaltán, que quiere decir lo mismo. Pero tuve que desistir de mi proyecto, porque no me sentía bien por entonces. Logré, sin embargo, que tres individuos de la tribu fuesen á verme. Iban vestidos como acostumbran los trabajadores de México, eran todos indios civilizados y parecían comunicativos y vivos de genio. Tomé sus fotografías, recogí algunas palabras de su lengua, que es una rama ó dialecto de la gran familia náhuatl, y asenté algunas notas relativas á aquella tribu que se da el nombre de "El Pueblo" (Xumátcam). Los huicholes, al hablar de ellos y de los tepehuanes los llaman *Huáculi*, nombre que aplican también á una montaña próxima á la ciudad minera de Catorce; pero el nombre completo del cerro es, por supesto, "El Hermano Mayor Huáculi."

Según me informaron, los tepecanos tienen ahora solamente dos pueblos, de los cuales el más importante es Alquestán. Aunque los adultos hablan todavía su lengua materna, tan fácilmente como el español, los niños van

perdiendo rápidamente la primera debido á que residen en el pueblo muchos mexicanos. Según me contaron los indios que fueron á visitarme, habían visto, cuando eran chicos, que los hombres y las mujeres usaban el cabello en una trenza, y que los hombres se ponían calzoneras (*zapeta*); pero que los vecinos eran cada día más poderosos y á menudo destruían las flechas y emblemas sagrados que depositan los indios en las cuevas de la montaña.

Los tepecanos veneran mucho á las montañas, les ofrecen sacrificios de jícaras, flechas y cuentas de vidrio, y, para pedirles algún favor, ayunan severamente y las visitan cinco días consecutivos. También reverencia la tribu una cabeza humana, esculpida en lava volcánica. Otra de sus prácticas es tener grandes culebras para cuidar sus huertas, pues creen que cuando la serpiente golpea el suelo con la cola, da con ello muestras de su vigilancia, y aleja á los ladrones y cualquier otro daño. Cada *shaman* tiene en su casa una culebra domesticada, y cuando necesita saber algo, la coge, le pone la cabeza vuelta al oriente y le habla para que conteste de las cuatro regiones del mundo. Los tepecanos conservan todavía sus fiestas, pero las celebran secretamente para que no los ridiculicen sus vecinos. Deben todas ser precedidas de un riguroso ayuno, y son las siguientes: la fiesta del maíz tierno, en setiembre; la del pinole, el 5 de enero, y la fiesta relacionada con la plantación del maíz, que se celebra en abril. La última se repite hasta que llueve. Colócase en el altar (*tapexte*) una gran jícara votiva adornada de cuentas de vidrio y llena de capullos de algodón, bajo los cuales hay algunas piedras preciosas, que mis informantes llamaban significativamente *chalchihuite*, en tepecano *capacsósum*. Usan también el sagrado jículi y lo llaman con el mismo nombre. Hasta hacía tres años, iban ellos mismos en busca de dicha planta, pero ya entonces la compraban á los hui-

choles, bien que algunas veces la sustituyen con una especie de cáñamo llamado *mariguana* ó *rosa maría* (Cannabis sativa), terrible narcótico cuyas hojas acostumbran fumar en México los criminales y otra gente depravada.

Antiguamente se cambiaban hospitalidad entre Alquistán y Nostic con motivo de las fiestas. La religión de la tribu es evidentemente muy análoga á la de los huicholes, y usan también ojos de dioses y otros objetos simbólicos, con muchas cosas más que ofrecieron enseñarme si iba á visitarlos.

En tiempos recientes, muchas familias de la tribu han emigrado hacia abajo del río por la escasez de lluvias y las malas cosechas consecuentes, y me dijeron que habitan en cavernas, en desastrosa desmoralización y miserable estado.

Á mi regreso á Mezquitic, á fines de octubre, permití á Carrillo y á su yerno que fueran á su tierra porque estaban deseándolo ansiosamente, indicándoles que se llevaran á mi cocinera, en virtud de que podría haber necesidad de ella, pues se acercaba una fiesta cristiana y la mujer era *tenancha*, ó sea una especie de sirvienta de la iglesia; mas como ella se negara de hecho á separarse de su amante, tuvo Pablo que acompañarla. Me ofreció que volvería, á lo que los mexicanos, viendo mi fe en él, me decían riendo este proverbio: "Los indios, los pájaros y los venados cuando se van, se van;" pero pasados cinco días, aquel extraordinario huichol regresó después de cumplir lealmente su misión. Dejó á su novia al otro lado del río, con suficientes provisiones, y se volvió á toda prisa. "Lloraba muchísimo," me decía, sin parecer afectado en lo más mínimo, y quizás me pesaba á mí más que á él la marcha de la mujer. Acaso tenía razón, pues dos meses más tarde, al volver á reunírseme en San Andrés tras unos días de separación,

me contó que la había visto con otro. Dos veces, durante mi estancia en Mezquitic, fui visitado por huicholes que andaban en busca de jículi, pues emprenden sus viajes con tal objeto en los meses de octubre y noviembre. Todos andaban extraordinariamente sucios, porque el culto de la sagrada planta les prohibe lavarse. Estaban igualmente muy fatigados y extraordinariamente hambrientos, por lo cual me agradecieron mucho la comida que les proporcioné. Cuando ha terminado la estación lluviosa y se ha cumplido debidamente con las celebraciones que tienen por objeto las cosechas de calabzas y maíz, la tribu dirige su atención al lejano genio protector de su país, al pequeño cacto llamado jículi (Vol. I, pág. 356). La localidad en que se recoge esta planta no se halla lejos del mineral de Real de Catorce, en el Estado de San Luis Potosí. Para ese viaje, que exige cuarenta y tres días, se envían cuadrillas de cada uno de los principales templos. Es difícil en ocasiones para algunos distritos organizar la expedición, á causa del severo ayuno y de las restricciones que se imponen, especialmente al jefe; pero basta generalmente para que un indio se someta á las privaciones requeridas, la seguridad de los beneficios que le vendrán en forma de lluvia, buenas cosechas, salud y larga vida, todo lo cual es suficiente incentivo para su patriotismo.

Constan las comisiones, de ocho á doce personas. Antes de ponerse en marcha para su peregrinación, se bañan y se dirigen al templo, donde ellos y sus mujeres duermen esa noche. Por la mañana, los hombres elevan muchas rogativas, en pie y al rededor del fuego, provistos de sus bultos, arcos y flechas. Algunos atan colas de ardilla gris á las copas de sus sombreros, y todos llevan bolsas de tabaco, que son parte esencial de los avíos de quien, por el hecho de ir á buscar jículi, asume carácter sacerdotal. Se escogen especialmente para tal propó-

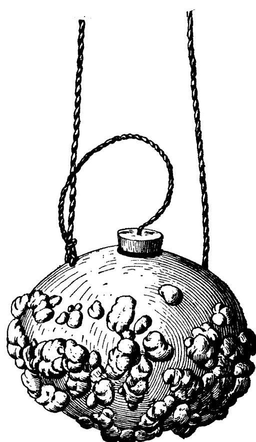
sito, los bules pequeños y redondos, siendo los más valiosos los que tienen muchas excrecencias naturales. Cada guaje, provisto de cordel y tapón, se lleva colgado del hombro. Puede cargar un solo individuo hasta cinco de tales tabaqueras que van golpeandose al andar, y algunas contienen un poco de tabaco, pero las demás van vacías. Los comisionados sacrifican cinco tortillas al Fuego y se rocían unos á otros la cabeza con agua en que se han echado ciertas yerbas, usando de colas de venado para aspersorios; se despiden en seguida de sus mujeres, sentándoles la mano derecha sobre el hombro izquierdo y diciéndoles: "Adiós. Nos veremos," y hombres y mujeres se ponen á llorar.



Jiculeros huicholes.

Cargan en las mulas unos huacales suspendidos á uno y otro lado del animal, destinados para los cactos, pero en que, por de pronto, llevan tortillas para el viaje. Se designan cuatro capitanes, para que vayan dos al frente y dos á la retaguardia de la comitiva, representando el primero al Abuelo Fuego, nombre con el cual se le designa. Lleva éste en su bolsa los útiles para producir el fuego y sólo á él está encomendado tal deber en todo el camino.

Parten los peregrinos uno tras otro, y entre tanto, queda en el templo uno de los indios principales, siguiéndolos constantemente con el pensamiento día por día, para lo cual tiene una cuerda con tantos nudos como días durará el viaje, y el jefe principal de la expedición va también provisto de la suya. Por cada día que pasa, se desata un nudo, y como los viajeros siempre se detienen en los mismos lugares, se conservan en contacto mental con su pueblo á salvo de accidentes. Cuando vuelven, cada uno de ellos se da con la cuerda dos vueltas por la espalda, una en cada pie, y otra alrededor del cuerpo y abajo de cada rodilla, todo lo cual hacen dentro del templo, en tanto que el que se ha quedado en espera hace lo mismo con la suya. En seguida queman las cuerdas.

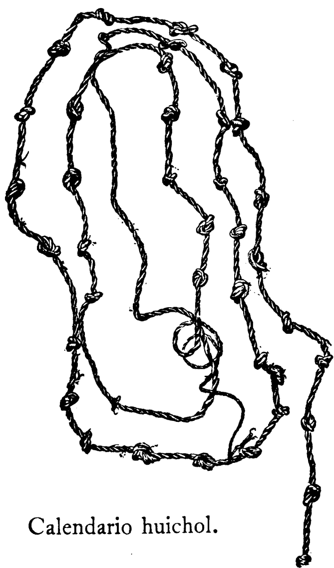


Tabaquera sacerdotal. Anchura, 10.7 cm.

Contribuyen las mujeres á la seguridad de sus maridos, mientras dura la expedición, con no caminar nunca de prisa, ni mucho menos correr. Ellas también ponen cuanto pueden de su parte para asegurarse las ventajas que se esperan del viaje, sujetándose á restricciones semejantes á las impuestas á sus maridos, y desde ese tiempo hasta que se celebra la fiesta, lo que bien puede durar cuatro meses, ni unas ni otros se lavan, á no ser en ciertas ocasiones y únicamente con agua de la tierra del jículi; ayunan mucho, no comen sal y observan estricta continencia.

Quien infringe la regla es castigado con enfermedades y pone además en peligro los resultados que todos aguardan. La salud, la felicidad y la vida deben ganarse recogiendo jículi, la planta en que bebe el Dios del Fuego; pero como éste no puede favorecer á los impuros, no

sólo no deben hacer nada inconveniente durante ese tiempo, sino que hombres y mujeres están en la obligación de compurgar cualquiera falta pasada. En la tarde del cuarto día, se reunen todas las mujeres para confesar al Abuelo Fuego con qué hombres han tenido amores desde el principio de su vida hasta el presente, sin omitir ninguno, pues si lo hicieran, los enviados no encontrarían una sola planta. Para ayudarse la memoria, cada una prepara una cuerda hecha de tiras de hoja de palma, en la que hace tantos nudos como amantes ha tenido, para llevarla al templo. En pie frente al fuego, menciona en voz alta todos los nombres de los individuos representados por los nudos; cuando termina, arroja su lista al fuego, la que una vez aceptada por el dios y consumida en la flama, todo se olvida, y queda la mujer limpia de culpa. Ningún mal resultado les viene de tales confesiones, pues lo importante es purificarse y obtener la sagrada planta, aparte de que el Dios del Fuego tiene el privilegio de borrar los pecados. Desde ese momento ven con aversión las mujeres hasta que los hombres pasen junto á ellas.

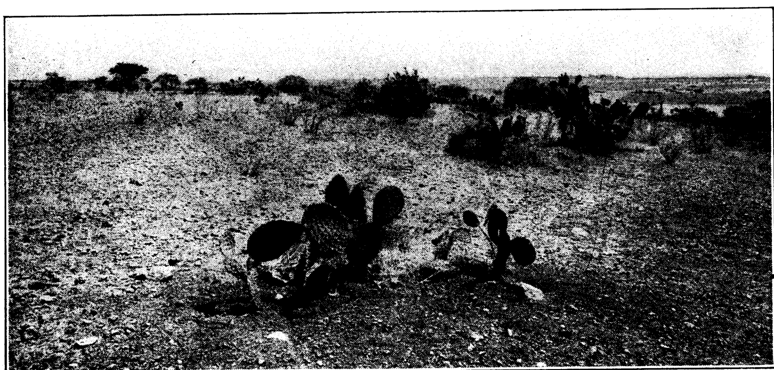


Calendario huichol.

Por su parte, los hombres hacen una confesión parecida poco antes de llegar á un punto llamado La Puerta de Cerda, al otro lado de Zacatecas. Durante el camino van recordando todas sus fragilidades y haciendo nudos en sus cuerdas. Por la tarde de ese día, cuando van á descansar, primero "hablan á todos los cinco vientos" y entregan en seguida sus cuerdas al jefe, para que dis-

ponga de ellas, es decir, para que las queme. Pablo me contó que cuando fue á buscar jículi, hizo doce nudos, á más de otros siete, para los casos en que las mujeres le hubieran cogido la mano, el brazo ó el hombro. Los indios, desde ese momento, son dioses, y de acuerdo con ello los cuatro capitanes ayunan hasta llegar á la región de la planta, todavía á cinco días de distancia, consistiendo el ayuno en no comer otra cosa que el jículi que por casualidad encuentran al paso. Lleva también el jefe *yácue* ó sea tabaco natural llamado en México *macuchi*. Pasada la Puerta de Cerda, se efectúa la solemne ceremonia de la distribución de ese tabaco. Colocan por la tarde flechas ceremoniales en dirección á las cuatro partes del mundo, y todavía á media noche están sentados los indios alrededor del fuego, divinidad á quien pertenece el tabaco. El jefe, después de rezar mucho, pone la bola de tabaco en el suelo, la toca con sus plumas y suplica en alta voz. En seguida, envuelve porciones muy pequeñas en hojas de maíz, formando una especie de tamales diminutos que da á cada uno de los miembros de la comitava, quienes guardan en un guaje especial lo que les toca. Este acto simboliza para los huicholes el nacimiento del tabaco, y quienes tienen la sagrada porción deben vigilarla cuidadosamente y se hallan separados del resto del mundo, debiendo desde entonces guardar estricto orden en la marcha, sin que ninguno pase delante de otro ni camine á su lado. Si alguien tiene que obedecer á alguna necesidad natural, le avisa al que camina detrás de él y le da el bule en que lleva dicho tabaco para que se lo guarde hasta su regreso, deteniéndose entre tanto los demás, sin continuar el viaje, hasta que el individuo vuelve, recoge su guaje y ocupa su lugar en la fila. El orden en que se van siguiendo unos á otros se observa estrictamente, lo mismo que al regresar del viaje, y también durante el tiempo

que se emplea en la preparación de la fiesta. Cuando se detienen á pernoctar, se quitan los bules del tabaco y los ponen á descansar sobre una capa de yerba extendida en el suelo, para colocarlos después en los huacales de las mulas. Hasta que han cumplido con este deber les es lícito andar á su sabor. Si alguien pasa frente á un buscador de jículi, se considera que ha cometido una ofensa, y puede estar seguro de que muy pronto caerá enfermo; y si acierta á pasar á caballo algún mexi-



Región al oeste de Zacatecas que atraviesan los peyoteros.

cano y adelanta á la expedición de los comisionados, no caminará muy lejos antes de que su caballo tropiece y caiga, porque habrá provocado la ira del tabaco sagrado y á la flecha del Dios del Fuego.

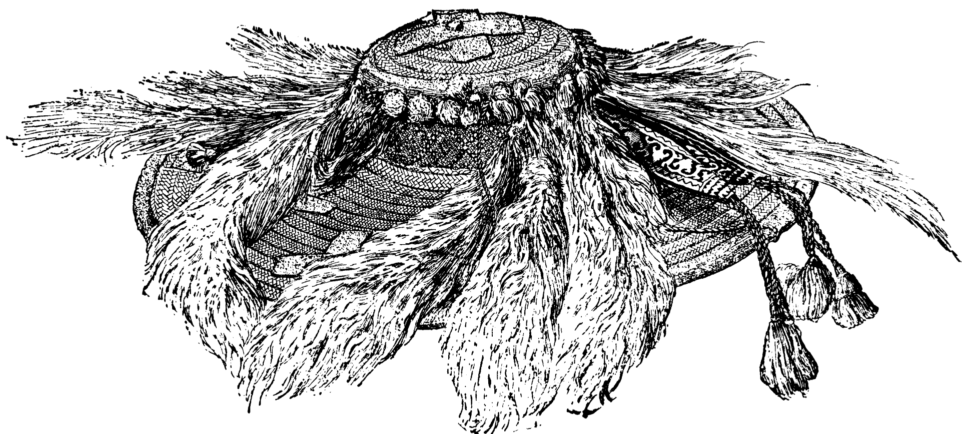
Con respecto al *yacue*, cuando los indios han regresado permanecen generalmente en el templo, mientras sus mujeres duermen en las casas. Éstas no deben nunca tocar el tabaco ni aun los bules en que se lleva, pues si lo hicieran enfermarían. Todas las familias temen á los buscadores de jículi y á ninguno de éstos se le permite entrar á las casas, sino que se sientan afuera cuando van á tratar de algún negocio. Finalmente, en la fiesta del jículi, se devuelven al Abuelo Fuego los paquetitos sa-

grados, esto es, se queman, con lo cual cesan los indios de ser "sus prisioneros." Dado el santo carácter del tabaco, me fue muy lisonjero el que un *shaman* de San Andrés me diera el nombre de Yacue. Conforme á la costumbre de la tribu, había pensado el asunto hasta que le ocurrió soñar un nombre, y pasados varios días me anunció su decisión, por la que cobró los acostumbrados honorarios de veinticinco centavos.

La ruta seguida para buscar el jículi está llena, desde el principio hasta el fin, de asociaciones religiosas. Una vez, hace largo, larguísimo tiempo, fueron los dioses en busca de jículis, pero habiendose cansado no llegaron al debido lugar; por esto es por lo que los huicholes que viajan hoy día, encuentran á sus deidades á lo largo del camino, en forma de montañas, piedras y fuentes. Los sueños que tienen los indios durante su peregrinación, son de grande importancia para resolver las prácticas religiosas del año siguiente: deciden así quien debe encender los fuegos para la fiesta, y quién ha de sacrificar el ganado durante la estación seca para que llueva. Si una comitiva de buscadores de jículis encuentra á otra en el camino, se detienen medio día para cambiar saludos, y hasta cuando se encuentran dos huicholes, en la vida ordinaria, los he oído pronunciar los nombres de los dioses como parte de la salutación, deseándose mutuamente la bendición divina.

Al llegar al sitio que buscan, luego que han descargado las mulas y las han atendido, se alinean los indios; pone cada uno de ellos una flecha en su arco; tira de la cuerda como disponiéndose á disparar, y apunta hacia las seis regiones del mundo, á saber: primero hacia el sol (oriente), luego á la derecha y á la izquierda, en seguida hacia atrás, después hacia arriba, y por último hacia abajo, sin soltar la flecha, con la idea de matar á las plantas como si fuesen venados, pues en los tiempos

antiguos el jículi comenzó por aparecer en forma de venado. El capitán señala luego una alta mesa, que se considera como el altar principal, y dice: "Allá está el venado, sobre el primer altar." Pero él es el único que lo ve. Adelántanse caminando en silencio, con los arcos preparados, apuntando hacia adelante y bajo la dirección de los cuatro jefes. Si alguno ve un jículi, dispara hacia la planta, cuidando de no herirla, pues es necesario tomarlas vivas. Una de las flechas se debe clavar á la derecha del cacto y otra á su izquierda, de manera



Sombrero de peyotero con colas de ardilla. Diámetro, 49.5 cm.

que se crucen las saetas sobre la planta. De este modo dispara cada quien contra cinco jículis durante aquella marcha, sin detenerse á recoger las plantas ni las flechas, y prosiguen así hasta subir á la primera mesa, donde el capitán ha visto al venado. Al llegar á la cima, todos describen un círculo ceremonial, y el venado toma la forma de un torbellino, pero sólo para desaparecer de nuevo, dejando á su paso dos jículis, uno al norte y otro al sur.

En dicho lugar depositan los peregrinos sus mejores

ofrendas consistentes en hermosas jícaras votivas, flechas, escudos, flores de papel, monedas y cuentas de vidrio, así como oraciones para gozar de buena salud, que dirigen, como de costumbre, hacia los cinco vientos del mundo. Ruegan también al jículi, que antiguamente fue un sér vivo, que no los vuelva locos, y una vez concluída la ceremonia, se da la señal de regreso para arrancar las plantas y las flechas. Encuentran á las últimas cubiertas de rocío. Cada quien toma cuidadosamente sus cinco peyotes y ascienden todos de nuevo al primer altar en que dejaron las ofrendas; comen un poco de jículi con

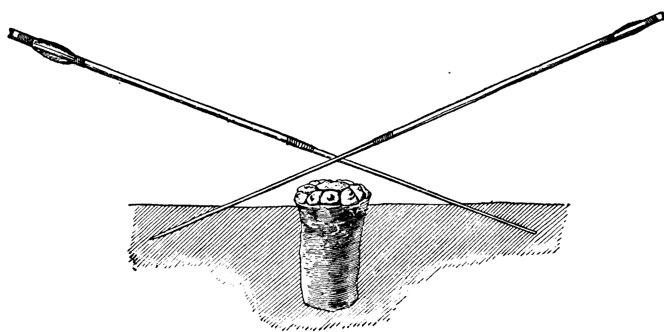


Diagrama de un peyote asaeteado.

gran delicia, cual si fuese una fruta, y el venado, visto antes solamente por el capitán, se vuelve visible para todos, porque se hallan bajo la influencia del peyote. Ofrendas semejantes á las que dejan sobre la mesa, son depositadas también junto de varias fuentes sagradas de la localidad.

Recogen en seguida plantas suficientes para tres días, extrayéndolas con ayuda de sus cuchillos, pero sin maltratarlas. Los procedimientos empleados son, en realidad, una imitación de la caza del venado, siendo el primer día, según ellos mismos lo expresan, la carrera de la flecha del Abuelo Fuego; el segundo día, la de la

flecha del Bisabuelo Cola de Ciervo, y el tercero la de todos los dioses.

El quinto día regresan á su tierra, para lo cual cada indio se coloca un jículi enfrente y le pide prosperidad para el viaje. Poco antes de ponerse en marcha, derriban los leños que han dispuesto para el fuego colocándolos siempre en posición de este á oeste, que es la dirección en que viajan, y cuando se detienen á dormir en el trayecto, se acuestan siempre con la cara al oeste, en tanto que en el primer viaje lo hacen mirando al este. Todos dan una vuelta ceremonial alrededor del hogar y emprenden su viaje al occidente. La mayor parte del jículi se empaca en los huacales llevados al efecto, pero buena cantidad de la planta la tejen en cuerdas que echan sobre las mulas ó llevan los indios mismos, siendo éste evidentemente el modo primitivo de transportar dicha planta.

Como no se permite á las mujeres que acompañen á los hombres en esta travesía, la parte femenina de la población les prepara tortillas para provisiones de boca; pero como se supone que la mayor parte tienen que ayunar, generalmente no les alcanzan para la vuelta. Pueden comprar los peregrinos alimento á los mexicanos, pero á veces tienen que subsistir durante varios días de jículi fresco. En el valle, á cinco días de distancia del término de su viaje, acude siempre á encontrarlos gente de su distrito que les lleva buena cantidad de tortillas, aunque no las bastantes para quitarles las huellas de la inanición y de las privaciones que aparecen en sus semblantes después de aquellas semanas de escasez y fatiga. Vuelven, en consecuencia, á sus casas muy enflaquecidos y bastante reducidos de peso, pero extraordinariamente satisfechos por haber cumplido su misión y sus deberes para con los dioses. Con todo, aun no pueden disfrutar del placer de encaminarse al templo,

pues al llegar á los grandes pinares que bordan su distrito, deben cazar venados durante dos ó tres días antes de efectuar su triunfal entrada al templo, que les sirve de centro principal todavía por algún tiempo, mientras se ocupan en perseguir á los venados y preparar la fiesta de la planta sagrada.

CAPÍTULO VIII

REGRESO Á LA SIERRA—VISITA AL TEMPLO DE POCHOTITA—CEREMONIOSA RECEPCIÓN—LOS BUSCADORES DE JÍCULI SE PINTAN LA CARA—UN SHAMAN FANÁTICO—SANTA CATARINA, LA MECA DE LOS HUICHOLES—SU TEMPLO.

ANTES de marchar nuevamente hacia las montañas, tuve que enviar á la ciudad de Colotlán (en azteca "donde hay escorpiones"), á distancia de setenta y cinco millas, á cobrar un cheque. Como el mensajero me había sido proporcionado por las autoridades mexicanas, se apresuró el comerciante á atender mi orden, y volvió mi correo llevándome, además del dinero, algunas verduras frescas, aunque en extremo raquíticas, y, lo que era mejor, unas doce latas de leche condensada. El comerciante me expresaba en su carta de remisión, el gusto que sentía en poder proporcionarme aquellas latas, pues la leche condensada apenas se conoce en Colotlán. Surgieron en mi imaginación gratos proyectos de regalarme paladeando aquel sabroso producto de la civilización, tan de mi gusto; pero ¡cuán grande sería mi contrariedad al encontrar la leche descompuesta! Fui abriendo las latas una por una, y vi que debían datar de la época en que se inventó la leche conservada. La *fata morgana* de mi golosina había desaparecido, pues mis aspiraciones se habían remontado demasiado lejos del tranquilo nivel de las tortillas y de los frijoles!

Por último, á mediados de noviembre, habiéndome detenido por una semana á causa de una malaria, partí para el pueblo huichol de Santa Catarina, viajando

rumbo al S.E. El primer día avanzamos bastante para poder acampar en la sierra, donde encontramos aire muy fresco después del calor del valle de Mezquitic.

La alta elevación de la parte oriental de esa región, la hace por lo general inadecuada para poblarse. Los indios han permitido á uno de sus "vecinos" residir en un lugar llamado Chinacate (cebolla silvestre), á cambio de una pequeña renta anual; pero dicho individuo considera difícil proporcionarse con la agricultura el modo de vivir, pues no prospera bien el maíz debido á que lo destruyen frecuentemente las heladas.

Deseaba mucho visitar el templo de Pochotita, á medio día al Norte de Santa Catarina y no muy apartado de mi camino. Pochotita significa "lugar de pochotes," y el nombre nativo *Rahuéyapa* significa lo mismo. Tuvimos muchas dificultades para encontrar el camino que baja de la sierra al templo, porque aunque Pablo había estado allí, no pudo desde luego encontrarlo ni había indios que nos dirigieran. Con todo, pronto consiguió su propósito.

Aun en aquella solitaria selva tienen los huicholes sus lugares sagrados. Pablo me señaló en un hermoso y pequeño prado, las ruinas de un antiguo templo y algunas insignificantes colinillas, apenas de medio pie de altura. Más lejos, mirando al fondo de las ásperas barrancas que se abren á orillas de la sierra, vimos una hilera de gigantescas rocas á un lado de la grieta, las cuales, según Pablo, eran un antiguo pueblo que había caído en aquel abismo, de donde le viene al lugar el nombre de Taimarita ("se cayeron").

Dicho pueblo, por supuesto, era de dioses, y toda la región está llena de lo que podemos llamar fetiches naturales. Á muchos de ellos deben hacérseles ofrendas de comida y agua, así como de flechas ceremoniales, porque están vivos y se necesita de su ayuda para pro-

teger al ganado, producir la lluvia y dar la buena suerte. Son piedras de forma ó color peculiares, generalmente de calcedonia, y alrededor de San Andrés son especialmente abundantes.

Hace algunos años, visitaron dos sacerdotes católicos aquella localidad, y en su celo por abolir la idolatría, rompieron dos de las piedras de un montón de fetiches de ese género que les enseñaron, cuya curiosa forma sugería la idea de largos ó reducidos cuellos y otros miembros; pero su acción no ejerció ninguna influencia en el modo de pensar de los indios. Para hacerlos cambiar en ese sentido, sería preciso quitar no sólo cada pieza de calcedonia que allí se encuentre, sino todas las piedras que representen por su forma cualquiera figura humana ó de animal.

Probamos á bajar, pero el camino era demasiado peligroso para las mulas, una de las cuales rodó á un pequeño precipicio, recorriendo, por lo menos, unas siete varas por el aire antes de caer de lomo contra el suelo. Afortunadamente los costales de maíz que llevaba disminuyeron la fuerza del golpe, evitándole que se hiciera daño. No quedaba otro recurso que hacer volver á las mulas y retirarnos á la mesa de arriba donde nos detuvimos á pasar la noche. Envié á Pablo con uno de los mexicanos á Pochotita para librar de obstáculos el camino y conseguir gente que nos ayudase á bajar. Volvieron al otro día con una partida de tímidos indios, y emprendimos desde luego el descenso, encargándose cada hombre de llevar de la gamarra una mula, guiándola cuidadosamente por los lugares peligrosos.

Me había dicho Pablo que tenían algún tiempo de haber regresado al templo los buscadores de jículi, y que estaban preparando la fiesta para celebrar la llegada de las plantas, fiesta que comenzaría aquella misma tarde. Durante la última parte del descenso por la fértil y empi-

nada ladera, pude advertir movimiento de gente entre el punto ocupado por el templo y los dos ó tres ranchos esparcidos sobre el angosto valle que se extiende al pie de la montaña.

Pablo, seguramente, había impresionado á los indios con la importancia de mi visita, pues al aproximarme al templo noté que ya habían cortado yerba para abrir



Los jiculeros pintándose la cara.

un sendero de buena anchura y más de cien varas de largo que descendía hacia el edificio. Era una especie de camino triunfal, tal como lo hubieran dispuesto para algún obispo ú otro alto dignatario, bien que ningún personaje semejante se haya encaminado jamás á tan apartado lugar.

Había junto al templo unos corpulentos aguacates junto á los cuales se me había preparado sitio para acampar. Me sentí complacido de la buena voluntad

de los indios, pero recordando el constante ruido á que noche y día me vería expuesto, escogí otro punto más retirado del centro de las ceremonias.

Dentro del templo, había colgadas en la pared gruesas cuerdas de jículis, á manera de gigantescos collares, que debían servir para el año siguiente. Muchas iban á ser molidas y echadas en agua para la fiesta de la planta, que se celebraría tan pronto como se hubiese matado el número suficiente de venados; mas como siempre necesitan los huicholes buena cantidad de ellos, es raro que comience la fiesta antes de enero.

Los aprestos no cesan un momento ni aun durante la fiesta. Los buscadores de jículi y sus mujeres se pintan en la cara varios dibujos amarillos, por ser ese el color del Dios del Fuego, con una substancia que extraen de cierta raíz recogida en la tierra del peyote, de donde proceden igualmente la piedra con que la muelen y el agua en que la ponen. Cuando los que han ido por la planta vuelven al templo de regreso de su viaje no sólo tienen adornadas con simbólicos dibujos sus caras y muñecas, sino también las cabezas y piernas de las mulas. Casi siempre decoran de análoga manera sus guajes de tabaco.

Entre los blancos, hay tendencia á considerar la pintura de la cara, usada entre los pueblos bárbaros y salvajes, como una extravagancia infantil; pero el hombre primitivo no tiene nada que carezca de significación, como puede comprobar todo el que se tome el trabajo de examinar bien las cosas. Para los huicholes, tal pintura representa siempre las caras ó máscaras de ciertos dioses, y sirve para expresar peticiones de beneficios materiales, tales como lluvia, buena suerte para cazar venados, prósperas cosechas, etc. Reproduzco aquí dos de las pinturas que se hacen en la cara los buscadores de jículi ó peyoteros.

En la que se halla á la izquierda, las líneas con rayitas que se ven arriba, á los lados y en la barba son nubes. Sobre los carrillos y en la nariz aparecen unos sembrados, cuyos límites se indican por medio de las rayas



Pintura facial del Bisabuelo Cola de Venado.

Pintura facial de la Diosa de las Nubes Occidentales.

barbadas dispuestas longitudinalmente á los lados. Las mazorcas se indican con los puntos señalados entre las líneas.

La ilustración de la derecha representa cuatro jículis. Sobre la nariz hay unas nubes. En medio de la frente están dos serpientes enroscadas, símbolos de la lluvia, y tres hileras de nubes, de las que se desprende la lluvia, pintada en líneas verticales á uno y otro lado de la cara. El efecto del agua se percibe en los granos de maíz designados por los puntos de abajo, así como por una guía de calabaza con hojas y fruto, pintada sobre la barba.

Poco antes de ponerse el sol, sentáronse los buscadores de jículi sobre el suelo, formando grupo fuera del templo; y provistos los más de espejitos que se colocaron delante, comenzaron á aplicarse la pintura con una paja. Algunos que no conocían bien el arte, en el que las mujeres son tan hábiles como los hombres, se dejaban pintar por los otros.

Principiaron las ceremonias haciendo imprecaciones para tener buena suerte, durante las cuales se mantuvieron los peyoteros en pie al rededor del gran fuego del templo. Entraron en seguida sus mujeres, con la cara muy bien pintada, llevando algunas de ellas, sobre la cabeza, coronas de flores. Fueron á sentarse atrás, separadamente de los hombres. Como en esa ocasión ninguno que no sea de los que acarrean la planta sagrada puede tomar lumbre del fuego del templo, se enciende un poco más atrás otra fogata para las mujeres y el resto de la gente. La mayor parte de aquéllas llevan á sus hijos consigo y se ocupan de todos los cuidados peculiares de los pueblos primitivos. La viva llama de las rajas de resinoso pino que se alzaban brillantemente bajo espirales de humo, alumbraba con notables efectos de luz y sombra, bajo aquella atmósfera humosa y variable, una escena digna de ser pintada por un Rembrandt. Para mi imaginación, las luces y el fuego me despertaban mirajes de la antigua Noruega, cuando flameaban las antorchas en los rústicos albergues de los *vikingos* donde las fieles esposas sentábanse á aguardar el regreso de sus heroicos marinos.

Ocuparon los peregrinos sus sillas y comenzaron á cantar acerca del dios Bisabuelo Cola de Venado, de la Estrella de la Mañana, y de todos los demás dioses que hace largo, larguísimo tiempo habían ido en busca del jículi. El canto continuó por la noche, pero no se bailaba. Las mujeres no llegaron á moverse, de suerte que el sol las encontró exactamente en el mismo lugar donde cada una se había sentado la víspera.

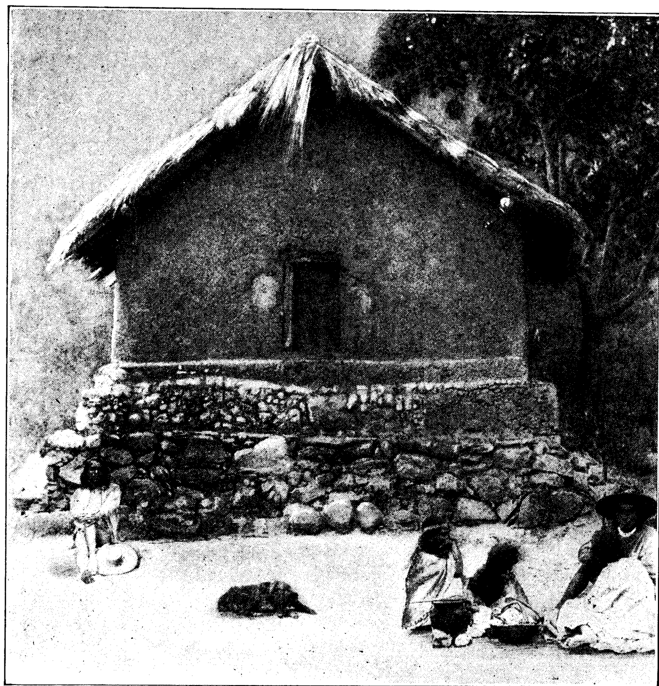
Cuando amaneció, los hombres primero y en seguida las mujeres se lavaron la cara, la cabeza y las manos con agua traída de la tierra del jículi, lo que me puso á punto de desmayarme de pesar, porque habían consentido en que los fotografiara antes de despintarse. Pero me

tranquilizaron diciéndome que pasado un rato volverían á pintarse, pues mientras dura la fiesta se enjalbegan frecuentemente de esa manera.

Una vez que se hubieron lavado, salieron del templo hombres y mujeres á saludar al sol poniente, encabezada la procesión por dos hombres, el uno llevando incienso en una cazoleta, y el otro agua de la tierra del jículi y algunas flores en una jicarilla. Haciendo una reverencia al Padre Sol, lo incensaron, y rociando agua con las flores hacia las cuatro partes del mundo, pedían vida y buena suerte en la cacería del venado. Tan corta fue la ceremonia, que apenas tuve tiempo de disponer mi cámara antes de que entraran nuevamente en el templo, pues deseaba tomar una fotografía de aquella escena. Á ello se opuso un astrólogo que había llegado con su mula cargada de caña de azúcar para comerciar en la fiesta, y que ostentaba un traje de vistosos bordados, á diferencia de la mayor parte de los adivinos que me había encontrado, vestidos en general más modestamente. El hombre, muy excitable y de buen talante, adelantándose declaró: "Á nuestro Señor el Sol no le gusta ser reproducido." No por eso dejé de colocar la cámara sobre el trípode ni de invitar á los presentes á que mirasen por el cristal de afocación. Casi siempre les divertían mucho las figuras invertidas y se avenían á ponerse frente al aparato; pero aquella vez mostrábanse todos vacilantes y como temerosos de acercarse á una cosa tan extraña. Mi fanático antagonista atisbó rápidamente por el cristal como los demás, y se apartó al punto con la cara muy seria.

Acertó á hallarse entre los presentes un indio que había sido de los nueve muchachos recogidos por el Obispo de Zacatecas. Hablaba muy bien el español, y como se puso de mi parte, entró en el templo, dirigió la palabra á los indígenas diciéndoles que si en San Andrés no había dañado á nadie la fotografía ¿qué mal podía causar allí? y agregó:

"Este hombre viene recomendado por el Gobierno, y lo mejor es complacerlo." Pero el obstinado adivino habló también y dijo, volviéndose hacia el fuego, estas elocuentes palabras: "¿Quién es el padre del fuego? ¿Lo sabe ese hombre? Viene á tomar retratos y eso no es bueno. Los que se dejen retratar, morirán! me dice nuestro Padre



Un adoratorio de Pochotita.

el Fuego. Si este hombre usa su máquina contra la voluntad de nuestro Padre, me pondré á cantar y llamaré á la Diosa de las Nubes del Oriente y á la de las Nubes del Occidente para que lo echen de aquí."

Como era natural, las palabras del astrólogo causaron profunda impresión en sus oyentes, pero ni yo ni mi celoso amigo cejamos, lanzándose éste nuevamente á la lucha,

aunque sin producir mucho efecto. Para dar término á la controversia, dije á los indios: "Si no quieren dejarse fotografiar, no es necesario; pueden ustedes hacer lo que gusten." Quedáronse pensativos, lo que me dio esperanza de que cederían. El indigno astrólogo volvió á cargar su mula y se marchó á su rancho, cerca de Santa Catarina, donde más tarde sentí los efectos de su venganza.

Cuando hubo desaparecido, se me acercaron algunos de los indios á decirme que no les parecía peligroso que los fotografiara, y ofreciéndome que todos los peyoteros y sus mujeres se pintarían la cara y se dejarían retratar. ¡Hé aquí de qué inesperada suerte quedaba victorioso en mi empresa! Esa misma tarde fotografié á los hombres, y el día siguiente á las mujeres. Dos años más tarde que volví á visitar á la tribu, supe que mi adversario había muerto repentinamente, estando cantando en un templo, circunstancia que aumentó mi prestigio á los ojos de aquellos naturales, porque me atribuyeron mayor influencia con los dioses. "Era un loco en oponerse á V.," me decían, en lo que no podía yo menos que convenir.

Para ir á Santa Catarina tuvimos que subir por el camino por donde habíamos bajado, y descender al punto á que nos dirigíamos, después de recorrer algunas millas más siguiendo el filo de la cima. Sin ser cómoda la senda, podía pasarse, y á buena hora de la tarde llegamos al pueblo, pero lo encontramos desierto. Mi enemigo de Pochotita había contado terribles cosas de mí, asegurando que mataba á la gente colgándola cabeza abajo, como él mismo lo había visto asomándose á la máquina asesina, lo que hizo por consecuencia que toda la población, excepto dos mujeres, huyera por temor de que fuese yo á colgarlos de los pies. Aun el alcalde estaba en su rancho, pero se le aguardaba para el día siguiente. Como no me sedujo el aspecto oscuro y poco atractivo de la casa de la

Comunidad, resolví plantar mi tienda sobre una pequeña eminencia cercana al templo. Ignoro como hubiera podido conseguir con que alimentarme aquel día, si no hubiera sido por un amigo que me gané en Pochotita, quien me fue acompañando y me ayudó á conseguir una cabra de un pueblo vecino, pues la gente de Santa Catarina es demasiado pobre para esos lujos.

Santa Catarina es acaso el pueblo de indios más pequeño que he visto. Consta de once chozas esparcidas entre zapotes, y si no fuese por las usuales construcciones de adobe del tiempo de los misioneros, á saber, la iglesia, el curato, el juzgado, etc., podría uno suponerse en un rancho.

Descansa el pueblo en un terreno comparativamente plano, en lo alto de un pequeño remate de donde parten en todas direcciones, menos al este, valles y profundas barrancas que descienden hasta el río Chapalagana. Es hermoso el paisaje que se dilata al rededor. Del valle principal situado inmediatamente á nuestros pies, se alza al oeste el monte del Tigre, famoso en la mitología huichola, donde se ocultan las principales cuevas sagradas de la tribu. Pero el rasgo más característico es la alta cordillera, límite occidental del territorio huichol, que se yergue al otro lado del río. Hacia el sur hay una profunda barranca donde está la sagrada cueva de la Diosa de las Nubes Orientales; y en una meseta más lejana, pero oculta á la vista, se encuentra el pueblo de San Sebastián. Levántanse al oriente dos prominentes cerros que parecen estar uno sobre otro. Los indios los creen antiguos compañeros del Dios del Fuego y los llaman Toapuli ("en donde hay amole"), nombre que se aplica también al pueblo de Santa Catarina.

Á escasa distancia de la iglesia católica está el templo pagano que, con los numerosos adoratorios que rodean su espacioso patio, forma un interesante grupo. Es el principal centro del culto pagano en toda la región y se alza

atrevidamente junto á la vieja iglesia, expresando en callado, pero elocuente lenguaje el estado de cultura de los indios.

No hay diferencia notable en el tamaño de los diversos templos. El de Santa Catarina, que es el mayor y está dedicado al Dios del Fuego, mide treinta y seis pies y medio de norte á sur, y treinta y cuatro y tres pulgadas de oriente á poniente; su forma es casi circular; la pared, de unos siete pies de alta y dos de espesor, está hecha de piedra y barro, y enjarrada también de barro interiormente. El pasillo se adelanta hasta el techo y tiene cinco pies de ancho. Hay, para comodidad de los concurrentes, un banco de



El templo de Santa Catarina y sus adoratorios, vistos del noroeste.

piedra y lodo que ocupa por dentro buena parte de la pared del lado oriental; y en la entrada, hace veces de banco el umbral de la puerta, con sus dos escalones exteriores.

Dos horcones de ocote sostienen el techo, por medio de una viga horizontal, fijados entre norte y sur, á mucha mayor distancia del hogar que del muro. Al rededor de

cada uno de ellos y á la altura de un hombre, tienen sujetos cuernos de venado para colgar las bolsas, tabaqueras y cosas por el estilo que llevan los asistentes, mientras se dedican á sus deberes religiosos. Todo el maderamen del templo es de "pino macho" y para el techo se emplea una especie de paja gruesa.

En cada templo hay sus particularidades, cuya utilidad no se descubre á primera vista. En la parte más alta de debajo del techo, se ven aseguradas á las viguetas y á la viga varios manojos de yerba, largos y delgados, que representan á los tlacuaches que antiguamente robaron el fuego de los dioses para darlo á los huicholes, y siguen vigilándolo desde el techo. Hay tendidas bajo del mismo, en dirección á los cuatro puntos cardinales, cuerdas de fibra que se cruzan en el centro, para librar la casa del viento y de los rayos. Hállase el edificio resguardado de cualquier otro peligro que le amenace, por medio de dos haces de grandes hojas que tiemblan al menor soplo del aire. El piso, que no está cubierto de nada, se riega siempre antes de cada fiesta. Lo mucho que en él se ha bailado lo ha emparejado y endurecido tanto, que no alza polvo.

Lo principal del interior del templo es el hogar (*aro*), situado en el centro, el cual es una hornilla circular de barro, cuyos bordes sobresalen ligeramente del suelo. Mientras dura una fiesta se conserva encendido el fuego; otras ocasiones se ve el hogar lleno de ceniza y con un tizón de cada lado con la brasa resguardada por la caperuza que forma la ceniza. En el grabado se puede ver un tizón que representa al Dios del Fuego y también á su flecha, que se coloca de punta al oeste.

Como siempre ocupa el hogar el centro del templo ó de la casa, también el santuario del Dios del Fuego se halla en el corazón de la región huichola ó según el punto de vista de los indios, en la mitad del mundo. Cuando no hay fiestas, el aspecto de los templos es de lo más sombrío,

pareciendo en su interior aun más tenebrosos por la negrura de los techos que no tienen deshumaderos. El hollín, por lo mismo, se adhiere en las prominencias, cubriéndolo todo de una capa negra y brillante.

Tiene, en el interior, la pared del oeste una serie de nichos á manera de palomar, y hay también una ó dos de esas cavidades en las paredes del norte y sur, cada una de las



El hogar del templo de Santa Catarina. Diámetro, 4 pies 5 pulgadas.

cuales está dedicada á un dios y á cargo de un especial ayudante del culto. Guárdanse en ellas los objetos rituales, desde que se estrenan hasta que los llevan á los adoratorios á que están destinados. También se depositan en las covachas ofrendas de flores y se elevan preces.

Frente de cada templo, hay un espacio cuadrado y abierto con algunos dioses á los lados. En Santa Catarina, mide la plaza ochenta y cuatro pies de este á oeste y sesenta y cuatro de norte á sur. Tres dioses son de adobe, y los otros dos de piedra y lodo, como de costumbre. Tiene dicho templo veintidós ayudantes, número de los dioses á que sirven y cuyos sagrados nichos custodian. El más importante de todos, como debe suponerse, es el representante del Dios del Fuego, siendo una especie de vigilante general de todas las dependencias sagradas del santuario.

Los principales deberes que les incumbe llenar consiste.i en fabricar los objetos rituales, organizar las fiestas y llevar la leña necesaria para el fuego del templo.

Además de los mencionados ayudantes, hay un individuo que desempeña las funciones de sacerdote cantor, de categoría superior á cualquiera otra, pues su dignidad es más grande que la del guardián del Padre Fuego. Es, de hecho, la cabeza espiritual de la comunidad, y lleva el registro de fechas para las fiestas y ceremonias, de acuerdo con las comunicaciones que se le supone recibir de los mismos dioses. Este sacerdote ó *maleácami* es actualmente el jefe y goza de más autoridad que el mismo *tatohuán* ó gobernador.

Hay siempre al cuidado del templo un ayudante, que hace las veces del *maleácami*, quien vive con su familia junto á la sagrada mansión, en un adoratorio ó en alguna choza. Todos los ayudantes, lo mismo que sus mujeres, están obligados á guardarse mutua fidelidad durante el desempeño de su misión. Los nombran cada cinco años, que es cuando se renueva el templo, techándolo, etc., y se inaugura cada ciclo de cinco años con una gran fiesta que dura una semana, en la que siempre cae el día de la Virgen de Guadalupe, la santa patrona de México.

CAPÍTULO IX

SATISFACTORIA ENTREVISTA CON LOS INDIOS PRINCIPALES—IMPORTANCIA DE LA CAZA DEL VENADO EN EL CULTO—COMO MANIFIESTA EL JÍCULI SU PODER—CURACIÓN SEGURA DE LOS PIQUETES DE ALACRÁN—VISITA Á LA MECA DE LOS HUICHOLES—LA CUEVA DE LA DIOSA MADRE—LUGAR DONDE NACIÓ EL DIOS DEL FUEGO—TE-ACATA—OTRAS CUEVAS SAGRADAS—PROBANDO EL JÍCULI.

AL punto como llegó el alcalde, fui á verlo, y encontréme con un hombre muy inteligente, que había vivido bastante entre los mexicanos y hablaba muy bien el español. Mucho, por supuesto, había oído decir acerca de mis hechos, pero se convenció de que ningún daño causaría mi presencia. Era el mismo alcalde ante quien se me había acusado, pero á la vez era *shaman*, y siempre gocé de la estimación de esa clase sacerdotal, excepto únicamente, á lo que puedo recordar, con el excéntrico miembro de la profesión que se declaró contra mí en Pochotita.

Tuve una satisfactoria entrevista con los habitantes principales que se mostraron complacientes en obsequiar mis deseos; pero antes tenían que ir á la sierra donde los mexicanos estaban haciendo de las suyas en los bosques. Conseguí dos indios para enviarlos á Tepic por mi correspondencia, y un hombre llamado Felipe, dueño de un rancho próximo, me arrendó tres vacas que me ordeñaban diariamente. Así resolví el problema de mi alimentación, á tal punto que llegó á decirme un indio: "Usted no come tortillas ni frijoles; nada más leche y leche. ¿Cómo es eso? ¿Acaso es usted Dios?" Con todo, la gente de

Santa Catarina es la menos servicial de los pueblos huicholes, pues como viajan mucho y se mantienen en frecuente contacto con los blancos, se han contaminado. Puede decirse que son los hombres mundanos de la tribu en el malo y en el buen sentido del término. Porque poseen el templo principal y la mayor parte de las localidades sagradas, se consideran superiores á sus compatriotas.

No bien habían salido los indios al arreglo de sus dificultades, cuando llegó una partida de portadores de jículi. Por gran fortuna mía, las triviales disputas de límites no distraían á los naturales de su devoción religiosa, y todo su empeño era tener el número necesario de venados para la fiesta cuya celebración se aproximaba. Hasta entonces vivían lo más en el templo, punto de partida de sus expediciones de caza. Acostúmbrase perseguir al venado cinco días sucesivos, después de que los conductores de la planta se han preparado debidamente por medio de ayunos. Oran y cantan toda la noche; al primer albor de la aurora salen del templo; practican los ritos concomitantes con la partida, y marchan con sus perros antes de que aparezca el sol en el horizonte.

Al regresar por la tarde, ningún cazador pasa más allá del templo, sino que ocupan generalmente sus asientos, quietos y meditativos, y esperan á que llegue la noche para renovar sus cantos y plegarias. Mientras más tardan en reunir el requerido número de venados, más crece la excitación general y más severos son los esfuerzos para inducir á los dioses á acceder á sus súplicas. Las pausas del canto que, por lo común, son dos ó tres en el curso de la noche, llegan á reducirse á una muy corta; las preces se hacen cada vez más fervientes, y al oír desde mi tienda, situada como á cien varas de distancia, el estrépito de las voces en el silencio de la noche, me maravillaba que el techo del templo pudiera resistir á la fuerza de tanta devoción.

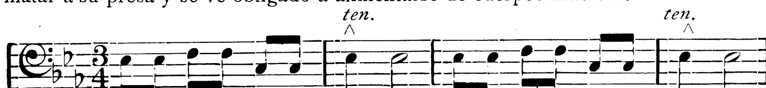
Si los resultados de los cinco días de caza no son satisfactorios, se resuelve emprender otra partida, y en caso de que aun esta vez se muestren desfavorables los alrededore del santuario, cargan con todos sus objetos sagrados á la sierra, donde están seguros de encontrar cuantos venados necesitan. Se considera procedimiento muy eficaz para hacer caer al venado en la trampa, el frotar dos huesos estriados de venado, á fin de producir un ruido que sirva de acompañamiento al canto de los cazadores. Cógese para ello, asiéndola de la punta con la mano derecha, una escápula que se restrega contra las muescas del otro hueso asido con la izquierda. Consiste otro acompañamiento en hacer sonar el arco musical (Vol. I, pág. 475). En alma y cuerpo entréganse los jiculeros á sólo un pensamiento: matar los venados y dar término á la fiesta para verse libres de tantas restricciones. Nunca dejan de capturar las piezas necesarias, pues afirman que el sacerdote no cesa de rezar hasta que el fuego dice: "Sí." Cada vez que se presentan los cazadores con un venado, la carne, después de cocida, se corta en cuadrados pequeños que se ensartan en cuerdas para colgarlos á secar, condición en que se dejan hasta que tiene efecto la fiesta.

Pueden continuar cazando. como queda dicho, durante varias semanas hasta haber matado ciervos suficientes para complacer á los dioses. Preguntará el lector como pueden los indios soportar tanta fatiga física en que la falta de alimento y de sueño va acompañada de tan dura y constante actividad; pero la respuesta es sencilla: conservan su energía y su impulso con la ayuda del jículi. Cada cazador lleva en su bolsa de tres á seis plantas que se come en el curso del día. De cuando en cuando cortan una rebanada longitudinal, que saborean como si fuese una manzana, y así consumen de una sola vez desde la cuarta parte hasta la mitad de un jículi.

Fácil es reconocer por la sonrisa de felicidad pintada

Canción Huichola de la Caza del Venado

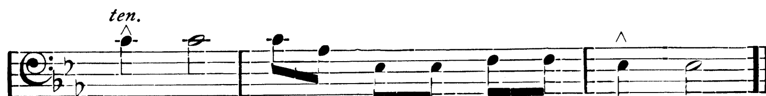
Es parte de una larga canción que relata las aventuras del zopilote de cabeza roja, que es un gran hechicero, quien con su pico revivió al venado, muerto por los dioses. Los dioses se apoderaron del zopilote y le quitaron sus flechas en una montaña sagrada, llamada Airulita, que es de color rojo, uno de los lugares donde es fama que tuvo nacimiento el fuego. Desde entonces no puede el zopilote matar á su presa y se ve obligado á alimentarse de cuerpos muertos.



Víleque Víleque vac-u - ja - ne Víleque Víleque vac-u - ja - ne
Zopilote, zopilote, lo cogieron. Zopilote, zopilote, lo cogieron.



Yu-chu-kya - te vac-u - ja - ne Ai-ru - li - ta vac - u -
Alisaron sus plumas, (cuando) lo cogieron. (En) Airulita ellos lo



ja - ne Ai - ru - li - ta vac - u - ja - ne
cogieron. (En) Airulita lo cogieron.

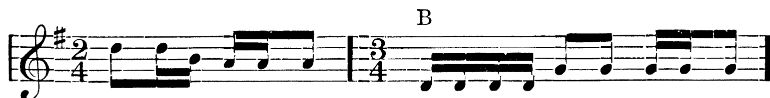
Canción Huichola de la Caza del Venado

Transcrita del grafófono.

Se acompaña frotando dos huesos de venado con muescas.

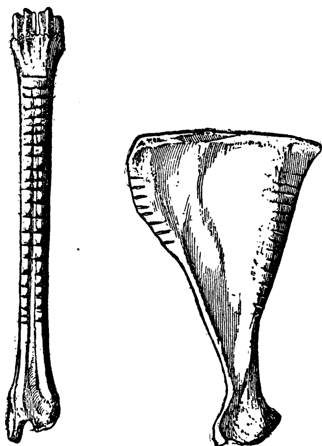








en su rostro y por el brillo peculiar de sus ojos, á los comedores de jículi, que siempre están alegres y cantadores. Al andar tienen en sus movimientos mayor velocidad que de ordinario, sin dejar de conservar su firmeza, y sus éxtasis no son en modo alguno comparables á los efectos producidos por las bebidas alcohólicas. Á veces, cuando han ingerido grandes cantidades de jículi—probablemente hasta veinte—suele ser más intenso el efecto de la droga, manifestándose en brusca y violenta excitación. Ocurre, por ejemplo, que un individuo que por la tarde se queda descansando en el templo después de la cacería, salte de repente de su silla, abra ampliamente los brazos y avance precipitado levantando la cara como si quisiese echarse á volar, hablando en el más alto diapasón de su voz, con todo el aspecto de un loco, y provocando la hilaridad general. Detiénese de pronto; vuelve á su silla y se sienta; salta de nuevo, y siéntase otra vez con serena expresión de felicidad en la cara. El ataque dura sólo algunos minutos y cesa con la misma rapidez con que sobreviene, pero puede poner muy violentos á los obsesos, hacerlos desgarrarse las ropas y correr contra los otros con gestos amenazadores y gritos salvajes. Á los que caen en ese estado, les atan manos y pies hasta que vuelven á su juicio. Se atribuyen tales paroxismos á los infractores de la abstinencia que impone el culto, y no hay manera de hacer creer en su inocencia.


Huesos de venado con muescas.

Nunca he podido comprobar que el uso de la planta produzca posteriormente malos efectos en quienes la acos-

tumbran. Fuera de la estación consagrada al culto, rara vez la comen los huicholes. Mientras la están tomando no experimentan síntomas molestos; pero cuando paran de hacerlo, les acomete un fuerte dolor de cabeza que les dura un día ó más. No hay duda que la planta posee valiosas propiedades medicinales; desde luego, es un inmejorable remedio contra las picaduras de alacrán, y merece ser conocida en lo posible.

El mexicano que me servía de arriero principal tuvo la peligrosa contingencia de que le punzara en la espalda, cuatro veces seguidas, un furioso escorpión. Mi hombre parecía estar de malas con tales bichos, pues numerosas veces le habían picado, llegando á ponerlo en cama por varios días, de suerte que si alguien había que conociera esa plaga, era él, por desgracia suya. La ocasión aludida, había tenido la precaución de dormir entre dos de sus compañeros, y no obstante lo encontró el alacrán. Uno de los mozos fue corriendo á las dos de la mañana á mi tienda de campaña, pidiéndome auxilio, y por mi parte, plenamente confiado en el remedio, ni siquiera me levante, sino que di para el enfermo un jículi fresco, advirtiendo que no dejaran al hombre beber aguardiente, que es la medicina de que generalmente se echa mano en casos semejantes. La mañana siguiente, el individuo, aunque todavía rígido, podía moverse, pues el efecto del veneno había sido mucho menos severo que las ocasiones anteriores. No sentía ningún temor ni tenía inflamada la garganta, y le desapareció todo dolor por la tarde temprano. Como tres semanas después volvió á ser picado en una mano; pero le bastó chuparse la herida, ceñirse la muñeca con un cordón y comerse un jículi.

Arreglé con el guardián del dios del Fuego que él y algunos de los peyoteros me conducirían á las cuevas sagradas que había en la profunda garganta situada á tres ó cuatro millas al oeste, abajo del pueblo. De conformidad

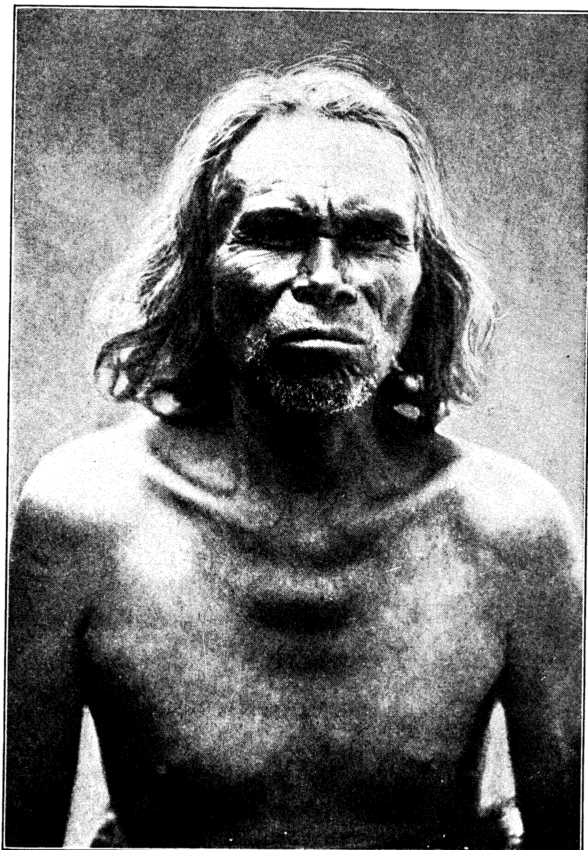
con ello, llegaron á mi tienda por mí un hermoso domingo por la mañana, cuando iba finalizando el otoño. Estaba á punto de partir con el viejo y sus cuatro compañeros, cuando se presentó á nuestra vista un inesperado espectáculo: un padre y sus ayudantes aparecieron encaminándose directamente al viejo curato donde se detuvieron. Juzgué, al principio, que era un deber de cortesía al sacerdote el posponer mi excursión, pero como todo estaba dispuesto y hubiera dependido de la conveniencia de los indios el señalar algún otro día, temí que cualquiera retardo pusiera en peligro mis probabilidades de visitar dichas cavernas, y tomando una rápida resolución, me puse en marcha hacia el sagrado valle.

Desde Santa Catarina se distingue claramente la entrada de éste, en donde hay que dejar los animales y continuar á pie. Habíamos convenido en que yo seguiría á caballo hasta ese lugar, donde se me reunirían los indios que preferían cortar por un atajo. Á los pocos minutos de que hube llegado, apareció el viejo sacerdote del dios del Fuego, seguido, con gran sorpresa mía, de toda la numerosa serie de peyoteros. Sólo las autoridades indígenas y algunas mujeres se habían quedado en el pueblo, con el padre. Me causó pena que la mayoría de los habitantes se hubiesen alejado de la distinguida visita, pero no estaban por entonces en el mejor momento de recibir enseñanzas cristianas, pues se hallaban completamente bajo la influencia de su mágica planta, manifestaban grande excitación y sentíanse ávidos, según ellos mismos decían, de "visitar á los dioses."

Dejando mi mula al cuidado de uno de mis mozos hasta mi regreso por la tarde, seguí á los indios al recinto sagrado que por primera vez iba á ser visitado por un blanco con anuencia de los indios. Contáronme que haría unos cuarenta años, un huichol renegado le enseñó la primera cueva á un padre, pero el sacerdote no había ido más lejos, y

que últimamente, otro indio civilizado condujo por el valle á un peón mexicano que, por ser hombre ignorante, no había podido apreciar lo que veía.

Trepamos por el paso que conduce al valle, que es una



El guardián del Dios del Fuego.

honda grieta abierta en una roca, de altura casi uniforme en toda su extensión, como de cincuenta varas de largo y cuatro de ancho. Aun en ese pasaje hay lugares sagrados. Entrando en la cueva de la Madre Nacahue, la madre de

los dioses y de la vegetación, había á la izquierda, precisamente á la mitad del sendero, una piedra sobresaliente, en cuyo rededor pusiéronse los indios á cortar el zacate con sus machetes, para que yo la viera bien. "Esta no es piedra, me dijeron; sino uno de los hombres antiguos ó dioses." Ya para terminar el pasaje, á la derecha, filtrábase el agua en el muro de la roca lo bastante para conservar húmedo el sitio. Según me dijeron los indios, dicha roca era un dios ciego. No hay duda que su continua humedad y su color oscuro, juntamente con la tristeza y desamparo del lugar, sugirieron á la vívida imaginación de los naturales la idea de la enfermedad de los ojos y de la ceguera.

Había depositados, al pie de la roca, aljabas rituales y numerosos copos de algodón embutidos en los puntos húmedos, sacrificios hechos á fin de que conserven la vista los niños que bañan en la principal fuente sagrada de las inmediaciones. Los copos de algodón son símbolo de la lluvia, por la semejanza que tienen con las nubes avellonadas ó cirros; y cuando la lluvia trae buenas cosechas y, por consiguiente, salud, sirven también como símbolo de ésta.

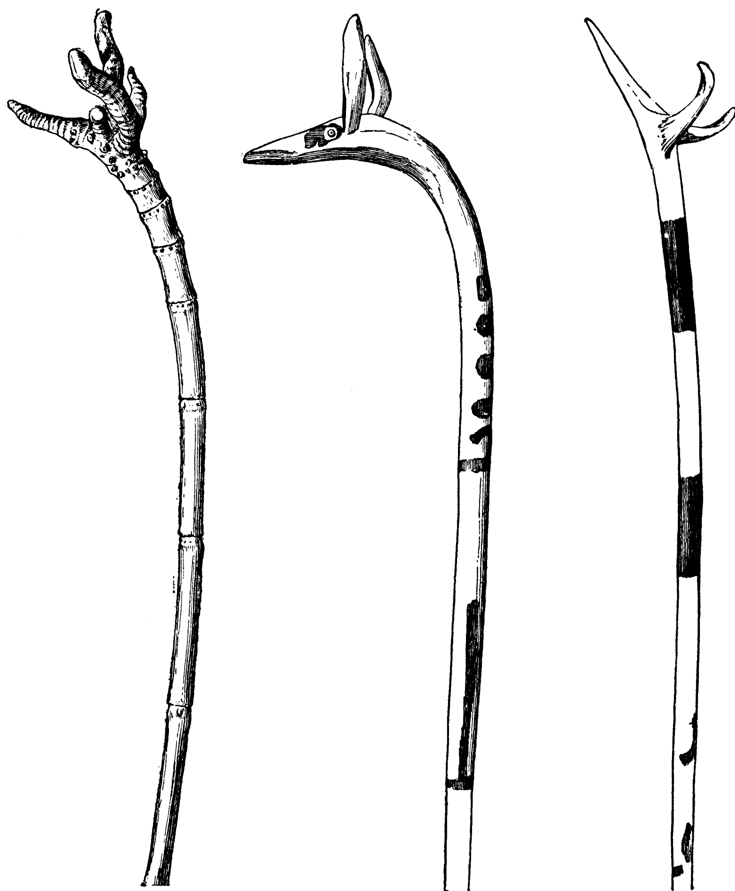
Al salir del paso, comenzamos á bajar á un pequeño llano cubierto de sombrosos árboles que nos invitaban al reposo. Allí pernoctan los que van á bañarse ó á bañar á sus hijos en las fuentes sagradas. Hacia la izquierda, muy cerca, se precipita rápidamente un arroyo entre los altos y angostos costados del valle. Las rocas obstruyen constantemente su curso que forma aquí y allá pequeñas cascadas y remansos de claras y refrescantes aguas. En ambos lados de la corriente hay numerosas cuevas, especialmente en lo alto del barranco, la mayor parte cerca de las márgenes. Por lo mismo, todas las cuevas son húmedas; en una goteaba agua del techo; en otras había charcos ó manantiales en el piso. Todo esto parece maravilloso al hombre primitivo que fervorosamente considera cada gruta como la morada

de una deidad particular. De todas las que hay á orillas del río, llevan agua los huicholes á sus casas ó templos para rociarse la cabeza en las fiestas, y siempre que la recogen, dejan en pago algunas saetas, jícaras votivas, alimentos y equipales.

La cueva más santa de todas, porque contiene la fuente de la Madre de los Dioses y de la Vegetación, no se halla lejos del punto por donde entramos en el valle. Es una espaciosa caverna como de cuarenta varas de anchura por quince de fondo, por donde pasa la corriente. Álzanse el costado derecho y la pared posterior formando ángulo agudo, y basta remontar unas diez varas la fuenta sagrada para encontrar un pequeño depósito del agua maravillosa con que todos los adultos de ambos sexos se han de lavar una vez al año durante la estación seca, lo que deben hacer, aunque estén lejos trabajando con los mexicanos, ya sea acudiendo al propio sitio ó con agua sacada de allí.

Me informaron mis compañeros que en otro tiempo había sobre la fuente una roca hueca de forma rara, considerada por el pueblo como el jarro en que la diosa ofrecía agua á los huicholes. Hoy ya no queda más que la base, porque el sacerdote que visitó una vez dicha cueva, que es la más accesible, destruyó el jarro creyendo acabar de esa manera con la creencia de los idólatras. Rompió igualmente algunos ídolos de piedra que estaban arriba de la fuente, los que han sido reemplazados con otros, puestos en sitio más seguro. Tanto se hizo odiar el sacerdote con su celo exagerado, que tuvo que huír para conservar su vida. "Seguramente, me decían los indios, alguna desgracia tiene que haberle sucedido por sus sacrilegios." Después había ido otro sacerdote que no intervenía, al parecer, en las antiguas costumbres de los naturales, convencido quizás de que nunca se puede convertir á un pagano con medidas violentas.

Junto al borde superior de la fuente sagrada había esparcidos cabellos arrancados de la cabeza de muchos niños. Llamaba más la atención un hacinamiento de otates, depositados en sitio más alto, en solicitud de larga



Bastones simbólicos de la Madre de los Dioses.

vida. Son unas varas de bambú que se dejan con las prolongaciones de la raíz, las que dan idea, sin gran esfuerzo de imaginación, de las orejas y hocico de un animal cuyo cuerpo queda representado por el resto de la caña. Era

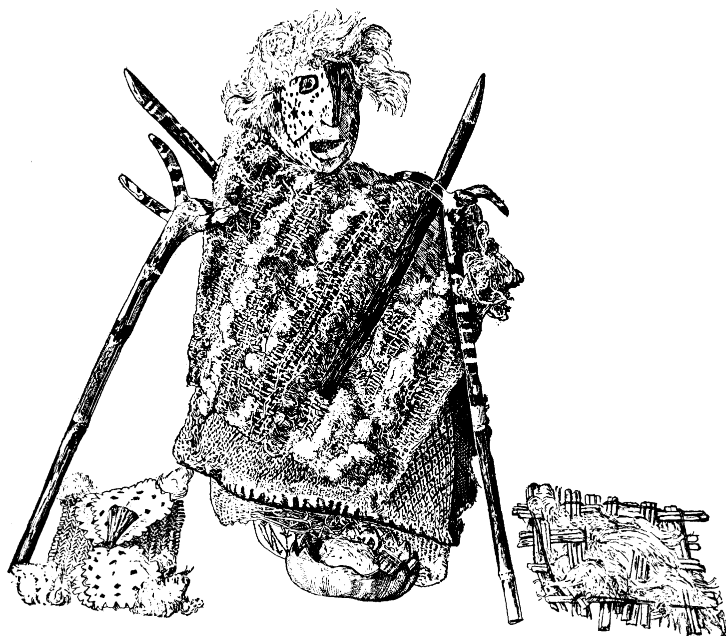
fácil entender que estas varas, cuya sugestiva apariencia se aumenta frecuentemente por medio de incisiones, adornos y pinturas, son representaciones de serpientes. La Madre Nacahue, la mujer más vieja del mundo, necesita apoyarse en tales bastones, y los hacen de otate por creerlo la planta más antigua que existe. Hay, pues, una idea de antigüedad asociada á estas cañas que, en último caso, vienen á ser el símbolo de la diosa serpiente.

Trepando un poco más, vi una especie de escondrijo próximo al techo, de donde me bajaron dos fetiches toscamente esculpidos en madera, que representaban á la divinidad de la gruta. No consintieron los huicholes en desprenderse de ellos, pero más tarde obtuve autorización de uno de sus sacerdotes para que me fabricasen una estatua semejante, con todos los atributos de la diosa, inclusas las varas ó serpientes, cada una de las cuales se designa con el nombre de una culebra, y tiene sus marcas especiales, considerándose que las dos de los lados son las flechas septentrional y meridional de la diosa, y las otras dos, sus arcos oriental y occidental. Le pusieron dos túnicas, de acuerdo con el uso de las huicholas que se visten con todas las que pueden (generalmente dos) superpuestas. La túnica de abajo, de la que se ve una esquina inferior á la derecha, muestra el más antiguo dechado conocido de los huicholes, el de las tripas de venado en tejido de panalillo, y la cabeza está cubierta de cabellos blancos, hechos con fina borra de pitahaya.

Á sus pies tiene la diosa su jícara para beber, adornada interiormente con muchos simbólicos dibujos que expresan las diversas súplicas que se le dirigen. Dentro de la vasija hay un copo de algodón, símbolo de las nubes que, con las lluvias, dan salud y vida. Á sus lados están sus camas, la del norte á la izquierda y la del sur á la derecha. Representa la primera al bambú, y expresa una súplica para tener buena suerte en le fabricación de asientos de

caña; la segunda representa la humedad, las nubes, etc., etc., y hace las veces de una petición de lluvia.

La habitación favorita de la diosa está en las profundidades de la tierra, y brotan de su regazo los árboles, arbustos y plantas que proporcionan á los huicholes sus principales alimentos. Por lo mismo tiene el ídolo pintados



La Madre de los Dioses. Altura aproximada, 38 cm.

el cuerpo y la cara con manchas negras, rojas y amarillas que simbolizan el maíz de los mismos colores. En la cara tiene figurada una planta de frijol, por medio de una línea curva irregular de que parten otras cortas rayas laterales.

El marido de esta diosa es el armadillo, animal que posee la conocida habilidad de abrirse madrigueras bajo tierra, perdiéndose de vista al menor peligro. El pécari de rugosa cara y el oso le pertenecen igualmente.

Los buscadores de jículi ó peyoteros, excitados por los efectos de la planta, avanzaban rápidamente, pero

siempre en una sola fila y conservando sus respectivos lugares. Por mi parte me esforzaba en seguirlos en su febril marcha, conforme se precipitaban al són que producían, golpeándose como sonajas, los calabazos de tabaco que profusamente les colgaban de los hombros.

Tras una hora de caminar de ese modo siguiendo el costado derecho de la profunda quiebra, llegamos al lugar donde había nacido y habitado por primera vez el dios del Fuego, esto es, á una caverna poco profunda, llamada



El Armadillo, marido de la Madre de los Dioses llevado por el gracioso en algunas fiestas.

Jainótega, que significa "lugar del jaino," pajarillo de la costa que tenía el padre Fuego cuando residía en aquel punto. En el centro de la cueva hay una gran masa de toba volcánica, que se supone ser nada menos el mismo dios cuando era niño. Cerca de muro de la cueva, á poca distancia de esta piedra, me mostraron el punto donde actualmente nace brotando en forma de una chispa. Evidentemente se ha desarrollado allí alguna fuerza volcánica, según lo revelan las grietas profundas y oscuras de la roca. Al oriente y muy cerca había ruinas de antiguas casas de piedra.

Lo que más llamaba la atención era un diminuto templo, muy nuevo al parecer. Dijéronme que habiéndose visto amenazada la región, hacía algunos años, por una gran

sequía, evitaron los huicholes el mal, construyendo aquel pequeño templo y depositando en él una nueva imagen de la diosa. La construcción reproduce en miniatura el templo ordinario con excepción de tener la entrada al poniente y no al oriente. El tosco idolillo se apoya en un disco de lava como lo haría un guerrero sobre su escudo. El disco tiene como un pie de diámetro y está á nivel del suelo. Habiendo pedido que me dejasen ver lo que había debajo, levantaron de buena voluntad la estatua, colocándola sobre uno de los tres equipales que había atrás, removieron el disco y descubrieron una abertura circular como de dos pies de profundidad que se ensanchaba hacia el fondo, en donde había otra imagen del mismo ídolo sobre un equipalito. Tenía sólo ocho pulgadas de altura, y, como la de arriba, era de ceniza volcánica solidificada. Frente á ella habían sido colocadas algunas flechas ceremoniales con aditamentos simbólicos, una jícara votiva y un pequeño disco de lava en que se depositaban las ofrendas de comida para el dios, tales como granos de maíz, pan, chocolate, tesgüino, etc. La figura es antigua y más sagrada para los huicholes que la mayor, porque la materia volcánica representa al dios de un modo más directo y poderoso. El dios de afuera habla con el sol durante el día, mientras que el de abajo le habla por la noche, cuando el sol anda viajando por debajo de la tierra. Permanecimos un rato en la fría mansión de la deidad, y consintieron los indios en sacar el ídolo y sus asientos para que yo los fotografiara.

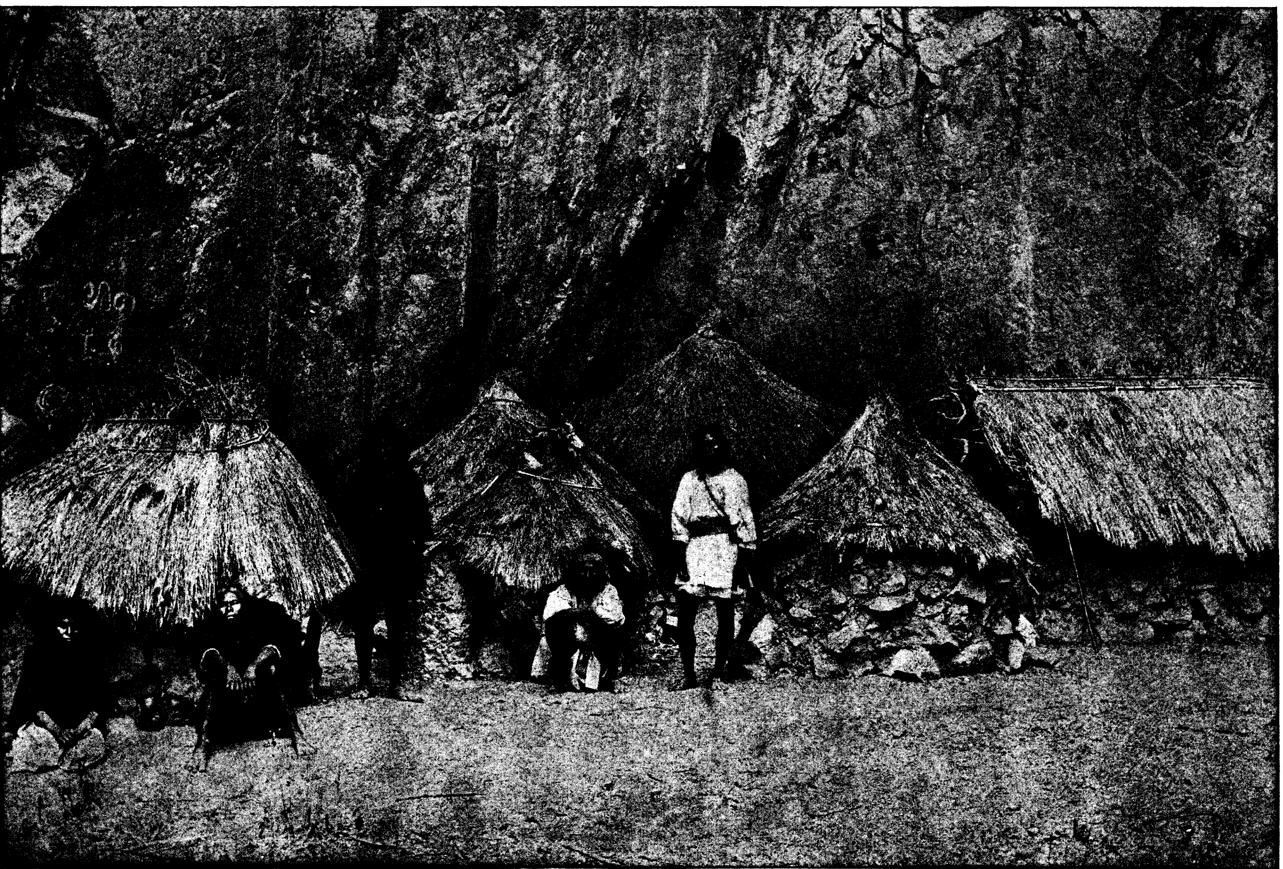
A fin de llegar al próximo sitio sagrado, tuvimos que desandar buena parte del camino y bajar como un millar de pies dentro del angosto barranco. Al cabo de tres cuartos de hora de rápida marcha, nos vimos en un espacio de terreno parejo al pie de una roca arcillosa como de cincuenta metros de alta y ligeramente inclinada hacia adelante. Tendría escasamente el espacio unas diez yardas cuadradas, y hallábase como á treinta sobre el río. Había

allí un pequeño templo y siete casas de dioses que hacían el efecto de un pueblecillo. El templo, que se puede ver en el fondo del grabado, tiene en importancia todo lo que le falta en tamaño, porque está dedicado al Dios del Fuego, quien había ido á establecerse en aquel punto después de emprender dilatados viajes y fundar el templo de Santa Catarina.

El nombre Te-acata de esa localidad, la más sagrada de toda la región de los huicholes, se deriva de la cavidad (*te-aca*) que hay debajo del pequeño templo. La palabra *te-aca* designa el agujero en que se encierra la carne de venado y el quiote para cocerlos entre piedras calientes. El nombre, por tanto, significa "lugar donde está el *te-aca* por excelencia" y permite entrever la idea original encarnada en el principal dios de los huicholes: el que prepara á la tribu su comida favorita, que sin duda era en la antigüedad el alimento de que especialmente subsistían.

Sin cuidarme de las casas de los dioses, me encaminé directamente al pequeño templo situado al oriente junto á la roca, y cuyo oscuro color rojo, así como el intenso calor que reflejaba sugerían vivamente la presencia de Su Ígnea Majestad. Aunque quizás algo más grande que las otras casas, tan bajo es el templo que necesité inclinarme para entrar. El fresco techo de paja que lo cubría me alivió del bochornoso calor de afuera.

En medio del cuarto, algo más cerca de la entrada que del fondo y mirando á la puerta, estaba el ídolo, hecho de ceniza volcánica solidificada. Alcanzaba más de doce pulgadas de altura; tenía los brazos y piernas sólo rudimentariamente indicados, pero la cabeza algo mejor ejecutada, bien que, por falta de habilidad del artista, vuelta ligeramente hacia arriba, postura que daba al idolillo una expresión bastante curiosa. Á su derecha tenía dos guajes para tabaco colgándole del hombro izquierdo, lo que lo caracterizaba como sacerdote; y enfrente, sobre el disco



Te-acata, la más sagrada localidad huichola.

UNIV. OF MICH.

de lava que lo sostenía, algunos jículis frescos. La labor artística no aventajaba en nada á la que empleó, para labrarme con su machete una imagen del mismo dios, un huichol que gozaba de cierto prestigio como escultor. El ídolo estaba muy sucio y manchado de sangre, pero por el lado derecho tenía un agujero que mostraba el color natural de la piedra, contrastando mucho con la terrosa apariencia del resto de la figura. Dicho agujero proviene de que piensan los indios que adquieren la facultad de curar y el conocimiento de cosas misteriosas comiéndose un poco del sagrado cuerpo del dios, de suerte que acabarán con él poco á poco. Los curanderos que acuden á visitar el lugar, después de que depositan diferentes alimentos, jículis ó, lo que es mejor, una jícara votiva, arrancan con las uñas partículas del ídolo para comérselas. Exige esto que después no tomen sal ni se acerquen á sus esposas durante cinco meses. Aun de mujeres mismas se sabe que han obtenido sabiduría y fuerza curativa del modo expresado, pero es necesario que cada visitante vaya solo.

"¿Qué piensa usted de éste?" me preguntaban con orgullo los indios. "Seguramente vino aquí, por su propia voluntad, hace mucho, muchísimo tiempo." Tal sucede siempre. Todos saben que los ídolos son fabricados por algún individuo de la tribu, á encargo de algún astrólogo ó guardián del templo. Antes de que la imagen llegue á adorarse, hay que celebrar su estreno, por decirlo así, como pasa, más ó menos, con los santos de los católicos que nada significan mientras no han sido bendecidos; pero cuando, en el trascurso de varias generaciones, se pierde el recuerdo de "su nacimiento," el misterioso "hace mucho tiempo" induce al pueblo á creer que el ídolo no ha sido fabricado nunca, sino que se creó á sí mismo.

Notando que el disco que sustentaba al dios sonaba á hueco, manifesté deseos de ver lo que tapaba, pero tan seria fue la oposición de mis acompañantes, que no insistí.

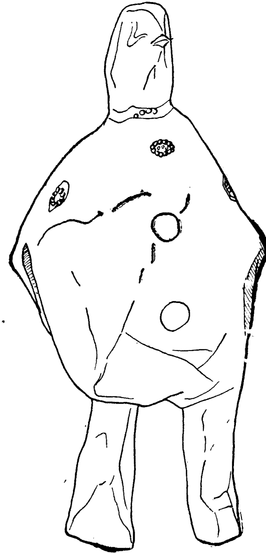
Dijéronme que aquella cavidad era más grande que la del otro templo y guardaba análogas ofrendas, sin encerrar más que un bastón de brasil, emblema de la dignidad y poder del dios. En ciertas ocasiones se ofrece de comer á ambos ídolos, con hechizos apropiados al caso.

Cuando visité por segunda vez el valle, en 1898, ya no estaba la estatua en su lugar, pues un día se encontraron los indios con que el ídolo había desaparecido y el disco estaba cubierto de tierra. Aunque no querían ó no podían dar explicaciones sobre el particular, supe en otra parte que la estatua había ido á poder de un distinguido viajero.

Pregunté una vez á un inteligente huichol: "¿Porqué hay tantos ídolos del Dios del Fuego? ¿Son también muchos los dioses del Fuego?" "Pasa lo que con los santos," me contestó; "hay muchas imágenes de la virgen, y una sola Virgen de Guadalupe. Tatevali, nuestro padre el Dios del Fuego, está tan lejos de aquí que no podemos verlo, y el que lo viera, se asustaría. Por eso adoramos sus imágenes. Cada año hacemos una nueva porque las viejas ya no sirven; además, se desaparecen muchas veces cuando no les cumplimos sus deseos."

Todo el fondo del templo estaba lleno de objetos simbólicos, depositados en muestra de adoración ó súplica por los crédulos fieles. Las flechas ó jaras, con todos sus accesorios, se podrían contar por centenares, clavadas en su mayor parte sobre los asientos de pequeños equipales, y unidas de tres en tres con otra colocada detrás. Dijéronme que dicha disposición era especial para este dios. El interior ofrecía una curiosa exhibición de toda suerte de objetos ceremoniales imaginados por la fantasía de los sacerdotes, siendo los colores predominantes el rojo y el azul. Para el etnologista era aquello un verdadero tesoro de curiosidades, y tuve la fortuna de que los indios me permitiesen tomar cuanto quise, pues no se oponen los huicholes á desprenderse de lo que lleva tiempo de haberse ofrendado,

ya que lo importante para ellos es que el sacrificio se haya hecho y haya sido aceptado por el dios. Aun en el caso que tomara un coleccionador alguna ofrenda reciente, los indios no lo verían con buenos ojos, pero no temerían ningún mal resultado, desde el momento que han cumplido con su deber; la dificultad sólo existiría entre el dios ofendido y el hombre sacrílego, que sería castigado con alguna enfermedad ó un accidente.



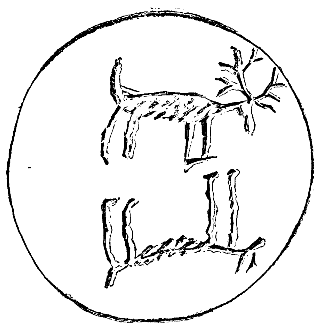
Representación en madera de un guacamayo.

Entre los objetos que escogí, había un pequeño disco de ceniza volcánica solidificada que había sido colocado sobre el disco principal enfrente del ídolo, y servido para sentar ó parar á los niños que bañaban en el templo. Obtuve también una figura de barro de la Madre de los Dioses que me encontré en el suelo, precisamente detrás de la de su hijo el Dios del Fuego. Dicha imagen se había fabricado algunos años antes en Santa Catarina como símbolo suplicatorio para conseguir que lloviese. El ídolo había sido rociado con la sangre de un buey sacrificado á la diosa. En una fiesta le habían arrancado los dos brazos y llevádoselos como amuletos favorables para les cosechas. Hallé también en el suelo un guacamayo de madera, ave perteneciente al Dios del Fuego, á causa de sus brillantes plumas rojas, que estaba representado en pie y pintado de rojo, simulando más bien la tosca figura de un soldado.

Á petición mía, consintieron los indios en sacar la estatua del Dios del Fuego fuera del templo para fotografiarla. Sacaron asímismo algunos equipales y otros objetos, que pusieron en fila, colocándose detrás los indígenas principales. El sombrero de alta copa y estrecha falda

que se ve en el grabado sobre la cabeza del guardián del dios, fue el único que encontré de esa especie. Su altura es de cerca de quince pulgadas, y según me dijeron, los usaban antiguamente los naturales de importancia, aun más altos y terminados en punta.

Mis compañeros, ansiando bañarse en las *cutsalas* ó fuentes sagradas, estaban impacientes por bajar á las cuevas de la orilla del río cuyo grato rumor nos llegaba. Como la posición del sol era desfavorable por el momento para tomar la fotografía del lugar, resolví no hacerlo sino hasta en la tarde, al regresar de la excursión á la parte superior del valle. Al bajar, pasamos junto de un montón de objetos rituales desechados de los adoratorios. Notábanse entre ellos numerosas cornamentas de venado, muchas adheridas todavía á los cráneos, ya blancos, de los animales sacrificados en adoración ó en ofrenda para tener buena suerte en la caza. Á veces, ofrecen también cabezas de ciervo cubiertas con su piel y empajadas.



Disco usado como asiento para los niños. Diámetro, 8.6 cm.

Los naturales echaron á correr adelante y pronto desaparecieron de mi vista, pero no me fue difícil llegar al río cuyas aguas se deslizaban bajo sombrosos árboles. ¡Qué frescura la del verde follaje y qué grata humedad la de las angostas gargantas! Remonté la corriente, saltando de piedra en piedra ó trepando entre las enormes raíces de los álamos, descubiertas por las avenidas, y á los pocos minutos alcancé á los indios, que estaban ya lavándose afanosamente cabeza, brazos y pecho con el agua que goteaba del techo de una gran caverna. Á ninguno se le ocurría refrescarse bañándose en el río, pues no era la satisfacción física lo que buscaban, sino la práctica religiosa, y por lo

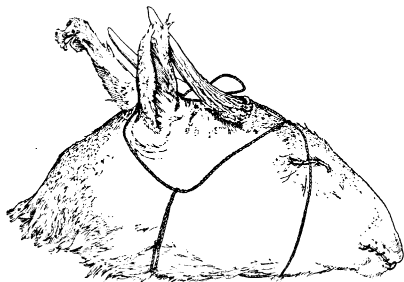
mismo se habían dirigido á toda prisa hacia la primera gruta donde caía el agua sagrada sobre cuatro pequeñas eminencias de la roca, con sendas depresiones naturales en la punta. Cada depósito pertenece á uno de los dioses principales, y junto á uno había una ofrenda de flores que se conservaban frescas por el rocío constante del agua.



Estatua antigua del Dios del Fuego.

Los indios elogiaban con entusiasmo las virtudes de aquella agua, asegurando que les hacían mucho bien las pequeñísimas dosis que se aplicaban exterior é interiormente. Les parecía sobrenatural que no cesara el gotear ni en tiempo de secas, según me lo afirmaban con íntimo orgullo. Aconsejáronme también con insistencia que pusiera la cabeza bajo una de las goteras para conservar mi salud y prolongar mi vida. Hícelo de buen grado, pero fue más de mi gusto refrescarme después toda la cara en la corriente cristalina del río. En tiempo de lluvias, sube en ese lugar el agua como diez varas sobre el nivel normal, y entonces no tienen evidentemente los dioses el poder suficiente de defender lo que les pertenece, pues vi muchas ofrendas regadas á lo largo de la orilla.

La gruta que visitamos en seguida, dedicada á la Diosa de las Nubes Occidentales, está situada como á doscientas yardas arriba, en un sitio muy pintoresco, donde se cierra la garganta y caen sobre las rocas los raudales de la montaña formando cascadas. Sólo se podría trepar más dando rodeos. La cueva era alta y espaciosa, pero oscura, porque la luz tenía que penetrar por los costados de una enorme piedra que obstruía la entrada. Seguí á los indios por aquella oscuridad hasta el rincón más profundo, donde me señalaron dos pequeños charcos de agua, ninguno mayor de un pie de anchura, los cuales, por el hecho de no secarse nunca, son el milagro de la localidad. Dichos manantiales constituyen la morada de dos diosas del agua que una vez fueron allí vistas en forma de culebras. Mis amigos cogieron en el hueco de la mano algunas gotas de aquella agua que apuraban con sus labios como si hubiera sido el vino más delicioso. Decían sus plegarias en alta voz y con mucho entusiasmo pero con espíritu jovial y risueño, nada solemnes ni serios.



Cabeza de ciervo dentro de un lazo, usada como plegaria.

Encendí un cerillo para ver los objetos dedicados á las deidades, y vi que consistían en algunas flechas ceremoniales y jícaras votivas. Casi exhausto de calor, hambre y fatiga, me contrarió mucho no encontrar sino aquel par de insignificantes charcos en una cueva oscura. Tan pesada capa de tinieblas y superstición deprimían mi ánimo y me ponían impaciente por volver afuera, al seno de la naturaleza, de la que se divisaba un paisaje encantador por un lado del pedrusco que cerraba la entrada. Veíase una hermosa cascada formada por la corriente al precipitarse

al hondo lecho de roca, de donde el agua proseguía mansamente su curso bajo la intensa luz del sol. No había árboles ni yerba, pájaros ni animal alguno que alegrase la vista; pero el cuadro que aparecía fuera de los lóbregos límites de la caverna, era verdaderamente seductor, y la



En la cueva del agua lustral.

brillante superficie del agua que rápidamente iba deslizándose me incitaba con su grato murmullo á seguirla hacia un mundo mejor.

En una visita que posteriormente hice á este valle, presencié el baño de un niño en la misma cueva á que acabo de referirme. No bien hube franqueado el sagrado recinto, escuché los gritos de un chico, resonando en la gruta de la madre de los Dioses. Los padres de la criatura, según me informaron, habían ido á hacer la acostumbrada peregrinación á los lugares sagrados para bañar en la santa fuente á su pequeña niña, y ofrecerla á todos los dioses.

Débese ir primeramente á la cueva de la Madre de los Dioses, y luego á Te-acata, donde el niño es presentado al Abuelo Fuego, al Padre Sol y á la Diosa del Maíz. Habían bañado á la criatura enfrente de cada uno de los templos pertenecientes á dichas deidades, con agua tomada al efecto de la fuente principal. Los individuos á que me refiero, para concluír su devota excursión, llegaron á la caverna en que los encontré, y se adelantaron hacia el rincón oscuro en donde pronunciaron una breve plegaria. La madre levantó á la niña, que tenía apenas dos años y estaba desnuda como todos los hijos de los huicholes á esa edad. El padre, asiendo un par de flechas de la diosa en una de sus manos, vertió agua con la otra sobre la pequeñuela que berreaba con todas sus fuerzas: *Alí, Alí, alí!* (basta! basta! basta!); pero aun le faltaba recibir el bautismo final de la fuente de mayor importancia de la gruta. El hombre, llenando de agua fría una jícara votiva allí depositada, derramó con liberalidad el líquido sobre la niña que se retorcía y vociferaba desesperadamente. Es necesario el último baño, porque hasta que no se ha recibido no se goza de las bendiciones que imparten todas las fuentes del valle.

Mi excursión resultó algo fatigosa, pero me dio oportunidad de comprobar un uso práctico del peyote. En circunstancias ordinarias, siempre me había parecido nausebunda la planta; pero entonces que me sentía con sed y cansancio, pude, no sin sorpresa mía, tragar sin dificultad algunas de aquellas rebanadas frías y ligeramente ácidas. No sólo me parecieron refrescantes y me mitigaron el hambre y la sed, sino que fueron capaces, al menos por el momento, de quitarme toda sensación de fatiga, y me sentí estimulado como si hubiese bebido un licor fuerte.

Aquel día me había desayunado con leche y arroz al amanecer, y no había tomado después sino como una onza de chocolate y tres pequeñísimas galletas; pero cuando

consumí poco á poco dos jículis de mediano tamaño, no experimenté ninguna fatiga, á pesar de haber estado en actividad todo el día y hallarme en convalecencia de un reciente ataque de malaria. También en Te-acata, al cargar mi cámara grande por quinta ó sexta vez, después de tomar como treinta fotografías, me invadió una fatiga tan grande que tuve que sentarme completamente desfallecido. El sol se acercaba al horizonte y crecían las sombras en el desfiladero. ¿Cómo emprender el ascenso? Me parecía imposible volver á donde había dejado mi mula, á distancia menor de dos millas, y los indios tampoco podrían llevarme á cuestas por rocas tan empinadas.

"Me quedaré á dormir aquí," les dije. Pero ellos no me daban oído pareciéndoles incomprensible que no pudiera avanzar más. Determinaron llevarme agua y darme jículi, seguros de que con ello recobraría mis fuerzas, y por mi parte consentí en tomar su medicina, esperando volver á encontrar ayuda en la planta. Á toda prisa fueron al río y volvieron con un guaje lleno de agua, el cual, dada la costumbre de los indios de usar tales vasijas en común y la circunstancia de prevalecer entonces una fuerte epidemia de tos ferina (especialmente en los niños), no era de lo más á propósito para tentarme á beber. Desafiando, con todo, la tos ferina y cualquiera otro peligro que el bule pudiera ocasionar, vacié su contenido y me comí un jículi. El efecto fue casi instantáneo y pude ascender el cerro con toda facilidad, deteniéndome sólo de trecho en trecho para aspirar una bocanada de aire. Debo, sin embargo, confesar que cuando al anochecer llegué á donde estaba mi mula, tras una hora de andar, sentí que me hubiera sido imposible dar otro paso.

Me lavé la cara en el arroyo que por allí pasaba y monté sobre mi inteligente mula parda que, ávida de regresar, subió á toda prisa dejando pronto atrás á mis acompañantes.

Á toda persona poco acostumbrada á caminar en México de noche, le hubiera parecido aventurado recorrer una escabrosa ladera en medio de tal oscuridad y á paso tan rápido. Yo mismo, si no hubiese estado tan cansado, hubiera considerado más seguro desmontar en algunos puntos y marchar á pie; pero entonces, puse toda mi confianza en mi hábil y ligero animal. Las mulas ven de noche mucho mejor que los hombres; por otra parte, no me dejaba tiempo á reflexionar, sino que proseguía siempre adelante, como si ella también hubiera comido jículi, por la estrecha vereda que ascendía en rapido zigzag, y para colmo de peligro, saltó conmigo un banco de tierra de dos pies de altura, con lo que me vi expuesto á rodar con ella al fondo del abismo; pero nada malo ocurrió, y media hora después estaba en mi campamento.

Durante la noche, resentí los posteriores efectos de la droga, pues al cerrar los ojos comencé á ver imágenes de colores, consistentes en hermosos relámpagos y cabrilleos purpurinos y verdes. Sentía igualmente náuseas y no tuve apetito hasta la mitad del día siguiente, que me encontré enteramente recobrado.

CAPÍTULO X

EJERCITANDO LA PACIENCIA—UN MÉTODO PRIMITIVO DE DESTILACIÓN—LA NAVIDAD ENTRE LOS HUICHOLES—SANTOS RICOS—CAMBIO DE AUTORIDADES—FIESTA ESPECIAL DE LA LLUVIA—CORTESÍA INDIA—LA LEYENDA DEL DILUVIO Y EL ARCA SANTA DE LOS HUICHOLES—ÚLTIMO RECURSO PARA QUE LLUEVA.

PRONTO recibí la visita del padre. Aquel sacerdote, el único que visitaba á los huicholes, era un joven de aspecto agradable de la hacienda de San Antonio. Según me dijo, iba cada año á Santa Catarina y á San Andrés para bautizar y casar. En esta vez, sin embargo, nada podría hacer, porque los indios estaban demasiado ocupados con sus disputas de tierras, y había resuelto, por lo mismo, marcharse al otro día.

No se resisten los huicholes á ser bautizados, pues teniendo también sus aguas sagradas, creen que no es por demás aprovechar las virtudes que á ellas les agreguen los blancos. Consienten de igual modo en que los casen, pero no consideran que el lazo del matrimonio sea más firme que sus propias costumbres. El obispo de Zacatecas, unos dieciséis años antes de mi visita, casó á varias parejas en el pueblo de San Andrés, pero al presente ningún hombre vive ya con la mujer con quien fue unido.

Un día, después de un baño especialmente frío en una gruta, tuve otro ataque de malaria, y durante mi prolongada estancia en Santa Catarina estuve bastante molesto por el debilitamiento que sigue siempre á esa enfermedad. Con todo, esforzándome en visitar los lugares de las cercanías que me había propuesto, los indios iban á verme á mi

tienda mientras en ella permanecí confinado, y en tales entrevistas obtuve considerables informes, no obstante ser escasos los buenos adivinos.

El gusto de haberme conquistado la confianza de los indios, no estaba exento de molestias. Apenas podía tolerar, sobre todo cuando no me sentía bien y quizás acababa de dormirme después de una noche de insomnio, ver entrar en mi tienda, inesperadamente y muy de mañana, hombres hediondos á tabaco y á ropa sucia. Más de una vez sentí tentaciones de estallar, pero posteriormente me alegré de haber reprimido mi lengua. Por su parte, nunca advirtieron mi irritación, porque eran incapaces de poder leer mis pensamientos en la expresión de mi rostro. Algunos de aquellos indios inciviles, llegaron á serme de grande utilidad, y otros me llevaban regalos de huevos, huacales, mezcal asado y cosas semejantes.

Los indígenas, por supuesto, se volvían á sus ranchos, pero á los dos ó tres días llegaban otros, sucediéndose en constante ir y venir, pues lo más de la existencia de los huicholes se pasa en hacer fiestas para apaciguar á los dioses. Algunas veces los conducía tal ó cual asunto criminal que someter á la justicia nativa, como algún hurto ó fuga con mujer ajena; de suerte que no podía quejarme de falta de oportunidad para estudiar al pueblo.

Felipe, el mismo á quien le había tomado en alquiler mis tres magníficas vacas, fue uno de los que me prestaron buenos servicios. Era honrado (cualidad rara en los huicholes), de amable carácter y corteses maneras, y uno de los individuos de más influencia en el territorio. Era también el principal fabricante de ídolos, acaso el mejor del país, y me hizo la imagen del Padre Fuego. Aunque me dijo que la había labrado con su machete, había hecho uso con toda probabilidad del antiguo instrumento propio para el objeto. El material era el empleado comúnmente, es decir, ceniza volcánica solidificada. Había curioso

parecido entre la escultura y su autor, visible quizás aun en la ilustración misma.

Entre los bienes de Felipe, se contaba un destilatorio primitivo para la producción del aguardiente flojo llamado *toch*. Como la mayor parte de las bebidas alcohólicas de México, sácase este licor de un agave, siendo la variedad empleada para este caso, el sotol. Varias clases de agaves producen diferentes licores, de los cuales el más famoso es el mezcal, que se obtiene del maguey. La fabricación de bebidas alcohólicas extraídas de dichas plantas es una industria muy generalizada en México. Los métodos empleados son los rutinarios, no obstante que se han introducido algunos utensilios modernos como calderas y tubos metálicos para sustituír á los antiguos, y en los últimos años muchas fábricas han levantado sus altas chimeneas, especialmente en la ciudad de Tequila, del Estado de Jalisco, que da su nombre á la mejor clase de mezcal.

Ya sea que los huicholes se preparen á hacer su inocente toch ó que los mexicanos preparen su fuerte mezcal, el tratamiento preliminar de la planta es siempre el mismo. Cuécense las pencas entre piedras calientes bajo de un montón de tierra; se machacan en seguida; se ponen en agua á fermentar en cueros de vaca que se cuelgan entre cuatro postes, y dejando la mezcla por una semana al aire libre, queda lista para la destilación.

Aun se encuentra en uso entre los huicholes de la montaña un método primitivo de destilar, que me inclino á considerar precolombino. Consiste el destilatorio en un cerrillo de piedra y lodo formado al rededor de una olla de barro que sirve de caldera, la que, provista de dos vasijas más, constituye el aparato completo. La parte baja del montecillo forma un horno con dos aberturas opuestas para el tiro, donde se dispone el fuego al rededor de la piedra en que descansa la olla que contiene la sustancia fermentada. La parte superior del jarro queda bien

asegurada dentro del montículo que le forma sobre la boca una especie de embudo, y para dar más solidez á éste se colocan superpuestos tres gruesos anillos de zacate sobre el borde de la vasija que hace oficios de caldera.



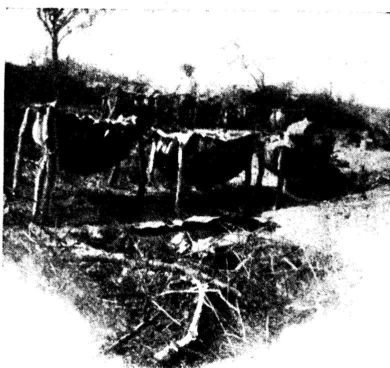
Felipe, el fabricante de ídolos.

Se efectúa la condensación por medio de un cazo de cobre que se coloca sobre el embudo y se está llenando constantemente de agua fría. Sobre la olla grande se suspende por medio de dos cordeles de yuca, retenidos por la presión del cazo contra las paredes, otra olla pequeña que sirve de recipiente y queda así en el sitio á propósito para recoger las gotas del vapor condensado en el fondo del enfriador. Un individuo se ocupa en estar removiendo de cuando en cuando el condensador para ver el avance de la destilación, y cuando se ha llenado el recipiente, vacía su contenido en un jarro. Vuelve luego á colocar cuidadosamente las vasijas para que la operación continúe, tapando con barro los intersticios á fin de que no se escape el vapor.

El cazo de cobre proviene, por supuesto, de alguna tienda mexicana, pero antiguamente se usaba en su lugar una gruesa rueda de madera con una perilla en el centro para su facilitar su manejo.

Rara vez vuelve á destilarse por segunda vez el licor obtenido, de suerte que conserva bastante agua, pero no

es desagradable al paladar. Es embriagante si se toma en grandes cantidades, mas no parece nocivo á la salud de los huicholes. Nunca se guarda mucho tiempo, y para cada fiesta se debe fabricar nuevo.



Odres para la fermentación.

Este procedimiento de destilar es el más primitivo, que yo sepa, en el continente americano. El método empleado por los vecinos y parientes de los huicholes, los indios coras, es sólo un paso más avanzado,



Sacando los residuos.

consistiendo el adelanto en que el embudo es un cilindro de más de una vara de altura, formado con cortezas de cedro bien pegadas.

Para recipiente emplean los coras una hoja de maguey que llaman cuchara, por la forma en que la recortan. Colócanla oblicuamente con la cavidad dentro del embudo para recoger el vapor condensado que escurriéndose por el tallo, que pasa á través de un agujero cuadrado abierto en la parte inferior del cilindro, cae directamente en un jarro.



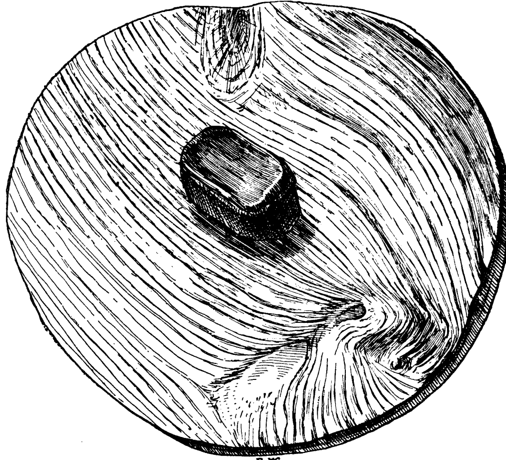
Sección de un destilatorio huichol.

Los coras destilan su licor dos veces, excepto cuando se va á usar en la fiesta de la pubertad, pues en ella debe beberse menos fuerte, llamándosele con toda propiedad, *agua-vino*.

La destilación entre los indios tarascos es prácticamente la misma. Los huicholes fabrican también "vino" de maíz, á la manera de los tarahumares, y saben producir una bebida intoxicante de las guayabas, machacándolas y poniéndolas en jarros con agua. Al cuarto día destilan el fermento y obtienen un licor de buen gusto, según me dijeron, pero que produce dolor de cabeza.

La bebida más importante que fabrican los huicholes es el *nahuá*, tejuino más espeso y mucho más dulce que el de los tarahumares, al que es inferior en todos sentidos. Úsase menos que en el norte, pero también para objetos religiosos exclusivamente. El modo como lo hacen los huicholes es el siguiente: después de barrer cuidadosamente el patio, se pone una capa, como de una vara de diámetro, de arena limpia y fresca. La humedecen y

tienden encima otra de maíz, cuya cantidad varía desde dos almudes hasta una fanega, cubriéndola con zacate y varillas para resguardar el grano del viento, de los pájaros y otros animales. Se riega el maíz, por mañana y tarde, y á los seis días comienza á germinar. Recógenlo entonces cuidadosamente, lo muelen y ponen en ollas á cocer como unas treinta y seis horas, cuidando de echar agua de tiempo en tiempo para sustituír la que se evapora. Por último, se añade agua á la espesa decocción y se guarda en jícaras por doce horas, tiempo en que queda lista sin necesidad de agregarle ningún fermento.

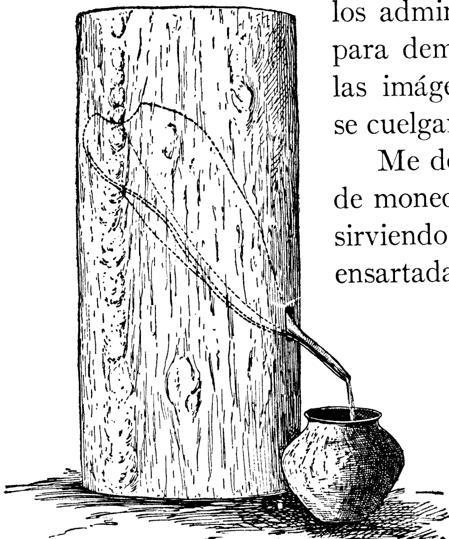


Refrigerador de madera, de estilo antiguo.
Diámetro, como 33 cm.; grueso, como 4 cm.

El 17 de diciembre comenzaron los indios á celebrar su fiesta de Navidad, con la que se relaciona la elección de las autoridades, según costumbre introducida por los españoles. Noche con noche había en la iglesia danza de los matachines, y á todas horas se encendían cohetes. Los indígenas andaban bebidos y gritando. Se presta á la reflexión el hecho de que los indios, que tanta compostura guardan en sus fiestas religiosas, consideren las cristianas (llamadas también fiestas del "violín," por ser este instrumento el que se toca) ocasiones propicias para entregarse á la licencia, resultando con ello más desordenadas que las fiestas paganas.

Durante la celebración fueron sacadas de la iglesia las imágenes de los santos, y expuestas en el corredor del Juz-

gado. Había dos grandes crucifijos malhechos y cuatro horribles cuadros, recargados contra la pared, que representaban al señor San José y á nuestra señora de Guadalupe. Las otras dos imágenes representaban respectivamente á Santa Catalina y á San Antonio, patrono del lugar. Todos los santos aparecían adornados con plumas, bolsas, cintas, cascabeles y soguillas de cuentas, esto es, con todos los adminículos de los matachines que, para demostrar su devoción, decoran á las imágenes con las zarandajas que se cuelgan ellos de noche para bailar.


Parte de un destilatorio cora.

Me dejó atónito el ver gran cantidad de monedas de plata, antiguas y nuevas, sirviendo de adornos á los cuadros, ensartadas en dos cintas rojas que abarcaban á cada una de las pinturas. Cuando los indios quieren que llueva, tienen algún enfermo ó desean que se les aumente su ganado, ofrecen dinero á cualquier santo que les designa el adivino. Aun suelen llevar el santo al rancho en que hace falta, y el propietario manda matar una vaca y hace fiesta á la imagen, siendo de rigor, por supuesto, la danza y el canto. Nunca se devuelve la imagen sin la limosna correspondiente, que se coloca en la referida cinta. Habiendo contado el dinero, calculé que los cordones de los cuatro santos representaban un valor de doscientos pesos mexicanos, suma muy considerable para los indios.

Me dijeron que los dos "Cristos" eran más ricos que los otros santos. Reciben las limosnas en bolsas como las que comúnmente llevan los huicholes colgadas al hombro; pero no se veía su dinero. Cuando las monedas se retiran

de la exhibición, son guardadas en un sitio secreto por los custodios de las repetidas imágenes, y uno de los más importantes deberes de las autoridades eclesiásticas es cuidar de ese dinero, que nunca desaparece.

Se decía que terminaba la fiesta de Navidad el 23 de diciembre, después de haber durado seis días; pero en realidad se prolongó el holgorio por algún tiempo más para celebrar debidamente la elección de las autoridades nativas. Llámase á tal acto *cambiar la vara*, aludiendo al emblema de la dignidad oficial.

Tanto los nuevamente electos como los jueces que cesaron en sus funciones, fueron á presentarse á las autoridades mexicanas de Mezquitic. Entretanto, el resto del pueblo se entregó á la danza todas las noches en honor de aquéllos, y como no faltó quien les vendiera sotol, la alegría llegó al colmo.

Cuando regresaban de la cabecera del distrito los nuevos jueces, después de una ausencia de ocho días, se detuvieron en un lugar distante como unas dos horas de Santa Catarina, y enviaron un mensajero que notificase su llegada. Mandóse al punto una comisión á recibirlos, y siguió la fiesta hasta el 5 de enero, ó sea, por todo, veinte días. En seguida tornó cada quien á su rancho.

Por mi parte, nunca he pasado peor Noche Buena, y el único aguinaldo que recibí fue la renovación de los síntomas de mi enfermedad.

Precisamente al otro día de haberse dispersado la gente, los trasportadores de jículi organizaron una fiesta especial para llamar la lluvia, fiesta que duró, incluyendo los preparativos, casi una semana. En ese tiempo habían conseguido apoderarse de cinco venados, con lo que estaban suficientemente provistos para la próxima celebración del jículi; pero ignoro por que motivo no quedaron satisfechos con la perspectiva de las cosechas en el año siguiente, pues hicieron especiales esfuerzos para aplacar á los dioses.

Aun á los santos hicieron intervenir, sacándolos de la iglesia y conduciéndolos al templo pagano. Pero la petición más importante, se practicó en forma de una variedad de objetos, cuya fabricación ocupó por varios días á los indígenas principales y á los ayudantes del templo.

Apagaron el fuego sagrado cubriéndolo con un montón de ceniza; sacrificaron, en punto de media noche, dos bueyes á las Diosas de las Nubes Orientales y Occidentales, y poco después recibieron ambas deidades sus ofrendas, una mezcla de sangre de las reses sarcificadas, chocolate, tesgüino, tortillas, pan de los mexicanos y plátanos, todo bien desmenuzado y revuelto. Matáronse otros dos bueyes al amanecer, en honor del Abuelo Fuego y del Padre Sol, y pasado el medio día, se acumularon canastas llenas de comida encima y al rededor del horrible montón de ceniza, en un espacio como de dos pies. En lo más alto del montón había sido puesta la jara del dios del Fuego, que es siempre más gruesa que las flechas comunes, muy manchada de sangre y con abundantes plumas.

Todo parecía listo para la fiesta. Los peyoteros ó trasportadores de jículi, bajo la influencia de su mágica planta, se cambiaban bromas y chanzonetas, moviéndose mucho, charlando sin cesar y riéndose inmoderadamente. Todos se mostraban muy hospitalarios conmigo, dándome con abundancia de sus provisiones. Usan los huicholes en el otoño un guisote de flores de calabaza cocidas, que se sirven con la misma calabaza, plato cuya preparación no requiere grande habilidad. Aunque la comida huichola es menos sabrosa que la de otras tribus, cumplí con el principio de la etiqueta india de no rehusar nunca lo que me ofrecían. El invitado debe comer algo, cuando menos, de lo que le dan; pues si no acepta, no le volverán á ofrecer nada. El colmo de la cortesía consiste en comer todo lo que hay en el plato, y limpiarlo con el dedo antes de devolverlo. Si no fuese posible tomarse todo el contenido,

se vacía el sobrante en un jarro que las buenas maneras exigen llevar siempre consigo, para entregar los trastes desocupados; pero basta para llenar los requisitos sociales, acercarse la comida á los labios y tomar un bocado.

Al concluír la fiesta, enviáronse mensajeros en las cuatro direcciones cardinales á depositar, en las moradas de los diversos dioses, los numerosos objetos rituales que se habían preparado. Se mandaron á todas partes tecomates votivos, y flechas y escudos al Océano Pacífico para fijarlos en la playa, dentro del agua, cerca de San Blas. Va en cada dirección un solo individuo, quien, al llegar al límite donde termina la región de los huicholes, invita á uno ó dos indios más de su tribu para que lo acompañen en su travesía por tierra extraña.

Entre las cosas enviadas, había una que pudiera llamarse arca, especie de imitación de la canoa en que se salvaron los primeros huicholes, de un gran diluvio que acabó, conforme á la tradición, con cuantos seres vivían sobre la tierra. Esas arcas se depositan en la laguna de la Magdalena, lugar á donde se llega en una semana. Consideran que dicha laguna es la Diosa de las Lluvias del Sur, y echan allí la piragua á flote, suponiendo que lo que una vez tuvo que ver con la lluvia, favorcerá ahora la caída del agua.

Tienen los huicholes, como otras muchas razas, su leyenda del diluvio, que se refiere de este modo:

Un huichol que se había puesto á cortar árboles para formar un campo donde sembrar, encontraba cada mañana los que había derribado la víspera, crecidos de nuevo. Siguió cortándolos hasta que se cansó de tanto trabajar, y á los cinco días volvió á fin de hacer otra experiencia y resuelto á descubrir la causa de aquello. Pronto salió de la tierra, en el centro del claro, una viejecita con un bordón en la mano. Era la anciana Nacahue, la diosa de la tierra que hace brotar la vegetación. Pero el indio no la conoció, y ella, levantando su vara, apuntó al norte, al sur, al

poniente y al oriente, arriba y abajo; y todos los árboles que el joven huichol había cortado, aparecieron de nuevo. Entonces comprendió cómo había estado sucediendo todo.

Enojado, prorrumpió: "¿Eres tú la que has estado deshaciendo lo que yo hago?" "Sí, contestó ella, porque tengo que hablarte." Y la diosa le dijo que estaba trabajando en vano, añadiendo: "Va á caer un gran diluvio antes de cinco días. Vendrá un viento muy fuerte que olerá á chile y te causará tos. Haz con el tronco de un salate una caja de tu tamaño; ponle una buena tapa para encerrarte dentro, y guarda contigo cinco granos de maíz de cada color y cinco semillas de frijol, también de cada color; toma asímismo lumbre y cinco sarmientos de calabaza para alimentar el fuego, y llévate una perra prieta."

El indio hizo lo que le mandaron. Á los cinco días tenía lista la caja y puestas en ella todas las cosas que le habían dicho. Se encerró con la perra negra, y la viejecita puso la tapa, cubriendo todas las aberturas con cola. Entonces se sentó encima con una guacamaya en el hombro. La caja anduvo sobre el agua durante un año con dirección al sur, otro año hacia el norte, un tercero hacia el poniente y el cuarto al oriente. El quinto año fue levantada muy alto, pues todo el mundo se había llenado de agua, y hasta el sexto comenzó á descender y se detuvo sobre una montaña, cerca de Santa Catarina, donde puede verse todavía. El indio levantó la tapa y vio que aun estaba la tierra llena de agua. Pero las guacamayas y los loros abrieron barrancas con sus picos, y cuando las aguas empezaron á correr, las separaron en cinco mares. Entonces se comenzó á secar la tierra y nacieron los árboles y la yerba.

La viejecita se volvió aire, y el indio fue á limpiar su campo. Vivía con la perra en una gruta, donde la dejaba de día cuando se iba á su labor. Como todas las tardes que volvía encontraba tortillas, tenía curiosidad de saber

quien las hacía. Á los cinco días, se escondió detrás de unas matas, cerca de la cueva, para espiar, y vio que la perra se quitaba la piel y la colgaba, quedando convertida en una mujer que se arrodilló á moler. Entonces se acercó poco á poco por detrás, cogió el cuero y lo echó á la lumbre. "Me has quemado mi ropa" gritó ella poniéndose á aullar como perro. El indio le lavó la cabeza con el agua del *niztamal* que ella misma había preparado; la refrescó así, y desde entonces ha seguido siendo mujer. Tuvieron muchos hijos é hijas que se casaron y poblaron el mundo yéndose á vivir en las cuevas.



El Noé huichol y su arca. Longitud, 23.5 cm.

La ilustración representa el arca y al antecesor de los huicholes, con la perra y los tallos de calabaza que le sirvieron de combustible. El bote es un pequeño madero de salate, ahuecado y cerrado en sus extremos con dos discos á manera de tapones. Tiene arriba unos picos para imitar los cuernos de venado de que iba provista el arca original á fin de que se detuviera en la maleza cuando bajase el agua. La pintan de azul, con dibujos amarillos de mariposas, flores de totó y olas del mar.

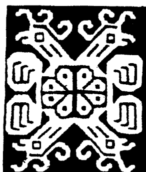
La misma leyenda conservan los coras, sólo que conforme su versión, lo que se ordenó al indio que llevara

fue un pitorreal, una chocha y un loro. Se embarcó á media noche, cuando comenzaba á llover. Luego que el agua hubo bajado, esperó cinco días y envió á la chochaperdiz para ver si era posible andar á pie enjuto. El ave volvió gritando "*¡I-hui, hui!*" por lo que el indio comprendió que la tierra estaba todavía mojada. Esperó cinco días más, y envió al picamaderos á ver si los árboles estaban duros y secos. El pájaro clavó su pico en un árbol y meneó la cabeza de un lado y otro para ver el efecto que causaba, pero como la madera estaba muy blanda todavía, le costó mucho trabajo sacarlo, al grado que de la fuerza que hizo, perdió el equilibrio y cayó al suelo. El pico volvió gritando: "¡Chu-í, chu-í!" y el hombre aguardó otros cinco días y mandó al manchado chochín. Á éste no se le hundieron mucho las patas en el lodo, sino que pudo saltar en el suelo cuanto quiso, y volvió diciendo que la tierra estaba ya buena. Entonces salió el indio de su arca, andando con mucho tiento, y vio que la tierra estaba seca y pareja.

No obstante la aparente similitud entre esta leyenda y la narración bíblica del diluvio universal, es original de los indios y no "inventada" por los blancos.

En los casos extremos, cuando hay urgencia de que llueva, recurren los huicholes al ingenioso medio siguiente: Toman agua de una fuente sagrada situada á doscientas millas al este, en la tierra del jículi, y la llevan hacia el oeste para echarla en el Océano Pacífico, haciendo otro tanto con igual cantidad de agua del mar que llevan á la fuente. En opinión de los huicholes, una y otra agua se sienten á disgusto y necesitan volver á sus respectivos lugares. Como no tienen más medio de conseguirlo que levantándose en forma de nubes y pasando por la región de los huicholes, por fuerza se encuentran allí ambas nubes, y á consecuencia del golpe, caen en forma de lluvia.

Cuando hay que construír un templo, se llevan del mar seis piedras, suponiéndolas hombres y mujeres, y de ellas, se entierra un par debajo del fogón, otro par debajo del altar, y el tercero, bajo la entrada. Creen los indios que por haber estado dichas piedras dentro del agua, producirán la lluvia.



CAPÍTULO XI

DIOSES HUICHOLES—FETICHES DE CRISTAL DE ROCA—RITOS RELIGIOSOS RELATIVOS AL GANADO—IDEA FUNDAMENTAL DE LA RELIGIÓN HUICHOLA—SÍMBOLOS DE LAS PRECES—LA JARA—LAS RODELAS PARA DELANTE Y DETRÁS—EL OJO SAGRADO—PERPETUIDAD DEL CULTO—DIBUJOS CONVENCIONALES—LA IDEA DE LA SERPIENTE.

LOS dioses de los huicholes son evidentes personificaciones de los fenómenos naturales, siendo los principales los que representan á los cuatro elementos: fuego y aire (machos), tierra y agua (hembras). Los dioses son llamados bisabuelos, abuelos y hermanos mayores. Al más grande de todos, el Fuego, denominánlo abuelo porque existía antes que el Sol, á quien llaman padre. Á las diosas se les dice madres, y las consideran origen de la vegetación y de las lluvias. Hay una *madre* en cada punto cardinal y otra arriba, cuidando que no se caiga el mundo. Estas cinco madres y la bisabuela Nacahue, que está debajo de la tierra, constituyen las cinco regiones de los huicholes. La luna es abuela, pero no se le concede importancia.

En el principio de los tiempos, la gente era en su mayor parte serpientes, jaguares y leones, pues en concepto de los huicholes, los dioses, los animales y los antepasados no son sino la misma cosa.

Los sacerdotes se consideran capaces de apoderarse de cierta clase de divinidades recogiéndolas en jícaras votivas, y creen que, en tales casos, toman las deidades la forma de pequeños guijarros. Es ya raro que lleven á cabo esta hazaña, pero antiguamente era la cosa más fácil. Hará

treinta años, según me refirió un indio, manifestó un adivino de cerca de Santa Catarina, que el Sol quería visitar al pueblo. Reunióse muchísima gente, y las mujeres llevaron tapextes rituales, ó camas, para tan distinguido huésped. Mi informante me aseguró que no había creído aquello posible hasta que lo vio. Tres muchachos y dos muchachas, con tecomates votivos, estaban fuera del templo al lado del sacerdote. Este había cantado toda la noche con el pueblo, y tenía sus plumas en una mano y una jícara votiva en la otra, dispuesto á recibir al Sol cuando bajara. Pasado un rato, comenzó el hombre á bambolear, puso las plumas en la jícara y cayó al suelo. Los indios principales se apresuraron á rociarle la cabeza y el corazón, porque respiraba como los caballos al subir una pesada cuesta. Cuando comenzó á volver en sí, pidió su jícara. "¡Déjenme ver!" dijo, y con gran sorpresa de la multitud, sacó una pequeña piedra colorada y muy dura (probablemente cuarzo rosado). Dicha piedra, que era mucho más roja por dentro que por fuera, fue cuidadosamente guardada en uno de los adoratorios del templo de Santa Catarina, pero á los cinco años desapareció no se sabe cómo, y sólo queda de ella la envoltura de algodón en que estaba.





Cristales de roca representativos de dos antepasados, hombre y mujer respectivamente.



Cristal de roca dentro de un envoltorio amarrado á una flecha.

Los cristales de roca se tienen por seres misteriosos, muertos ó vivos, que á una orden del astrólogo vienen volando por el aire como pajaritos blancos que se cristalizan después. Los llaman abuelos y los suponen de buen agüero para cazar el venado. Cifra su ambición el huichol en poseer algunos de tales fetiches, y hay

quienes guarden hasta diez, esmeradamente envueltos y escondidos en lo más secreto de la casa, generalmente dentro de una canasta. Es condición necesaria para que los vivos lleguen á ser cristales de roca, que sean buenos maridos ó esposas, y de ahí la rareza de dichos cristales.

Cuando alguien enferma, dícele á veces el curandero: "Tu padre quiere volver. Tendrás que cazar venados. ¡Haz tus flechas para los dioses!" Recibida la buena nueva, permanece el hombre en su casa, indiferente á todo en apariencia; mientras sus hijos, en cumplimiento de la orden sagrada, disponen al punto los lazos para los ciervos. La mujer fabrica buena cantidad de tesgüino, y ella y su marido permanecen borrachos en tanto que los cazadores prosiguen su tarea por muchos días. Cuando se coge un venado, uno de los hijos, echándose en la mano un poco de sangre del animal, moja en ella un popote y pinta tres rayas (símbolos de la lluvia) abajo del carrillo izquierdo de su padre, las que no se deben lavar, sino dejar que desaparezcan por sí solas. Este acto se repite cada vez que se mata un venado, hasta llegar al número de cinco. Entonces acude el médico sacerdote, y poniendo sus plumas sobre los cuernos, hace aparecer el "cuerpo astral." El hombre para quien lo produce, se siente muy malo del estómago por uno ó dos días.

Los cazadores de ciervos, después de su muerte, se vuelven cristales y acompañan al sol en sus viajes. Viven donde el sol nace, lugar llamado Hai Tonópila (nubes que se sueltan) y donde se cree que hay muchas nubes que se extienden como plumas. De hecho consideran á veces que las nubes son plumas.

Desde la llegada de los blancos, se ha propagado una interesante costumbre para aumentar las crías de animales domésticos, á saber: Un huichol y su mujer van á la gruta de la Diosa de las Nubes Occidentales, en Te-acata, ó á la de la Diosa de las Nubes Orientales, en Santa Catarina.

Llevan las velas que necesitan para que les duren una noche, y se sientan dentro de la cueva, con una vela encendida en frente. Toman asímismo una jícara votiva, una flor y una figurilla de mujer que, aunque parece de piedra, es en realidad de una mezcla de cera y tierra salobreña (tequesquite) que el ganado come con gusto. Adornan con cuentas la figura, y le sujetan con un cordón algunas cerdas de cola de vaca ó de mula. Cada vez que mata el indio alguna res, ofrece sangre al ídolo, que es el amo de todo el ganado y representa al águila joven que sostiene entre sus garras al mundo. Mientras el hombre y su mujer están velando en la gruta, se acercan á asustarlos los leones, jaguares y culebras, llegando éstas hasta á enredárseles en el cuello. Si se espantan, pierden la probabilidad de conseguir lo que desean; pero si conservan su valor, pronto se convierten en vacas los leones y demás animales, y al escuchar una voz que dice: "Aquí está lo que ustedes buscan," oyen mugir una vaca. Cuando amanece, guarda el hombre en su taleguilla su jícara votiva, y regresa con su mujer á su casa. No vuelven sino hasta pasados cinco años, y durante ese tiempo es forzoso que se guarden estricta y mutua fidelidad. En su segundo viaje á la cueva, llevan como ofrendas unas figuras de queso que representan un toro y una vaca, y muchos quesitos. Entonces ven logrado su propósito, y ya no vuelven más. Cuando muere el hombre, junto con él entierran el fetiche de cera.

Los indios se preocupan mucho, por supuesto, de la conservación del ganado, y tienen diversas supersticiones á este respecto. Por ejemplo, si se les tira la leche en la lumbre, echan sal en la flama para que no se le queme la ubre á la vaca, costumbre no desconocida de los mexicanos.

Los huicholes viven sólo en el presente. Al levantarse cuando amanece, dicen: "Me levanto bueno; me voy á trabajar, y espero volver bien." Al recogerse por la noche:

"Espero dormir bien. Deseo que no me pique ningún alacrán, y levantarme bueno." Del futuro no les importa más que asegurar la próxima cosecha. Todos sus pensamientos se dirigen á conseguir algo que comer, y su única esperanza de lograrlo estriba en cumplir sus deberes para con los dioses. Las principales provisiones para su alimentación—maíz, frijoles y calabazas—dependen de las aguas; por consiguiente, todas sus imploraciones son, en primer lugar, para que llueva, y después, para tener salud, suerte y larga vida. El canto del sacerdote, la danza, el sacrificio de los animales, todo tiende á lo mismo; pero el intenso sentimiento religioso de la tribu y su deseo de conservarse en buena armonía con los dioses, no se satisfacen con aquello, sino que los apremian á fabricar numerosos objetos ceremoniales en testimonio de adoración y símbolo de sus peticiones.

Como sería de esperar en seres cuya existencia se mueve dentro de tan reducido horizonte, los objetos simbólicos en que hallan expresión sus piadosos pensamientos, son los de la vida diaria, inclusos algunos ya en desuso, como los escudos ó rodelas con que los guerreros se defendían el pecho y la espalda. Los suplicantes especifican sus deseos de diversos modos, ya con pintura, esculpido, representación en ó sobre la tela, ó también por agregación ó adherencia. En la fabricación de estos artículos, á menudo usan únicamente fibra de maguey, pochote y otros materiales indígenas que poseían desde antes de la llegada de los blancos, por lo que tales objetos pueden darnos idea del estado de cultura que habían alcanzado entonces los huicholes.

Muy amplio es el tema, pero como lo he tratado extensamente en una publicación anterior, me limitaré aquí sólo á indicar lo relativo á los principales objetos ceremoniales, á saber, la flecha, el escudo delantero, el escudo de espalda y el ojo sagrado. De la jícara ó tecomate votivo,

que corresponde á la misma categoría, se ha tratado ya en la página 76.

No hay en etnología problema de resolución más difícil como el significado de la flecha en sus diferentes aplicaciones, pues tiene significación personal, en relación con los clanes en que se divide la tribu; de suerte que, con toda la benevolencia que me manifestaban, siempre rehuían los huicholes el revelarme un secreto tan íntimo. Logré, sin embargo, levantar un poco el velo que cubre el misterio de la flecha, por lo que puedo dar algunas breves explicaciones sobre el particular.

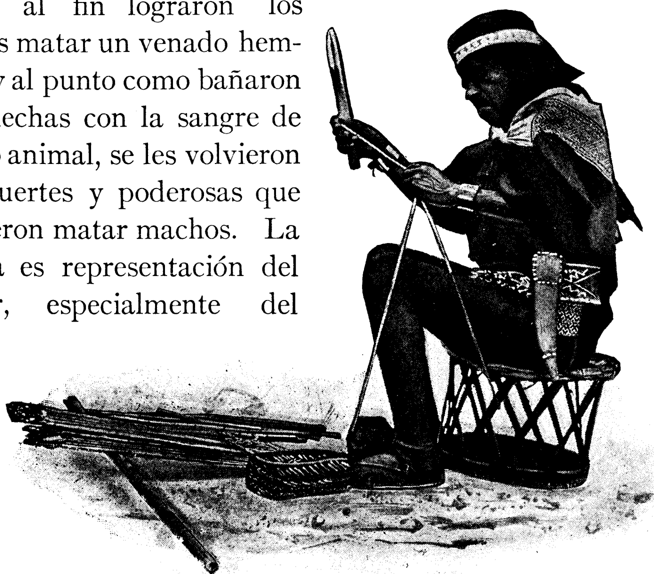


Huichol disparando una flecha.

Considero aceptado por respetable número de etnologistas que la flecha es un pájaro de alargado cuello; y también se le atribuye el poder que á los pájaros mismos, de ver y oírlo todo. Como el corazón de las aves está situado entre las dos alas, así también la parte vital, el corazón de la flecha, se supone en la parte del ástil, provista invariablemente de plumas. Allí se pintan los adornos simbólicos, consistentes por lo común en líneas longitudinales que indican el curso de la saeta, y zigzagues que sugieren que su fuerza y velocidad son semejantes á las del rayo.

Aun el hombre primitivo parece tener alguna idea de la evolución y lucha de la humanidad hacia el perfeccionamiento,

pues los huicholes conservan por tradición que las primeras flechas de los dioses eran de carrizo, el cual, aunque parecido al otate ó bambú, carecía de fuerza. Como sus saetas resultaban demasiado impotentes y frágiles contra los venados, conformábanse matando conejos, con cuya sangre untaban aquéllas, sin conseguir que fuesen menos débiles y feas. Pero al fin lograron los dioses matar un venado hembra, y al punto como bañaron sus flechas con la sangre de dicho animal, se les volvieron tan fuertes y poderosas que pudieron matar machos. La flecha es representación del poder, especialmente del

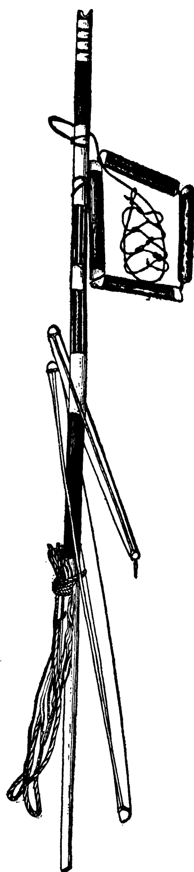


Huichol fabricando flechas.

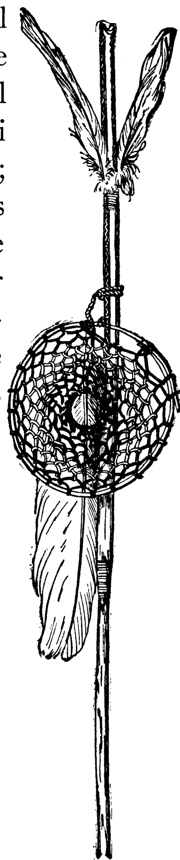
poder de los dioses, y de análogo modo la serpiente de cascabel, el escorpión y aun los meteoros son las flechas de ciertas deidades.

Además de la flecha de caza, hay la ceremonial, igualmente importante, usada sólo para propósitos religiosos. Aparentemente es la última muy semejante á la primera, pero por regla general tiene el ástil mucho más adornado que la de tiro. Es todavía muy problemático lo que signifiquen todas sus bandas y dibujos, pero es cosa averiguada que, en cierto sentido, son atributos simbólicos del dios á quien está dedicada la flecha: son su vestidura,

su cota, su monograma, digámoslo así. Hay flechas en que las figuras son bastante complicadas y ocupan diferentes campos, de especial significación cada uno. Éste puede representar la cara del dios; el otro, su manopla; si es rojo, la sangre del venado; si verde, el jículi, etc. Las plumas que se ponen siempre á las flechas para apresurar su vuelo y acrecer su misterioso poder, se eligen de algún ave perteneciente al dios á quien se consagran las mismas flechas; de suerte que si son para el Fuego, se adornan con plumas de águila real ó bien de guacamayo, en razón á su espléndido plumaje rojizo.



Flecha ceremonial para implorar buena suerte en la caza del ciervo. Contiene un lazo tal como se pone en el campo, dos arcos y otro lazo doblado. Longitud, 58 cm.



Flecha ceremonial con un escudo de malla, símbolo de la muerte del ciervo. Longitud, 49 cm.

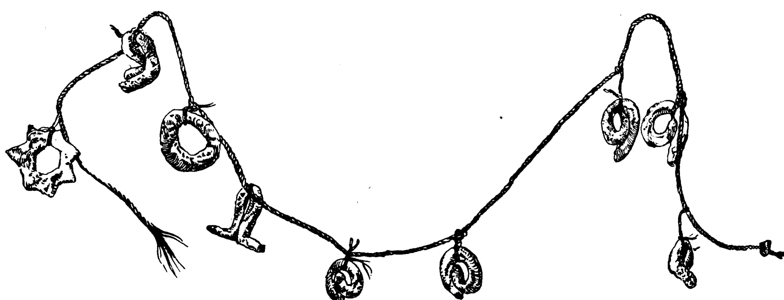
El modo más usual de ofrendar una flecha consiste en clavarla perpendicularmente en el suelo. Así las encuentra uno en todos los sitios sagrados, en fuentes y lagunas, en las profundas quiebras de las rocas, en las cimas de las montañas, en la playa del Océano Pacífico, en suma, dondequiera que la imaginación de los huicholes supone que puede habitar un dios á quien convenga implorar ó apaciguar. La flecha queda allí personificando al indio mismo ó á toda la tribu, y expresando sus silenciosas peticiones. "Tengo necesidad de hablar á los

dioses, asegura el devoto huichol;—y las plumas que pongo á la flecha, el algodón, la cuerda y la pintura expresan mis pensamientos." Dice, también, que "la flecha habla sola," dando á entender que no necesita la mediación del sacerdote.

La vida es objeto de las constantes preces de los huicholes, pues en su concepto es algo que está colgando en alguna parte y que es preciso alcanzar de continuo. Simbólicamente la expresan con una espiral pintada al rededor de una flecha, ó con el color rojo. "Hacemos flechas sagradas para ganar la vida," me decía cierta ocasión un indio tratando de explicarme su pensamiento; y luego me preguntó cándidamente: "¿Qué se usa en tu tierra? Seguro que tendrán algo para lo mismo." La flecha es la forma en que materializan más generalmente su oración, y se halla íntimamente relacionada con su vida. Cuando se disponen para cualquier suceso de importancia, fabrican una, á fin de impetrar el favor ó la protección de los dioses. Cuando va á nacer un niño en la familia, el primer deber del padre es hacer una flecha, y continúa haciéndolas cada cinco años por cada uno de sus vástagos, hasta que los muchachos han llegado á la edad de poderlas construír por sí mismos, ó que las muchachas se casan y toca á los maridos tal responsabilidad. Cuando hay necesidad de cazar venados, labrar la tierra, construír una choza ó casarse, la condición para asegurar el éxito es la misma. En caso de enfermedad, la flecha ceremonial tiene por mira devolver la salud al paciente, y si éste fallece, clávase una en la casa á fin de que no vuelva el muerto á inquietar á sus deudos. Así, pues, desde la cuna hasta la tumba, en todas las condiciones de la existencia, sirven las flechas para desembarazar de obstáculos el camino del hombre. El indio, por otra parte, adquiere con el solo hecho de fabricarlas, el conocimiento de todos los misterios sagrados.

Las flechas sirven también como mensajeras de solicitudes especiales, en cuyo caso las proveen con rodelillas delanteras ó de espalda, esteritas, tabaqueras diminutas, sandalias, arcos y otras muchas cosas representativas de tales y cuales deseos, y es, sin duda, la idea generadora de todo ello, que de esa manera se dispara la oración hacia el dios cuyos atributos se simbolizan con dibujos de color en el pie del ástil.

En las fiestas pluviales se acostumbra hacer á los dioses una ofrenda consistente en macizos panecillos de maíz

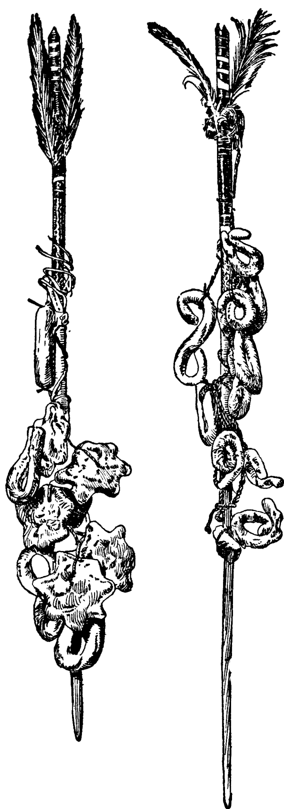


Rosario de rosquillas. Longitud, 95 cm.

cocidos en forma de culebras, caracoles, flores, etc., amarrados en un cordelillo para formar un collar que se cuelga en las flechas de los respectivos dioses, como aparece en el grabado.

Otros de los objetos simbólicos frecuentemente ofrendados á los dioses son los escudos hechos á imitación de los que usaban los antiguos guerreros. Llevaban éstos dos escudos; uno redondo, para protegerse por delante, y otro rectangular que les cubría la espalda resguardándolos de los ardientes rayos del sol y de las flechas enemigas, al par que de noche lo utilizaban como estera ó petate en que dormir. Cada vez que aparece el sol en el oriente, es su escudo lo que ven los huicholes. Como los dioses mismos usaban dichos escudos, las reproducciones modernas son

símbolos de adoración, sin que dejen de representar á menudo distintas peticiones, como protección contra el mal, de conformidad con el uso de los escudos originales. Diremos, de un modo general, que ambas clases de escudos son *tejidos* cuyas características labores expresan plegarias é ideas mitológicas y cósmicas.


Flechas con sartas de roscas.

El delantero (*ne- alica*) se hace con carrizo ú otate majado con que se forman discos planos entretejiendo estambre de colores. Á veces se le deja en el centro el tradicional agujero por donde el guerrero podía ver á su enemigo, pero con frecuencia sólo se indica la abertura en el tejido. Dichos escudos suelen tener no más de tres pulgadas de diámetro, pero los hay que miden veinte y aun veinticinco. Lo que les falta en solidez tiénenlo por lo común en mérito artístico, pues pasma á menudo el efecto que producen los fabricantes, si se considera la pobreza del material de que disponen.

En las planchas XI y XII pueden verse unas figuras de escudos delanteros. Los dos representados en la lámina XI (a y b), y el a de la XII, dedicados á la Diosa de la Nubes Orientales, me fueron llevados de la famosa gruta que tiene esta divinidad madre cerca de Santa Catarina.

La figura central en blanco de la XIa representa cuatro nubes que ascienden; las otras cuatro que la rodean, aves que se ciernen sobre las nubes. Las crucecitas de la sección siguiente simbolizan granos de maíz de varios colores.

La diosa misma está representada por la culebrina que significa río ó, lo que es lo mismo, serpiente. Las nueve figuras triangulares colocadas entre la cabeza y la cola de la serpiente representan otros tantos jículis. El conjunto del escudo encierra una petición por que llueva y para tener buena salud.

En la figura XIb aparece lo siguiente: (*a*) un jículi; (*b*) siete colibríes; (*c*) cuatro herbolarios del jículi ó peyoteros, uno en cada esquina del mundo; (*d*) tres bules dobles; (*e*) símbolos del maíz; (*f*) el cereal primitivo de los huicholes y los dioses, *wa-vë;* (*g*) cierto insectillo rojo de la estación húmeda, simbólico del grano; (*h*) un vencejo. Delante se había fijado una flor de papel de las que se venden en las tiendas mexicanas. El escudo expresa la petición de que los peyoteros no se enfermen.

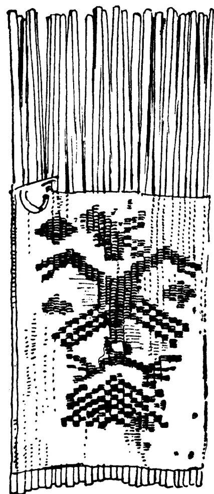
La lámina XIIa contiene los siguientes dibujos: (*a*) mariposas; (*b*) cinco chupamirtos; (*c*, *d*) los dos niños que dirigen en las fiestas la procesión oferente del sacrificio; (*e*) la res sacrificada; (*f*, *g*, *h*) varias serpientes que representan á la diosa; (*i*) insectillos rojos de las aguas, simbolizan el maíz; (*j*) un guaje de doble jiba. Este escudo expresa una solicitud de lluvia y se refiere al sacrificio de un buey en una fiesta.

En la lámina XIIb se reproduce un escudo delantero de la Diosa de las Nubes Occidentales, procedente de la cueva que tiene cerca de San Francisco, en la región cora. Los dibujos representan las ondulaciones del agua, en otras palabras, serpientes de varios colores, en concepto de los indios. El objeto del escudo es claramente solicitar que llueva.

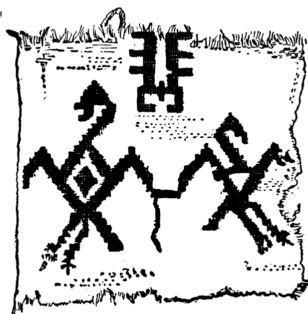
La vista de tales escudos votivos colgados en fila indujo á mi finado amigo Cushing á sugerir que es muy probable, dado su simbolismo, que se relacionen con los que usan los zuñis y otras tribus del norte en sus danzas sagradas. Creía que si dichos *chimalli* se hubiesen colgado en los

templos conforme á un orden determinado, pronto hubiéraseles considerado como "escudos parlantes" ó como el primer esfuerzo para rememorar actos ó sucesos en forma visible, y el próximo paso hubiera sido esculpirlos ó pintarlos en los muros sagrados, precisamente como ocurrió con las inscripciones en forma de escudo llamadas glifos, de las antiguas ruinas mayas.

Los escudos de espalda (*nama*) ó camas pueden ser duros ó blandos, siendo los primeros por el estilo de los delanteros; pero los segundos se hacen de un tejido de pita ó lana, en un telarcillo que el tejedor retiene entre los dedos gordos de sus pies y su faja. Los escudos de espalda son medios popularísimos de impetrar la protección divina, por creerse que duermen en ellos los dioses y diosas, quienes, al acostarse en tales lechos, se enteran con mayor seguridad y eficacia de las solicitudes incorporadas en los dibujos.

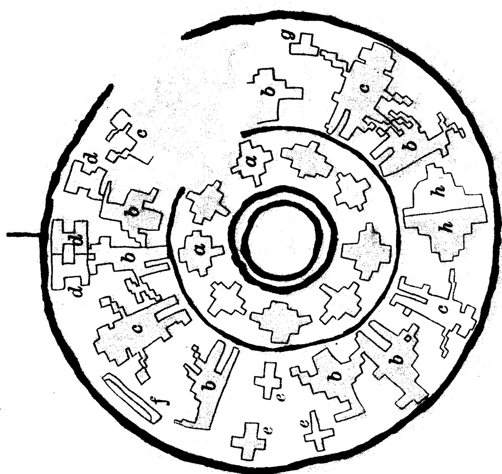


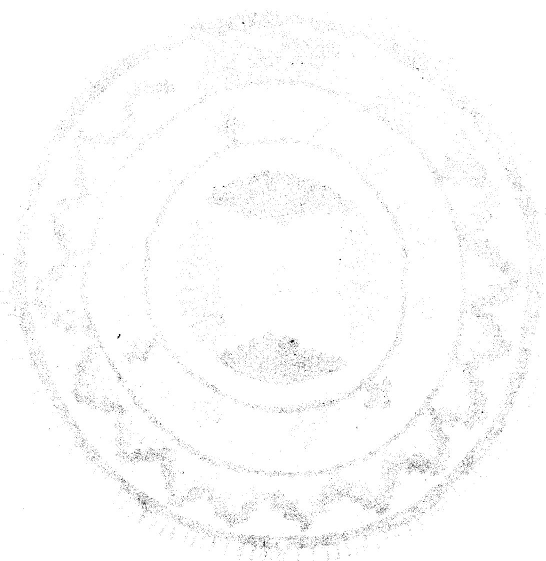
Escudo duro para la espalda. El dibujo simboliza oraciones al águila divina. Longitud, 2.7 cm.

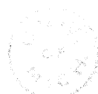


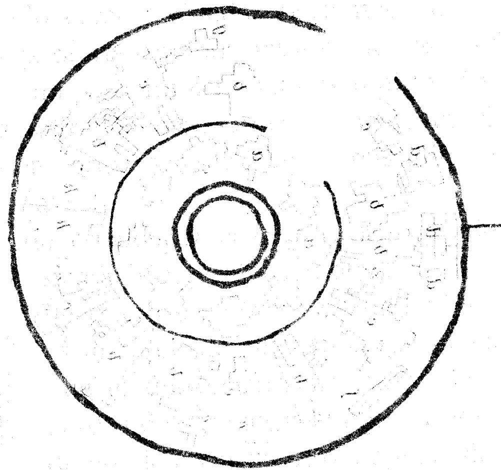
Escudo de lana para la espalda, con bordados que expresan el deseo de que el escorpión no les pique á las gallinas. Anchura, 19.5 cm.

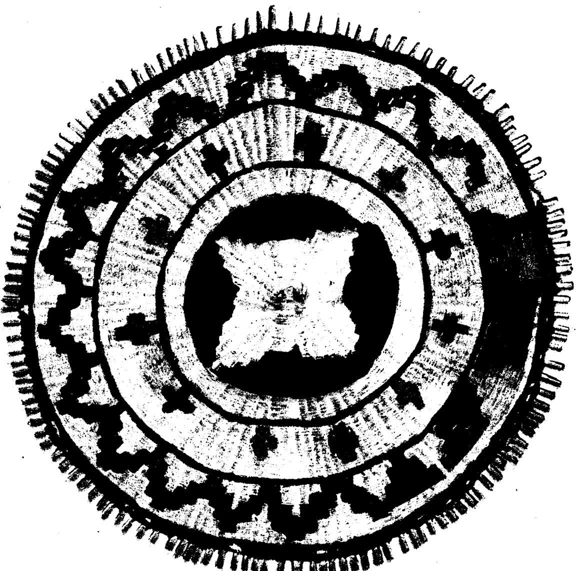
En el escudo de espalda, cuyo grabado está á la izquierda, se ve una representación del águila real, ave que sostiene con sus garras al mundo, según creencia de los indios. Como de costumbre, está pintada con dos cabezas, como la europea; pero incapaces los indígenas de dibujarla de frente, indican ambos lados duplicando el cuello y la cabeza.



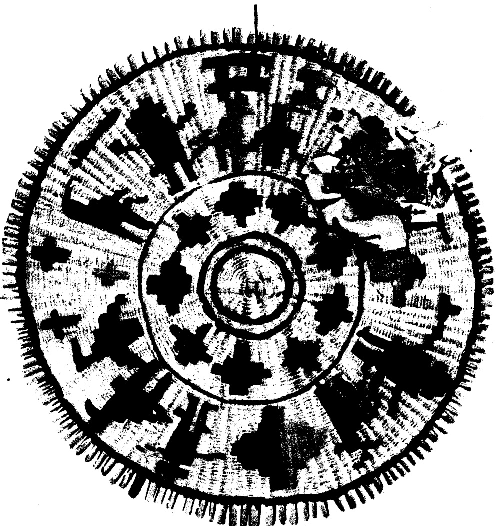








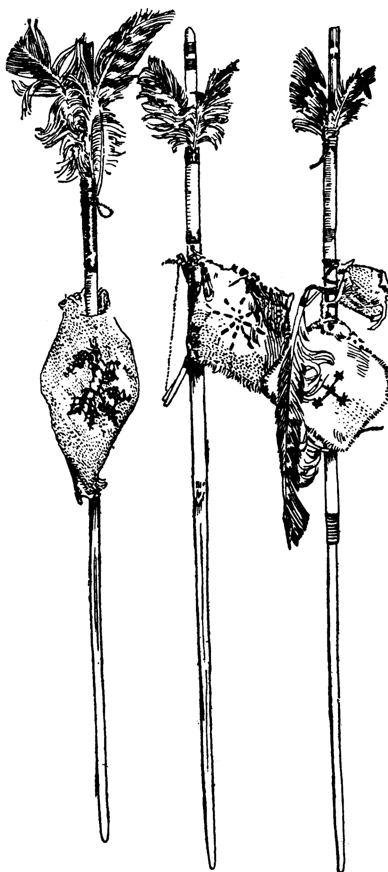
a



b

UNIV. OF MICH.

El escudo de espalda de la próxima página es un tejido de trama floja, hecho con fibra, en que se han entrelazado trasversalmente algunos vellones de lana negra para expresar el deseo de que nazcan en el aprisco muchos corderos negros y que todos lleguen á ser de ese color.

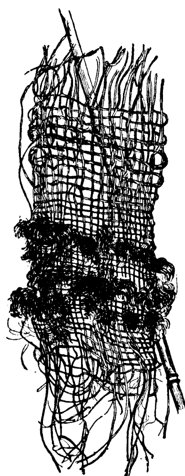


Escudos de lana atados á las flechas por las huicholas en solicitud de buena suerte en sus bordados.

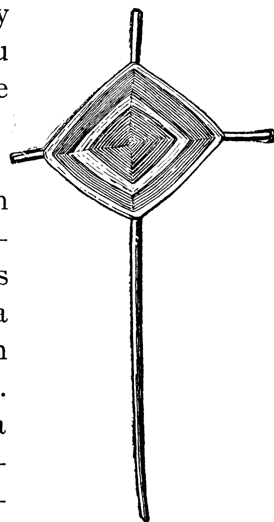
Ninguna huichola emprende jamás trabajo alguno sin implorar la ayuda de los dioses. Es usual expresar la buena suerte bordando una figurilla, á menudo incompleta, en un escudo posterior de algodón ó lana, que se cuelga en el ástil de una flecha.

Objeto simbólico de profundo interés es el ojo de dios ú ojo sagrado (*sículi*), el cual se hace tejiendo entre dos varillas en cruz, con estambre ó cordón de colores, un cuadrado dispuesto diagonalmente en forma de rombo, á manera de fistol. La mira del suplicante es que el dios lo acompañe, dándole salud y vida; pero puede simbolizar otras plegarias. El que pretende implorar algo por medio de un *sículi*, necesita sentarse junto al que lo fabrica. En la fiesta de las calabazas nuevas, que es fiesta de los niños, cada uno de éstos lleva un "ojo" bajo de la banda de sus cabellos, simbolizando la flor de calabaza macho. En la página

209, se ve á la izquierda un ojo de dios clavado en un pedazo de tejido, ofrenda presentada por una mujer como muestra del trabajo que trataba de hacer y en solicitud de que el ojo la cuidase y ayudara á llevar á cabo su propósito. Á la derecha de la misma página hay otro ojo prendido en una tela de algodón en que se ve un apunte de bordado. Expresa de igual modo las súplicas de una mujer para acabar con felicidad algún bordado emprendido por ella. He aludido ya á la existencia de estos ojos entre los tepehuanes, y también los tarahumares los usan, denominándolos *huishima* ó *teyiquee*. Encontré un solo ejemplar hecho de estambre negro y amarillo é igualmente se emplean el blanco y el rojo. Los tarahumares lo cuelgan en la cruz del patio ó lo suspenden de una larga varilla que el sacerdote mueve de un lado á otro para alejar cualquiera enfermedad.



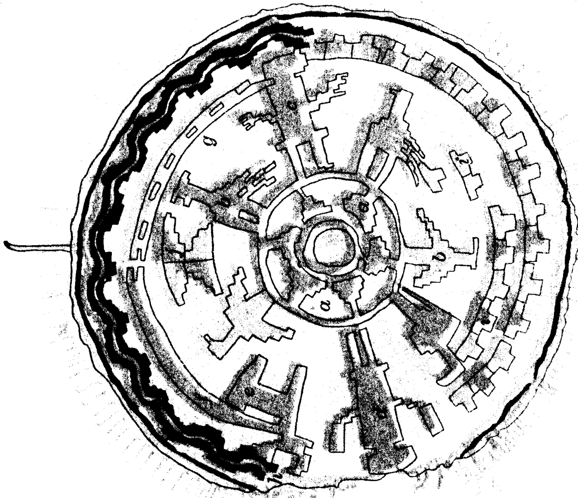
Escudo dorsal de fibra sujeto á una flecha en solicitud de muchos corderos negros. Longitud, 25 cm.



Ojo de dios (huichol) usado por un niño. Longitud, 18 cm.

Los ojos de dios son conocidos en una amplia zona de la costa occidental de Norte América y se han encontrado abundantísimos en los antiguos sepulcros del Perú. En algunos casos habían servido de ojos artificiales en las falsas cabezas de las momias, siempre hechos en forma de prendedores y colocados de tal manera, que los ángulos agudos corresponden á los lagrimales de la momia. El ojo simbólico sugiere vivamente la homogeneidad de las razas americanas. El estudio esmerado de una tribu puede, pues, dar mucha luz sobre los problemas que otras



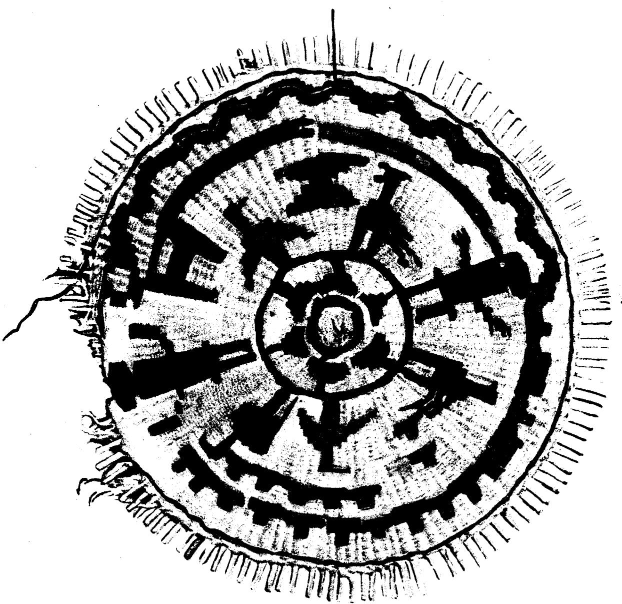


209, se ve á la izquierda un ojo de dios clavado en un pedazo de tejido, ofrenda presentada por una mujer como muestra del trabajo que trataba de hacer y en solicitud de que el ojo la cuidase y ayudara á llevar á cabo su propósito. A la derecha de la misma página hay otro ojo prendido en una tela de algodón en que se ve un apunte de bordado. Expresa de igual modo las súplicas de una mujer para acabar con felicidad algún bordado emprendido por ella. He aludido ya á la existencia de estos ojos entre los tepehuanes, y también los tarahumares los usan, denominándolos *[illegible]* o *[illegible]*. Encontré un solo ejemplar hecho de estambre negro y amarillo [illegible] emplean el blanco y el rojo. Los tarahumares [illegible] cruz del patio ó lo suspenden de una larga varilla que [illegible] mueve de un lado á otro para alejar cualquiera enfermedad.

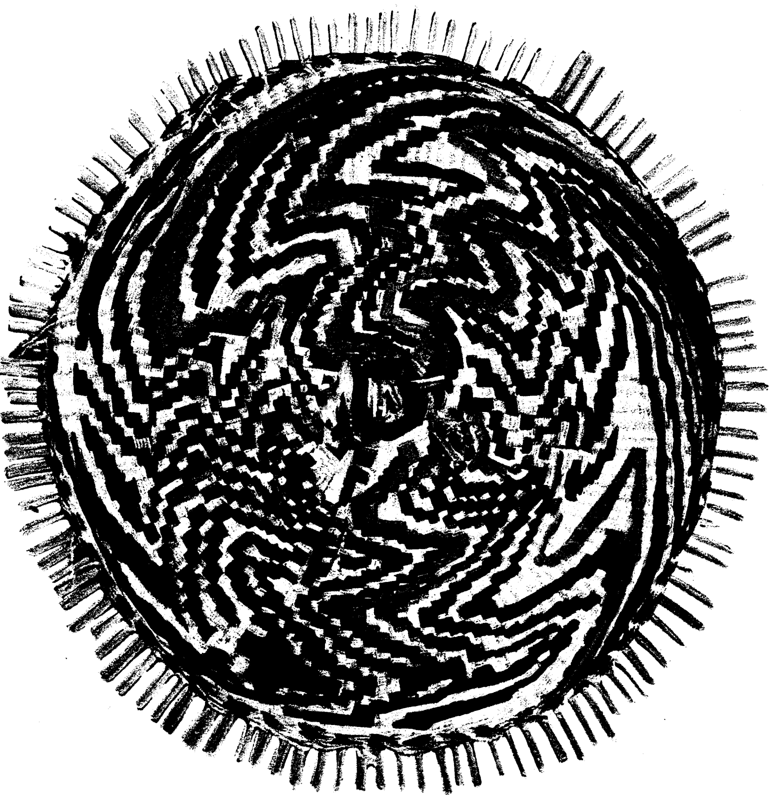
Escudo dorsal de fibra sujeto á una flecha en solicitud de muchos corderos negros. Longitud, 25 cm.

Ojo de dios (Huichol) [illegible] por un [illegible]. Longitud, 18 cm.

Los ojos de dios son [illegible] de la costa occidental de Norte América [illegible] abundantísimos en los [illegible] del Perú. En algunos casos [illegible] las falsas cab[illegible] momias [illegible] forma de prendedores [illegible] ángulos agudos corresp[illegible] lágrimas [illegible]. El ojo simbólico sugiere [illegible] de las razas americanas. El estudio [illegible] de una tribu puede, pues, dar mucha luz sobre los problemas que otras



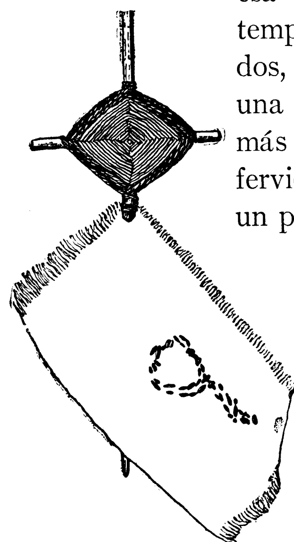
a



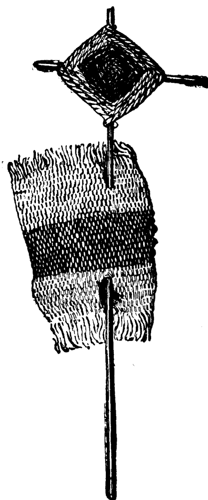
b

tribus ofrecen, por lejanas que estén en el espacio y el tiempo.

Los indios se atarean en fabricar estos curiosos objetos de que he hecho suscinta exposición, y aun á los principales puede vérseles, antes de alguna fiesta, entregados á esa ocupación dentro del templo. Para los no iniciados, tal escena da idea de una fábrica de juguetes, más que de los solemnes y fervientes preparativos de un pueblo piadoso y devoto para una gran ceremonia religiosa. Como se valen de instrumentos primitivos y rudos métodos, son insignificantes, por supuesto, los productos de esa religiosa industria. Teniendo en cuenta la antigüedad de la tribu, es muy natural que haya mucha diversidad en el significado de sus símbolos; de suerte que un par de sandalias de viejo modelo, usadas ya únicamente por los sacerdotes en la gran fiesta de los huicholes, llegaron á significar, en diminuta reproducción, el deseo de que todo saliera bien y ningún mal ocurriera; y como la fiesta no podía celebrarse hasta no haber matado cierto número de venados, expresaban á la vez una solicitud de buena suerte en la caza; finalmente, como en lo antiguo sólo eran los hombres quienes las usaban, podían haber sido ofrenda-

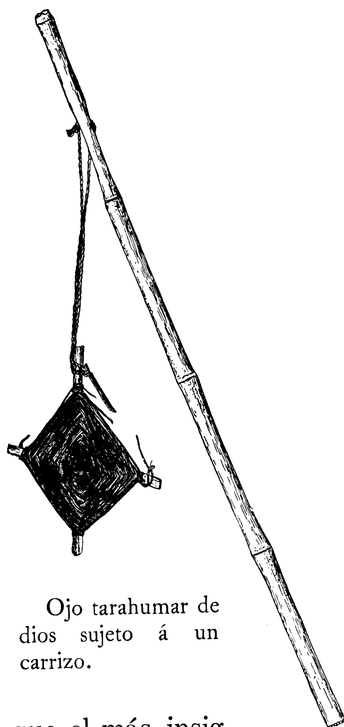


Ojo de dios (huichol) con un retazo de lienzo. Expresa la solicitud de una mujer porque le salga bien un bordado. Longitud, 15 cm.



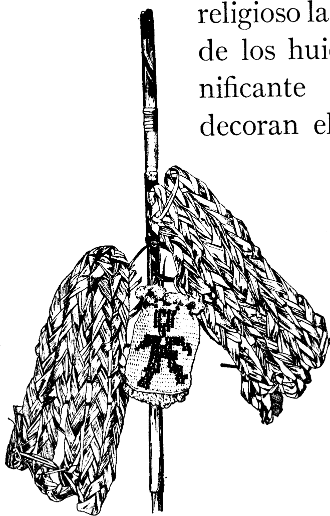
Ojo de dios (huichol) con un fragmento detejido. Representa el deseo de una mujer porque le salga bien dicho trabajo. Longitud, 16 cm.

das por una mujer que quisiera marido. Á pesar de esta diversidad de sentidos, puede siempre encontrarse la relación entre el símbolo y el pensamiento.



Ojo tarahumar de dios sujeto á un carrizo.

Para el hombre primitivo, es la religión algo personal, no meramente una institución como para la mayor parte de los cristianos, de suerte que dedica su vida á una continua reverencia de sus deidades. No siempre está de acuerdo su moral con la nuestra; pero no debemos olvidar que es más sincero en sus creencias por absurdas que parezcan á los blancos. Tan completamente penetra el sentimiento religioso las ideas de los huicholes, que el más insignificante fragmento de adorno con que decoran el más trivial de sus vestidos ó utensilios, encierra el deseo de algún beneficio, la súplica de ser protejidos contra el mal, ó el testimonio de adoración á un dios; en otras palabras, el pueblo lleva siempre consigo, en forma visible, sus oraciones y devotos sentimientos.



Dos pequeños huaraches de palma atados á una flecha. Longitud de cada sandalia, 13 cm.

Pocos investigadores, si los hay, dudan ahora que los adornos del hombre primitivo no sean resultado de su contemplación de la naturaleza y de las cosas.

Nunca se ha sentado un salvaje á decorar cosa alguna por mero capricho y sin deliberada intención. Con los huicholes sucede que todos sus dibujos se derivan del mundo animal y vegetal, de objetos importantes en la economía doméstica y vida religiosa de la tribu, de fenómenos naturales familiares al pueblo; y dichos dibujos se encuentran reproducidos en cuanto les concierne, pudiendo



Indias huicholas. La del centro, con un jolote muy bien bordado.

tejerse, bordarse, ó representarse con chaquira. Los que me sirvieron para mis ilustraciones están figurados con estambre en el canevá, con excepción de uno bordado.

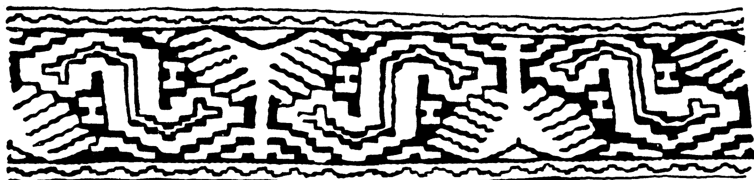
Las fajas y cintas, por ser consideradas como culebras de agua, constituyen en sí mismas oraciones para que llueva y se obtengan todos los resultados de la lluvia, á saber,

buenas cosechas, salud y vida; y las labores de tales objetos imitan el dorso de los reptiles verdaderos, tal como aparecen á los ojos del indio, y significan los deseos del tejedor ó del dueño de la banda. El doble bule, aun en su forma mas convencional, da á entender que se pide agua, fuente de toda dicha; y animales como el león, el jaguar, el águila, etc., expresan ruegos en solicitud de protección y reverencia á la deidad á quien tales seres pertenecen.



Dibujo textil; colibríes libando una flor de *jápani*.

Se ha afirmado que los dibujos de plantas ó flores, entre los aborígenes de América, se deben únicamente á influencia extranjera, á los antiguos misioneros que, deseando apartar el espíritu de los naturales, de sus decoraciones profundamente simbólicas y religiosas, los indujeron á imitar el inocente mundo de las plantas. Esto es verdad hasta cierto punto; se aplica, por ejemplo, á los indios tarascos de Michoacán, que generalmente copian flores naturales para sus hermosas lacas; pero no puede decirse lo mismo tratándose de los huicholes porque, en primer lugar, los misioneros sólo hicieron, relativamente hablando, insignificantes y pasajeros cambios en el estado mental de la tribu, y en segundo lugar, porque las flores desempeñan, y siempre han desempeñado, importante papel en la religión de dichos indios. Las flores son para ellos, como las plumas de las aves, solicitudes de lluvia y vida; sacrifícanlas al Dios del Fuego y á las demás deidades depositándolas en los nichos de los templos, en las fuentes y ojos de agua, en las cuevas y otros lugares sagrados; jamás cortan una flor sino movidos por intención piadosa; en ciertas fiestas las mujeres forman con ellas guirnaldas para su cabeza ó se las ponen sueltas detrás de las orejas, en tanto que los hombres las prenden en los sombreros, de todo lo cual re-



Fragmento de una cinta con dibujos alternados de palmas y serpientes de dos cabezas. Contiene también bules ó calabazos.

sulta naturalísimo que la representación de las flores haya llegado á ser tan importante como la de los animales, en el arte decorativo de los huicholes.

Sucede que con el tiempo se vuelve tan convencional un dibujo que es imposible para los blancos reconocer el objeto que el artista intentó representar, si los mismos indios no se lo interpretan. Sin embargo, los resultados obtenidos son grandemente satisfactorios y muy elocuentes respecto al sentido estético innato en la raza. Aunque se haya olvidado el significado original de cualquiera dibujo, como sobrevive la fe en su eficacia, se ha perpetuado la figura.

Examinando las labores de los tejidos huicholes, no puede uno menos de sentirse sorprendido al no encontrar casi dos que se parezcan. Esta variedad es característica de los indios y crece con la habilidad é imaginación del artista. Puede suceder que una mujer, siempre deseosa de encontrar un dibujo más bonito que el que tiene, copie el dechado de una amiga, y á la modificación del aspecto contribuye á la par el tamaño ó forma del objeto que se trata de ornamentar: por ejemplo, en las cintas y ceñidores muy angostos, en que tienen que reducirse las labores.

Los artículos que compran los huicholes á los mexicanos, de mayor ó menor importancia para las industrias artísticas de la tribu, son principalmente los que siguen: manta, hilo y agujas, franela roja, chaquira, pañuelos estampados, estambre y eslabones para sacar fuego. Junta-



Bordado que representa la planta trepadora *jápani* con flores y hojas.

mente con los materiales extraños, ha ido penetrando de fuera cierta ligera influencia en los dibujos, sin que en lo principal se hayan modificado, influencia á que se debe la introducción de algunas nuevas formas, como el eslabón, la trompa gallega ó birimbao, el caballo, los cuernos de toro, etc. La forma del eslabón, bastante bella de por sí, ha servido á los huicholes para desarrollar interesantes dibujos convencionales en sus fajas y talegas, pues reverenciando tal utensilio por la relación que tiene con el Dios del Fuego, han llegado á reproducirlo en figuras más hermosas que la original. Las cuentas de vidrio han facilitado con sus varios colores la expresión de dibujos simbólicos realzando su belleza, de donde viene que su influencia haya sido bastante ventajosa para el desarrollo del arte huichol.

No pueden considerarse igualmente benéficos los pañuelos de color, y es una fortuna que sus pomposos animales y flores sean muy difíciles de copiar para los indios, por más que tan vivamente los cautiven. Sólo los dibujos puramente ornamentales están al alcance de su capacidad, y por más que pongan en ellos sus propias ideas, pronto se comprende que la imitación extranjera va abriéndose paso con perjuicio del arte primitivo de los indígenas. No ha sido grande, sin embargo, el daño causado hasta ahora, por ser escasos quienes poseen tales pañuelos y raros también los modelos que los indios se ven tentados á reproducir.

El telar en que se ejecutan esos trabajos, á menudo realmente artísticos, es de la más primitiva construcción. Uno de sus extremos se ata al tronco de un árbol ó en una estaca, y el otro se lo sujeta el tejedor á su propio cinto. El bolillo es de brasil. Tejen camisas de lana, de que

tendrá actualmente la tribu como doce modelos, en forma de una larga tira que se dobla después y se cose de los lados, agregando separadamente unas mangas cortas. El telar en que fabrican estas piezas grandes se tiende en el suelo.

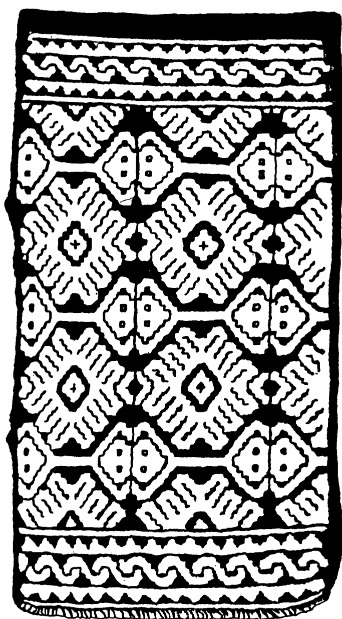
Para hacer un ceñidor, necesitaría una mujer estar trabajando en su telar seis días sin interrupción; pero



India huichola tejiendo una faja.

teniendo muchas otras cosas á que atender, emplea á menudo tres semanas ó más. Las labores de las puntas de faja son siempre algo diferentes de las usadas en la parte principal, y consisten por lo común en líneas trasversales en zigzag, como pueden verse en el grabado de junto, que simbolizan el relámpago. Las hebras que quedan sueltas en los extremos, se juntan en uno ó dos entrenzados que se aseguran anudándolos.

Las cintas son muy semejantes á las fajas pequeñas, y debido á su angostura tienen labores más finas y delicadas. Las bolsas se tejen de una pieza que se dobla por enmedio y se cose de los lados. El bordado, que los hombres hacen á veces tan bien como las mujeres, se ejecuta en puntadas cruzadas con maravillosa precisión, siempre sobre tela de algodón barata y con hilo colorado que obtienen destejiendo pedazos de bayeta. En el Museo Americano de Historia Natural, de Nueva York, hay una camisa con hermosas franjas bordadas de cuatro pies y ocho pulgadas de largas por cuatro pulgadas y un cuarto de anchas, cuyas labores son muy variadas.



Una talega, antes de ser cosida. Dibujo: la flor de la Pasión (*Corpus*) y escobetas de cabeza, colocadas longitudinalmente. Longitud, 12.5 cm.

En mis compras de artículos decorados y otros objetos simbólicos, me empeñaba siempre en averiguar la interpretación del adorno. Con frecuencia, nada definido sabían los hombres acerca de lo que significaran los dibujos de sus fajas, cintas y bolsas, y era difícil encontrar una mujer capaz de interpretar las labores hechas por otra. Por regla general, se desprenden los indios con buena voluntad de sus hermosos tejidos, pero hay también casos en que no hay poder humano, ni aun el del gobernador, que pueda obligar á una mujer á vender nada de lo que hace.

El bule ó guaje de doble cavidad, que sirve de asunto á los dibujos más usados, es simplemente un desarrollo

anormal del ordinario, con dos protuberancias unidas por un angosto cuello. Se le provee de tapón que consiste á menudo de un pedazo de olote, y se carga sujeto de una cuerda que se le amarra en la cintura. Los emplean los peyoteros para llevar agua de la tierra del jículi. El bule representado en el grabado es del tenor de los que usan los huicholes para el servicio diario.



Extremo de faja. Dibujo principal: doble representación de la flor *piriqui*.

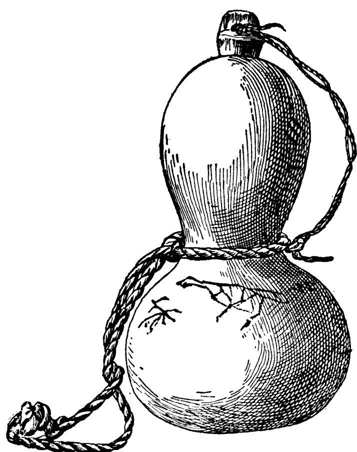


Punta de faja. El dibujo representa probablemente antiguos pedernales de flecha.

Los bules dobles se consideran mágicos y han llegado á ser el más importante símbolo del agua. Su figura, con excepción de la de la cruz, constituye el dibujo más generalizado en América, pues tan común era entre los aztecas como entre los antiguos peruanos.

En la lámina de la página 219, he dado, en las dos series superiores, una tabla de la evolución que ha seguido el dibujo del bule, resultado del estudio que practiqué en un número muy grande de objetos huicholes, tales como bolsas, ceñidores, cintas, etc. La primera figura de la izquierda, en la primera fila, es una exacta representación del bule de agua, y fácilmente podrá seguir el lector los pasos sucesivos del dibujo hasta que se convierte en un simple triángulo, equivalente, primero, á la mitad, y por último, á la cuarta parte del bule.

En la segunda fila, se han incorporado á la figura la cuerda y el tapón, aquélla en forma de una línea trasversal, y éste aplicado también, por simetría, al fondo del bule. El segundo dibujo es simplemente la mitad del primer corte longitudinal. En el tercero, se han suprimido los tapones. El cuarto es la parte superior del primero, quitado el tapón, y el quinto no es sino la mitad del cuarto. El sexto es una reproducción más simétrica del primero, agregándole dos pares de puntas angulares y haciéndole un ojo sagrado en el centro. El sétimo es la mitad del sexto. En el octavo y noveno ha crecido el número de puntas y aun se han reproducido en más hileras.

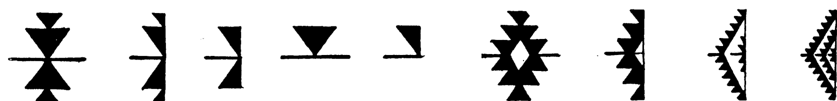
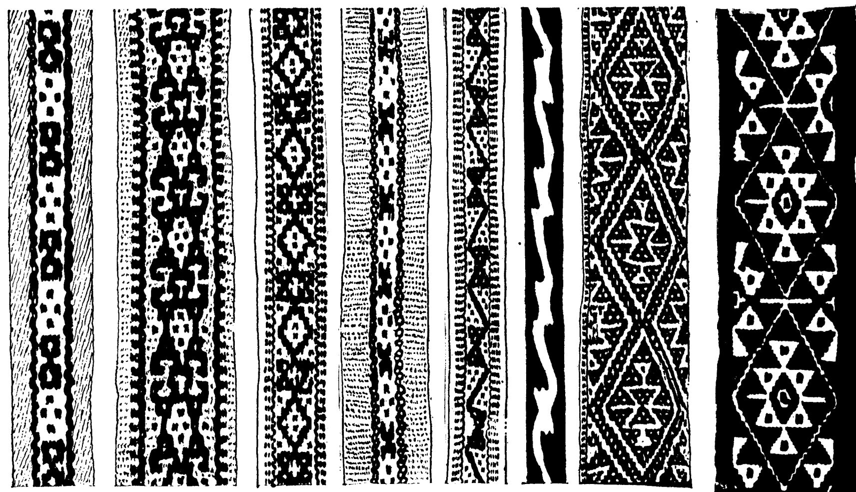


Bule de agua de los peyoteros. Altura, 22.5 cm.

En la parte inferior de la página aparecen aplicados estos diversos dibujos á las fajas, fáciles de reconocer.

La cinta que aparece en lo alto de la página muestra con mucha claridad el dibujo del bule de agua, y puede también notarse que el cruce de las líneas quebradas forma un ojo sagrado como marco para cada dibujo. Colocando la faja en posición perpendicular, prontamente se advierte cómo se ha reproducido un segundo bule con figura más convencional en el exterior del marco que encierra al primero.

La escobeta ó peine de los huicholes da motivo igualmente para estas labores, aunque no muy frecuentemente. Se hace de una fibra llamada lechuguilla, que llevan de la tierra del jículi. El cordelillo enrollado en el mango de la que aparece en el grabado, ha sido trenzado de modo de formar una mariposa, utilizando en ambos extremos para dicho dibujo la desigualdad que naturalmente se produce

R. Weber, del.

Dibujos del bule de aguay sus aplicaciones.

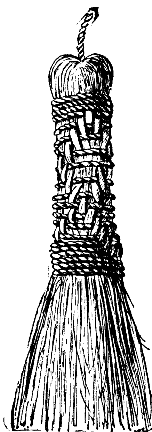


Cinta con dibujos de bules.

en la cabeza de la escobeta como resultado del trenzamiento de las fibras.

El eslabón, aunque puede decirse que se ha introducido recientemente, tiene estrecha relación con las ideas religiosas de la tribu porque representa al Fuego, que es el más grande de sus dioses, y como todas las cosas sagradas son símbolos para el hombre primitivo, han adoptado los huicholes dicho utensilio entre sus dibujos decorativos. En la página 222 se ve la figura de uno de los eslabones que venden los mexicanos, y tres dibujos evolutivos del mismo.

Generalmente se aplica este dibujo en guardas para adornar las orillas de las fajas y bolsas como se ven en las aplicaciones de la página siguiente. En las dos taleguillas que aparecen en la parte superior de la página 223, se encuentran otras combinaciones del dibujo del eslabón: la de la izquierda tiene dos dibujos completos; la de la derecha, mitades y cuartos del dibujo. Pueden verse también otras labores: en el ceñidor de la izquierda, la serpiente de doble cabeza, y en la bolsa siguiente, dos hojas y una flor de plátano colocadas longitudinalmente; en la faja de la derecha, que es una hermosa imitación del dorso de una serpiente, hay una serie de ojos divinos.


Escobeta huichola. Longitud, 12 cm.

Las líneas quebradas y de muescas que se ven en el borde de las bolsas y cintas, tanto en estos como en otros casos, significan, por lo general, relámpagos ó guías de calabaza, las primeras; las segundas, huesos labrados de venado.



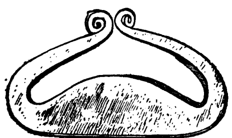
Fragmento de cinta huichola con dibujos alternativos de escobetas y bules.

El águila real es dibujo favorito para bolsas. La aguililla, que, según se cree, sostiene al mundo en sus garras, ampara especialmente al maíz, de donde procede que la flor *totó*, símbolo de ese grano, se pinte en el pecho de las águilas dibujadas. Como antes se explicó, no tienen tales dibujos la menor relacion con la doble águila de las heráldicas divisas europeas, pero junto de las cabezas de la primera bolsa pueden advertirse coronas debidas al contacto de la civilización. El águila custodia es equivalente para los huicholes á la virgen María, cuya imagen han visto provista de una corona, que es la reproducida en



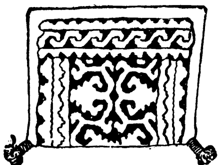
Fragmento de cinta huichola con dibujos de eslabones.

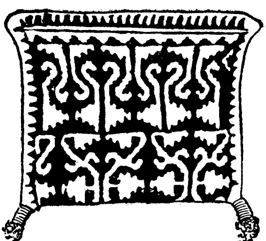
el dibujo. Son de mayor importancia, porque no revelan contaminación con las ideas de los blancos, los bellos y efectivos dibujos de águilas de la segunda talega. Hállanse representadas las plumas de las cabezas en atrevidas y marcadas curvas, y la combinación de dos águilas es en extremo artística y puede compararse ventajosamente con las mejores insignias heráldicas de los tiempos medievales. Las orillas derecha é izquierda se componen de *totós*, algunas de cuyas flores se ven también llenando con mucho gusto los espacios que quedan entre las cabezas. El dibujo principal del borde superior es muy común, y, en concepto de los huicholes, sirve para representar convencionalmente la cadena de manos vistas por un lado.







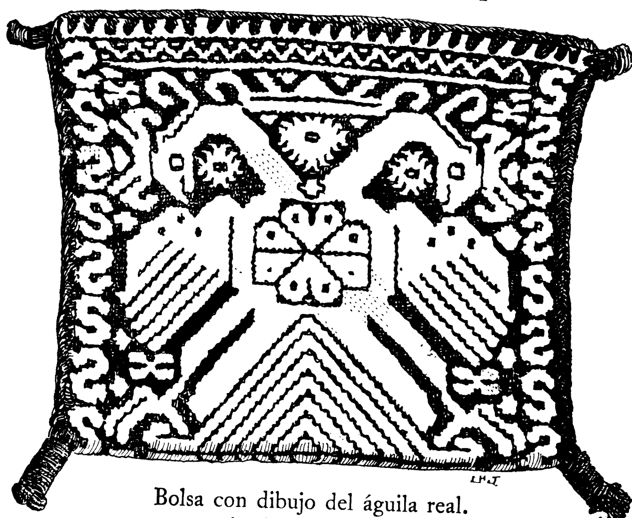




El dibujo del eslabón y sus aplicaciones. El instrumento que ha originado dicho dibujo está reproducido en la esquina superior izquierda.

La bolsa de dos anchos zigzagues ofrece un dibujo muy interesante en que dichas líneas representan las ho-



Bolsa con dibujo del águila real.
Anchura, 13 cm.

radaciones que hace cierto insecto (el *comején*) bajo la corteza de los árboles. Á tales surcos se les llama también



Bolsa con dibujos de águilas reales.
Anchura, 22 cm.

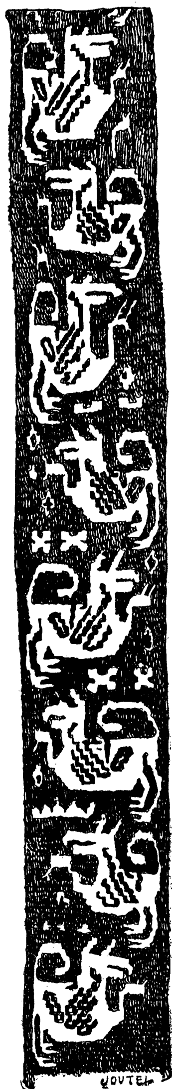
"pinturas de la cara del árbol." Casi todos los demás dibujos son *totós*.

Crece en la región de los huicholes la florecilla denominada *totó* durante las aguas, en la estación del grano, y por ende ha llegado á ser la oración y el símbolo del maíz. Las mujeres, especialmente, se pegan con saliva la corola de dicha flor sobre cada carrillo, y con ello expresan sus deseos á los dioses. Para tener estas flores permanentemente consigo, las representan los huicholes en el tejido de sus fajas, y las bordan en sus ropas. Como el pensamiento



Bolsa con dibujos que representan totós y taladros de comejenes. Anchura, como 11 cm.

expresado por la flor predomina en el entendimiento popular, aparece con mucha frecuencia este dibujo. He recogido todas las varias formas en que se emplea. Su ligera semejanza con dibujos orientales haría sospechar alguna influencia extranjera; pero tan sujetos á imitaciones tienen que estar, por su naturaleza misma, los dibujos de flores que siempre debe esperarse encontrar parecido en los ejecutados por tribus y aun por razas lejanas. En los que nos ocupan, se



Fragmento de cinta con dibujos de perros.

observa una curiosa discrepancia, á saber: la verdadera flor tiene cinco pétalos, pero se representa convencionalmente con cuatro ú ocho, y á veces con seis. Puede ello deberse ora al deseo de hacer la flor de conformidad con los cuatro ángulos ó las seis regiones del mundo, ora á la dificultad de formar estrellas de cinco puntas iguales.

Varios aspectos de este dibujo pueden verse en la camisa tejida de lana blanca y bordada en rojo. La flor del centro

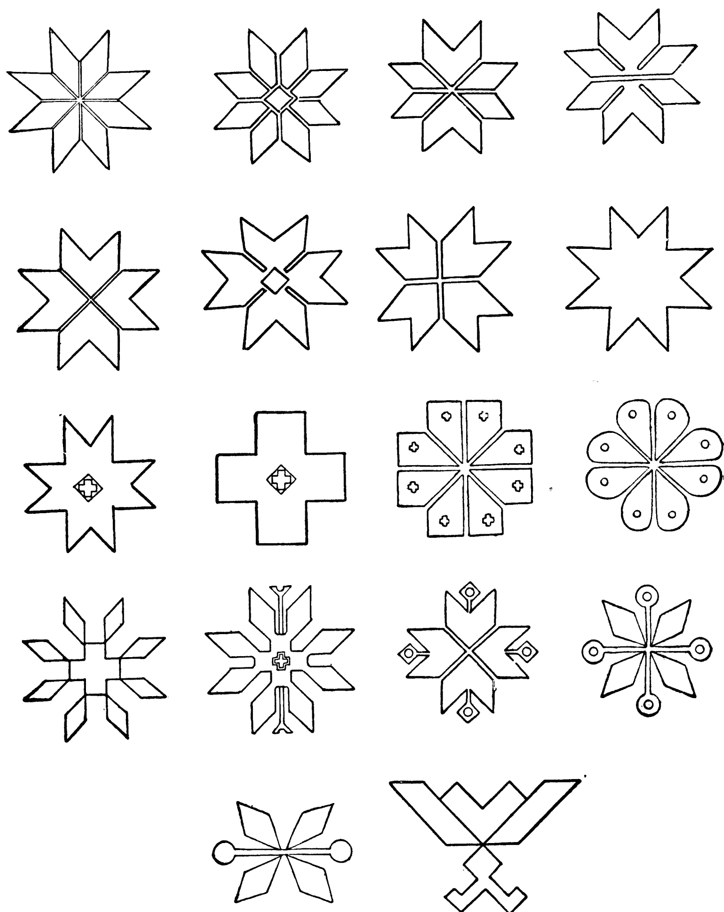


Mujer y niño con corolas de totós en los carrillos.

tiene otros ocho pequeños *totôs* dentro de ella, y en los pétalos bordados sobre los hombros hay figuras de guacamayos.

En la hermosa talega de la página 231, que contiene principalmente dibujos de dicha flor, puede notarse representada cada una dentro de otra más convencional en figura de cruz. Aun los pequeños aditamentos rectangulares de arriba y abajo son probablemente formas en extremo convencionales del mismo dibujo. Las líneas obli-

cuas cruzadas sobre todo el costado de la bolsa producen un ojo divino para cada flor. Las varias tiras trasversales de culebrillas simbolizan sarmientos de calabaza, y las



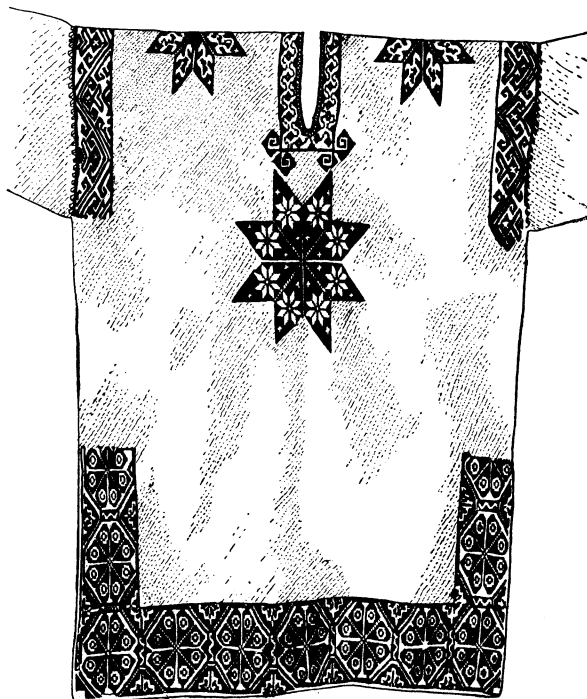
Evolución operada en el dibujo del totó, tomando por base las explicaciones de los indios. Todas las flores son de tejidos ó bordadas, excepto la última que es representación de la flor, vista de lado, en trabajo de chaquira.

mismas calabazas están representadas con puntos en las cenefas intermedias.

No me ha sido posible reproducir aquí más que una

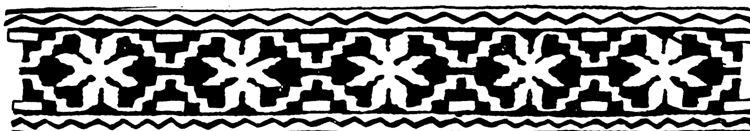
pequeña parte de los dibujos de labor de los huicholes, pero los suficientes, creo, para demostrar que hay en esa bárbara tribu un sentimiento artístico más profundo de lo que fuera de suponérsele.

¿Por qué será que los seres pertenecientes á las que llamamos razas inferiores y aun salvajes, emplean el arte en lo que se fabrican para su vida diaria, mientras el hom-



Camisa de lana para hombre, con totós bordados.

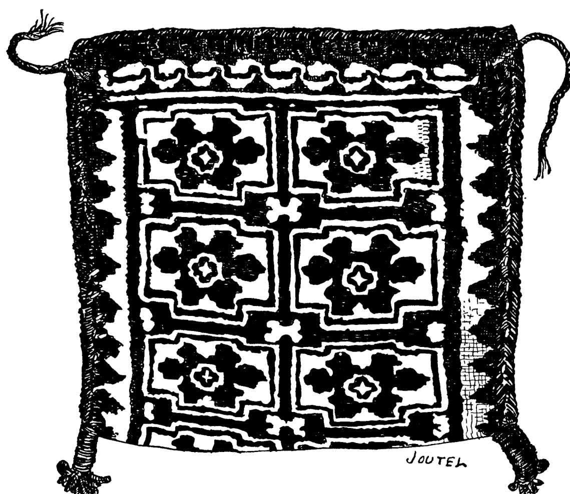
bre civilizado requiere que se le induzca á la apreciación artística? Compárense las señales que hace en su escudo ó en sus tejidos de mimbre el caníbal australiano, que es el salvaje más inferior de la tierra, con cualesquiera ensayos ornamentales de un labriego blanco, y el resultado de la comparación no será nada halagador para nuestra raza. Á menudo he ponderado esto, y aun he llegado á pensar



Parte de una cinta con dibujos de totós y mariposas.

que todo se debe á que vivimos muy lejos de la naturaleza. ¿Habrá quizás algún descarrío en nuestra decantada civilización?

No entiendo con esto que las razas atrasadas sean capaces de apreciar en lo más mínimo nuestro arte; pero



Bolsa con dibujos de totós. Anchura, 10.5 cm.

el hecho incontrovertible y pasmoso es que inconscientemente formulan hermosos dibujos convencionales, como sucede con los huicholes, por ejemplo, en tanto que en el seno de la civilización necesitamos establecer sociedades para animar á los hombres á rodearse de objetos de arte. En más de un sentido parece indudable que *l'art domine la nature!*

Del simbolismo de los huicholes debe inferirse que la mira principal de todas sus preces es la comida, y que,

siendo la lluvia el medio de obtener buenas cosechas, á solicitarla se encaminan la mayor parte de sus oraciones.

Muchos de los símbolos huicholes son ambiguos en su significación, debido en gran parte á la poderosa tendencia á encontrar analogías, que los hace considerar idénticos, fenómenos que son para nosotros heterogéneos. Así, por ejemplo, creen que la gran mayoría de dioses y diosas son



Bolsa cuyo dibujo principal es el totó. Anchura, 38 cm.

serpientes; igualmente sucede con los manantiales y fuentes donde habitan las deidades, y aun con las varas de los dioses, consideradas, á la vez, como flechas.

Lo más patente en el mundo, á su parecer, es la predominancia de las serpientes. Ahora bien, en todas las épocas y en la mayor parte de las religiones, han desempeñado aquéllas importante papel, y es que por el hecho de que mudan de piel y se rejuvenecen, llegan á convertirse

en símbolo de salud y de fuerza. Como es el único animal que camina sin piernas y náda sin aletas, creenla particularmente ladina. Ven, además, su habilidad en las hermosas señales de su dorso. Cuando una huichola quiere tejer ó bordar algo, su marido le coge una gran culebra, la sujeta por el cuello con un palo hendido, y la alza en alto mientras la mujer golpea, de arriba abajo, toda la espalda del reptil con una mano que luego se pasa por sobre la cara y los ojos á efecto de adquirir aptitud para hacer un bonito dechado. Asímismo, como en tiempos antiguos, juzgan á las serpientes guardadoras de tesoros, y dejan sus campos bajo la custodia de ellas.

El mar, que, según los huicholes, está rodeando al mundo, es considerado por su movimiento ondulatorio la mayor de todas las serpientes, la gran devoradora, y le atribuyen dos cabezas. El sol se sumerge al pasar sobre sus abiertas fauces cuando el día se hunde en la noche y las tinieblas cubren la tierra, y con el sol desaparecen los seres humanos que la misma serpiente devora. En el cielo, en el viento que barre la yerba, en las agitadas olas del mar, en la sinuosa corriente de los ríos, en el zigzagueo de los relámpagos, en la caída de la lluvia, en el fuego, el humo y las nubes, en una palabra, en todos los fenómenos naturales, aun en las veredas que se alejan serpeando y las procesiones religiosas, miran los huicholes serpientes. El maíz, tanto la planta como las mazorcas; el arco debido á su elástica reacción; la penetrante flecha; los guajes para el tabaco,—todo lo consideran serpiente. Puede agregarse que ven serpientes en sus propios y flotantes cabellos, en uno de los órganos del cuerpo, en las fajas con que se ciñen, en las cintas que les cuelgan de la cabeza y de los morrales, en sus pulseras para los brazos y los tobillos, y en las cuerdas y cordeles que trenzan para todos los usos posibles.

Las ofrendas simbólicas parecen á veces meras frus-

lerías; pero no se debe olvidar que los indios, por ser pobres, no tienen mucho que dar, y que la elaboración de los objetos simbólicos exige considerable gasto de tiempo y trabajo. Los indios mexicanos nunca dan ni esperan recibir nada de balde; pagan, pues, á sus dioses por todo lo que les piden, y dan conforme á sus medios, como si supiesan que "sólo el pícaro da más de lo que tiene." Sus esfuerzos encierran para nosotros inmenso interés, pues nos revelan los primeros y vacilantes pasos del entendimiento humano para expresar el pensamiento en forma visible, cuando alboreaba la posibilidad del arte que ha llegado á ser más fundamental y poderoso: la escritura.



CAPÍTULO XII

LOS AUGURES, ASTRÓLOGOS Ó CURANDEROS—SACERDOTES Y BRUJOS—LOS DIOSES AYUDAN AL MÁS PODEROSO—PATOLOGÍA PRIMITIVA—LAS ENFERMEDADES Y SUS DIOSES—FUNERALES ENTRE LOS HUICHOLES—CÓMO SE APARECEN LOS MUERTOS—MEDIOS PARA IMPEDIRLES VOLVER—PRECAUCIONES CON EL TESGÜINO.

TODO el que nace con don natural para ello, puede llegar á ser *shaman*. Tal don se revela desde la tierna juventud por el mayor interés que el niño manifieste en las ceremonias y la mayor atención con que oiga los cantos, á diferencia de los demás de su edad. Las fiestas donde adquieren el conocimiento de los dioses y de sus hechos escuchando las canciones sagradas, son la única escuela á que los indígenas asisten. He oído á niños no mayores de cinco ó seis años, repetir muy bien los cánticos del templo, aprendidos al modo que los chicuelos callejeros de nuestras ciudades aprenden los aires populares. Por supuesto, pueden los jóvenes pedir más amplios informes á los viejos sabios, pero no hay ningún sistema regular de enseñanza. La imaginación de los huicholes, su temperamento emotivo y genio musical producen extraordinario número de zahoríes.

El individuo que quiere llegar á serlo, debe guardar fidelidad á su mujer durante cinco años, pues si viola esta regla puede estar seguro de que enfermará y perderá su facultad curativa. Hasta que no haya pasado el período de prueba necesario, no debe pensar en asuntos amorosos. "Pero ¿á quién le gusta un hombre entonces? Seguro que á las muchachas no," me dijo cierta vez un gran augur.

Los astrólogos, con sus largos y flotantes cabellos, sus guajes de tabaco y su habilidad para curar y cantar, son semejantes á los dioses, en opinión de los naturales. Pueden hablar con el Fuego y el Sol, y cuando mueren van á la tierra donde el sol nace, la cual es caliente y agradable, mientras



Joven sacerdote huichol.

que el común de la gente se va á donde el sol se oculta y donde sólo disponen de mala agua para beber. Un poco al sur de Ratontita vive una mujer reconocida como zahorí cantante, pero es la única facultativa de que tuve noticia. Ocúpanla frecuentemente en los ranchos de las cercanías, tanto para cantar cuanto para curar; pero es muy circuns-

pecta en el ejercicio de su poder, pues por más que la han solicitado para que cante en el templo, nunca ha consentido.

Toda enfermedad proviene de los dioses, que bajan por la noche á causar mal á la gente, bien sea ofendidos porque no les hacen bastantes sacrificios, ó no les cazan suficientes venados, ó por alguna falta en que se haya incurrido en las ceremonias de alguna fiesta, ó bien invocados por cualquier brujo para aniquilar á un enemigo; pues es creencia muy generalizada que las enfermedades pueden deberse á hechicería. En este caso, todo es cuestión, entre los contrincantes, de ver quien tiene más influencia con los dioses: el malo para hacer mal, y el bueno para curar.

Los sabios de la tribu pueden adquirir el conocimiento de la hechicería cuando envejecen. Para alcanzar éxito en causar un daño, necesitan abstenerse de su mujer y de comer sal. De noche, por medio del buho y de la lechuza, adquiere un cabello del individuo á quien quiere causar una enfermedad. El ave arranca el cabello del infortunado, mientras el hechicero lo está soñando; cabello que encuentra el último, al despertar, junto á su cama. Pónelo dentro de un tubito de carrizo cuyos extremos tapa cuidadosamente con cera, y amarra el cañuto á la flecha del dios á cuya ira entrega á su antagonista. Si el dios no le ayuda, el embrujamiento no se realiza. Los hechiceros suelen perecer quemados, ahorcados ó precipitados al fondo de un abismo.

Los servicios de un médico huichol son muy costosos, pero los honorarios varían conforme á los recursos del paciente. Por cantar toda una noche y curar por la mañana, cobran de diez á quince pesos ó su equivalente en *naturalia*, y suelen regresar de un viaje profesional fuera de su región, con un producto neto de ocho ó diez vacas, sin contar las ovejas, cabras y pollinos que se ganan.

Un buen curandero conoce, en sueños, la naturaleza de la enfermedad, y aconseja al paciente lo que debe hacer para sanar; como, por ejemplo, fabricar ciertos objetos ceremoniales, sillas, camas, etc.; cazar venados ó ardillas; pescar ó ejecutar cualquiera otra cosa para reconciliarse al dios ofendido, causante de la enfermedad. En la fiesta subsecuente, se comienza por ofrendar á dicho dios parte del animal sacrificado, y luego se distribuye el resto.

Los huicholes, que yo sepa, no usan ningún remedio, con excepción del jículi; prefieren curar, aun las picaduras del escorpión, con el soplo de la boca ó los pases de las manos, recurriendo á los procedimientos siguientes:

1. Se restriegan varias veces las manos, como si se las lavaran, y se estiran rápidamente los dedos hasta que les truenan las coyunturas. Esto es para imitar el ruido del fuego, que es el más grande de los curanderos, y con objeto de conservar buenos y fuertes los dedos.

2. Se echan aliento en las manos.

3. Juntan las manos, se las escupen y las extienden hacia el sur, norte, poniente y oriente, y también hacia el suelo.

4. Aplican la boca á la parte adolorida, hacen ruido como de chupar y extraen la enfermedad en forma de grano de maíz, de pedrezuela ó lo que sea, tosiendo á la vez. Lo que sacan representa el mal, y lo queman ó arrojan al aire para que se lo lleve.

5. Soplan sobre la cabeza del paciente ó en el sitio donde siente el dolor, haciendo al mismo tiempo pases con las manos para apartar la enfermedad. Los pases y soplos pueden extenderse á otras partes del cuerpo distintas de las afectadas, y á veces se combinan con el medio núm. 2.

Son bastante dignos de consignarse los nombres que dan los huicholes á algunas de sus enfermedades, por indicar como indican la estrecha relación entre el dolor y el dios á quien se atribuye. Esto se aclarará con una simple ojeada á

la siguiente lista de enfermedades, compiladas desde el punto de vista de los indios:

1. El dolor de los pies se llama *ricúa*, palabra que designa ciertas sonajas ó cascabeles. En su relación se refiere á las sonajas que se ponen los danzates en los tobillos, así como al conocido ruido que producen los venados al andar. La enfermedad se atribuye al Bisabuelo Cola de Venado, y se cura extrayendo granos de maíz del miembro adolorido.



Practicando una curación.

2. Los dolores en las manos se designan con el vocablo *matzúhua* (guantelete), y son enviados por Seliácami, deidad llamada también Cometámai, relacionada con el infierno. Se alivian extrayendo granos de maíz.

3. El dolor en la boca del estómago, ó indigestión, se llama *ohuóen* (silla), porque el enfermo levanta las rodillas como si estuviera sentado. Se cree que la Madre Águila es la que causa la enfermedad, que se cura sacando pedacitos de carbón.

4. El cólico se denomina *rucúli* (jícara), considerando al estómago, con muy buena razón, como jícara ó tecomate. La Diosa de las Nubes Occidentales envía este mal; que se cura extrayendo piedrecillas redondas ó un poco de tierra.

5. El dolor en el pecho, pleuresía, se llama *murí* (pescado), por comparársele con el que se tendría tragándose una espina de pescado. Debe, por lo tanto, extraerse una espina para aliviar el dolor, que es enviado por la Diosa de las Nubes Orientales.

6. La enfermedad de los pulmones, consunción, se llama *ulú* (flecha). Infiérese que la punta de la flecha disparada por el sol poniente hace escupir sangre, y que el frío del pedernal de dicha punta provoca los escalofríos. La punta de flecha es, naturalmente, la que debe sacarse del pecho del enfermo á fin de efectuar la curación.

7. El dolor de muelas se mira como la pipa de la Bisabuela Nacahue, porque la raíz de los dientes se parece á la de la caña especialmente consagrada á esta Diosa, cuya pipa es un pedazo de carrizo, y que es considerada como la única autora del dolor. Para curarlo, tienen que extraerse de la quijada del paciente, tierra ó granos de maíz.

8. La neuralgía facial es llamada *nealíca itáli* (cama en la cara), pues se cree que, en tales enfermedades, el Dios del Fuego hace su cama en la cara del paciente. Como se puede comprender, envía dicho mal el Dios del Fuego, fuente de todo calor, y se cura extrayendo granos de maíz.

9. El mal de garganta, bronquitis, se dice *moyáeli*, (plumas). Tienen que sacarse astillitas de cuerno ó pelos de venado, por suponérseles causas del escozor de la garganta, y la tos indica que la enfermedad se debe al Dios del Viento y del Jículi.

10. El dolor de cabeza se llama *rútsi* (calabaza) por la semejanza que tiene ésta, en forma y dureza, con aquélla. La relación puede considerarse aun mayor desde el mo-

mento en que un fuerte dolor de cabeza produce la sensación de que se tiene por dentro alguna cosa suelta, como semillas de calabaza. El dolor se atribuye ya á la Madre de los Dioses, ya á la Diosa de las Nubes Septentrionales.

11. La demencia se cree que viene también de la última deidad nombrada, ó de Tamats Cauyumali, el dios que dio forma al mundo y tuvo que pelear con la gente de debajo de la tierra para lograrlo. Se remedia el mal extrayendo del cráneo cualquier objeto pequeño, generalmente granos de maíz.

Los trastornos del estómago y las fiebres malarias pueden ser enviadas por el Dios del Viento y del Jículi. Estos daños se curan extrayendo cierto animal acuático llamado *cúli*, algo parecido á la sanguijuela.

Sin discutir los méritos de este tratamiento médico, el hecho es que allí, como en todas partes, acaba la gente por morir.

En la parte sur de la región entierran á los muertos en medio de la casa, en fosas de poco más de un metro de profundidad. Los huicholes no derriban la casa donde fallece una persona, pero la abandonan cuando la han habitado cuatro generaciones. En otras partes del distrito, se utilizan para este objeto las grutas, cuya boca se cierra con un muro de piedra y lodo. En cualquier caso, se coloca el cadáver con los pies al oriente. El difunto recibe, inmediatamente que ha espirado, una ofrenda de agua guardada en el hueco de un carrizo y cinco tortillas. Ninguno de la familia come hasta que se ha hecho el entierro, el cual tiene lugar al amanecer del día siguiente al fallecimiento. El muerto se lleva toda su ropa y el cañuto de agua, y cinco días después de su muerte se celebra una fiesta en el patio exterior de la casa.

Un curandero del sureste de la región me refirió del modo siguiente los ritos fúnebres que se acostumbran para un joven casado: Todos los objetos del difunto se

amontonan en medio del patio y se coloca encima todo género de alimentos. Durante la noche canta el sacerdote á todas las cuatro partes del mundo, sin parar hasta que rompe el día. En ese momento, pónese en pie y extiende sus plumas hacia el este, en atención á que el muerto va primero á la tierra del jículi, aunque después tenga que dirigirse al oeste. Como el *shaman* está mirando al oriente, el alma del finado acude volando por el aire en forma de mosca blanca ó pajarito, y se para entre las plumas. El augur la toma en sus manos, pero la avecilla comienza á llorar saludando á todos sus antepasados que formaron el mundo. Se presentan entonces los padres del muerto, llorando también y llevándole á su hijo la comida que más le gustaba en su vida. La pequeña aparición sacude las alas para recibir el obsequio, y el astrólogo dice: "¡Denle todas las comidas que más le gustaban!" Entonces el pajarillo hace una cortesía y se aleja volando, primero al sur y después al oeste, lejos de su padre, de su madre y de sus hermanos, y se pierde entre las sombras del alba. Al salir el sol se ofrece al muerto una jícara llena de flores, y el sacerdote esparce, del montón en que estaban, todos los objetos de la propiedad del finado. Entonces dice el suegro á la viuda: "¡Mi hijo ha muerto, hija mía, pero no llores por él! Todo lo que dejó es tuyo ahora. No tengas miedo de que yo tome nada de lo que mis hijos hacen para ellos. Todo queda á tu cuidado para mis nietos." La viuda distribuye al punto algunas prendas entre los hijos, y guarda lo demás.

Ningún licor se toma en las fiestas fúnebres. Cuélgase por algún tiempo en la casa una cruz hecha de una especie de salvia, para evitar que el muerto vuelva á entrar en sus predios, é impedirle que se acerque á los destilatorios y eche á perder el vino. Se ponen asímismo ramas de zapote en las veredas que conducen al lugar; se tapan las ollas de tesgüino; y cuando algún huichol va á llenar su

primer guaje (ya sea de tesgüino ó con el aguardiente nativo llamado mezcal), mete el dedo en la vasija y arroja algunas gotas de su contenido á uno y otro lado en sacrificio á los muertos "que se apeñuscan á su derredor como muchachos." Si no hiciera esto, aquella bebida le hincharía el cuerpo. Al anterior sacrificio se sigue inmediatamente otro para las seis regiones del mundo, que se practica del mismo modo.

En la parte occidental del Chapalagana se aleja á los muertos con ramas de zapote, como entre los coras.

CAPÍTULO XIII

AUTORIDADES INDÍGENAS CIVILES Y ECLESIÁSTICAS—SU PRINCIPAL OCUPACIÓN—LAS DESAZONES DE PANCHO—DE QUE HAN SERVIDO LOS BLANCOS Á LOS HUICHOLES—EMPLEO DE HERRAMIENTA MODERNA—DIFERENCIAS SOCIALES—LOS RICOS Y SU TESORO.

EN los pueblos huicholes se conserva el gobierno tal como lo instituyeron los misioneros, esto es, como una mezcla de disposiciones civiles y eclesiásticas. Aunque este estado de cosas es opuesto á las leyes de la República, todavía se halla en pleno vigor en las tribus no mexicanizadas. Las numerosas autoridades civiles y eclesiásticas anualmente elegidas por el pueblo dan á aquel gobierno formidable aparato. Los funcionarios civiles son: el alcalde, el gobernador, el capitán y cuatro *batopiles*. No es necesario entrar en más detalles acerca de ellos; baste decir que los tres funcionarios principales se llaman jueces, y que deben obtener la sanción de las autoridades oficiales más próximas, antes de ejercer su cargo. Antiguamente, según tradición, ocupaban las mujeres tales puestos.



Page de justicia con su vara.

Las principales autoridades eclesiásticas son los mayordomos, quienes, por ser cada uno custodio de algún

santo, varían en número según las imágenes pertenecientes á las diversas iglesias. En Santa Catarina, por ejemplo, hay cuatro. Su principal obligación es cuidar el dinero que tiene el respectivo santo. Otros funcionarios de la corporación son los *alguaciles* y los cuatro *priostes* ó ejecutores, cuya ocupación consiste en remover á los santos cuando es necesario. Son siempre casados.

Deben mencionarse asímismo ocho mujeres, escogidas entre las solteras, llamadas *tenanchas*, que sirven para barrer la iglesia, ponerles flores á los santos, hacer tortillas para las fiestas, etc. De ellas hay cinco asignadas á cada una de las casas de los principales empleados eclesiásticos, á cuyas esposas ayudan en las faenas domésticas; son, de hecho, una especie de criadas. Cada una de las tres principales autoridades civiles tiene también su tenancha, pero con obligaciones exclusivamente domésticas. La servidumbre es institución enteramente ajena á los usos de los indios, que consideran iguales á todas las personas, y sólo contribuye á hacerlos inmorales, pues á menudo ocurre que una joven llegue á ser manceba del indio en cuya casa vive.

Aparte de esta doble serie de autoridades, tienen los huicholes sus oficiales paganos, que, en Santa Catarina, por ejemplo, son más de veinte. Por esto se comprenderá que pocos miembros de la tribu pueden escapar del servicio público; mas, por fortuna para la comunidad, todos los cargos son honorarios y no hay contribuciones que pesen sobre el pueblo para pagar sueldo alguno.

Por lo demás, si no fuese por las disputas de linderos con los distritos vecinos, muy poco tendrían que resolver los referidos jueces. Nunca ocurren desacuerdos sobre el estatuto real dentro de un distrito, porque se tiene la tierra en posesión común. Los hurtos no atraen mucho la atención judicial, porque un huichol nunca se roba el maíz, por suponer que todo grano ilegítimamente adquirido,

no nacería si se le sembrara ó no duraría mucho. El acto de apropiarse algún ceñidor, cinta ó cosa por el estilo, se arregla con tacto y desembarazo instintivos, como si los jueces se sintiesen en su elemento. En caso de que algún indio robe ovejas ó vacas, hechos, como recientes, no previstos en su legislación, se impone la pena de prisión por cinco días sin comer ó beber, y veinticinco ó, como dicen los indios, *una arroba* de azotes, porque la arroba, principal medida de peso de los mexicanos, tiene veinticinco libras. Por esta razón, dicha palabra ha llegado á emplearse mucho por la gente vulgar como sinónima de veinticinco, y de igual modo *media arroba* significa doce.

Como el homicidio es muy raro y tiene que ser juzgado, conforme á la ley local, por los tribunales mexicanos, no quedan, en resumidas cuentas, para los jueces más obligaciones que celebrar matrimonios y castigar las fugas, y á ello se consagran con estupendo ahinco y solicitud, á pesar de que en el fondo de sus corazones no ven el menor mal en quebrantar el sexto mandamiento, á menos que el cupable se esté preparando para el sacerdocio ó pretenda obtener alguna especial merced de los dioses. Con frecuencia, pues, se castiga á los indios por delitos tan incomprensibles para las reos como para los jueces que imponen la pena.

Acaban los últimos, naturalmente, por considerarse los árbitros supremos en el tribunal de Cupido, mas no siempre dejan de tropezar con obstáculos. Vivía en una cueva cerca de Santa Catarina un viejo marrullero llamado Pancho, que había enviudado quedando con varios hijos pequeños y sin quien le moliese maíz para hacerle tortillas. En tal situación, acudió á los jueces pidiéndoles que le concediesen por mujer una agraciada joven en quien particularmente había puesto los ojos, y que, aunque había sido nombrada *tenancha*, no era muy celosa en el cumplimiento de sus obligaciones. Pancho gozaba de cierta influencia con los jueces debido á que hablaba el español

suficientemente para ayudarles en sus negocios con los mexicanos, de suerte que ordenaron comparecer á la muchacha y le comunicaron que iba á ser esposa de Pancho. Gimió y protestó ella, pues tenía muchos adoradores mozos á quienes habría preferido, pero los inclementes



Pancho.

magistrados no cejaron y enviaron á la desventurada novia á su nueva casa, en compañía de un *batopil* que la escoltara.

Cuando hubo llegado, comenzó á hacer el *niztamal*, esto es, puso á hervir el maíz en agua de cal á fin de prepararlo y deshollejarlo para la molienda. Viéndola el

alguacil en tal faena, la creyó resignada y se alejó; mas cuando Pancho volvió á su casa esperando encontrar tortillas calientes y una guapa chica, se llevó el gran chasco, pues la joven había aprovechado la primera oportunidad para escapar. La vista de las blancas semillas prestas para el metate debieron de ser para Pancho el suplicio de Tántalo. Para comer tortillas, tenía que hacerlas con sus propias manos.

Quejóse, por supuesto, con los jueces que muy irritados le prometieron castigar á la recalcitrante doncella y obligarla á volver al hogar, pero fue imposible descubrir sus huellas ni en la casa de su mismo padre á donde se enviaron mensajeros para arrestarla. Á los pocos días, sin embargo, sus padres de por sí la llevaron á Santa Catarina, donde todos tres fueron al punto encepados hasta el día siguiente en que se vería el caso en el tribunal. El viejo alegó que tenía necesidad de su hija porque su mujer no podía ya hacer tortillas con motivo de que estaba perdiendo la vista, y los jueces, movidos quizas por otras consideraciones, fallaron en favor del padre, dejando frustrada la última probabilidad que tenía Pancho de asegurarse una mujer joven.

Con todo, no siempre los asuntos de ese género llegan á tan feliz desenlace, y no cabe duda que los cambios introducidos por los blancos en el sistema nativo de gobierno han producido mucho mal. El huichol es naturalmente inclinado á aumentar sus posesiones; el dinero y el ganado constituyen para él tentaciones irresistibles y son poderosos agentes para influír en el ánimo de un juez en pro ó en contra de una de las partes. Algunos funcionarios imponen multas por triviales ó absurdas ofensas, para dividirse los productos; mas el pobre indio tiranizado nunca se atreve á resistir á los autoridades ni á oponerse al poder de la vara por la que siente la supersticiosa reverencia que le viene de los tiempos pasados.

El régimen de gobierno establecido por los misioneros es artificial, y por bien intencionado que fuera, como no cabe evidentemente dentro de la comprensión de los entendimientos primitivos, es á la par nocivo. ¿No han mejorado las condiciones de la vida del indio con el ganado, herramientas, etc., que el blanco le ha llevado? Es innegable, en efecto, que su existencia se ha modificado cuando menos, gracias á tales comodidades que consideramos esenciales para el bienestar. Antiguamente nada poseía individualmente, fuera de la casa, algunos perros y el maíz cosechado, además del vestido y lo que por sí mismo se fabricaba en materia de arcos y flechas, utensilios domésticos y cosas parecidas. Pero ahora que el huichol ha llegado á ser dueño de reses, de mulas y caballos, de ovejas y gallinas, así como de cierto número de útiles de hierro; ¿qué beneficio le ha venido del nuevo orden de cosas? Muy insignificante, en mi opinión.

No debe entenderse, en modo alguno, que la región esté repleta de animales domésticos. Quizás la mitad de la gente no tiene ninguno. Los acomodados poseen algunas vacas, dos ó tres mulas, una media docena de ovejas y varias gallinas. Sólo tres ó cuatro individuos habrá, en toda la región, que sean propietarios de doscientas cabezas de ganado, por ejemplo, y algunas docenas de otros animales. Empléanse los bueyes para arar, en donde el arar es posible, y como ellos ayudan á sus dueños á mejorar las siembras y obtener mejores cosechas, serían, sin duda, de grande utilidad si las condiciones físicas del suelo no impidiesen á menudo el poder adoptar extensamente un sistema adelantado de cultivo.

Nunca toman la leche. En el curso del año, salen al mercado tres ó cuatro cargas de quesos por único producto de las lecherías de toda la región. La carne de vaca ha venido á agregarse á la de venado, de que sólo se alimentaba antes el pueblo, pero como en manera alguna

es esencial para los indios, pásanse por lo general sin ella, á no ser cuando se hacen sacrificios á los dioses. Fuera de tales ocasiones, las reses sirven de alimento únicamente cuando se mueren de muerte natural. Los cueros se utilizan como vaquetas para acostarse, si no se cortan en correas ó se usan para huaraches. Fabricar con ese material su calzado es, por supuesto, menos laborioso para el huichol que tejerlo con tiras de hoja de palma, aunque las antiguas sandalias hechas por este procedimiento sean, no sólo de mejor aspecto, sino también menos resbaladizas y, por lo mismo, más útiles.

Compran mulas y caballos á los mexicanos, pero no son muy comunes. Rara vez las usan como cabalgaduras, pues las estiman principalmente por su utilidad para llevar las cargas que antiguamente trasportaban los indios sobre su propia espalda. Acarrean también maíz de las siembras de las barrancas á las casas, ó llevan queso á las ciudades mexicanas. No omitiré mencionar una nueva industria nacida de la adquisición de las mulas, á saber, la venta de ocote de que se llevan cargamentos al vecino pueblo mexicano de Mezquitic. Teniendo en cuenta, sin embargo, que el viaje requiere varios días y lo insignificante del precio, que no pasa de centavos por carga, es absurdo este medio de ganar dinero aun á los ojos de los indios mismos que no conocen el valor del tiempo. La mejor utilidad que los huicholes creen hallar en sus bestias de carga, es la facilidad que con ellas les viene de trasportar grandes cantidades de sagrados jículis desde el lejano oriente. Á sus ojos, las ventajas que resultan de la posesión de mulas y caballos, tienen más bien carácter piadoso que aspecto práctico ó económico.

Las ovejas, que no son numerosas, se crían á causa de su lana, que sirve á las mujeres para hilar. Fabrican con ella fajas, cintas, bolsas, camisas y, á veces, túnicas y enaguas. Ha sido de innegable beneficio para los naturales

el poder sustituír la lana á las fibras vegetales que antes usaban como único material textil. Con todo, en los últimos años, la manta que compran de los mexicanos ha ocupado casi por completo el lugar de sus tejidos domesticos de lana, por ser más fácil vender las ovejas á los vecinos para comprarles dicha tela, que dedicarse á la fatiga de hilar y tejer. Como natural consecuencia de ello, las mujeres se van tornando indiferentes á la práctica de tan importante arte doméstico que lleva pasos de perderse, y tal es el destino, también, de las hermosas figuras simbólicas que tanto atractivo prestan á las telas de los huicholes.

Igualmente han recibido éstos de los blancos instrumentos de hierro tales como eslabones, hachas, coas, machetes y cuchillos, así como agujas, cuyo valor prestamente reconocen, aunque sea evidente que semejantes adquisiciones no entrañan una absoluta necesidad para su existencia.

Cuanto posee un huichol, con excepción de su casa y su tierra, está dispuesto generalmente á venderlo, después de la debida deliberación, por dinero, al cual es muy aficionado al revés de los indios de otras tribus. En ocasiones, recorren algunos mexicanos todo el territorio huichol para comprar las vacas, ovejas y mulas de que los indios pueden disponer con el permiso de sus dioses. Desde que se les despertó el gusto por la riqueza, no faltan quienes se dediquen á plantar más grano del que necesitan, y cuando la oportunidad se presenta, no dejan de traficar con el excedente de maíz y frijol con que cuentan. Así van ganando unos cuantos pesos cada año, pero entierran todas sus utilidades con tanto secreto que frecuentemente ni sus propias mujeres saben en donde se encuentra el tesoro. Las únicas comodidades en que emplean el dinero son la manta de algodón y la franela roja, y ya es desmesurado que compren treinta varas de la primera y una de la última. Consideran muy bien empleado lo que invierten en cuentas



Parte de cinta con colibríes y pochotes.

de vidrio, como los blancos con los diamantes. Sírveles asímismo el dinero para embriagarse más á su placer con el aguardiente de los mexicanos, que es mucho más fuerte que el licor nativo. Las bebidas intoxicantes que fabrican, inclusa la del jículi, tienen íntima dependencia con la religión de los indios y no se toman fuera de las fiestas y ceremonias: por lo mismo es tan desmoralizador el aguardiente de los blancos.

En suma, las ventajas que reportan los indígenas del advenimiento de los blancos, son dudosas, y en nada han contribuído á levantar el nivel de su existencia diaria. Los raros que disponen de algunos medios no viven mejor que los otros, sino que continúan comiendo tortillas y frijoles, y durmiendo en el suelo. En cambio, son patentes las desventajas. Desde la adquisición de animales domésticos, han comenzado á comprender que en el mundo hay ricos y pobres, lo que pone á los que poseen poco muy envidiosos de los más opulentos. Para atender á un buen número de animales necesitan sirvientes, con lo que van estableciéndose los fundamentos de distinciones sociales que les eran totalmente desconocidas, y más severas aún serán las lecciones de moderna sociología que reciban cuando lleguen á dividirse sus tierras. Hasta el presente, han resistido tenazmente á todo esfuerzo del gobierno mexicano en ese sentido. La felicidad para ellos consiste en que cada quien plante su maíz y eche á pastar su ganado donde le plazca: esto basta á su vida que sólo requiere el necesario alimento y un abrigo común.

Los nuevos bienes llegan acompañados de nuevas ansiedades. Puede enfermarse una vaca, romperse una pierna alguna oveja, y ambas sufrir los ataques de las fieras salvajes. Semejantes contingencias se deben evitar á toda costa. De consiguiente, crecen los deberes para con los dioses, y á las prácticas y sacrificios requeridos para aumentar las cosechas, vienen á agregarse otros para preservar y multiplicar el ganado. Aun tratándose de algunas gallinas, es preciso compartir los productos con las deidades.

Añádase á esto la posibilidad de que les roben el dinero, caso que ocurrió á un huichol rico que vivía cerca de Santa Catarina. Suponíasele que guardaba varias ollas de pesos enterradas bajo el suelo de su cabaña, y cierto mexicano persuadió á un indio civilizado á que le ayudase á apoderarse del dinero. Sorprendieron, pues, una lóbrega noche al inadvertido nabab, atáronlo fuertemente y lo maltrataron hasta que reveló el lugar en donde tenía oculto su tesoro, el cual ascendía, según cuentan, á la suma de quinientos pesos.

Á menos de convenir que la felicidad universal no es el objeto de la civilización, parece que los huicholes estaban mejor antes que después de la llegada de los blancos; cuando no había mucho que robar; cuando nada podían repartirse los jueces, ni vacas ni dinero, y cuando no había policía ni prisiones.

CAPÍTULO XIV

SEPARACIÓN DE PABLO—EL FINAL DE UN AMOR—PARTIDA Á SAN SEBASTIÁN—DIOSES Y SANTOS GENTILES—SAN SEBASTIÁN METAMORFOSEADO EN EL DIOS DEL FUEGO—VINO NUEVO EN ÁNFORAS ANTIGUAS—VALIOSA AMISTAD—RATONTITA—CUESTIONES DE LÍMITES—TECHANDO DE NUEVO UN SANTUARIO.

TUVE por este tiempo una prueba de la lealtad de Pablo. Necesité enviarlo á San Andrés, y al regresar, pocos días después, me dijo que mi antiguo amigo Carrillo le había encarecido mucho que no continuara un minuto más en mi compañía si no quería ponerse malo y morir. Carrillo, á lo que parece, se había visto tan grave al volver de Mezquitic que ni tortillas podía comer, y fue necesario, para curarlo, que lo atendiese un buen curandero por dos noches seguidas; su yerno, que había estado igualmente á mi servicio, cayó también seriamente enfermo, y noche con noche lo asediaba la pesadilla de que yo me le echaba encima; pero á pesar de pruebas tan severas, no se quebrantó la fidelidad de Pablo que me dijo una vez: "yo nunca me canso de V." y de hecho hubiera seguido conmigo á no ser por un asunto de faldas.

En el rancho á donde iba todas las mañanas á comprarme leche para mi desayuno, había encontrado una muchacha de buenos bigotes con quien no tardó en entenderse. El padre de la joven le pidió que retardara su matrimonio hasta que no volviese del viaje que iba á emprender conmigo; pero esto bastó para extinguir el ardiente fuego del enamorado, quien con característica inconstancia olvidó á su prometida para casarse con otra muchacha á quien los jueces de Santa Catarina habían elegido para

tenancha, y para bien de la misma, aceptó por su parte el empleo de prioste. Los magistrados dijeron á la pareja que se uniera—en otras palabras, los casaron *pro tem.*, como la mayoría de sus conocidos supuso, porque ambos eran ligeros de cascos, como verdaderos huicholes—y esto, por de contado, puso fin á nuestra compaña.

No dejaba Pablo de impacientarme algunas veces. No tenía, por ejemplo, el menor cuidado con mi equipaje, etc., y en los últimos días había perdido por completo la cabeza, volviéndose tanto más olvidadizo cuanto mayor atención le tributaban las mujeres. Seguíanle éstas aun al interior de mi tienda, y no perdían la ocasión de hablarle quedito y bajando los ojos al suelo. Sin embargo, me había sido muy útil. Me había entregado su confianza, y su fidelidad y honradez, tan insólitas en los indios, son los rasgos sobresalientes que de él conservo en la memoria.

El tiempo había estado frío, nublado y lluvioso, pero el día de mi salida de Santa Catarina se había compuesto. Era un día radioso de á mediados de enero aquél en que trepé los cerros de la orilla del pueblo, y continuó el buen tiempo hasta mitad del mes siguiente.

Para llegar al pueblo de San Sebastián, al otro lado de la profunda barranca del sur de Santa Catarina, se tiene que dar un rodeo de día y medio hacia el oriente. Como á medio camino, en lugar llamado Tierra Azul, pasamos junto á un templo y sus adyacentes adoratorios, todo completamente en ruinas. La gente del distrito había emigrado á una localidad del suroeste llamada Nogal, que había pertenecido también á los huicholes y estaba ahora bajo la dependencia de los mexicanos, quienes á su vez habían permitido establecerse en el referido lugar á los primitivos propietarios del mismo. Éstos, sin embargo, no han erigido ningún templo, por las especiales razones que parecen tener para llevar al de Santa Catarina sus flechas ceremoniales y jícaras votivas. Al segundo día

pasamos frente al rancho de una vieja, probablemente de más de cien años, ó de tan avanzada edad, por lo menos, que le creían los indios cuando aseguraba que había conocido á la Madre de los Dioses.

San Sebastián está inconvenientemente situado en el fondo de una fría y ventosa quiebra. Los indios nunca hubieran elegido semejante lugar, pues los restos de habitaciones nativas y del antiguo templo están fuera de lo que es propiamente el pueblo, en más alegres sitios. Mucha gente había reunida cuando llegué, á consecuencia de que hacía varios días que estaba, celebrándose la fiesta del cambio de las autoridades. Mientras buscaba una llanurita, al otro lado de la quiebra, donde acomodarme, salían muchos hombres y mujeres á verme. Un individuo se dejó caer de rodillas delante de mi mula, y cuando estuve cerca, púsose en pie y se aproximó á besarme la mano como los padres los han enseñado á saludarlos, y con no menor devoción me mostraban su respeto otros varios, aunque no de manera tan expresiva. Los pobladores del lugar han conservado se sencillez y rara vez ven á un blanco. En lo respetuosos son muy diferentes de los habitantes de Santa Catarina. Fueme fácil adquirir provisiones de gallinas y maíz, y hasta una oveja, que me llevaron de un rancho situado á medio día de distancia.

Al día siguiente estuvieron las autoridades en suficiente estado de sobriedad para verse conmigo, y me permitieron excavar debajo del hogar del antiguo templo, donde, conforme á la costumbre huichola, hay siempre una cavidad para poner probablemente una estatua del Dios del Fuego. Mas lo único que hallé fue una piedra circular plana sin labrado ninguno, como á profundidad de media yarda, en el fondo de un agujero cilíndrico. El templo se había quemado por completo treinta años antes, y como murió poco después el sacerdote principal, nadie había pensado

en reconstruírlo. Los que seguían adorando á los dioses nativos, hacíanlo en los templos de las cercanías; pero la iglesia ha modificado en muchas familias el primitivo culto, dando nacimiento á una religión bastante curiosa. Esa localidad fue la única donde encontré la fusión de que hablo, pues en las demás subsistían juntas la antigua y la nueva creencia. Allí, los custodios de los santos, y habíalos en número de más de una docena, habían instituído un culto católico exactamente igual al de los dioses paganos. Cada mayordomo cuida de que se ofrezcan debidamente flechas y tecomates al santo que vigila, y aun se han trasmitido á éstos los nombres y cualidades de los dioses paganos. San Sebastián, representado en una grande pintura al óleo, es el Dios del Fuego; al crucifijo se le llama el Hermano Mayor, Dios del Aire y del Jículi, y á la Virgen María, la Joven Madre Águila de allá arriba.

Mostrábanseme todos afectuosos y atentos, y los jueces me enviaron dos tenanchas á que me hicieran tortillas para el camino. Asignáronme igualmente una mujer de edad madura para que me sirviese de intérprete mientras me hallara por allí. Hablaba ella el español notablemente bien, y me dijo con orgullo que su madre había sido "vecina" del pueblo de la Soledad. No parecía tener ni gota de sangre blanca, pero á todo indio que habla y se porta como mexicano le llaman "vecino." En tanto que los indios que no han salido de sus lugares nativos aborrecen á los intrusos, los que han crecido entre los blancos se jactan de parecérseles.

Me encaminé luego al templo de Ocota (huichol: *ocótsali*, "en donde hay ocote ó pino resinoso"). La pequeña agrupación de ranchos situados sobre el declive de una hermosa mesa se presentó á nuestra vista al punto como franqueamos la cima revestida de pinos. La región que se extendía al sur presentaba un aspecto diferente de la alta sierra, pues era más ondulada. Por esa época del

año, el agua era muy escasa en los alrededores y sólo podía encontrarse en las profundidades de las quiebras. Tres enormes salates crecían muy separados entre sí, y su intenso color verde contrastaba gratamente con los secos campos cercanos. Estos árboles, especie de higueras, son mirados con mucha reverencia, porque su madera es particular alimento del Dios del Fuego. Junto á las casas había algunos aguacates, bastante desarrollados, pero menos majestuosos que los otros reyes del bosque. El templo, situado en el extremo derecho del llano, ofrecía el aspecto de rancho por sus muchos adoratorios adyacentes. Observé tanto aquí como en San Sebastián que los perros eran muy bien alimentados.

Después de plantar mi tienda cerca de uno de los ranchos, me dirigí al templo donde encontré algunos indios, que aun no se iban, de los que acababan de celebrar la fiesta del jículi. Habiendo llegado demasiado tarde aquella ocasión, necesitaba precaverme para que no me fuese á ocurrir lo mismo en el templo anterior, el de Ratontita, y como parecía que nadie estaba al tanto de cuando se efectuaría la fiesta, induje á los indios á que enviasen á informarse sobre el particular. Como los mensajeros huicholes caminan siempre corriendo, no dejó el nuestro de volver en un tiempo increíblemente corto. Había atravesado la mesa en línea recta y bajado y subido los dos costados del profundo arroyo, recorriendo, en ida y vuelta, una distancia que no pudo ser menor de veinte millas, por un camino que era muy escabroso en su mayor parte. Nos trajo la noticia de que la fiesta no se celebraría antes de una semana, en vista de lo cual resolví quedarme unos días.

Las autoridades avisaron al mayordomo del Dios del Fuego, que era el hombre principal de Ocota, que fuese á verme. Ya me había recogido esa noche, cuando me sorprendió oír que alguien andaba cerca de mi tienda.

"Buenas noches" exclamó luego la visita, quien resultó ser el individuo llamado. Hablaba muy bien el español; me preguntó quien era yo y el objeto que me llevaba, y después de explicárselo brevemente, agregué que habiéndome ya acostado, preferiría verlo por la mañana. Accedió de buen grado, pero me dijo que él y todos los demás hombres iban á cortar zacate para el nuevo techo del templo, y estarían muy ocupados en los próximos días. Ya había notado yo, en efecto, que el techo del templo estaba muy deteriorado.



Mi amigo de Ocota y su mujer.

El hecho de atreverse á despertar á un extranjero tan tarde, inusitado en un indio, demostraba que el hombre era resuelto. Al otro día tuve una entrevista muy satisfactoria con él y conocí que era el indígena más inteligente que había encontrado. Díjome que su padre era tepecano, su madre azteca y que él había nacido en Alquestán; en su niñez había sido adoptado por los huicholes y acompañó á los peyoteros en muchos viajes. Interesándole la significación de cuanto veía, pronto adquirió gran conocimiento de los ritos y costumbres sagrados, llegando gradualmente á ser el hombre más influyente á la redonda. Su palabra era ley, y en cuanto á su opinión, todos la solicitaban y obedecían, así en lo religioso como en lo temporal.

Sus muchos viajes lo habían familiarizado con los arbitrios de los mexicanos, capacitándolo para proteger contra los intrusos la tierra de sus hermanos. Miran con desconfianza á los blancos y nunca les permiten que duren allí mucho.

El hombre á que me estoy refiriendo disponía de grande facilidad para explicarse y rara vez empleaba palabras inadecuadas á su objeto. Hablaba el español de un modo notable. Usaba muchos vocablos que nunca había oído yo ni en la conversación de mexicanos de buena clase social, lo que era en él más sorprendente todavía por la circunstancia de que no sabía leer ni escribir. Llegó á dictarme largas tradiciones que yo trascribía al pie de la letra. Varias veces se empeñaba en hacerme escribir más de lo necesario, diciéndome que quería que sus informes fuesen completos. Díjome, entre otras cosas, que desde hacía cincuenta años no había habido allí nahuales. Eran éstos sacerdotes cantantes que comían *yerba de lobo* cinco veces seguidas para convertirse en esa clase de animales é ir á cazar venados, pero que al sexto día recobraban su forma humana.

Como puede suponerse, procuré aprovecharme de tal hombre, y durante mi permanencia en Ocota diariamente lo interrogaba todo el tiempo que era posible, pues como todos los naturales cuando se les apura el cerebro, fácilmente se fatigaba, y una vez cansado, tornábase adusto y corto de palabras, siendo imposible tratar con él al cabo de un rato.

Una vez llegó un emisario de Ratontita para informarse respecto á mí y á mi proyectada visita á dicho lugar; mas como mi nuevo amigo lo tranquilazara, recibí formal invitación para ir. Insistí mucho con mi poderoso intercesor para que me acompañara, y lo conseguí mediante la promesa de darle un peso diario y sus raciones.

La senda que seguimos pasaba por un profundo arroyo

y era peligrosa, en algunos puntos, para las mulas cargadas, pero arribamos sin contratiempo al lugar de nuestro destino. Al segundo día llegamos á un rancho que parecía de lejos una pequeña hacienda. Hallé al hijo del propietario en un destilatorio que había en una quiebra cercana, haciendo *toch* para venderlo en la fiesta próxima. Esa vez fue la única que vi á un huichol volver á destilar el aguardiente nativo para hacerlo más fuerte. Dicho licor se vende á treinta y siete centavos el cuarto. En la misma parte meridional de la región huichola encontré muchos guacamayos domesticados en los ranchos, parados comúnmente por pares en las ramas de algún árbol cercano.

Conforme nos íbamos aproximando, nos parecía Ratontita más pintoresca que Ocota. Consta de una agrupación de ranchos al rededor del templo y los adoratorios. En cuanto á la gente, que sabíamos por experiencia era desconfiada de los extraños, se nos mostró reticente é inhospitalaria. Dentro del templo había colgado un ratón disecado que por ningún precio hubieran cedido los indios. Era, sin duda, el héroe-dios de la localidad y en él pensaban los mexicanos cuando la denominaron Ratontita. Los huicholes, sin embargo, le dan el nombre de Taquitzata, que significa "las hebras del maíz están colgando."

La siguiente mañana, antes de amanecer, llamaron á mi compañero á consulta los principales indios para interrogarlo respecto á mí, y cuando los hubo puesto al tanto de todo, les vino la idea de que los ayudase en sus dificultades de tierras, y enviaron por su escribano que vivía á dos días de distancia en el mineral de Bolaños. Pretendían que yo le escribiese una carta al Presidente de la República pidiéndole que no permitiese que les dividieran individualmente las tierras, y deseaban al escribano para que se cerciorara de que yo cumplía bien el encargo; pero como afortunadamente no llegó á Ratontita mientras estuve allí, y mi guía, que iba á tener intervención en la

carta, se embriagó pronto, permaneciendo en tan feliz condición todo el tiempo que duró la fiesta, me salvé del delicado compromiso en que me hubieran puesto.

El huichol que me había llevado de Santa Catarina se me presentó un día muy excitado, quejándose de que la gente del lugar se expresaba muy mal de él, que nada les había hecho. Ni siquiera lo conocían, pero la circunstancia de ser de Santa Catarina dábales motivo para no quererlo. Los resentimientos son grandes á causa de las continuas disputas de tierras entre los diversos distritos. Cuando los misioneros establecieron los pueblos, fijaron igualmente la extensión de terreno que á cada uno tocaba, ó en otras palabras, dividieron la tierra en distritos; pero como no determinaron con precisión los linderos, ha sido esto, desde entonces, causa de mucho desacuerdo. Agravan la situación los celos que naturalmente surgen entre las diferentes secciones de la tribu. Mientras más tiempo pasaba yo con los indios, más palpablemente veía la poca solidaridad que hay en la tribu. Á cada distrito interesan únicamente sus propios negocios, y le es indiferente la suerte de los demás. No sería excesivo asegurar que á ningún distrito le importaría un bledo que "los vecinos" se apoderaran del dominio de todo el resto de la tribu, con tal que les dejasen intacto el suyo. Mucho menos se preocupa una tribu de lo que acontece fuera de sus límites. Esa usual condición de la sociedad primitiva explica, sin duda, por qué fue para los españoles relativamente fácil conquistar á los indios de México, pues no sólo desatienden unirse contra el enemigo común las diversas tribus, sino que aun en la misma no cesan las disensiones.

Entretanto, los preparativos para techar de nuevo dos de los adoratorios habían avanzado y tuve oportunidad de presenciar la operación. Para los blancos es cosa común y corriente ponerle techo á una casa ó iglesia; más para los huicholes es un rito solemne y religioso, lleno de sim-

bolismo en todos sus detalles. Frente á los adoratorios había notado al llegar los montones de la yerba especial que iba á emplearse, así como largos carrizos rajados longitudinalmente, tendidos en el suelo, ya listos para ser utilizados en la armazón del techo, y regueros de hojas de palma cuya tiras servirían de amarres. Muy cerca de todo este material, los últimos en cuanto al lugar y los primeros en importancia, veíanse los objetos ceremoniales que había sido necesario sacar de los adoratorios.

Comenzó la ceremonia cuando el sacerdote principal hubo escogido cuatro gruesos manojos de zacate y puesto solemnemente encima de ellos ocho largas varas. Desempeñaba con mucha dignidad su cargo, mostrando tal aire de superioridad cual si nada en el mundo tuviera en aquel momento tan suprema importancia como el acto de techar las casas de sus dioses. Era de complexión fuerte, de bastas y groseras facciones, pero por su rostro se difundía una expresión de sencillez infantil bajo el cerco de sus largos y desmelenados cabellos. Insólitamente áspera y abundante era su cabellera, y de color muy negro, con excepción de una visible salpicadura de canas que le blanqueaban irregularmente á lo largo de las guedejas. Parecía indio de raza pura, porque su cuerpo era tan oscuro como el de los huicholes ordinarios, aunque tuviese menos negra la cara.

Él y su ayudante inmediato se sentaron en unos equipales que estaban cerca, poniéndose con toda naturalidad á tejer ocho animales de paja, cuatro para cada adoratorio, que representaban *tlacuaches*, auxiliares necesarios de los templos y casas de los dioses. Con un delgado rollo de zacate se formaba el cuerpo, y les ataban en los extremos superior é inferior dos largos tallos de la misma yerba como para estirarlos. Adornáronlos luego con plumas de perico y de guacamayo, las primeras para simbolizar las solicitudes de lluvia, y las segundas en expresión

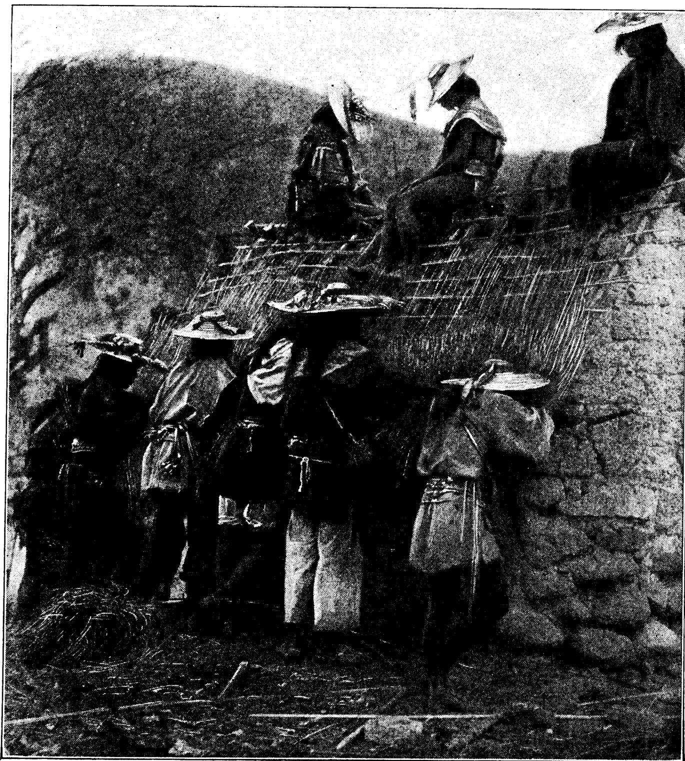
de reverencia al fuego y al sol. Ambos hombres escupían frecuentemente sobre los animales que hacían y les ponían encima las manos, muy devotamente.

Prepararon también un manojo de hojas de un árbol llamado *tempisque* para impedir, colgándolo bajo del techo, que sobreviniese cualquier mal á la casa.

Cuando todo estuvo listo, cuatro jóvenes treparon al techo, provistos de los animales de paja, y después de efectuar al rededor de la armazón el inevitable circuito ceremonial, hazaña bastante difícil, amarraron los cuatro paquetes bajo la parte superior de las latas, en posiciones opuestas, con los cuerpos colgando y las colas hacia arriba sobresaliendo del caballete. Hecho esto, bajáronse prestamente.

Podía ya comenzar la operación. El sacerdote, con dos de las cañas en la mano, las presentó á las seis regiones del mundo y las llevó al adoratorio, seguido de cuatro hombres que cargaban en sus brazos los envoltorios de paja. Dieron la vuelta ceremonial en torno del edificio y procedieron á colocar en la fila más baja del techo, primero á la derecha y luego á la izquierda, dos manojos en cada lado. Aseguraron el extremo superior de la capa de paja con una vara cruzada que fueron amarrando en los cruces con tiras de hoja de palma. Todo lo hacían con precisión y rapidez, como hombres prácticos y cumplidos. Una vez terminada la primera fila, quedáronse en pie sin cambiar de sitio, y pusiéronse á orar en alta voz, ofreciendo su obra á los dioses y pidiéndoles en cambio buena salud. La siguiente capa se tendió con idénticas ceremonias, repetidas hasta que se hubo completado el trabajo. Á pesar del considerable tiempo empleado en rogativas, oraciones y vueltas ceremoniales, acabaron la operación en una hora. El nuevo techo se veía limpio y aseado, y las cuatro colas sobresalían muy erguidas.

Entraron luego en la casa cuatro hombres, uno de los cuales saltó al altar, y con la mayor diligencia pusiéronse todos á recoger cuanta brizna de yerba había caído. Al hacerlo, gritaban cual si estuviesen llamando á los perros en una cacería de venados, y cuando terminaron, cada



Los techadores del adoratorio de Ratontita en oración.

quien tenía en la mano un puñado de zacate. Sentáronse entonces en el suelo, unos junto á otros, á registrar la paja recogida; separaron de la tierra y los pedacitos menores, únicamente los más grandes, y entraron de nuevo en el templo, donde los quemaron. Tal rebusca tenía por objeto encontrar pelos de venado, y aunque al lector pudiera parecer esto equivalente á buscar una aguja en un garban-

zal, me aseguraron los huicholes que suelen hallarlos. El caso, después de todo, no es imposible, pues los venados son abundantísimos, y algunos pelos se pueden ir entre el zacate cuando lo cortan. El encuentro de ellos augura prosperidad en la caza del año siguiente; en otras palabras, son emblema de felicidad. El que tiene la buena suerte de hallarlos entrega su tesoro al sacerdote, quien lo escupe y se lo devuelve.

Los objetos ceremoniales fueron restituídos á su lugar dentro del adoratorio; entraron los techadores á orar un rato, y todo quedó concluído. Los templos se techan de la misma manera.

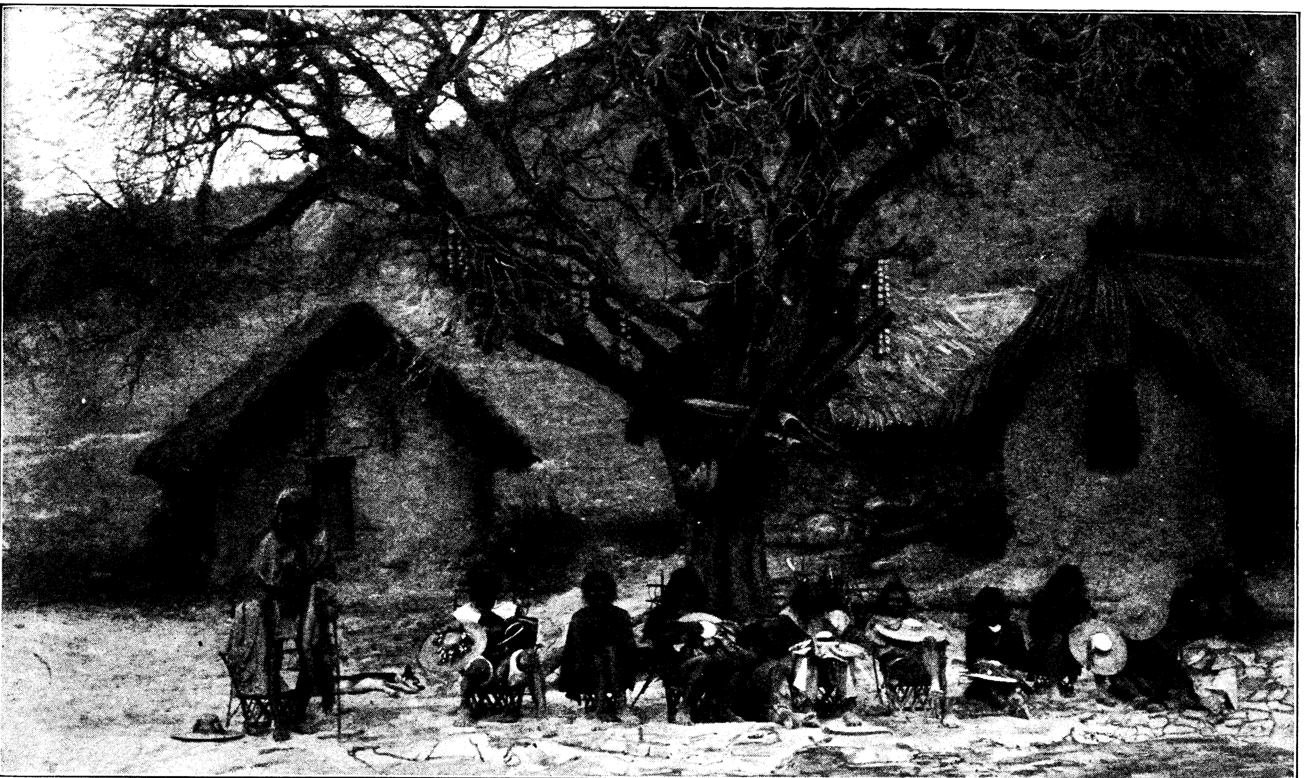
CAPÍTULO XV

PREPARATIVOS PARA LA GRAN FIESTA DEL JÍCULI—CÓMO LA CELEBRAN LOS HUICHOLES—LOS HÉROES DIOSES—LA DANZA—TOSTANDO MAÍZ—PROSIGO MI VIAJE—MOJONERAS—EL PUEBLO HUICHOL MÁS MERIDIONAL.

LOS preparativos anexos á la gran fiesta del jículi parecían próximos á su fin. Concluída la caza de venados, se había cumplido con la segunda necesidad, á saber: la limpia de los campos del templo para la próxima siembra de junio. Debían ejecutar estafaena los peyoteros á quienes había yo visto durante varios días salir por la mañana y regresar por la tarde. Venida la estación, los auxiliares del templo atienden al cultivo del suelo.

Á tal grado depende la agricultura de la cacería de venados y la recolección de jículis, que cada rancho particular está sujeto á la misma ley que las tierras del templo. Tan estrecha asociación ven los huicholes entre el maíz, el venado y el peyote que suponen que igual efecto se produce tomando jículi que caldo de venado: es decir, el maíz se da bien. Por lo mismo, cuando se ocupan en limpiar los campos, comen jículi antes de emprender el trabajo del día. Cada quien elige terreno en donde le place y lo utiliza durante cinco años, agregando anualmente un nuevo campo, de suerte que son cinco los que cultiva al último.

De un hermoso árbol viejo plantado frente al templo de Ratontita colgaban grandes tasajos de carne de venado, y gruesos rollos de peyotes frescos. Todo parecía listo para la fiesta, cuando inesperadamente descubrí que



Preparativos para la fiesta del jículi en Ratontita.

primero se celebraría la de Rancho Hediondo, á distancia de tres millas. Hacía dos ó tres años que la población de esa localidad había reñido con la de Ratontita, y separado su culto. Estaban arreglando un templo propio y aun habían hecho por su lado la peregrinación del jículi. Cuando me dijeron que las mujeres tenían puesto á cocer el maíz para el tesgüino (que se hace siempre por la mañana á fin de que esté listo para en la noche), comprendí que la fiesta iba á comenzar al otro día, y sin demora me trasladé al rancho.

Aun no habían construído el nuevo templo, en cuyo lugar se había formado un corral de maleza, dentro del cual colocaron todo exactamente como hubiera estado en el templo. Había también el usual patio enfrente, rodeado de adoratorios. Todos parecían nuevos porque acababan de enlucirlos con una tierra blanquizca, común en aquella región. El sitio era encantador y dominaba un hermoso paisaje.

Al punto como llegué, poco después de ponerse el sol, un día bastante frío de fines de enero, volvían los peyoteros y sus mujeres del primer baño que tomaban desde su salida para la tierra del jículi, cuatro meses antes. Tenían todavía mojado el cabello y llevaban ropa muy limpia, lavada la víspera.

Las ceremonias comenzaron al oscurecer. Los hombres llevaban colgados al hombro sus costalillos de tamales que, después de las debidas vueltas ceremoniales al rededor del fuego, colocaron en una frazada frente al altar, formado con una estera sobre cuatro horquetas. Distribuyeron los tamales entre los presentes, y en seguida, cada quien, inclusos los niños, bebieron un poco de agua de la tierra del peyote.

Mi amigo de Ocota me dijo desdeñosamente que no estaban haciendo las cosas como era debido. "Antes que nada, era necesario darle tamales al Fuego," exclamó; "éste no es más que un rancho!" Con todo, posterior-

mente supe que el día anterior habían cumplido con la ceremonia de la "alimentación del fuego." Las costumbres, como es natural, varían un poco en los diferentes distritos, y aun en un mismo templo puede haber cambios en los ritos conforme á las órdenes del sacerdote.

Todas las danzas del jículi se bailan al aire libre en el patio. Allí se hicieron todos los preparativos, de los cuales el más importante consistía en moler el jículi, operación á que atendieron concienzudamente dos mujeres, mientras en el extremo sur estaban hirviendo no menos de veinte grandes ollas de tesgüino.

Encendieron dos fuegos, uno dentro del corral y el otro junto al límite oriental del patio, donde el sacerdote estaba cantando, á efecto de alumbrar á los que bailaban, ó en concepto de los indios, para protejerlos. La tercera luminaria se puso en el extremo norte del patio para que el común de la gente viera la fiesta. Todos los fuegos se encendieron de la siguiente manera: Aparecía en escena una procesión de cinco hombres, provistos cada uno con una brazada de leña. Encabezábalos un sacerdote llevando sobre las palmas de las manos un pedazo de leña verde apenas de media yarda de grande: era la almohada (*molitali*) del Abuelo Fuego, y había que llevarla con el mismo cuidado que á un niño. Al llegar al hogar del templo, la levantó hacia cinco de los regiones del mundo, y la ofreció á la sexta poniéndola en el suelo. Sus compañeros colocaron encima la leña, tendiéndola con las puntas de oriente á poniente. Los demás fuegos fueron hechos de la misma manera y con prontitud.

El sacerdote y los peyoteros se introdujeron en el interior del adoratorio del Sol, donde se pusieron en voz alta á dar cuenta de sus actos y del largo viaje emprendido en cumplimiento con la antigua costumbre impuesta por los dioses mismos. En recompensa pedían larga vida y que nada malo les sobreviniera esa noche.

Entretanto, fueron colocados en la parte noroeste del patio dos copartícipes importantes de la fiesta: la ardilla gris, sentada en cuclillas, y el zorrillo rayado, ambos bien rellenos de paja, sostenidos con firmes estacas. Dichos animales tienen un papel principal en el culto. Se supone que la ardilla, que ve mejor que la mayoría de la gente y preserva contra el mal, guía á los peyoteros en su senda. Estaba vestida de un modo curioso; parte del cuerpo envuelta con un pedazo de periódico viejo, manchado por la humedad, y sujeto, lo mismo que la cola, por medio de un cordón; tenía plumas debajo de éste, y supendidas al cuello dos brillantes alas de escarabajo color verde oscuro y dos pajaritos de barro pintado, de procedencia mexicana. Pero el adorno más extraño era un pequeño crucifijo de metal, colgado asímismo del cuello sobre el estómago. Encendióse un fuego al frente de los animales y les pusieron sendos jarros al lado, uno con tesgüino y el otro con agua de la tierra del jículi, de la que la gente acababa de tomar. La vasija todavía tenía agua como hasta la mitad, y el palo con que el sacerdote había hecho la ofrenda del líquido á las seis regiones del mundo, estuvo en la olla hasta el fin de la fiesta.



La ardilla de la fiesta.

Era cerca de media noche y los jiculeros continuaban orando dentro del adoratorio; nadie sabía cuando comenzaría la danza; pero como siempre dura veinticuatro horas, tuve tiempo para despertar la mañana siguiente con la certidumbre de encontrarlos bailando. Nunca había visto á los huicholes tan profusamente adornados como aquella ocasión.

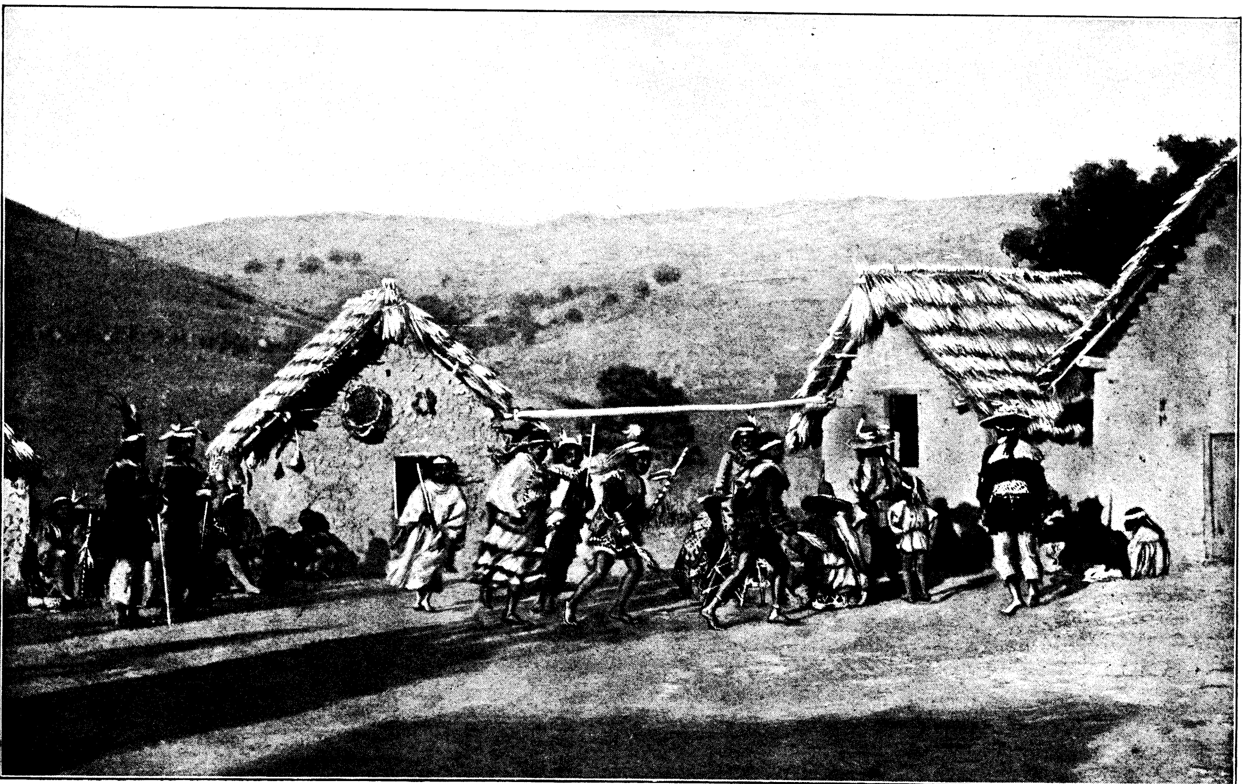
Llevaban, por supuesto, los hombres su acostum-

brado arreo de talegas; pero en esa vez, tanto ellos como las mujeres ostentaban faustuosa profusión de plumas: los hombres las llevaban ceñidas á la cabeza con cintas, ó bien, algunos de ellos, tenían sombreros liberalmente cubiertos con plumas de guacamayo y gavilán, en tanto que las mujeres andaban con sartas de ellas á la espalda, amarillas y rojas.

El sacerdote estaba sentado frente al fuego, de cara al oriente y dando la espalda al patio de baile. De cada lado tenía un ayudante, quienes de cuando en cuando se turnaban con él para cantar. No usan tambora en esa fiesta, sino que se canta sin acompañamiento. Á los pies de los cantantes había un jarro con licor de jículi y el usual complemento de flechas, plumas, tamales, etc.

Hombres y mujeres tomaban parte en la danza que consiste en andar prestamente dando brinquitos é imprimiendo al cuerpo frecuentes meneos, sin diferir sino muy poco de la danza tarahumar del jículi. Bailan al contrario del aparente movimiento del sol, describiendo en torno de los cantores y de la luminaria círculos que pronto se convierten en elipses por la tendencia de los indios á acercarse á los zurrones de los animales sagrados. Lo más de la danza se efectúa á la espalda de los sacerdotes. No hay lugar especial asignado á las mujeres.

Es característico de la danza que hombres y mujeres lleven apoyados al hombro bastones de otate labrados, que representan serpientes; los hombres empuñan además palos cortos, enfundados con colas de venado, con que hacen continuas piruetas alanceando el aire en todas direcciones. Tales movimientos recuerdan al animal mismo, porque cuando corren los venados levantan la cola, que sirve de mira al cazador. Fue en forma de gigantesco ciervo como se presentó el primer jículi á los antepasados de los huicholes, y en las huellas que dejaba fueron naciendo pequeños peyotes. Los que bailan se cuelgan del ceñidor escobetas



La danza del jículi cerca de Ratontita.

UNIV. OF MICH.

nuevas, de las que para peinarse fabrican con material que llevan anualmente de la tierra del jículi.

La danza no es continua. Se interrumpe de cuando en cuando, y los puntos en que se comienza y acaba están siempre á la derecha de los sacerdotes. Dos hombres y sus mujeres la dirigen, mejor vestidos que los demás y dando vueltas y vueltas durante la danza. Este fue el baile huichol más interesante que presencié, y no me cansaba de ver los estrámboticos movimientos, no obstante que el viento soplaba con fuerza envolviendo á los danzantes en nubes de polvo y haciendo muy desagradable la estancia. Á veces parecía como que se ahogaba la voz del *shaman* bajo la masa de partículas de tierra que llenaban el aire y cubrían las caras de los tres hombres. Mas ellos permanecían quietos como estatuas, con excepción del cantor que de vez en cuando escupía la tierra que le entraba en la boca, bebía un trago de agua de jículi y proseguía su canto.

Como á medio día se sentaron los indios á pintarse la cara unos á otros con curiosos dibujos amarillos. Es extraño que tan importante operación no se hubiese ejecutado al comenzar la danza.

El tercero y último día de la fiesta era de mucho regocijo, porque al fin terminaba el largo período de abstinencia. Sin consideración al Padre Sol, se consumió todo el tesgüino y comenzó á venderse aguardiente nativo. No hay para que decir que todos los presentes se embriagaron y que era imposible hacer nada con ellos. Lo peor de todo es que los "vecinos," que siempre saben cuando se celebran las fiestas, no desperdician la oportunidad. Algunos llegaron de Bolaños con un barril de sotol é hicieron un magnífico negocio. Es lástima que no pueda prohibirse el tráfico de ese licor. Las bebidas estimulantes de los indios no parece que les hagan daño; pero á la hora ó dos de que se presenta algún mexicano vendiendo aguardiente,

se ve el patio sembrado de hombres y mujeres privados de sentido que siguen por algún tiempo en miserable estado. Esa vez, como de costumbre, los derribó el aguardiente con tal prisa que no pudieron terminar la fiesta debidamente. La ceremonia final á que se tiende es tostar el

CANCIÓN HUICHOLA PARA LA DANZA DEL JÍCULI



CANCIONES HUICHOLAS PARA LA DANZA DEL JÍCULI

Transcritas del Grafófono.

Estas canciones se repiten varias veces, omitiéndose algunas las notas marcadas ×, pero conservando el tiempo con una pausa.



maíz, acto que da nombre á la fiesta entera, llamada Raririquira, de *raqui*—maíz tostado. Debiéndose hacer al amanecer, se retardó esa ocasión hasta el medio día.

Á esa hora ató con una cinta el sacerdote una pluma en la cabeza de la mujer designada para tostar el maíz, y le dió una escobetilla de popotes para removerlo. Dispuso

ella luego el comal colocándolo al fuego sobre tres piedras, y se puso á esperar á los hombres que habrían de darle el grano. Aparecieron á poco los peyoteros llevando en sus bolsas grandes mazorcas de maíz de varios colores, y dadas las vueltas ceremoniales de rigor, amontonaron en el suelo las mazorcas y sentáronse á desgranarlas. Sacrificaron cinco granos al fuego y dieron el resto á las mujeres para que lo tostaran, operación que no requiere mucho tiempo. El *ezquite*, que es como se le llama, fue ofrecido á los presentes, juntamente con caldo y carne de venado.

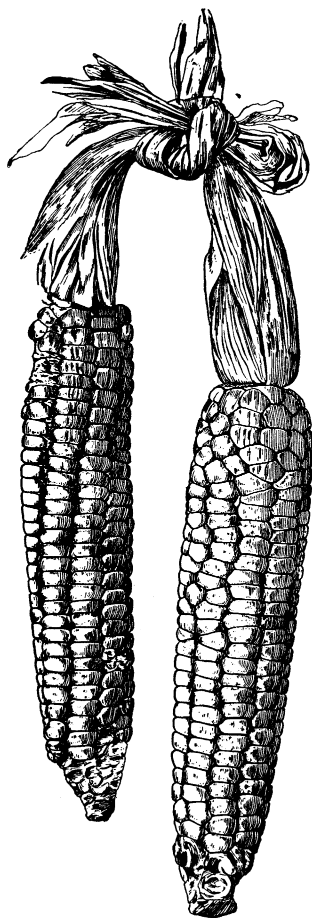


Bailador entusiasta.

Los huicholes miran todos sus principales alimentos como especial don de los dioses y celebran á este respecto ceremonias periódicas. Nunca se le ocurre al indio que tiene que comer obedeciendo á leyes naturales para sustentar su vida. Nada toma de su nueva cosecha de maíz, frijol ó calabaza hasta que celebra una fiesta y se ofrece parte del producto á los dioses. Aun las diversas formas en que toma el maíz, como tamales, maíz tostado, etc., exigen una ofrenda á las deidades, antes de que se prueben. Las mismas reglas se observan con las bebidas embriagantes y, en ciertos casos, aun con el agua. Los indígenas respetan su comida y bebida y los toman cuidadosamente, puesto su pensamiento en los dioses que se dignan concedérselos.

Miran naturalmente al maíz, su cereal más importante,

con especial reverencia. Tienen mucha precaución de no pisar ningún grano, por creer que si lo hacen, se machucan la vida. El maíz es una muchachita que oyen á veces llorando en los campos; tiene miedo al coyote y á otros animales salvajes que comen grano. Hay nombres distintos para el maíz en cada una de sus épocas de crecimiento: cuando lo siembran; cuando brota; para la planta con dos ó con tres hojas; la milpa con tallo, en flor, con maíz tierno, con mazorcas prontas para la siega, y finalmente, para el maíz que se entroja para el consumo. Hay cinco clases de maíz, cada cual de color diferente—rojo, amarillo, blanco, negro y pintojo ó veteado—todos pertenecientes á distintos dioses. Á tal grado llevan los indios la personificación de este cereal que guardan cinco mazorcas en la jícara sagrada de la casa "para que esperen á los hijos del maíz," es decir, á la próxima cosecha, aunque por algunos meses carezcan del necesario para sus diarias necesidades.



Mazorcas como se conservan colgadas para el invierno.

La localidad del Rancho Hediondo me resultó interesante y me hice con cuanto pude conseguir, inclusos los zurrones de animales que habían presenciado la fiesta. Me sentí ansioso entonces de proseguir mi viaje; mas, no obstante que me habían ofrecido un guía, con la general borrachera todos los convenios se habían

olividado. Á fuerza de muchas promesas y ruegos logré conseguir un hombre, y eso por sólo un día; pero salimos, al fin, ya caída la tarde, y llegamos al fondo de un profundo arroyo donde nos detuvimos á pernoctar.

Para colmo de molestias, teniendo que tratar con hombres ebrios, sin guía de quien valerme para dejarlos, advertí de pronto que había perdido mis llaves. Después de buscarlas en vano, me di por conforme con la reflexión de que algún futuro viajero las encontraría en el templo adornando el cuello de la ardilla gris; pero al rato uno de mis hombres tropezó con ellas y me las llevó. Por nuevo beneficio del cielo acertó á pasar por nuestro campamento un indio joven á quien insté á que me sirviese de guía. Su rancho quedaba á solo un día de camino, pero lo persuadí á que continuase con nosotros por dos. Cuando avanzamos algo al oeste á traves de la solitaria selva, hallamos camino relativamente bueno y terreno bastante parejo. Pasamos junto á una palma de abanico, alta como de doce pies, que crecía entre pinos y encinas.

En otro lugar de la montaña, llegamos á un gran amontonamiento de piedras, entreveradas de yerba, semejante á otros muchos que había visto en la Sierra Madre. En la región de los tarahumares y tepehuanes, están hechos principalmente con piedras y estacas; pero tanto acá como allá se encuentran siempre en los puntos altos donde la senda sigue por un desfiladero entre dos ó mas quiebras, ó lo que los mexicanos llaman *puerta*. Aunque dichos montones tienen tres, cuatro y aun cinco pies de altura, están formados sin ningún plan ni orden. Cada indio que pasa echa una piedra ó un palo para que no se le acaben las fuerzas en su viaje. Entre los tarahumares sólo los viejos observan esta costumbre. Cuando los tepehuanes llevan algún cadáver, lo dejan descansar como un cuarto de hora sobre dichas piedras con el fin de que el finado no se fa-

tigue, sino que tenga el vigor suficiente para concluír su largo viaje á la tierra de los muertos.

Uno de mis huicholes se detuvo al llegar al montón, arrancó del suelo un puñado de yerba, cogió una piedra del tamaño de su puño y escupiendo una y otra, las frotó con rapidez cerca de sus rodillas y se las pasó dos veces sobre el pecho y los hombros, exclamando: *¡Quenesticuai!*, "ojalá que no me canse!" hecho lo cual puso en el montón la yerba con la piedra encima. Daban á esa aglomeración particular el nombre de *Nutícuayë* (el que sabe curar). Otras no tienen nombres propios, pero todas se consideran bajo el dominio de la Diosa de las Nubes Meridionales. Los mexicanos las llaman *mojoneras*.

Nuestro guía no quiso pasar de allí declarando que necesitaba volver á su tierra para tomar participación en una fiesta del jículi que iba á celebrarse. Tuve, pues, que dejarlo marcharse, dándome de santos de que nos hubiera acompañado hasta esa distancia. Por fortuna pronto encontramos á otro indio que nos enseñó el camino desde la altiplanicie hasta la ancha barranca al otro lado de la cual se encuentra el pueblo de Guadalupe Ocotán, á medio camino sobre la pendiente. El descenso era tan tortuoso que, aunque caminamos casi el día entero, sólo recorrimos catorce millas que en línea recta no representaban más de seis. Al otro día llegamos al pueblo. El lugar parecía abandonado; dondequiera, aun junto á la iglesia, había yerba crecida y seca. Detúveme bajo unos sombrosos árboles, después de cortar dicha maleza en espacio suficiente para evitar peligro de incendio.

Guadalupe Ocotán, el pueblo huichol situado más al sur, es de origen reciente, pues se formó en 1853. Antes pertenecía el distrito á San Andrés, y no obstante hallarse á la margen izquierda del río, en costumbres y afinidades ha seguido relacionado con la parte occidental. En el interior de la pequeña iglesia encontré una decoración original: los

periódicos oficiales del gobierno del Estado cuidadosamente suspendidos en largas tiras á manera de colgaduras.

Por la ruinosa situación del templo pagano inferí que no se atendía á la religión nativa, mas parece que se observan fielmente las antiguas danzas y ceremonias. Las mujeres son vergonzosas y los más de los indios no hablan



Familia huichola de Guadalupe Ocotán.

español. Muy escasa influencia parece haber ejercido en ellos la civilización, si no es en que los hombres se dejen el cabello bastante corto, peculiaridad que, por supuesto, se debe á la proximidad de los "vecinos" que se han apropiado la tierra algunos millas al sur, y establecido el pueblo de Huajimi. Por lo demás, la región que comprende el extremo meridional de la Sierra Madre está muy aislada del resto del mundo.

Así las autoridades nativas como la demás gente se mostraron muy bondadosas conmigo, y todos contribuyeron á hacerme provechosa mi estancia. Como era la última oportunidad que tenía para conseguir muestras etnológicas de la tribu, estaba ansioso de completar mis colecciones. Las mujeres sobresalían en la fabricación de camisas y túnicas, ricamente bordadas con antiguos dibujos. Por bondad del alcalde obtuve varias de esas excelentes prendas, que sus dueños se manifestaban renuentes á ceder. Él mismo fue quien me vendió la camisa admirablemente trabajada cuya ilustración doy en la página 229. También me prestó ayuda en otro sentido. Había tratado en Ocota un tambor que el vendedor ofreció entregarme acá; pero habían trascurrido dos semanas y el tambor no me llegaba. Para ahorrarme tiempo y molestias, el generoso alcalde me ofreció el suyo, diciéndome que el importe lo cobraría al hombre de Ocota.

Deseando recoger algunos cráneos de un antiguo sepulcro situado en una barranca distante, y no siéndome posible emprender personalmente el viaje, persuadí á los indios á que fuesen á buscármelos. Volvieron con la preciosa carga en dos sacos que al efecto les había yo proporcionado. El hecho prueba de un modo notable que los huicholes no temen á los muertos que llevan mucho tiempo de haber salido de la vida.

CAPÍTULO XVI

EN CAMINO Á LA COSTA—REFORMA CIVILIZADORA POR MEDIO DEL TRAJE—CUESTIÓN DE CALZONES—LLEGADA Á TEPIC—SITUACIÓN AGRÍCOLA DEL TERRITORIO—LA FIEBRE MALARIA—ESPLÉNDIDAS ANTIGÜEDADES HALLADAS EN UN JARDÍN—CERÁMICA.

MUY satisfecho con lo que obtuve allí, partí el 11 de febrero para la costa rumbo á la ciudad de Tepic. Me acompañaban entonces cuatro mexicanos, que habían estado conmigo desde mi visita á Mezquitic, cinco huicholes y un indio civilizado de Huajimi. Tuvimos otra vez que ascender la fría y ventosa sierra que seguimos por cerca de dieciocho millas al sur. La vista desde la cumbre hacia el mar era magnífica. El majestuoso volcán extinguido de Sangangüey, que oculta á Tepic, se erguía bajo una niebla azulada como á sesenta millas al suroeste sobre una ondulación de cerros que corrían entre nosotros y su cúspide. Veíamos á nuestros pies el pedazo de tierra denominado Nogal, con sus largas pendientes y rugosas crestas alfombradas por espesos pinares. En el centro de aquella extensión verde había una quieta laguna que parecía un ojo abierto en el solitario paisaje, la que suponen los mexicanos comunicada con el mar. Dicen también que con frecuencia han visto salir de allí ganado. La localidad está casi inhabitada. Los pocos huicholes y mexicanos que hay, deben más bien considerarse como colonos.

Nuestra senda iba á dar al camino real de Huajimi á Tepic, y bajamos de lo que fue región de los huicholes y que aun se llama Sierra de los Huicholes ó Sierra de Álica.

Desde aquel punto, nuestra ruta hacia el oeste fue buena, ó al menos así me lo parecía, acostumbrado como estaba á andar por las montañas. Pasamos de la región de los pinos á la de los robles. Seguimos encontrando todo muy solitario hasta que estuvimos á un día de distancia de Tepic. Los campos parecían servir únicamente para apastaderos, cosa extraña puesto que se veían tan fértiles y bien regados. Toda dicha región es famosa también por haber servido de postrer retiro al célebre revolucionario Lozada, que capturaron allí las fuerzas del Gobierno. Había comenzado su carrera como bandido, pero cuando alcanzó el poder se convirtió á su vez en perseguidor de ladrones. Á pesar de que era católico fanático, si algo tenía que ver con un padre, se asegura que "vacilaba en matar al hombre cuya mano besaba."

Pasamos frente á dos ranchos ganaderos que, aunque ocupados durante las aguas, entonces se hallaban desiertos. En un tercero, vimos algunos individuos á lo lejos. Conforme bajábamos hacia la costa, mirábamos extenderse la yerba hasta donde alcanzábamos con la vista sobre las interminables colinas. Á lo largo de las quebradas crecía siempre una espesura de verdes arbustos. Atravesamos el río Álica que nace en la laguna de Chapala, cerca de Guadalajara. Denominado con diferentes nombres en diversos tramos de su curso, desagua en el mar con el de río de Santiago. En el punto donde lo cruzamos, su corriente era bastante ancha y sólo debido á que mis huicholes eran excelentes nadadores, pudieron todas mis mulas llegar salvas á la otra orilla. El agua les llegaba hasta los aparejos.

Algunos minutos más tarde estábamos en el primer punto civilizado, la hacienda Agua y Pan, donde hay bastante explotación minera. Allí compré algunas naranjas que, aunque agrias, me refrescaron mucho. ¿Hay nada mejor que la naranja para el fatigado viajero? Su her-

mosa forma, vivo color, deliciosa fragancia é incomparable gusto sugieren la idea de un mundo mejor. También conseguí en aquel remoto paraje algunas latas de sardinas francesas, un poco caras, pero cuyo contenido era delicioso.

Supongo que ha de entrar para mucho en esta apreciación mi prolongada abstinencia, pues casi por tres meses había estado al monótono régimen de atole blanco, gallina cocida y huevos. Como los indios no dan maíz á sus aves domésticas, naturalmente son flacas y los huevos que ponen saben á jabón. El atole, en cambio, es de buen sabor, especialmente si se le pone un poco de miel; pero como sólo es una bebida, no satisface. Tan invariable alimentición pronto cansaba. Encuentro á este respecto en mi libro de apuntaciones, la característica nota siguiente: "Me he acostumbrado poco á poco á no comer nada á mediodía en el camino, porque no vale la pena tener á las mulas cargadas esperando mientras me calientan unas miserables tortillas. En la noche llego á menudo demasiado cansado para pensar en comer, y por la mañana no hay nada que me guste." Aun después de esos años, no me había idianizado lo bastante para contentarme con tortillas y agua; no es extraño, pues, que llegara á la costa enflaquecido, débil y en las mejores condiciones para ser víctima de la malaria.

La jornada era todavía demasiado larga, para las mulas cargadas, de la hacienda Agua y Pan á la ciudad de Tepic, por lo que no llegamos ese día al final de nuestro viaje, sino que nos detuvimos en la hacienda azucarera de Puga. Habiéndome dicho un fletero que dos noches antes había tenido que disparar contra dos ladrones que trataban de robarle sus animales, ordené á mis mozos que se turnaran esa noche para cuidar á nuestras bestias. Nada malo nos pasó, sin embargo, y al otro día pudimos continuar nuestro viaje.

El aspecto del terreno había cambiado por completo y la temperatura del aire era, en aquella estación, tibia y

agradable. Los ojos se deleitaban con los verdes campos de caña y de cebada. Tan húmedos son el clima y el suelo, que la última cosecha se había sembrado y recogido en invierno sin precipitación ni riego.

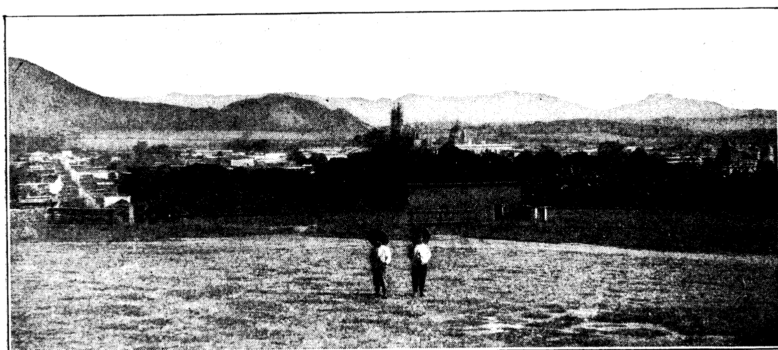
Los muchos carros de bueyes que encontrábamos en el polvoroso camino, nos recordaban que íbamos acercándonos á la civilización, y por la tarde temprano llegamos á Tepic después de seis días y medio de viaje. Mis hombres, los mexicanos como los indios, habían estado muy preocupados por su entrada á la ciudad, porque hay en el territorio una disposición que prohibe aparecer en las calles sin pantalones. Esta ley, en vigor en uno ó dos Estados de México, tiende á promover la cultura mejorando la apariencia de los nativos, alegándose que los calzones blancos que usan las clases trabajadoras y los indios civilizados no son bastante decentes. Afortunadamente el ilustrado Jefe Político del Territorio ha modificado la ley en favor de los indios, permitiéndoles andar con calzones. La figura de un indio con pantalones ajustados es verdaderamente cómica.

Entré, no obstante, sin que se me molestase, con mis huicholes de piernas desnudas y mis encalzonados mexicanos, pues la ley se aplica con todo buen sentido, dejándose oportunidad de comprarse pantalones, después de haber entrado en la ciudad, á los que por primera vez van á ella; pero; ¡ay de aquél que sigue presentándose en las calles sin la prescrita prenda! Prontamente lo arrestan y le imponen una multa superior al costo del atavío.

Lo cierto es que pueden comprarse pantalones muy baratos y aun alquilarse por un día, pues hay en Tepic quienes los ofrecen en alquiler á mexicanos y á huicholes. Uno de mis mestizos tomó un par de pantalones tan ajustados que le fue imposible sentarse todo el tiempo que estuvo en Tepic, pero como permaneció sólo un día, pudo pasarlo "parado." Los arrieros que periódicamente visitan

las ciudades llevan consigo por lo general el expresado requisito de civilización, que se ponen antes de entrar.

Mi opinión y la de otros extranjeros con quienes me encontré en México, es que los calzones blancos son en todos sentidos preferibles á los pantalones. Como acostumbran usar los últimos muy estrechos, resultan en realidad menos decentes que aquellos. Los calzones, en cambio, son más adecuados, más higiénicos para el clima tropi-



La ciudad de Tepic.

cal, más fáciles de conservan limpios y mucho más baratos para la gente pobre. No sería malo que las autoridades reconsideraran el punto.

Hay en Tepic un hotel aceptable, pero yendo, como iba yo con muchos indios, mulas y grandes colecciones, tuve por fuerza que parar en uno de los numerosos *mesones*, pequeño, sucio y ruidoso, no obstante ser el mejor que había. Aconsejo á todo viajero alojarse en el hotel (que tiene la ventaja de un segundo piso) donde, si se consigue un cuarto, se goza de mejor aire que abajo.

Descargadas las mulas y puestas en seguridad las cosas, fuime al punto, no obstante que era tarde, á ver al General Don Leopoldo Romano, jefe político y militar del Territorio, con quien ya había estado en correspondencia, hombre de mucha fuerza de carácter y grande habilidad administra-

tiva, cuya afabilidad dejaba complacidos y gratos á cuantos tenían la buena suerte de tratarlo. Mexicanos é indios, altos y bajos, todos estaban seguros de que los atendería en toda justicia. Su muerte, pues, ha sido generalmente sentida.

Ya no me quedaba más que un peso mexicano, pero al día siguiente me hice con el dinero necesario para pagar á mis sirvientes. El general me consideró malísimamente alojado en el hotel y pude, por bondad suya, trasportar todas mis cosas á una casa particular donde permanecí durante mi estancia en Tepic. Púsome también en pronta comunicación con personas que juzgó podían serme útiles.

El sentido de la palabra Tepic aun no se ha fijado de un modo definitivo. Tal vez proviene del náhuatl: *Tetl*—piedra; y *pic*—duro, piedra dura. La ciudad, á una altura de 3,069 pies, está hermosamente situada en una gran llanura casi al pie del pintoresco y extinto volcán de Sangangüey. Un pequeño río que atraviesa la ciudad hacia el norte, tiene su nacimiento cerca del pueblo de Jalisco (en náhuatl: "donde la tierra es arenosa"), apenas á distancia de cuatro leguas, y desemboca en el Santiago. La población (14,000 habitantes) está compuesta en su mayor parte de descendientes de colonos de Guadalajara, y es refinada y simpática. Hay una hermosa plaza y, además del hotel principal, *restaurantes* bastante buenos donde tomaba mis comidas. Como era cuaresma, todos los viernes llevaban al mercado magníficas ostras del puerto de San Blas.

El Territorio de Tepic contiene excelentes tierras para la agricultura tropical. La caña de azúcar, el arroz y el café se producen en tan buenas condiciones que su cultivo es indudablemente de mucho porvenir. El clima de la costa es malo y la malaria á menudo fatal aun para los nativos, motivo que obliga, según me dijeron, á salir de algunas haciendas en ciertas estaciones del año. Fre-

cuentemente asume la fiebre carácter pernicioso causando la muerte en pocas horas. El cura de Iztlán me contó que de nueve presbíteros que habían salido simultáneamente del seminario para ejercer el sacerdocio en la costa, todos habían muerto, con excepción de él que nunca se había enfermado.

Aun en la ciudad de Tepic el clima es húmedo y en extremo inconstante, soliendo variar mucho la temperatura en el curso del día. Sin duda ha crecido en los últimos años la insalubridad del lugar debido á la desecación de una laguna próxima, practicada para aprovechar el terreno.

No hay, que yo sepa, ruinas de importancia dentro del territorio, bien que en algunos lugares son abundantes los coesillos, y que frecuentemente desentierra el arado espléndidas figurillas de barro cocido pintadas y pulidas. Como los que las hallan ignoran generalmente el valor de los *monos* (vocablo popular con que se designa á los ídolos y figuras antiguos), se los dan á los niños para que jueguen. Hay individuos que se interesan lo suficiente para guardarlos como curiosidades; otros, reputándolos amuletos para conservar la salud y tener buena suerte, se niegan absolutamente á venderlos para no empobrecer. Los llamados indios civilizados se irritan sólo con que se les pregunte si tienen monos. Uno me contestó indignado: "No soy brujo. No hay más que un Dios que está en el cielo." Algunos, en cambio, cuando les manifestaba mi deseo de comprar algunos, decían admirados: "¡Cuánto dinero tendrá este señor! No sabe qué hacer con él!" y no faltaban quienes me supusieran protestante y creyesen que trataba de embrujar gente con los monos.

Un amigo digno de crédito me dijo cosas muy interesantes de una cueva que había visitado cerca de Ayutlán. Advirtiendo que el piso era artificial, hecho de ceniza volcánica, sospechó que algo habría debajo y emprendió excavaciones. Á los dos días de estarlas haciendo, encon-

tró muchos jarros y tazas de barro de fabricación ordinaria, por lo que pronto desistió de su empresa. Otros individuos prosiguieron después las excavaciones, más como no encontraron sino utensilios semejantes y algunos idolillos, se cansaron también. De este modo fueron sucediéndose muchos y abandonando la tarea, pudiéndose calcular que sacarían, según mi informante, como dos mil ollas, escudillas y monos que iban arrojando al arroyo conforme los exhumaban. Al fin, llegó un afortunado que alcanzó el fondo como á treinta varas de profundidad, donde halló un ídolo de oro, de doce pulgadas de alto, cuyo metal fundió para venderlo.

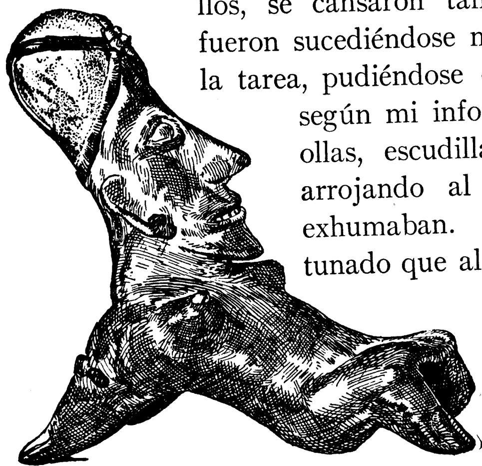


Figura de tierra amarilla, pulida, probablemente representando un acróbata. De Compostela, Tepic. Altura, 14.2 cm.

Hay muchos jardines en Tepic, y su suelo, en que se dan muy bien las naranjas y el café, tiene una primera capa, como de dos yardas, de tierra negra. La capa siguiente, de media yarda es de tierra amarilla y debajo hay otra de ceniza volcánica. Una persona había estado practicando sistemáticamente excavaciones en su jardín para buscar antigüedades, de que era grande admirador, aunque sin ningunos conocimientos arqueológicos. Tenía á un peón continuamente ocupado en ello, y en el curso de cinco años había registrado una cuarta parte de su solar, como de sesenta yardas de longitud por veinticinco de anchura, á lo largo y, parte, encima de una loma muy baja que tendría, de norte á sur, unas trescientas yardas por veinticinco de ancha, quedando, por su extremidad norte, como á sesenta yardas del río.

Había despertado la curiosidad del dueño del jardin

el filo de algunas piedras que descubrió entre los árboles, colocadas de un modo que revelaba la intervención de la mano del hombre. El canto de ellas apenas sobresalia de la superficie, pero cuando removieron la tierra, se vio que estaban en disposición circular. Debajo había una pared construída de norte á sur sobre la capa volcánica, donde fueron halladas varias osamentas muy mal conservadas, tendidas con la cabeza hacia la pared y los pies al poniente. En una palabra: nuestro hombre había dado con un cementerio, perteneciente quizás á alguna tribu nahua, y conforme avanzaba en sus excavaciones, seguía encontrando esqueletos, de los que llegó á desenterrar once.



Figura de barro, pintada de rojo y negro. Del pueblo de Jalisco, cerca de Tepic. Altura, 15.3 cm.

Según me dijo, yacían sobre la misma capa de ceniza, con excepción de algunos que estaban sobre delgadas losas, todos cubiertos de lajas por arriba y por los costados, rellenos de arcilla los recintos, y sin que se notase distancia fija entre unos y otros cuerpos. Con ellos se extrajeron muchos interesantes objetos. Junto á los más se encontraban jarros con ceniza ó con tequesquite. Los que habían sido pobres, en opinión de mi sabio amigo, sólo tenían un jarro cerca de la cabeza y carecían de sartas de cuentas en el cuello. Las excavaciones no se profundizaron más abajo de la capa volcánica.

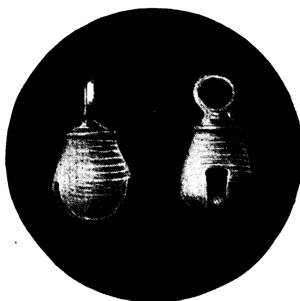
Quiso mi buena suerte que estando yo en Tepic desentarrase dicho individuo los objetos más valiosos con que había tropezado, pues dio con dos esqueletos que juntos tenían en el cuello veintiséis cascabeles de oro sólido,

además de algunas turquesas. Sobre el pecho de uno de los muertos había una grande placa de oro batido que había servido de ornamento. Cierto número de placas semejantes se encontraron en la famosa excavación de la ciudad de México, en 1900. Junto á los pies estaba una vasija de tequesquite, muy corroída, en figura de un hombre sentado; y también un magnífico jarro de terracota cuyo dibujo y decorado imitaban un pavo; entre ambas vasijas estaba una tartera negra de barro. La olla del pavo (Plancha VII), que tiene más de seis pulgadas y media de altura, es en extremo interesante desde muchos puntos de vista. Está excelentemente fabricada con pasta color de pizarra, de fino grano, que, aunque delgada, es de notable resistencia como lo demuestra el hecho de que el hombre que la desenterró, clavó la barra con toda fuerza dentro de la vasija sin hacerle más que un agujero en el punto de contacto. La cabeza y el cuello del ave, que son huecos, se hicieron evidentemente aparte y se adhirieron á la jarra cuando estuvo concluída.

La brillante superficie de la vasija, que parece vidriada, es de un color aceitunado oscuro que tira á pizarra, manchado á trechos con pintas color de ladrillo. La cabeza y cuello que forman el mango están pintados de un rojo brillante, y las verrugas, todas claramente indicadas, están revestidas de delgadas hojitas de oro. El mismo colorido rojo contorna la faja blanquizca que rodea el cuello, lo mismo que los pies del guajolote y la parte superior de las alas en el cuerpo de la vasija. Este color, que es el mismo que generalmente se encuentra en las reliquias funerarias de los antiguos aztecas, zapotecas y mayas, sirve probablemente para indicar el objeto del jarro.

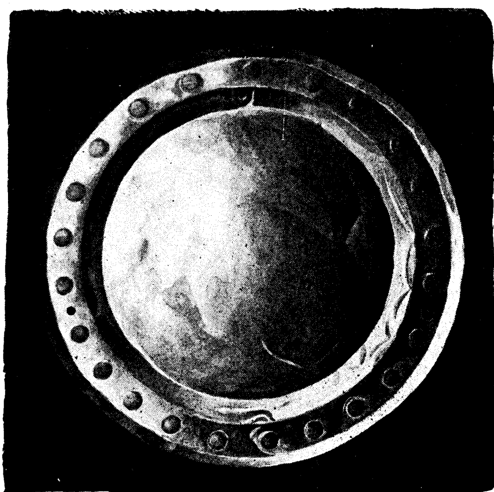
La lista blanquizca que rodea el cuello está dada con el mismo material que sirvió para marcar la parte principal de las alas, piernas y pies. Dicha banda, así como el centro de las alas, piernas y pies, estuvieron también do-

rados alguna vez, y aun pueden verse las huellas de un listón de hojas de oro cruzando las alas. Hay indicios de que la parte superior de las mismas estaban pintadas de un azul verdoso. En cuanto á la parte inferior de ellas y la cola están representadas con estrías. Se han hallado asímismo ornamentaciones con dorados en cuentas y tiestos de los antiguos tarascos; pero en ninguna vasija, que yo sepa, tan completa como ésta.



Cascabel de oro hallado en Tepic, visto de frente y de lado. Longitud, 2.2 cm.

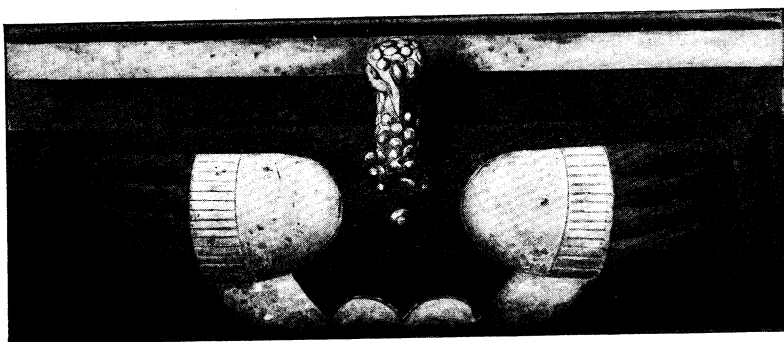
No existen muchos ejemplares de ese género en los museos del mundo, y, en algunos respectos, ninguno comparable al que describo, encontrado más al norte que los demás. Todos parecen proceder de una fuente común, y se distinguen por lo que á primera vista parece vidriado. El Profesor Morris Loeb, de la Universidad de Nueva York, que ha tenido la bondad de analizar un fragmento de la parte inferior del jarro, encontró, sin embargo, que la superficie suave y lustrosa no era vidriado, sino que consistía en una masa gris, cubierta por ambos lados de un enjalbe color de crema de menos de un milímetro de espesor. Tanto el interior como la super-



Adorno de pecho, de oro batido, hallado en Tepic. Diámetro, 16.5 cm.

ficie pintada se adherían ligeramente á la lengua. Habiéndose raspado con una lima de acero el barniz, se pasó por un magneto. Á este respecto debe advertirse que fue mucho más fácil limar el revestimiento exterior que el interior, y que ambos se analizaron separadamente, pero siguiendo el mismo método.

El análisis no convenció al Profesor Loeb de que el "vidriado" y el cuerpo sean de material muy distinto; ni de que el vidriado sea más fusible que el cuerpo; más bien lo contrario. El cuerpo, aunque gris, contiene muy poco carbono, y el vidriado lo contiene en gran cantidad.



Dibujo amplificado del frente del jarro.

De la capa blanca exterior, declaró que es una mano cruda de arcilla grasa, secada al sol, la cual quedó blanca por no haberse quemado la materia orgánica que contenía.

Respecto á la capa blanquiamarillenta empleada, en parte, como cemento para pegar el oro, no es concha pulverizada, como á primera vista parece. Según experimentos hechos por el Dr. E. O. Hovey, del Museo Americano de Historia Natural, no tiene acción sobre dicha sustancia el ácido clorhídrico frío. Por otra parte, el hecho de ser fuertemente atacada por la potasa cáustica indica que es cierta especie de arcilla muy cargada de alúmina. La

parte situada debajo de la capa de oro parece contener arcilla en gran proporción.

El ave está representada con tal exactitud que es evidente aun la especie del pavo. Las rojas granulaciones, á modo de verrugas, y la eréctil carnosidad de la cabeza indican el llamado pavo de Yucatán (*Meleagris ocellata*). La elegante franja bronceada del ala es tan característica en el original como en el jarro. El turquesa tornasolado que antes representaba el plumaje, así como la profusión de oro y el notable pulimento de la vasija producen, en su conjunto, la impresión del tornasol oro y verde del vistoso pavo.

Su elegante forma y magnífica factura hacen de esta pieza una de las más notables muestras de la antigua cerámica americana. Hay fundamento para creer que existían una ó más fábricas de esta clase de loza en algún lugar de la tierra caliente de Guatemala ó muy al sur de México, y que el comercio la llevaría al seno de las tribus más arribeñas. Con todo, la localidad no se ha descubierto.

CAPÍTULO XVII

NUEVAMENTE EN CAMINO—POR LA TIERRA CALIENTE—GITANOS—COESILLOS EXCAVADOS—TERRACOTAS NOTABLES—LA LAGUNA DE SANTA MAGDALENA—LA CIENCIA DEL CURA—LAS CULEBRAS DE AGUA—LAS COVACHAS DE LA ISLA.

AL punto como me recobré de un fuerte ataque de malaria lo bastante para poder caminar, partí de nuevo. La gente de la costa es perezosa é ignora generalmente el manejo de mulas; pero con ayuda de las autoridades contraté los mejores arrieros que pudieron hallarse, con quienes sufrí, como de costumbre, pérdidas y retardos debido á su incuria en dejar que se les matara el lomo á los animales.



Terracota de Iztlán, Tepic, pintada de blanco y amarillo. Altura, 17.5 cm.

Entre dichos hombres estaba Ángel, indio civilizado, pero legítimo, cuya familia había vivido originariamente cerca de Zacatecas, pero establecida en Tequila, de donde él había venido á Tepic con una partida de operarios que lo dejaron abandonado á su suerte. Sólo hablaba español, pero la primera impresión que me produjo fue favorable, y desde entonces continuó á mi servicio durante un año, mostrándose siempre inteligente, honrado y excepcionalmente útil como criado.


R. Cronau.

Á fines de marzo caminábamos por los llanos de Compostela, al sur de Tepic, y luego seguimos al oriente, pasando por San Pedro Lagunillas, donde se habían encontrado muchas antigüedades. La gente me recibió muy hospitalariamente, y de allí gané el camino real que comunica á Tepic con Guadalajara.


Figura de barro, negra y pulida, de Iztlán, Tepic. Altura, 15 cm.

Un día, al acercarme á un miserable villorrio del camino, me sorprendió de repente la alegre charla y extraña apariencia de un grupo de gente de largos cabellos sueltos que estaban bañando unos grandes caballos en un hondable del río. Eran gitanos de una partida que había acampado en el pueblo. Al punto como me divisaron las mujeres, se acercaron á pedirme limosna y á ofrecernos que nos dirían la buenaventura. Entiendo que estos quirománticos hacen buen negocio por ahí. Sólo piden un real por examinar la mano, pero de ello se valen para exitar la curiosidad é inducir á los crédulos á gastar otro real en gratificación. El principal oficio de los hombres es el de caldereros, con que se ingenian para cargar precios exorbitantes. También comercian considerablemente en caballos; pero nunca roban. Los mestizos, por su parte, no desperdician oportunidad de llevarse los caballos de los gitanos, especialmente de noche, aunque las autoridades protegen lo más que pueden á dichos extranjeros. En Ahuacatlán (en náhuatl: "donde hay aguacates") vi unos muchachos traviesos arrojándoles pedradas, pero prontamente los reprimió la policía.

Los gitanos se la pasaban muy bien, á lo que se veía, y llevaban bastante dinero. Parece que su comida favorita era la carne de puerco. Disputaban mucho y era tal la

algarabía al rededor de su fuego que no me dejaron dormir gran parte de la noche. Muchos eran bosnios y no faltaban unos cuantos turcos y griegos que llevaban osos y monos; pero como los más son originarios de Hungría, húngaros los llaman por todo México. Varios hablaban bien inglés y francés, y uno de ellos me dijo que su padre, que iba en la banda, conocía mi país.

Al amanecer partieron los gitanos primero que nosotros, pero pronto alcanzamos á algunos á quienes encontramos acostados con sus osos, adormecidos por el calor del día. Por un par de horas me desvié de mi propio camino, para ir en compañía de una familia de aquellos vagabundos á quienes mucho complació que les dijera su nombre gentilicio. Contáronme que había ciento setenta de su raza recorriendo la República en grupos dispersos. Todos habían desembarcado juntos en Veracruz y atravesado el país hasta Mazatlán. Por entonces se dirigían á Acapulco y pensaban regresar á Europa el año siguiente. Me aseguraron que hay actualmente gitanos viajando en todas las Américas, y noté, en efecto, que algunas de las mujeres llevaban en las trenzas monedas de plata de Chile y otras repúblicas latinoamericanas.



Terracota en camisa, de Iztlán, Tepic. Altura, 18.5 cm.

Habiendo pasado el adormecido volcán del Ceboruco (en náhuatl: "muchas piedras;" altura, 5,004 pies), llegamos á la triste ciudad de Ahuacatlán (elevación, 3,350 pies), donde me fue difícil encontrar alojamiento para pasar la

noche. Casi sentí envidia de los gitanos que acababan de acampar en la plaza, cerca del río. Aquella tarde, una de sus mujeres había llevado á su hijo á la iglesia para que lo bautizaran, y el suceso provocaba grande hilaridad entre sus compatriotas que se desahogaban gritando: "¡Viva el padre!" "¡Viva la iglesia!" "¡Vivan las campanas!"



Vasija de barro en forma de trípode, con dos cabezas de animal. De Mespán, cerca de Iztlán, Tepic. Altura, 14.8 cm.

Á una gitana la oí saludar á un mexicano con esta exclamación: "¡Viva Dios! ¿en donde está el aguardiente, amigo?"

Me hablaron en Ahuacatlán de un antiguo túnel recientemente descubierto en la vecindad, é incluyo aquí lo que supe á ese respecto, por lo que pueda valer. Parece que corre en sentido horizontal, aunque la boca desciende casi perpendicularmente en el suelo. Se decía que los propietarios de una hacienda cercana habían tenido veinte hombres trabajando día y noche durante tres semanas para sacar la tierra que lo llenaba. Había en el túnel muchas ramificaciones, y los trabajadores avanzaron como cien varas sin encontrar otra cosa que algunas figuras de barro.

El polvo del camino era espantoso y capaz de sofocar á uno, por lo que mucho me alegré de llegar á la ciudad de Iztlán de Buenos Aires. Iztlán significa en náhuatl "donde hay obsidiana (*itztli*)." Las cercanías son de grande interés arqueológico, pues el fondo del valle, como de veinticinco millas de extensión y relativamente plano, abunda en coesillos. Hay, por lo menos, un millar de ellos, según calcula el señor cura de Iztlán que despliega activo interés en arqueología. Durante los diez años que ha tenido á su cargo esa parroquia, ha hecho excavaciones casi todos los años y sacado gran número de figuras de terracota peculiares de aquel distrito. La fama de sus hallazgos se ha extendido bastante, y muchos viajeros que cruzan el trayecto entre Tepic y Guadalajara, á menudo se detienen para tratar de que les venda algunas de sus reliquias; y el sacerdote es tan desprendido que casi todas las había dado, excepto una que me regaló entonces.

Llevóme á un gran montículo que había estado excavando con doce hombres durante cuatro meses, en el que había abierto una sección de sur á norte y otras menores que partían del este. Aunque la mayor parte quedaba intacta, eran suficientes las excavaciones para formarse idea de lo que contenía. Había dentro una habitación circular, de un diámetro de setenta y siete pies y medio, que principalmente consistía de una doble pared de piedra y barro. Las piedras eran planas y mostraban indicios de corte. Escaleras de piedra conducían al remate del muro en el norte y el sur, y otros dos tramos bajaban de los descansos al centro del montículo. Las escaleras interiores eran del mismo material que la exterior, y tenían pasamanos de piedra en los lados. Al rededor del fondo á donde convergían, había cinco, y aun es posible que seis criptas, construídas de piedra y tierra, de tres yardas de longitud cada una. Debajo del empalme de las escaleras y, á lo que parece, de toda la parte central

del edificio, se encontró una capa, como de un metro de profundidad, de grandes piedras redondas. El espacio entre las escaleras interiores había sido llenado con piedras y tierra hasta una altura como de cuatro yardas, y todo cubierto por encima con lajas, en torno y arriba de las cuales habíase acumulado tierra y piedras en capa de unas dos yardas de espesor, que acababan de redondear el montículo.

Éste es el único donde no había más que paredes y escaleras, lo que puede hacer suponer que lo hubiesen construído con objeto religioso; de todos los demás había desenterrado el sacerdote esqueletos con sus accesorios, pero sin volver á encontrar ningunos muros. De los muchos montículos que de allí se divisaban, uno próximo era cuadrado, pero todos los demás redondos.

Visitamos algunos petroglifos á dos leguas al sur de Iztlán. Debe ser casual seguramente, pero había esculpida en la roca una cara marcadamente egipcia. Había también dos pequeños ciervos, cada uno con una punta de flecha arriba, y una gran serpiente enroscada. Hacía mucho calor para pensar en excursiones, pero la localidad era interesante y mi congenial compañero siempre disponía de una canasta muy bien surtida de provisiones, presta á resarcirnos de nuestras fatigas.

Hablóme igualmente el señor Cura de algunos elevados montículos que había en las inmediaciones de Mespán (en náhuatl *Metzpan*, que significa "lugar de la luna [*metzli*]"), y aun me acompañó al sitio, llevando peones para cavar, empresa que me hubiera sido muy difícil. Subimos á una mesa literalmente cubierta de coesillos, los más de ellos redondos. El primero á que llegamos parecía prometer mucho, por lo que al punto emprendimos la excavación. Los hombres se entregaron afanosamente á su tarea, seguros de que íbamos á encontrar un tesoro, mientras el sacerdote y yo veíamos cómo iba progresando la

obra, sentados bajo un huisache sobre cuyas ramas había tendido uno de los trabajadores su frazada para que tuviéramos sombra. Hallándonos en tal ocupación, llegó un viejo buscador de tesoros á ofrecernos sus servicios, y nos dijo que junto á su casa había visto una llama blanca, prueba indudable de que había dinero enterrado. Como todos los mestizos, era muy ávido de buscar tesoros ocultos que, según expresión corriente entre ellos, no aprovechan ni á Dios ni al diablo. Parece que la llama indica también el lugar en donde se halla algún muerto, pero en tal caso debe ser verde.



Vasija de barro, de forma rara. De Mespán, cerca de Iztlán, Tepic. Altura, 18 cm.

El montículo que excavamos tenía dieciséis pies de altura y cuarenta y ocho de diámetro. Desde su cúspide se divisaban otros veinticuatro *mounds* al oeste y al norte. Muy al principio de la excavación encontramos junto á la cima, del lado del este, como una pulgada bajo la superficie, varias hermosas puntas de lanza, de obsidiana; pero á pesar de que excavamos todo el montículo, no hallamos osamentas ni objeto alguno. Sólo encerraba cuatro piezas de igual tamaño, agrupadas juntas en cuadro, de paredes de piedra y lodo de ocho pies de altura por cuatro de espesor. Dichos cuartos estaban llenos de piedras grandes sobre una capa como de nueve pulgadas de tierra floja. Debajo había otra capa de cinco pulgadas de carbón pulverizado y ceniza, y luego otro yacimiento de tierra, poco menos que de medio metro.

El inteligente párroco de Santa Magdalena me dijo

después que en un arroyo que estaba detrás de Mespán, había visto en el banco del río paredes de piedra como á cinco varas abajo de la superficie. También se habían encontrado en la localidad dientes y un pedazo de madera fósiles. Cerca de Tambura, un poco al sur de Iztlán, había encontrado jeroglíficos de origen nahua.

Ciertamente son grandes las oportunidades para practicar investigaciones arqueológicas en los alrededores de Iztlán. Aun antes de mi llegada al lugar, me habían hablado de los curiosos *monos* que poseía el boticario de la ciudad. Habían sido descubiertos en un pequeño rancho situado en medio de los cerros á una altura un poco mayor que Iztlán y como á tres millas al sur de la ciudad. El farmacéutico había observado en un terreno algunas pequeñas piedras dispuestas con regularidad, y pensando que podía haber un tesoro, se puso á cavar una noche ayudado por dos hombres. Al amanecer dieron con un subterráneo dividido en dos secciones, y en la bóveda notaron veintisiete figuras juntamente con muchas hermosas vasijas. Según me refirió mi informante, las figuras más grandes estaban todas en un cuarto, y las más pequeñas en otro. Ambas piezas estaban en parte inundadas de agua, afirmación bastante extraña por hallarse la bóveda en terreno relativamente alto.

Por desgracia, los descubridores ignoraban el valor científico de sus hallazgos que enviaron en burros á la ciudad, donde están hoy distribuídos como curiosidades entre muchas personas. Los más grandes fueron deliberadamente rotos, porque los compradores esperaban encontrarlos llenos de oro. Las figuras eran del mayor interés, y tanto entonces, como en 1898, logré rescatar para la ciencia lo que quedaba de tan importantes antigüedades. Reuní igualmente otras muchas terracotas de las cercanías de Iztlán.

Las más valiosas son las de la pieza subterránea men-

cionada que yo visité. Se había llenado la abertura practicada abajo de ella, pero parecía haber sido de cinco ó seis varas. Dijéronme que el lugar se llamaba Rancho del Veladero. Reuní por todo diecinueve piezas de dicha localidad, tres de las cuales eran diminutas figurillas, toscamente fabricadas, de tres á cuatro pulgadas de altura. Del pueblo próximo de Jomulco, obtuve diez, y tres terracotas de Jala, asímismo cerca de Iztlán.



Terracota típica de Amatitán, cerca de Tequila, Jalisco. Pintada de rojo, excepto la cara. Altura, 30.8 cm.

Las terracotas de Iztlán y sus inmediaciones, reproducidas en las planchas I á V, son superiores á las encontradas en los estados de Jalisco y Colima y en el territorio de Tepic. Las últimas tienen de característico cabezas chatas, combadas de arriba y abajo; son generalmente de color rojo, amarillo ó blanquizco, y todas pulidas. Puede verse una muestra de esta clase de cerámica en la ilustración de esta página.

En las figuras de Iztlán, se nota, sin duda, cierta semejanza con la clase común de antiguas piezas de alfarería de esa parte de México; por ejemplo, los dedos de las manos y de los pies son, con pocas excepciones, de igual longitud. Pero los ejemplares del Rancho del Veladero, que constituyen el mejor tipo de la localidad, son extraordinariamente bien moldeados para ser de América, aunque en calidad y concepción no guardan comparación con los producidos por los antiguos zapotecas y algunas tribus nahuas. No obstante que el aspecto de las figuras es algo



a



b



c



d

Terracotas de los alrededores de Iztlán.

UNIV. OF MICH.



a



b



c



a

Terracotas de los alrededores de Iztlán.

UNIV OF MIC

PLANCHA III



a



b



c



d

Terracotas de los alrededores de Iztlán.

PLANCHA IV



a



b



c



d

Terracotas de los alrededores de Iztlán.

UN… OF … MIC…

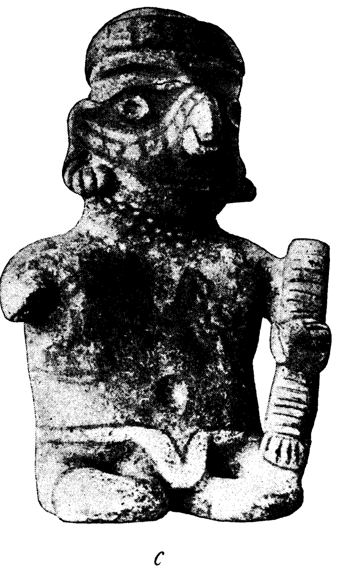
PLANCHA V



a



b



c



d

Terracotas de los alrededores de Iztlán.

UN O MI

grotesco, están muy bien proporcionadas. El esfuerzo realista del fabricante hace pensar ó que era un gran maestro, ó que las piezas fueron producidas por algún pueblo diferente.

Las figuras de Iztlán son particularmente interesantes por el hecho de que muestran el traje y adornos de cierto antiguo pueblo de México, su modo de usar el pelo y de pintarse el cuerpo, sus ocupaciones, armas y utensilios y la manera de sentarse de ambos sexos. Tienen pintados ó figurados con barro collares de cuentas, pulseras, brazaletes y otros adornos.

El material de estas figuras es de grano grueso y de terracota roja más ó menos ennegrecida por el tiempo. No están bruñidas, sino extensamente pintadas de la cara y el cuerpo con color negro ó blanco. Á veces tienen amarillos el vestido y adornos de la cabeza, mas para lo demás, sin exceptuar los adornos de los brazos, orejas y narices, no se emplearon más colores que el negro ó el blanco. Donde aparece rojo, es sólo el del barro mismo. Tienen huecos el cuerpo y la cabeza, y en algunos casos, los miembros. Casi todas tienen dientes y un agujero detrás del occipucio.

Plancha I.

Del Rancho del Veladero, Iztlán.

Alturas: *a*, 37.3 cm.; *b*, 37.3 cm.; *c*, 31.7 cm.; *d*, 40 cm.

Estas figuras, como las de las láminas II., III., y IV., *a*, todas del Rancho del Veladero, constituyen un tipo de alfarería hasta ahora desconocido. Todas las de este grupo están representadas desnudas, sin más que un calzoncillo para los hombres y una corta camisa para las mujeres. Los calzones son blancos, pero las camisas están adornadas con varios dibujos. Las grandes y encorvadas narices, las notables disposiciones del cabello, los adornos de la nariz y de las orejas son cosas que llaman mucho la

atención. Representan evidentemente un coro de sacerdotes y sacerdotizas.

Las figuras *a* y *b* son vistas, de frente y de perfil, de un músico que toca una concha de tortuga con una asta de ciervo, como muchas tribus surianas de México solían hacer. La decoración facial puede representar un cangrejo. El brazalete derecho tiene asegurada una concha pequeña. El cabello, reunido en una trenza que comienza en frente de la cabeza, está enrollado al rededor y detenido también por delante con la punta de la trenza metida bajo el arranque de la misma. Al rededor del peinado hay enrollada una cinta cuya extremidad asciende hacia atrás por arriba de la cabeza.

En varias de las otras figuras de este grupo (Plancha II., *c*, y Plancha III., *b*, *c* y *d*) se ven trenzas semejantes, pero partiendo de detrás y sin indicaciones de cabello en el resto de la cabeza, mientras que en las de la Plancha I., *a* y *d*, se señala profusión de cabello. Acaso podamos considerar á las últimas como el tipo más perfecto, y deducir, sin atender á las otras, que se razuraba el cabello á la usanza china.

En las Planchas I., *c* y *d*; III., *a* y IV., *a*, la cabeza está evidentemente adornada con una cinta que en la Plancha I., *c* tiene secciones alternativamente blancas y rojas; en la Plancha I., *d*, la cinta es blanca.

c representa un músico tocando de la misma manera. El cuerpo y la cara son blancos; los brazos y las pinturas son negros. *d* tiene camisa blanca con rayas verticales amarillas.

Plancha II.

Del Rancho del Veladero.

Alturas: *a*, 45.7 cm.; *b*, 45.7 cm.; *c*, 55 cm.; *d*, 43.5 cm.

a y *b*, figura vista de frente y de perfil que muestra otro peinado. Los brazos son de color muy negro. Hay una culebra enroscada sobre cada uno de los hombros con la cabeza mirando al cuello del hombre. Parece ocupado en hacer una tortilla.

c es la figura más grande de la colección de Iztlán. El cuerpo tiene una escasa mano de negro que deja muy visible el rojo. El dechado de la camisa consiste en dibujos cuadrados y diagonales á rayas blancas y amarillas. Los triángulos son amarillos ó rojos.

d se distingue por su adorno de cabeza detenido con una cinta que pasa bajo la barba. Dicho adorno tiene tres pendientes detrás. Las piernas están pintadas de blanco; hay también una banda blanca al rededor de los brazos bajo los codos. Tiene la peculiaridad de que la parte blanca de la pierna y del brazo izquierdos fue vuelta á pintar de negro.

Plancha III.

Del rancho del Veladero.

Alturas: *a*, 41 cm.; *b*, 41.3 cm.; *c*, 42 cm.; *d*, 42 cm.

a. El extremo de la camisa es muy visible en el lado derecho y muestra la antigua manera de usarla envolviéndose simplemente los costados con un pedazo de tela. Tal costumbre ha prevalecido entre los indígenas de los más remotos rincones de México.

b. Las piernas, desde abajo de las rodillas, son blancas. En el brazo izquierdo hay una banda negra. Los dibujos de la camisa son negros con excepción de la hilera inferior en que los hay también blancos y amarillos.

c y *d* son vistas diferentes de la misma figura. El cuerpo es blanco, pero pringado de manchitas negras, como pasa igualmente con otras figuras.

Plancha IV.

a y *b* del Rancho del Veladero; *c* de Mespán, y *d* de Jomulco.

Alturas: *a*, 34 cm.; *b*, 26.5 cm.; *c*, 23.1 cm.; *d*, 35.9 cm.

a. La decoración de la camisa es muy indistinta, pero de labor semejante á la del resto de las camisas.

b. La figura es de menor tamaño y de fabricación inferior, algo parecida á las diminutas del grupo arriba mencionado. Es negra, pero se nota algo blanco, especialmente en la cara y el cuello. En la mano derecha tiene una especie de arma puntiaguda.

c es de color rojo claro con blanco y algunos adornos amarillos.

d representa evidentemente un soldado con una macana. La estatua está hecha para tenerse en pie por medio de dos soportes posteriores. Su color es rojo oscuro como el de todas las de la Plancha V., que son de la misma localidad, Jomulco. El grupo se distingue por la mucha pintura y lo bastante esmerado de la ornamentación del vestido.

Plancha V.

De Jomulco.

Alturas: *a*, 50 cm.; *b*, 29 cm.; *c*, 18.8 cm.; *d*, 43.5 cm.

a parece tener una arma arrojadiza y puede representar un soldado. La parte inferior del brazo es blanca. El color del vestido es el de la terracota con rayas longitudinales negras y blancas y círculos concéntricos blancos. El adorno de cabeza es negro y blanco, y tiene como decoración característica el dibujo de un relámpago. Nótese también un relámpago pintado en la barba.

b. Á juzgar por el adorno de la cabeza, también esta grotesca figura simula un soldado. Se apoya con un sostén que le parte de la espalda. Carece de brazos, pero tiene un apéndice peculiar en frente. El color del yelmo es blanco, con rayas longitudinales negras y rojas.

c es un músico ocupado en tocar ó raspar en un palo con muescas que sostiene con la mano izquierda. Le falta el brazo derecho con excepción de la mano. La parte inferior de las piernas es blanquizca.

d tiene una franja blanca al rededor de la parte inferior de cada brazo. Los colores del vestido son negro, blanco y amarillo, y en los adornos de espiral, el de la terracota. La banda de la cabeza tiene culebrillas blancas y negras sobre el fondo de terracota.

Es difícil deducir qué pueblo produjo estas terracotas, especialmente las del Rancho del Veladero. ¿Fueron nahuas ó sus predecesores, ó quizás tarascos? Contra la primera hipótesis se opone el hecho de que ningunos objetos análogos se han encontrado en territorio nahua, como pudiera esperarse. Los tarascos de Michoacán extendieron antiguamente su dominio sobre los cercanos Estados de Guanajuato, Querétaro, Colima, Jalisco y el territorio de Tepic, pero los límites de esa poderosa nación están mal definidos y poco se conocen, especialmente por el oeste.

Hasta donde lo permiten nuestros actuales conocimientos, podemos llamar tarasca á la antigua cultura de Jalisco, Colima y territorio de Tepic, bien que los nahuas, náoas ó aztecas hayan ejercido allí grande influencia. La región circunvecina del lago de Chapala pertenece indudablemente al antiguo reino tarasco, y se ha encontrado alfarería del mismo carácter que aquí hasta Nostic y Colotlán, del Estado de Jalisco. Es casi seguro que el Estado de Colima era tarasco, pues las piezas cerámicas extraídas de su suelo son idénticas á las que hoy se sacan de la región tarasca, pero en lo relativo á las que obtuve en el territorio de Tepic y suroeste de Jalisco, no pude encontrar ninguna analogía característica con las propiamente tarascas.

Quienesquiera que hayan sido los fabricantes de las terracotas del Veladero, el hecho es que puede reconocerse en ellas influencia tarasca. El peculiar peinado en punta de la Plancha II., *a* y *b*, es un caso particular, pues obtuve de las montañas próximas á Cherán, en la región tarasca, una cabeza de piedra, perteneciente á una estatua, con el cabello en igual disposición (página 402). Respecto á este peinado, me dijeron en Zacapu que los tarascos de los alrededores de Tirándaro, al noreste de aquel lugar, eran llamados *huangáseos*, "los que usan piñas (*huangás*)," lo que pudo deberse á la forma de arreglarse el cabello.

Continuando nuestro viaje de Iztlán, llegamos á una

barranca nada formidable en sí misma, pero que constituía el único obstáculo topográfico para construír un ferrocarril por esa vía. En un miserable pueblecillo estaban haciéndose preparativos para una serie de peleas de gallos que debían durar nueve días. La laguna de Santa Magdalena, otro punto interesante, que tiene como diez millas de extensión, era antes más grande, pero ha disminuído por reciente acción volcánica. Puede verse desde bastante lejos sobre la amplia llanura antes de llegar al pueblo, situado en su extremidad norte. Encontré allí un mesón y una fondita que proporcionaba comida muy mantecosa á los viajeros; pero la fondera era simpática y relativamente limpia.



Cabeza de una terracota antigua de la isla de la laguna de Magdalena.

El cura de Santa Magdalena, que manifestaba mucho interés por la ciencia, me contó que había encontrado conchas marinas fósiles, perfectamente conservadas, en Cacalutan, pequeño pueblo situado á cuatro leguas al noreste y, según su cálculo, cien varas más bajo que Iztlán, ó sea á 3,510 pies sobre el nivel del mar. Díjome que hacía dos años se habían hallado un ídolo de obsidiana y otro de nefrita en un rancho, dos leguas al oriente de Santa Magdalena. Me refirió que todos los años, durante las aguas, se formaban trombas ó culebras de agua en la laguna, y que una vez habían caído tres cuartos de pulgada de agua en una hora. Creía que el agua de dicha laguna contenía carbonato de tierra y magnesia, y la reputaba provechosa para los dispépticos.

Era muy agradable el camino por la orilla del lago al pueblo de San Juanito, situado al otro extremo. Pasamos junto á un cerro en cuya superficie había fragmentos de obsidiana en espesa capa, y aun parecía que el mismo

cerro estaba formado, en gran parte, de ese mineral. El padre del pueblo me alojó en su casa, de donde hice una excursión á una isla de ese lado de la laguna, en que había varias cuevas artificiales como al nivel de la orilla. Una de ellas hubiera sido enteramente tomada por una gruta cuadrada de dos varas por lado. Limpiándola encontré que tenía vara y media de profundidad, pero en el fondo sólo había la osamenta de un armadillo. Con excepción del humo que manchaba los costados, no pude hallar en dichas cavernas ningunas huellas de haber sido habitadas. En prueba del aislamiento y abandono general en que está aquel pedazo de tierra, cuando estábamos ocupados en la excavación, nos amedrentó un jaguar que vive gracias á las ardillas que existen en la isla.

CAPÍTULO XVIII

PUGNA ENTRE LA ARQUEOLOGÍA Y LA TEOLOGÍA—LA PLAYA—SALINAS ANTIGUAS Y MODERNAS—LOS DOS VOLCANES DE COLIMA—ZAPOTLÁN EL GRANDE—ROBOS EN CAMINO REAL—EN BUSCA DEL JUEZ—UN TESORO ENTERRADO—LOS DEVOTOS INDIOS DE ZAPOTLÁN—COMO SE GANAN LA VIDA—EL ARRESTO DE ÁNGEL.

EN la mejor fonda de Ahualulco (en náhuatl, "rodeado de colinas") me regalé en compañía de Ángel con la comida siguiente:

Primero: Una taza de caldo con verdura, arroz y garbanzo.
Segundo: Carne cocida.
Tercero: Frijoles.

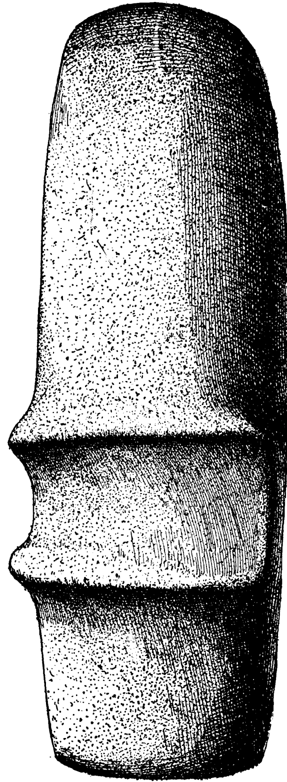
La comida, aunque ligera, nos dejó satisfechos y el costo, por los dos, fue de diez centavos mexicanos.

Al llegar á Tixipan supe que el padre estaba temporalmente ausente. Lo sentí tanto más cuanto que su grande afición á las excavaciones había inducido á sus feligreses á quejarse, pues cuando iban á la iglesia para algún bautizo ó cualquiera otra cosa, se encontraban muchas veces con que el párroco estaba fuera.

El terreno entre la laguna de Santa Magdalena y Zacoalco consiste de extensos y fértiles llanos y lomas al este y oeste. El nombre de Zacoalco ó Zacualco significa "encerrado" ó "sitiado," quizás por alguna guerra ocurrida por allí. Antes de llegar á dicha ciudad, pasamos junto á un laguna de agua estancada y de poco fondo, cuyos miasmas hacían muy insalubres las inmediaciones. En la noche me sentí con alguna calentura y náuseas, pero habiéndome aplicado una buena dosis de quinina y un

sudorífico, pude caminar la mañana siguiente. En la tarde temprano llegamos á la orilla de "La Playa," como designan los vecinos á una especie de hondonada como de veinticinco millas de extensión y de nueve en su mayor anchura, formada por el fondo seco de una laguna salitrosa, en algunos de cuyos lugares reaparece todavía el agua cuando ha habido fuertes y continuas lluvias. Nos detuvimos á pasar la noche en la troje del dueño de una de las varias salinas establecidas en aquel lugar.

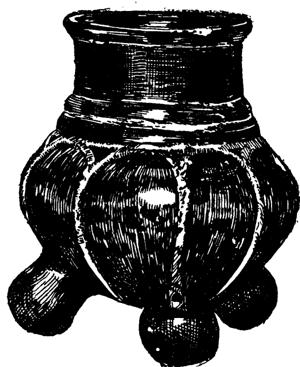
Á nuestra llegada, hállabase La Playa envuelta por una espesa niebla amarilla, pero soplaba un viento fresco. Las mañanas eran claras, con espejismos más tarde, como en el desierto. En la ciudad de Sayula (en náhuatl, "lugar de moscas") es grande la sequedad del clima, pero en mayo de 1896 cayó una tormenta en el próximo Cerrô de Tepic, que derrumbó varias casas y produjo la muerte de ocho personas.



Hacha de piedra de Atoyac, Jalisco. Longitud, 20.4 cm.

Envié á Ángel por el lado occidental de La Playa á que me comprara algunas de las antigüedades que pudiera encontrar en las casas, y entretanto crucé con las mulas el Atoyac (en náhuatl, "lugar del arroyo"). Cuando pasábamos por el llano parduzco de La Playa, uno de mis perros jadeaba de sed, pero no tuvo más recurso que seguir caminando. Atoyac es un lugar sano, provisto de excelente agua que le llega de cierta distancia por tubería de plomo.

De ese punto fui á visitar algunos montículos situados varias millas al norte, cerca de la hacienda de San José de Gracia. La localidad se llama Cerro Colorado, por el mayor de los montículos, formado en realidad por una aglomeración de coesillos, que tiene como diez varas de alto, ciento ochenta y cinco pasos de largo y aproximadamente la misma anchura. Se han practicado algunas excavaciones en él, descubriéndose yacimientos de piezas de alfarería rotas, hasta de dos varas de espesor, y algunas paredes. Levanté de la superficie varios tiestos de vasijas rojos, blancos y pardos, muy bien decorados, y algunos pedazos de obsidiana. Los montículos pequeños parecían ser simples acumulaciones de cacharros, á veces de dos varas de altura.



Olla de tres pies, de barro muy bien pulido, color café oscuro. Los pies representan cascabeles de víbora. De Atoyac, Jalisco. Altura, 13.7 cm.

Entre los hombres que me acompañaban en aquella excursión, iba un indio que cogía los alacranes sin que le picaran. Una vez se puso á jugar con uno pequeño y ligeramente oscuro, dejándolo correrle por las mangas y dándole vueltas entre el índice y el pulgar, acabando el animal por morirse "de coraje," según dijo el indio. Me contó que á veces le picaban los escorpiones, por ejemplo, si los maltrataba mucho, lo que acostumbraba hacer cuando se emborrachaba; pero que entonces partía en dos pedazos al animalito y se lo aplicaba en la herida. Entiendo que este antídoto es comúnmente usado en la costa occidental. Hay también quienes coman mucho camote contra los malos efectos de dicha ponzoña.

Según la tradición, La Playa era antiguamente motivo de disputas entre los tarascos y los aztecas, á causa de su



Sacando ollas antiguas enterradas en La Playa.

UNIV. OF MICH.

sal. Parece que preponderó la influencia de la última tribu, pues la mayor parte de los nombres locales que encontré en mi ruta hacia el sur, continuaban siendo nahuas, y vi asímismo muchos naturales que conservan las antiguas costumbres y creencias, aunque hayan perdido el idioma. Aun en la región propiamente tarasca, hay poblaciones que tienen, además de su denominación en la lengua de su tribu, otro nombre nahua, á pesar de que los aztecas no conquistaron nunca á los tarascos.

En el extremo sur de La Playa, cerca de Reparo, me enseñaron bastantes vasijas antiguas de barro, enterradas, de las que no sobresalía más que el borde. Hubo un punto en donde conté cuarenta, hundidas en hileras bastante regulares y separadas entre sí como quince pulgadas. Extraje cuatro, todas de barro cocido de grano rojo y grueso. Eran todas de más ó menos escaso fondo, siendo la menor de siete pulgadas de profundidad. Aunque logré sacar una entera, no pude llevármela porque era demasiado frágil. Medía dieciocho pulgadas de altura por cerca de veintiuna de diámetro. El espesor de sus paredes sería de tres cuartos de pulgada é iba decreciendo hacia el fondo. Si estas ollas servían de alguna manera para la fabricación de la sal, no es posible afirmarlo. En 1880 halló un individuo en aquella parte de La Playa un ídolo de plata que pesaba trece onzas. Lo descubrió dentro de una olla cubierta con una losa y enterrada casi al nivel de la superficie del suelo. El afortunado vendió la reliquia en Sayula, á razón de ochenta y dos centavos onza!

Ascendiendo la mesa por donde pasa el camino para Zapotlán (en náhuatl, "lugar de zapotes") se domina hacia atrás una hermosa vista de La Playa. Los dos erguidos volcanes de Colima que se levantan juntos, el uno despidiendo humo, y el otro (de una altura de 14,225 pies) extinto y cubierto de nieve, aparecen más imponentes

vistos desde el sur y el oriente, que de Zapotlán. Dichas cumbres se ven asímismo bien desde el extremo sur de La Playa. Los habitantes de los pueblos circunvecinos deben el lujo de tomar nieve al Nevado de Colima, de donde recogen el hielo que necesitan para ese objeto.

La ciudad de Zapotlán el Grande, ó Ciudad Guzmán, consiste en su mayor parte de bajas casas de adobe que forman largas y angostas calles. La plaza es grande, pero se ve desierta y desnuda ahora que la privaron de sus magníficos fresnos para hacer un jardín que por la escasez del agua no prosperará nunca. El aspecto de la ciudad no es muy atractivo. Hay un hotel muy amplio, pero mal atendido. El número de mendigos de profesión es alarmante, muchos de los cuales, jóvenes y vestidos con limpieza, lo asedian á uno en la calle y en el mesón. Aun varios chiquillos practican esa industria. Fue aquella la primera vez que encontré mendigos en mi camino.

En tiempos pasados la región norte y sur de Zapotlán estaba infestada de ladrones, que se dice han desaparecido. Todavía no hace muchos años, la diligencia que recorre el trayecto hasta Guadalajara solía ser desbalijada en varios lugares durante un solo viaje. Los bandidos que llegaban al fin quitaban á los pasajeros aun sus ropas interiores, bien que con su peculiar caballerosidad permitían á las señoras que consevaran las crinolinas. Los infortunados viajeros llegaban á Zapotlán cubiertos con periódicos y las cortinas del carruaje, al grado de que siempre que se veía entrar á éste sin las cortinas en su lugar, comprendían en la ciudad lo que había ocurrido. Una ocasión consiguió una patrulla de soldados capturar al capitán de una banda de foragidos. Montando á su prisionero en un asno, lo condujeron al pueblo más próximo para entregarlo á la autoridad local, mas cuando pre-

guntaron por el juez, les contestó la gente: "Allí lo traen ustedes sobre el burro!"

Cuando se piensa en la inseguridad de la vida y de la propiedad que prevaleció en México hasta bien entrada la segunda mitad del siglo, nunca será excesivo el crédito de la presente administración por haber elevado la República, en este como en otros respectos, al nivel de las naciones civilizadas. Antes, el medio más seguro de guardar el dinero, era enterrarlo. Muchas veces morían hombres adinerados sin haber comunicado el secreto de su tesoro escondido ó dando sólo indicaciones verbales, por lo común demasiado vagas para ser prácticas, ó bien revelándolo en momentos que obligaban á quien recibía la confidencia á aguardar días mejores para aprovecharse de ella. Á veces quedaban las indicaciones consignadas por escrito en documentos que había que ocultar como el tesoro mismo. Estando el conocimiento de la lectura menos generalizado que ahora, hubo papeles que permanecieron sin abrirse durante varias generaciones hasta que las señales puestas para encontrar el tesoro habían desaparecido, quedando las advertencias en la imposibilidad de ser comprobadas.

Éste parece ser el caso con un curioso documento que existe en poder de un individuo que estaba lleno de proyectos para encontrar un tesoro enterrado. Da idea de las condiciones sociales del tiempo de que data y lo reproduzco traduciéndolo al inglés hasta donde me lo permite lo iliterario del original.*

Hice una interesante excursión á los cerros del pie del volcán, donde me mostraron cerca de un rancho muchos montones de piedras, restos quizás de alguna fortaleza,

* De acuerdo con el autor, he suprimido la inserción del documento aludido, en vista de que ninguna importancia puede tener este escrito para los lectores de la edición castellana.—*Nota del traductor.*

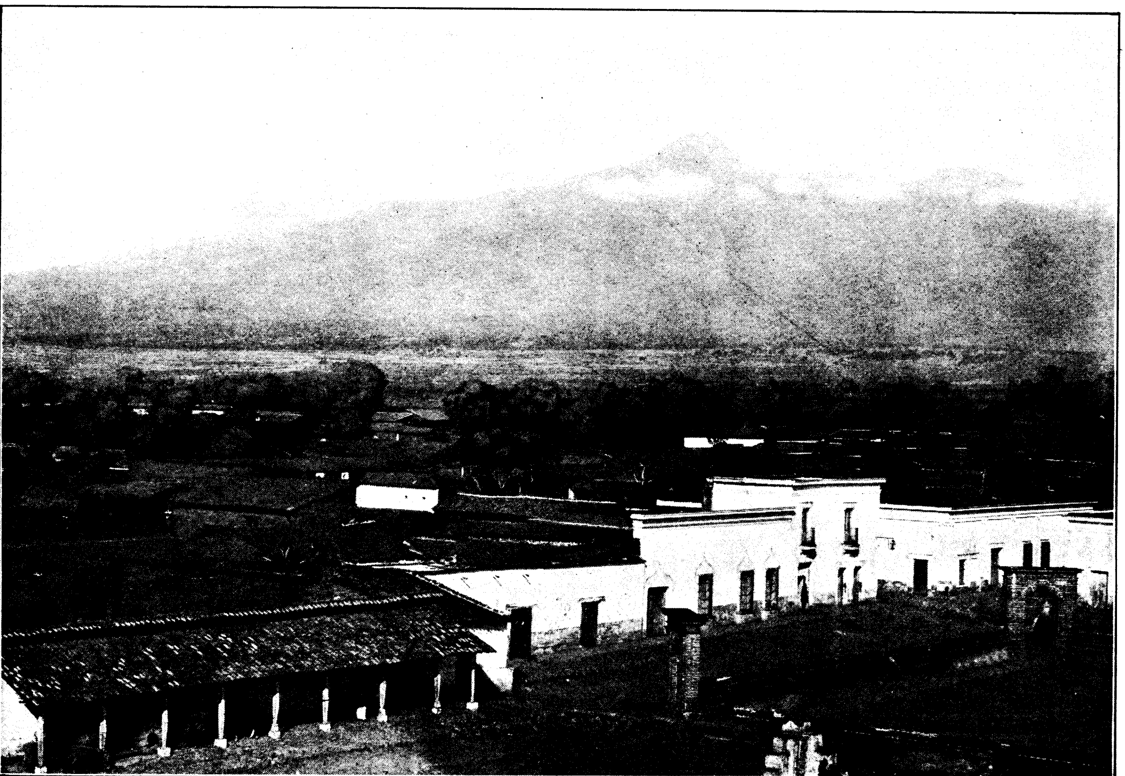
cubiertos en parte con tierra. Levanté de allí varias grandes piedras con la figura de Tlaloc, el dios de la lluvia, toscamente esculpida. En las cumbres cercanas advertí ruinas semejantes.

En cuanto á los indios de esos parajes han perdido enteramente sus antiguas costumbres y apenas se acuerdan de su lengua nativa, que era un dialecto del náhuatl: pero á pesar de esta *mexicanización*, los dioses de sus antepasados siguen rigiendo el espíritu de sus descendientes. Por ejemplo, creen que San Isidro dirige las nubes, da las lluvias y hace crecer las sementeras. Santo Santiago es un marrullero que se ha enriquecido á costa de los indios, y aunque no lo quieran, siempre se sale con las suyas, porque le tienen miedo. San Mateo es el autor del viento y las heladas.

Por lo demás, esos desventurados indígenas consumen toda su vida en trabajar para los blancos, y gastan sus salarios en fiestas para los santos. En el estreno del santo patrono de una casa, cuya imagen compran en un centavo, gastan los indios de Zapotlán, según me refirió un padre, las cantidades siguientes:

Vidrio y marco para la imagen...........	$ 0.10
Bendición del cura.....................	0.25
Dos músicos...........................	12.00
Comida y tequila.......................	50.00
Tres ó cuatro docenas de cohetes.........	2.00
Total....................	$64.35

Nunca llega á desarraigárseles la antigua idea de la importancia de una fiesta. Tomando parte en ella es como asegura el indio la salud y la dicha, de donde nace la imposibilidad de conseguir que trabajen ni los naturales civilizados cuando se aproxima alguna festividad. Una vez ofrecieron á uno veinticinco centavos por cuidar la casa de un mexicano durante un día, pero se negó porque iba á



Los dos volcanes de Colima, vistos de Zapotíltic, Jalisco.

una fiesta, diciendo: "Un solo tamal de la fiesta vale más de una peseta." Cuando estos indios se separan después de tales holgorios, nunca se despiden unos de otros, sino que simplemente ensillan sus mulas ó sus caballos y se van.

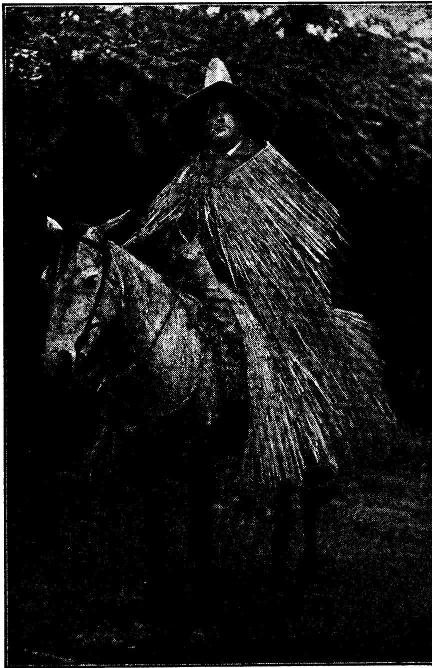
Entre Zapotlán y el pie del volcán habrá como unos cuatrocientos indios trabajando en los fértiles llanos de los blancos, y es curioso verlos regresar por las tardes, tan de prisa como se los permiten sus piernas, rumbo á la ciudad en diversas direcciones, desde una distancia de diez millas ó más. Al amanecer tienen que volver á su tarea; de suerte que recorren diariamente unas veinte y tantas millas además de trabajar regularmente doce horas; y todo, ¿para qué? ¡Para ganar su sustento, por veinticinco centavos de jornal diario, de la tierra que poseían sus antepasados! ¿Qué blanco podría resistir esa vida? El cariño que los indios tienen á sus amos se revela en esta palabra con que los designan: *coyotes*.

Mientras me detuve en Zapotlán buscando gente para continuar mis peregrinaciones, eché de menos á Ángel una mañana. En la tarde recibí una carta suya en que me avisaba que lo habían aprehendido por sospechoso al salir á comprar cigarros, y me pedía que abogase por él. Me bastó, por supuesto, hablar al prefecto para que lo mandara poner en libertad.

CAPÍTULO XIX

ALBORNOCES ORIENTALES—LA CIUDAD DE TUXPAN—AZTECAS—INDIOS ACOMODADOS—QUIEN BIEN TE QUIERA TE HARÁ LLORAR—GENTE ENDURECIDA—COMO SE CASTIGA Á LOS SANTOS—EN COMPAÑÍA DE UN CRÁNEO—CURACIÓN DE LA HIDROFOBIA—ANTIGÜEDADES.

EN Zapotlán vi por primera vez unas capas de invención primitiva para resguardarse de la lluvia, más ó menos comunes en el país, llamadas *chinas* ó *chinos*, *shirgos* y *capotes*, hechas con tiras de hojas de palma superpuestas. Se sujetan sobre los hombros á manera de abrigo y llegan hasta abajo de las caderas. Úsanlas los indios de toda la tierra caliente occidental y los campesinos mexicanos, tomando con ellas curioso aspecto oriental. Investigaciones recientes favorecen la idea de que son originarias de la China. Por más de doscientos años hasta la independencia de México, existió un comercio muy activo entre Acapulco y Manila. Mr. W. Hough ha llamado la atención acerca del hecho de que por ese



El autor cubierto con una china.

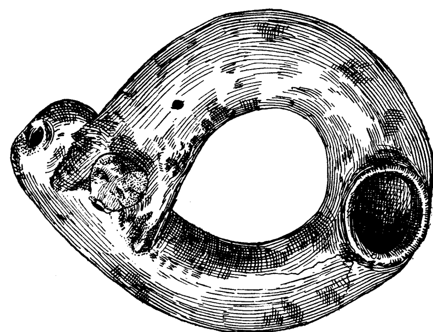
camino se introdujeron en América el cocotero, el plátano, el mango y otras plantas útiles de las Islas Filipinas, y que por su parte deben estas islas á México el agave, el nopal y la anana que proporciona la fibra para la tela de piña que ha dado fama á las Filipinas.

Se me ocurrió que con tres de dichos abrigos, uno sobre la espalda y otro en cada pierna, se podría andar á caballo perfectamente á cubierto de la lluvia, y llevé á ejecución mi idea con el mejor éxito. Púseme las chinas, á pesar de las risas que con ello provocaba á los mexicanos de las altas clases, que nunca hubieran consentido en usarlas. El *mackintosh* calienta demasiado y cualquier abrigo de lana se pone muy pesado con la humedad; mientras que los chinos son ligeros y frescos. Aun con las lluvias más fuertes y continuas se me deslizaba el agua como sobre un techo de paja; en suma, los chinos son los mejores abrigos contra la lluvia que se hayan inventado.

La ciudad de Tuxpan (en náhuatl, *Tuchtlan*, "donde hay conejos") se enorgullece con dos mesones, en el mejor de los cuales pusieron á mi disposición una pieza muy grande, polvosa y desatendida, con muchas imágenes de santos en las paredes. Era la sala y el único cuarto utilizable de la casa cuyos patrones se quedaban con sus animales en los corredores. Dormí espléndidamente á pesar de las chinches y el fuerte hedor del patio con su multitud de animales y charcos de agua fétida. Aunque las tres hijas del posadero eran agraciadas y podrían hacerme agradable el tiempo, mi estancia no me fue precisamente grata. El hijo de la casa padecía ataques epilépticos todos los días é iba quedándose idiota; el tiempo estaba húmedo y sofocante, y yo me sentía acalenturado; el nauseabundo olor del patio llenaba continuamente toda la casa y, para colmo de contrariedades, cuando acertaba á salir, tímidas mujeres cerraban furtivamente las puertas de sus casas.

En la tarde transitaba por las calles la población feme-

nina de la ciudad. Parecían, sin embargo, más bien monjas que mujeres aztecas, porque algún padre, sin duda, les habría enseñado que á Dios no le gustan las cabezas destapadas é inducídolas á cubrirse con un absurdo manto de lo más inatractivo posible. El único rasgo redentor de esas pobres mujeres es su limpieza, notable aun en las más pobres. Ni una sola mancha se ve en sus blancos *colotones* ó túnicas, y á lo menos una vez por semana, pero frecuentemente hasta tres, se baña cada mujer y se lava la ropa, inclusa la pesada enagua negra de merino. Es esto tanto más admirable cuanto que hay escasez de agua y necesitan sacarla de pozos de sesenta varas de profundidad.

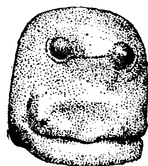


Vasija de barro que probablemente representa una ardilla. De Zapotíltic, Jalisco. Anchura mayor, 28.7 cm.

Los aztecas son de mediana estatura, bien que fotografié á uno que medía cinco pies siete pulgadas. Son también más feos de lo que me esperaba; todas las muchachas que escogió el padre como las mejor parecidas para que yo las fotografiara, tenían manos y pies grandes. Deben de tener alguna mezcla de otra tribu, pues no se parecen mucho á los indios del Valle de México. El maestro de escuela me contó que los niños indios son más inteligentes que los otros alumnos, y que cuando alguno de aquellos comete una falta recibe su castigo con entereza sin negar lo que ha hecho, y tienen la peculiaridad, cuando están aprendiendo español, de hacer siempre masculinas las palabras femeninas y viceversa.

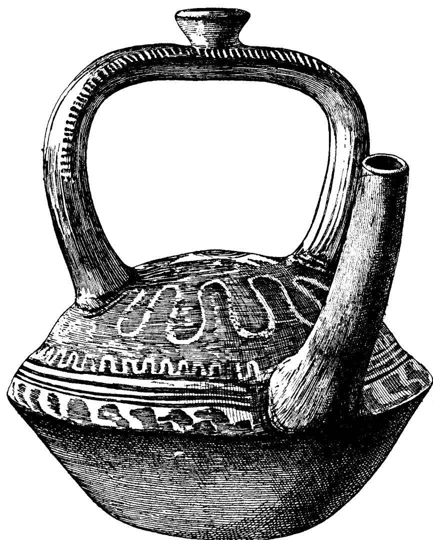
Gradualmente fue disminuyendo el temor de los indios hacia mí, al verme en relaciones con el padre y

un caballero mexicano que allí vivía. Ambos me ayudaron mucho con los nativos, y debo especial agradecimiento á Don Trinidad Cárdenas por muchos motivos. Poco á poco consintieron las indias hasta en ir á mi casa á venderme antigüedades y labores de mano, y pude adquirir una buena colección de hermosas fajas y cintas de varios dibujos que aun suelen hacer.



Cabeza de mono, de roca volcánica. De Tuxpan, Jalisco. Altura, 11.5 cm.

Entre las antigüedades que recogí se cuenta una hermosa vasija bruñida, de forma rara, provista de amplio mango hueco y espita. Está pintada de rojo con dibujos blancos, el principal de los cuales lo tiene arriba, consistente en la sección cruzada de una concha. Una vasija semejante se encontró posteriormente en Uruapan, Michoacán.

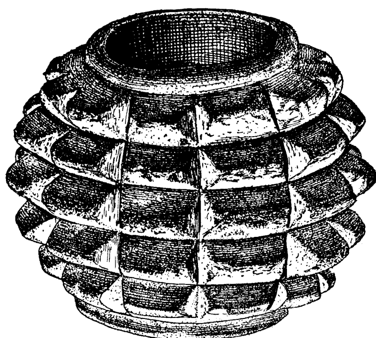


Antigua tinaja de barro con mango y espita. De Tuxpan, Jalisco. Altura, 23 cm.

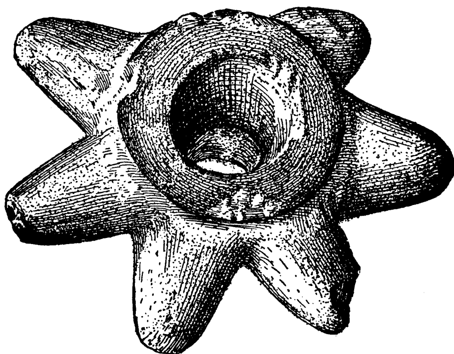
Las antiguas cabezas de macana cuyos grabados doy aquí son también muy interesantes por ser casi idénticas á las usadas todavía en algunas partes de la Nueva Guinea británica. La de nudillos se encuentra con mucha frecuencia en las inmediaciones de La Playa, donde obtuve igualmente una vasija de barro hecha en la misma forma.

Los indios siempre me pedían precios muy altos que iban bajando gradualmente para inducirme á comprar.

Aun en los casos en que no estaba dispuesto á comprarles lo que me ofrecían, tenía que elogiarlo y exponer algún pretexto plausible para no tomarlo, pues se hubieran ofendido mucho con una simple negativa. Al principio me parecieron muy codiciosos, pero habiéndose prolongado mi permanencia cuatro semanas, tuve la satisfacción de poderlos juzgar mejor. Las mujeres me contaron cuán difícil les era salir de apuros y cuán ruinosas les resultaban las constantes fiestas, pues sus maridos sólo ganan veinticinco centavos diarios para cubrir las necesidades de toda la familia. Lo peor de todo era que los hombres á menudo gastaban todo su haber comprando mezcal los domingos, pues los hay tan aficionados á esa bebida que sus mujeres tienen que proveer á la alimentación y vestido de sus hijos y aun que comprar ropa á sus maridos; en una palabra, los indios de Tuxpan parecen atenerse completamente á sus mujeres. Éstas, además de atender á sus deberes domésticos, trabajan en el campo, cortan leña, etc., y trajinan más que los hombres, aunque tampoco ellos son perezosos, pues



Cabeza de macana, de piedra volcánica, con nudillos realzados. De La Playa, Jalisco. Altura, como 5 cm.



Cabeza de macana, de piedra volcánica, en forma de estrella. De Tuxpan, Jalisco. Anchura, 8 cm.

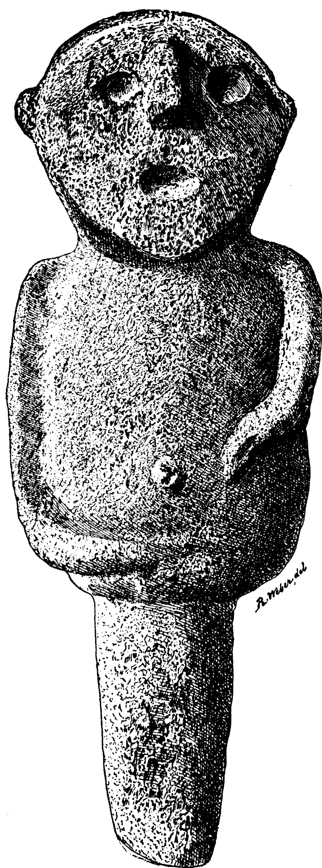
acuden á su trabajo aun enfermos de intermitentes y neumonía. El término medio de la mortalidad entre los indios es mayor allí que entre los mexicanos. Observé un muchacho albino en la ciudad.

Cuando entra uno en las casas de Tuxpan, queda siempre agradablemente sorprendido ante un patio plantado con sementeras de maíz y árboles frutales, y á menudo embellecido con flores. Aquí se ve el pozo, y acullá se mira con frecuencia un destilador para la fabricación del mezcal, producto principal de la comunidad. Todos los jueves se dirigen por lo menos trescientos individuos á Zapotlán para vender su aguardiente y sus legumbres y frutas. Les gusta el comercio y extienden su tráfico hasta Colima, Sayula, y Guadalajara, pero rara vez para el interior, regresando cargados de pescado seco, sal y loza de barro. Frecuentemente van muchos á vivir algunos días á la orilla del mar, pero vuelven siempre á su tierra.

Las casas en que habitan los indios duran tanto como sus dueños, si no más. Muertos ellos, se divide la propiedad entre los hijos, surgiendo siempre con ello desavenencias. La mayor parte de los hijos son rebeldes á dar ninguna participación de la herencia á sus hermanas, siendo que conforme la legislación mexicana las mujeres gozan de iguales derechos que los hombres. Las hijas inmediatamente acuden á los abogados para interponer demanda contra sus hermanos, y casi siempre ambas partes consumen todo el legado en pleitos. Todos son notablemente aficionados á las cuestiones judiciales y son capaces de gastar un centenar de pesos porque sus abogados debatan un derecho de propiedad que no vale arriba de diez.

No viven muchos mexicanos en Tuxpan. El alcalde, indio de raza pura, el hombre más rico de la ciudad, quien posee como unos $10,000, va en calzón blanco y descalzo al mercado á vender calabaza cocida, maíz y frijol. Su

hijo es aficionado á montar y usa una buena chaqueta. El alcalde es de muy buen corazón, y presta dinero sin interés, á indios y mexicanos, con garantía hipotecaria.



Ídolo de piedra antiguo con base. De las inmediaciones de Tuxpan, Jalisco. Altura, de cerca de 45 cm.

Hay, por supuesto, otros indios acomodados en Tuxpan. Las mujeres de una familia indígena civilizada poseían collares y brazaletes de oro, usaban zapatos de charol y tenían una casa agradablemente amueblada, con alfombras y sillas mecedoras, aunque nunca las usaban, pues los indios pronto se cansan de sentarse en una silla, y al cuarto de hora de estar en ella, se ponen en cuclillas sobre el suelo para descansar.

Entre los aztecas de la localidad hay muchos escultores inteligentes que hacen muy buenas imágenes de santos. Los hombres se dedican con especialidad á la carpintería, habilidad que considero general de las tribus indígenas, como pasa, por ejemplo, con los tarahumares. Lo más notable es que los mexicanos mestizos y aun los de pura sangre india son comúnmente muy malos carpinteros. Han empleado por muy largo tiempo sus facultades en otras cosas. Tal sucede especialmente con los arrieros. Es un hecho, sin embargo, que no he conocido ningún mexicano, á menos que no fuese carpintero, que pudiera clavar cajones, pues

nunca hundían los clavos derechos ni emparejaban bien las tablas.

Los indios de Tuxpan son más inteligentes para obras de construcción, que como zapateros ó herreros. Se distinguen también en la fabricación de cohetes, á cuyo efecto compran el azufre para la pólvora, pero se proveen por sí mismos de carbón y salitre. Día y noche los encienden en honor de algún santo ó con cualquiera otro motivo



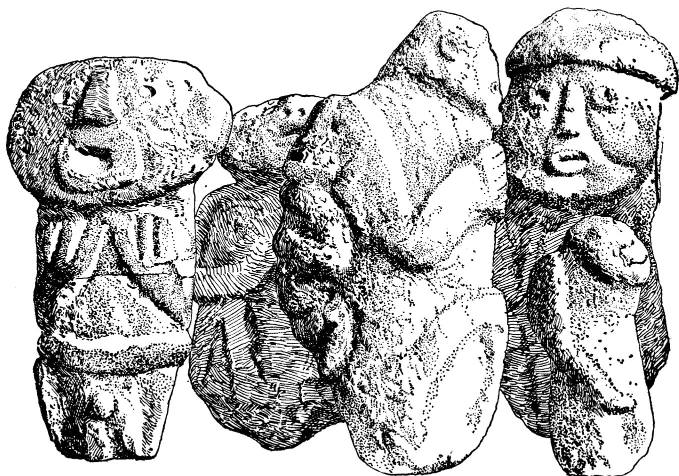
Antiguos ídolos de piedra. De las inmediaciones de Tuxpan, Jalisco. Altura del mayor, 45.5 cm.

El padre del lugar calculaba que el consumo de cohetes excedía de dos mil pesos al año. Como difícilmente podía yo sufrir aquel tronar incesante, me atreví á protestar alegando que á la Virgen no podía gustarle tanto estrépito; pero mi argumento no los convenció: ellos la conocían mejor.

Los miembros de las familias se tienen afecto, pero es una especie de cariño utilitario. El padre y la madre, cuando envejecen y no pueden trabajar, tienen que salir á pedir limosna á los *quistianos* (cristianos). Fotografié á una mujer que era como de cien años y tenía dos hijas

y muchos nietos, pero que hacía veinte años necesitaba mantenerse de la mendicidad.

Las solteras usan una pulsera en el brazo derecho y un grueso anillo de plata en el dedo de enmedio de la mano derecha, mientras que las casadas llevan una pulsera en cada brazo y anillo en los dos dedos del corazón. Los jóvenes de Tuxpan cargan bajo sus ceñidores colibríes secos para tener buena suerte en sus amores. Muchos rancheros



Antiguos ídolos de piedra. De las inmediaciones de Tuxpan, Jalisco. Altura del mayor, 50 cm.

mexicanos creen en el poder de este amuleto, y he visto dichos pájaros á la venta en los mercados de Guadalajara.

Otro amuleto que los rancheros de Durango y Jalisco han adoptado de los indios es el colmillo de víbora. Los coras lo envuelven en una hoja de encina y lo llevan bajo la faja. Los mestizos de dichos Estados emplean el veneno mismo del reptil como afrodisíaco que dan secretamente á la mujer á quien desean cautivar.

Noté que los indios que me visitaban, aun con cierta frecuencia, no aceptaban lo que les ofrecía de comer, excusándose invariablemente. Pude sólo conjeturar que

sus negativas provenían del temor de que fuese á darles algún veneno. Aseguráronme que las mujeres disgustadas con su marido ó su amante, les dan á veces veneno en la comida ó el vino.

Ambos sexos son hasta cierto punto lascivos, y tanto los hombres como las mujeres tienen amantes. Con todo, son muy celosos en cuanto á los deberes matrimoniales, y con frecuencia apalean los maridos á sus mujeres por sospechas. Por extraño que parezca, las mujeres no protestan contra esto, sino que más bien lo toman como prueba de amor, y si la ocasión lo requiere, llega la mujer á decirle á su marido: "Ya no me pegas. Tal vez has dejado de quererme!" Esta particularidad se observa también en la clase ínfima de la ciudad de México, que son de la misma raza. Reprochaba una vez cierto señor á su portero que golpease á su mujer, y ésta que lo oía, volvióse hacia su defensor diciéndole con altivez que su marido tenía perfecto derecho para pegarle. Corren multitud de anécdotas á este respecto entre los aztecas y tarascos.

Cuando un hombre se casa tiene que permanecer un año con su suegro para ayudarle. Como regalo de bodas, es costumbre que el novio dé veinticinco pesos á la novia para que los invierta como guste en comprar algodón para hacer tejidos; maíz para hacer tortillas; legumbres, flores, etc., y que vaya á la plaza á vender su mercancía. En cuanto al novio, recibe de ella una camisa ó una faja hechas por sus manos.

La mujer próxima á dar á luz, tiene primero que tomar un baño. En lo demás no parece que el alumbramiento incomode mucho á las madres aztecas. Una *naturala*, como suelen llamar á las indias, fue una vez al río, distante como milla y media de Tuxpan y á bastante profundidad de la barranca, para lavar. Estando allí le nació su hijo como al medio día; pero cuando hubo concluído su trabajo, volvióse en la misma tarde á su casa con

la criatura en los brazos y cargando en la cabeza la ropa mojada, que debía de pesar treinta y cinco libras por lo menos.

Los aztecas de Tuxpan son bastante inclinados al hurto y niegan después con mucha persistencia el cargo. Ni aun amenazándolos con la muerte, llegan á confesar que han robado. Débese tan extraña entereza á que el pueblo no ha olvidado que el país les perteneció alguna vez, y desde este punto de vista todo les pertenece ó debería pertenecerles. De noche especialmente, no tienen escrúpulo en apoderarse aun de las vacas y el maíz de los "*quistianos*," á quienes ningún afecto profesan. Ni á los muchachos de escuela les gusta el trato con sus condiscípulos blancos, no obstante que éstos no encuentran reparo en juntarse con los "indios." Los mexicanos no son bien recibidos jamás en las fiestas de los naturales. Cuando algunos indios se están peleando y aciertan algunos mexicanos á ponerse de un lado ó del otro, únense espontáneamente los indios contra los que consideran sus enemigos comunes.

Sin embargo, considero á estos aztecas, con todas sus faltas, superiores á los trabajadores mexicanos que se encuentran entre ellos. Los más conservan el indescriptible encanto de su sencilla naturaleza. El artificio aun no se ha apoderado realmente de ellos. Hombres y mujeres son mejores trabajadores que sus compañeros de raza blanca, y por lo mismo los solicitan mucho en las haciendas. Tienen también mayor aptitud para la música. En Tuxpan, hay dos orquestas de indios.

Los indios no son nunca muy liberales en el dar, y por cualquier favor que hacen esperan siempre recibir algo en cambio; ni tampoco son muy oficiosos; cuesta trabajo inducirlos á prestar cualquier servicio, ni siquiera por paga, pero en este particular, debe recordarse los muchos engaños que han tenido que sufrir de los blancos. Los aztecas de la tierra caliente han sido excelentes soldados

cuando la ocasión lo ha exigido, y generalmente se dice que no sienten hambre, ni sed, ni miedo. Tal es el caso, en realidad, con todos los indios: aunque sirvan por fuerza en las armas, avanzan hambrientos y haraposos, sin exhalar una queja; entran cantando en la refriega, y mueren como estoicos, sin pedir cuartel nunca.

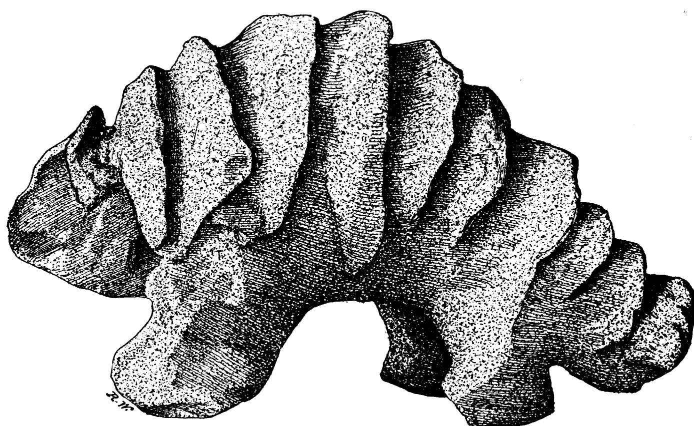
Dan prueba de su devoción religiosa con las numerosas inscripciones que aparecen en las paredes y esquinas de las calles, tales como "¡Viva el Señor del Perdón!" "¡Viva María Purísima!" "¡Viva Santa Cecilia!" (la santa patrona del lugar), etc. Mas á pesar de toda esa piedad, sus ideas continúan siendo paganas, y como entre las demás tribus, los santos de las diversas advocaciones son simplemente antiguos ídolos modernizados.

Si el santo ó el ídolo no satisface la petición que se le ha hecho, suele recibir una zurra. Una vez que había gran necesidad de lluvia, sacaron de la iglesia la pesada imagen de Jesús que allí tienen y la llevaron por los campos hasta una distancia de ocho millas lo menos, probablemente para que se convenciera de las buenas razones en que fundaban sus súplicas. Con todo, no llovió. Llevaron entonces la imagen de la Virgen María, y esa vez fueron recompensados con un copioso aguacero. Por lo tanto, celebraron una fiesta, dieron una serenata á la imagen, hicieron cuanto les fue posible en su honor, colgándole en torno bonitas ofrendas, y los indios principales le dieron las gracias y le expresaron su satisfacción. Pero de Jesús, dijeron que "no había sido bueno." En los caballetes de algunas casas, vi pequeñas figuras de animales de barro cocido, restos seguramente del antiguo sistema religioso.

El día de los muertos (2 de noviembre), separan algo de la mejor comida que han hecho para que la coman los difuntos, y la dejan desde las tres de la tarde hasta las doce del día siguiente, en que la misma familia se la come.

Hay, por supuesto, la creencia tan extendida en el mal de ojo. La víctima necesita que el pícaro poseedor de tan nociva vista le quite el hechizo y lo cure, porque nadie más goza de poder para hacerlo. Si no logra captarse la buena voluntad de su enemigo, tiene que morir. Muchos se tapan muy bien la cara á fin de evitar el maleficio de las miradas, y á efecto de lo mismo, cuelgan al cuello de los niños una especie de oruga dentro de su capullo.

Con su característica bondad para todos los de su raza



Animal de barro que probablemente representa un armadillo, conservado sobre el caballete de una casa de Tuxpan, Jalisco. Longitud, 17 cm.

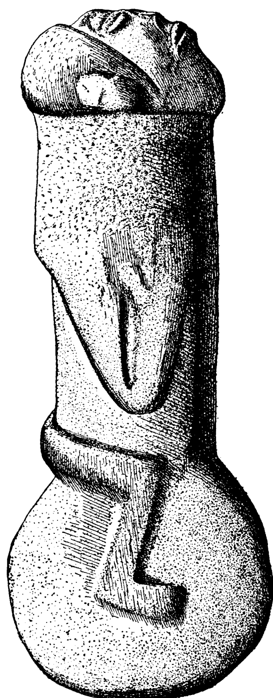
que se enferman y sufren, consideran un deber, cuando el mal dura mucho tiempo, ó sea de tres semanas á cuatro meses, acabar con el padecimiento. Á este propósito, recurren á lo que llaman, en castellano, *sobar*. La familia es quien resuelve proceder á este paso, diciendo: "Es tiempo de que muera; no queremos dejarlo sufrir más; la lástima de nada le sirve." Da el paciente su consentimiento y se ponen al fuego grandes ollas con *niztamal* y frijoles para disponer la fiesta que ha de seguir al fallecimiento. Entonces los parientes, ayudados de los compadres y comadres, tienden al enfermo sobre un petate;

unos le cogen la cabeza, otros los pies y algunos más se colocan á los costados, entregándose á frotar y oprimir con manos y rodillas, á fin de que el aire que le suponen dentro del cuerpo, suba á comerle el corazón. Durante toda la manipulación, le están diciendo: "¡Qué lástima, compadre, que tengas que morirte de esta enfermedad! ¡Santo credo! ¡Qué malo es!" mientras el agonizante reza á todos los santos de que se acuerda, hasta que expira poco después. Los indios proceden luego á la fiesta, se dan una buena comida, y al otro día lo llevan al cementerio con música. Á todos los entierran allí con música.

Mi amigo mexicano de Tuxpan tenía algunos conocimientos de medicina y siempre estaba dispuesto á hacer lo que podía por los enfermos. Gozaba de considerable influencia con los indios y me contó varias cosas que sabía respecto de esta extraña costumbre. Cierto indio, como de cincuenta años de edad, cayó seriamente enfermo con fiebre y erisipela en una pierna. Le dió don Trinidad un remedio y le bajó la fiebre, se le aumentó el apetito é iba mejorando de la pierna, cuando una mujer fue á pedirle permiso, en nombre de la familia, para aplicar otro tratamiento. Don Trinidad le dijo, por supuesto, que hicieran como gustaran, y al día siguiente que fue á la casa, la encontró llena de gente y al paciente acostado sobre un petate tratando de respirar. "¿Qué te sucede?" le preguntó muy sorprendido. "Me sobaron," fue lo único que pudo decir el desgraciado, que en seguida expiró.

Otra vez, curaba don Trinidad á una mujer, también como de cincuenta años, cuyo marido iba diariamente por la medicina. Aunque mejoraba la enferma, su convalescencia había durado como cuatro meses, y un día dijo el indio á su bienhechor que iban á sobarla. Ya él, sus comadres y la mujer misma habían consentido; pero don Trinidad se lo prohibió amenazándolo con hacerlos aprehender si llevaban á cabo su proyecto. El indio replicó:

"Vengo á pedirle su permiso; pero si no me lo da, no haremos nada." La mujer se recobró poco á poco, y se encuentra ahora fuerte y sana.



Objeto ceremonial de piedra. De Tuxpan, Jalisco. Longitud, 17.6 cm.

Según el mismo señor, la *acobada* (*couvade*) existe entre los aztecas que habitan al noroeste de la ciudad de Colima; cuando nace un niño, el marido guarda cama en lugar de su mujer.

Me hablaron en Tuxpan de dos interesantes hermanos aztecas, á quienes después conocí. Vivían solos y se sabía de ellos que leían libros y conservaban un cráneo en su casa, de todo lo cual se sacó la inferencia de que eran protestantes, francmasones, ó algo malo por el estilo. Cuando fui á verlos, sólo encontré á uno, el cual era de baja estatura, como de cuarenta años de edad, de mejillas sonrojadas de tísico y ojos de bondadosa expresión. Mostraba ser inteligente; me enseñó con solicitud sus libros, que eran todos acerca de santos y estaban adornados con ilustraciones medievales. "¿ Á qué se debe que sea V. protestante ?" le pregunté. "No lo soy, repuso; pero me gusta leer."

"El señor quiere ver la calavera," insinuó el mexicano que me acompañaba. El indio entró al punto al cuarto próximo y volvió con una caja pequeña de donde sacó un cráneo. "Lo lavo todos los días," me dijo; "está muy limpio," y lo alisó cariñosamente con la mano al dármelo. "¿ Porqué tiene Ud. esto ?" le pregunté. "Señor," me respondió, "me siento mucho mejor en compañía de los

muertos. Cuando estoy desalentado, tomo este cráneo, que es el de mi padre; siento como si estuviera otra vez en su compañía, y se me quita la tristeza." "¡Cómo! ¿no es Ud. casado?" le pregunté. "No, señor," contestó, "todavía no, porque siempre estoy enfermo; tal vez algún día podré sentirme bien." "Quizás yo podría curarlo," agregué: "¿cual es su mal?"

El pobre histérico abrió sus ojillos negros con alegre sorpresa y me explicó que padecía de hemorroides. Díjele que yo tenía un remedio que podría aliviarlo y curarlo, el que le enviaría aquella noche. Habiéndole dado ese consuelo, le manifesté mi deseo de adquirir el cráneo, si consentía en vendérmelo. Como me pareciera vacilante, añadí que lo cuidaría mucho y lo pondría en una gran casa, dentro de una caja con cristales; que cualquiera cosa que les suceda á los huesos, el alma nada sufre, porque vive siempre, y lo mismo era para su padre que su cráneo estuviese al otro lado del mar ó allí. Logré vencer tan completamente sus escrúpulos religiosos que ofreció venderme la calavera por tres pesos y el remedio, diciéndome que pedía tanto dinero porque para conseguir otra cabeza, necesitaba pagar algo en el campo santo á fin de que le desenterrasen la de su madre ó algún pariente.

La misma noche le envié una botella con extracto de hamamelis, y al día siguiente que volví á decirle el modo de tomarlo, me entregó el cráneo. Pocos días después supe que estaba en vías de alivio.

Como cosa curiosa, incluyo aquí una receta para curar la hidrofobia, que debo también á don Trinidad, quien la heredó de su padre, el cual á su vez la había recibido de un tío suyo bajo la condición de que nadie habría de cobrar nada por curar con dicho remedio.

Medio cuartillo de infusión de Ruda. (Ruta v. Galego officinalis.)
Medio cuartillo de aceite de oliva.
Media cuartillo de cuajo de venado.

Medio cuartillo de vinagre de uva.

Medio cuartillo de jugo de limón.

Se mezcla todo y se divide en tres tomas. Se bebe una tres mañanas seguidas, antes de desayunarse. El remedio debe tomarse desde que la persona, ha sido mordida, para evitar que pase la enfermedad á otras. Á los que muerde un perro, después que han tomado la bebida, no les hace ningún daño.

Procedía de Almoloyan, Estado de Colima.

Hice una excursión al cercano Cerro de la India, en cuyo costado, como cuatrocientos pies sobre el llano, encontré numerosas conchas marinas en estado fósil, en capas de dos ó tres secciones superpuestas, según podía presumirse por las indicaciones de la superficie. Como mi barómetro ya no me merecía confianza, no pude reconocer la altura exacta del sitio, pero me pareció que no podía hallarse más bajo que Zapotlán, que se alcanzaba á ver desde allí y se encuentra á 4,906 pies sobre el nivel del mar. Recogí tres variedades de conchas.

Respecto á antigüedades, me hablaron de un antiguo cementerio donde se habían encontrado esqueletos sentados. Había también montículos al suroeste, sobre la otra orilla del río; pero como por entonces el río había cubierto sus márgenes, no me fue posible visitarlos. Supe que habían encontrado hacía algún tiempo una olla llena de polvo amarillo en uno de los montículos. Los que la hallaron, ignorantes de su valor, echaron el contenido al río; pero un hombre recogió por curiosidad un poco de dicho polvo, lo fundió y vio que era oro.

CAPÍTULO XX

UN MONTÍCULO DE METATES—LA CIUDAD DE JILOTLÁN—AVISPAS PELIGROSAS—MIEL VENENOSA—LOS PINTOS—SUPERSTICIONES—SOPA DE OREJAS DE BURRO—HECHICERÍA CURATIVA—LA VELA SOBRE LA CAJA DE DINAMITA—TEPALCATEPEC—DOS NOTABLES ÁRBOLES DE TIERRA CALIENTE—SU VENENO Y SU ANTÍDOTO.

MI próximo proyecto era llegar á la tierra de los tarascos, á donde traté de dirigirme por la notoriamente insalubre ciudad de Tamazula. La fuerza de las lluvias, sin embargo, me obligó á devolverme y tomar por Jilotlán de los Dolores, siguiendo un camino que atraviesa una sierra baja y difícil para cruzarla en mula, pero no tanto como se cuenta. Á dos días de camino al oeste de Piguamo, ciudad donde la fiebre ha sentado sus reales, más próxima al mar que mi ruta, dicen que hay un montículo formado en su totalidad con metates. Mi informante suponía que serían como dos mil. Llaman á la eminencia loma de los Metates, y el terreno en que se encuentra pertenece á la hacienda de Hihuitlán.



China mexicana, vista por detrás.

En Jilotlán paré en la casa del administrador de correos, azteca puro, que era el hombre más popular de la población. Se dificultaba conseguir otra cosa que tortillas y frijoles, pero como la gente era buena, estuve contento en lo posible. El pequeño pueblo de Jilotlán (en náhuatl, "lugar de *jilotes*")* está situado en un valle que forma la cavidad de una meseta, y todas las lomas y valles del alrededor, cubiertos con variedad de árboles y arbustos, estaban revestidos de espléndido verdor. Un arroyo cruzaba con rapidez el risueño paisaje que invitaba á recorrerlo. El clima es cálido y seco, y por lo mismo no tan insalubre como en la costa. Las observaciones de cuatro días (del 27 al 30 de abril) marcaron un máximum de temperatura al medio día de 36° C., y un mínimum á las 8 P. M. de 27° C.

La gente del lugar hablaba mucho de una avispa venenosa que los mexicanos llaman *emborrachadora*. El efecto de su picadura produce turbación en la vista é inflamación en la garganta, que tan seria puede llegar á ser que ahogue al paciente, quien debe meterse en el agua lo más pronto posible para contrarrestar los malos efectos. El menor retardo suele ser fatal por la prontitud con que obra el veneno. Si no hay agua cerca, lavan al herido con orines y le golpean dos piedras junto á la nariz para que las huela.

Consigno, por lo que valga, una historia que oí relativa á una especie de miel venenosa. La abeja que la fabrica es negra y frecuenta un arbusto cuyas flores se llaman *cuasiri;* pero donde el árbol es raro, se puede tomar la miel impunemente. La venenosa no se distingue de la otra ni en el sabor ni en el aspecto, pero hay la creencia de que si la miel es buena, se ensortija un cabello introduciéndolo en ella. El veneno afecta á la piel y al cabello, á veces produce calvicie y, en los casos extremos, la muerte.

* Panojas cuyo grano empieza á cuajar.—*Nota del traductor.*

Sólo viven allí como unos treinta indios puros, tan civilizados ya que apenas puede considerárseles como naturales. En ese punto encontré por primera vez á los llamados *pintos*, que se hallan en áreas relativamente cortas de las costas del sur de México y Centro América. Tienen el cuerpo cubierto más ó menos completamente de numerosas manchas rojas, negras, azuladas y blanquizcas que les dan muy repulsiva apariencia. Aun los mestizos evitan comer nada hecho por una mujer que tenga tales manchas. Los pintos habitan sólo en la tierra caliente, pues son extremadamente sensibles al frío. Consideran algunos que esas coloraciones de la piel se deben á enfermedades sifilíticas, y otros las atribuyen al agua de las localidades. Los casos ocurren principalmente entre los mestizos, cuyos hijos, sin embargo, nacen frecuentemente sanos del todo. No se cree que el mal sea contagioso. La papera es otra enfermedad que prevalece en ciertas partes de la tierra caliente de Michoacán.

Las madres de Jilotlán acostumbran tirar de las narices á los niños, durante los dos ó tres primeros meses de nacidos, para impedir que resulten chatos. La madre del administrador de correos, en cuya casa me alojé, solía repetir á su hijo que á ella le debía tener la nariz larga.

Tomé nota de las siguientes supersticiones del lugar, en las que se advierte mezcla de ideas españolas é indias:

Cuando el gato se relame, van á llegar visitas. Otro signo de lo mismo es el chisporroteo del fuego, en cuyo caso debe echársele un poco de agua á la flama.

Cuando una gallina canta como gallo, se la debe matar porque tiene al diablo metido.

Una muchacha no debe dejar que nadie tome la comida en el mismo trasto en que la haya hecho, si no quiere que llueva mucho el día de su casamiento.

Si una mujer deja la basura detrás de la puerta, el diablo se esconde allí.

Cuando algo se ha perdido en la casa, es bueno encender una vela por el cabo y dejarla arder.

Cuando han hecho mal de ojo á alguna criatura, es preciso sujetarle los cabellos en forma de copete.

Si alguien pisa la saliva de un cuate, le sale una seca en la ingle.

Si una persona presenta síntomas de lepra ó de sífilis, le dan á comer polvo de carne seca de víbora.

Á este propósito mencionaré también algunas supersticiones mexicanas: en el este de Sonora cree la gente que por las noches entran en las casas ciertas culebras inofensivas para mamar los pechos de los mujeres, y que entretanto meten la cola en la boca de los niños. Algunas son muy gruesas y negras, otras delgadas, largas y rojas. Otra creencia de la misma localidad es que algunos perversos hacen velas con sebo de coyote, que encendidas en una pieza donde la gente esté bailando, les produce malestar de estómago y flatulencia. Es costumbre universal de todos los trabajadores, casi rayana en superstición, que no deben mojarse cuando están calientes de su trabajo. Nunca logré hacerlos que se lavaran las manos en tales circunstancias, porque temen enfermarse de catarro, influenza ó pulmonía.

Mi criado Ángel me refirió las siguientes supersticiones de Tequila, Estado de Jalisco:

Cuando un hombre ha estado ausente largo tiempo de su casa, por ejemplo en la cárcel, y su mujer desea que vuelva, le amarra los pies á un santo con una cuerda, ó bien va á coger tierra de la prisión y la riega en la puerta de su casa.

Cuando una mujer intenta engañar á su marido, le da una sopa hecha de orejas de burro, ó moja el dedo meñique de su mano izquierda en el agua que le da á beber.

Dan asímismo dicha sopa á los maridos camorristas para que se vuelvan más tratables.

Las mujeres vírgenes apuntan con el pie izquierdo; las otras con el derecho.

De la eficacia de la hechicería estaba Ángel firmemente convencido. "Los indios que Ud. conoce," me decía, "los coras y los huicholes, son más buenos para hacer daño y para curar, porque tienen otra religión. Conocen muy bien desde la primera curación si el enfermo se aliviará ó no."

Me aseguró que había en Tequila muchos hechiceros y brujas. Tienen los ojos muy hundidos y colorados. De noche se aparecen en forma de buhos ó de pavos, y él los había visto. Los buhos se paran sobre los techos de las casas, esponjan sus plumas y gritan misteriosamente. Su padre les tiraba á esas aves de mal agüero, pero nunca pudo matar ninguna. Su madre decía esta oración: "¡Tecolote, pájaro maldito! ¡Canta lo que tengas que cantar! ¡Ave María Purísima, sin pecado original!" y si el buho era malo, volaba; si era bueno, se quedaba cantando.

Para hacerle mal á un enemigo, se le pide á un hechicero que eche algo en los cigarros, comida ó bebida de la víctima. Cuando una persona ha sido hechizada tiene que buscar á algún curandero más poderoso que el brujo que la enfermó. Los dos médicos llegan entonces á un acuerdo y se dividen los honorarios. Al punto como el doctor ha arreglado las cosas con el hechicero, se vuelve éste invisible, va á casa del enfermo y le unta saliva debajo del brazo, con lo que le deja bueno. Á medio día, cuando no hay gente afuera, llega una mujer con comida. Los de la casa la ven entrar, pero no saben quien es. El enfermo toma la comida, que consiste en los platos que más le gustan, y empieza á sentirse bien.

No se requiere virtud especial para enhechizar á un individuo, pues el mal puede hacerse de varios modos; ni es difícil curarlo, pues basta untar saliva en la axila; la dificultad estriba en ponerse de acuerdo con el autor del

maleficio. Para ello, se presenta el curandero en la casa un martes, jueves ó viernes, porque los otros días no puede oír á los hechiceros y brujas; llega á las ocho de la noche, hora en que los buhos comienzan á salir. Puede suceder que encuentre á la bruja desde la primera vez, y éntre en arreglos con ella, ó que tenga que esperarla toda la noche y aun todas las noches durante un mes ó más, habiendo casos en que se necesitan seis meses para el restablecimiento. El curandero pone los huaraches del enfermo con la suela para arriba, vuelve de revés la camisa y calzones, y reza el credo invertido para que baje el buho en que se oculta el alma de la hechicera ó del brujo. Junta luego un gran montón de hilachas viejas, al que agrega un poco de mariguana, planta que muchos llevan en la faja para protejerse contra la hechicería. Cuando el montón esta listo, le prende fuego y la casa se llena de humo, haciendo salirse á todo sér viviente, excepto el enfermo, que no sabe entonces si vive ó muere. Por esa curación se pagan en Tequila diez pesos, y el paciente debe proporcionar el material para el humo. Aunque no sane, tiene siempre que dar al curandero algo por su trabajo, generalmente de tres á cinco pesos.

La creencia en la hechicería parece que persiste en el indio por mucho que se civilice. Censurándole cierta vez á uno que creyera en hechiceros, le decían: "Es pecado creer en eso," y el replicó: "Puede ser; pero que los hay, los hay, y el mayor trabajo de nuestra vida es defendernos de ellos."

Después de salir de Jilotlán me detuve la primera noche en un rancho donde me alojé conforme es costumbre en la tierra caliente, donde se permite á los viajeros dormir en el lugar que mejor les parece, bien sea bajo un cobertizo, en el corredor y aun dentro de la casa. Nuestro huésped me ofreció una cama, en que pudiera pasar la noche á suficiente altura, fuera del alcance de cientopiés, turicatas, alacranes y

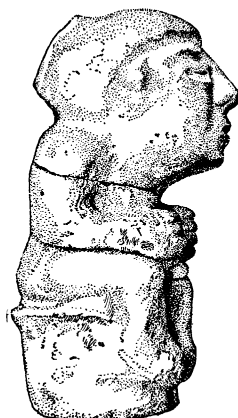
otros bichos. Acepté gustoso la oferta, y metimos la cama dentro de la casa, en donde entraba el aire fresco por la puerta que dejé sin cerrar. Ángel encendió una vela y viendo que cerca de la cama estaba un jarro encima de una caja, quiso utilizarlo de candelero. Por fortuna se presentó en esos momentos nuestro huésped y dijo con voz pausada: "Es mejor poner la vela en otra parte, porque allí hay dinamita." En efecto, había comprado cierta cantidad de explosivos á unos mineros americanos con la mira de venderlos al menudeo á los trabajadores que pasaran por el rancho. Apenas se lo pedí, convino en que trasladásemos la caja por esa noche á prudente distancia.

Agosto es un mes en que los mosquitos hacen insoportable la vida á la gente y á los animales, pero afortunadamente descansan por la noche y evitan la oscuridad. En la mañana son terribles. Para librarme de ellos algunos minutos y poder almorzar, tuve que encerrarme en la casa, que, como de costumbre, no tenía ventanas.

Yendo para Tepalcatepec (en náhuatl, "donde hay *tapalcatl*" tiestos), pasamos por extensos bosques tropicales, y se hizo muy tarde antes de que pudiésemos llegar al pueblo. Su viejo mesón estaba por entonces desierto, pues pocos paran en él; pero con ayuda del presidente, barbero de profesión, conseguí la llave y pudimos alojarnos. El pueblo se halla situado en una loma y rodeado de bajas colinas que invitan á pasear entre sus hermosos árboles y arbustos, en todo su esplendor en aquella época del año. Al caer la tarde, cuando el aire se ha refrescado, salen á pasear las familias, después del trabajo del día, en aquel parque encantador que la naturaleza les ha puesto á la puerta de sus casas. Era especialmente grato no encontrar al paso botes de hojalata vacíos, pedazos de periódico ni otros desechos, ni tampoco placas con avisos ó prohibiciones de no pisar la yerba. Evidentemente no ha puesto allí su mano la civilización.

Es digna de notar la gordura del ganado, que cuando no hay pasto, se alimenta de follaje. La carne seca y el queso de aquel lugar tienen fama de ser de los mejores de Michoacán.

En Tepalcatepec conseguí un ídolo de piedra muy bien esculpido que habían encontrado con otros más grandes en un montículo situado como á cincuenta millas al oeste. Es indudable que aun quedan muchas antigüedades en aquella costa que perteneció á los aztecas. En la región hay abundancia de ruinas de antiguas casas, tiestos de vasijas y montículos llamados allí con el nombre tarasco de *yácatas*. Frecuentemente se encuentran en ellos grandes caracoles marinos que los antiguos aztecas usaban como trompetas.



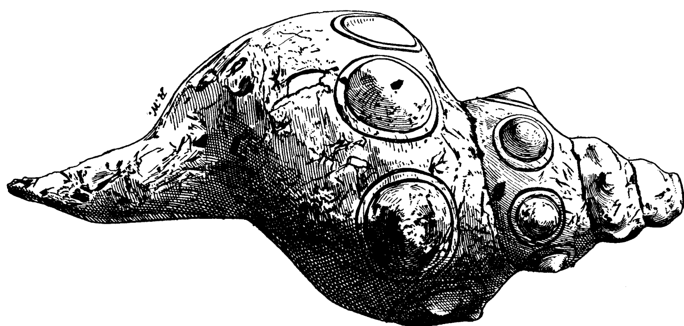
Antigua escultura de piedra figurando un hombre sobre un pedestal. De Tepalcatepec, Michoacán. Altura, 32.6 cm.

El río de San Francisco, que más lejos se junta con el de las Balsas, corre ancho y fangoso. El vado es riesgoso y hubo que pasar á las mulas, una por una, en un punto conocido por nuestro guía. Poco á poco fuimos saliendo del cálido y seco Plan de la Tierra Caliente, cuya anchura en la parte por donde lo cruzamos sería de nueve millas.

No dejaré de mencionar que vi dos árboles muy característicos cuyo nombre científico no me ha sido posible investigar. El primero, llamado diversamente *matijerán*, *quechalalate* y *pacueco*, se ha encontrado que contiene un nuevo alcaloide. La gente se aplica la savia que destila de las incisiones practicadas en su corteza, para curarse las viejas heridas; y como remedio interno, para purificar la sangre y calmar la fiebre, á cuyo efecto beben el agua en que ponen en infusión la cáscara. Por propia experiencia

puedo afirmar los benéficos efectos de tal poción en la convalescencia de la malaria.

El otro árbol, que se ve muy hermoso con sus hojas pinatífidas y su rojo tallo, se distingue como muy venenoso y parece causar efectos semejantes á los del zumaque, pero más serios. Cuentan que hay individuos inmunes á dicho veneno, pero la mayor parte son muy sensibles al contacto de las hojas, especialmente si están mojadas. Dícese que aun el sentarse bajo del árbol es muy nocivo á las personas delicadas. Una de las manifestaciones del veneno, en los hombres, es una considerable inflamación de los testí-



Caracol usado como trompeta por los antiguos aztecas. De cerca de Chapala. Longitud, 31 cm.

culos, hecho á que alude el nombre con que en México se designa á la planta.

El recaudador de contribuciones de una de las poblaciones tarascas me aseguró que había sentido dos ocasiones los malos efectos del veneno. Al día siguiente de haberlos recibido, comenzó á experimentar mucha picazón en la cara y poco á poco se le fue hinchando todo el cuerpo. Su semblante perdió toda apariencia humana y tanto se le restiró la piel de la cabeza, que se le pararon los cabellos. No podía moverse y estuvo tendido como una masa informe, sufriendo terriblemente. Le sobrevino fiebre y pérdida del apetito, y con dificultad podía pasar el atole, pues aun

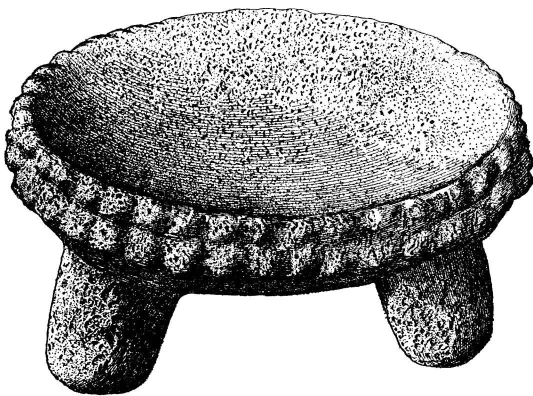
la lengua se le inflamó. Se alivió con unciones de atole frío que estuvieron aplicándole cada vez que se le secaba la unción anterior, y á los quince días quedó enteramente restablecido. Se recomienda también para lo mismo el agua tibia con aguardiente y clara de huevo, aplicada de la misma manera que el atole. Los que no se curan, siguen durante meses padeciendo de ulceraciones y se exponen á morir. La inflamación es, por supuesto, más penosa en tiempo de calor; con el aire fresco se siente tranquilidad y alivio.

Es creencia popular que el árbol macho únicamente daña á las mujeres, y el árbol hembra á los hombres. Si los informes que me dieron son exactos, el veneno no tiene efecto sobre los individuos que están borrachos, lo mismo que las picaduras de los alacranes y turicatas. ¡Aun la temperancia tiene sus inconvenientes!

CAPÍTULO XXI

ARRIBO Á LA REGIÓN DE LOS TARASCOS — PARANGARICUTIRO—SU PRINCIPAL INDUSTRIA—LA SIERRA DE LOS TARASCOS—COVACHAS DE MADERA—EL POLICÍA Y EL REPENTINO FIN DE SU CARRERA —TRAFICANTES TARASCOS.

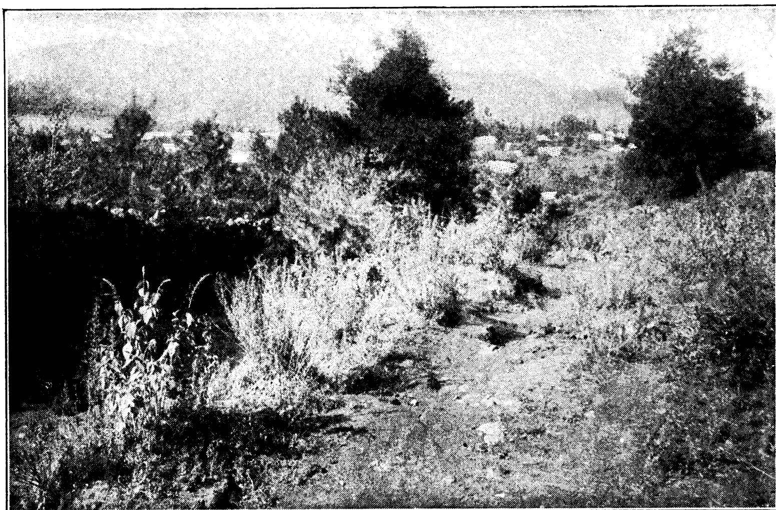
EL 11 de agosto llegué á Peribán (corruptela de *Pirian*, "relámpago"), la primera ciudad tarasca que pisé. Su tamaño es bastante considerable, pero encontré á sus indios, todos civilizados, muy afanosos porque el obispo de Zamora estaba haciendo al lugar una de sus periódicas visitas. Con todo, vi al paso una banda de músicos tarascos del interior que iban á la tierra caliente, según me dijeron, "para ver lo que la Providencia quería darles." Vestían á la manera ordinaria de la clase trabajadora de México, y eran de pequeña estatura, pero muy ágiles y vivos de movimientos. Noté que todos tenían bigotes y un poco de pelo al rededor de la barba. Descansaron un rato en la plaza, y á pesar de que caía un fuerte aguacero, se marcharon esa misma tarde, tapándose simple-



Molcajete antiguo de Peribán, Michoacán. Diámetro, 31 cm.

mente con sus chinos de palma, llamados en tarasco *chirequi* ó *chirépara*.

Desde Peribán ascendía el camino gradualmente sobre largas y fértiles pendientes, y no tardamos en vernos entre pinares donde soplaba un helado airecillo. Justamente al norte del majestuoso pico de Tancítaro (*tancitan* = *señalar:* "lugar de donde se apunta") * está el pueblo de Parangaricutiro, situado románticamente entre cerros cu-



Parangaricutiro, visto del norte.

biertos de pinos y en una meseta que domina á un extenso valle; de donde le viene su nombre, que significa "sobre una alta mesa." Literalmente *Parángari* quiere decir "levantar algo con las manos" y *cutiro* "situado." Debe su nombre español de San Juan de las Colchas á la abundante fabricación de las mismas, á que se dedican sus habitantes. Dos clases de colchas tejen las mujeres en sus

* "El cerro de Tancítaro es conocido por los marineros con el nombre de *Pico de Acahuato*, por un pueblo llamado así que está en la falda meridional, camino de *Apatzingán*. *Tancítaro* significa "lugar de tributo." *Acahuato* significa "cerro inclinado."—"Michoacán—Paisajes, tradiciones y leyendas," por el Lic. Eduardo Ruiz. 1891. Página 322.—*Nota del traductor*.

telares primitivos; las unas enteramente de algodón, podrían considerarse perfecta imitación de las sobrecamas de los blancos, á no ser por los grotescos dibujos de animales y pájaros que sólo la fantasía de los indios es capaz de imaginar y sus manos de ejecutar. Las otras, que son las más comunes, tienen una gruesa trama de algodón con entretejido de estambre de brillantes colores, formando variedad de dibujos representativos. Úsanlas mucho como frazadas ó sarapes en todo el Estado los indios y mexicanos de las clases trabajadoras, quienes les practican á veces una abertura ó boca por donde pasan la cabeza cuando se los ponen como ponchos.

Estábamos ya en la Sierra de los Tarascos, designación que se aplica á una extensa región montañosa, más ancha que larga, que llega al norte de Cherán. Incluye al encumbrado pico de Tancítaro (altura, 13,669 pies) en su extremidad sur, y al de Quintzeo (altura, 10,908 pies); pero el aspecto general del paisaje es más bien plácido y bucólico que imponente y magnífico. Antojábase á veces que las montañas, campos y árboles habían sido dispuestos por la mano de un hábil artista con el deliberado propósito de recrear la vista. Falta, sin embargo, una cosa para que el encanto sea perfecto: no hay ríos. Antiguamente había lobos en la sierra, pero desde 1870 han desaparecido.

Dentro de esta región, la clase dominante son los tarascos puros. En algunas comunidades, como por ejemplo, en la de que hablo, las mejores tierras han ido á manos de mestizos que, aunque escasos en número, aventajan en astucia á los naturales. Pero en sitios como Capácuaro (en tarasco, *capácuri*, "entre dos montañas") ó en Cherán, que es mucho más grande, y algunos otros, la población es india pura. Como dentro de esta sierra está la última porción de territorio que á la tribu le queda, desconfían de todos los forasteros y se oponen tenazmente á dejar internarse á los mexicanos. Como todos los pueblos ape-

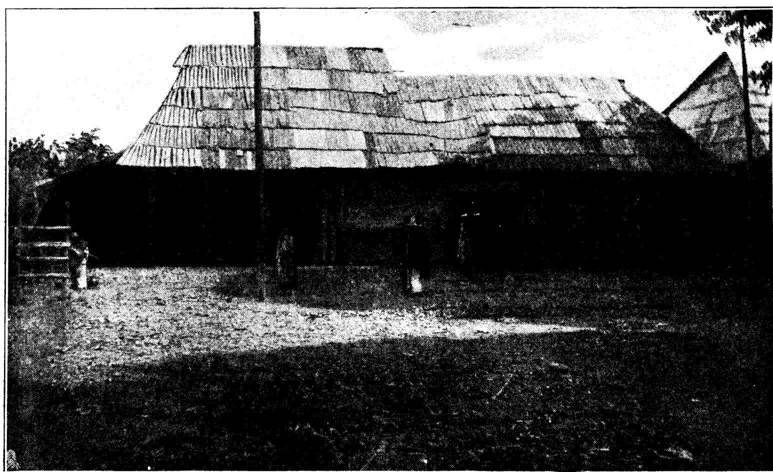
gados á sus costumbres y enemigos de aceptar otras, los tarascos de la sierra tienen tendencias fanáticas, y cuando están exitados es muy difícil, si no imposible, discutir con ellos. No son gente que se deje engañar, y tan valientes se les considera que el Gobierno ha creído prudente poner líneas telegráficas y telefónicas á través de aquellas montañas. Las que vimos no podían tomarse como pruebas del desarrollo comercial del pueblo, sino más bien de lo contrario.

En la plaza crecían algunos corpulentos sauces, y al llegar, advertimos á nuestra derecha dos pequeñas casas de madera cuyas fuertes rejas indicaban desde luego que los edificios servían para cárcel, signo inequívoco del avance de la civilización. Á juzgar, sin embargo, por su abandonada apariencia, aun no se había hecho mucho uso de aquellas mejoras. Por regla general, tales prisiones, que no tienen más ventiladores que las enrejadas puertas, exhiben multitud de cabezas humanas asomándose ávidamente para pedir centavos á los que pasan.

Como las cárceles, la población misma parecía desierta. Llamé á la puerta de un mesón de madera y me abrió una especie de bruja, de aspecto rapaz, que adivinando á primera vista una inesperada oportunidad de lucro, me condujo afanosamente á su mejor cuarto, oscura pocilga que probablemente nadie había limpiado en cien años. Pensé en mi país, donde los campesinos lavan semanariamente con agua y jabón sus casas de madera, desde arriba hasta abajo. Acá los muebles consistían en una grande y mugrosa mesa, en un rincón, y una puerta vieja, tendida sobre dos cajones, para servir de cama, en el otro ángulo. Ambos objetos ocupaban cerca de la mitad de la pieza. Como intentaba detenerme en el pueblo por algún tiempo, resolví preguntar á su presidente si no podría haber mejor alojamiento; mas pronto supe, muy á mi pesar, que éste era el mejor. Ciertamente había otro mesón, pero sin cuartos;

era simplemente un corral donde el caminante podía dejar sus animales y carga. Esta clase de mesones, donde puede uno pasar la noche junto á lo que le pertenece, son preferibles á los alojamientos de más pretensiones; me conformé, pues, con lo que pude encontrar, y avíneme á vivir en la casa de la vieja. Al otro día pagué á mis arrieros, y me quedé solo con mi fiel indio Ángel.

De junio á noviembre llueve regularmente en esta región todos los días, comenzando el agua como á las doce. En



El mesón de Parangaricutiro.

ocasiones soplan furiosos vientos que arrebatan de aquí y allí algunos techos. Á menudo cae nieve durante dos meses en la cumbre del Tancítaro, pero es rara en lo demás de la sierra, aunque el frío persista aun pasado el invierno. Sábese que se ha helado el agua el 10 de junio no sólo en Cherán, sino aun en Zacapu, que está mucho más abajo y fuera de la sierra. Hubo un año que se heló el maíz en la sierra durante el mes de octubre. Como había pasado seis meses en la tierra caliente y no me había recobrado enteramente de la malaria, me causó muy grande impresión el frío que me penetraba hasta los huesos como si

quisiera matarme. Sin embargo, fuime poco á poco acostumbrando á él, y pronto sentí el beneficio de la altura y del aire fresco.

El pueblo es simplemente un conjunto de bajas y sucias trojes ó casas cuadradas, construídas con gruesas tablas de ocote bien ensambladas, con techos de caballete cuyos aleros se prolongan lo bastante para formar anchos soportales por todos lados. Recordábanme un poco las casas de los japoneses. Tales construcciones, por supuesto, sólo pueden hacerse cerca de los pinares, por lo que principalmente se encuentran en las regiones altas del país. Todas tienen el piso levantado como un pie ó más del suelo, y consisten de una sola pieza con una puerta y ninguna ventana, bien que hay muchas en el pueblo y por el camino provistas de una abertura cuadrada en el frente, que puede cerrarse con postigo. Por dicha abertura se venden cigarrillos y aguardiente. Cuesta sólo cuatro centavos emborracharse allí.

Todos los indios tienen sus pequeñas siembras de maíz y frijol, las que no son suficientes, sin embargo, para cubrir las necesidades de sus propietarios en todo el año. Las mujeres, que son muy laboriosas, fabrican para ganarse la vida gran cantidad de trabajos textiles, y venden asímismo fruta, huevos, leche, tamales, tortillas y flores. Muchos hombres dejan á sus mujeres que los mantengan, pero hay muchos también que se dedican á algún trabajo. Van, por ejemplo, á pasarse varias semanas en el bosque de Tancítaro haciendo bateas y cucharas de palo, y sobre todo, tejamanil para techar sus casas.

Éstas se agrupan principalmente al rededor de la plaza y á lo largo de una calleja angosta que llaman pomposamente Calle Real, la que antes se enorgullecía con dos faroles, colgados de alambres en el centro de las principales vías, para alumbrar hasta las diez de la noche á los retardados transeuntes. Pero la innovación fue muy tentadora

para los muchachos traviesos, quienes pronto hicieron al uno blanco de su certera puntería, librándose sólo el otro de tan total destrucción, gracias á hallarse frente á la habitación del alcalde del pueblo.

Conservaba la paz un solo policía, hijo de un sacerdote católico y de una india, cuya única ocupación era arrestar de vez en cuando á algún ebrio, por un delito á que él mismo era muy inclinado. El presidente apenas le daba lo suficiente para comer, á fin de que no tuviera con que beber. Ningún uniforme lo cubría para imponer con su vistosa apariencia á la multitud; antes bien, su aspecto era de bandido, envuelto hasta los orejas con una frazada raída que ocultaba á la vez el único emblema de su distinción, el viejo sable de cuya carga parecía que se avergonzaba el portador. El estropeado sombrero sólo dejaba ver de la oscura cara de su dueño, por debajo del ala, dos ojos de mirar penetrante. Andaba con paso veloz, como de continuo enardecido en la persecución de algún malandrín sobre quien descargar el terrible brazo de la justicia. Como no tenía casa, dormía generalmente á la puerta de la prisión.

Un día, aquel único guardián del orden público me permitió fotografiarlo; pero á los pocos más, tuve la pena de verlo conducir á la cárcel por cuatro fornidos indios que lo llevaban en una condición lamentable. Bramaba como toro y resistía á tan grande atentado con todas sus fuerzas. Á menudo le ocurría aquello, pero esa vez se agravaron las cosas por el hecho de que había perdido la llave de la cárcel, de manera que por espacio de varias horas estuvo la localidad privada á la vez de policía y de prisión. Por fortuna el mal cesó pronto, y cuando encontraron la llave los indios, que entregaron religiosamente á la autoridad respectiva, el guardián del orden público fue encerrado tras de las rejas, con lo que acabó repentina é inesperadamente su carrera oficial.

El domingo los indios de todos los alrededores acudieron á vender fruta, loza y sus demás mercancías, y la plaza cobró tanta animación como tristeza y desamparo en los días ordinarios. Á más de todo eso, llevan otras cosas á vender, desde considerables distancias, los llamados *huacaleros*, quienes recorren el país con sus enormes cargas á la espalda. Sus huacales son semejantes á los que se cargan en mulas, pero mucho más grandes y de forma rectangular. En esos ligeros receptáculos encierra el traficante sus mercancías, que consisten principalmente en loza de barro que asegura con una red de mecate. Á menudo amarra también por fuera muchas canastas, y encima de todo ello coloca su china.



El policía.

Estos mercaderes ambulantes revelan á las claras el instinto comercial de los tarascos. Los huacaleros, generalmente nativos de la sierra, viajan á pie, por el oriente, hasta la ciudad de México; por el oeste, hasta Guadalajara y las ciudades costeñas de Acapulco, Colima y Tepic. Del lado del norte, encontré á un tarasco en Las Cinco Llagas, pueblo de los tepehuanes septentrionales, donde se había establecido y casado. Antiguamente los comerciantes tarascos acostumbraban llegar por el norte hasta Nuevo México, y por el sur hasta Guatemala y Yucatán. Un viaje de Paracho á México exige un mes para ir y volver, siendo la distancia, en línea recta, de doscientas cincuenta millas. Los artículos que acarrean los hombres son arte-

factos domésticos, guitarras, cucharas de madera, molinillos, frazadas, mecates y jaulas con pájaros cantores, y regresan cargados de manta y cuerdas de violín y guitarra que, de paso diré, se fabrican en Querétaro con intestinos de chivo. Para Acapulco emplean un mes de ida y vuelta, llevando loza y trayendo manta, aguardiente y machetes. Este viaje es el más productivo de todos, pues la loza que compran, á real pieza, la realizan á cuatro reales, y todo lo que compran en la costa, lo venden muy bien en la Sierra.

Por increíble que parezca, puede realizar un huacalero, en sus viajes, á razón de un peso diario; pero consigue esto únicamente viviendo con la mayor economía y recorriendo doble distancia diaria de la que anda una mula cargada, es decir, treinta ó cuarenta millas. Los huacaleros caminan desde el amanecer hasta que cae la tarde, sin descansar más que un poco al medio día para comer. Su movimiento no es el trote común de los indios que llevan carga, sino un paso igual y moderado, y llevan siempre un largo garrote con punta de hierro con que se ayudan á levantar de donde se sientan, y que les sirve de apoyo en los lugares difíciles. Cuando pasan por terreno resbaladizo, como á menudo les acontece en la Sierra, se caen á veces, pero es



Huacalero tarasco.

raro que rompan más de una ó dos piezas de su voluminosa carga.

Para evitar que los roben, acostumbran viajar dos ó tres juntos, y en ocasiones encuentra uno hasta grupos de veinticinco individuos; pero al punto como salen de la Sierra, se sienten seguros yendo solos, pues la gente de tierra caliente no es ladrona.

Dos huacaleros llegaron una vez á mi mesón procedentes de Patamban ("lugar de *patamo*," carrizo). Bajos como eran de estatura y empapados por la lluvia, parecían mucho más chicos á causa de su elevada carga. El más grande de los huacales pesaba sesenta y tres kilos, carga muy ligera en opinión del mismo indio y de todos los que estaban presentes. Una vez había llevado uno de ochenta y seis kilos, desde Colima á Morelia, en el increíble término de seis días. Los huacaleros no parecen cuidarse del peso que soportan, pero lo voluminoso de él llama mucho la atención y despierta la curiosidad, al punto de que cuando pasan por haciendas en donde hay balanzas, les piden que dejen pesar sus huacales. Al principio mi hombre positivamente se negó á dejar que lo pesáramos, y hasta después de considerar el punto por todo un día y una noche, pensó que la recompensa ofrecida bien valía la humillación á que debería sujetarse. Su peso resultó ser setenta kilos, ó sea sólo siete kilos mayor que el su huacal. El indio tenía el cuello corto, y era muy musculoso, particularmente en las piernas. Me dijo que cuando el último cólera, en 1850, tenía quince años de edad, de suerte que en 1895 debía tener sesenta. Había sido huacalero durante treinta y cinco años y mantenía á su familia con ese trabajo, sin dedicarse para nada á la agricultura. Ahora iba á la costa hacia Río Grande, á realizar dos pesos de ollas y con el proyecto de traer el rico queso que allá se fabrica y que compran con avidez en la Sierra. El viaje duraría treinta y seis días y le produciría doce pesos mexicanos.

CAPÍTULO XXII

ANTIGÜEDADES—LAS YÁCATAS—LA FIESTA DEL CRISTO MILAGROSO—BAILANDO EN LA IGLESIA—LO ANTIGUO Y LO NUEVO—LA RELIGIÓN Y LA ETNOGRAFÍA—MENDIGOS DE PROFESIÓN—TRAFICANTES DE LAS FERIAS—EL BAILE DE LOS APARECIDOS.

AQUÍ, como en otros pueblos de la Sierra de los Tarascos, dan los indios mucha importancia á los ídolos antiguos á quienes llaman *tarés* (anciano venerable). Desde el punto de vista artístico son muy inferiores á los que se encuentran en la Tierra Caliente. Cada tarasco tiene un ídolo enterrado en su campo. Tiénonlos también en las casas y más especialmente en los graneros, por considerarlos guardianes del maíz. Creen de mal agüero enseñarlos y encontré muy difícil inducirlos á desprenderse de sus lares y penates. Cuando los indios sabían mis deseos de comprar monos, los escondían y negaban que los hubiera. Los más resueltos y mercenarios ofrecían llevarme algunos, pero salvo en un caso, nunca lo cumplieron, quizás porque su conciencia les prohibía cometer tal impiedad.

Un día se acercó furtivamente un hombre á mi domicilio, mirando con desconfianza y frecuentemente hacia atrás para ver si alguien lo seguía. Cuando hubo entrado, me descubrió un mono que llevaba oculto bajo su frazada, diciéndome que una mujer del pueblo vecino de Paricutín ("al otro lado del valle") le había encargado venderlo. Era una efigie insignificante de piedra, muy tosca, que no valdría más de seis centavos; pero cuando le ofrecí el triple, exclamó el indio: "¡No, no, no! La mujer me dijo que pidiera catorce pesos." Y ocultándola prestamente

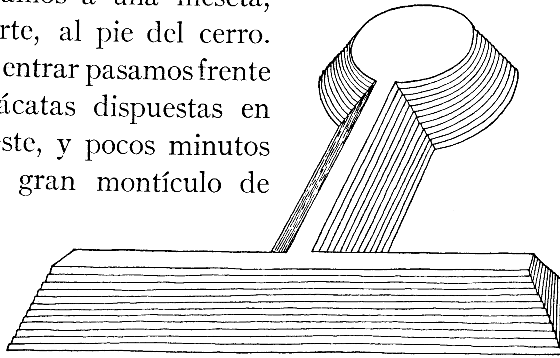
bajo su abrigo, huyó sin esperar más, muy aliviado de seguro con que el trato no se hubiera hecho.

Habiendo sabido que había numerosas yácatas en las inmediaciones, resolví pasar algunos días explorándolas, pero los indios se quejaron á las autoridades de mis intenciones y me impidieron realizarlas. Sabían por propia experiencia el resultado de semejantes profanaciones. Poco tiempo antes, unos muchachos habían cavado por curiosidad en uno de los montículos y extraído algunos monos, y por ello, en solo un día, cayeron cinco tormentas que devastaron las sementeras. Las figuras fueron al punto enterradas de nuevo, y los indios se sentían profundamente inquietos á la simple idea de que fueran á sobrevenirles otras calamidades por esa causa, hallándose resueltos á resistir contra cualquiera atentado.

Yo, por mi parte, tenía la determinación de llevar á cabo mis investigaciones. No era tanto mi objeto conseguir ídolos, cuanto ver de qué manera estaban construídos los montículos. Me dirigí, pues, al pueblecito de Paricutín, de donde procedían la mayor parte de las quejas, y pronto me vi rodeado de numeroso grupo de indios entre quienes se encontraba el alcalde, dueño del terreno donde mis excavaciones habían comenzado. "¡Es seguro que nos va á pasar algo malo!" gritó, y todos los demás manifestaron en su semblante cuánto les preocupaba lo serio de la situación. Uno de ellos expresó sus pensamientos, diciendo con entereza: "Si nosotros no queremos que escarben, nadie nos puede obligar." Ni el argumento del mexicano que me acompañaba, de que "dios está en el cielo y no enterrado en el suelo," pudo modificar en nada la actitud de la imponente asamblea.

Deseando á todo trance tomar una fotografía del montículo, les propuse con calma que fuéramos solamente á verlo, y me acompañaron treinta ó más indios, algunos á caballo. Al ir subiendo por los cerros, me llamó la aten-

ción el triste estado de las sementeras, todas maltratadas por el granizo, y no me sorprendió que aquellos pobres indígenas estuviesen inquietos, aunque su suposición en cuanto á la causa de su desgracia tanto me contrariase. Sin embargo, conociéndolos como los conocía, desistí de cualquiera intento para hacerlos apreciar la verdadera relación entre la causa y el efecto. El único medio para lograr mi propósito era ganarme su buena voluntad, pues con ello permiten á uno hacer cosas por las que en otras circunstancias lo matarían. Después de caminar dos horas entre los hermosos pinares que cubren las laderas del pico de Tancítaro, llegamos á una meseta, descubierta en parte, al pie del cerro. Inmediatamente al entrar pasamos frente á tres pequeñas yácatas dispuestas en hilera de este á oeste, y pocos minutos después vimos un gran montículo de piedra que se destacaba de un modo muy notable en aquel solitario desierto. Resguardado en todo su alrededor por corpulentos pinos y al amparo de la majestuosa montaña, había resistido á la mano destructora del tiempo, al grado de que era fácil reconocer su primitiva forma.



Diseño de la yácata de Parangaricutiro, restaurada.

La yácata está construída con piedras y sin mezcla, en forma de una T cuyos brazos tienen como cincuenta pies de longitud por treinta y dos de altura. El brazo occidental remata en una construcción circular. Todos los lados se levantan en escalones regulares desde el piso, siendo la anchura de la superficie en la parte alta sólo seis pies, mientras que en la base es de veinte. Estas escalinatas hacen al edificio singularmente simétrico y gracioso.

Tanto los indios como los mexicanos me aseguraron que no existían en las inmediaciones piedras de la clase de las usadas en la construcción, las que debieron de ser trasportadas de la desnuda cima de Tancítaro, como dos leguas y media de allí, distancia igual á la que hay del montículo á Parangaricutiro. Desde arriba de la yácata se domina un hermoso paisaje del amplio valle y cerros adyacentes.

Por completo me avine al parecer de los indios respecto á que no se debía destruír aquel gran monumento de los pasados siglos. Hubiérase requerido por lo menos un mes para explorarlo, y era casi seguro que no contenía más que piedras. Ante mi resolución, comenzaron mis compañeros á desechar sus recelos, y me permitieron que los fotografiara á ellos y á su yácata. En seguida les distribuí algunas obleas que casualmente llevaba conmigo, y poniéndolos poco á poco de buen humor, no tuve trabajo en que me permitieran excavar uno de los montículos más pequeños, á condición de que tocaría al propietario la mitad de lo que encontráramos. Al regresar al pueblo, me enseñaron otro grande montículo que ofrecía el aspecto de un enorme hacinamiento de tierra.

La yácata que excavé era la situada más al norte sobre la meseta, y sólo nos dio insignificantes resultados. Á cerca de un metro de profundidad tropezamos con una pesada piedra de pie y medio de larga, nueve pulgadas de ancha y seis de gruesa, á uno de cuyos lados se habían formado dos cavidades circulares de poco fondo. Á poco más de un metro abajo de la piedra, encontramos una jícara, de boca sobre otra piedra, y también una vasija de barro bien hecha é indudablemente de época reciente. Con ella desenterramos un esqueleto con distinto olor de descomposición, lo que prueba que la antigua costumbre de enterrar en esa clase de yácatas debe de haber prevalecido hasta hace poco.

Aquello, en suma, era un sepulcro, y estoy convencido de que el objeto de todas las yácatas de esa forma y de los pequeños montículos de tierra cubiertos de piedra era guardar á los muertos, mientras que los grandes en forma de T probablemente debían su existencia al culto religioso. El Dr. D. N. León ha deducido, fundándose en antiguas pinturas, que los tarascos tenían templos sobre las yácatas y casas de dos pisos al rededor. El Lic. D. Eduardo Ruiz, por otra parte, cree que eran tumbas, y que los conquistadores destruyeron muchas de ellas, impulsados por su codicia. Hay una fila de cinco yácatas en forma de T cerca de la antigua capital Tzintzuntzan. En las cercanías de Zacapu vi muchas de otra clase, hechas con bloques de lava.

Me resolví á permanecer en Parangaricutiro para presenciar la gran fiesta religiosa que se celebra el 14 de setiembre en honor del Cristo de los Milagros, porque tenía así la oportunidad de ver la agrupación de indios procedentes de todo el Estado. No menos de catorce mil individuos, en su mayor parte indígenas, se congregaban ese día y los siguientes á fin de rendir homenaje á una imagen de Cristo crucificado. Me inducía igualmente á estarme allí el hecho de que, juntamente con la muchedumbre de creyentes, llegan muchos pícaros, aun desde Guadalajara, á hacer de las suyas siempre que pueden, con lo cual hay mucha inseguridad en los caminos.

Comenzaron los preparativos como por el 1 de setiembre. Los mexicanos, por su parte, ponían todo empeño en tales trabajos, para los cuales ocupábanse las autoridades en medir en la plaza los lotes donde habrían de levantarse las barracas y puestos de los vendedores, jugadores, vinateros, etc., que acuden desde muy lejos á la feria, pues asume la fiesta la usual combinación de intereses religiosos y comerciales. La solitaria y desolada plaza pronto se convirtió en una pequeña ciudad de casuchas de tablas,

entre las que se destacaba una gran tienda color de rosa, donde se instalaron las mesas de juego.

La fiesta es de origen reciente, pues comenzó á celebrarla hace unos treinta ó cuarenta años el cura de la localidad. Durante largo tiempo habían tenido en una casa particular de Parangaricutiro un crucifijo de mediano tamaño, originario de Frontera, según dicen, cuando alguien le descubrió la virtud de hacer milagros. Sacáronlo entonces de su oscuridad para llevarlo al prominente lugar que ahora ocupa en la iglesia. La gente sostiene por supuesto que es una imagen aparecida. Á mis irreverentes ojos les pareció, de todas maneras, que el autor del Cristo carecía en absoluto de gusto artístico y conocimientos anatómicos, pues todo él estaba muy mal ejecutado, y sus miembros, especialmente, eran muy desproporcionados. Aunque la fiesta reviste carácter cristiano, como la acompañan de incesante baile, es decididamente india.

Presto quedó el pueblo lleno de gente. Todo cuarto con llave se rentaba en quince ó veinte veces más de lo acostumbrado. Mi "hotel" estaba hechido, hasta más no poder, de individuos que dormían adentro y afuera. Aun el desván ó tapanco de mi pieza había sido rentado á quince hombres que lo encontraron á propósito para depósito de rebozos.

Donde quiera había estrépito y movimiento. Los precios de los artículos de primera necesidad habían subido al cuádruplo, con gran regocijo de los vecinos del pueblo. Las felices propietarias de vacas se unieron para monopolizar la leche y manejaban el mercado con la habilidad de los más experimentados negociantes. Llegó un piquete de soldados para conservar el orden público, pues eran de esperarse las riñas y homicidios, y de continuo se cometían estafas y robos.

Siguiendo la corriente general, me encaminé de la rebosante plaza á la iglesia, al través del espacioso cemen-

terio que más bien parecía un hermoso parque. El tamaño del sagrado edificio es de extraordinarias proporciones en relación con las mezquinas chozas del pueblo, y hace suponer la intención que abrigaban los antiguos misioneros de convertir el lugar en plaza de importancia. Conforme iba avanzando á toda prisa, llegábame un suave rumor rítmico que provenía, á lo que pude suponer, de la iglesia.

La entrada estaba llena de vendedores de velas ofreciendo su mercancía á las almas piadosas que acuden á reverenciar á la imagen. Al entrar al vestíbulo me encontré en medio de otro hormiguero de traficantes con fotografías de la maravillosa imagen, rosarios y otros mementos del santuario. ¿Sabría alguno de ellos la historia de Jesús arrojando del templo á los usureros y mercaderes? No quedé poco sorprendido de hallar el interior de la iglesia atestado de gente con velas encendidas y bailando *la danza*. Apenas podía distinguirlos tras la espesa nube de polvo que los envolvía, y los centenares de movibles luces antojábanseme otros tantos fuegos fatuos. Había más de mil personas, sin duda, que avanzaban hacia el Cristo del altar mayor y retrocedían luego bailando hacia atrás. Para completar la vuelta empleaban como una hora por lo denso de la multitud, mas á pesar de ello había muchos á quienes su fervor religioso impulsaba á repetir la ceremonia varias veces.

Fui poco á poco abriéndome paso, por un lado en donde estaban muchos arrodillados en silenciosa oración, hasta llegar á la reja que separaba el coro de la nave. Allí vi á muchos monacillos muy atareados en recibir los cabos de las velas que no consumían los bailadores y que cedían á la iglesia como ofrenda. Varios mexicanos acomodados ofrecen gruesos y valiosos cirios, pero los tributos de los pobres, que á menudo se quedan sin comer para ahorrar los seis centavos que les cuesta una vela de cera, son de moderadas dimensiones. Pero ya sean grandes ó pequeñas,

raras veces se acaban las velas durante el baile y frecuentemente les quedan buenas cantidades á los auxiliares de la iglesia, que dan en cambio los cabos más pequeños como recuerdos de la celebración. De esa manera se hace donación á la iglesia de grandes cantidades de cera que vuelve á fundirse para venderla de nuevo á la puerta. Me aseguraron que el templo obtiene el ingreso de varios millares de pesos anualmente con la venta de velas y reliquias.

Mucho me impresionó la sincera devoción del pueblo, pero aquella compacta multitud, el polvo, el calor y la hediondez pronto me arrojaron de allí en busca de aire fresco, y una vez fuera me senté en una silla que me alquiló por un rato uno de los vendedores de velas. Entretanto no cesaba de seguir entrando y saliendo la masa humana, y otros, en hileras interminables, recorrían de rodillas la senda principal del cementerio para cumplir sus mandas á la imagen.

Algunos deben de haber andado de ese modo cerca de tres millas, y advertí que las mujeres lo hacían en su mayor parte con las rodillas desnudas, para lo cual se alzaban las únicas enaguas que las cubrían. No faltan quienes se desmayen antes de llegar á la iglesia, donde se paran á bailar. Muchas personas, á uno y otro lado de la vía, procuraban suavizar el sufrimiento de los piadosos peregrinos tendiéndoles al paso frazadas y rebozos, no tanto por compasión y caridad cuanto por la indulgencia que se concede á los que tal hacen, según mi criado me explicó; de este modo ambas partes se benefician. Tal cual rico, por su lado, suele llegar á la iglesia acompañado de una banda de música que se queda tocando afuera mientras él entra á cumplir con sus devociones.

Indios de todas las poblaciones tarascas llegaban en grupos, entrando en el cementerio por las puertas de la derecha y de la izquierda, y tomando luego por la calle

principal que conducía á la iglesia. Iban vestidos con su mejor ropa y adornados de flores, cintas, pedazos de abigarradas telas, etc., unos con cascabeles cosidos al vestido, otros con coronas de cartón dorado: en una palabra, el festivo traje de los matachines primitivos. Aun había quienes llevaran máscaras, reliquias de los antiguos tiempos, cuya significación se ha perdido.

Cada procesión de indios se acercaba á la iglesia al son de un himno de carácter marcial, cantado por dos voces. Aun los que llegaban de los puntos más distantes, como de Pátzcuaro y Peribán, cantaban el mismo himno. Á la cabeza de cada grupo, llevaban al santo patrono de su respectiva comunidad dentro de una caja de madera con vidrio al frente al través del cual se veía la imagen adornada con flores, listones y cuentas. Al pasar la procesión, centenares de indios besaban los nichos de los santos, y se les reflejaba en el rostro el orgullo y satisfacción de sus corazones por haber tributado ese homenaje.

Antes de entrar en la iglesia, hacía un alto cada procesión y los hombres se ponían á bailar por un rato. Flautas y violines proporcionaban la música, y la vistosa apariencia de los matchines era muy admirada por la multitud. Muchas mujeres lloraban de exitación, conmovidas por el canto, el baile, el incesante estrépito de los cohetes y la incansable agitación de la gente; todo ello en contraste absoluto con la soledad y melancolía de su vida ordinaria.

En verdad, siente tristeza el etnologista el pensar cuán por completo destruyeron los frailes españoles las antiguas costumbres en el curso de pocos siglos. Hicieron á los paganos olvidar los profundos pensamientos de sus primitivas ceremonias, á la vez misteriosos y públicos, sustituyéndoles con la aparatosa ostentación de las fiestas católicas sin el sentimiento cristiano. No queda ya sino confusos residuos de las ideas y esplendor de los antiguos tiempos. Entonces cualquier movimiento, el menor frag-

mento de adorno, aun la tela misma tenían objeto y significación especiales; ahora se ha embotado la inteligencia de la raza, y los indios mismos viven degradados y pobres. Lo único que persiste es su devoción religiosa. Bailan hoy frente al Señor de los Milagros con el mismo celo que sus antecesores ante sus propios dioses y con el mismo deseo: conservarse en buena salud y obtener beneficios materiales.

Saliendo de tales reflexiones, acabé por notar algunas pinturas lamentablemente ejecutadas, que colgaban en las paredes del vestíbulo. Representaban escenas en que varias personas habían sido curadas de enfermedades, libradas de peligros ó de algún modo favorecidas por el Cristo cuyas virtudes pregonaban, fuera de la iglesia, los vendedores, con agudas voces que dominaban el ruido de la inquieta muchedumbre y el son de las músicas. Ofrecían impresos en que se contaban los milagros atribuídos á la imagen y cuentos morales para los niños. Para ganarse compradores, solían leer á voz en cuello toda la relación, lo que requería cuando menos diez minutos; y después del supremo esfuerzo de paciencia y pulmones, agregaban: "No vale más que dos centavos!" No faltaban entonces quienes adquiriesen algunos ejemplares; mas para dar salida á otros, los vendedores volvían á emprender su lectura desde el principio hasta el fin.

Aparecieron también en escena tres mendigos de profesión, mexicanos. Dos de ellos, aparentemente ciegos, fueron conducidos por el tercero á un lugar conveniente, y, colocados el uno frente al otro, á distancia como de diez varas, donde comenzaron á recitar á gritos un discurso sobre la doctrina cristiana. Les oí una catequización acerca de los diez mandamientos, cuyas preguntas y respuestas se seguían en rápida sucesión, y cada mandamiento era interpretado de un modo singularísimo. Terminada la lección, los mendigos cayeron de rodillas im-

plorando limosna con fervor. Los que con tales exposiciones sienten iluminado su espíritu muestran generalmente su agrado desprendiéndose de algunos centavos. Aquella ocasión, los esfuerzos de los tres mendigos no obtuvieron recompensa apreciable; pero se me aseguró que otras veces han llegado á reunir treinta pesos en un día. Hay muchos mendigos de profesión que se ganan la vida de esa manera, yendo de fiesta en fiesta durante todo el año, arrastrándose con las rodillas descubiertas para excitar la piedad é implorando la ayuda de las almas caritativas. Muchos pretenden padecer males físicos, y yo mismo vi á un impostor, que se presentaba impedido de una pierna, andar perfectamente derecho cuando creía que nadie lo observaba.

Era verdaderamente admirable el orden que reinaba en tan crecida multitud. No se necesitaban policías que estuvieran diciéndoles: "¡Adelante! ¡adelante! ¡No obstruyan el paso!" etc. Por lo demás, los rateros hacían su agosto, especialmente dentro de la iglesia, donde el entendimiento de los devotos se hallaba tan abstraído de los bienes terrenales. No menos de cuarenta individuos fueron sorprendidos in fraganti en lo más culminante de la fiesta. La gente prudente llevaba su dinero en los zapatos, razón por la cual, según me dijo un vendedor de velas, el dinero de los pobres es tan sucio.

Cuando salí del cementerio y entré en la plaza, presencié un espectáculo del todo diverso: la feria. Era casi imposible abrirse paso entre la estupenda masa activamente ocupada en comprar y vender. La más atractiva de las mercancías exhibidas eran los rebozos, colgados sobre cuerdas, formando hileras. En los puestos se ofrecían dulces de Colima, trastos de barro, velas de cera, géneros de algodón, etc. Algunas mujeres vendían comida. Sin embargo, los que mejor negocio hacían eran los jugadores y los cantineros. Como la mitad de los puestos servían para estos

dos objetos, y á su rededor pululaban los parroquianos, como las abejas en torno de la miel. En la mayor parte de las barracas cantaban al son de la guitarra, y al frente de las más opulentas atraían la atención parejas de bailadores profesionales, ejecutando el nacional jarabe con admirable agilidad.

Forasteros, traficantes, jugadores, licoristas, todos, en suma, van invariablemente á la iglesia á bailarle á la imagen antes de emprender sus negocios en la plaza. Ni las numerosas mujerzuelas, que son las primeras en llegar y las últimas en irse, pierden la oportunidad de salvar su alma bailando frente al Señor de los Milagros. La gente del lugar, por su parte, no rinde homenaje al portentoso Cristo, sino hasta que se ha ido la multitud de gente extraña, pues tienen mucho que hacer para vigilar sus propiedades ó las que les confían los forasteros.

Por interesante que fuese aquella febril pulsación de vida, pronto me sentí fatigado por los excesos de aquella orgía, que continuó sin interrupción varios días con sus noches, de la que no había medio de escapar. Ni en mi cuarto hallaba reposo, pues muy poco me protegía el deteriorado techo, de los ebrios reboceros que ocupaban el desván, quienes me tenían de continuo en un lecho que no era ciertamente de rosas.

Supe después que varios sacerdotes y obispos de la diócesi se han esforzado en acabar con el exagerado culto, pero han tropezado con la inquebrantable resolución del pueblo. Todos declaran unánimemente que la imagen "quiere ver bailar," y esta peculiar idea de los indios ha sido aceptada aun por mexicanos, al parecer inteligentes, que consideraría uno incapaces de semejante absurdo. Centenares de ellos se ponen á bailar en la iglesia, dando pruebas con ello de la influencia que puede tener una raza conquistada sobre sus conquistadores.

Se cuenta que un sacerdote tomó la resolución de poner

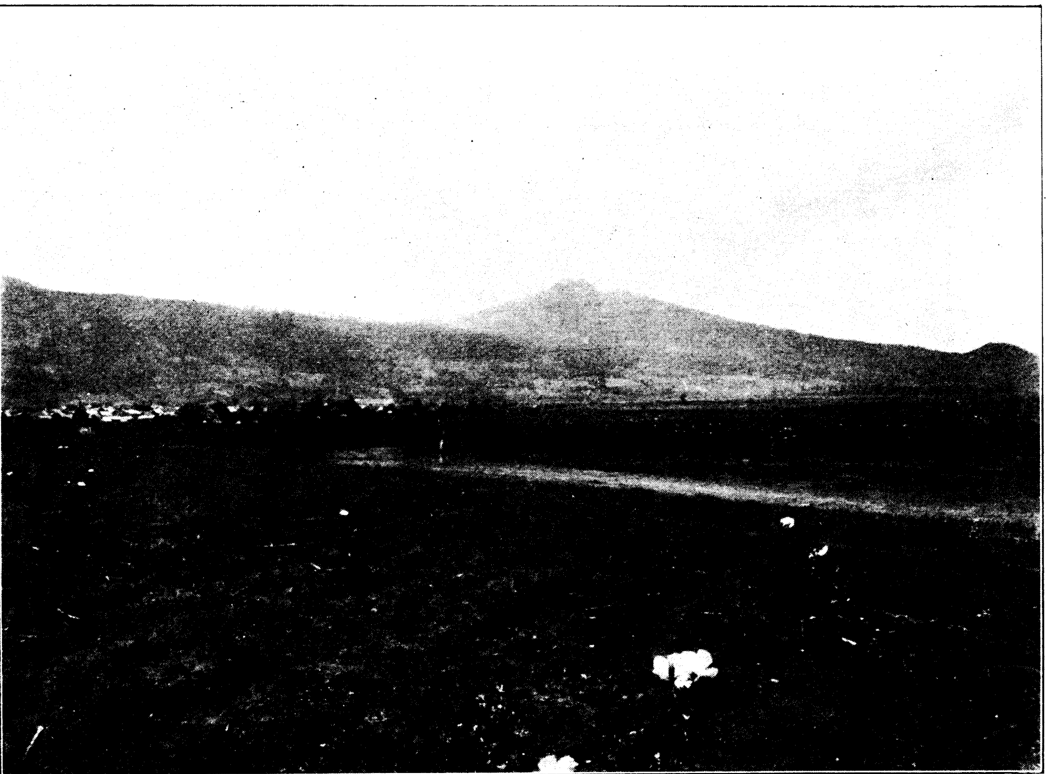
fin á esa adoración pagana, y al acudir la gente á la iglesia, encontró sus puertas cerradas. Pero aun no amanecía, cuando el sacristán fue á despertar al padre con la noticia de que, á pesar de todo, el baile se estaba ejecutando. Ambos se dirigieron á la iglesia, donde quedaron en el límite de la consternación al ver centenares de luces en movimiento, en medio de la polvareda de siempre y el ruido de lo pies, pero sin advertir ninguna gente. Asustado el cura, mandó que al punto se abriese el templo como de costumbre, y desde entonces ningún otro sacerdote ha tratado de evitar la fiesta ni sucederá esto nunca en opinión de los naturales.

CAPÍTULO XXIII

PARACHO—TALENTO MUSICAL DE LOS TARASCOS—LEYENDA TARASCA—CHERÁN—ESCASA INFLUENCIA DE LOS BLANCOS—EL PRESIDENTE—LO QUE PUDE OBTENER—UN CURA VALIENTE—VISITA Á UNA YÁCATA—EXCAVACIONES—JUNTO AL PELIGRO—UN AMIGO NECESITADO—EL INTERIOR DE UNA YÁCATA—COLEADERO—REGRESO Á ZACAPU.

EL 18 de setiembre me despedí de los benévolos habitantes de Parangaricutiro y el mismo día llegué á Paracho. Este nombre, formado de la palabra tarasca *parani* (envolver), significa calzones, y probablemente se deriva de los que usualmente se ponen los habitantes. Al principio de nuestra jornada nos fue muy difícil avanzar por aquel camino, pues desde el plan de Tierra Caliente, el suelo, formado de arena y barro, se había puesto por la abundancia de las lluvias en extremo resbaladizo, pero la superficie se vuelve á secar en pocas horas.

Paracho se halla en el corazón de la región tarasca, pero habiéndose mezclado mucho sus naturales con los blancos, se encuentran mucho más civilizados que los de Parangaricutiro y han perdido casi por completo sus antiguas costumbres. Existe el suficiente comercio para que se haya constituído á dicho lugar en capital de la Sierra, bien que por su exterior no llama la atención del visitante. Su situación en una llanura expuesta á los crudos vientos de las montañas es desfavorable, pero sus alrededores son deliciosos como en toda la Sierra. Tiéndese casi al pie del alto cerro de Cuitzeo, llamado en tarasco Tarestzuruan, "Cerro de los Antiguos" (tarés), y hay otras eminencias



Paracho, con el cerro de Tarestzuruan en el fondo.

UNIV. OF MICH.

cubiertas de pinos rodeando el paisaje, cuyos nombres recuerdan la historia antigua de los tarascos.

Dícese que los indios de Paracho llegaron originariamente de Zamora, de donde fueron arrojados durante la conquista de Michoacán por Nuño de Guzmán. Llamáronlos *tecos*, palabra que, según mi informante, significa *uñas de los dedos* (tæki), aludiendo al hecho de que tenían las uñas pintadas de añil, porque su principal industria era la tintorería. Si mi informante estuvo en lo justo, hay todavía en Zamora un barrio nombrado Teco, cuyos habitantes tienen actualmente uñas azules debido á que son tintoreros de añil.

La primer parte donde los inmigrantes se pudieron detener fue en el Mal País (así designado por lo volcánico del terreno), á tres leguas de Paracho; pero después se establecieron en la presente ciudad. Paracho es triste y sus calles parecen desiertas. La gente anda con negligencia, hablándose en voz baja y sin energía para oponer la menor objeción á nada; pero, como todos los tarascos, es inteligente é industriosa. Lo que particularmente fabrican son hermosos rebozos azules con bordados de seda figurando pájaros y animales. El costo de algunos de ellos pasa de treinta pesos. La ciudad es igualmente famosa por sus artísticas fajas, así como por sus guitarras, algunas de las cuales, verdaderos y bonitos juguetes, sólo tienen algunas pulgadas. Todos son ahí músicos y tienen su guitarra, como en Italia. No hay, en efecto, en el Estado de Michoacán quien rivalice con los indios de Paracho en este punto. El director de orquesta, tarasco de pura sangre y oscura piel, es un compositor de mérito nada escaso. Toca, según las propias palabras del cura, cualquier instrumento que se le dé. Aun en los más pequeños pueblos tarascos encuentra uno por lo menos dos bandas, una de música de viento y otra de instrumentos de cuerda, y ambas tocan bien. En todas las fiestas, casamientos y

entierros, se acostumbra contratar á todos los músicos disponibles. La música tarasca es característicamente triste y quejosa. Para aquella gente no existen los aires alegres, y ante un scherzo ó un rondó permanecerían del todo indiferentes. Me refirió Don Eduardo Ruiz que las mujeres de edad son quienes componen tanto las piezas religiosas como las eróticas de la tribu.



El director de orquesta de Paracho.

Á menudo he podido observar que en toda la República Mexicana no parece haber nadie, indígena, español ni meztizo, que carezca de la percepción musical. En donde quiera ve uno los domingos, y aun una ó dos veces en el curso de la semana, gente bien vestida codeándose con los pobres harapientos, unos y otros reunidos en la plaza para deleitarse con el arte de Orfeo. Esta devoción por la música imprime en México al carácter general de las masas cierta gentileza y refinamiento de modales que las distingue favorablemente de la plebe de las grandes ciudades del norte. Hay muchos indios capaces de componer música que cautivaría á cualquier auditorio de personas civilizadas, y el número de composiciones musicales que anualmente producen los mexicanos es mucho mayor de lo que se puede suponer. ¿Quién de los que visitaron la Exposición de Chicago no recuerda con gusto la ejecución musical de la banda mexicana?

El agua es escasa y á menudo salobre en la Sierra. Segun la tradición, las mujeres de Paracho iban antiguamente por ella á distancia de seis millas. Entonces como ahora, acostumbraban las Rebecas ir en grupos, para abreviarse el camino, charlando en su sonora lengua; pero hoy

tienen cerca de la ciudad un pozo cuya poética leyenda me refirió el cura del modo siguiente:

Había una joven llamada Tzitzic (flor), que era sacerdotiza del Sol. Como era muy hermosa, causaba grande admiración á los mozos. Á veces que iba sola por agua, se reunía con su novio, y tanto se entretenían, que á su regreso la regañaban sus padres porque volvía tan tarde. Á pesar de todo, los enamorados continuaban juntándose, y tanto se olvidaron del tiempo cierta ocasión, que le hubiera sido imposible á la muchacha llegar hasta la fuente. Llena de angustia se puso á invocar al Padre Sol, suplicándole que le concediera encontrar agua cerca para no incurrir en la cólera de sus padres. Estando en ello, vio salir un pajarito de entre el zacate, sacudiendo las alas como si acabara de bañarse y arrojando gotas de agua; comprendió al punto que el Padre Sol le había otorgado lo que le pedía, haciéndola encontrar una fuente, y rebosante de alegría llenó su *lirímacua* y se encaminó á todo prisa á su casa.

Sus padres quedaron sorprendidos al verla tan pronto de vuelta y supusieron que el novio le habría ayudado con el cántaro; pero ella les dijo que no había tal, sino que en el mismo camino por donde hacía muchos años iban las mujeres por agua, había encontrado una nueva fuente. Todas las personas principales acudieron á oír el maravilloso relato y fueron á visitar el manantial donde abrieron un pozo de doce varas de hondo, que hasta el día constituye para la ciudad su principal depósito de agua. Hállase situado al este de Paracho, á menos de una milla del centro, y los habitantes lo llaman Queritziaro (*quer*=grande; *itzi*=agua; *aro*=donde hay); en otras palabras: "La gran fuente."

Si la joven tarasca hubiera sabido la historia de Josué, hubiérale también pedido al sol que se parara. Pero ¿quién de ambos invocó su divina ayuda con más noble

propósito, el guerrero que quería vengarse de su enemigo, ó la doncella que sólo trataba de conciliar su amor con su deber filial?

La ciudad de Cherán (*cheri*=arenal) con sus curiosas casitas de madera, se halla pintorescamente situada sobre una alta pendiente en medio de las montañas. Aunque



Calle de Cherán.

el clima es mucho menos húmedo y más benigno que en Paracho, pueden desarrollarse intermitentes en las personas que no se atienden pronto un resfrío. No es grande la distancia entre Cherán y Paracho, pero se advierte entre ambos lugares tanta diferencia, en todos respectos, como si estuviesen separados por centenares de millas. De los 8,000 habitantes de Cherán, sólo unos cuarenta serán mexicanos y han tenido que aprender la lengua de los indios,

de tal suerte que no se oye hablar español en las calles. Un mexicano que visitó una vez la ciudad, decía que le había sucedido como si se encontrara en una población inglesa, por lo ininteligible que le era la lengua.

Las mujeres todavía usan su traje nacional. La enagua pesa unas veinticinco ó treinta libras y consiste en una larga tira de tela negra que se envuelven al rededor, reteniéndola por la cintura con una faja artísticamente tejida. El material favorito para los collares es allí, como en todos los pueblos tarascos, el coral. El bello sexo es muy vergonzoso y cuando una muchacha ve en la calle á algún extraño, entra al punto en su casa.

La gente, especialmente las mujeres, es muy trabajadora. No se encuentran mendigos. Todos tienen lo suficiente para comer y tiempo de que disponer, pues han conservado la posesión de sus tierras. Algunos siembran mucho maíz y acumulan dinero, pero no piensan en las comodidades de la vida civilizada. No abrigan absolutamente ambición de ser otra cosa más que indios. Cuando allí estuve, el hombre más rico del lugar, que era indio puro, poseía como $100,000. Levantaba cosechas anuales por valor de $2,000, en tanto que sus gastos escasamente excederían de ciento cincuenta á doscientos pesos. Era el alcalde, aunque no sabía leer; su media docena de hijos habían estado en la escuela y le ayudaban en sus negocios.

Como en todas las comunidades donde vive la gente aferrada á sus viejas costumbres, los extranjeros son allí mal queridos. Por mi carta de presentación para el presidente municipal, me esperaba que me alojaría en su casa moderna y un tanto pretensiosa, atendiendo á que el mesón de Cherán era muy miserable; pero no tenía cuarto que ofrecerme porque estaba haciendo reformas en las habitaciones. Puso á mi disposición una troje suya que llamaban pomposamente, el mesón de Don Sebastián. No habiendo nada mejor, me instalé en el típico alojamiento

tarasco, donde no había más luz que la que entraba por la puerta. En el desván del cuarto había algunos criados desgranando maíz, y los olotes que continuamente estaban cayendo eran roídos ávidamente por los ratones que no cesaban de correr por el suelo. En un ángulo del cuarto estaba alojado el nuevo secretario del amo, y en la troje de enfrente vivía una vieja que debía hacerme de comer.

La siguiente mañana, estando Don Sebastián correspondiéndome mi amistosa visita, se presentó un grupo de indios con un asunto urgente. Fácil me fue ver que algo los tenía exitados, y en efecto, según Don Sebastián me contó, la noche anterior se había quedado dormido, en el alto mirador donde ponen los tarascos á los encargados de cuidar las siembras, uno de dichos vigilantes, y al "primer canto del gallo," esto es, al amanecer, se había caído ocasionándose la muerte. Con tal motivo, iban el hermano y la viuda del desgraciado hombre á pedir permiso al alcalde para el entierro.

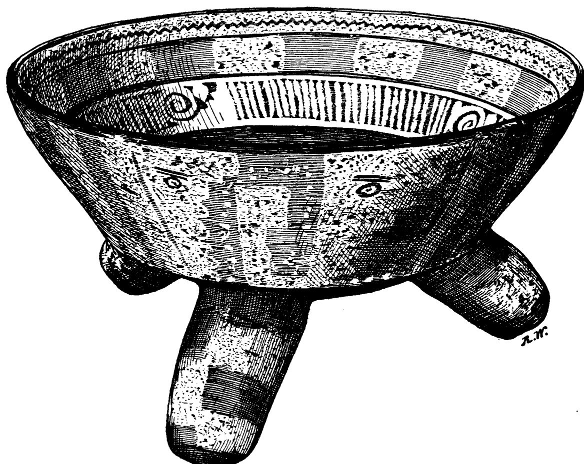
Todos aquellos años había estado viajando por México en busca de esa oportunidad, que al fin se me presentaba como por sí misma. Algunos sabios de los Estados Unidos, amigos míos, me habían recomendado con encarecimiento que les consiguiese el cuerpo de un indio, y aun uno me había provisto de los medios convenientes para conservar bien el cadáver; pues el examen científico de éste daría sin duda á conocer muchos hechos interesantes respecto á la estructura del cuerpo humano. Aunque bien sabido me era lo poco que se logra de los indios con la festinación, considerando el caso de urgencia supliqué á Don Sebastián, que indujese á los deudos del muerto á facilitármelo mediante una buena recompensa; pero ellos se rebelaron ante semejante idea, especialmente la viuda que exclamaba con firmeza: "¡Nombe, nombe!" (No, no!).

Viendo que nada se obtendría por medios directos, me apresuré á ver al cura, á quien presenté las cartas de intro-

ducción que para él llevaba. Era hombre de espíritu amplio y muy inteligente, de suerte que cuando le expuse mi pretensión, no vio en ella nada indebido y me prometió poner cuanto estuviera de su parte en mi favor. Con esto creí ganada mi partida, y volviendo al mesón, persuadí al presidente á que ensillara su caballo para acompañarme á casa de los dolientes, pero fácil me fue advertir en el camino que se había olvidado de armarse de valor, pues cuando desmontamos frente á la casa, dijo en español á uno de los indios que estaban fuera: "Este señor quiere comprarles al muerto; pero creo que ustedes no lo quieren vender ¿verdad?" con lo que me descubría su actitud desfavorable á mi proyecto. Si el alcalde hubiera sido tan ilustrado y animoso como el cura, mucho se hubiera ganado ese día para la ciencia.

Sin perder todavía la esperanza, me abrí paso entre el numeroso concurso de estólidos y obstinados indios allí reunidos, y entré en la casa para ver el cadáver que encontré tendido en medio de la pieza y rodeado de velas encendidas, á la usanza católica. Era un magnífico ejemplar de su raza; pero ni el dinero ni argumento ninguno me valieron un ápice. Molesto por tan inquebrantable resistencia, hubo momento que pensé telefonear á las autoridades pidiéndoles que expidiesen una orden perentoria á fin de que me entregasen el cuerpo; mas acaso fue mejor no haber extremado las cosas, pues, aunque por entonces no lo sabía, aquellos tarascos de la Sierra, una vez encolerizados, muy capaces hubieran sido de convertirme, á mí ó á cualquiera otro extranjero testarudo, en cadáver. Aun así, tanto los predispuso en mi contra el incidente, que todo lo que duró mi permanencia entre ellos tuve que hacer frente á una continua oposición y hasta llegaron á amenazarme con daño corporal. Mi empeño, sin embargo, no cedía al suyo, y ya que había fracazado en la adquisición del cuerpo, necesitaba conseguir, cuando menos, algunos cráneos de la

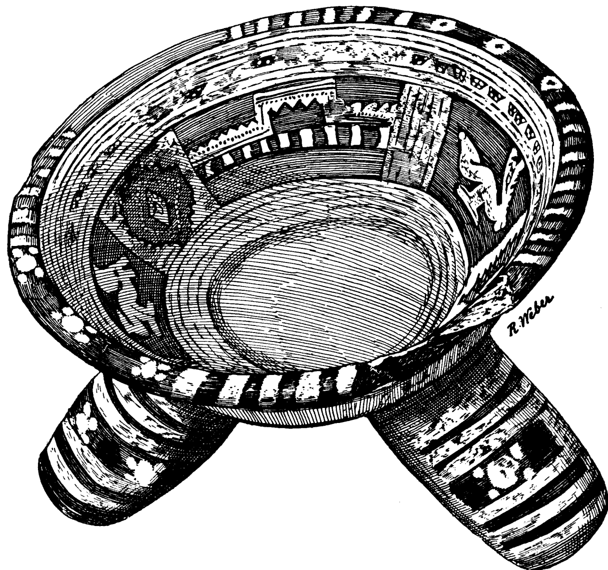
época presente. Á los pocos días, pedí permiso al alcalde y al cura para practicar excavaciones en el cementerio, y tan complaciente fue el último, que me ofreció los servicios de su criado á fin de que me ayudase á desenterrar á un indio que, á la edad de cien años, había muerto hacía nueve; tarasco legítimo, miembro de una de las más viejas familias y de tal vigor físico, que, según al sacerdote mismo le constaba, ya viejo le estaba volviendo á crecer el pelo, apenas cano, y era muy ligeramente calvo de la frente.



Vasija antigua de barro cocido, de Cherán. Colores principales: rojo y blanco. Diámetro, 21.5 cm.

Mientras el cura iniciaba las excavaciones prometiendo recoger cualquier cráneo que llegara á encontrarse durante el día, me fui, con el ánimo sosegado, en compañía de Don Sebastián y su mujer, y llevándome cuatro peones, á ver la conocida yácata cercana. Estaba situada sobre la falda del Cherán, próxima al pie del cerro, construída de piedras y cubierta de tierra. Como cien varas al sur, había una sementera que se extendía sobre el antiguo pueblo de Cherán, cuya fuente, según la tradición, había sido tapada por los antiguos. Sobre la misma falda, pocos pasos arriba de la yácata, llegamos á uno, y luego á otro pequeño terra-

plén, ambos cubiertos de pinos, y de una área cuadrada como de veinte varas por lado. En el segundo terraplén había cuatro montículos, uno en cada esquina, y ascendía de allí mismo una doble trinchera como unas cincuenta varas arriba de la falda. Dicha pared tenía evidentemente alguna relación con la yácata. Poco tiempo antes, al abrir un camino para la cumbre de la montaña, se había exhumado un esqueleto treinta varas al sur de las pequeñas terrazas, y cavando en



Vasija antigua de barro cocido, de Cherán. Colores principales: rojo y blanco. Diámetro, 17.3 cm.

el mismo sitio encontré dos vasijas de barro, con tres pies, hermosamente pintadas.

Volví por la tarde muy satisfecho del resultado de la jornada y esperando que también el cura habría tenido buena suerte; pero presto supe que sus bondades para conmigo habían puesto al buen hombre en aprietos, y que yo estaba causando en Cherán el gran escándalo del siglo. Algunos individuos hostiles al sacerdote, juntamente con el hijo del muerto que se trataba de desenterrar, habían

amenazado con hacer arrestar al cura si en el acto no se suspendían las excavaciones. No obstante, pues, la noble y generosa oferta del último, de solicitar la posible protección de los *rurales* ó policía federal mexicana, desistí de la empresa, considerándolo como lo más prudente.

Todo esto contribuyó á hacerme más sospechoso para los naturales, que jamás habían conocido en ningún hombre conducta como la mía. Pronto se difundió en la ciudad el miedo que me tenían y cundió el rumor de que mataba á la gente, especialmente á las mujeres, para apoderarme de sus cabezas. Cada vez que me presentaba en la calle me dirigían las indias miradas de receloso encono, y huían á toda prisa tapándose la cara. Cierta vez, una que iba cargando un cántaro de agua lo dejó caer en la precipitación de su fuga. Los hombres, tomando las cosas con más calma, se congregaron en pequeños grupos y resolvieron que si algo sucedía á las mujeres, me alojarían una bala en el cuerpo.

Mucho, sin embargo, me faltaba que hacer allí, para dar á los indios el gusto de verme salir de la ciudad. Necesitaba excavar la yácata que había visto en la falda del cerro y recoger algunos de los ídolos de piedra que abundaban sobre las cimas, de suerte que me detuve como quince días más, á despecho de la enemistad que me rodeaba por el delito de haberme manifestado impaciente con los indígenas. Considerábanme la causa de todo lo malo que ocurría, como granizadas, fuertes aguaceros, abortos, etc. El jefe de la policía de un pueblo próximo declaró á Don Sebastián esto: " El Anticristo está en Cherán. No debemos venderle nada, y necesitamos cuidar mucho la puerta de la iglesia para que no entre en ella." Pocas semanas antes de mi llegada, hubo un embustero que viera á un hombre de un solo ojo cortándoles la cabeza á los indios, y pensábase ahora que era yo el misterioso personaje. Las madres les impedían á sus hijos que lloraran con sólo mencionarles mi nombre;

un borracho logró que le perdonase su mujer amenazándola con que se entregaría á mí, y no faltaron necios que preguntasen al cura si no sería mi propósito, al comprar tantas cosas, llevarme el pueblo entero.

Fotografiarse era consentir en una muerta segura; ni el cura mismo consiguió que se resignaran á ello otros que sus criados tarascos, cuyas fotografías tuve que tomar dentro del curato. Sin embargo, desde una ventana de su casa, logré recoger las de algunas mujeres cuando iban á la fuente, y me acompañó para subir á un cordón, desde donde pude tomar la vista de Cherán y del hermoso valle. Prestóme otro servicio mucho mayor aquel bondadoso sacerdote, dictándome las etimologías de los pueblos tarascos, pues hablaba dicha lengua tan bien como los indios, y era persona de buenas dotes. Tan grande amistad hicimos, que me expresó una vez sentimiento de que yo no perteneciera á su credo, diciéndome: "Usted debería ser de los nuestros, pues nuestra iglesia es la que da mejores garantías."

Varios años, en cumplimiento de su deber, había estado luchando contra la persistencia de ciertas costumbres de la población, logrando abolir algunas, tales como las exageradas fiestas á los santos, que no ocasionan sino la degradación de los indios en la senda de la civilización. Pimentel observa con razón que, bajo el pretexto de adorar á las imágenes de la iglesia católica, no hacen los indígenas en realidad más que reverenciar á sus antiguos ídolos. Se celebraban anualmente sobre veinte de dichas fiestas, cada una de las cuales duraba ocho días ó más, y como las tenían que pagar los guardianes de los santos, no sólo había muchos que se arruinaban, sino que recurrían al hurto y al robo para allegarse fondos. Un hombre de buenos recursos que había tenido á San Francisco á su cargo durante un año, se vio en la necesidad de vender su casa y cien ovejas, que era todo lo que poseía, para servir á Dios, según sus propias palabras, quedando en la miseria. Acompañaba á las

fiestas una embriaguez sin medida, pues sin aguardiente no las consideran buenas los indios, que nunca dan cumplimiento á las órdenes de Dios sin emborracharse. Para reprimir este mal, tuvo el cura que recurrir á medidas radicales, como fue abolir el cargo de guardián de los santos, y aun recoger las imágenes y "encarcelarlas," según decía él á los naturales, para que la gente no tuviese á quien festejar.

Prohibió asímismo la costumbre de robarse á las muchachas para casarse con ellas, y suprimió la fiesta de los elotes así como el hábito de bailar todo la noche para velar á "un ángel." Abolió finalmente las ceremonias relacionadas con el periódico techamiento de la iglesia; el que los individuos encargados de ésta permaneciesen en el bosque por varias semanas, con sus familias y parientes, haciendo tejamaniles; las fervientes oraciones matutinas, y la música y baile nocturnos.

El vivo interés del cura y mi propio empeño me sirvieron no sólo directa, sino aun indirectamente. Don Sebastián, para no ser menos que el sacerdote, invitó á varios de sus más adictos conocidos á su casa para que yo los retratase. Una vieja, á quien fue preciso asegurar solemnemente que no la degollarían, todavía protestó con violencia y se puso muy enojada cuando la cogí por el brazo para ponerla derecha. El rico alcalde comenzó también á mostrárseme mejor dispuesto. Había ido una vez á México "para ver como era" y había visitado otros lugares distantes, con lo que se le había ensanchado el entendimiento. Por otra parte, su graciosa hija, la belleza del pueblo, se había enamorado de mi criado Ángel, que no cesaba de visitar su tendajoncito. Sin duda había hablado bien acerca de mí, y la familia comenzó á mirarme favorablemente. Á ellos debí, por último, conseguir los hombres que necesitaba para las excavaciones.

Cuando abrí al fin la yácata, encontré en su interior una

masa de guijarros, detenida por la base con un tabique de lajas, como de pie y medio de gruesas. Corté éste; mas para seccionar el montón de parte á parte, se hubiera necesitado gastar demasiado, por lo que á los seis días di de mano el trabajo. Sólo se habían encontrado dos figuras de piedra, muy toscas, formadas simplemente de largas piedras naturales en que se habían picado, del modo más rudo, las facciones de caras humanas. Las piedras eran muy gruesas, con cuellos y cabezas pequeñas; y se requería buen esfuerzo de imaginación para reconocerles forma de estatuas. Me resisto á creer que hubiese otro cosa en aquel montón de piedras; pero los indios aseguraron que habían oído que sonaban campanas dentro de la yácata como en otras que hay más arriba en el seno del silencioso pinar que cubre los flancos del cerro.

El día de San Francisco había feria en Cherán; llegaron de los alrededores, especialmente de Pátzcuaro, cargamentos de legumbres, sobre todo de chile, y la población se dedicó al jaripeo, que es la diversión favorita de la localidad. Dispónese un corral, colocando gradas al rededor para el público. Cuando sale el toro, lo lazan y derriban para que alguien lo monte. Para detenerse, dispone únicamente el ginete de una cuerda que se sujeta en torno del cuerpo de la fiera, que cuando se levanta, comienza á respingar, tratando de tirar al que carga, quien necesita, para no soltarse, enorme acopio de serenidad y de fuerza. El juego es divertido de ver y mucho más humano que las corridas de toros, aunque bastante peligroso para exitar el interés. Debería sustituír al otro espectáculo.

Ángel, que me había acompañado á la arena, gritó de pronto, presa del mayor entusiasmo, que él también quería jinetear. Tomáronle al punto la palabra, y todos se reían pensando cuán presto é ignominiosamente sería derribado aquel forastero; pero contra lo que se esperaba, montó con osadía, se asió del pretal y esperó con firmeza á que el animal

se levantara. Á pesar de todos los saltos y rápidas vueltas del rabioso toro, se sostuvo en su puesto con gran sorpresa de los burlones y profunda satisfacción de su novia y de la familia de la misma. La muchacha estaba muy enamorada del bien plantado mozo; pero reflexionando éste que era rica, y la gran distancia que había entre Cherán y su propio pueblo, que no quería abandonar por ella, acabó por resol-



Amplificación del fondo de una vasija antigua de terracota. Colores: negro, rojo, y blanco. De Cherán. Diámetro, 15 cm.

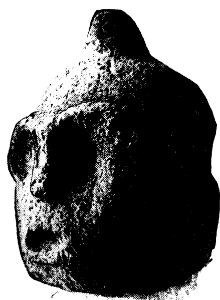
verse á no casarse con la joven. Advertí muy pocos mexicanos en la referida feria.

De las varias excursiones que hice por los campos cercanos, la última fue al norte, al punto más alto de la cumbre, desde donde tomé una hermosa vista de Tangancícuaro. Derívase este nombre de *Tangancecua*, "estaca ó pértiga"; como la localidad es muy húmeda, los habitantes han tratado de mejorar las cosas clavando palos en el suelo. Aun la laguna de Chapala se puede ver desde dicha altura.

En el momento de estar empacando mi cámara, llegó envuelto en su china y armado de su pistola el herrero de Cherán, mexicano con quien había trabado conocimiento. Su presencia me fue satisfactoria, pues sólo me acompañaban Ángel y otros dos indios, y la gente que habíamos encontrado por el camino no parecía verme con buenos ojos.

Había comenzado á llover con fuerza. Mientras estuvimos bajo un árbol para refugiarnos lo mejor posible del aguacero, me estuvo diciendo el herrero que me convendría mucho más ir á Zacapu, donde vería el palacio del rey Caltzontzin y "multitud de muertos." Se habían extraído de allí muchas cosas curiosas. Me refirió casi con elocuencia la historia del lugar, contándome cómo comía en Zacapu el antiguo monarca la comida que le hacían en Tzintzuntzan, á treinta ó cuarenta millas de distancia, y que á todo carrera le llevaban diariamente por un camino subterráneo.

De vuelta en Cherán, consulté al sacerdote acerca de las ventajas arqueológicas de Zacapu, y como me asegurase que el herrero estaba en lo justo, determiné ir á dicho lugar, situado á sólo un día de camino al noreste de Cherán, aunque la dirección fuese opuesta á la que intentaba seguir. Como el herrero mantenía muy buenas relaciones con los indios, lo convencí á que me acompañase por un peso diario. Ángel me encarecía que no saliese de Cherán sin escolta, asegurándome que, como había andado mucho entre la gente, había oído á los naturales hablar muy amenazadoramente acerca de mí, y que aun una noche me había seguido un hombre con la intención de asaltarme, creyendo, como muchos otros, que andaba yo atentando contra la vida de las mujeres; pero comprendiendo por mi parte cuanto se alegraría la población de ver marcharse al aborrecido extranjero,


Cabeza de piedra. De Cherán. Altura, 24.3 cm.

juzgué que el peligro era muy improbable, y resolví salir como de costumbre.

Al ir cruzando mi expedición las torcidas calles de la ciudad, me encontraba por donde quiera con el insólito espectáculo de caras sonrientes, cual si todos comenzasen á respirar con desahogo.

Pronto se apoderó de mí el mismo sentimiento, al atravesar por el adorable paisaje, entre campos de sembradura y colinas revestidas de pinos: cualquier cambio era preferible al miserable cobertizo de Don Sebastián y á las semanas trascurridas en medio de manifestaciones de uraña desconfianza y mala voluntad, sin más compensación que la noble amistad del señor cura.

CAPÍTULO XXIV

NOMBRE DE TRIBU DE LOS TARASCOS—SUS CARACTERES FÍSICOS—ASEO —SALUD—ENFERMEDADES—CONOCIMIENTOS MÉDICOS Y QUIRÚRGICOS—TEMPERAMENTO COLÉRICO—GRANDES ARTESANOS—REBECAS TARASCAS—CEREMONIAS MATRIMONIALES—RIGOR DE LAS SUEGRAS —EL MAL DE OJO.

LOS tarascos nunca se aplican ese nombre, sino el de *purépecha*, palabra cuyo significado es incierto; ni es más claro tampoco el origen de la palabra *tarasco*, "yerno," aunque hay varias tradiciones relativas á él.

Por el color se parecen mucho á las otras tribus indias que visité, pero aprovecho esta oportunidad para consignar que allí, como en dondequiera, observé con sorpresa que á las familias que durante varias generaciones se han mezclado con otras tribus y con los blancos, se les llega á poner la piel mucho más oscura. Muchos de los llamados *mixtos* son varias veces más trigueños que los indios puros, lo que especialmente podía notarse en la congregación de gente que había visto en la fiesta del Cristo de los Milagros.

Aunque muchos tarascos tienen dientes malos é irregulares, poseen, los más, dentaduras magníficas, de piezas pequeñas y perlinas. Tienen los caninos, al parecer, como los incisivos, y los dos dientes frontales de en medio, en la hilera superior, están colocados como los de los huicholes. Según el Dr. N. León, entran los niños en la dentición de los seis á los nueve meses. Pueden andar al año y medio, y hablan á los dos años. La letra l no existe en lengua tarasca.

Las mujeres, para descansar, se encuclillan doblando

una pierna, y los hombres se encogen. Estos se mueven más lentamente que las mujeres, que caminan siempre de prisa, á cortos pasos y, á menudo, volviendo hacia adentro las puntas de los pies. Las mujeres son más limpias que los hombres, que se bañan sólo una vez al año, mientras que ellas lo hacen por lo menos cada dos semanas. Ambos sexos se lavan todos los días, al amanecer, la cara y los pies, al grado de que en Uruapan se tiene para ese objeto una artesa especial. En algunas partes, como por ejemplo en Arantepacua, sólo las mujeres observan esta costumbre, que procede, sin duda, de origen religioso.

La alimentación de los tarascos, aunque disfruten de cierta holgura, es tan frugal como la de los demás indios. Fuera de la Sierra, la pobreza hace muy dura la lucha por la vida. La gente vende la mayor parte del frijol que cosecha, y, como rara vez consiguen carne, viven principalmente de maíz, acompañado de cuando en cuando de yerbas ú hongos cocidos. Provee á la bebida común un arbusto llamado *nurite*, que se da en alturas mayores que la tierra caliente, y de cuyas hojas extraen un te parecido en el sabor al de la China, pero de más saludables efectos. Ayuda á la digestión, calma los nervios y es asímismo muy estimado como emenagogo. Tómase con el desayuno, y como las hojas no pierden sus buenas cualidades, aunque se sequen, pueden usarse en todo tiempo.

Los tarascos, como las demás tribus, gozan de completa salud. Muchos se pasan la vida sin saber lo que es una enfermedad, hasta que mueren de viejos. Sin embargo, el clima de la Sierra produce muchas toses, pneumonías y pleuresías; pero es cosa particular que la enfermedad que más prevalece es la ictericia, sobre todo en Paracho. Ataca á jóvenes y á viejos, durándoles en ocasiones varios años hasta llegar á un fatal resultado. En muchos casos esta enfermedad puede atribuirse á arrebatos de cólera, aunque la mayoría se deben á otras causas,—quizás á la falta de agua



Loza antigua coleccionada en mi trayecto de Iztlán á Arantepacua. Las seis piezas de la izquierda son procedentes de región tarasca. Altura de la vasija mayor, 27 cm.

corriente. Tambiên es muy general entre los tarascos la fiebre tifoidea, que, aunque no muy maligna, por lo común es mortal, porque no saben curarla.

Toda clase de enfermedad es llamada "Tata Mal," y se habla de ella con devoto respeto. Cuando hay cualquiera epidemia, de viruela por ejemplo, salen los indios de sus casas quemando incienso á fin de que la enfermedad llegue de buen humor á la familia; pero si resulta fatal, los deudos de la víctima se indignan contra la peste, dejan de llamarla Tata y apalean los rincones de la casa para desalojarla.

Cuando alguien ha estado padeciendo largo tiempo sin sentir alivio, recurren los tarascos á un procedimiento parecido al de los aztecas de Tuxpan. Presumiendo que el enfermo tiene el cuerpo torcido por haberse echado á cuestas, cuando muchacho, alguna carga demasiado pesada, llevan haces de diez ó doce cuerdas de diversos colores, sujetas con bejucos por varias partes, atan los pies del paciente á unas estacas clavadas en el suelo, y lo golpean de arriba abajo con los mazos de cuerdas. Antiguamente había mujeres especialmente encargadas de "destorcer" á los moribundos.

Con todo, los tarascos tienen algunos conocimientos de yerbas medicinales y de cirujía. Las mujeres de Parangaricutiro aseguran conocer un remedio contra la infecundidad y un cocimiento que produce el aborto. Saben también los indios sangrar y volver á su lugar los huesos dislocados. Curan las fracturas perfectamante bien, aplicando yerba seca y olotes á manera de bendajes y tablillas. En toda la región tarasca, se cura la sífilis provocando con ciertas yerbas un sudor excesivo, en combinación con un sistema dietético de leche, arroz, gallina, papas y atole blanco. El tratamiento dura nueve días, pero la dieta se prolonga otros cuarenta. Hay mujeres que se dedican á

tales curaciones y cobran moderados honorarios por sus servicios. Muy difícil es resolver si este tratamiento es aborigen, pero así lo parece.

Ordinariamente nada gasta una familia en médico ni en remedios para sus enfermos; pero si alguno sucumbe, con-

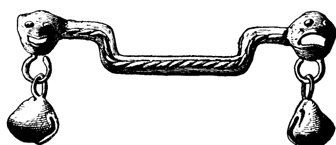


Tarascos de Cherán.

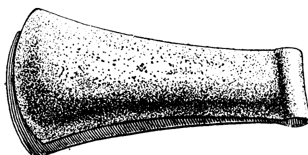
sumen, relativamente hablando, grandes sumas en los funerales. Suelen moler hasta cuatro fanegas de maíz, proveerse de un barril de aguardiente y matar una res. La fiesta se prolonga como tres días, durante los cuales bailan los indios toda la noche y parte del día al lado del cadáver tendido entre cuatro velas. Tócanse violines y guitarras y se cantan canciones en honor del difunto; la familia prosigue

en el mismo cuarto que el muerto, y todos se ponen una gloriosa borrachera. Hasta no haber consumido el último bocado, no se da por concluída la fiesta. En tales ocasiones, demuestra la gente la fuerza de sus estómagos, pues su inmoderado comer no parece influír en su constitución tanto como el aguardiente de los blancos.

En su estado primitivo, los tarascos son valerosos y rectos. Cuando los ladrones mexicanos hacían de las suyas en la Sierra, matábanlos sin piedad al punto como los cogían. Aun las mujeres pelean, valiéndose de la mano del metate como arma. En cambio, los tarascos civilizados pronto adquieren los malos hábitos de los blancos, y no hace muchos años encontrábanse muchas bandas de ladrones indios fuera



Antiguo adorno de cobre tarasco. De Santa Fe de la Laguna. Longitud, 5.5 cm.



Antiguas pinzas de bronce tarascas. De Santa Fe de la Laguna. Longitud, 7.8 cm.

de la Sierra. En el pueblo de Azaco, quince millas al este de Cherán, era tan ladrona la gente que, según decires, sólo Santiago, el santo patrono del lugar, no robaba, pero prestaba su caballo á los bandidos. Cuando mataban ganado ajeno, llevaban los corazones al santo para colgárselos al cuello. En Cocucho (*jarro de barro*), otra guarida de ladrones como á quince millas al oeste de Cherán, la gente adoraba, hasta hace poco, al diablo. Representábanlo con un armadillo armado de uñas y cuernos; llamábanlo "el Santo Cocucho," y le sacrificaban sus adoradores parte de su botín. Tan arraigada estaba la creencia en su poder, que una vez que había revolución, lo secuestraron los mexicanos para que les ayudara contra sus enemigos. Tuviéronlo guardado en un lugar oculto, y una vez al año lo sacaban de

noche en procesión, con antorchas encendidas, hasta que hubo de caer en manos de un sacerdote que lo quemó, dando de esa manera término á aquella idolatría.

Al observador casual, pueden parecer los tarascos fríos y estoicos, como la mayor parte de los indios; pero en realidad son de temperamento mucho más colérico, pues fácilmente se ofenden y montan en ira en un instante. Los adultos, por



Tarascos de Pátzcuaro.

supuesto, manifiestan su irritación menos que los muchachos, que más de una ocasión me dejaron atónito con los repentinos estallidos de su furia que fuera imposible reprimir. Las madres se entregan también á tal arrebato y alzan la voz á su más alto diapasón, sin que lleguen, no obstante, á pegarles nunca á sus hijos ni que les dure la exitación más allá de algunos minutos. Los hombres únicamente pelean cuando están ebrios, sirviéndose para ello en ocasiones de

unas varas de encino semejantes á las que usan como bastones cuando viajan. El suicidio es desconocido. Los niños muestran cariño á sus padres, y con los de su raza se manifiestan los indios tan bondadosos y hospitalarios como reservados y suspicaces con los demás.

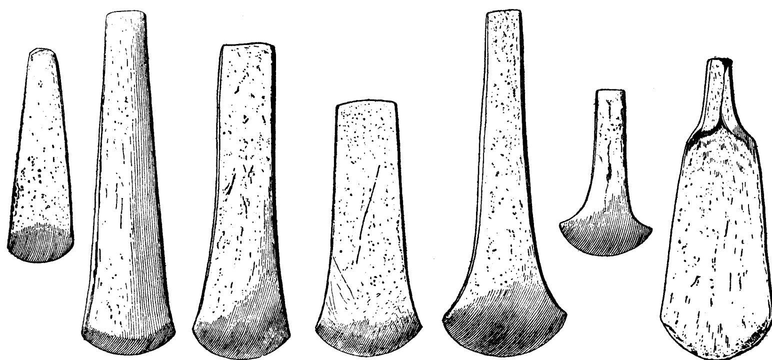
Ante los extraños, el tarasco es cortés y se levanta siempre el sombrero; pero nunca se muestra servil. Por el contrario, cuando tiene algún cargo público, siente la importancia de su papel y adopta una actitud altiva. Como soldados, piden los tarascos mayor remuneración que los demás indios. Muchos abogados, escritores y sacerdotes distinguidos han sido tarascos de pura sangre. Los individuos de la tribu poseen por naturaleza el don de la elocuencia, especialmente las mujeres, quienes en presencia de la justicia alegan mejor y presentan más sólidos argumentos que los hombres mismos. Las siguientes anécdotas darán idea de la fuerza de su razonamiento:

Un sacerdote que estaba confesando á un indio, le preguntó: "¿Crees que Nuestro Señor Jesucristo vendrá á juzgar al mundo?" El indio repuso: "Sí creo, padrecito; pero ya verá usté como nunca viene." Sorprendido el confesor, exclamó: "Pero ¿por qué, hijo?" "Porque no le fue nada bien la primera vez que vino." Otra ocasión, decía el confesor: "Todo lo que Dios ha hecho es perfecto;" á lo que respondió un indio: "Menos los bules," refiriéndose á que los calabazos necesitaban ser partidos por la mitad para formar las jícaras.

Según Beaumont, el antiguo cronista de Michoacán, los tarascos eran los indios mejor parecidos de todos. No sólo eran valientes y hábiles en el manejo del arco, sino muy industriosos y sobresalientes en las artes manuales. Hacían multitud de objetos de obsidiana y construían flautas que podían imitar el trino de los pájaros, el rugido del tigre y el silbido de la serpiente.

Los antiguos tarascos hacían papel con el líber de la

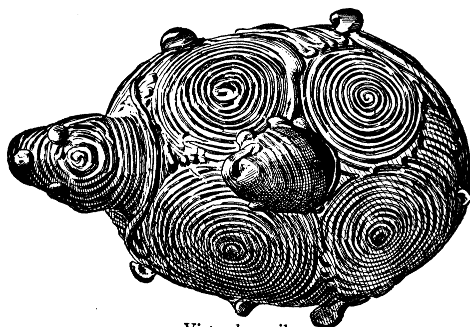
higuera llamada *ciranda.* Para curtir pieles, hacer tejidos de varios colores y elaborar "mosaicos de pluma," eran mucho más hábiles que los aztecas, no obstante que en su conjunto estaban menos avanzados en la cultura general. Las pinturas que empleaban para teñir sus materias textiles eran firmes. Distinguíanse sobremanera en la fundición de metales, pues hacían hachas, coas, lesnas, tenazas y muchos otros utensilios y adornos de cobre. En Jilotlán fue donde conseguí las primeras hachas de cobre, y antes de salir de la región tarasca di con muy considerable número



Antiguas hachas y coas de cobre de los tarascos. Longitud de la mayor, 23.7 cm.; de la más corta, 10.7 cm.

de objetos de cobre, hallados accidentalmente ó al estar exhumando esqueletos. Los más interesantes fueron tres cascabeles notablemente fabricados en forma de tortuga, cada uno con una bolita dentro. Dichos cascabeles, los más notables que se han encontrado en México, eran filigranas de alambre soldado, verdaderas obras de arte. Fueron hechos á la manera frecuentemente empleada por los indios americanos en las piezas de barro, conforme al sistema de la cuerda adujada. El finado Frank Hamilton Cushing me refirió que había encontrado sonajas de terracota, hechas por este método. Las tortugas de que hablo están provistas, por abajo, de una argollita para colgárselas, probablemente, de las piernas.

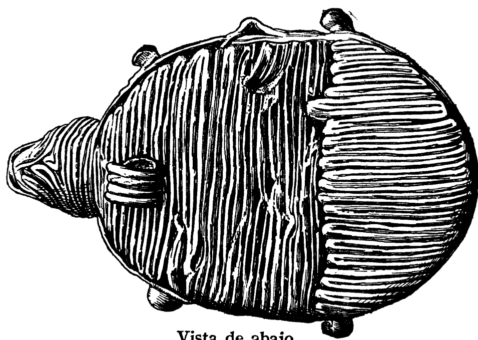
Dijéronme que los tarascos de cerca de Santa Catarina conocen todavía el antiguo procedimiento de templar el cobre para darle la dureza del acero. Se asegura que lo obtienen por medio de una yerba, rumor que no tiene quizás mayor fundamento que lo que se cuenta de la yerba usada para trabajar el oro puro. El padre de mi informante ofreció una vez á un indio, que le daría cuatro vacas si le revelaba su método de templar el cobre; pero el tarasco le contestó que su abuelo le había enseñado ese arte, á condición de que nunca comunicara el secreto á ningún extraño, porque lo castigaría Dios. Esto sucedió en 1860, y el indio tenía entonces ochenta años de edad. De todos modos, los tarascos son todavía bastante hábiles en el trabajo del cobre, aunque parece que se ha perdido la diferencia entre el arte y el oficio mecánico, como ha pasado en la cerámica y



Vista de arriba.



Vista de costado.



Vista de abajo.

Sonaja antigua en forma de tortuga, con una tortuguita sobre la espalda. De Naranja, cerca de Zacapu. Longitud, 9.4 cm.

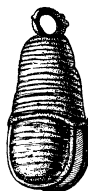
otros muchos conocimientos antiguos. Las antiguas piezas de alfarería tarascas tienen cierta ligera semejanza con las peruanas.

La tendencia característica á los trabajos manuales sobrevive aún en las varias industrias que practica actualmente la tribu. Es particularidad notable el monopolio que ejercen las diversas comunidades en determinadas manufacturas, circunstancia debida quizás, en cierto modo, al obispo Vasco de Quiroga, á quien se refieren muchas innovaciones prácticas en su esfuerzo por llevar á cabo la conversión de los tarascos. Parangaricutiro, por ejemplo, es el centro de los ponchos, como Paracho el cuartel general de los rebozos y guitarras. En Uruapan hay una industria absolutamente característica de la ciudad: la producción de lacas. La distribución del trabajo se extiende hasta constituír especialidad de otro lugar, el lacado de platos y bateas. Hay ciudad que se ocupa en labrar las canoas que se usan en el lago de Pátzcuaro, mientras otra provee los remos ó canaletes para aquéllas. Las mujeres tarascas atienden tanto á las labores é industrias domésticas, que para nada intervienen en las tareas agrícolas.

Difícil es descubrir rastros de la antigua forma de gobierno, pero he sabido que en algunos pueblos existen todavía casas concejiles donde hay ciertos guardianes, llamados *petapes*, encargados de impedir la entrada á cuantos no sepan dar el santo; y cuando llega á permitirse á cualquier extraño que éntre, pónese el hecho en conocimiento de la asamblea para que ningún asunto de importancia se trate, mientras no se haya retirado el intruso. Se dice que preside las juntas un fiscal ó mayordomo que tiene, entre sus deberes, el de distribuír mezcal á todos los asistentes. Por lo que toca al régimen actual, los naturales no quieren del todo bien á los mexicanos; pues dicen que "lo que antiguamente era malo, no puede ser bueno ahora." Los tarascos creen firmemente que vendrá día en que volveran á ser dueños de su tierra.

Estos indios se casan jóvenes. El individuo á quien le salen barbas sin haberse casado, aunque sólo cuente veinte años, tiene generalmente que conformarse con una viuda, por suponer las muchachas que alguna razón habría para que no se casara cuando era tiempo. Las mujeres que dan á luz pierden pronto su aspecto juvenil. Rara vez tienen más de cinco ó seis hijos, y cargan á sus criaturas sujetándoselas á la espalda con el rebozo.

Los cortejos se llevan á efecto en la fuente á donde van las muchachas por agua, ó en el camino para la fuente. En Cherán observé que los muchachos salían á docenas, por las tardes temprano, para ir á reunirse con sus novias en sus expediciones acuáticas. El pretendiente de una joven comienza por pedirle agua, y ella le da su cántaro para que beba. Muchos procuran hacerse agradables llenando galantemente las vasijas de las muchachas; pero, por lo común, se limitan á detenerlas en el camino, en donde puede uno ver de trecho en trecho parejas de enamorados: ella medio volteada, vergonzosa y cohibida, rompiendo con una mano las hojas de alguna planta y balanceando con la otra el pesado jarrón que lleva al hombro. Día tras día puede, pues, un galán encontrarse con la reina de su corazón; pero suelen pasar uno ó dos años, antes de abordar la cuestión del matrimonio. Desde la llegada de los blancos, seguramente, ocurre con frecuencia la crisis en mucho menos tiempo, y hay parejas que se casan sin largos preliminares. Es de notar que los hombres nunca se disputan á ninguna mujer. Entre los mozuelos poco arriesgados, no falta quienes carguen su amuleto en forma de un dedo meñique de muerto, bien seco, para "abrir la puerta," esto es, el corazón de su amada; pero aun en ese sentido va influyendo el avance de la civilización, pues un joven á quien pregunté si los tarascos usaban algunos polvos de



Cascabel antiguo de cobre. De Pátzcuaro. Longitud, 4.7 cm.

amor, me contestó con fisga: "El mejor polvo es la plata en la mano."

En Ihuatzio (*Ilihuatzi*, coyote), pueblo situado junto al lago, á la orilla opuesta de Pátzcuaro, se asegura que existe entre los jóvenes la siguiente costumbre: Cuando un muchacho ha estado cortejando por algún tiempo á una joven, y cree que su afecto está correspondido, coge á aquella por el rebozo en la fuente y no la suelta hasta que diga: "Sí." Entonces, con una vara de encino que lleva escondida debajo de la frazada, le rompe el cántaro para que el agua le caiga encima. Las compañeras de la muchacha se le acercan apresuradas; le quitan toda la ropa, sin siquiera dejarle collar ni aretes, y le prestan otro vestido y otro cántaro en que llevar el agua. Vuelve, pues, á su casa con traje y cántaro ajenos, y queda en poder del galán el vestido mojado, por cada una de cuyas piezas tiene que darle el padre de la joven medio real para recobrarlas. Al otro día, va el mancebo á depositar junto á la puerta de su pretendida una carga de leña y se retira al punto. No vuelve sino hasta que han pasado tres días, y si ve que su leña ha sido aceptada,



Dos enamorados.

entiende que su novia se halla dispuesta á seguirlo á su casa, donde le devuelve las monedas y le regala algunas hermosas flores, entre las que tienen especial importancia las amarillas.

Un hombre de las cercanías de Zirahuén (*zirani*, sentir frío: ó sea *lugar frío*) y Santa Clara me dijo que, en aquella localidad, se acostumbra poner á prueba las buenas cualidades de una novia, abriéndole frente á la cara un panal de abejas. Si se echa hacia atrás con recelo, no es buena; pero si se mantiene tranquila sin defenderse, es seguro que posee la fortaleza necesaria para sobrellevar la carga del matrimonio.

El sacerdote casa hoy á los indios, pero la boda se celebra después en casa del novio, soliendo efectuarse una ceremonia adicional en que la pareja y sus padres beben juntos y se complacen en cambiarse muchos discursos.

En Angagua (*Angoni*, piedra puesta en medio), pueblo situado como á dos millas de Parangaricutiro, se practica todavía la antigua ceremonia nupcial de los tarascos, que es, en lo esencial, análoga á la de los aztecas de Tuxpan y otros lugares comprendidos, desde allí hasta la costa, en la ruta que seguí.

Se elige á alguna vieja, por lo común tía del novio, para madrina de los desposados, la cual, cuando llega la noche, tiende una sábana sobre el petate que ha de servir de lecho nupcial, y se retira discretamente. Por la mañana entra en la ejecución de su delicado cargo, que aun entre los indios se considera muy pesado deber, pues de su fallo dependen la continuación de la fiesta y la felicidad de la novia para todos los días de su vida. En caso de que su inspección descubra la inequívoca prueba que busca, se presenta alborozada ante los concurrentes y levantando triunfalmente la sábana, exclama: "*Huatztali!*" (Estaba virgen!). Llénanse de alegría los corazones y los labios repiten las felices nuevas: "¿Estaba *huatz* (virgen)? Pues que toque la música!" prorrumpe el novio. Encienden cohetes, pasean al rededor la

sábana y todos expresan su reverencia á ésta, besándola cual si fuese la imagen de un santo. Prodíganse á la novia todo género de atenciones; ofrécenle chocolate y cuanto mejor hay; el júbilo se desborda, y todo el mundo se entrega á bailar, comer y beber.

El segundo día ejecutan un baile, llamado *canara*, al acompañamiento de un són especial. Bailan las mujeres con su malacate, su telar ó aun su metate, y los hombres con herramientas de agricultura. Una de las mujeres hace una muñeca de trapo, baila con ella y la entrega en seguida al novio y á la novia que la coge en sus brazos como si fuera un niño. Los padres de los novios danzan con pan y chocolate en las manos, que acercan á la boca de la joven; mas cuando ésta abre los labios para recibir tal alimento, vuélvense prestamente y se lo comen ellos.

Si la inspección de la sábana no resulta favorable para la novia, la madrina comunica tan infausta noticia primeramente á los suegros, diciéndoles: "Estamos perdidos! No merecemos ni agua! Ya no habrá fiesta!" Apagan la lumbre y todos los convidados se van á sus casas muy tristes, no sin manifestar antes su desaprobación destruyendo todos los regalos hechos á la novia, consistentes por completo en loza de barro. Para castigarla y avergonzarla, rajan y perforan las ollas que sólo pueden servirle á la desgraciada novia sometiéndolas á muchas y laboriosas composturas. Prepara, como pegamento para esta operación, una mezcla de jugo lechoso de algunos árboles, y aun leche de vaca, con barro, algodón, frijoles amasados y una clara de huevo. La loza tiene que quemarse de nuevo, pero aun así se ve remendada. La peor consecuencia de todas es que, desde entonces, la desventurada muchacha, que vive con su madre, es objeto de la mala voluntad general. No se le muestra la menor consideración; tiene que trabajar mucho, y hasta que no está próxima á ser madre, no se le aligera su carga.

Puede asegurarse, por lo demás, que la suerte de las jóvenes tarascas, por bien que les vaya, no es nada buena. Se halla en la Sierra muy extendida la costumbre de que las hermanas del marido, y muy especialmente la madre, maltraten á la novia lo más que puedan. Me contó una mujer de Paracho que su hermana había muerto, á los diez años de casada, á consecuencia del maltrato y continuo tormento á que la tenía sometida su suegra. En los distritos más remotos prevalece aún esta costumbre, pero va acabando entre los indios más civilizados.

En verdad, todas las antiguas costumbres están desapareciendo rápidamente; aunque, sean cuales fueren las influencias que se opongan á las acciones de los indios, guardan arraigadas en su entendimiento sus antiguas creencias, haciendo posible todavía recoger muy valiosas tradiciones. Hasta hoy día, nunca mencionan los tarascos al sol, sino con estas palabras: Nuestro Padre el Sol. Por él juran durante el día, y de noche por "Nuestra Madre la Luna," soliendo decirse unos á otros: "No digas mentiras, porque Nuestro Padre el Sol te está oyendo!" Ningún negocio se arregla después de oscurecer. Nunca desgranan maíz cuando el sol se ha puesto, ni lo sacan de la troje una vez que anochece, porque consideran que duerme y no se le debe despertar. Los tarascos rendían culto á la Cruz del Sur, constelación que llamaban "las cuatro estrellas."

Cuando ocurre un eclipse, manifiestan los indios mucha emoción, pues creen que los dos cuerpos celestes se están devorando. Á los eclipses se atribuye el defecto de los labihendidos, labileporinos ó *cuchos*. Según la Sra. Z. Nuttall, la misma creencia prevalecía entre los aztecas, quienes veían la figura de un conejo en la luna. Si una mujer en cinta mira un eclipse de luna, su hijo saldrá lisiado, idea general entre los mexicanos de hoy. Una curiosa superstición, paralela á ésta, sobre el pernicioso efecto del

conejo, se halla todavía muy extendida en Noruega, donde los cazadores les cortan los labios á las liebres para que ninguna mujer embarazada los vea.

En la actualidad, se encuentra en cada casa la imagen de un santo, cuando menos, la que, como dicen los naturales, vive en la mejor pieza, y aquéllos tienen que dormir en la cocina para no molestarla. Sólo á los forasteros se les permite ocupar la misma pieza. Á todos los santos colectivamente, y á cada uno de ellos, se les da el nombre de Tata Dios. Al medio día, la mujer ó el marido ponen delante del santo una cazuelita con copal, para darle incienso á guisa de alimento. Las visitas que entran en la casa van á besar la imagen antes que nada. Como ocurre en otras tribus, se hace responsable á San Mateo del tiempo y de las cosechas. Si hiela, sacan al santo de la iglesia por la mañana temprano y lo castigan chapuzándolo en agua fría; pero si las cosechas son buenas, lo llevan en procesión, le hacen una gran fiesta y lo celebran con abundantes libaciones de mezcal y hartazgos de tamales. Todos los años se designa á un indio viejo para que represente á San Mateo. El día de Muertos ponen flores, especialmente amarillas, en las puertas de sus casas para invitar á que entren á las almas de sus amigos, y pagan con una oveja cada paternóster que se dice por los difuntos. Para sus fiestas particulares, dirigen invitaciones de palabra con una mensajèro que lleva una flor á cada invitado, flores que vuelven á recogerse á la llegada de los huéspedes.

Cuando alguien cae y se lastima, sus amigos, especialmente los más jóvenes, van al lugar donde ocurrió el accidente é invocan á los espíritus á que acudan. De regreso, vuélvense barriendo el camino, regando flores y armando grandísima alharaca.

Cuando alguna mujer, con su criatura cargada á la espalda, va atravesando un río, temerosa de los malos espíritus del agua, no cesa de llamar á su hijo por su nombre

diciéndole: "Vente, vente, no te quedes atrás." Denominan á dichos espíritus *chaníquivri*.

La mujer próxima á dar á luz, no carga sal, chile ni cal para que su hijo no le nazca sordo y ciego.

Miran con reverencia y cuidan mucho á las mazorcas dobles.

Es malo pasar por sobre un hombre acostado.

Cuando venden leche, quieren los tarascos que el que la compra se la beba en el mismo lugar; y tienen también la superstición de los mexicanos y huicholes acerca de la leche que se derrama al estarla hirviendo.

No les gusta que los desconocidos les acaricien á sus hijos, por temor de que les hagen mal de ojo. Las madres ruegan ansiosamente á sus visitas que más bien molesten y provoquen el enojo del niño, para que conserve su buena salud. Cualquiera enfermedad que le sobrevenga después, la atribuyen al mal de ojo; pues en su concepto, no reconocen otra causa las enfermedades de la infancia. Para evitar tan nocivos efectos, muchos indios atan hebras de hilo rojo en las muñecas y tobillos de sus hijos, y les clavan en los cabellos una pluma roja de pitorreal, con la idea de que dicho color le oscurece la vista al hechicero.

Cuando un indio amenaza á su adversario con cólera, dice: "Haré que te mueras dentro de cuatro ó cinco petates," dando á entender con ello el tiempo necesario para que se acaben las esteras en que se acuestan á dormir. Los que creen que han sido enhechizados, ponen en los rincones y fuera de sus casas espinas de nopal. Para aprender la hechicería, van algunos indios hasta pueblos remotos, á Charácuaro ó Cirándaro. El primero de dichos nombres alude á la localidad donde le parece al caminante que sale el sol repentinamente de la laguna (*sharârani*, aparecer); el otro se deriva de *ciranda*, papel, y también, la higuera de que éste se hacía.

Tuve oportunidad de observar los procedimientos de

que se valía una adivinadora, á quien mucho se consultaba sobre robos y pérdidas de objetos. Colocaba una vela de sebo dentro de una olla, y adivinaba la dirección en que debía buscarse el objeto extraviado, por los movimientos de la flama; y por el modo como se fundía la vela, anunciaba si lo perdido se encontraría en la bosque ó en el llano.

Los tecolotes están en desgracia entre los tarascos, pues siempre que ven alguno, lo maldicen y le amenazan con el machete. Cuando pasa un buho sobre la casa, tómalo el dueño por presagio de su cercana muerte y se pone á rezar.

Nadie debe tocar á las víboras ni mucho menos matarlas.

CAPÍTULO XXV

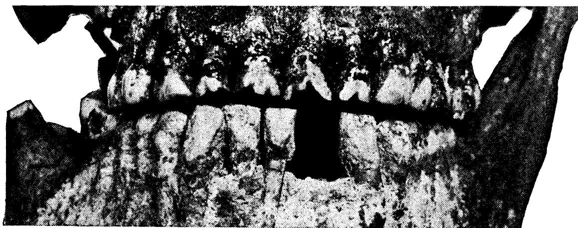
ZACAPU—EL "PALACIO" DEL REY CALTZONTZIN—ANTIGUO CEMENTERIO—DIENTES LIMADOS—URNA FUNERARIA—HUESOS HUMANOS CON ESTRÍAS—"AQUÍ VIENE EL HOMBRE QUE COME GENTE!"—FICCIÓN Y VERDAD—LA FOTOGRAFÍA ES UN CRIMEN—LOS TARASCOS SUBLEVADOS CONTRA MÍ—SE SOMETEN Á LA RAZÓN.

NO lejos de Cherán, entramos en los magníficos y vírgenes pinares que cubren las laderas de los cerros al noroeste de la ciudad de Nahuatzen (en tarasco: *Yahuatzen*, "donde hiela"). Había inseguridad en el camino á causa de las partidas de ladrones, compuestas de veinte ó más indios, que, procedentes de Chilcota y otros pueblos, frecuentemente extendían sus rapiñas hasta aquella región, y mi amigo el herrero me señaló el sitio donde hacía sólo tres años habían despojado, aun de la ropa, al secretario del ayuntamiento de Nahuatzen. El nombre de Chilcota es azteca, y su designación tarasca, Tzirapo (de *tziri*, maíz; *xapo*, ceniza: "Lugar donde el niztamal se prepara con ceniza" [en vez de cal]).

Presto dejamos tras de nosotros el tortuoso camino de la Sierra, pasando de cuando en cuando por entre espléndidas encinas. Durante un rato fuimos contemplando el lejano paisaje del alrededor de Zacapu, á manera de amplia hondonada llena de lagunas. Zacapu mismo ("Lugar de piedras ó pedregal," aludiendo á los grandes y antiguos yacimientos de lava de las carcanías) es una ciudad brillante y hermosa, favorecida con un río pequeño, pero de cristalinas aguas que corren mansamente hacia una lagunita donde muchas variedades de aves acuáticas se divierten libremente

como en el interior de un parque. La ciudad era uno de los centros tarascos de importancia, pero actualmente predomina la población mexicana. Aunque todavía queda gran número—por lo menos la mitad de sus tres mil habitantes—de indios de pura raza, se han civilizado tanto que ya no hablan su lengua y conservan muy pocas de sus antiguas costumbres. Hasta hace muy poco, tenía ese lugar muy mala fama como guarida de ladrones.

Dirigimos nuestros pasos al repugnante mesón y encontramos el patio lleno de arrieros con sus cargas y aparejos, todo sumido en una oscuridad casi egipcia. Las personas principales y el presidente municipal me ayudaron



Dientes limados.

cortésmente, al otro día, á conseguir hombres que me acompañasen á practicar excavaciones en las interesantes ruinas conocidas en la localidad con el nombre de "El Palacio."

Al pasar el puentecito que abarca el río, detuvímonos un momento á disfrutar de una vista extremadamente pintoresca: claras y serenas aguas; mujeres bañándose; hombres nadando ó dando de beber á sus caballos; chicuelos entregados á sus juegos, y, en el fondo, el majestuoso cerro del Tecolote, con su cresta de pinos, vigilando el idílico paisaje. Muy cerca, hacia el oeste de Zacapu, se levantaba una lomería de *mal país*, quizás de quinientos pies de altura, en cuya cumbre podían adivinarse vagamente los contornos del palacio del rey Caltzontzin. Cuantos individuos encontré mostrábanse atentos y todo ofrecía á mis ojos el contraste

más halagador y benigno con las preocupaciones é inhospitalidad de Cherán.

Nos llevó el guía hacia lo alto de la cuesta, por entre pequeños sembrados, y pronto nos indicó un lugar donde podrían encontrarse "muertos." Por sugestión suya, elegí para mis excavaciones un sitio plano, como de veinticinco varas cuadradas, en medio de rocas eruptivas, al pie y hacia el noreste del palacio. Casi inmediatamente encontramos varios esqueletos, y como continué las excavaciones durante cinco días, antes de mi partida había quedado enteramente exhausto aquel lugar. Los esqueletos se hallaban amontonados desordenadamente, cubiertos, los más próximos á la superficie, con tres pies de tierra escasamente. Recogí más de un centenar de cráneos, la mayor parte de tarascos; pero había mezcados con éstos, otros dos tipos, por lo menos. Entre los últimos, se encontraban varios, aplanados artificialmente de manera que los lados y la parte posterior se combaban extraordinariamente. Cuatro de las cabezas achatadas eran de mujeres. En algunas de las calaveras tarascas, los dientes aparecían limados, como si se hubiese pretendido dar á los incisivos la forma de colas de golondrina.



Urna sepulcral. Altura, 91 cm.; circunferencia, 2 metros, 25 cm.

Llamaba la atención el escaso número de objetos que había con las osamentas, pues no pasarían de una docena de cascabelitos de cobre y algunas cuentas. Tuvimos,

con todo, la buena suerte de dar con una vasija funeraria, asentada perpendicularmente entre los esqueletos, en la parte oriental del cementerio. Dicha olla de barro, de que tomé posesión, es de forma muy agraciada y tiene el borde

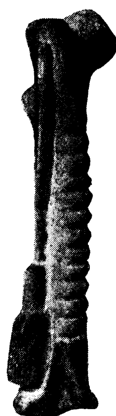


Huesos humanos con rayas.

encorvado y ligeramente brillante. Es de muy buena clase, de paredes delgadas y superficie lisa. La tapadera es de material inferior. No contenía otra cosa que los restos quemados de un esqueleto. Tales urnas funerarias no son del todo raras en la región de los tarascos, aunque sólo se encuentran accidentalmente. Buscar alguna ex profeso,

suele resultar tarea ingrata y laboriosa. Hallamos también una escudilla de barro llena de ceniza que contenía además un cráneo suelto y un fetiche de lava.

Sin embargo, los objetos más curiosos é interesantes, que exitaron la admiración, no sólo de los mexicanos, sino aun de los indios que nos servían de peones, fueron unos huesos humanos con ciertas marcas trasversales á manera de muescas. Sacáronse de entre las osamentas veintiséis de dichos huesos estriados, en su mayor parte fémures y tibias.

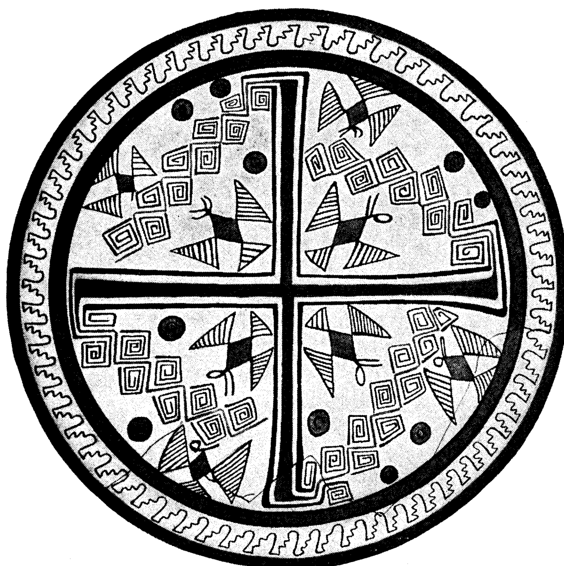


Antiguo hueso estriado, de barro cocido. De la ciudad de México. Longitud, 16.5 cm.

Mi teoría, expuesta en otra parte, era que dichos huesos procedían de enemigos muertos durante la batalla, usados como amuletos para infundir al vencedor la fuerza del vencido, y por ende, buena fortuna en la guerra. Parecía, no obstante, ser la opinión más aceptada que tales huesos eran instrumentos musicales, parecer que ha venido á corroborar mi descubrimiento, en 1898, de los huesos de venado con muescas usados por los huicholes de hoy (véase página 155). Remueve cualquiera otra duda á este respecto el interesante hallazgo obtenido en el curso de las excavaciones que se practicaron á espaldas de la Catedral de México en el otoño de 1900. El Sr. M. H. Saville, que estuvo presente, me informa que se hallaron representaciones en barro de huesos humanos estriados (fémures), juntamente con figuras análogas de instrumentos musicales aztecas, tales como el tambor horizontal de madera (*teponaztli*), la sonaja, la concha ó carapacho de tortuga, la *chirimía*. Había uno en la forma del jeroglífico de la piedra. El instrumento original probablemente emitía sonido metálico. Todos los objetos, inclusa la escudilla, eran de tierra roja y de tamaño más ó menos uniforme. Había varias muestras

de cada instrumento, y toda la colección comprendía como un centenar de objetos. Es evidente, pues, el propósito de dichos huesos, cuyas muescas reproducen en relieve el raspador que servía para tocarlos.

Aun admitiéndose que los huesos dentados se usaran como instrumentos musicales, queda por explicar á qué se debe la divergencia tan notable que se advierte en las marcas trasversales de los de mi colección, tanto más cuanto que



Amplificación de un asiento de escudilla. Gris claro con adornos negros y rojos, dominando la Svastika. De Zacapu. Diámetro, 26.5 cm.

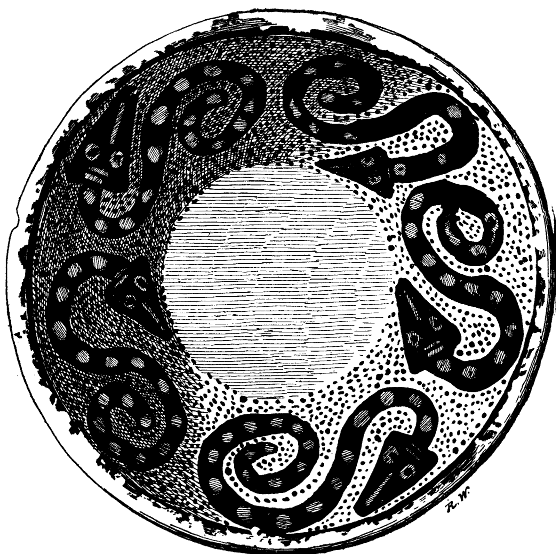
algunos tienen rayas tan ligeras que producirían el mismo sonido si fueran lisos. Por otra parte, de un total de veintiséis huesos, sólo tres presentan signos de considerable uso. ¿No podremos ver en esto un indicio de que muchos de tales huesos eran formas convencionales de los instrumentos verdaderos, ó en otros términos, amuletos con su objeto simbólicamente expresado? De la idea que asocian los huicholes á la ceremonia de raspar huesos de venado con entalladuras, hay motivo para inferir que se hacían sonar

los huesos humanos á efecto de lograr la muerte de los enemigos. Esta interpretación no se opone á la plausible explicación del Dr. Eduardo Seler, quien piensa que los huesos encontrados por mí fueron usados por los cautivos de algún jefe, en el entierro de éste, cuyo cuerpo, según era costumbre, debió de ser quemado, sacrificándose á la vez á dichos esclavos. La urna funeraria que he mencionado, contendría, pues, los restos del caudillo quemado, y los esqueletos serían los de sus siervos.

En esa región, todos los monumentos antiguos se atribuyen al rey Caltzontzin de Tzintzuntzan, así como todos los que se hallan al norte del Estado de Michoacán, á Moctecuhzoma. El palacio, ó fortaleza, es una explanada que se formó ensanchando la cima de un cerro en una extensión de ciento treinta varas de longitud por la mitad de anchura. El trabajo de mampostería consiste en pedazos de lava unidos sin argamasa. En algunos lugares llega la altura á cien pies, pero donde la fortaleza se aproxima á los puntos más altos de la elevación natural, por los cuales hubiera sido fácil entrar en ella, se había levantado un bajo muro de que aun se advierten huellas. El espacio plano que se ganó de esta manera, cubierto ahora de yerba y sembrado á trechos de matorrales, podía contener de quinientas á seiscientas personas. En las cercanías, especialmente sobre el costado occidental de la falda, había numerosas yácatas cuadradas ó rectangulares, construídas con bloques de lava sin tierra.

El antiguo yacimiento de lava en que están el palacio y las yácatas, corre por su borde oriental á una altura como de doscientas yardas. Seguí una vez dicho filo yendo de Zacapu hacia el norte, en una extensión de dieciséis millas, y noté otras muchas fortificaciones y yácatas del mismo material y forma que las mencionadas. Había también algunas casas antiguas que parecían construídas de bloques de lava y enjarradas con lodo; pero la aspereza del terreno me impidió aproximarme á ellas. Análogos monumentos antiguos se

pueden encontrar en un espacio de treinta millas al norte de Zacapu, hasta San Antonio Corupo ("quemado en la superficie"). Mandé hacer un cajón para la grande urna cineraria. Así me la llevaron cuatro hombres hasta el lago de Pátzcuaro, desde cuya orilla fue conducida en una canoa á la ciudad misma, de donde la envié á los Estados Unidos. En algunas de esas canoas primitivas, como las usadas para partidas de caza, sólo cabe un hombre; pero las de pasaje

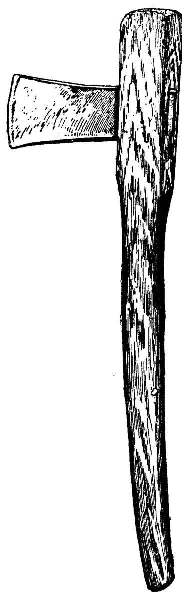


Plato de barro, adornado de rojo y negro. De Zacapu. Diámetro, 18.3 cm.

pueden contener ocho y aun más personas y, mientras los boteros no se emborrachan, son bastante seguras.

Después de empacar los preciosos huesos recogidos y almacenarlos en la casa del cura, volví á la Sierra, y en las inmediaciones de Nahuatzen obtuve casualmente una hacha de hierro que ofrecía interés por el modo como la cabeza estaba sujeta el mango. Pronto pude advertir que habían cundido desde Cherán los malos rumores esparcidos á mi respecto, y que la gente me tenía miedo. Al llegar á Arante-

pacua ("donde hay un llano") una tarde temprano, me negaron alojamiento en el mesón y sólo admitieron á mis animales. Sabiendo que vivía allí un sacerdote, fui desde luego á verlo. Tuvo la suficiente complacencia para ofrecerme una troje situada á unas cien varas de su curato, donde pude refugiarme, y me refirió que mi arribo al lugar había sido pregonado por una mujer que acudió á él corriendo muy irritada y diciéndole con voz de enojo: "Aquí viene el hombre que come gente!"



Modo de asegurar una hacha de hierro en un mango. De Sebina. Longitud, 18.5 cm.

Nadie quería venderme la menor cosa, y aun los niños gritaban asustados cada vez que alcanzaban á ver al *Turis*, conforme se me llamaba,—nombre con que los tarascos designan á los viajeros blancos, y que significa hombre de alma negra, ó tarasco malo. El sacerdote seguró á los indios que yo no intentaba hacerles daño, mas como era nuevo en el lugar, carecía de influencia; de suerte que cuando los llamó para que se dejasen fotografiar, ninguno acudió. Para colmo de dificultades, cuando emprendí mis excavaciones en el sito que había ocupado el antiguo pueblo, en las inmediaciones, nada encontré y tuve que resignarme á tomar fotografías del paisaje.

Hallábame guardando mi cámara, cuando llegaron corriendo dos mujeres, con la expresión de la ira y el terror en el semblante, gritándome que no siguiera escarbando. Se presentó al mismo tiempo el dueño del terreno, á quien yo había mandado llamar, igualmente deseoso de que suspendiese mis excavaciones. Dije á los peones que llenasen los agujeros que habíamos hecho, y ya nos disponíamos á partir, cuando otro individuo, al parecer sin autoridad ninguna, apareció en el teatro de los sucesos, preguntándome

con enfado qué estaba yo haciendo. Supe después que el tal era el "amo" del pueblo y que había ordenado á sus "constituyentes" que me arrojasen á palos. El sacerdote me dijo que no creía que llegasen á cometer ningún acto de violencia, pero me manifestó que cuando los indios se amotinaban no atendían á razones y podían ser peligrosos. No dejé de sentir inquietud por mis negativas y libros de notas en caso de que asaltasen mi habitación hallándome dormido, y si le hubieran prendido fuego de noche, habría ardido con rapidez la cabaña de zacate bastante seco y perdídose irremisiblemente los resultados de mis labores en los dos últimos años. En cuanto á mí, ofrecióme generosamente el sacerdote un asilo en el curato, si algo me acontecía durante la noche; pero ni esa ni las dos siguientes que pasé allí ocurrió el más ligero disturbio.

Como seis semanas antes, hallándome en Paracho, había oído hablar de una misteriosa culebra de piedra que por primera vez había descubierto en la cumbre de una montaña próxima á Cuitzeo (*quitz*, tecomate) un indio cuyo caballo se asustó á la vista del monstruo. La describían con figura de serpiente, pico de pájaro y cola levantada como de alacrán, asegurando que á veces tomaba el aspecto de cerdo y que se trasformaba también en bola ó en tambor. Era de color azul y muy pringada, á manera de chaqueta mexicana. Envié á Ángel y á otro indio de mi confianza á que la buscaran, pero volvieron con las manos vacías porque la gente de Cuitzeo temía que sucediera alguna desgracia si se removía al monstruo de su lugar, como que cayeran granizadas, que no lloviera el otro año ú otra calamidad por el estilo. Ni el Jefe de la policía ni las personas principales quisieron asumir la terrible responsabilidad: el asunto concernía á la comunidad entera y se necesitaba convocar esa noche á todos los habitantes para que se reuniesen á resolver si debería yo tomar la culebra, y en caso de ser así, á qué precio podría concedérseme la autorización. Á la

siguiente mañana se me comunicaría el resultado de las deliberaciones.

Para festinar las cosas, despaché á mi indio de Nauhatzen antes de amanecer, dándole instrucciones de llevarme "el animal" si me lo concedían, á efecto de continuar mi viaje en el día mismo. Pronto volvió sin la serpiente, pero con la inesperada noticia de que iban á darme *gratis* la culebra. Por supuesto, me hallaba prevenido á contrarrestar cualesquiera malas consecuencias que fueran á atribuírse á la remoción de la piedra, *endulzando* de alguna manera á las autoridades que á tal solución habían llegado. Habían sido tantas, por lo demás, las terríficas historias que me habían contado acerca del mostruo, que no podía esperarme que estuviesen muy relacionadas con él. Sin embargo, sentía curiosidad de conocer la causa de donde procedían tan espeluznantes rumores. Al efecto, envié á Ángel con cinco hombres, provistos de hachas para cortar árboles con que formar el palanquín en que habrían de cargar á la culebra, y con abundantes cuerdas para amarrarla á fin de que ningún deterioro sufriese. Volvieron á la puesta del sol, dando traspiés bajo el peso de un bulto largo y redondo, envuelto en lienzos y costales. Era simplemente una grande y pesada piedra, en forma de exagerada anguila, que debía toda su importancia al ferviente panteísmo de los naturales. Su llegada sólo sirvió para acrecentar la animosidad de los indios, pues en ello veían un perverso designio por mi parte de hacerles daño.

Al día siguiente salí para Uruapan. El camino pasa por el pueblo de Capácuaro (capacuri, "entre dos cerros"), que, en cuanto se refiere á los habitantes, se parece á Cherán. Un mexicano que mostraba hallarse en buenas relaciones con los indios, me ofreció enseñarme unas rurinas próximas al camino, y desde luego lo contraté, creyendo que también podría serme útil como intérprete porque hablaba el tarasco muy bien. Cuando llegamos á un llano, que aunque no

se divisa desde el pueblo, se encuentra cerca, vimos varios hombres que estaban arando. Para no despertar sospechas, el guía consideró prudente decirles lo que andábamos haciendo, pues creía que de lo contrario, correrían al pueblo, tocarían la campana, reunirían á todos los naturales y nos harían pasar un mal rato. El muchacho que había alquilado por tres reales (treinta y siete centavos) para que me llevara las cajas de la cámara fotográfica y me enseñara la mejor senda para subir á donde estaban las ruinas, se atemorizó al llegar á la cima del cerro, diciendo que tenía miedo de que lo viese su padre y se echó á correr abandonándome.

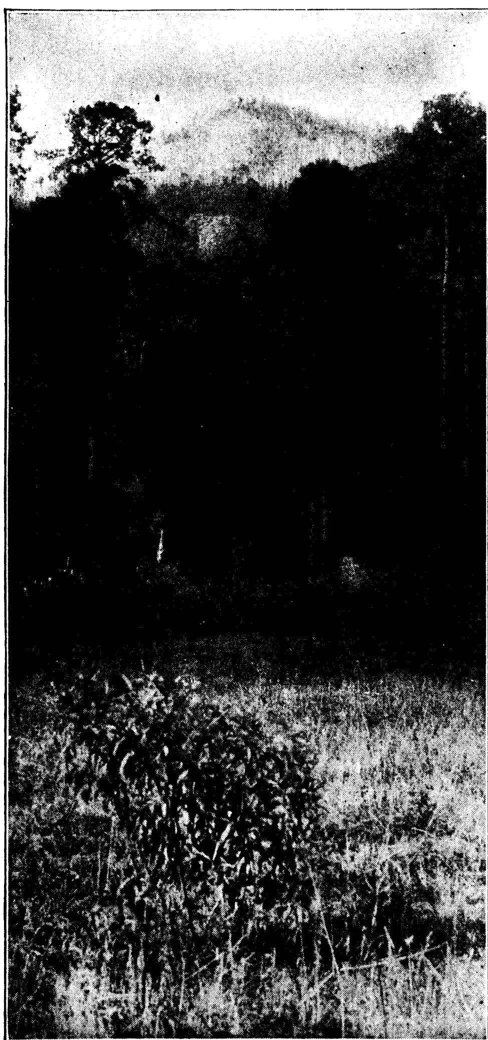
Para mayor disgusto mío, las ruinas no eran sino las cuatro paredes de una capilla próximas á algo que parecía antiguo cementerio; mas ya que me había tomado la molestia de subir, las fotografié así como al majestuoso pico de Cuitzeo que se erguía frente á nosotros á una gran altura. El sitio era hermoso. Nos rodeaban espléndidos pinares que casi cubrían el costado de la montaña; sólo en torno de la cima el viento y la tempestad habían estrujado ó retorcido á algunos veteranos de la selva esparcidos aquí y allá. Pasada apenas media hora, emprendí rápidamente el descenso á fin de no perder tiempo para llegar á Uruapan por la noche.

Precisamente cuando salíamos del bosque y entrábamos en el llano, vimos una docena de indios que venían del pueblo hacia nosotros. Los dos que los capitaneaban estaban armados de escopetas, y los otros de machetes y piedras. "¿Qué andan haciendo aquí?" nos preguntaron con imperio. "¿Quién les ha dado licencia de venir acá?"

Díjeles que no había ley que prohibiera la fotografía y que no veía ningún mal en practicarla. Calmáronse un tanto, pero insistieron en que debía haber pedido permiso. "Así lo hubiera hecho," les contesté, "si hubiera tenido tiempo, pero ahora estoy dispuesto á acompañar á ustedes y darles las explicaciones que gusten." "El mal está hecho,"

repusieron ellos, "y quien sabe si volverá usted á adueñarse de nuestras tierras!"

Les aseguré que no abrigaba tales intenciones y juntos nos encaminamos hacia la mula que cargaba la cámara y que se había quedado cerca. La cólera de los hombres subió de punto cuando vieron al muchacho que me había enseñado el camino. Los jefes levantaron el gatillo de sus escopetas, pusieron cápsulas y le apuntaron muy de cerca á la cara, reprendiéndolo muy severamente, mientras él hablaba en su defensa con vigor y energía. El intérprete se puso pálido. "Conozco á esta gente," me dijo; "son unos demonios, y yo me voy." "¿No es mejor que se quede V. y me ayude á explicar las cosas?" le pregunté. "¿No sabe V. que no hablo tarasco, y no les tiene V. miedo á los indios?"



El pico de Cuitzeo, visto del este.

No hubo medios de persuadirlo, em-

peñado como estaba en que se hacía tarde y necesitaba volver á su casa. Al marcharse, le dije: "No deje de avisar al prefecto lo que pasa!" Apenas tuvo valor de recibir el dinero que le debía, y me dejó que yo me las arreglara con la fanática muchedumbre que estaba reuniéndose en el pueblo.

Mientras regresaban los doce emisarios, Ángel y yo cargamos la cámara en la mula y nos reunimos con los otros dos indios que nos acompañaban y que cuidaban las demás mulas un poco más lejos. "Sea lo que sea," dijo riéndose Ángel, cuyo animoso corazón nunca desfallecía, "ellos no tienen más que un tiro cada uno." Evidentemente confiaba en mi rifle moderno y en mi revólver. En cuanto á él, sólo llevaba de camino un cuchillo pequeño, pues consideraba que los grandes no sirven sino para "los grandes bailes," donde se acostumbra pelear. Mis otros sirvientes iban también desarmados, aunque á uno de ellos le había encomendado una pistola por el respeto que infunde todo individuo que la lleva cargando; pero como no sabía manejarla, juzgué más seguro quitársela.

Púsose nuestra expedición en movimiento, y al cabo de un cuarto de hora llegamos á un matorral donde se estrechaba el camino. Encontramos allí como treinta indios que me aguardaban, sentados con aspecto sombrío en ambos lados del sendero. Ninguno levantó la cara mientras pasaron entre ellos las mulas. Ordené á mis hombres que me esperasen un poco más lejos, y pregunté por el jefe. Entonces se puso en pie con callada dignidad un indio de cara inteligente y muy simpática. Me saqué de la bolsa la carta del Presidente Díaz y otra del Gobernador del Estado de Michoacán, y pregunté al taciturno oficial si sabía leer. Con sorpresa mía, me dijo que sí, tomó los documentos y los leyó con lentitud en voz alta. Cuando hubo concluído, dirigí á la asamblea, en español, las siguientes palabras:

"Me alegro de ver que saben ustedes defenderse tan bien contra los blancos; pero tratándose de mí, están equivocados. Sin duda no me quieren porque los de Cherán les han dicho que mato y me como á la gente. Eso es mentira! Yo soy amigo de los indios, y por eso vengo desde una tierra que está muy lejos, para ver como son ustedes. He andado cerca de cinco años entre naturales como ustedes, y ninguno me ha hecho nada ¿por qué ustedes me habían de hacer? Sépanlo: tienen muchos amigos en México y en las tierras del otro lado del mar, y todos quieren saber cómo son ustedes y conocer sus costumbres y su historia. Por esto he tomado retratos de la gente y de los campos. Algunos de ustedes creen que ando buscando tesoros, pero yo no busco dinero ni plata. Tengo mucho que comer en mi casa y no necesito venirme aquí á comer tortillas y frijoles."

Tuvieron los indios un ligero conciliábulo, y pronto estuvieron conformes. Aun me invitaron á detenerme en el pueblo porque se estaba haciendo tarde, pero cuando llegamos, las mujeres no consintieron en esto, y no tuvimos otro recurso que proveernos de ocote resinoso y proseguir nuestro viaje alumbrandonos con antorchas entre las tinieblas de la noche.

Así concluyó mi último día entre los tarascos de la Sierra. Habiendo permanecido tanto alejado de la civilización y como el tiempo iba agotándoseme, intentaba recorrer esta tribu lo más prestamente posible, esforzándome en ganarme su confianza antes de que propiamente me conocieran. El resultado fue que durante los cuatro meses que entre ellos estuve, me vi precisado á vencer el antagonismo, no sólo de toda la tribu, en su conjunto, sino de cada distrito y aun de cada villorrio. Sin paciencia ni tacto jamás conseguirá nada de la gente primitiva el etnologista. Estoy seguro de que si hubiera dispuesto de seis meses más, por ejemplo, á todos los hubiera conquistado y hecho mis amigos. El mismo jefe, posteriormente, se tomó dos veces la molestia de ir á visitarme en Uruapan, llevándome á vender anti-

güedades. Tanto se ha engañado á los indios, que no es de sorprender que tribus valerosas como la de los tarascos defiendan con todo su poder el último pedazo de tierra que les queda. Aun en el caso de que me hubieran matado, nadie podría censurarles el proceder como durante siglos se ha obrado con ellos.

CAPÍTULO XXVI

URUAPAN, "EL PARAÍSO DE MICHOACÁN"—HERMOSAS LACAS TARASCAS—RUMBO Á PÁTZCUARO—EL LAGO—UN ARMA ARRROJADIZA—TZINTZUNTZAN, LA ANTIGUA CAPITAL—LAS CINCO YÁCATAS—ANTIGÜEDADES.

LLEGAMOS á las diez de la noche á Uruapan, donde quedé no poco sorprendido de encontrar las calles con alumbrado eléctrico. Grande era, pues, el contraste entre aquel lugar y el dominio de los salvajes montañeses por donde acababa de atravesar, y aun mayor me pareció la diferencia al día siguiente, al dar una vuelta por la ciudad.

Uruapan es corrupción española de Urupan, "donde las flores están abiertas," es decir, donde reina una constante primavera. La voz general designa á Uruapan como "el Paraíso de Michoacán," nombre que mucho merece por lo encantador del paraje, no menos que por lo agradable de la gente y lo delicioso del clima. La temperatura es suavemente cálida durante el día, y por la noche sopla una fresca brisa barriendo cuantos microbios pudiera haber. Cerca de la ciudad existe un magnífico manantial de donde nace un río cuyas cristalinas aguas acrecen la variedad de la belleza singularmente pintoresca del paisaje. Utilízase el agua para regar las huertas de plátanos y cafetos, y el café que allí se da, goza fama de ser el mejor de México. En la parte baja de la Tierra Caliente se cultiva el arroz. El río proporciona también la fuerza motriz para la planta eléctrica, y la ciudad se enorgullece también con dos fábricas de hilados y una tabaquería.

Uruapan puede llamarse la capital de la Tierra Caliente

de Michoacán y sostiene muy importante comercio. Los domingos, sobre todo, ofrecen sus calles la mayor animación con los indios que llegan de lejos y de cerca á disponer de sus productos. Por la noche, una banda de música muy competente toca hermosas piezas en la Plaza de los Mártires concurrida por personas vestidas con toda propiedad. En



La fuente de Uruapan.

el llamado casino me sorprendió encontrar una mesa servida al igual de la mejor de México, sin que se cobre más que tres reales por la comida. Al principio creí que había entrado en algún club particular, pero felizmente para mí era una fonda pública. Qué descanso, después de todas las privaciones, molestias y luchas contra la preocupación y el fanatismo, mirarme al fin salvado en aquel cielo! Para

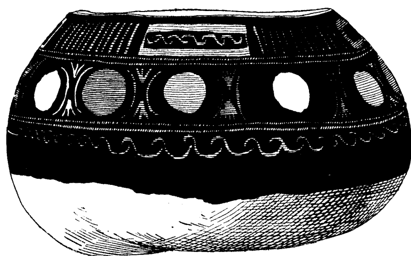
mayor comodidad, el fotógrafo de la ciudad, seducido por la rara pureza del agua, tenía un establecimiento balneario, y pude disfrutar de la delicia de bañarme por primera vez desde que había estado enfermo en Tepic. Figuraos que fortuna! Me encontraba nuevamente con la cultura del viejo mundo, con las ventajas de una comida bien preparada, con vinos españoles y personas corteses y liberales que no se cuidan de preguntarle á nadie si es masón ó protestante, y todo esto á sólo tres leguas de los bárbaros que pretenden matar á quien toma la fotografía de un paisaje, que no permiten á un extranjero que descanse una noche, y entre quienes no hay otra perspectiva que morir de hambre ó manifestarles gratitud si condescienden en venderle á uno miserables tortillas y frijoles! Con toda la estimación que le merezcan las muchas y admirables cualidades del indio, y toda la simpatía que le infundan los sufrimientos por que éste ha pasado, le es imposible al hombre civilizado extirpar de la médula de sus huesos en ningún momento lo que la cultura le ha infiltrado, y la única esfera en que se siente á su sabor es la que le ofrece los beneficios de la civilización.


Pintadoras de Uruapan.

Los tarascos de Uruapan llevan largo tiempo de haberse mexicanizado; esto es, se hallan ahora desposeídos de tierras, gastan todo el dinero que ganan en fiestas para los santos,

y le han tomado gusto al aguardiente. Con todo, las mujeres son todavía muy industriosas. Una bonita india, muy trabajadora, de treinta años de edad, me dijo que no había entre sus compatriotas ninguno con quien quisiera casarse porque no le gustaban los borrachos. Hay muchos indios con paperas ó *buches*, y consiguientemente, muchos sordomudos ó imbéciles.

No perdí mucho tiempo en visitar el *barrio* para presenciar la manufactura de las hermosas lacas que hacen famosa á Uruapan. Se producen cubiertas de mesa, jícaras y, sobre todo, bateas, en su mayor parte de forma redonda y de todos tamaños, desde unas delicadas miniaturas de apenas pulgada y media hasta de dos pies de diámetro ó más grandes. Las piezas de madera sin pintar se las compran á indios de otro lugar que van en ciertas estaciones al cerro de Tancítaro para entregarse á la fabricación de dichos utensilios.



Jícara pintada con imitativos dibujos antiguos. De Uruapan. Altura. 14 cm.

Para lacar cada pieza, cúbrenla primero con una mano de litomarga (variedad de arcilla plástica), en que se trazan los dibujos. Recortan éstos luego con un cuchillo, y llenan todas las incisiones de diversos colores que frotan con el dedo pulgar. Á veces una misma persona dibuja y pinta. Los detalles se van agregando con un punzón muy agudo. Pónese luego el barniz y se produce el hermoso pulimento bruñendo pacientemente la superficie con una pelotilla de algodón. Tan fuerte llega á ser el lacado que resiste durante tiempo á la acción del agua. Las jícaras se barnizan sólo por fuera. Se obtiene dicha pintura de unos áfidos ó pulgones llamados *aje*, que durante las aguas juntan los in-

dios de Huetamo, seis días de camino al sureste de Uruapan. El nombre de Huetamo se compone de *huué*, venir, y *tamo*, cuatro: "donde cuatro van juntos," aludiendo probablemente á los cuatro caudillos que se unieron allí contra los aztecas.

Los dibujos representan casi siempre flores que el artista copia de modelos que tiene á la vista. El trabajo es admirable, pero de cierta monotonía en las ideas. De seguro podría convertirse en arte si los pintores se educaran debidamente y tuvieran mayor amplitud de miras. Un co-



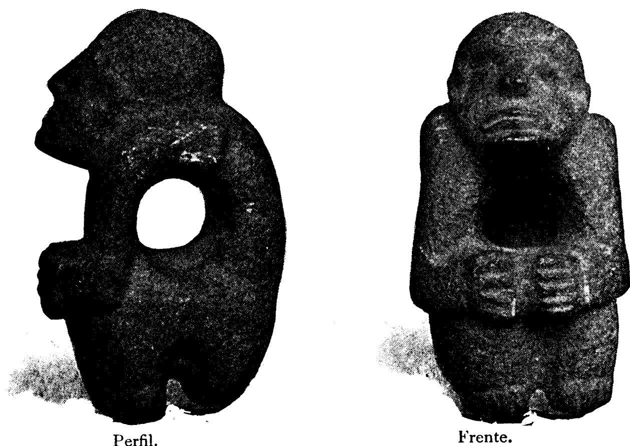
India de Uruapan pintando bateas.

merciante francés de la localidad proporcionó á un hombre una bandera francesa que vi reproducida en una cubierta de mesa, y dicho dibujo estaba embellecido por una nueva combinación de flores inspirada por el mismo caballero. La mejor *pintadora* tenía ochenta y siete años de edad. Se encuentra también en el mercado gran cantidad de dichos objetos hechos por mujeres mexicanas cuyo producto es inferior al de los indios.

Un particular de Uruapan poseía varias buenas antigüedades que me permitió fotografiar. El ídolo de piedra

sentado, reproducido aquí, pertenece á dicha colección. Tiene un agujero en el cuerpo, donde probablemente se le pondrían ofrendas de comida.

Estando para concluír el término de mi viaje, comencé á deshacerme de mis mulas. Algunas me habían acompañado casi desde el principio de mis expediciones, hacía seis años, como el Chino, el gran mulo blanca que tantas veces se me había caído en la sierra, escapando de la muerte. Me



Perfil. Frente.

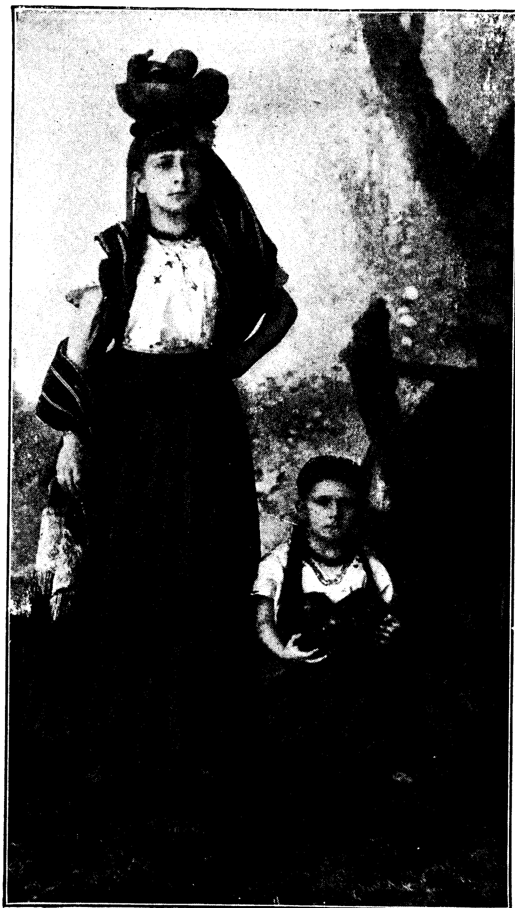
Ídolo tarasco de Corupo.

fue sensible separarme de esas viejas amigas que habían compartido mis adventuras y tenido también las suyas.

Como habían infestado recientemente los ladrones el camino para Pátzcuaro (nombre que significa, según el Dr. D. Nicolás León, "asiento del templo"), por primera vez durante mis travesías en México, me pareció conveniente llevar escolta, y partí á fines de noviembre acompañado de un sargento y dos soldados de caballería. Se tiene que pasar por muy mal camino, lo que mucho favorece á los bandoleros, y á juzgar por unas dieciséis cruces que vi grabadas en la corteza de un árbol, los ladrones fusilados no habían sido pocos. En el trayecto hacia Tingambato

("donde hace calor") noté muchos árboles de los llamados en México chirimoyas.

Como el alojamiento que encontré allí era inhabitable para un sér civilizado, me acosté bajo un cobertizo fuera de la cocina, esperando que aquella sería la última noche incómoda que iba á pasar en México.

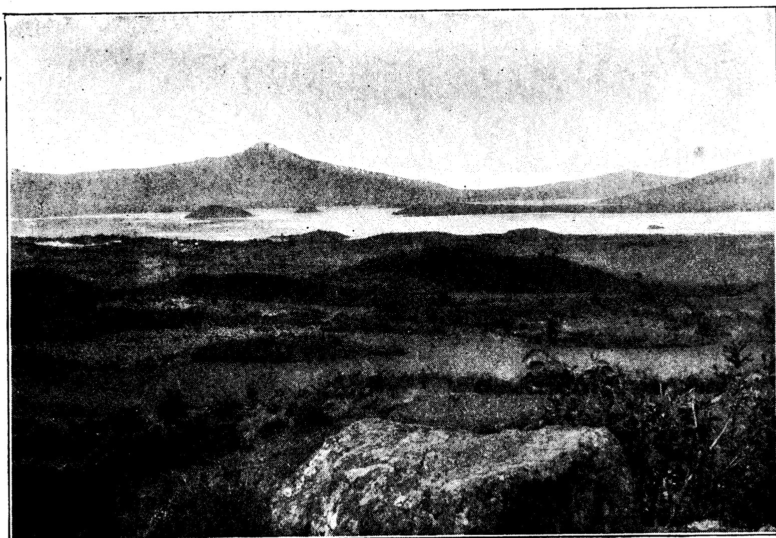


Tarascas mestizas de Uruapan.

De allí á Pátzcuaro recorrían el camino patrullas de rurales, con motivo de un robo cometido la semana anterior. Al oscurecer llegamos á Pátzcuaro, lugar situado á una altura de 7,000 pies y que me había sido descrito como una población aburrida "donde se dicen muchas misas y la gente se levanta muy tarde." Es una ciudad antigua y rara, que tiene once iglesias y gran número de sacerdotes católicos, más de los que vi en ningún otro lugar de su tamaño. Sus ocho mil habitantes, en gran parte de origen vizcaíno, son afables y corteses. Desde sus cercanías se goza de una hermosa vista del lago, en cuyas sucias y

verdigrises aguas se cría la famosa salamandra *achoque* (especie de *ajolote* ó *axolotl*), que á menudo se vende en la plaza de la ciudad. El achoque se come y le sacan de la piel un extracto que se usa como remedio para el asma.

Las riberas é islas del lago están muy pobladas de tarascos. Hay más de veinte ciudades y pueblos en dichas orillas. Aun usan por ahí los naturales un interesante instrumento precolombino llamado *tzipaqui* con que arrojan



El lago de Pátzcuaro, visto del sur.

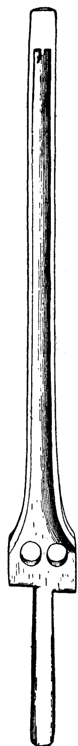
sus largos arpones de caña contra las aves acuáticas, provistos actualmente en la punta de un tridente de acero. El tzipaqui contiene dos agujeros para meter los dedos, y una ranura en donde encaja el pie del arpón.

En ciertas y determinadas estaciones del año, y especialmente con anterioridad á la fiesta del santo tutelar, es costumbre efectuar una cacería de toda clase de aves, principalmente patos, gansos, garcetas y chochas. Tal entretenimiento es original y pintoresco, y el Dr. N. León, que lo ha presenciado, me lo describió del modo siguiente:



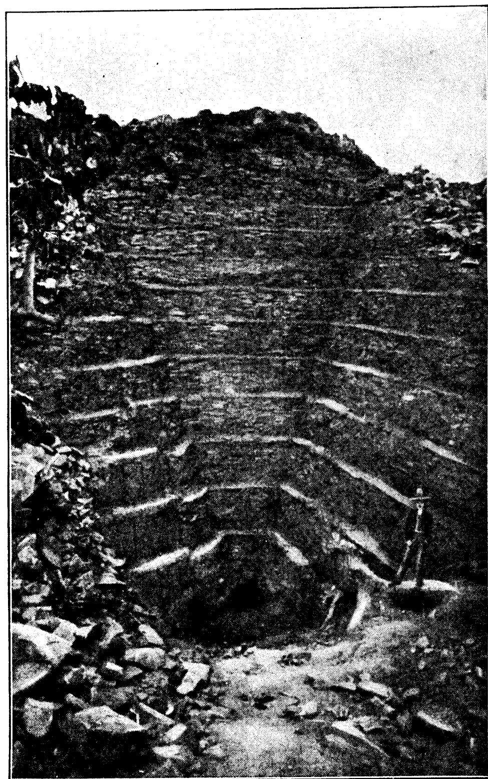
Arpón tarasco.

Reúnese una flota de ochenta á cien pequeñas canoas, tripuladas respectivamente por cuatro individuos, dos de los cuales impulsan y gobiernan la embarcación y los otros quedan libres para la caza. Todos parten de la orilla en fila ordenada y se dirigen hacia algún lugar previamente convenido donde hay abundancia de acuátiles. Al acercarse, lo hacen formando media luna para concentrar la volatería en sitio despejado y no muy distante de la orilla. Entonces cada cazador se pone en pie, empuñando con la mano derecha su tzipaqui y arpón; echa ligeramente el cuerpo hacia atrás, levanta el brazo y dispara su afilada saeta sobre la compacta multitud de aves acuáticas, seguro de atravesar casi siempre una ó dos de ellas. Si el tiro se acierta, aparece la caña oscilando en posición vertical, y de no herir la presa, quédase flotando mansamente en la superficie con el vaivén del agua. Mientras dura la caza, conservan las canoas su formación semicircular, á fin de que nadie corra el riesgo de ser herido por las disparadas jabalinas, además de que con sólo esa disposición retienen encerradas á las aves. Tales expediciones suelen durar varios días con sus noches, dando lugar á que se recoja gran número de piezas. Como cada flecha lleva la marca de su dueño, no hay motivo de que sobrevengan disputas. Antes de arrancar el punzón, matan á las aves y las echan al fondo de la canoa. La sabrosa carne de estas aves constituye parte indispensable de los ricos tamales que se sirven en el banquete con que se celebra la fiesta del santo patrono.



Tzipaqui tarasco.

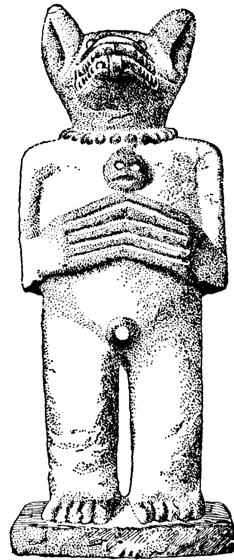
Visité la antigua capital de los tarascos, Tzintzuntzan, llamada por los aztecas Huitzizilan, nombres ambos que significan "lugar de colibríes." La ciudad se halla á la orilla del lago y fácilmente se puede ir á caballo hasta allí. Ahora es insignificante, pero según cuenta Beaumont, llegó á tener seis millas de extensión. Sus habitantes son civilizados y no hablan más que español. Uno de los atractivos para los viajeros que en ocasiones visitan el lugar, es una gran pintura al óleo, atribuída al Ticiano, que representa el Entierro de Jesucristo. Los indios lo guardan con el mayor celo, pues se asegura que ni el deseo del clero ni una oferta de veinticinco mil pesos, que hizo un americano, los ha inducido á desprenderse de su cuadro.



Yácata de Tzintzuntzan, descubierta de un lado.

Lo más notable que hay allí, en materia arqueológica, es una fila de cinco yácatas tendidas de oriente á poniente en la cima de una pequeña eminencia próxima á la ciudad. El espacio ocupado por los enormes montículos mide en conjunto 466 pasos en el sentido de la longitud, por 95 de

anchura. El cuarto de ellos, partiendo del este, es el mayor, el cual, como ha sido suficientemente desembarazado de sus ruinas, aparece en construcción y forma exactamente igual á la gran yácata de Parangaricutiro. El tronco de la "T" es de once pasos de ancho.



León humano, con cabeza de coyote, de piedra volcánica. De Pátzcuaro. Altura, 41.3 cm.

En Pátzcuaro compré á un padre un espejo de obsidiana negra, veteada de verde claro, probablemente el más grande que existe. Lo había encontrado en el curato del pueblo de Tzirahuén. Posteriormente adquirí dos estatuas de piedra volcánica, ambas representaciones inequívocas de la misma figura que el Dr. Le Plongeon encontró en Yucatán y llamó Chac-mul. Una de ellas fue desenterrada en el pueblo de Ihuatzio.

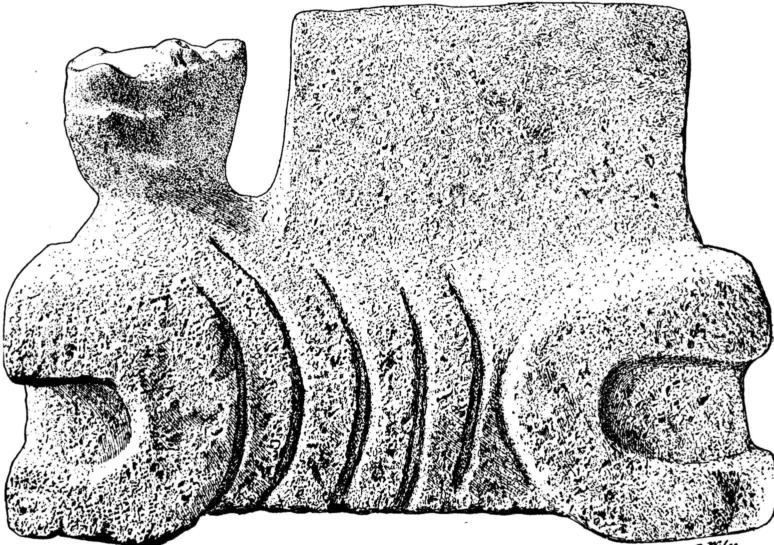


Figura de piedra volcánica. De San Andrés, cerca de Guadalajara. Altura, 42.5 cm.

Por vía de comparación inserto aquí también una figura de animal, hecha de la misma piedra, que se descubrió en el pueblo San Andrés, al sur de Guadalajara, al estar cavando un pozo. Con ella estaba enterrada una hacha de piedra. El animal tiene la cabeza vuelta á un lado, á la manera del Chac-mul, y es posible que se haya intentado representar al primitivo animal divinizado (¿el coyote?), que aparece en las estatuas.

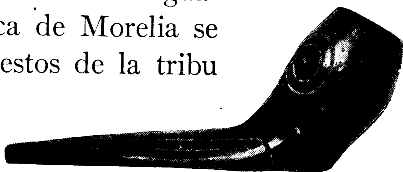


Figura de piedra volcánica. De Ihuatzio.
Altura, 27.5 cm.

CAPÍTULO XXVII

OTRA VEZ EN LA CIUDAD DE MÉXICO—LOS AZTECAS DE HOY—EL PRESIDENTE PORFIRIO DÍAZ—LA HERMOSA GUADALAJARA—LOZA ANTIGUA DE JALISCO—EL LAGO DE CHAPALA—ME SEPARO DE ÁNGEL—EN LA MARGEN OPUESTA DEL RÍO GRANDE.

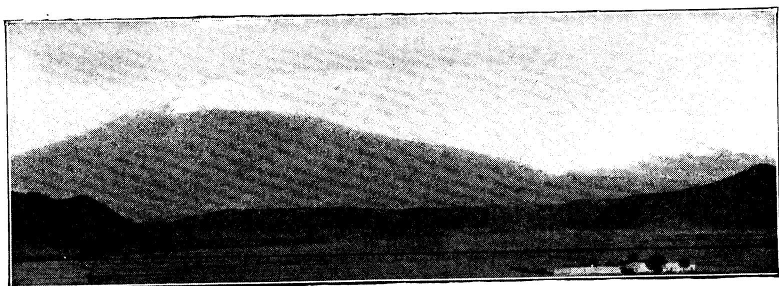
EL ferrocarril que une á Pátzcuaro con la ciudad de México, recorre en su mitad occidental una región fértil y descubierta que perteneció antiguamente á los tarascos. Cerca de Morelia se pueden encontrar todavía restos de la tribu pirinda, pero ya no hablan su lengua natal y se han mexicanizado por completo. La extensión que se cruza no es en manera alguna pareja y monótona; cerca de Toluca, á cincuenta millas de la ciudad de México, la elevación del terreno es como de 8,500 pies.



Pipa de barro negra y bruñida, en forma convencional de cabeza de pato. Del Valle de México.

Grandes cambios se habían operado en la capital de la República durante los tres años que no la había visto. Las principales calles estaban alumbradas por electricidad y aparecían muy embellecidas y limpias. La gente se movía presurosamente como en las grandes capitales europeas, y en dondequiera prevalecían el respeto y el orden. Por fortuna no ha desaparecido lo pintoresco de la ciudad, sino que á cada paso hace recordar que es un lugar histórico, lleno de interés arqueológico y aun etnológico. Mírase á las indias otomíes introduciendo patos vivos que llevan de los lagos, como antiguamente lo hacían; á tal cual indio joven que

armado de su látigo, atraviesa la Alameda arreando una parvada de pavos, ó aguadores acarreando su mercancía. El mercado de flores situado junto á la gran catedral mantiene otra costumbre de los antiguos tiempos. En el jardín



El Popocatépetl (montaña humeante) y el Iztaccíhuatl (mujer blanca), vistos del sureste.

de mi hotel, los árboles estaban verdes, en pleno diciembre, y no cesaban de cantar los pájaros.

En los barrios pobres y en los suburbios, aun son numerosos los aztecas de raza pura que arrastran su precaria existencia lo mejor que les es posible. Los hay hábiles imitadores de ídolos que se ganan la vida con la misma in-



Adorno de concha para el pecho. Del Valle de México. Longitud, 12 cm.

dustria que ocasionaba la muerte á sus antecesores. Otros se aventuran á emprender viajes á remotos pueblos aztecas para comprar las reliquias auténticas que accidentalmente se encuentran en los campos. Tales curiosidades las venden bien en la capital, pero no logran sin dificultad obtenerlas. Uno de dichos traficantes me refirió cuan arduo

era su trabajo. Los naturales son muy desconfiados de los extraños, aunque sean individuos de su misma tribu. Para tratar con ellos, necesitaba aquél valerse de alguien en quien tuvieran confianza, pues de lo contrario no le daban entrada. Antes de penetrar en una casa, tenía que habérselas con dos ó tres grandes perros; y cuando, vencidos los obstáculos exteriores, abordaba el asunto de los *muñecos*, otro nombre que aplican á las antigüedades, exclamaban las gentes: "Ave María Purísima! Usté debe ser el Anticristo!" y necesitaba ir persuadiéndolos poco á poco á que le vendiesen los objetos de esa naturaleza que poseyeran.

La mujer del vendedor á que hago referencia era también azteca pura. Tenía cuatro hijos, uno en los brazos y los otros correteando en la calle. El mayor, de diez años, ya hacía su lucha ingeniándose en vender ídolos falsos á incautos extranjeros, á quienes refería los cuentos más inverosímiles acerca de sus cachivaches. Era en realidad un embustero de cuenta que algún día, sin la menor duda, irá á dar en Belén (prisión de México), bien que tal perspectiva no parece atemorizarlo. Su madre me dejó atónito una vez que me dijo que tenía diez niños más en el cielo. Dos habían muerto de pulmonía y los otros de tos ferina ó intermitentes. Las más de esas enfermedades se han propagado entre los indios con las demás bendiciones de la civilización. En los pueblos, beben los naturales gran cantidad de pulque y aguardiente los domingos, de donde resultan sobradas riñas con puñales.



Lezna de cobre con mango de tibia de pavo. Del Valle de México. Longitud, 18.9 cm.

Los aztecas, aunque de mediana estatura, son fuertes y de gran resistencia. Un amigo mío americano me contó en México que había visto á un cargador azteca llevar á cuestas una barrica de vino que pesaba cuatrocientas libras. En

cierto modo, los aztecas fueron los romanos del Nuevo Mundo. Suya fue la gran lengua venerada por tantas tribus. Si hablándoles en su propio idioma trata uno de comprar á sus descendientes cualquier objeto, no es raro que lo cedan por vía de obsequio.

Un caballero alemán establecido en México, á quien sus propensiones esportivas llevaban á largas distancias por el campo, se dislocó una vez un brazo, y un azteca amigo suyo le compuso el miembro dañado, practicando la operación con suave destreza y sin causarle mucho dolor. Desde entonces considera tan notable la habilidad quirúrgica de los aztecas, que si le llegase á ocurrir otro accidente semejante, dice que solicitaría la ayuda de sus atezados amigos mejor que el tratamiento de un doctor blanco. Algunas familias aztecas conocen excelentes remedios, cuyas fórmulas se trasmiten de padres á hijos, á manera de herencia, guardándolas para los extraños en el mayor secreto.



Malacate de barro, con dibujo tallado que representa un mono. Del Valle de México. Tamaño actual.

El mismo caballero sostiene que estos indios matan á sus mujeres cuando les son infieles, delito con que no transigen jamás. Hablaba de ocho casos de que tenía conocimiento. Aunque no es muy grande el afecto filial entre ellos, es muy difícil que los padres se separen de sus hijos, pues los quieren bien. Las madres miman y consienten á sus hijos más pequeños, como lo hacen todas las indias, y tal particularidad se ha arraigado en todas las madres mexi-

canas de hoy día, aun con detrimento del porvenir de sus vástagos.

Mucho puede aprenderse todavía acerca de los antiguos hábitos y costumbres de las tribus en los más remotos pueblos, donde aun conserva la gente su propia lengua, como, por ejemplo, en las faldas del Iztlacíhuatl ("mujer blanca"), el volcán extinguido. El padre Hunt Cortés, que ha pasado muchos años entre dichos indios, me informó que todavía sacrifican niños al dios de la lluvia Tlaloc, arrojándolos á la laguna de Texcoco, y que la misma costumbre se observa en Xochimilco ("lechos de flores") y en Chalco. Los niños sacrificados son generalmente de dos ó tres años, pero suelen ahogarlos hasta de diez años de edad. Algunos son hijos de padres pobres, y otros de indios acomodados.

La tarde del 13 de diciembre fui recibido en audiencia por el Presidente Porfirio Díaz. Era mi tercera entrevista con él. Su cabello y bigotes habían encanecido desde la última vez que lo vi, pero me pareció tan vigoroso como un hombre de cincuenta años. Le dije cuán importantes servicios me había prestado la carta que bondadosamente me había dado, y cómo, aun donde los indios no sabían leer, quedaban convencidos de la autenticidad de mi salvoconducto con sólo tocar el papel y mirar el sello. Nunca, por supuesto, se habían penetrado del objeto de mi visita, pero el documento había llenado su objeto por la palabra *importante* que ocurría en una de las frases, pues siempre les llamaba la atención y me abría camino á su confianza.

Cuando le manifesté al Presidente que su nombre era conocido entre las más remotas tribus que yo había explorado, se sonrió y dijo: "Los indios son buenos si uno les explica las cosas, pero los han burlado y engañado tanto que se han vuelto desconfiados. Durante la intervención francesa, casi todos los soldados del partido liberal eran indios y prestaron los más grandes servicios para la salvación del país."

No me olvidé tampoco del mensaje con que los coras y

huicholes me habían comisionado, á saber, que Don Porfirio expidiese una orden para que sus terrenos nunca fuesen enajenados á los blancos. Con sorpresa mía me preguntó:



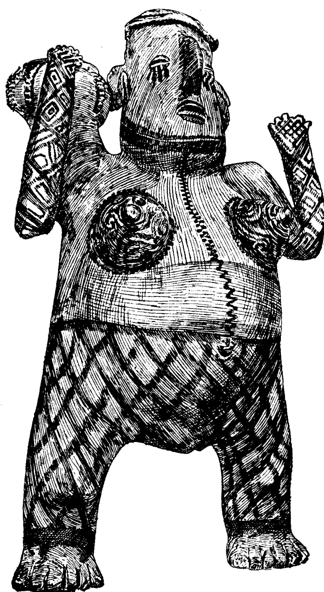
Schlactman Hermanos.

El Señor Presidente Don Porfiro Díaz. De una fotografía tomada en 1901.

"¿Hay entre ellos quienes sepan escribir?" Díjele que sí, ofreciendo proporcionarle nombres. "Entonces les escribiré," repuso. Espero que su carta llegaría hasta los indios. El mismo señor Presidente apenas podría suponer el

beneficio que les haría con ello: guardarían su carta como un poderoso talismán contra "los vecinos" durante los siglos por venir.

El General Díaz tiene un residuo de sangre mixteca en las venas, hecho que se revela en su aspecto físico y su fisonomía, y que patentiza en él gran fuerza de carácter, voluntad firmísima y al mismo tiempo benevolencia y nobleza de corazón. Es digno en su porte, de urbanas y corteses maneras, y su extraordinario magnetismo personal fascina á cuantos se le aproximan. Conoce su país y cuanto éste necesita, mejor que ningún otro mexicano, y lo ha gobernado cerca de un cuarto de siglo con juicio y rara sagacidad. Cómo ha reorganizado la república, engrandecido un estado y desarrollado una nación, es asunto digno de la historia. El General Díaz no sólo es un grande hombre de este continente, sino uno de los más grandes hombres de nuestra época.



Terracota antigua.

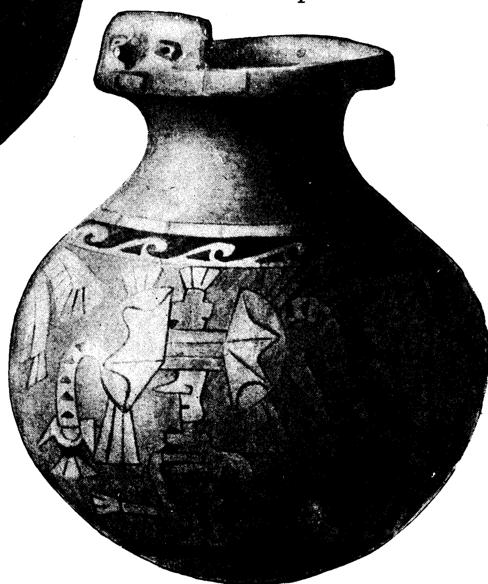
Á Guadalajara, capital del Estado de Jalisco y la segunda ciudad de la República, se llega fácilmente por ferrocarril. Agradablemente situada en un risueño valle, á una altura como de 5,000 pies, su clima es más cálido que el de la capital de la Federación. La ciudad es hermosa y limpia, y sus habitantes afables y comunicativos. Como se encuentran buenos hoteles, es uno de los lugares que con más gusto pueden visitarse en México. Es famosa su alfarería que, aunque ampliamente basada en la antigua cerámica, va perdiendo su carácter nacional. En esta página

reproduzco una terracota, encontrada cerca de Guadalajara, que representa una mujer en cinta.

Jalisco es rico en antigüedades. Constantemente están descubriéndose sepulcros, pero lo que de ellos se extrae, en gran parte al menos, cae en manos de traficantes venales que dispersan por el mundo tal riqueza arqueológica, vendiéndola á los turistas. En 1898, obtuve allí una colección sumamente interesante de piezas cerámicas que unos trabajadores habían encontrado en la hacienda de la Estanzuela, entre Guadalajara y Ameca. Contáronme que dieron con gran número de muertos, algunos de los cuales estaban sentados y otros puestos de pie ó tendidos, y que con ellos había muchísimos jarros. Les compré ciento doce piezas, treinta y cinco pintadas al encausto y varias muy bien conservadas. Cuando tuve noticia de los hallazgos,



Vasija antigua de la Estanzuela.
Altura, 12.2 cm.



Vasija antigua de la Estanzuela.
Altura, 12.6 cm.

ya había adquirido un revendedor la vasija de más mérito, pero logré rescatarla. Es la representada en la página anterior, cuyo dibujo decorativo doy en extenso en la plancha XIII. De igual procedencia son la otra vasija de la página 448 y la del adjunto grabado, cuyos dibujos pueden apreciarse en las láminas XIV y XV. Mi compañero el Dr. Hrdlicka, en una excavación bastante curiosa que practicó por la misma época ó poco antes cerca de Nostic, más al norte de Jalisco, junto á Mezquitic, extrajo un plato, y en 1902 logró sacar del mismo lugar otras varias piezas de la misma clase de loza.



Vasija antigua de la Estanzuela.
Altura, 16.7 cm.

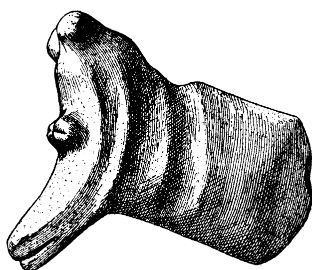
Estas fueron, que yo sepa, las primeras vasijas de su género encontradas en México. Para decorarlas se empleaba el mismo procedimiento usado por los tarascos de hoy en sus lacas. Evidentemente comenzaban cubriendo la superficie accesible de cada pieza con una espesa capa azul plomiza de cierta arcilla en que grababan los dibujos, y una vez llenas las incisiones con diversos colores, sometían las vasijas al fuego. Las figuras representadas son, por lo común, humanas, pero algunos dibujos no son sino de los llamados geométricos.

Las vasijas son gruesas, de grano suficientemente fino, y color de ladrillo. La pieza mejor decorada tiene ocho pulgadas de altura. Las que carecen de adornos son más

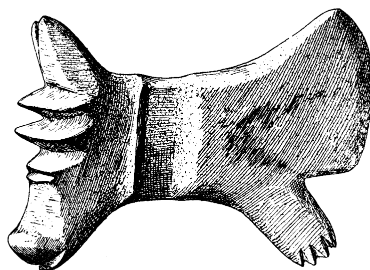
pequeñas, de dos á cuatro pulgadas de altas, y muy ensanchadas en forma de copas.

Varias de las adornadas presentan señales evidentes de que se hicieron en dos secciones horizontales, más ó menos del mismo tamaño, que se unieron después. Aunque la mayor parte de las vasijas son de contornos simétricos, muchas de las adornadas parecen haber perdido algo de su gracia al ser fabricadas.

En el pueblo azteca de San Pedro, unido por tranvía á Guadalajara, vive Timoteo Panduro, escultor azteca que aprendió su arte por sí solo, pero de habilidad nada escasa.



Destral de ceremonia, usado en los ritos sagrados. De cerca de Chapala. Longitud, 9 cm.



Destral de ceremonia, usado en los ritos sagrados. De cerca de Chapala. Longitud, 10.6 cm.

Los viajeros que van á Guadalajara lo llaman á los hoteles para que les haga sus bustos en barro, los que modela en unas cuantas horas. El precio de dieciséis pesos mexicanos que cobra, no guarda proporción con el mérito de su trabajo.

Fui á dar un paseo al hermoso lago de Chapala, el mayor de México, que mide cincuenta millas de longitud y de quince á dieciocho de ancho. Su nombre, que es náhuatl, debería ser Chapalal, imitación onomatópica del ruido de las olas que juegan en su ribera. Se va en diligencia á una pequeña población del mismo nombre, situada á la orilla, donde se han construído bonitas casas de campo.

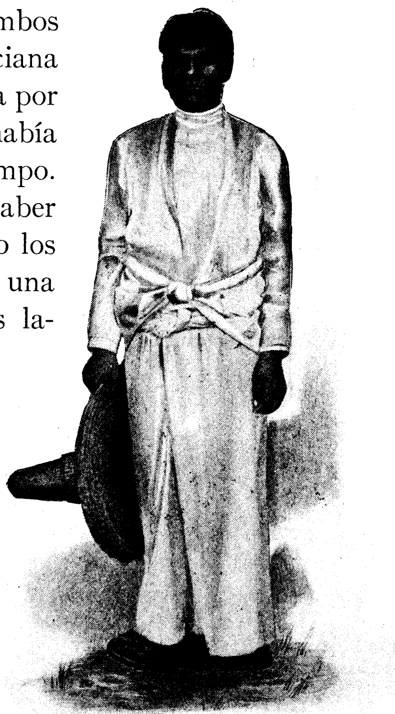
Se encuentran en ese lago, especialmente en su extremo occidental, grandes cantidades de diminutas vasijas anti-

guas, de fabricación tosca, y buen número de otros objetos. Cerca del pueblo de Ajijic (del náhuatl: *atl*, agua; *xixim*, desparramar; *c*, en ó dentro, ó sea "donde se desparrama el agua") hay gente que se dedica á bucear dichos objetos, que ensartan en cuerdas para venderlos á las personas que visitan el pueblo de Chapala. Por mi parte, reuní varios centenares, y su número parece inagotable. Nadie sabe cuando ni porqué fueron arrojados al lago. Lo más probable es que fuesen ofrendas votivas al dios del agua, en solicitud de buena suerte, salud y otros beneficios materiales.

En Guadalajara me fueron á ver un día los padres de Ángel, ambos indios de raza pura. La anciana madre había estado muy inquieta por su hijo acerca de quien no había tenido noticia durante largo tiempo. Como era inteligente al grado de saber leer y escribir, había desahogado los sentimientos de su corazón en una carta que me dirigió bajo estas lacónicas palabras:

Don Carlos, Noruega.

La pobre mujer exigió demasiado á las modernas facilidades postales; pero, al fin, recobró á su hijo, pues allí me separé de mi leal y abnegado sirviente que volvió á su hogar, de su excursión, más avisado si no mejor de lo que había sido siempre. Como ejemplar de indio civilizado que nunca había sabido su lengua nativa, era muy interesante. Su honradez y seguridad me admiraban, pues á pesar de que



Ángel.

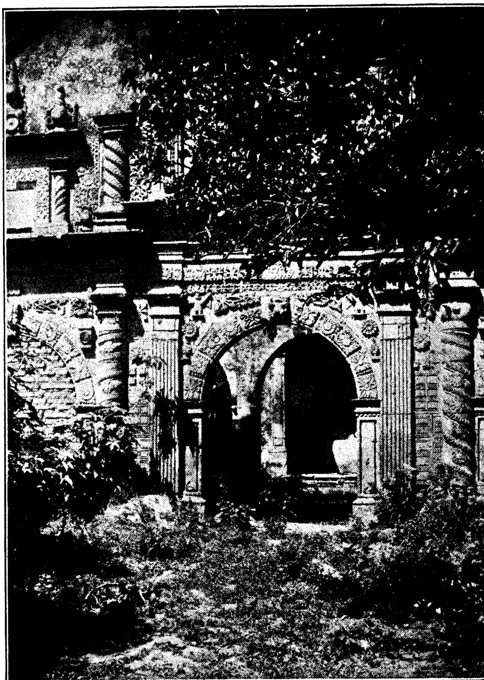
varias veces lo había enviado por algunos días á comprarme antigüedades en los ranchos, jamás se había apoderado de un solo centavo. Cuidaba de mis propiedades é intereses como si fuesen suyos. Mostrábase pronto á aprender lo que no sabía, y únicamente con que le hubieran enseñado en su juventud á leer y escribir, habría podido desempeñar



Iglesia de Santa Cruz de las Flores, uno de los más antiguos edificios de Jalisco.

importantes comisiones. Hice lo posible por inducirlo á aprender á leer, escribir y contar, y obtuve su promesa formal de que lo intentaría, aunque me temo que lo eche en saco roto y confirme el proverbio "cuanto más viejo más pellejo." "Salomón olvidó sus libros en la tierra de usté," solía decirme, "por eso saben más que nosotros, no porque hayan aprendido á leer y escribir."

Ángel era católico sincero, pero había cierta frivolidad en sus creencias y no era muy celoso en asistir á misa. Á una mujer que se lo censuraba en estos términos: "los buenos cristianos no dejan de ir á misa, al menos en toda la cuaresma," le contestó secamente: "¿para qué quieren ustedes tantos cristianos?" Una vez se expresó así conmigo: "He estado pensando preguntarle qué religión tiene la gente en la tierra de donde usté viene. ¿Creen en Dios al otro lado del mar? He visto que usté gasta mucho dinero cuando nos detenemos en los pueblos; compra muchas cosas y no vende nada, ni usa las cosas que compra. En esto está la malo."



Pórtico de la iglesia de Santa Cruz de las Flores.

Á pesar de la perspicacia de su entendimiento, sus supersticiones eran muchas y no desechaba sus singulares ideas sobre las cosas del mundo. De los ferrocarriles, por ejemplo, tenía muy pobre opinión. El modo rápido y sin ceremonias con que corren y son manejados estaba en pugna con su manera de entender el respeto. Para los indios, los trenes son manifestaciones diabólicas y creen que antiguamente se detenían cuando algún padre entraba en ellos. Hasta hace poco se ha hecho seguro para todos

viajar en ferrocarril, debido á que se ha logrado conjurar á los demonios.

"México," opinaba Ángel, "se está vendiendo desde que vinieron los trenes y empezaron los extranjeros á hacer lo que quieren. El ferrocarril ha hecho mucho perjuicio porque ahora no hay trabajo para los pobres arrieros." "Pero mira todo lo que ganan los pobres trabajando para el ferrocarril," le sugerí. "Bueno," repuso; " ese dinero de



Mujeres criminales moliendo maíz para los presos en la cárcel de Querétaro.

nada les sirve. Los sábados lo gastan todo, y hasta tienen que pedir á veces prestado para vivir en la semana. Yo creo," prosiguió, "que hasta el dinero que usté me está pagando es malo para mí y para mi familia, porque no veo como lo gana. ¿Quién sabe lo que irá á hacer después? Supongo que algún día, con ayuda de todo lo que se lleva, se apoderará de los pueblos y caminos de nuestra tierra. Usté ha tomado notas de todo, me parece á mí."

Antes de regresar á la Sierra Madre, en 1898, escribí de Nueva York á Ángel pidiéndole que me fuera á esperar

en cierta fecha á Colotlán, Estado de Jalisco, distante como una semana á pie de donde el vivía. Cuando llegué al lugar, ya había estado esperándome dos días, y aun me dijo que el día que recibió mi carta estaba preparándose para casarse. *Sus gentes* habían matado una vaca y disponían una gran fiesta; pero todo lo dejó, inclusa su novia, por ir á verme. "¿No temes perderla?" le pregunté, y él repuso: "Como si no hubiera más mujeres!" De hecho había estado vacilando entre dos muchachas, sin saber á mal escoger; pero esa vez estaba resuelto á quedarse con la que más resintiera su ausencia.



Familia indígena en camino.

En unos dos días se traslada uno por ferrocarril de Guadalajara á El Paso, Texas. Después de tres años de no hallarme en los Estados Unidos, los americanos de la frontera me parecieron todo lo contrario de lo que los mexicanos llaman *simpático*. Todo el mundo se mostraba tan serio, tan "estrictamente ocupado," como si nadie tuviera tiempo para gozar de la vida. Aun el comer antojábase una rutina que precisaba satisfacer con toda la brevedad posible. En el hotel, los groseros mozos servían á la vez agua helada, carne cruda, pan caliente y tocino con frijoles de lata. Al poner la mesa, frotaban los sirvientes, por cor-

tesía, los útiles de mesa, aparentemente limpios, con la inevitable servilleta con que en ocasiones se enjugan la cara ó se retuercen los bigotes. Involuntariamente me acordé del delicioso hotel de Guadalajara, con su buena comida servida en espaciosa y ventilada galería, junto á fresco y fragante jardín. Todas esas comodidades eran mías por la modesta suma de dos pesos mexicanos; mientras que ahora, al otro lado del Río Grande, todo, desde la media botella de cerveza hasta la cama del Pullman, me costaban dos veces más que allá.

Sentí alegría, sin embargo, de volver al seno de los muchos afectuosos amigos que he tenido la fortuna de tener en la gran república. Ciertamente me gustan más los hombres civilizados que los primitivos, pero por mucho que me satisfagan las comodidades y placeres de la vida, no me pueden borrar las impresiones que almacené durante mis peregrinaciones por el México desconocido. El encanto de vivir en íntima comunidad con la naturaleza únicamente puede ser apreciado por quienes lo han sentido. Sólo ellos pueden comprender lo fascinante de esa región donde aun no penetra el agresivo espíritu del hombre. Mucho sufrí en México; la malaria tiene peculiar fuerza para hacer sentir lo miserable de la vida; pero los recuerdos plácidos superan con mucho á los desagradables. Á menudo recuerdo las adorables mañanas pasadas allá, en que todo se mostraba sosegado y armonioso bajo el brillante sol después de una noche lluviosa, oyendo cantar los pájaros, sin otras molestias que las inevitables privaciones. En cuanto á los morenos amigos que dejaba tras de mí en sus abruptas montañas y descubiertos valles, nunca sentí el aislamiento entre ellos. Tantas cosas ocurren continuamente en el reducido mundo que habitan, que es imposible que no exiten el interés de observarlos y el estímulo de estudiarlos. Compartiendo sus gozos y sus penas, penetrando en sus pensamientos y aprendiendo á comprender su ciencia tradicional y sim-

bolismos, me sentí trasportado á millares de años atrás, á las primeras etapas de la historia humana. Tribus primitivas como son, me han enseñado una nueva filosofía de la vida, pues su ignorancia está más cerca de la verdad que nuestras preocupaciones.

CONCLUSIÓN

AL principio de mis expediciones, cuando aun ocupaba indistintamente arrieros americanos ó mexicanos, de continuo tenía que defender á los últimos de la arrogancia de los primeros. Más tarde, entre los indios, con frecuencia vi á los mexicanos tratar á los naturales con la altanería con que habían sido tratados por los americanos, y de nuevo tuve que intervenir en favor del oprimido. Finalmente, una vez, en la barranca, mis cargadores tarahumares se ofendieron mucho porque di á mi perro el corazón, bofes, hígado, etc., de un carnero que habíamos matado. "¿Vale el perro más que nosotros para que le den todo eso?" me dijeron. El perro se hubiera muerto de hambre con lo que los indios le hubieran dado. Tuve, por lo tanto, que proteger al perro de los indios; á los indios, de los mexicanos; á los mexicanos de los americanos.

Como los perros ó caballos educados suelen mostrar más hermosas y nobles cualidades que muchos hombres, así me parece, después de mi larga experiencia con los indios de México, que en su estado natural son, en ciertos puntos, superiores, no sólo á la mayoría de los mestizos, sino á la masa común de los blancos. Nos sentimos inducidos á considerar á los pueblos primitivos como sinónimos de todo lo rudo, malo y vicioso. Nada más erróneo. Puedo citar una tribu pagana de la India para quien la mentira constituye la más negra deshonra, y otra de las islas del mar de Bering que, cuando fue descubierta por unos misioneros rusos, llevaba una vida casi tan conforme con el Evangelio cristiano que los maestros declararon que era mejor dejarla

entregada á sí misma. Nada más necesario, sin embargo, que una comparación entre los indios mexicanos antiguos con los mismos naturales como aparecen á la luz de la civilización moderna.

Los aztecas, que no eran sino una de las diversas tribus que habían alcanzado algún grado de civilización, no se hallaban sometidos, valiéndome de las propias palabras de Mr. Bandelier, á un poder despótico, sino organizados en una democracia militar bárbara, pero libre. Su administración era admirable. La conquista no traía consigo la partición de las tierras. Las leyes eran obedecidas y respetados los gobernantes, que es muchísimo más de lo que pudiera decirse de la Europa de entonces. El erudito misionero español Diego Durán,. sesenta años después de la conquista, escribió acerca de México un libro muy interesante á este respecto. Refiriéndose á la falsa opinión que tenían los españoles del estado salvaje é inculto de la raza india, dice aquel monje, tan fanático en lo demás: "¿En que tierra del mundo hubo tantas ordenanzas de republica ni leyes tan justas ni tambien ordenadas como los indios tuvieron en esta tierra ni donde fueron los reyes tan temidos ni tan obedecidos ni sus leyes y mandatos tan guardados, como en esta tierra? ¿Donde fueron los grandes y los caballeros y Señores tan respetados ni tan tenidos ni tan bien galardonados sus hechos y proezas cómo en esta tierra? ¿En que tierra del mundo ha habido tanto número de caballeros é hijos-dalgos ni tantos soldados valerosos que con tanta codicia y deseo procurasen señalar sus personas en servicio de su Rey y para ensalzar sus nombres en las guerras por solo interes de que el Rey los honrase como en esta tierra? ¿En que tierra del mundo ha habido ni hay que con tanta reverencia y acatamiento y temor tratasen los sacerdotes y ministros de sus dioses y no solo los medianos pero de los reyes y principes y grandes señores se postraban y humillaban á sus pies y los obedecían y reverenciaban

como á ministros de sus falsos dioses que no faltaba sino adorallos? Pues si decendemos á lo que toca á su religion falsa que tenian ¿que gente ha habido en el mundo que así guardase su ley y preceptos de ella y sus ritos y ceremonias como esta? Cierto no sé si la habrá habido en el mundo y que todo lo dicho sea verdad no quiero mas probabilidad de ello de que los que lo tratan son gente que ignora los principios en lo que toca á la mucha órden en que estos vivieron en su antigua ley como lo saben bien los que los tratan y entienden que aún con estar ya todo muy trocado y perdido en lo que tocaba á sus leyes y modo antiguo hales quedado solamente una sombra de aquel buen órden que pone admiracion que contado y que empadronado y que á punto tengan sus gentes y vecinos de los pueblos para acudir a qualquier genero de cosas y negocios que les sean mandadas teniendo para todas sus prépositos y guias y mandoncillos unos para los viejos otros para los casados otros para los mancebos por casar con tanta cuenta y órden que ni aún los niños recien nacidos no se les escapaba ver con que órden acuden á las obras públicas y con que cuenta para que el que fué esta semana no vaya la otra sino que ande la rueda con tal concierto y órden que ninguno se sienta agraviado."

En todas las habilidades de mano, por ejemplo, para esculpir la piedra, la madera, etc., los antiguos pobladores de México no tienen hoy rival en cuanto á la firmeza de la ejecución y belleza del contorno. Autoridad tan excelente como el Dr. N. León considera á los antiguos aurífices inimitables en sus trabajos de filigrana. El sistema del calendario azteca, tan antiguo casi como el cristiano, se basaba, según la Sra. Z. Nuttall, quien especialmente lo ha estudiado, en exactas observaciones del sol, de la luna y de Venus, y continúa exitando la admiración de los sabios. Era más sencillo que el de los europeos de entonces.

PLANCHA XIII

PLATE XIII.



Su civilización tenía la mancha de los sacrificios humanos; pero téngase presente que lo hacían por deber religioso y que en este respecto, además, se ha exagerado mucho. El sacrificio de las víctimas, á quienes se dejaba inconscientes por medio de drogas, era incuestionablemente menos inhumano que las hogueras y tormentos que aplicaba la Inquisición á seres humanos en el altar de un Dios de paz y misericordia. El instinto de tales sacrificios ha existido en todas las razas y naciones, sin excepción ni de las más elevadas como hebreos, griegos, romanos, teutones y aztecas. Mientras la humanidad no se desarrolla, no es capaz de comprender en la religión más nobles tendencias.

Es error muy común considerar á los bárbaros, hombres de tercer orden. El cuerpo del indio adquiere mejor desarrollo que el del blanco y sus sentidos son más perfectos; al par que su inteligencia y claridad de ideas alcanzan generalmente más alto nivel que el común del pueblo en Europa y América. No puedo menos de recordar la respuesta que un indio de Norteamérica dio cierta ocasión que, como tantas otras, proyectaban los blancos expulsar á la tribu de sus patrios hogares. El comisionado oficial trató de ganarse la confianza de los indios imitándoles su estilo retórico. "Hermanos míos," les dijo, "el Gran Padre [el Presidente de los Estados Unidos] ha sabido todo el mal que os han hecho, y dijo: 'voy á enviarles á mis hijos rojos un hombre honrado para que les hable;' miró al norte, al oriente, al sur y al poniente, y dijo: 'Aquí veo un hombre honrado,' y me envió á mí. Miradme, pues, hermanos míos: los vientos de los cincuenta y cinco años han soplado sobre mi cabeza y plateado mis cabellos, y durante ese tiempo no le he hecho mal á nadie. Yo soy vuestro amigo, hermanos míos, y como amigo os pido que firméis este tratado." Cuando el orador hubo concluído, púsose en pie uno de los jefes y dijo: "Amigo, mírame. Los vientos de más de cincuenta inviernos han soplado sobre mi cabeza y plateado

mis cabellos; pero no me han echado fuera los sesos." Sentóse luego, y se dio por terminado el consejo.

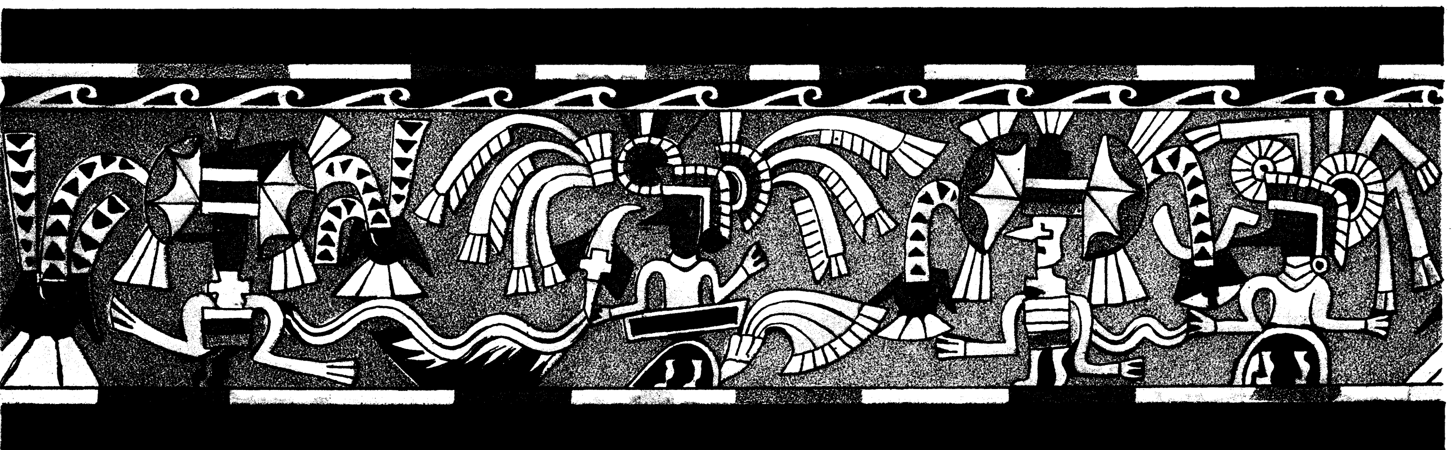
Las dotes mentales de muchos indios les permitirían desempeñar puestos de importancia, pero por desgracia prefieren vivir juntos, conservando sus hábitos y costumbres. El hombre primitivo es tan modesto en su ambición como en sus demandas á la naturaleza; no pide más que lo que necesita, de donde se origina la estrechez de sus miras. Mas como la civilización depende tan considerablemente de la acumulación de propiedad, la grande abstención del indio constituye un obstáculo para su progreso.

El innato sentido artístico de los naturales de México se manifiesta en la belleza y continua diversidad de los dibujos que pone en sus tejidos y demás obras decoradas, dibujos que reconocen por origen la evolución de simples motivos de la vida diaria. Bien que no cultivan las flores por el sólo hecho de que son bellas, nunca dejan de fijar la atención en sus colores, y tanto los hombres como las mujeres conocen la flora de su país incomparablemente mejor que los blancos de las clases cultivadas entre nosotros. Distinguen con la mayor prontitud y perspicacia la más leve variación en la forma de las hojas, etc., sobre todo en las plantas de valor económico.

Para los indígenas de México, la monogamia es la base fundamental de la familia, y el estado social de la mujer es el de compañera menor. Cada sexo tiene su propia esfera. En su conducta mutua nunca llegan al comportamiento bestial en que incurren los blancos de las clases bajas; lo que llamamos sus vicios se deben, no á la depravación, sino á sus prácticas religiosas. La honestidad personal es innata en la raza.

Su justicia es inexorable. Nunca toman en cuenta las circunstancias atenuantes, sino que consideran que todo acto indebido ha de ser expiado conforme á la ley de ojo por ojo, diente por diente. Antes de civilizarse, jamás son

PLANCHA XIV. PLATE XIV.



serviles. Tanto con sus compañeros de tribu como con los extraños, se muestran ceremoniosos, observando estrictamente las reglas de su ingénita cortesía. El indio, aun vestido de harapos conserva su caballerosidad de nacimiento y es tan atento y considerado ante los sentimientos ajenos, como cualquiera que se cubra de sedas ó de púrpura. Un arqueólogo inglés muy conocido, que en recientes años ha viajado extensamente por la República, me dijo: "Necesito observar con los indígenas tanta circunspección como si me encontrara entre europeos bien educados."

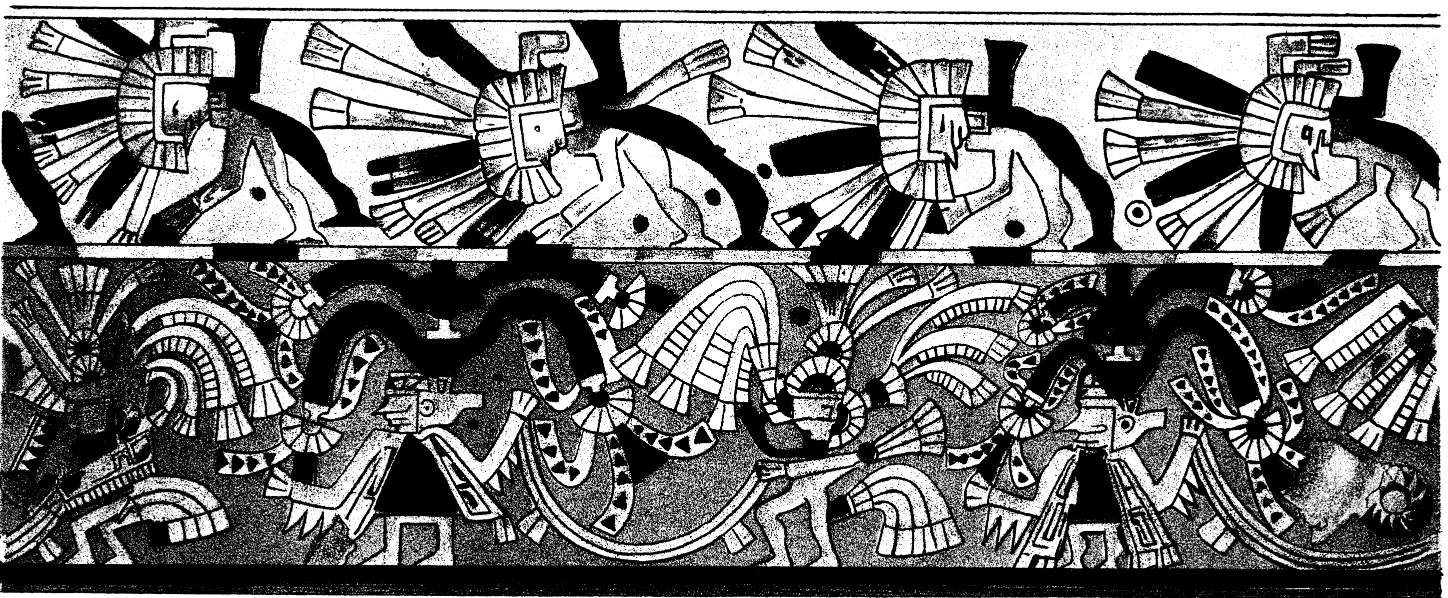
Muchos extranjeros desdeñan á los indios mexicanos porque comen con los dedos. No veo por qué semejante hecho sea, por sí mismo, signo de barbarie, máxime si se ejecuta con tanta gracia y esmero como lo practican con sus pequeñas manos los indios. No hay para qué recordar al lector que los tenedores, aun en Europa, son de invención comparativamente reciente. En Inglaterra, la primera persona que los conoció fue la reina Isabel, y más tarde, un predicador inglés denunció, en uno de sus sermones, el uso del tenedor como un insulto á la Providencia Divina que nos ha dotado de manos para comer.

La inmortalidad del alma es universalmente reconocida por los indios; no tienen igual en fervor religioso, pues toda su vida es una continua adoración á los dioses para que les concedan felicidad, y todos sus actos, el menor trabajo que emprenden obedece á pensamientos religiosos. Cuanto pudiéramos llamar adorno en sus vestidos y herramientas debe su existencia á las ideas suplicatorias que expresa. De cuanto posee el indio, tienen los dioses su parte; no hay, por ejemplo, cosecha tan escasa de que no sacrifiquen con buena voluntad algo á la deidad que la otorgó. Cuando los veía entragados infatigablemente, durante días y noches, á sus danzas religiosas, y los oía en sus humildes templos invocando con los ojos llenos de lágrimas la protección divina, sentía en mi corazón que su piedad tenía derecho á

ser escuchada con la misma prontitud que la más elocuente oración del gran sacerdote en los más ricos altares que la cristiandad haya elevado á la mayor gloria de Dios. En las condiciones de la vida actual, va perdiendo el indígena sus bienes terrestres, pero aun retiene el tesoro de su religiosidad y cumple con el nuevo código ritual con tanta veneracion como la tributada á los ídolos de sus antecesores. "Los indios tienen demasiada religión," me decía cierta vez un sacerdote católico; "más de la que les conviene."

Preguntado el jefe de los zuñis, á quien Cushing llevó á Boston, qué había impresionado más á él y á sus compañeros en la gran ciudad de los blancos, replicó: "Que la gente no es religiosa! Grandes multitudes andan constantemente de aquí para allí, pero nadie reza. Yo los creía muy religiosos, porque nos envían misioneros; veo que no lo son."

Se refiere otra anécdota de los zuñis que caracteriza sus ideas y filosofía de la vida. Habiéndolos recibido en su casa de campo la noble Señora Hemenway, que tanto hizo por la investigación científica de los aborígenes americanos, suplicó á un ministro protestante que les explicase su religión sin lastimarlos para nada en sus propias creencias. Para impresionar á tan extraña congregación, el bueno del pastor se tomó muchos trabajos á efecto de embellecer la pieza con colgaduras y flores, colocando la Biblia en el centro y rodeándola de candelabros con velas encendidas. En seguida predicó un sermón en que se refirió á los antecesores de los americanos como á gente que había vivido en la oscuridad, entregados al robo y otras maldades, mientras que los hombres de hoy son buenos cristianos que viven felices. Los indios escuchaban atentamente, cambiándose de cuando en cuando sus comentarios, y cuando el clérigo hubo concluído, se levantó uno de ellos, y habló en estos términos: "Padre, vuestros antecesores fueron hombres! Por ellos tenéis ferrocarriles y bancos, y las demás cosas buenas. Todo lo que existe, aun los hombres y los dioses, viene de la oscuridad;



hasta el grano de maíz comienza á crecer en la oscuridad. Mientras está en lo oscuro, el grano crece torcido, pero á la luz del sol, la planta se alza derecha. El hombre que anda en la oscuridad tropieza á cada paso; pero en la luz, camina erguido hacia adelante. Además, Padre, usted no puede ver encima de un cerro, sino hasta que sube!"

De seguro, todos los indios mexicanos son desconfiados. Dicen: "Les vemos á los hombres la cara, pero no el corazón." Es discutible, sin embargo, si el sentimiento del adagio español "caras vemos, corazones no sabemos" existía tan arraigado en los indios antes de que conocieran á los blancos. Todos los viajeros están conformes en que no es peligroso aproximarse á las tribus primitivas hasta que no han sido engañadas por extranjeros.

Por lo demás, grande amigo como soy de los indios, no puedo menos que confesar que aun en su estado natural tienen dos grandes defectos: no dicen la verdad sino cuando les conviene, y acostumbran robar, aunque á mí nada me quitaron. Con todo, entre los tarahumares no se conoció el engaño en los tratos, hasta que les enseñaron esa lección los mestizos.

Lo cierto es que los hombres primitivos son tan diferentes de nosotros en sus razonamientos y en sus actos, que nos es imposible comprenderlos sin harbernos familiarizado con ellos tratándolos íntima y largamente. Por lo mismo se ha vuelto un hábito el mirarlos como á seres inferiores, falsos y desprovistos de inteligencia. Pero no debemos buscar en las razas primitivas los tipos más degradados de la humanidad, pues donde impera la depravación y se encuentran los individuos más degenerados es en los suburbios de las grandes ciudades. Los seres que viven en contacto directo con la naturaleza no son capaces de la perversión que alcanzan, en cuerpo y alma, los criminales civilizados. Á menudo es mucho más necesaria la labor de los misioneros en las huestes conquistadoras y entre los exploradores, trampeadores

ambulantes, traficantes de alcoholes y aventureros que les siguen el rastro, que entre los bárbaros de espíritu sencillo. Seguramente no existen en la tierra seres primitivos tan malvados como los que profesan el cristianismo, ha dicho James Russell Lowell.

Los indios mexicanos aceptan sin demora las enseñanzas de los blancos. Para ellos nunca es excesiva la religión, pues mientras más devoción sienten, más seguros están de conseguir lo que desean: alimento y salud. Mientras conservan la posesión de sus tierras, no se les desarraigan sus antiguas ideas religiosas, y Dios, Jesucristo y la Virgen María son puramente otros nuevos dioses que gustosamente reciben entre los antiguos; pero una vez perdidas sus propiedades, se olvidan prestamente de su religión primitiva, y con ella de su lengua, tradiciones, carácter moral, respetuosidad y satisfacción de la vida, ó sea de todo lo que constituye al verdadero indio. Los más se hacen labriegos al servicio de los usurpadores, ó forman las clases indigentes, como sucede en los barrios bajos de la ciudad de México, donde los antes orgullosos aztecas son ahora los proletarios.

No dejo de creer, sin embargo, que ya que le tocó á México sufrir el yugo de un poder europeo, fue mejor para él recibirlo de manos latinas que germánicas ó teutonas, porque en carácter y temperamento se asemejan en cierto grado los españoles á los indios. Los españoles son más acomodadizos y se avienen mejor á los climas cálidos y á los hábitos que crean tales climas. Verdad es que con su fanatismo y voracidad de oro destruyeron las antiguas civilizaciones, pero crueles é inhumanos como fueron, no les han ido en zaga otros conquistadores, ni en épocas recientes. La guerra es infernal ahora como hace cuatrocientos años. La civilización moderna es aun más intolerante al entrar en contacto con las razas incultas que lo fueron los conquistadores de México y el Perú, y hoy como entonces muestran los civilizadores igual avidez de tomar á su cargo

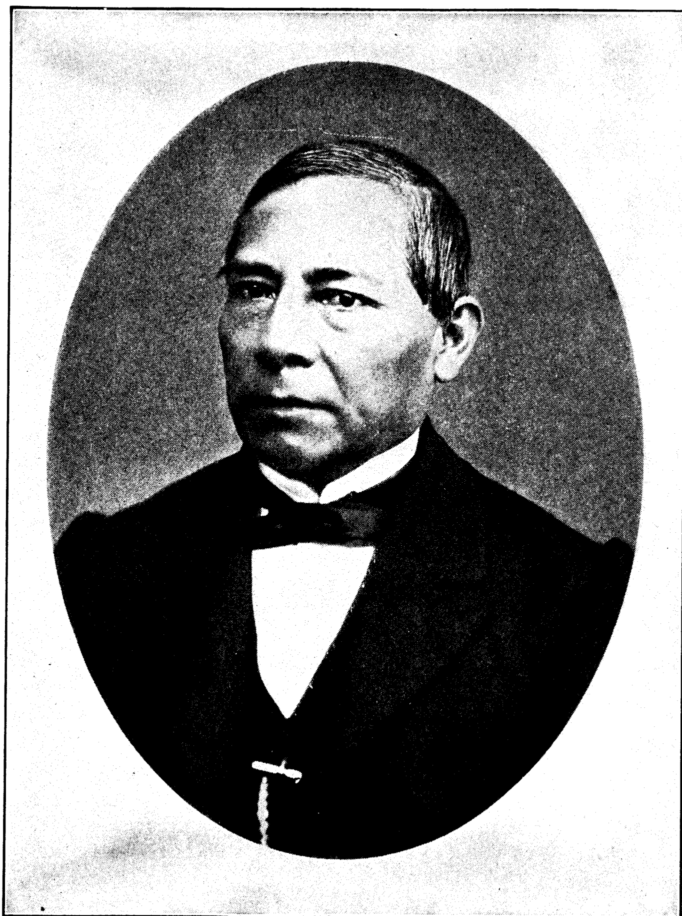
las propiedades de los pobres paganos, como de salvarles las almas. En las condiciones presentes, la santidad del comercio encubre los mayores crímenes.

Por otra parte, los españoles, después de subyugar á un pueblo, no le quitaban su virilidad. Expedían leyes para proteger á los indios. Éstos comprendían pronto la religión católica, cuyas formas exteriores, por lo menos, no había dificultad en establecer, y no debe olvidarse que los misioneros se esforzaban siempre en mejorar las condiciones materiales de los sojuzgados dándoles vacas, ovejas, nueva clase de vestidos, árboles frutales, etc., aunque sus buenas intenciones hayan resultado en el trascurso de los siglos de escasa utilidad para los indios.

Los españoles, además, no repugnaron mezclarse con los conquistados, y los innumerables grados de cruzamiento crearon con el curso del tiempo un nuevo tipo, al punto que los mexicanos actuales son más diferentes de los españoles que los americanos de los ingleses. Son asímismo poco preocupados contra la gente de color, pues si bien los más morenos desean ser mirados como "blancos," es porque les halaga que los consideren miembros de la clase dominante, no porque los desprecien por lo atezado de la piel. Indios de raza pura han alcanzado en México prominentes puestos, distinguiéndose como gobernadores, generales y clérigos. El íntegro Benito Juárez, hombre de corazón de león que salvó á la república de su más grave crisis, era indio de sangre zapoteca. De los autores de procedencia indígena, sólo mencionaré al admirable literato y crítico Don Ignacio Manuel Altamirano.

La influencia del indio sobre México y su destino ha sido y será siempre profunda. Indudablemente se ha beneficiado la raza con la inoculación de fuerza y pensamiento aborígenes. El indio ha impregnado de su fervor religioso á los nuevos vástagos, haciéndolos más devotos católicos que los españoles, aunque enseñándoles á la vez muchas supersti-

ciones, especialmente en asuntos de hechicería. Ha infundido también en el carácter popular cierta honradez de ánimo y apego al deber. La manera de vivir y las comidas



Benito Juárez.

de los indios están adoptadas en todo el país, bien que la arquitectura de los edificios, donde no india, es morisco-ibérica. Á la literatura hispanoamericana ha dado el espíritu nativo su peculiar originalidad y su tendencia á la

sencillez. La lengua española de México se ha enriquecido con muchas palabras indias.

Tanto se han connaturalizado los mexicanos con el espíritu del indio, que se enorgullecen de mencionar entre sus antepasados á Motecuhzoma y Cuauhtémoc, les erigen estatuas, y son, que yo sepa, el único pueblo que celebra anualmente una fiesta en honor de los grandes héroes aborígenes que se sacrificaron inútilmente en defensa de su patria, no obstante que los conquistadores fueron los verdaderos antecesores de la raza dominante.

Creo que llegará el día en que la conquista por medio de las armas se considere una barbarie, en que el procedimiento se vuelva tan noble con el fin. En realidad hay síntomas de un despertamiento de la conciencia pública para mirar en la expansión por la fuerza un método erróneo de alcanzar lo que se pretende. Mientras las naciones no se convenzan de que "supremacía puede significar servidumbre" no se preocuparán los pueblos superiores en elevar los inferiores á su nivel.

Á pesar de estar reconocida la raza blanca la más alta de todas, por regla general no ha educado á las que sojuzga, pero probablemente lo hará con el tiempo. Hasta ahora, hemos visto frecuentes ejemplos de lo que Mark Twain llama "levantar abajo" de nuestro nivel. Mucho bien podría impartir á los naturales el misionero, secular ó eclesiástico, que posea el don de la simpatía por todos los hombres, por todas las condiciones humanas y supiera ponerse á la altura de la gente á quien intenta convertir.

Poco difieren las razas en cuanto á facultades. En las atrasadas, lo que principalmente falta es energía y fuerza motriz. Sucede con las razas lo que con los individuos; ambos tienen que pasar á través de una serie de etapas progresivas: el salvajismo, en la infancia; la barbarie, en la juventud, y la civilización en la edad viril. Como el niño es el padre del hombre, así las cualidades características

de las naciones más civilizadas se han desarrollado de las virtudes y vicios que tenía la tribu primitiva de que nacieron. Llama la atención que los negros de la Australia Central, considerados como los seres más inferiores sobre la faz de la tierra, sometan su conducta á un código moral, por rudo que sea.

Los que llamamos pueblos primitivos aun no han tenido el tiempo suficiente de alcanzar su pleno desenvolvimiento; son naciones en la infancia, en un estado de que los arias, por ejemplo, salieron hace muchos millares de años. Europa y América no deberían olvidar, pues, que las razas rezagadas también necesitan tiempo para desarrollar su fuerza política que en germen encontramos en donde quiera. La verdad es que no tenemos paciencia con tales razas y que pretendemos que asciendan en pocos meses á la civilización que hemos logrado al cabo de muchos siglos.

En lugar de ver en las razas primitivas á los semejantes de nuestros antiguos progenitores, para quienes deberíamos tener la obligación y el privilegio de ayudarlos á llegar á nivel más elevado, no parece sino que pensamos que existen únicamente para venderles manta, cuentas de vidrio, aguardiente y armas de fuego. Sin embargo, donde tras la conquista no ha venido el rápido exterminio de los autóctonos, han ejercido éstos poderosa influencia en sus dominadores. Dícese de los chinos, á este respecto, que han reconquistado á sus conquistadores, y los negros de América, no obstante haber sido trasportados á otra zona y encontrarse en nuevas condiciones de vida, no han dejado de influír en sus amos. El americano ordinario de hoy goza con las canciones de los negros más que con cualquiera otra música, exceptuando, quizás, sus cantos patrióticos.

Considerando, pues, la recíproca influencia entre conquistadores y conquistados, la expansión cada vez más creciente del comercio hasta los rincones más remotos del mundo, y finalmente, el rápido desarrollo de los medios de

comunicación á un grado tal de que apenas podemos tener idea, podemos percibir de qué manera se estimulará á las naciones y tribus, necesítenlo ó no, hacia un progreso gradual según direcciones y métodos que lleguen á ser generales en la evolución natural de las cosas. Siempre persistirá entre los hombres cierta diferencia debida al medio, pero es indudable que la corriente general de los destinos humanos tiende á la unificación. Ya comienza la humanidad civilizada á tener solidaridad social y estética. El desastre de la Martinica, el derrumbe del campanil de Venecia afectan al mundo entero. Si el Louvre, con sus inapreciables tesoros de arte, se quemara, las personas ilustradas de todas las naciones lamentarían la pérdida como propia suya. No puede dudarse que este sentimiento de unidad crecerá inmensamente en el trascurso de los siglos. Mucho tienen que aprender de nosotros las razas retardadas, pero mucho también nos pueden enseñar ellas: no sólo dibujos de arte ignorado, sino ciertas cualidades morales. La hipocresía cederá el paso al avance de la civilización y el mundo ganará con ello.

Es contranatural no sentir especial amor por el país donde hemos nacido, de igual modo que los hombres tienen mayor afecto á su propia familia que á las extrañas; pero tiempo es ya de que nos desatendamos del ángulo facial, del color y de la religión: rindamos pleito homenaje á todo el globo en que vamos viajando á través del universo y esforcémonos en servir bien ó mal á la humanidad, más que á nuestro propio país.

APÉNDICE

BREVE VOCABULARIO DE LAS LENGUAS HABLADAS POR LAS TRIBUS MÁS IMPORTANTES QUE SE MENCIONAN EN ESTA OBRA

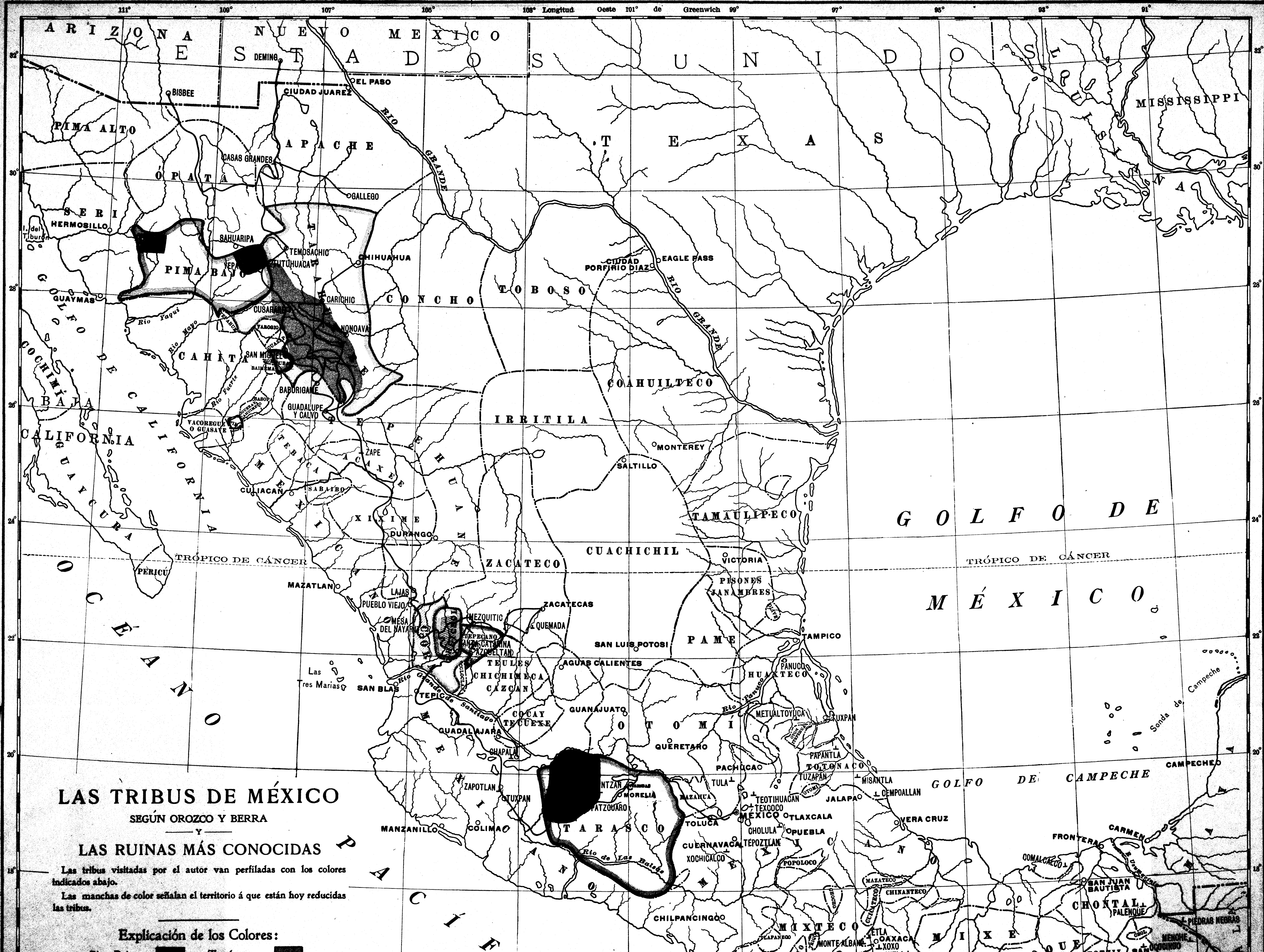
La *x* tiene el sonido de *j* castellana.

ȼ representa el sonido de *th* inglesa en la palabra *think*; *m* es consonante nasal, como en el francés *nom*.

Advertencia del traductor.—No obstante haber introducido, en el cuerpo de la obra, algunas modificaciones que han parecido convenientes para la ortografía de varias palabras indígenas, se deja el vocabulario que sigue en la forma que le ha dado el autor, atendiendo á que está dedicado á filólogos, para quienes la transcripción original es importantísima.

Castellano.	Tara-humar.	Tepehuano del norte.	Tepehuano del sur.	Tubar.	Cora.	Huichol.	Tepecano.
hombre	rehói	cúli	tsháuid	om̃vi	tádai	ukkí	teāān
mujer	mūkí	óki	uwí	tulí	ídai	úkka	ov
muchacho	tōwí	áli gúli *ó* al gúli	alí tsháuid alí	huyír tádai	tádai páluiste	tamáico	arí (lit. pequeño)
muchacha	tewǽke	áli túxi *ó* ál túxi	alí uwí alí	huyir tulí	ídai páluiste	tamáico	arí
niño	mútshu-li	áli tzú-ni	alítsh	—	unákai	nonótsi	alíspuc
cabeza	mo-óla	moy	maoú	taír	mō-ó	mōó	mo
oreja	nacála	náxai	nānáca	nacár	nenashæi	nacá	nāc
nariz	acabó	dáxai	indác	níkisor	neaǥuli	tsúli	dāc
boca	riníla	túni	toní	tinír	netǽni	netáta	tūn
lengua	shamáala	nhunú	inóyn	ninír	nenanó-li	není	nūn
dientes	ramelá	tútamo	tátam	tamár	natamæ	tamné	tátam
brazo	shicála	húkai	katoá	mavolír	namóca	neanoíme [mi brazo]	innóuv [mi brazo]
mano	macúsuala	nóvi	inauwí	sutúr	nashídde	neamamá [mi mano]	—
cuerpo	—	tócoga	tucó	tamirán	tǽwiti	—	—
estómago	ropála	vócai	inváuk	njolír	náhuga	neyúliapa	in wóc [mi estómago]
pierna	ronóla	tucáso	incái	moúr [arriba de la rodilla]	na-úc	tánxli	in tón [mi pierna]
pie	ronóla	tárai	innausác	njókír	netshapóli	kīatá	combrac
hueso	ōtshílá	ohy	aa-o	hotarát	galíti	omǽ	ino-ó [mi hueso]
corazón	shulála	hórai	hurá	aramalír	nasheinúgali	iyáli	inxúr [mi corazón]
jefe	silíami	káj-gi	æscáig	—	tatówa	tatowán	osiácam
casa	bititshíki	váki	wáac	{ nerkitá [mi casa] catepán [en la cara]	tshi	ki	vaác
arco	atáca	gatói	gāth	wicolít	tónamo	tōpí	gat
flecha	wáca	oi	o-ó	wacát	uurí	ūlú	oó
cuchillo	repiyaca	—	cosír	—	náwo-a	nawára (del castellano)	nuicár
tabaco	wipáǥa	vírai	vivái	wihát	yāná	yā (*navajo*)	viv

Castellano.	Tara-humar.	Tepehuano del norte.	Tepehuano del sur.	Tubar.	Cora.	Huichol.	Tepecano.
sol	rayénari	tásai	tanául	tasalít *ó* táta	shigá	táu	tonól
luna	mutsháca	masádai	masán	matsát	mashgilai	metséli	másad
estrella	saspulí	siávogai	hovág	só-o	tshúlavæ	shulávi	húva
aire	icáca	húvuli	huwíl	honít	āca	æaká	hubúli
lluvia	u-kí-ki	dúki	hecáum	horói	háituli	uviyéni	itshvícamduc
fuego	naíki	tái	taí	tahamét	taixti *or* taix	tāi	tāi
agua	bawíki	sódagi	súdai	batá	hā *or* háti	hā	sódi
tierra	bewǽ-ke	duvúrai	duvúr	kvirát	tshuæ	kwī	bid
río	vacótshi	akívi	akkí	yaván	haíddana	shǽli	gu (grande) sódi
cerro	awíki	kavóliki	auiddá	—	xūlí	—	oída
piedra, roca	{ ritǽke / ritshíki }	{ hódai / vapávai }	oddái	tetát	de-dǽ	teté	hódai
árbol	ushíki	úsi	ūs	—	kú-ya	itáuli	ōs
maíz	tatshúki	káibiadu	hōn	ko-ít	yúli	īkú	hōn
carne	{ tzapáca / bawǽke }	bábaidi	vacáz	tikomvat	wái-ilǽ	waí	—
perro	ōcotshí	go-gósi	gagáus	tjutju	¢īk	¢uk	gogós
zorra	iyótshi	kashiókai	cashiáu	kahulóvi	alaitshúi	kaura	casió
venado	tshūmalí	svímali	soimál	suhát	moasjá	mára	—
culebra	sinói	koi	gaó	co-ót	kúgoite	oipo	cō
pájaro	tshuluwí	úrogi	wīg	koló	pínaez	wīkí	tshovíte
azul	shiyónami	thudóixami	tjudáug	njo-acar	temoaní	yoáwime	istœ́dog
amarillo	lánami	ōamáxami	isám	kísarakar	tídaome	mutárwi	ishám
verde	shiyónami	thudóixami	momdurmaga	njo-acar	tecó-adi	cúlaye	istœdog
frío	ritúco	cúvai	zupíd	—	kemáxela	pohánte	—
caliente	—	—	æzóc	—	búxtsha	tiúreka	—


LAS TRIBUS DE MÉXICO
SEGÚN OROZCO Y BERRA
Y
LAS RUINAS MÁS CONOCIDAS
Las tribus visitadas por el autor van perfiladas con los colores indicados abajo.
Las manchas de color señalan el territorio á que están hoy reducidas las tribus.
Explicación de los Colores:
Longitud Oeste de Greenwich
ARIZONA
NUEVO MEXICO
ESTADOS UNIDOS
TEXAS
LUISIANA
MISSISSIPPI
DEMING
BISBEE
EL PASO
CIUDAD JUAREZ
PIMA ALTO
APACHE
CASAS GRANDES
ÓPATA
GALLEGO
SERI
HERMOSILLO
I. del Tiburon
SAHUARIPA
TEMOSACHIC
CHIHUAHUA
PIMA BAJO
CARICHIC
GUAYMAS
CONCHO
TOBOSO
CIUDAD PORFIRIO DIAZ
EAGLE PASS
RIO GRANDE
Rio Yaqui
Rio Mayo
NONOAVA
CAHITA
SAN MIGUEL
BABORIGAME
GUADALUPE Y CALVO
COCHIMÍ
BAJA CALIFORNIA
GOLFO DE CALIFORNIA
COAHUILTECO
IRRITILA
TEPEHUANE
VACOREGUE O GUASAVE
MONTEREY
SALTILLO
ZAPE
ACAXEE
TEBACA
MEXICANO
GUAYCURA
CULIACAN
SABAIBO
XIXIME
DURANGO
TAMAULIPECO
GOLFO DE MÉXICO
TRÓPICO DE CÁNCER
PERICU
ZACATECO
CUACHICHIL
VICTORIA
PISONES
JANAMBRES
MAZATLAN
LAJAS
PUEBLO VIEJO
MEZQUITIC
ZACATECAS
QUEMADA
MESA DEL NAYAR
CORA
SAN LUIS POTOSI
PAME
TAMPICO
AGUAS CALIENTES
TEULES
CHICHIMECA
CAZCAN
Las Tres Marias
SAN BLAS
TEPIC
Rio Grande de Santiago
HUAXTECO
PANUCO
COCA
TECUEXE
GUANAJUATO
OTOMI
METLALTOYUCA
TUXPAN
Sonda de Campeche
GUADALAJARA
QUERETARO
CHAPALA
PACHUCA
PAPANTLA
TOTONACO
CAMPECHE
TUZAPAN
ZAPOTLAN
TULA
MISANTLA
CEMPOALLAN
GOLFO DE CAMPECHE
TUXPAN
MORELIA
PATZCUARO
MAZAHUA
TEOTIHUACAN
TEXCOCO
MEXICO
TLAXCALA
JALAPA
MANZANILLO
COLIMA
TARASCO
TOLUCA
CHOLULA
PUEBLA
VERA CRUZ
CARMEN
FRONTERA
CUERNAVACA
TEPOZTLAN
XOCHICALCO
Rio de Las Balsas
POPOLOCO
COMALCALCO
SAN JUAN BAUTISTA
MAZATECO
CHINANTECO
CHONTAL
PALENQUE
PIEDRAS NEGRAS
CHILPANCINGO
MIXTECO
MONTE ALBAN
ETLA
OAXACA
XOXO
MITLA
MIXE
OCÉANO PACÍFICO


LAS TRIBUS DE MÉXICO
SEGÚN OROZCO Y BERRA
Y
LAS RUINAS MÁS CONOCIDAS
Las tribus visitadas por el autor van perfiladas con los colores indicados abajo.
Las manchas de color señalan el territorio á que están hoy reducidas las tribus.
Explicación de los Colores:
Pima Bajo
Tubar
Cora
Tepecano
Tarahumar
Tepehuán
Huichol
Tarasco
Ruta del Autor
Ruinas
ESCALA DE MILLAS.
0 10 20 30 40 50 60 70 80 90 100
E. B. LLOYD, DEL.
THE MATTHEWS-NORTHRUP WORKS, BUFFALO, N. Y.
Longitud Oeste de Greenwich
PIMA ALTO
APACHE
T E X A S
ÓPATA
CASAS GRANDES
SERI
I. del Tiburón
HERMOSILLO
GALLEGO
SAHUARIPA
TEMOSACHIC
TUTUHUACA
CHIHUAHUA
PIMA BAJO
GUAYMAS
CARICHIC
CONCHO
TOBOSO
CIUDAD PORFIRIO DIAZ
EAGLE PASS
Rio Grande
Rio Yaqui
Rio Mayo
CUSARARE
NONOAVA
CAHITA
SAN MIGUEL
GOLFO DE CALIFORNIA
COCHIMÍ
BAJA CALIFORNIA
Rio Fuerte
BABORIGAME
GUADALUPE Y CALVO
VACOREGUE O GUASAVE
COAHUILTECO
IRRITILA
TEPEHUANE
ACAXEE
ZAPE
TEBACA
MONTEREY
SALTILLO
GUAYCURA
CULIACAN
SABAIBO
XIXIME
TAMAULIPECO
DURANGO
GOLFO DE MÉXICO
PERICÚ
TRÓPICO DE CÁNCER
ZACATECO
CUACHICHIL
VICTORIA
OCÉANO PACÍFICO
MAZATLAN
PISONES
JANAMBRES
LAJAS
PUEBLO VIEJO
MESA DEL NAYARIT
MEZQUITIC
ZACATECAS
QUEMADA
TEPECANO
SANTA CATARINA
AZQUELTAN
SAN LUIS POTOSI
PAME
TAMPICO
TEULES
AGUAS CALIENTES
CHICHIMECA
CAZCAN
Las Tres Marias
SAN BLAS
HUAXTECO
PANUCO
Rio Grande de Santiago
TEPIC
COCA
TECUEXE
GUANAJUATO
OTOMI
Rio Panuco
METLALTOYUCA
TUXPAN
GUADALAJARA
QUERETARO
Sonda de Campeche
CHAPALA
PAPANTLA
TOTONACO
CAMPECHE
PACHUCA
TUZAPAN
MISANTLA
GOLFO DE CAMPECHE
ZAPOTLAN
TUXPAN
MORELIA
PATZCUARO
TULA
TEOTIHUACAN
TEXCOCO
CEMPOALLAN
JALAPA
MANZANILLO
COLIMA
TARASCO
TOLUCA
MÉXICO
TLAXCALA
VERA CRUZ
CHOLULA
PUEBLA
FRONTERA
CARMEN
CUERNAVACA
TEPOZTLAN
XOCHICALCO
MEXICANO
Rio de Las Balsas
POPOLOCO
COMALCALCO
MAZATECO
CHINANTECO
SAN JUAN BAUTISTA
CHONTAL
PALENQUE
CHILPANCINGO
PIEDRAS NEGRAS
MIXTECO
ETLA
OAXACA
XOXO
MONTE ALBAN
MIXE
MENCHE
OCOSINGO
TLAPANECO
CUICAPA
MITLA
ZOQUE
ZOTZIL
SAN CRISTOBAL
ACAPULCO
ZACHILA
QUIENGOLA
CHATINO
ZAPOTECO
ZENDAL
TEHUANTEPEC
HUAVE
GOLFO DE TEHUANTEPEC

ÍNDICE DE REFERENCIA